Herbert R. Southworth

# El mito de la cruzada de Franco

Herbert R. Southworth

# El mito de la cruzada de Franco

*«Durante cuarenta años los españoles fueron obligados a tragarse una falsa historia de su país, y los efectos secundarios de una dieta tan asquerosa difícilmente pueden desaparecer en unos meses. La derecha española, ahora obligada a compartir la palabra oral y escrita con aquellos a quienes hace solo unos pocos años arrojaron a la cárcel por desafiar a los escritos oficiales de gente como Ricardo de la Cierva, todavía defiende una interpretación reaccionaria de la Historia Contemporánea».*

—Herbert R. Southworth

Esta obra es una recopilación exhaustiva de toda la bibliografía que existía sobre la guerra civil española, tarea a la que Southworth dedicó más de veinte años. Citando autores de izquierda silenciados, a historiógrafos extranjeros y sacando a la luz la manipulación llevada a cabo por los autores profranquistas, este trabajo desmitifica la «cruzada franquista» y revisa los argumentos de quienes fueron afines al régimen.

Publicada en la clandestinidad por la editorial Ruedo Ibérico en Francia, en 1963, y en España más de veinte años después, este clásico sobre la guerra civil sigue sin perder vigor ni rigor.

Herbert Rutledge Southworth

# El mito de la cruzada de Franco

## *Crítica bibliográfica*

**ePub r2.0**
**Titivillus** 03.02.16

Título original: *The Myth of Franco's Crusade*
Herbert Rutledge Southworth, 1963
Traducción: José Martínez Guerricabeitia
Diseño de cubierta:

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

*A Suzanne*

Los orígenes de este libro hay que buscarlos en el interés que la bibliografía en general despertó siempre en mí y en el interés, cada día acrecentado y viejo ya de 27 años, que tengo por la guerra civil española. El origen inmediato se encuentra en el acto de un amigo que me envió amablemente un ejemplar de *La estafeta literaria* del 1 de mayo de 1962, que contiene parte del ensayo de Rafael Calvo Serer: *La literatura universal sobre la guerra de España*. Quede aquí testimonio de mi gratitud hacia el amigo que no nombro.

La citada obra de Calvo Serer pone vivamente de manifiesto los defectos hallados ya en tantos otros trabajos sobre la guerra civil española debidos a escritores franquistas. Vacilan en escribir sobre el tema ellos mismos y temen al mismo tiempo que otros puedan realizar tal empresa. Descubren un tímido orgullo ante tanto interés por los problemas españoles manifestado por numerosos escritores de otros países y de otras lenguas, y no pueden ocultar el descontento que les produce que tales escritores no se hallen a su lado. Quisieran olvidar totalmente la guerra civil y quisieran que los demás la olvidasen también; pero a la vez saben que nadie puede olvidarla. Se escudan tras una censura que no impide que el exterior observe sus obras, pero que evita que ellos miren correctamente al exterior.

En la vida intelectual española se manifiesta ahora una enfermedad nueva: la guerra civil y su historia. Esta historia que no enferma ya a quienes lucharon por la República, que si cometieron errores ya los han confesado, muchas veces públicamente. Por el contrario, los franquistas han rehusado siempre enfrentarse con la verdad. La propaganda franquista, aparte su lado negativo —afirmaciones de que la matanza de Badajoz **no** tuvo lugar, que Guernica **no** fue bombardeada, que los franquistas **no** asesinaron a García Lorca, etc— tiene por base dos mitos positivos: 1) que Franco se levantó para impedir una rebelión izquierdista-comunista; 2) que

los asediados del Alcázar de Toledo escribieron una página de gloria para la historia de España. Creo que aporto en este libro las pruebas de que ambos mitos se fundan sólo en mentiras.

Toda la trama de la sociedad intelectual franquista está tejida con estos hilos endebles de mentiras y verdades a medias sobre la guerra civil. Es imposible que intelectuales como Rafael Calvo Serer o Vicente Marrero ignoren este hecho. Todo cuanto escriben revela su inquietud y su sentimiento de inseguridad. Y sus obras no son convincentes ni capaces de suprimir el desasosiego de los propios autores. Tal resultado sólo podría ser alcanzado mirando franca y abiertamente a la verdad de la guerra civil española.

El autor
Chateau du Puy
Villedieu sur Indre
Julio 1963

# Índice

PRÓLOGO (de PAUL PRESTON) >>

1. La guerra civil española y los críticos franquistas >>
2. La generación perdida: los novelistas >>
3. Las brigadas internacionales y los combatientes con Franco >>
4. Escritores soviéticos: los periodistas >>
5. El mito de la revolución igualitaria y En medio de los anarquistas >>
6. Los comunistas que dejaron de serlo >>
7. El periodo español de la poesía inglesa contemporánea >>
8. Católicos antitotalitarios >>
9. Los católicos en favor de la España nacional >>
1O. Los nacionalistas franceses >>
11. Estudios de conjunto >>
12. *«Spanica zwischen todnu Gabriet»* >>
13. La leyenda negra ennegrecida >>
14. La cruzada >>

APÉNDICE I: Los bibliófobos; Ricardo de La Cierva y sus colaboradores >>
APÉNDICE II: «El gran camuflaje»: Julián Gorkin, Burnett Bolloten y la Guerra Civil española >>

Bibliografía >>

# PRÓLOGO

Herbert Southworth es una de las personas que más influencia ha tenido en mi vida intelectual. Mi relación con él comenzó algunos años antes de conocerlo personalmente. En 1968, después de haber hecho la carrera de historia en la Universidad de Oxford, pasé un año en la de Reading. Lo que me tentó a hacer el cambio desde la universidad medieval de Oxford a aquella universidad decimonónica al lado del Támesis era la existencia de una escuela de posgraduados dedicada a la Europa contemporánea. Específicamente, la gran tentación era una asignatura dedicada a la guerra civil española dirigida por el autor del libro más famoso sobre aquella contienda, Hugh Thomas. El curso fue fascinante, hice buenas migas con el profesor Thomas y me invitó a ser su ayudante. Entonces, él hablaba mucho de Southworth, quien le había ayudado mucho con su propio libro. Remató el elogio regalándome un ejemplar de *El mito de la cruzada de Franco*. La dedicatoria que puso en el libro, que tengo delante, concluye con las palabras «Please demythify something more», o sea, «por favor, sigue desmitificando».

Desde entonces he manejado otros ejemplares del libro —la versión francesa *Le mythe de la croisade de Franco* y la versión española de la misma, de Plaza & Janés, editada en 1986—, que me son igualmente apreciados por llevar dedicatorias cariñosas del mismo Herbert Southworth. Sin embargo, aquel primero, regalo de Thomas, ha sido uno de los libros más manoseados de mi colección. Recuerdo vivamente mi primera lectura. Me apasionó un libro que, a primera vista, tenía toda la probabilidad de ser

más bien aburrido. A fin de cuentas, un análisis de la historiografía franquista sobre la guerra civil española no prometía ser muy emocionante. Para mi gran sorpresa, me encontré delante de un libro fascinante, una investigación forense llevada a cabo con precisión, pasión, y humor. La indignación que sirvió de combustible para la energética persecución de las mentiras, invenciones y plagios de los escritores franquistas garantizaba una lectura tan amena como instructiva.

El libro me influyó profundamente, enseñándome la necesidad de leer con lupa. Después leí el segundo libro de Southworth, *Antifalange*. Estudio crítico de «Falange en la guerra de España» de Maximiano García Venero (París. Ediciones Ruedo Ibérico, 1967). El título prometía poco. De hecho se trataba de un libro escrito casi entre las líneas de otro. Sin embargo, su lectura resultó igualmente apasionante. Southworth había sido estudioso de la Falange desde 1936, hasta el punto de que muchos falangistas se carteaban con él y le consideraban un gran experto sobre el partido. Su libro consistía en un largo y brillante ensayo sobre la Falange seguido de un comentario crítico de un libro cuyo título completo era *Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla*. Maximiano García Venero figuraba como autor del libro pero, en realidad, había sido el amanuense que había redactado las memorias de Manuel Hedilla, brevemente sucesor de José Antonio Primo de Rivera a la cabeza de la Falange hasta su caída durante el proceso de unificación del partido con la Comunión Tradicionalista. La lectura del curioso libro de Southworth aumentó mi admiración por él como historiador a la vez que despertó mi curiosidad sobre él como persona.

De hecho, estos dos libros daban una imagen de Southworth como una especie de «gran inquisidor», con ojo de halcón, implacable en sus críticas contundentes sobre cualquier falta de seriedad, coherencia y, sobre todo, honestidad. Yo ya había vuelto a la Universidad de Oxford, donde cursaba el doctorado y tuve la suerte de trabajar con otros maestros dotados de las mismas cualidades, Joaquín Romero Maura y Raymond Carr. Uno de los primeros frutos de mi trabajo fue un artículo, escrito en 1971 y publicado en 1972 en el prestigioso *Journal of Contemporary History*. Trataba del papel de José Calvo Sotelo y los monárquicos del grupo Acción Española y del

partido Renovación Española en lo que se podría llamar la trama civil del golpe militar de 1936. Fue con motivo de su publicación cuando por fin entré en contacto directo con Southworth. Hugh Thomas me alentó a enviarle a Southworth una separata de mi artículo. Temiendo ser yo mismo objeto de ese ojo de halcón del gran inquisidor, me lo pensé bastante pero, al final, decidí probar suerte y se lo mandé. Para mi gran sorpresa, le gustó mucho y enseguida lo recomendó a la gran revista del exilio, *Cuadernos de Ruedo Ibérico* de París, y fue aceptado y publicado como «El asalto monárquico contra la segunda República» en la primavera de 1973.

Ya hechos estos primeros contactos, Herbert me invitó a visitarle en su casa de Francia. A la sazón yo vivía en Madrid, mientras investigaba para la tesis doctoral. Unos amigos que volvían en coche a Inglaterra ofrecieron llevarme a Poitiers y Herbert dijo que me vendría a buscar delante del ayuntamiento. Él vivía a unos cincuenta kilómetros al este de Poitiers en un *château* destartalado cerca de un pueblecito llamado Concremiers. Recuerdo que, mientras le esperaba en aquella plaza, empecé a especular sobre cómo sería. Evidentemente, le conocía por sus cartas agradables pero también por sus libros inquisitoriales. Me imaginaba a un hombre alto, enjuto, con cara aguileña. Mi sorpresa fue inmensa cuando se paró delante de mí un coche viejo americano y bajó un hombre rotundo, vestido de vaquero, con sombrero y chaleco de cuero. Resultó ser la persona menos inquisitorial imaginable. En el coche me presentó a su esposa, Suzanne, y pasamos el viaje a su casa charlando amistosamente.

La casa, el Château de Roche, consistía en habitaciones abandonadas con muebles y cuadros del siglo XVIII. Había muchas habitaciones llenas de libros y algunas habilitadas como una vivienda moderna. En esta primera visita, me di cuenta de que, a su aguda inteligencia forense y su alta conciencia política, se unía un gran sentido de humor que a veces lindaba con lo infantil. Recuerdo una tarde que me llevó en barco de remo a pescar. El único premio fue un pececito que medía apenas doce centímetros y pesaba menos de cincuenta gramos. Al entrar en la casa, anunció nuestra llegada a su mujer entonando «Here comes Herbert the mighty hunter» (que viene Herbert, el gran cazador). Fue el comienzo de lo que para mí ha sido una de las amistades más importantes de mi vida. Aprendí muchísimo de él

tanto intelectual como humanamente. Fue él quien me presentó los muchísimos caminos para llegar a entender la guerra civil española, desplegando sus inigualables conocimientos de todo lo publicado sobre el tema y contando sus propias experiencias de la guerra. Durante horas, le escuchaba embelesado mientras me contaba anécdotas de sus contactos con figuras como Indalecio Prieto y Juan Negrín, con muchos falangistas y un incontable registro de los periodistas más importantes de la época: Jay Allen, Louis Fischer, Herbert Matthews y otros muchos.

Siempre salpicaba su trabajo incansable con grandes dosis de humor. Fue la época en la que estaba escribiendo la que iba a considerarse su obra maestra: *La destrucción de Guernica. Periodismo, diplomacia, propaganda e historia* (Ruedo Ibérico, París, 1975). Estaba en el apogeo de sus capacidades. En la misma línea de *El mito*, había publicado un artículo muy importante «Los bibliófobos: Ricardo de la Cierva y sus colaboradores» en *Cuadernos de Ruedo Ibérico* en la primavera de 1971. Ricardo de la Cierva había sido nombrado por Manuel Fraga director de la Sección de Estudios sobre la Guerra de España del Ministerio de Información precisamente con la tarea de contrarrestar el impacto de los libros de Ruedo Ibérico. En el artículo, Southworth desmenuzaba con precisión y algo de sorna los esfuerzos de su contrincante. Ya que ese trabajo tiene tanto que ver con la temática de *El mito*, se ha decidido incluirlo en este volumen.

Con el paso de los años, el ritmo de trabajo de Herbert fue disminuyendo por varias razones. Por un lado, los cambios en la situación política en España significaban que pudo ir allí a lo largo de la segunda mitad de los años setenta y durante los años ochenta, y estaba encantado por la aparición de una nueva generación de historiadores españoles. Me cantaba las excelencias de Ángel Viñas, Ricardo Chueca y otros; yo le contaba lo que me había impresionado de Santos Juliá, Juan Pablo Fusi, etcétera. Le entusiasmaban los libros de Alberto Reig Tapia, de Julio Aróstegui, de Javier Jiménez Campo, de Isabelo Herreros, de Sheelagh Ellwood. Intercambiamos libros, referencias y consejos. Con Franco muerto, y una democracia establecida en España, le empezaban a invitar a dar conferencias y viajaba mucho por el país. Al entrar en su octava década, su propio trabajo ya no le parecía tan urgente. En 1978, por razones

económicas, se había visto obligado a vender el Château de Roche y él y su mujer se mudaron a Le Petit Preuré de Saint Benoît du Sault, una casa medieval fascinante pero cuya modernización exigía una obra descomunal. Cuando, a finales de los años ochenta, empezaba a flaquear la salud de Suzanne, se dedicó a cuidarla hasta su muerte en 1996.

Aun así, mantuvo su interés en la historiografía de la guerra civil española. Otros amigos y yo le seguíamos enviando libros. Le gustaban muchísimo los trabajos de Julián Casanova, Enrique Moradiellos y Helen Graham. Como mínimo, una vez a la semana, Ángel Viñas y yo le llamábamos por teléfono y le alentábamos a seguir trabajando. El resultado fue que en los primeros años de la década de los noventa escribió «"El gran camuflaje": Julián Gorkin, Burnett Bolloten y la guerra civil española», que le persuadí a redactar para un libro colectivo que yo coordinaba. Salió primero en inglés en 1996 y fue traducido al castellano en 1996 como *La República asediada. Hostilidad internacional y conflictos internos durante la guerra civil* (Barcelona. Ediciones Península, 1999). El trabajo de Southworth expandía lo que había dicho en *El mito* sobre la obra de Julián Gorkin, ex trotskista convertido en el organizador de la obra propagandística de la CIA para el mundo hispánico, el Congreso para la Libertad de la Cultura, y la influencia de este sobre Burnett Bolloten. A Southworth le extrañaba cómo dos partidarios de la República se habían convertido, en sus escritos, en oponentes de la misma.

Durante la guerra civil, Herbert había trabajado con Jay Allen en una oficina de información de la República establecida en Nueva York. Después de la guerra, los dos participaron en un esfuerzo para conseguir ayuda americana para los refugiados españoles. En este trabajo, colaboraron con Constancia de la Mora, quien había sido la encargada republicana de la prensa extranjera. Jay Allen y Connie, como la llamaban, conocían al periodista galés Burnett Bolloten porque había trabajado en la España republicana como corresponsal de la United Press. En 1939, Bolloten había ido a vivir a México para dedicarse a escribir una historia de la guerra y fue huésped de Connie. Ella escribió lo siguiente a Jay Allen el 14 de enero de 1940: «Durante los últimos tres días, está Bolloten con nosotros. Me ha traído siete capítulos de su libro, que será sin duda el estudio histórico

mejor documentado de la guerra. ¡Ojalá lo pudieras ver! Es una maravilla. TODO desde el punto de vista de nuestro bando. Además, es un estudio fascinante de la guerra, no solamente histórico y militar sino también político, con detalles y datos que nadie, estoy segura, tiene o podría conseguir. El problema ahora es encontrar alguna fundación o sociedad o universidad dispuesta a darle una cantidad o un anticipo que le permitiese vivir ¡con 20 dólares por semana!».

Herbert me enseñó una copia de esta carta por primera vez a mediados de los años setenta y hablaba de ella cada vez que Bolloten sacaba una nueva edición de su libro. La primera edición con el título *The Grand Camouflage*, había salido en 1961, veinte años después de haberle dicho a Connie que ya tenía siete capítulos terminados. Además, no cubría la guerra entera sino llegaba solamente hasta mayo de 1937. La erudición de Bolloten era incuestionable pero Southworth estaba perplejo por su tono ferozmente anti-comunista y anti-Negrín que le hacía infravalorar el papel de Hitler y Mussolini en la victoria de Franco y manifestar una simpatía con los anarquistas que solamente se puede explicar como un arma para ennegrecer más el papel de los comunistas. En sucesivas ediciones (en 1979, ya con el título *The Spanish Revolution*, y en 1991 con el título *The Spanish Civil War: Revolution and Counterrevolution*), el trabajo de Bolloten llegaría por fin a los sucesos de 1939. Herbert hizo un análisis minucioso de estas ediciones y también de la influencia que habían tenido sobre ellas unos textos manipulados por Gorkin. Como consecuencia de la capacidad para editar que le daba el Congreso para la Libertad de la Cultura, Gorkin pudo imponer condiciones que le permitieron cambiar los textos de las memorias de algunas figuras comunistas como Jesús Hernández, Enrique Castro Delgado y sobre todo, Valentín González «El Campesino».

Junto con «Los bibliófobos», este brillante trabajo detectivesco de Southworth complementa *El mito* y, por lo tanto, se incluye también en esta edición. Estas añadiduras no son lo único que contribuye a que esta sea la edición definitiva de un clásico de la historiografía de la guerra civil española y a que por fin se haga justicia a un libro que ha tenido sus desventuras. Herbert nunca había estado del todo contento con la edición original de su libro. La primera impresión tenía tantas erratas que hubo que

destruirla. Se corrigió y al año salió la edición francesa, *Le mythe de la croisade de Franco* (París, Ediciones Ruedo Ibérico, 1964), que tenía dos ventajas: la de estar aumentada y la de llevar incorporados en el texto contenidos antes relegados a las notas. A mediados de los años ochenta, la editorial Plaza & Janés le ofreció la oportunidad de hacer una nueva edición y él aceptó con gusto. Preparó un largo prólogo autobiográfico y supervisó la traducción de la edición francesa. Esperaba corregir más todavía pero la lectura se veía dificultada por el voluminoso e importante material de las notas que iban al final del libro. Para su gran decepción, y como consecuencia de un error técnico, la edición en castellano de 1986 se imprimió con las notas todavía al final. Por fin, gracias a María Casas, directora literaria de DeBolsillo, esta edición aparece no solamente con los últimos retoques del autor, y con su precioso prólogo autobiográfico, sino con las notas a pie de página donde él quería que estuvieran. También se añade como apéndice el capítulo que sobre él apareció en mi libro *Idealistas bajo las balas* (Barcelona, Debate, 2007). Considero que, con todo, constituye un buen homenaje, en el año de su centenario, a uno de los historiadores más importantes de la guerra civil española.

PAUL PRESTON

# UNA VIDA DEDICADA A LA LUCHA. HERBERT RUTLEDGE SOUTHWORTH Y EL DESMANTELAMIENTO DEL RÉGIMEN DE FRANCO

Extraído de *Idealistas bajo las balas* de Paul Preston, Debate, 2007

En 1963 la dictadura de Franco creó un departamento especial para contrarrestar los efectos subversivos de la obra de un hombre llamado Herbert Rutledge Southworth. Hasta esa fecha casi nadie había oído hablar de Herbert Southworth, al margen de un reducido círculo compuesto por Jay Allen, Louis Fischer y Constancia de la Mora. Sin embargo, las obras que publicó atacaban con tanta fuerza la compleja justificación que efectuaba la dictadura sobre su propia existencia que todo esfuerzo por parte del régimen para impedir que dichas obras penetraran en España se consideraba insuficiente. La narración sesgada de la historia reciente de España que se utilizaba para reivindicar un régimen brutal dejó de ser sostenible como consecuencia de aquellos escritos. Así pues, la labor principal de aquel nuevo departamento consistía en presentar una versión más verosímil y modernizada. Inevitablemente, esto significaba el reconocimiento implícito de que las versiones anteriores eran falsas. Como es lógico, una vez que el dique se hubo agrietado no hubo vuelta atrás. Las posteriores tentativas fueron ridiculizadas con mayor facilidad aún. En este sentido, Herbert Southworth, que en otro tiempo había formado parte del grupo prorrepublicano que ejercía presión en Estados Unidos en favor de la

República española, haría más por la causa antifranquista que cualquiera de sus amigos más famosos. Mucho después de que los demás cayeran en el olvido, él dejó sentir su presencia hasta el punto de ser calificado de enemigo público número uno del régimen de Franco.

Southworth asestó semejante golpe, y se convirtió así en una figura destacada de la historiografía de la Guerra Civil española, como consecuencia de la publicación en París de su libro *El mito de la cruzada de Franco* en el año 1963. Lo publicó Ediciones Ruedo Ibérico, la gran editorial del exilio antifranquista dirigida por un anarquista excéntrico e inmensamente culto, José Martínez Guerricabeitia. Los libros de Ruedo Ibérico, que eran introducidos y vendidos clandestinamente en España, tuvieron un impacto enorme, sobre todo tras la publicación de la traducción al español de la obra clásica de Hugh Thomas sobre la Guerra Civil española. Desde los primeros instantes de la conspiración que desembocó en el golpe militar del 18 de julio de 1936, los rebeldes falsificaron su propia historia y la de sus enemigos. El libro de Hugh Thomas narraba la historia de la guerra con un estilo ameno y objetivo (cosa que en sí misma supuso un golpe devastador para los partidarios de lo que ellos llamaban «la cruzada de Franco»), y, por tanto, todo aquel que conseguía hacerse con un ejemplar lo devoraba con ansia. El libro de Southworth se popularizó de una forma infinitamente menos inmediata, pero fue más devastador. No narraba la guerra, sino que más bien desmantelaba, línea a línea, el entramado de mentiras que el régimen de Franco había erigido para justificar su existencia. La consecuencia de la llegada a España de ambos libros fue el intento por parte del entonces ministro de Información, el enérgico Manuel Fraga Iribarne, de sellar las fronteras para impedir la llegada de más ejemplares y de contrarrestar el impacto intelectual y moral de ambas obras, pero sobre todo de la de Southworth, por sus corrosivos efectos sobre la imagen que el régimen tenía de sí mismo.

En realidad, el libro de Thomas había llegado primero y había sido introducido de contrabando en España en grandes cantidades. Como era de esperar, su éxito ocasionó un endurecimiento de las restricciones fronterizas. El libro de Herbert fue enviado a las islas Canarias, donde la aduana era mucho más laxa, y desde allí resultó algo más fácil introducirlo

en la Península. Aquello supuso que el precio final al que se vendía en las librerías españolas, bajo cuerda, duplicara con creces el de Francia. Los beneficios iban a parar al contrabandista y al librero. Herbert escribió a Jay Allen: «Llevo escribiendo más de tres años y no he ganado un solo céntimo, ni nuevo ni viejo. Ni siquiera he recuperado el dinero que adelanté para publicar en España el primer libro. De él se han vendido más de tres mil ejemplares, lo cual, en vista de las dificultades para introducirlo en el país, no está del todo mal»[1a]. Sin embargo, aquellos tres mil ejemplares que habían ido filtrándose bastaron para desencadenar en el seno del Ministerio de Información la creación de un departamento especial con el nombre de Sección de Estudios sobre la Guerra de España.

Para dirigir dicha sección, Fraga escogió a un joven funcionario ministerial muy inteligente, un químico que se había formado para ser jesuita antes de abandonar sus estudios para casarse: Ricardo de la Cierva y de Hoces. Procedía de una célebre familia conservadora; su abuelo había sido ministro del Interior de varios gobiernos de la monarquía, su tío había inventado el autogiro y su padre había muerto a manos de los republicanos durante la Guerra Civil española. Su misión consistía, en términos muy generales, en actualizar la historiografía oficial del régimen con el fin de repeler los ataques procedentes de París. La principal arma del arsenal de este nuevo batallón de guerra intelectual fue suministrada por la compra de la magnífica biblioteca sobre la Guerra Civil española reunida a lo largo de muchos años por el periodista italiano Cesare Gullino, quien años atrás había sido enviado a España por Mussolini. Southworth se convirtió en un abrir y cerrar de ojos en el principal enemigo del departamento. En comparación con Hugh Thomas, que ya era bien conocido después del éxito mundial de su famoso libro sobre la Guerra Civil, Herbert Southworth era prácticamente un desconocido. Sin embargo, había otra diferencia fundamental entre aquellos dos hombres. Thomas había escrito un libro magnífico sobre el conflicto, pero la Guerra Civil española no iba a ser el tema central de su vida. En aquellos momentos ya trabajaba en su monumental historia de Cuba. A diferencia de él, Southworth dedicó su vida al estudio de la Guerra Civil española. Además, para enfrentarse a De la Cierva, que disponía del personal y los recursos de todo un ministerio,

Southworth contaba con su propio arsenal: una de las mayores bibliotecas del mundo sobre la contienda.

Además de ser un autor antifranquista, Southworth fue uno de los inversores que hizo posible la supervivencia de la importante editorial española en París, Ediciones Ruedo Ibérico[2a]. Muy pronto se reveló que Ricardo de la Cierva y de Hoces consideraba a Southworth un oponente temible. En 1965 De la Cierva le escribió diciéndole: «Tengo una gran estima por Vd. como especialista en la bibliografía de nuestra guerra y muchas personas han conocido su libro a través de mí. Pero creo sinceramente, señor Southworth, que si Vd. suprimiera toda la pasión y todo el partidismo que rebosa en sus páginas, su obra alcanzaría todo el valor que se merece»[3a]. Se conocieron en Madrid en 1965 y De la Cierva le invitó a cenar. Posteriormente, Southworth me dijo que, durante aquella cena, De la Cierva le había contado con orgullo que la policía tenía órdenes de confiscar los ejemplares de *El mito de la cruzada* que encontrara cuando registraba las librerías y las casas de los sospechosos políticos. De la Cierva le confió que recomendaba, e incluso regalaba, a sus amigos los ejemplares del libro requisados, tras lo cual pasó a distribuir ejemplares entre los demás comensales invitados. Sin embargo, en la España de Franco, lo que se decía en privado distaba mucho de lo que se decía en público. Ricardo de la Cierva escribió:

H. R. Southworth es, sin disputa, el gran experto en la bibliografía de nuestra guerra valorada desde el lado republicano … Su biblioteca sobre nuestra guerra es la primera del mundo entre las privadas: más de siete mil títulos. Estoy casi seguro de que se ha leído los siete mil. Y conserva, en una tremenda memoria fotográfica, todos los datos importantes y todas las relaciones mutuas de esos libros[4a].

De la Cierva subestimaba la cantidad real de volúmenes de la biblioteca, pero no el minucioso conocimiento de Southworth de su contenido. Aquel elogio iba seguido inmediatamente de algunos ataques feroces, pero superficiales, contra las presuntas deficiencias de la metodología de Southworth.

¿Quién era este Herbert Southworth, el mítico coleccionista de libros que durante muchos de los años siguientes sería el legendario azote

intelectual de la dictadura del general Franco? Sus libros serían escudriñados por los especialistas más rigurosos en la Guerra Civil española, y su estudio sobre el bombardeo de Guernica se convertiría en uno de los tres o cuatro libros más importantes de los muchos miles de volúmenes escritos sobre el conflicto. Aun así, poca gente sabía quién era porque, al carecer de puesto en la universidad, carecía también de un modo fácil de ser catalogado. En todo caso, había vivido una existencia extraordinaria. Su increíble ascenso desde la pobreza del Oeste estadounidense hasta llegar a desarrollar una campaña periodística de izquierdas durante la Guerra Civil española, presentaba rasgos propios de una novela de Steinbeck. Su posterior transformación a base de tesón en un triunfante magnate de la radio y, a continuación, en un erudito de prestigio internacional, recordaba a alguno de los héroes de Theodore Dreiser.

Había nacido en Canton, una diminuta ciudad de Oklahoma, el 6 de febrero de 1908. Cuando el banco de la ciudad, propiedad de su padre, quebró en 1917, la familia se trasladó durante una breve temporada a Tulsa, en el este de Oklahoma. A continuación se mudaron a Abilene, Texas, donde su padre hacía prospecciones petrolíferas, y allí vivieron mucho más tiempo. El principal recuerdo de Herbert de aquella época tenía que ver con la colección de Harvard Classics de su padre. El robo de uno de los volúmenes cuando tenía doce años le afectó tan profundamente que aquel fue quizá el comienzo de su obsesión por coleccionar libros. Creció entre las estanterías de la Biblioteca Pública Carnegie de Abilene. Allí, tras meses de leer *The Nation* y *The New Republic*, decidió abandonar el protestantismo y el republicanismo conservador del Bible Belt («Cinturón de la Biblia»). Se volvió socialista y lector ávido de por vida de lo que denominó con sorna «la escuela de periodismo sensacionalista». Aquello iban a ser los cimientos de su asombrosa transformación en un formidable erudito sobre Europa[5a].

Estudió en la escuela secundaria de Abilene hasta los quince años. Desempeñó diferentes empleos en la industria de la construcción de Texas, y luego en una mina de cobre en Morenci, Arizona. Allí aprendió español trabajando con los mineros mexicanos. La caída del precio del cobre tras la quiebra de Wall Street le dejó sin empleo. Entonces decidió incorporarse a

la Universidad de Arizona y, cuando se le agotaron los ahorros, fue al Texas Technological College de Lubbock, población más famosa por ser lugar de nacimiento de Buddy Holly. Allí vivió en la extrema pobreza pagándose los estudios con su trabajo en la biblioteca del colegio. Se especializó en historia y cursó estudios de español. El trabajo en la librería había intensificado su amor por los libros. Con el apoyo del bibliotecario del centro, se marchó en 1934 con una sola idea en mente, la de buscar trabajo en la biblioteca más importante del mundo: la Biblioteca del Congreso en Washington D. C. Cuando por fin obtuvo una plaza en el Departamento de Documentación, fue con un salario inferior a la mitad de lo que ganaba en la mina de cobre. Sin embargo, aunque apenas le daba para comer, era feliz simplemente con poder pasar todo el día entre las estanterías de libros[6a].

Cuando estalló la Guerra Civil española empezó a reseñar libros sobre el conflicto y a escribir de vez en cuando algún artículo para el *Washington Post*. Sus artículos estaban tremendamente documentados y se basaban en un conocimiento profundo de la prensa internacional[7a]. Las reseñas tenían elementos del humor mordaz y la agudeza crítica que se convertirían en signos distintivos de sus escritos posteriores. En la reseña de la obra del estadounidense de derechas Theo Rogers, *Spain: A Tragic Journey*, escribió:

Hay una aterradora confusión en torno a este libro. Me refiero a la descuidada, quizá deliberada, confusión de los términos *anarquista* y *comunista*. Hay una gran diferencia entre ambos y las personas inteligentes la reconocen. El modo en que el señor Rogers utiliza dichas palabras revela la temerosa indignación de su mente, pero no transmite información. No es justo hablar con vaguedad de gente comprada con «el oro de Moscú» sin aportar pruebas concretas. Es falso negar que Franco es fascista y acto seguido añadir que sencillamente cree en el «estado totalitario».

Herbert concluía su artículo con la sugerencia de que los lectores «abrirían sin duda el libro del señor Rogers (si es que lo abrían)» con la aprobación entusiasta de las curiosas palabras de sir Wilmott Lewis, que escribe el prólogo: «Lo único que conozco del libro para el que escribo este prólogo es el título y, si el libro llegara a algunas conclusiones, imagino que discreparía radicalmente con ellas»[8a].

Su crítica del libro de Harold Cardozo *The March of Nation* apuntaba las contradicciones existentes entre una serie de afirmaciones: que el 18 de julio Queipo de Llano contaba con «escasamente 180 soldados entrenados»; que tenía que utilizar «aquel puñado de hombres con astucia con el fin de paralizar a una población ingente»; que «la abundancia de voluntarios, trescientos mil en total, durante los primeros meses de la guerra, era la mejor prueba de que el movimiento militar era en realidad un movimiento nacional» y que en octubre «al general Varela le faltaban hombres. Su marcha hacia Toledo había sido una audaz proeza para engañar al enemigo, y la marcha hacia Madrid iba a ser aún más atrevida. Las fuerzas expediccionarias africanas tenían poco más de catorce o quince mil hombres, y fue a base de desplazar unidades de un sitio a otro como el general Varela consiguió dar la impresión de fuerza»[9a].

Afectado ya emocionalmente por la lucha entre el fascismo y el antifascismo, Southworth siempre diría que lo que pasó en España dio sentido a su vida. Sus artículos llamaron la atención del embajador de la República, Fernando de los Ríos, que le propuso trabajar para la Oficina de Información española. Abandonó entusiasmado su empleo oficial en la biblioteca, mal pagado pero seguro, y se trasladó a Nueva York. Allí trabajó con pasión y escribió artículos de prensa y panfletos periódicos, entre otros *Franco's «Mein Kampf»*, su anónima labor de demolición de la tentativa de José Pemartín de dotar al franquismo de una doctrina formal en *Qué es «lo nuevo»: consideraciones sobre el momento español presente*[10a]. Durante aquella época realizó un curso de doctorado en la Universidad de Columbia y entabló una amistad duradera con su colega Jay Allen, el distinguido corresponsal de guerra. Jay, Barbara Wertheim (famosa posteriormente como Barbara Tuchman) y Louis Fischer le conocían como Fritz, ya que su porte rotundo y su cabello rubio les recordaba al de un cervecero alemán. Con posterioridad, Jay escribió lo siguiente de aquel hombre de Oklahoma cuyo acento arrastrado le hacía parecer tejano:

Trabajó conmigo como ayudante de investigación en Nueva York en los años 1938 y 1939. Sus sentimientos eran muy parecidos a los míos, estaba dispuesto a marchar junto al PC siempre que ellos no se rezagaran un

milímetro del pacto. Tejano y, según creo, baptista, tuvo y sigue teniendo algunas reticencias muy marcadas hacia la Iglesia católica, reticencias compartidas en términos generales por los católicos anticlericales[11a].

Las opiniones de Southworth aparecieron resumidas en un brillante artículo publicado a finales de 1939 sobre el poder político de la prensa católica[12a].

Mientras permaneció en Nueva York, Southworth también conoció y desposó a una hermosa joven puertorriqueña, Camelia Colón, pero el suyo no fue un matrimonio afortunado. Herbert quedó desolado por la derrota de la República, aunque, una vez acabada la guerra, Jay y él continuaron trabajando para el presidente en el exilio, Juan Negrín. Trabajó con Barbara Wertheim en una cronología de la Guerra Civil española descomunal y minuciosamente detallada que pretendía ser la base para un libro de Jay dedicado a la guerra, libro que nunca concluiría. Junto con él, ayudó también a muchos exiliados españoles destacados que pasaron por Nueva York, incluidos Ramón J. Sender y Constancia de la Mora. Herbert también trabajó de forma esporádica durante toda la década de 1940 en un libro sobre el partido fascista español, la Falange, que finalmente fue rechazado por los editores porque lo consideraron demasiado erudito. En mayo de 1946 escribió a Jay para comunicarle la dificultad de investigar mientras trataba de ganarse la vida, y en diciembre de 1948 le informó de lo siguiente: «Sigo dándole vueltas a la idea de un libro sobre la Falange Española. Tengo montañas de material y quizá en un año más o menos tenga tiempo para sentarme y escribirlo»[13a]. Hasta 1967 no podría redactar su extraordinaria obra *Antifalange*, que estaba dedicada a Jay Allen.

En el verano de 1941 las labores realizadas por Jay Allen en Nueva York en favor de la República española tuvieron que ser interrumpidas y Herbert fue reclutado por el Departamento de Estado, ya que se suponía que sus credenciales antifascistas serían de utilidad en la previsible guerra contra las dictaduras. Poco después del ataque contra Pearl Harbor, el departamento en el que trabajaba se convirtió en la Oficina de Información de Guerra estadounidense (OWI, Office of War Information). En abril de 1943 fue destinado a Argelia para trabajar en la Oficina de Guerra Psicológica. Dado su conocimiento de la situación española, fue destinado a

Rabat, Marruecos, donde pasó la mayor parte de la guerra dirigiendo emisiones de radio en lengua española para la España de Franco[14a]. Cuando la guerra terminó, se quedó durante algún tiempo trabajando para el Departamento de Estado, hasta que lo despidieron en mayo de 1946. Escribió a Jay: «Me ha dicho un amigo de dentro que me han incluido en una lista negra del Departamento de Estado y que nunca me contratarán. Es un incordio para un hombre de treinta y ocho años cuyo mejor currículum laboral son los cinco años que ha dedicado a labores informativas para Estados Unidos». Las credenciales antifascistas que le habían proporcionado originalmente su empleo suponían ahora un grave inconveniente en el contexto de la Guerra Fría. En todo caso, Herbert creía que «el fundamento de las acusaciones contra mí no reside en mi republicanismo proespañol ni en mi falta de sentimientos antisoviéticos, sino en mis actividades contra las maniobras políticas de la Iglesia católica»[15a].

Decidió no utilizar su billete de avión de la desmovilización para volver a casa, sino quedarse en Rabat, en parte a la espera de la caída de Franco, pero en mayor medida porque se había enamorado de una abogada francesa de belleza deslumbrante y gran inteligencia: Suzanne Maury. Ya se había separado de su mujer, Camelia, si bien no se divorciaron hasta 1948. Suzanne también tuvo problemas para separarse de su marido. Cuando ambos quedaron libres para casarse, lo hicieron en 1948. Sabiendo que no había ningún control sobre las emisiones de radio desde Tánger, Suzanne le aconsejó que comprara cierta cantidad de equipamiento de radio excedente del Ejército estadounidense con el que fundó Radio Tánger. Siguió en contacto frecuente con Jay Allen y, al igual que su amigo, continuó esperando la caída del régimen de Franco.

A finales de diciembre de 1948 escribió a Jay:

Hemos pasado un mes en París, entre octubre y noviembre. Vi a Vayo y le medio prometí hacer algo sobre España, pero no lo he hecho. ¿Qué te parece algo que empiece así?: «Un objetivo político no es muy diferente de un objetivo militar. Ningún general emplearía la misma estrategia para

tomar una trinchera que para tomar un castillo, y las fuerzas desplegadas contra un granero serían diferentes de las lanzadas contra una ciudad de la era atómica. En los esfuerzos para derrocar a Franco se está utilizando toda la munición contra un régimen fascista que ha dejado de existir. Reconocer esto impondrá a muchos un fuerte castigo emocional, etc». Como puedes ver, soy incapaz de escribir nada sin ponerme profundo y entrar en asuntos ideológicos[16a].

Durante aquellos años viajó regularmente a España en busca de material para lo que acabaría siendo la mayor colección de todos los tiempos de libros y panfletos sobre la Guerra Civil española (que en la actualidad se encuentra en la Universidad de California en La Jolla, San Diego). En su carta de diciembre de 1948 dirigida a Jay comentaba: «He atravesado España dos veces, una vez desde Málaga hasta Barcelona y la otra por San Sebastián, Burgos, Valladolid, Madrid y Córdoba. Creo sinceramente que un pequeño bloqueo derrocaría a Franco en tres semanas, si no antes»[17a].

El gobierno marroquí nacionalizó la emisora de radio la Nochevieja de 1960, pero Herbert y Suzanne ya se habían marchado a vivir a París. Él siguió comprando libros a través de una inmensa red de vendedores de alcance mundial. En alguna ocasión compró la biblioteca de algún exiliado español, entre ellas la del presidente de la Generalitat de Catalunya, Josep Tarradellas. También entabló una estrecha relación con el padre Marc Taxonera, el alto y delgado bibliotecario del monasterio de Montserrat, con quien intercambiaría ejemplares repetidos de algunos libros[18a]. Herbert perdió dinero en un intento de introducir la patata frita en Francia. Aquello, unido a los problemas para encontrar un apartamento lo bastante grande donde alojar su biblioteca, que estaba depositada en un garaje, y también a un incidente en el que un policía le dio una paliza durante una manifestación de izquierdistas, hizo que optara por abandonar la capital francesa. El problema de su ya entonces enorme biblioteca le llevó a mudarse hacia el sur, donde las viviendas eran más baratas. En 1960, Suzanne y él compraron el decadente Château de Puy en Villedieu sur Indre. En realidad nunca le gustó aquella zona, y le escribió jocoso a Jay Allen: «No te has perdido nada por no conocer esta parte de Francia. De buena gana participaría en la próxima guerra contra estos campesinos»[19a].

Algunos años después, en septiembre de 1970, se trasladarían a vivir bajo la desvaída magnificencia del solitario Château de Roche, en Concrémiers, cerca de Le Blanc. Entonces escribió a Jay Allen: «Hemos pasado seis heroicos meses tratando de poner esta casa en orden. Ahora estamos bastante bien. Reina la confusión. Preocuparme por el tejado, la calefacción y los retretes me ha impedido seguir con mi trabajo»[20a]. Por fin, en el centro del inmenso castillo venido a menos consiguieron montar un núcleo modernizado en el que vivían y que equivalía a una casa de cuatro dormitorios. En la tercera planta y las demás alas habitaban los libros y los murciélagos.

Una vez instalados en Puy, Herbert empezó a publicar la serie de libros que obligaron al régimen de Franco a alterar su versión falsificada del pasado. El más aclamado fue el primero, *El mito de la cruzada de Franco*, una devastadora revelación acerca de la propaganda derechista sobre la Guerra Civil española[21a]. Al adelantar el dinero para que Ruedo Ibérico lo publicara, salvó a la editorial de la quiebra económica sin proponérselo. En realidad, como el impresor francés tenía poca experiencia de composición tipográfica en español, la primera edición contenía tantos errores que tuvo que ser destruida[22a]. De cualquier modo apareció en 1963, y un año después, una edición francesa muy ampliada fue decisiva para convencer a Manuel Fraga de que había que crear un departamento exclusivamente dedicado a la modernización de la historiografía sobre el régimen. Su director, Ricardo de la Cierva, en una batalla perdida contra Southworth, se dedicó a escribir más de un centenar de libros en defensa del régimen de Franco, una proeza llevada a cabo a fuerza de tener a su disposición los recursos del Ministerio de Información hasta la muerte de Franco y de carecer de miedo a repetirse. Jay Allen envió a Louis Fischer un ejemplar de *El mito de la cruzada de Franco*, y le describió el libro como «una labor extremadamente minuciosa y hábil». Consciente de que Herbert atravesaba importantes problemas económicos, Jay preguntó a Louis si, en su condición de distinguido profesor de Princeton, podía utilizar su influencia para convencer a la universidad de que adquiriera la biblioteca Southworth «y a Fritz junto con ella».

En 1967 Southworth escribió un segundo libro, *Antifalange*, publicado también por Ruedo Ibérico. Se trataba de un comentario monumentalmente erudito sobre el proceso mediante el cual Franco convirtió a la Falange en el partido único de su régimen. Tuvo un impacto comercial significativamente menor que *El mito*…, puesto que incluía un comentario minuciosamente detallado, línea a línea, de un libro escrito por un autor falangista, Maximiano García Venero: *Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla* (Ruedo Ibérico, París, 1967). Se trataba de las memorias del dirigente falangista Manuel Hedilla, que había caído en desgracia por haberse opuesto a Franco después de la unificación forzada de la Falange y los carlistas en abril de 1937. García Venero había sido su amanuense[23a]. Con el libro, Hedilla, quien había sido condenado a varios años de cárcel, al exilio interior y a la miseria, quería intentar reivindicar su papel en la guerra. José Martínez, el director de Ruedo Ibérico, pidió a Herbert que aportara comentarios detallados para ampliar los aspectos que García Venero había decidido no contar acerca de la violencia falangista. Dado su exhaustivo conocimiento de la Falange, aquellas notas acabaron creciendo hasta adquirir una envergadura que exigía su publicación en un volumen anexo. Entretanto, Manuel Fraga se había enterado de su inminente publicación y se había ocupado de que la Embajada española en París presionara a García Venero para impedir su lanzamiento, y así asestar un golpe mortal a Ruedo Ibérico. Dado que el voluminoso libro ya había sido compuesto y ocasionado muchos gastos, este se negó y, tras laberínticas complicaciones legales, se publicaron los dos libros[24a]. El demoledor ataque contra el texto de García Venero llevado a cabo por Southworth revelaba tal conocimiento de los intersticios de la Falange que produjo considerable sorpresa y admiración entre muchos falangistas veteranos. En el curso de años de investigación intensiva para su proyectado libro sobre la Falange, Southworth había entablado una fructífera correspondencia con muchos falangistas relevantes, entre los que se encontraban Ernesto Giménez Caballero, Jesús Suevos y Ángel Alcázar de Velasco. Dicha correspondencia se prolongó hasta su muerte y destacaba por el tono respetuoso con el que muchos de ellos le trataban.

A mediados de la década de 1960 Herbert entró en contacto con el gran hispanista francés Pierre Vilar, que le convenció de la utilidad de presentar una tesis doctoral en la Sorbona. En un principio pensó hacerlo con una bibliografía completa y anotada sobre la Guerra Civil española siguiendo la línea de una versión muy ampliada de *El mito de la cruzada de Franco*. Sin embargo, mientras trabajaba en el tema se vio cada vez más absorbido por un único aspecto: la batalla propagandística en torno al bombardeo de Guernica[25a]. En 1975 apareció en París la obra maestra de Herbert Southworth, *La destruction de Guernica. Journalisme, diplomatie, propagande et histoire* (Ruedo Ibérico, París, 1975), que poco después iría seguida de la traducción española. El original inglés se publicó con el título *Guernica! Guernica! A Study of Journalism, Diplomacy, Propaganda and History* (California University Press, Berkeley, California, 1977). Basada en una asombrosa selección de fuentes documentales, se trata de una sorprendente reconstrucción de los esfuerzos llevados a cabo por los propagandistas y admiradores de Franco para borrar por completo la atrocidad de Guernica. Por consiguiente, la obra causó un impacto considerable en el País Vasco. El libro no reconstruía el bombardeo en sí, sino que en realidad arrancaba con la llegada a Guernica desde Bilbao del corresponsal de *The Times*, George L. Steer, junto con otros tres periodistas extranjeros.

Se trata de la obra de investigación más fascinante y meticulosa, que reconstruía la telaraña de mentiras y medias verdades que falsificaron lo que en realidad sucedió en Guernica. La versión franquista más exagerada, que culpaba de la destrucción de la ciudad a mineros saboteadores procedentes de Asturias, fue invención de Luis Bolín, el jefe de la oficina de prensa extranjera de Franco. Para evaluar el trabajo de Bolín y la subsiguiente manipulación de la opinión pública internacional sobre el suceso, Southworth reconstruía con meticulosidad las condiciones bajo las que se veían obligados a trabajar los corresponsales extranjeros en la zona nacional. Mostraba cómo Bolín amenazaba con frecuencia con hacer fusilar a todo aquel corresponsal cuyos despachos no siguieran las orientaciones propagandísticas franquistas. Tras desmontar de forma minuciosa la argumentación urdida por Bolín, Southworth pasaba a desmantelar las

incoherencias de los escritos de los aliados ingleses de Bolín: Douglas Jerrold, Arnold Lunn y Robert Sencourt.

En condiciones normales, podría esperarse que una descripción detallada de la historiografía acerca de un determinado tema acabara siendo la árida obra de un especialista con una perspectiva muy limitada. No obstante, Southworth consiguió, con una maestría única, convertir su estudio de la compleja construcción de una mentira descomunal en un libro muy accesible. Algunas de las páginas más interesantes e importantes de este libro están compuestas por un análisis de la relación entre los escritos franquistas sobre Guernica y el auge del problema vasco en la década de 1970. Southworth demostraba que se estaba llevando a cabo un esfuerzo por reducir la tensión entre Madrid y Euskadi mediante la elaboración de una nueva versión de lo que sucedió en Guernica. Para ello, era esencial que la historiografía neofranquista aceptara que Guernica había sido bombardeada, y no destruida por «saboteadores rojos». Una vez reconocido que, en radical contradicción con la ortodoxia anterior del régimen, la atrocidad fue en buena medida obra de la Luftwaffe, cobró relieve para los historiadores oficiales liberar de toda culpa al alto mando del bando nacional. La labor exigía mucha pericia, puesto que los alemanes acudieron en primera instancia a España a petición de Francisco Franco. Sin embargo, los neofranquistas empezaron a distinguir entre lo que ellos presentaban como una iniciativa alemana independiente y la inocencia de Franco y del comandante del norte, el general Emilio Mola. A continuación, Southworth analizaba la ingente literatura sobre el tema para proponer una conclusión evidente: que Guernica fue bombardeada por la Legión Cóndor a petición del alto mando franquista con el fin de destruir la moral vasca y socavar la defensa de Bilbao.

En apariencia, esta conclusión no era nada excepcional, apenas iba más allá de lo expuesto en la primera crónica enviada a *The Times* por George Steer y no era más que lo que la mayoría de los vascos consideraban un axioma desde 1937. Sin embargo, el gran historiador francés Pierre Vilar apuntaba en su prólogo al libro la importancia de lo que Southworth había logrado llevar a cabo al volver sobre el acontecimiento en sí y apartar capa tras capa las falsedades vertidas por la censura, los diplomáticos que servían

a intereses creados y determinados propagandistas de Franco. A juicio de Vilar, lo que otorgaba a la obra de Southworth una importancia que superaba con mucho los límites de la historiografía sobre la Guerra Civil española era su decidida búsqueda de la verdad y su exposición del modo en que periodistas, censores, propagandistas y diplomáticos distorsionaron la historia. En un terreno en el que la verdad siempre había sido la primera baja, la «objetividad apasionada» de Southworth se alzaba como un faro y convertía el libro en una perfecta exhibición de metodología. Las investigaciones de Southworth se basaban en un asombroso despliegue de fuentes documentales en siete idiomas reunidas en muchos países. Por consejo de Pierre Vilar, el manuscrito se presentó en 1975, con éxito, como tesis doctoral en la Sorbona. Herbert ya había pronunciado conferencias en universidades de Gran Bretaña y Francia, pero aquel fue el comienzo de un tardío reconocimiento académico de la obra de Southworth en su propio país. A mediados de la década de 1970 se convirtió en profesor Regents de la Universidad de California.

Herbert no consiguió ser del todo bien recibido en la comunidad académica estadounidense a causa de su inveterada rebeldía y su malicioso sentido del humor. No disimulaba su desprecio hacia la política de Washington en América Latina, que le recordaba la traición a la República española. Todos los días devoraba, como un ávido observador de lo que consideraba la hipocresía de la escena política, una pila de periódicos franceses y norteamericanos. Junto con su pasión por la política, tenía un maravilloso sentido del absurdo y una risa irresistiblemente contagiosa. Le gustaban mucho los juegos de palabras multilingües, y se divertía mucho cuando en España le traían a la mesa de algún restaurante una botella de agua mineral con la etiqueta «Sin gas» («gas del pecado», en inglés). Recuerdo que en una ocasión, en un congreso en Alemania, los asistentes fuimos conducidos por el director de la fundación anfitriona para ver una suntuosa alfombra que, según indicaron con orgullo, había pertenecido a Adolf Hitler. Herbert se puso de rodillas y empezó a gatear y a mirar detenidamente el pelo de la alfombra. El director preguntó preocupado qué pasaba, y quedó absolutamente desconcertado cuando Herbert contestó con su arrastrado acento tejano: «Estoy buscando las marcas de los dientes del

Führer». Su labor de acoso y derribo de la falsa erudición de otros solía ser extremadamente divertida, sobre todo en el capítulo titulado «Spanica Zwischen Todnu Gabriet», en el que reconstruía minuciosamente cómo, uno tras otro, los autores franquistas citaban un libro que jamás habían leído (la obra de Peter Merin *Spanien zwischen Tod und Geburt* [«España, entre la vida y la muerte»]), pero del que se limitaban a copiar mal el título. En una ocasión me pidió que en su tumba se inscribiera el siguiente epitafio: «SUS ESCRITOS NO FUERON LAS SAGRADAS ESCRITURAS / PERO TAMPOCO PURA BASURA». A pesar de su austero estilo inquisitorial, fue un buen comedor, rechoncho y jovial.

Tras la muerte de Franco, a menudo invitaban a Herbert a pronunciar conferencias en las universidades españolas, en las que era una figura de culto de primer orden. Su influencia se apreciaba en la obra de una nueva generación de especialistas británicos y españoles, y sus escritos despiadadamente forenses impusieron nuevos criterios de rigor para la elaboración de obras sobre la guerra. Polemista beligerante, participó con asiduidad en discusiones literarias, las más famosas con Burnett Bolloten y Hugh Thomas. Acerca de su gran oponente franquista, Ricardo de la Cierva, ya había publicado una demoledora desacreditación de su descuidada erudición, «Los bibliófobos: Ricardo de la Cierva y sus colaboradores»[26a]. Herbert escribió a Jay: «La gente dice que soy destructivo, que tengo mal carácter y que nunca digo una palabra agradable de nadie, pero alguien tiene que decir quiénes son los hijos de puta y quiénes son buena gente. En el mundo académico todo es cortesía, tú me haces un favor y esperas que te lo devuelva. Me gusta pensar que soy una bocanada de aire fresco»[27a]. Sin embargo, dejó de publicar durante una temporada porque estaba trabajando en su inmenso estudio sobre Guernica. Según dejaban entrever sus cartas, también tuvo que hacer frente a graves problemas económicos. En 1970 vio cómo sus gastos en libros superaban espectacularmente los ingresos, y decidió que tenía que vender su colección. Lo hizo a la Universidad de California en San Diego como «El Fondo Southworth», y continúa siendo la biblioteca particular más importante del mundo sobre la Guerra Civil española. Como los ahorros fueron menguando, Suzanne y él también tuvieron que vender el Château de Roche en 1978.

Yo suponía que, cuando pasaran de los setenta años, se trasladarían a una casa moderna, pero en lugar de hacerlo compraron un priorato medieval en la aldea de St. Benoît du Sault, una casa fascinante pero poco práctica en la que todas las habitaciones se encontraban a una altura diferente y cuya larga y angosta escalera de caracol desembocaba finalmente en otro estudio infestado de murciélagos. Como no podía ser de otra manera, Herbert empezó a reconstruir su colección y comenzó a escribir de nuevo. Gozó de la amistad de Pierre Vilar, de infinidad de estudiosos españoles y del venerable pensador anarquista holandés Arthur Lehning. Vivieron felices en St. Benoît hasta que la salud de Suzanne se vino abajo en 1994. Herbert la cuidó con devoción hasta que murió, el 24 de agosto de 1996. Nunca logró recuperarse del todo de aquel golpe y, tras un derrame cerebral sufrido poco después, su salud se deterioró de forma espectacular. Sin embargo, pese a estar postrado en la cama, siguió trabajando con la entregada ayuda de una vecina inglesa, Susan Mason-Walstra.

En un principio Herbert se había propuesto revisar *El mito de la cruzada de Franco*. Sin embargo, del mismo modo que en la tentativa anterior había visto que la investigación se ampliaba hasta convertirse en el monumental libro sobre Guernica que escribió, entonces sucedió algo similar. El resultado fue un doble legado historiográfico final. En 1996 publicó un extenso estudio acerca del modo en que el extrotskista Julián Gorkin había distorsionado la historiografía sobre la Guerra Civil española mediante su trabajo para el Congreso por la Libertad Cultural y la falsificación de las memorias de disidentes comunistas. El historiador galés Burnett Bolloten también fue blanco de críticas demoledoras. Bolloten fue corresponsal de United Press durante la guerra y estaba próximo a Constancia de la Mora. Había empezado a escribir una historia de la guerra que en un principio era pronegrinista, pero que había acabado siendo ferozmente anticomunista como consecuencia del asesinato de Trotsky. Sus escritos posteriores se habían visto un tanto influidos por Gorkin, razón por la que Southworth le puso sin piedad en la picota[28a]. A continuación, tan solo tres días antes de su muerte, que se produjo el 30 de octubre de 1999 en el hospital de Le Blanc, en Indre, entregó el manuscrito de su último libro, *El lavado de cerebro de Francisco Franco. Conspiración y guerra*

*civil*, un estudio detallado de los dos elementos conexos del golpe militar de 1936: la invención de una trama comunista para justificar el golpe militar y tomar el poder en España, y la implicación del propio Franco en su relación con la ultraderechista Entente Internationale contre la Troisième Internationale[29a]. Ese libro era un epitafio más adecuado que el citado anteriormente.

# La guerra civil española y los críticos franquistas

## El mercado común y la censura franquista

Los imperativos que obligan a España a buscar la integración económica en Europa, han despertado cierta alarma en los círculos intelectuales del régimen de Franco. Si España entra en la gran Europa, la gran Europa contagiará a España, y si se consigue la integración económica, ¿se podrá mantener por mucho tiempo el aislamiento intelectual de la España franquista? Desde el 17 de julio de 1936 se ha vivido bajo una rígida censura en los territorios controlados por los rebeldes. Si España establece relaciones más estrechas con el resto de Europa, esa censura desaparecerá, y ello representará un grave obstáculo para mantener en pie toda la mitología que rodea al régimen, que no ha sido discutida dentro de España desde el comienzo de la sublevación.

## Los intelectuales y la guerra de España

Ningún otro acontecimiento de nuestro siglo ha excitado tanto la imaginación de los intelectuales como la guerra civil española. Desde su comienzo surgió una interminable serie de obras de toda clase sobre tal asunto: historias, novelas, piezas teatrales, poemas, ensayos, films…, y desde los primeros días la mayor de parte esa literatura se mostró favorable a la República. En 1940, escribía el critico inglés John Lehrnann: «La lucha de España ha conseguido el apoyo de los intelectuales y artistas de todas las tendencias ea aquellos países donde la democracia todavía subsiste…

Escritores de la clase media y del proletariado y escritores sin clase, españoles, franceses, ingleses, emigrados alemanes e italianos, todos han hallado que sus esperanzas, ideales y teorías tienen ahora una única y dramática manifestación allí donde las tropas de la República y los generales se enfrentaron, junto a los olivares… Impresiona saber el escaso número de nombres conocidos de esa generación que no se identificaron o por lo menos sintieron una gran simpatía por los republicanos, incluso a pesar de fuertes diferencias de opinión».[1]

El pueblo español, cegado por la censura, tardó más en admitir esta tendencia de los intelectuales de todo el mundo. Sin embargo, Rafael Calvo Serer, teórico del Opus Dei[2], hablaba en 1955 de «aquel enorme eco que tuvo nuestra guerra en la conciencia espiritual del mundo entero, personificado en los escritores más renombrados en la actualidad…».[3] También: «La vida política e intelectual del mundo se vio afectada desde 1936 a 1939 por la guerra española, que adquirió dimensiones universales en la literatura y en la vida religiosa, por la actuación beligerante de la jerarquía de la Iglesia, cuya participación dio a la guerra caracteres de Cruzada». Calvo Serer es catedrático de filosofía de la historia en la Universidad de Madrid y director de la Biblioteca del Pensamiento Actual. Conviene tener esto en cuenta, dado que los políticos españoles son más intelectuales que los de cualquier otro país de Europa occidental.

Hacia 1961 muchos críticos franquistas comenzaron a expresar su asombro ante el interés demostrado por los intelectuales extranjeros por el conflicto español. Vicente Marrero, otro teórico del Opus Dei, subrayando la creciente bibliografía existente sobre la guerra civil, cita esta frase del escritor italiano Aldo Garosci: «De la guerra española salió una literatura que conserva mayor vitalidad que gran parte de la producción hecha a propósito de la Segunda Guerra Mundial».[4]. Y, dice también Marrero: «Por lo demás, ningún suceso ha trastornado jamás a las juventudes del mundo, a la opinión misma del mundo entero, como lo hizo últimamente la tragedia española. En Inglaterra, en Bélgica, en Francia, en los Estados Unidos… las pasiones que suscitó no han desaparecido todavía. Significó la hora de la decisión y constituyó en nuestro tiempo el suceso revelador por

antonomasia que se impuso, con fuerza irresistible, encasillando definitivamente las opiniones políticas de los mismos pensadores e intelectuales».

Esta afirmación de Garosci la repite Antonio Montero en el prólogo de su libro sobre la persecución religiosa durante la guerra civil[5]. Ese mismo año, Luis García Arias, profesor de derecho internacional de la Universidad de Zaragoza y encargado de la cátedra de Cultura Militar General Palafox de la misma, escribía también: El número de libros publicados sobre la guerra de España es realmente impresionante».[6]

La misma idea había sido expresada mucho antes, en 1938, por uno de los personajes que aparecen en *Montserrat*[7], la larga disertación que sobre la Carta Colectiva de los Obispos Españoles publicó en la Barcelona del tiempo de la guerra J. V. C. Este personaje, Jorge, después de haber consultado la bibliografía de la contienda publicada en *Montserrat*, «Biblioteca fascista y antifascista»[8] señala:«Es sumamente curioso ver cuánto se ha escrito ya sobre este asunto».[9] Montserrat contestó a Jorge: «De todas maneras con lo que hay escrito hasta la hora presente cualquiera tiene los elementos principales para poder formarse un concepto personal bastante objetivo de la realidad de la guerra en sus principales aspectos y por ambas partes. El desconocimiento ahora es ya ignorancia crasa: por consiguiente quienquiera que hable o escriba acerca de las cosas actuales de España con falsedad substancial, yerra a sabiendas y por su culpa. Y esto entra ya en el terreno de la malicia y de la hipocresía, y pertenece al dominio de la responsabilidad moral con todas sus relaciones y consecuencias».

La bibliografía que provocó la sorpresa de Jorge, era el primer gran catálogo de escritos —más de cuatrocientos títulos— compilados sobre la guerra civil española. El autor, J. V. C., era un sacerdote español (la V es la inicial de Vilar) que vivió exilado, hasta su reciente muerte, en el suroeste de Francia. Jorge, asombrado en 1938 ante lo escrito sobre el tema, qué impresión sentiría hoy ante los miles de volúmenes aparecidos desde entonces?

## Bibliografías franquistas de la guerra civil

Si Jorge viviera hoy exilado, sabría algo del interés nunca agotado que el mundo intelectual extranjero manifiesta y ha manifestado en todo momento por la tragedia de su país; pero el pueblo español, con raras excepciones, ignora completamente esta extensa literatura. Hasta ahora solamente tres estudios bibliográficos sobre el género han aparecido en la España de Franco: el de Amador Carrandi en 1940[10], el de Comín Colomer en 1952[11] y el de Perrino en 1954[12]. Los tres presentan una característica común: omiten casi todo lo publicado durante la guerra en la zona republicana, así como lo aparecido fuera de España contra o a favor del régimen. Otros tres libros editados recientemente en España, dos en 1961 y uno en 1962, incluyen bibliografías extensas. El primero es la *Historia de la persecución religiosa en España, 1936-1939*, de Antonio Montero[13]. Su larga y especializada bibliografía adolece, desgraciadamente, lo mismo que toda la obra, del partidismo con que el autor utiliza sus referencias; ignora casi totalmente a los sacerdotes asesinados por las fuerzas de Franco y casi todo lo escrito sobre la materia[14]. Los otros dos libros son *La guerra de liberación nacional*, editado por Luis García Arias[15], y el sexto volumen de la *Historia de España* de la Editorial Gallach, debido a Carlos Seco Serrano[16]. (Puede hallarse un comentario de tales bibliografías en el capítulo 12 de este trabajo).

El libro del archivero Amador Carrandi contiene unos seiscientos títulos, de los cuales ninguno pertenece a obras antifranquistas ni, prácticamente, a las aparecidas fuera de la zona rebelde[17]. Aunque se publicó dos años después que el libro de J. V. C., el de Amador Carrandi no tiene en cuenta dicha obra republicana, ni tampoco sigue el excelente método del sacerdote catalán. J. V. C., si no conoce personalmente la existencia de una obra, dice donde ha encontrado la referencia. Por otra parte, Amador Carrandi da muchas citas incompletas e incluso vagas. El de Comín Colomer, ex agente de policía, especialista en masonería, sindicalismo, comunismo, separatismo y otros asuntos subversivos, publicado doce años después del anterior, presenta una lista ligeramente menor, pero con unos cincuenta títulos publicados fuera de España, la

mayoría de ellos relativos a las Brigadas Internacionales; omite completamente lo escrito por los alemanes e italianos que lucharon en favor de Franco. Comín Colorner no cita a Amador Carrandi, ni a J. V. C., ni parece estar enterado de su existencia. Hay referencias interesantes a publicaciones de provincias, pero las informaciones no siempre son de confianza.[18] Perrino, experimentado bibliógrafo, anota 441 títulos, de los cuales solamente seis pertenecen a obras no publicadas en España, y las seis, naturalmente, favorables al régimen. Una nota aclaratoria dice: «No hemos intentado agotar la materia; sólo hemos entresacado lo más importante relacionado con la campaña, con los hechos militares que tanta gloria dieron a nuestro laureado ejército español. Es un homenaje sencillo que brindamos a nuestros héroes, con motivo de la brillante Exposición Bibliográfica Militar que la Dirección General de Archivos y Bibliotecas ha instalado en la Biblioteca Nacional». ¿Dónde se pueden encontrar los libros catalogados por Perrino?[19] Resulta curioso que Perrino conceda poca atención al libro de Comín Colomer. Desde luego, la cita de un libro antifranquista no significa mucho en la España de hoy, ya que tal libro no puede ser conseguido sino por los allegados al gobierno y, como veremos, muchas veces ni por estos.

## Dos críticos franquistas

Sin embargo, si el muro con que la censura ha mantenido en la ignorancia al pueblo español durante 25 años se resquebrajase, todo este cuerpo de información, en su inmensa mayoría sumamente criticista del régimen y de la sublevación de Franco, estaría al alcance del lector español. Puesto que no puede ser ocultado por más tiempo, los intelectuales franquistas deben diluirlo convenientemente a través de sus interpretaciones. Dos libros recientemente aparecidos en España nos dan una clara indicación de cómo está siendo atacado el problema: *La literatura universal sobre la guerra de España*, de Rafael Calvo Serer[20], y *La guerra española y el trust de cerebros*, de Vicente Marrero[21].

Estos dos trabajos confirman lo poco que se sabe dentro de España de lo que el resto del mundo ha dicho sobre tal país durante los pasados 25 años, cuando, precisamente, nunca se había hablado tanto de él. El *leit–motiv* de ambas obras es el habitual de que la guerra civil fue una cruzada contra el comunismo, una guerra en la que se luchaba no sólo por España y su civilización cristiana, sino también por todo el Occidente. De este tema principal se derivan otros:

- 1. La España de Franco nunca fue un *partenaire* de las potencias fascistas. Las relaciones que existieron entre la Alemania nazi, la Italia fascista y la España falangista fueron puramente «circunstanciales». Cuando los franquistas tratan de demostrar el carácter de cruzada de la guerra de España, reconocen que el punto débil de su razonamiento es la existencia de Hitler y Mussolini. Si a Franco se le viste de cruzado también se habrá de vestir a sus dos amigos. Se trata entonces de dar menos importancia a la ayuda que los dos dictadores aportaron a los rebeldes y de minimizar el apoyo que Franco dio al Eje durante la guerra mundial. A este respecto, la realidad esencial es que, cuando Franco entró en Madrid el 1º de abril de 1939 se encontró con que había conquistado un país devastado y un tesoro vacío. No tenía libertad de acción. Sin embargo, dentro de sus posibilidades hizo cuanto estaba a su alcance para ayudar a Hitler y Mussolini. Se adhirió al *Pacto Antikomintern* el 27 de marzo de 1939. Declaró que España no era neutral, sino «no beligerante». Ofreció a Hitler entrar en guerra bajo ciertas condiciones, que no dependían de la voluntad de Franco, sino de la ruina económica del país, debida a los largos meses que duró la resistencia de los republicanos. Franco envió la División Azul al frente ruso. Sus palabras fueron más lejos que sus obras; así, prometió a Hitler un millón de hombres para defender Berlín en caso necesario, pero, incluso antes de que Berlín se encontrara amenazado directamente (cuando le pareció que Madrid *podía ser amenazado*), retiró sus tropas del frente. Si Hitler hubiera ganado la guerra, Franco hubiera sacado a relucir muchos pequeños servicios por los que

hubiera pedido al Führer una comisión, del mismo modo que los franquistas ponen de relieve ahora otros muchos pequeños servicios por los que solicitan la recompensa de los vencedores. La verdad es que Franco no sólo deseaba, sino que ansiaba vivir en una Europa dominada por Hitler.[22]

- 2. La guerra civil no fue el preludio de la Segunda Guerra Mundial, sino el capítulo inicial de la Tercera Guerra Mundial, la guerra contra el comunismo. García Arias escribe: «En realidad, la guerra de España fue el preludio de la III Guerra Mundial, y desde el primer momento lo puso así de relieve la presencia española en 1941 contra la Unión Soviética…».[23]. Ahora bien, en septiembre de 1941, Serrano Súñer declaró al corresponsal del *Volkischer Beobachter*, con ocasión de su visita a Alemania: «Naturalmente, nosotros afirmamos que la guerra de España fue la fase preliminar del actual conflicto».[23bis] En la España de Franco no hay una ideología consistente, ni nunca la ha habido; sólo hay un astuto deseo de conservar el poder. García Arias pretende que cuando la División Azul luchaba en el frente ruso no combatía en la segunda guerra mundial, sino en la tercera. No obstante, no hay duda de que los hombres de la División Azul deseaban que Hitler venciera en el frente ruso, y si éste hubiera ganado la guerra habría ganado la segunda, no la tercera. El razonamiento de los criminales de guerra alemanes es que, en tanto que alemanes, no les quedaba otra solución que seguir a Hitler. Los españoles que combatieron junto a los nazis eran «voluntarios», como ellos mismos lo recuerdan con frecuencia. Trataban de ayudar a Hitler. Tampoco hay que olvidar que esos hombres prestaron juramento de fidelidad a Adolf Hitler.[23b] Esto supone que el actual ministro de Asuntos Exteriores de Franco es el único hombre en Europa occidental que ocupa un cargo semejante después de prestar ese juramento. Si fuera alemán estaría incapacitado para ocupar su alto cargo. En cuanto a la ideología de los hombres de la División Azul, en la *Hoja de Campaña*[23c], en un artículo titulado «El verdadero enemigo», reproducido en *Hermandad*, se lee: «Son tus

apellidos democracia, marxismo y plutocracia, pero tu nombre de pila es inconfundible: te llamas judaísmo». No sólo durante la guerra celebraba la División Azul las victorias de Alemania y Japón, sino que hoy día el *Boletín de la Hermandad Nacional «División Azul»* se lamenta en cada número de la derrota de Alemania. El 8 de octubre de 1961 la Hermandad, en el curso de una gran ceremonia celebrada en Zaragoza, ofreció a la Virgen del Pilar un manto ricamente bordado. Rodeando a la insignia de la División Azul se ven cuatro Cruces de Hierro, condecoraciones que concedió a la División un tal Adolf Hitler. [23d] La Virgen de la Estrella, patrona de la asociación malagueña de veteranos de la División Azul, también lleva en el pecho la Cruz de Hierro[23e]. Pensamos que esas cruces se ganaron en la Tercera Guerra Mundial, no en la Segunda.

- 3. Las grandes figuras de la literatura mundial fueron partidarias de la República española a causa de su ingenuidad e ignorancia políticas. Se han retractado de ello y militan ahora en las mismas filas que Franco.

Estas tesis, naturalmente, no han sido demostradas. Por el contrario, los hechos prueban que:

- La victoria de Franco fue una victoria de Hitler y Mussolini, y como tal fue proclamada en Berlín, Roma y Madrid. Franco no hubiera podido llevar la guerra fuera de Marruecos sin la ayuda de los dictadores. Hugh Thomas dice que hubo cinco ocasiones en las que la ayuda extranjera fue un factor determinante en la evolución de los acontecimientos: «En primer lugar, el rápido envío de aviones de transporte por parte de Alemania e Italia, en julio de 1936, permitió a Franco hacer atravesar el estrecho de Gibraltar al ejército de África. Decir simplemente que los nacionalistas hubieran perdido la guerra si no hubiera sido por esta ayuda suscitaría muchas discusiones. Pero no cabe duda de que la guerra hubiera seguido un curso muy diferente si el ejército de África no hubiera llegado a la península tan rápidamente.

Esta ayuda tuvo un efecto muy superior a las compras de aviones que efectuó la República al mismo tiempo en Francia»[24]. Una de las tareas principales de los historiadores franquistas ha sido pasar por alto esa primera ayuda alemana e italiana. Un ejemplo notable de falsificación histórica lo da Jean Creac'h en su obra *Le coeur et l'épée* (París, 1958). Después de escribir: «Los documentos del Estado Mayor español, al igual que los archivos del III Reich, permiten actualmente determinar con precisión el orden cronológico de entrada en combate de los diferentes contingentes extranjeros durante la guerra civil», Creac'h ignora por completo la ayuda nazi y fascista gracias a la que el ejército de África pudo llegar a España (p. 190-191). El historiador militar del régimen de Franco, Manuel Aznar, es también experto en falsificar los hechos históricos.[24bis] No hace mención alguna de la ayuda de los alemanes para transportar el ejército de África; sí menciona los 9 «Savoia-81s» que aterrizaron en Marruecos Español el día 30 de julio, pero no dice que dichos aviones procedían del gobierno italiano, sino que fueron el resultado de una «gestión afortunada» (p. 147). El alemán Dahms pertenece también a la misma escuela histórica, aunque al parecer lo que se propone no es tanto ayudar a Franco como hacer ver que los alemanes no son en realidad responsables de gran cosa en España: «Franco no dependía totalmente de la aviación italoalemana».[24b] Además, presenta como una operación naval el famoso paso del estrecho, el 5 de agosto, por un convoy con la protección de los bombarderos italianos. Franco ofreció su amistad a Hitler y Mussolini cuando pensaba que iban a ganar la Segunda Guerra Mundial y les abandonó cuando comprendió que iban a perder la guerra.

- La guerra civil forma parte integral de la historia europea de su época. No puede ser aislada como una «guerra santa» ni separada o diferenciada de los restantes actos de la tragedia de Europa.
- Las grandes figuras literarias del período que comprende de 1936 a hoy, han sido partidarias de la República española. Ninguna de ellas se

ha retractado. Los citados escritores *franquistas* pretenden identificar al comunismo con la República española, lo cual no puede hacerse en modo alguno. Algunas de aquellas figuras han roto con el comunismo, pero ello no quiere decir que hayan renunciado a su lealtad para con la República española. Otros no eran comunistas ni se identificaron nunca con ese movimiento.

Los libros de Marrero y Calvo Serer fueron redactados precipitadamente a causa de la urgente necesidad que de los mismos se tenía. El mismo Calvo Serer subrayaba la importancia de esto ya en 1955, al escribir admonitoriamente: «Es sintomático que aquel enorme eco que tuvo nuestra guerra en la conciencia espiritual del mundo entero —personificada en los escritores más renombrados en la actualidad— no haya sido detenidamente estudiado ni debidamente considerado por nuestros profesionales de las letras, que parecen rehuir el tema como algo vergonzoso. De seguir esta fugitiva actitud, se perderá el sentido de la Cruzada, que vendrá a ser valorada como si hubiera sido un gigantesco error, una monstruosa matanza».[25]

A Calvo Serer le obsesiona la explicación del «millón de muertos». En la página 31 habla de «la terrible sospecha de que aquella guerra santa no fue sino una gigantesca matanza, una monstruosa equivocación que iba a suponer la ruina de España para más de medio siglo». Luis Emilio Calvo Sotelo ha expresado idéntico temor, hablando de «este nuevo clima de contemporización, la revisión de los valores y el derrotismo» en el que «la guerra sólo fue una tragedia, no una epopeya; aquí sólo hubo muertos; todos cometieron parecidas barbaridades; la Cruzada fue un mal intrínseco».[25bis]

La obra de Marrero es en gran medida una recopilación de artículos periodísticos y, rápidamente editada, no tiene cohesión ni han sido eliminadas de ella las reiteraciones. La de Calvo Serer, por su parte, es un soberbio ejemplo de falta de cuidado. Los trabajos de estos dos prominentes miembros del Opus Dei en cierto sentido, se complementan. El del primero, a pesar de su pretencioso título, se refiere básicamente a libros publicados

en España; el del segundo, a libros aparecidos fuera de España. Calvo Serer ignora completamente la producción literaria de los republicanos durante la guerra, y de los exilados después de la derrota; Marrero la menciona brevemente.

La posición intelectual de estos publicistas franquistas es, desde luego, curiosa. Escriben frecuentemente sobre libros que no pueden circular en España, libros que se supone no poseen ni críticos ni lectores.[26] Esto hace difícil el trabajo de aquéllos y hace recaer sobre los mismos una responsabilidad moral mayor que la del crítico ordinario. El lector no puede formarse una opinión propia. Lo verdaderamente reprensible es que tales críticos han traicionado totalmente la confianza de sus lectores y que muy a menudo han tratado de libros que no se han tomado siquiera la molestia de leer. Tal situación falsea no sólo la relación entre crítico y lector, sino también la existente entre crítico, lector y autor.

## Calvo Serer y Marrero presentan sus candidatos

El ensayo de Calvo Serer fue primeramente ofrecido como conferencia en diciembre de 1961, en Bilbao[27], y publicado como folleto en *La estafeta literaria* en Madrid el 1 de mayo de 1962; finalmente, apareció más recientemente, como contribución de su autor, en *Politische Ordnung und menschlische Existenz*[28], colección de trabajos editada en forma de libro para celebrar el 60 aniversario del nacimiento del economista político alemán Eric Voegelin. (Calvo Serer anuncia que este ensayo inicial servirá de base a una obra más ambiciosa). Es dudoso que un profesor español haya dado jamás a un *symposium* internacional una contribución tan pobre en investigación, tan descuidada en la forma, tan repleta de ideas de segunda mano y de plagios.

Calvo Serer clasifica sus escritores en doce categorías:

- **La generación perdida**: Hemingway, Dos Passos y Malraux.
- **Las Brigadas Internacionales**: Togliatti, Longo, Pacciardi, Nenni, Regler y Renn.

- **Los escritores soviéticos**: Kolzov y Ehrenburg.
- **El mito de la revolución igualitaria**: Rosselli y Kaminski.
- **En medio de los anarquistas**: Orwell y Simone Weil.
- **Los comunistas que dejaron de serlo**: Spender, Koestler y Fischer.
- **El periodo español de la poesía inglesa contemporánea**: Auden, Day Lewis y MacNeice.
- **Los católicos antitotalitarios**: Bernanos, Maritain y Mauriac.
- **Los combatientes con Franco**: Roy Campbell y Peter Kemp.
- **Los católicos al lado de la España Nacional**: *sir* Arnold Lunn, Hilaire Belloc y Paul Claudel.
- **Los nacionalistas franceses**: Maurras, Massis, Brasillach y Bardèche.
- **Estudios de conjunto**: Borkenau, Brenan, Madariaga, Hugh Thomas, Garosci, Bolloten, Pierre Broué y Émile Témime[29]

Calvo Serer define a estos 41 autores como los escritores «que más han influido en la interpretación dominante de la guerra de 1936».[30] ¿Qué entiende Calvo Serer por «interpretación dominante»? Refiriéndose a la literatura que en los años treinta se produjo sobre la guerra civil, afirma: «El tono general era de tipo liberal y progresista, adverso a los valores tradicionales y católicos que representaba la España nacional. A los veinticinco años esta situación no ha mejorado mucho».[31] En otra página de su obra insiste sobre el tema, hablando ahora de publicaciones más recientes: «Estos libros publicados en Inglaterra, Francia e Italia siguen dentro de la línea izquierdista, preponderante en la literatura sobre la guerra española».[32] De acuerdo con la definición e interpretación de Calvo Serer, podríamos esperar solamente una lista de libros y autores prorrepublicanos, pero no sucede así; parece como si el opusdeísta español olvidase su propio propósito una vez formulado. Veamos su lista, ordenada según las tendencias políticas de los en ella incluidos en relación con la guerra civil:

- **Prorrepublicanos**: Hemingway, Dos Passos, Malraux, Togliatti, Longo, Pacciardi, Nenni, Regler, Renn, Kolzov, Ehrenburg, Rosselli, Kaminski, Orwell, Spender, Koestler, Fischer, Auden, Day Lewis, MacNeice, Thomas, Borkenau, Brenan, Garosci, Broué y Témime.
- **Neutrales pero contra Franco**: Maritain, Mauriac, Bernanos.

- **Neutrales**: Madariaga, Weil.
- **ProFranco**: Campbell, Kemp, Lunn, Belloc, Claudel, Maurras, Massis, Brasillach y Bardèche.

Marrero también confecciona una clasificación de «los más importantes intelectuales del momento [1936]» conmovidos por la guerra de España: «La guerra española de 1936, quiérase reconocer o no, tocó una fibra eminentemente espiritual que explica el interés que despertó en todos los intelectuales más destacados del momento…».[33] La cronología de Marrero está un tanto equivocada, por lo menos en lo que se refiere a Bruce Marshal, que esperó hasta 1953 para decidirse a escribir sobre la guerra de España, y aun entonces sin demasiada precisión.

Hagamos ahora su clasificación política:

- **Prorrepublicanos**: Hemingway, Dos Passos, Malraux, Koestler, Spender, Auden, Orwell, Thomas Mann, Kesten.
- **Neutral**: Stefan Andres.
- **Neutrales pero contra Franco**: Maritain, Mauriac, Bernanos.
- **ProFranco**: Belloc, Campbell, Maurras, Claudel, Bruce Marshall.

¡Qué pobre es la listas de escritores a favor de Franco! Es evidente que si los intelectuales franquistas no han sido capaces de imponer en 25 años su versión de la guerra civil a su pueblo cautivo, lo serán menos cuando toda la variada y rica literatura que sobre el tema existe pueda ser leída fácilmente en España. Marrero encuentra que el dique comenzó a agrietarse cuando a la firma del armisticio de 1945 siguió una «invasión de literatura antitotalitaria enemiga del régimen español».[34] Sin duda era Marrero el único español que se percataba de tal «invasión». La cita indica claramente la debilidad que Marrero siente por la censura.

Analicemos la clasificación de Calvo Serer, que necesita ser complementada y ordenada —y su propio autor debe saberlo—, pues en ella aparecen mezcladas las categorías literarias, geográficas, filosóficas, históricas y políticas. ¿Por qué? ¿Por qué una clasificación tan arbitraria, caprichosa y artificial? ¿Para grabar ciertas palabras fundamentales en las mentes de sus lectores? Así, del lado republicano se hallan las palabras

«malas»: «generación perdida», «brigadas internacionales», «soviético», «revolución igualitaria», «anarquistas», «comunistas»…; del lado franquista, las «buenas»: «combatientes en favor de Franco», «católicos al lado de Franco», «nacionalistas franceses».

## Calvo Serer y sus fuentes: Garosci y Rühle

Indudablemente hay una intención política en tal clasificación. También hay una gran ignorancia. Un detenido estudio del libro de Calvo Serer revela que la lista del intelectual del Opus Dei se basa casi íntegramente en el trabajo de otros y en que ha leído muy pocos de los libros sobre los que pontifica. La vaguedad y el desorden que caracterizan el trabajo de Calvo Serer se deben en gran parte a la utilización desconsiderada de las obras de otros dos críticos, el italiano Aldo Garosci y el alemán Jürgen Rühle. El primero publicó en 1959 un libro bien documentado, *Gli intelletuali e la guerra di Spagna*[35], y un año más tarde Rühle la igualmente bien documentada *Literatur und Revolution: Die Schriftsteller und der Kommunismus*[36]. La confusión que se observa en la obra de Calvo Serer, *La literatura universal sobre la guerra de España*, se explica por la mezcla de ideas de los tres autores: Garosci estudia cierto número de intelectuales y su relación con la guerra de España, así como la influencia de ésta en aquéllos; Rühle se ocupa de las conexiones de algunos autores con el movimiento comunista; Calvo Serer, de acuerdo con su propia definición, se refiere a la influencia de determinados escritores sobre la opinión pública mundial en lo referente a la guerra de 1936-1939. Pero como se apoya tan fuertemente en las investigaciones de los dos primeros, coloca en plano preferente las ideas y opiniones de éstos —únicas de que dispone—, las cuales corresponden muy mal a las tesis del opusdeista, completamente distintas de las de sus inspiradores. El resultado es el desorden que encontramos en las ideas de Calvo Serer.

Calvo Serer menciona el libro de Garosci haciendo hincapié en que su autor cae «en el error básico» de considerar la guerra civil «como la lucha entre la voluntad expansiva internacional del fascismo y quienes dentro del

país promovían su desarrollo para convertirlo en una sociedad moderna». [37] A pesar de tal «error básico» de la obra de Garosci, ésta queda honrada por el hecho de que Calvo Serer la plagie sin compasión. También habla del libro de Rühle varias veces, sin citar su título[38], copiándolo continuamente. Por lo tanto, puede afirmarse que el intelectual del Opus Dei toma su material de fuentes secundarias y en forma arbitraria, caprichosa y artificial, con el fin de desacreditar políticamente a los enemigos del régimen franquista y no de informar debidamente a los lectores españoles. Esta forma de investigar y trabajar no enaltece a la Universidad franquista.

Calvo Serer expone detalladamente su interés por la influencia de este o aquel escritor sobre la opinión pública mundial en lo referente a los problemas de la guerra de España. Es un trabajo difícil, y cualquiera que posea la experiencia del profesor español dudaría antes de embarcarse en tal tarea sin haber emprendido un estudio previo de los materiales necesarios. Lo que Calvo Serer podía haber hecho es juzgar, de acuerdo con ciertas normas, los valores políticos y literarios de algunos trabajos de cada país relativos a la guerra civil; es decir, no el impacto de los mismos en la opinión publica, sino su valor intrínseco. Desde luego, para llevar a cabo tal labor tenía que haber leído primeramente los libros en cuestión.

## La batalla de la propaganda en los países de opinión pública

Calvo Serer escribió su ensayo sobre los escritores que influyeron en la opinión mundial porque él y los intelectuales clericales que le rodean se encuentran ahora extremadamente preocupados por la opinión internacional sobre la guerra de España. Como veremos también él acepta la idea básica de *La leyenda negra*, de Juderías[39], relativa a los países en que existe esa opinión pública.

La repetida «opinión pública» fue influyente durante la guerra misma en algunos países, precisamente en aquellos en que podía ser alimentada por las dos propagandas opuestas y, finalmente, arrastrar la acción de sus respectivos gobiernos. Naturalmente, no era éste el caso de Alemania, Italia,

Portugal, la mayoría de los países del este de Europa y la Unión Soviética; Asia y África contaban poco en aquella época. La batalla por la opinión pública se libró en Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Escandinavia, Bélgica, Holanda y algunos países de América Latina, y fue dirigida especialmente por dos grupos: los portavoces de la Iglesia católica, ayudados por ciertos derechistas, en favor de Franco; los escritores pertenecientes a fuerzas políticas que iban desde los católicos de izquierda a los comunistas, en favor de la República.

Si dividimos por nacionalidades los autores citados por Calvo Serer, obtendremos el siguiente resultado:

- **Inglaterra**: Orwell, Spender, Koestler (Hungría), Auden, Day Lewis, MacNeice, Campbell (Sud-Africa), Kemp, Lunn, Belloc, Borkenau, Brenan, Thomas.
- **Francia**: Malraux, Weil, Bernanos, Maritain, Mauriac, Claudel, Maurras, Massis, Brasillach, Bardeche, Broué, Témime, Kaminski.
- **Estados Unidos**: Hemingway, Dos Passos, Fischer, Bolloten (Inglaterra).
- **Italia**: Togliatti, Longo, Pacciardi, Nenni, Rosselli, Garosci.
- **España**: Madariaga.
- **Unión Soviética**: Kolzov y Ehrenburg.
- **Alemania**: Renn, Regler.

La lista de Marrero presenta esta distribución geográfica:

- **Inglaterra**: Belloc, Roy Campbell (Sudáfrica), Koestler (Hungría), Spender, (Auden, Orwell, Bruce Marshall.
- **Estados Unidos**: Dos Passos, Hemingway.
- **Francia**: Malraux, Maritain, Maurras, Mauriac y Claudel.
- **Alemania**: Thomas Mann, Stefan Andres, Herman Kesten.

Es chocante que Calvo Serer mencione los nombres de cuatro escritores británicos y cinco franceses dentro del contexto franquista, mientras que Marrero cita tres británicos y dos franceses. Parece como si temiese mencionar un solo nazi o un solo fascista, los cuales, sin embargo, escribieron más de un volumen con la versión de la historia que ahora

quieren vindicar los teóricos del Opus Dei. Es también notable el hecho de que todos los autores, italianos y alemanes citados por Calvo Serer sean prorrepublicanos y que todas sus obras fuesen publicadas fuera de sus respectivos países o después de la caída de sus regímenes dictatoriales. Tampoco aparece en el libro de Calvo Serer ni un solo escritor latinoamericano, a pesar de la Hispanidad, ni tampoco ningún norteamericano a favor de Franco. Puede admitirse que sería difícil llamar «escritores» a los defensores estadounidenses del franquismo, pero por lo menos tenían tanta categoría literaria como Sir Arnold Lunn.

Si nos atenemos a la formación de la opinión pública sobre la guerra de España, debemos hacer todavía dos subdivisiones: 1) Opinión pública durante la guerra; 2) Opinión pública después de ella.

Seria un error suponer que, aunque los rebeldes fueron lo suficientemente hábiles como para controlar a través de la Iglesia y sus aliados derechistas, las acciones decisivas de los gobiernos de los países de opinión pública y ganar la guerra, ganaron también la batalla de la propaganda. Ganaron la guerra, sin embargo, y, entonces, esto era lo que importaba.

Calvo Serer, Marrero y sus compañeros están inquietos porque saben que los propagandistas de Franco han perdido la larga batalla que ha seguido a la guerra misma y porque se han dado cuenta de que hoy, en los países de opinión pública —más numerosos después de la derrota de Alemania e Italia— y en la propia España, la corriente se opone fuertemente a las tesis franquistas. En 1939 y 1940, veteranos nazis e historiadores fascistas, nacionalistas franceses, derechistas ingleses y católicos americanos, escribían activamente para Franco. Hoy, ni siquiera con la ayuda de aparatos electrónicos podría captarse un rasgueo de sus plumas. Los historiadores y la historia están en contra de Franco.

# La generación perdida: los novelistas

## ¿Qué es la generación perdida?

El aislamiento que el escritor español padece con respecto a la literatura contemporánea es puesto de relieve claramente por el título que da Calvo Serer a esta sección, que se refiere a las novelas de la guerra civil. Calvo Serer cita tres novelistas: Hemingway, Dos Passos y Malraux y el capítulo se titula «La generación perdida»[40]. ¿Por qué generación perdida? Parece que Gertrude Stein aplicó esta denominación a Hemingway y a sus compañeros. Stein y Hemingway eran ambos exilados, lo mismo que Malcolm Cowley, Scott Fitzgerald y los restantes escritores habitualmente incluidos en la definición. Es difícil considerar a Dos Passos como miembro permanente de la «generación perdida»; André Malraux, por su parte, no era americano, no vivía emigrado en París y no tenía nada que ver con la repetida «generación». (El crítico alemán Rühle piensa que Dos Passos pertenece al grupo, y es de Rühle y no de Dos Passos, Hemingway o Malraux de quien Calvo Serer toma la idea para el encabezamiento de esta parte de su libro[41]).

Malcolm Cowley, en *Exile's Return* (New York [1934] 1951) escribe: «La frase era aplicada a los escritores jóvenes nacidos en los años cercanos a 1900, era de tanta utilidad como puede ser cualquier etiqueta poco precisa».[42] Pero también pinta a la generación perdida como «desarraigada, educada fuera y prácticamente arrancada de todos los vínculos con una región o con sus tradiciones». Y añade: «Estaba perdida porque intentaba vivir en el exilio».. Dos Passos fue tal vez el mayor viajero de su generación literaria, pero ¿fue un exilado como lo fueron Hemingway

y Fitzgerald?. Elliot Paul fue el miembro más típico de la «Lost generation» que Dos Passos, y escribió más sobre la guerra civil de España. Paul, novelista y pianista de *boogie-woogie*, escribió el primer *best-seller* estadounidense sobre la guerra: *The Life and Death of a Spanish Town* (Nueva York, 1937), una historia sobre la guerra y el fascismo en Ibiza.

## Ernest Hemingway

Ernest Hemingway trata de la guerra civil española en múltiples formas: en una novela, en varias historias cortas y crónicas, en una obra de teatro, en un film y, sin duda, en muchas cartas que algún día serán publicadas. Su novela *Por quien doblan las campanas*[43] es el libro más universalmente leído sobre la guerra de España; como muestra de ello citemos el hecho de que en enero de 1963 alcanzó el sexto lugar en la lista de los *best-sellers* franceses de bolsillo, con una venta de 360 000 ejemplares[44]. Ha sido traducida a numerosos idiomas y llevada incluso al cine en una película de mediana calidad pero de considerable éxito. Ni el libro ni el film han sido autorizados nunca en la España de Franco.

Carlos Baker, el más importante crítico de la obra de Hemingway, y Malcolm Cowley consideran la obra citada como la mejor novela de su autor[45]. Desde la fecha de su aparición, el libro ha sido objeto de ataques sectarios: fue seleccionado para el premio Pulitzer de 1940, pero esta decisión fue vetada por el presidente de la Universidad de Columbia, que no deseaba ver este distinguido centro de cultura asociado con cuna obra de tal naturaleza»[46]. Incluso en 1952, el novelista Alvah Bessie, editor de la excelente antología titulada *The Heart of Spain*, explicaba así la exclusión que en su colección hada de Hemingway: «El talento y la ayuda personal que Hemingway puso a disposición de muchos aspectos de la causa Leal fueron sorprendentemente traicionados en *For Whom the Bell Tolls*, obra en la que el pueblo español aparece cruel y equivocadamente retratado y los dirigentes de las Brigadas Internacionales maliciosamente calumniados. La novela representa en su totalidad una imperdonable tergiversación de la guerra de España».[47].

Las crónicas que nuestro autor escribió sobre la lucha fueron agrupadas en libro y publicadas en Inglaterra en 1938[48]. Compuso también el comentario para el documental *The Spanish Earth*, comentario asimismo publicado en forma de libro[49]. Su obra de teatro *The Fifth Column*[50] no tuvo éxito, y Hemingway no volvió a escribir para la escena. La mayoría de sus narraciones cortas aparecieron en la revista *Esquire*[51]. Redactó también un prólogo para *The Great Crusade*[52], la novela de su amigo Regler: «… Hay acontecimientos que son tan grandes que si un escritor participa en ellos, tiene la obligación de intentar escribir la verdad sobre ellos, antes que tener la presunción de alterarlos inventándolos. Son estos acontecimientos importantes los que han producido el libro de Regler». Hemingway escribió también el prefacio a *All the Brave: Drawings of the War*, por Luis Quintanilla. Jay Allen y Elliot Paul escribieron el texto, y Hemingway contribuyó en el prefacio al panfleto *Men in the Ranks: the Story of 12 Americans in Spain*, de Joseph North, del *New York Daily Worker*. Escribe: «La acción de los batallones Lincoln y Lincoln-Washington en España forma parte ya de la historia de Estados Unidos. Es una hermosa parte de ella y todos los que intervinieron pueden estar orgullosos de sí mismos durante el resto de sus vidas».[52b]

Lo que de Hemingway dice Calvo Serer no indica que haya leído *For whom the Bell Tolls*. No aparece en su libro ni una sola idea critica propia, limitándose a citar, entre comillas, las opiniones de Arthur Koestler[53] y del francés Auguste Anglès[54] relativas a la obra de Hemingway. También copia extensamente a Rühle, pero sin indicación alguna de fuentes. Por ejemplo, Rühle compara los libros de Malraux y de Hemingway en lo referente al terror existente en la zona republicana: «Más claramente que Malraux [Hemingway] describe, en los cuadros horribles del terror en el lado blanco como en el lado rojo, la guerra española como un choque entre dos totalitarismo».[55].

Calvo Serer expresa la misma idea con las mismas palabras, con la única excepción de que omite, astutamente, la alusión al también citado terror blanco: «Ello le [Hemingway] lleva a exponer, más claramente que

Malraux en *L'Espoir*, el terror lleno de crueldad que hubo entre los rojos, es decir, que ve la lucha como el choque de dos totalitarismos».[56].

Pero aún hay más. Rühle sigue diciendo: «El destino de los amantes… como el de España se decide en el Hotel Gaylord de Madrid… El Hotel Gaylord es el cuartel general del alto mando soviético, el secreto Estado Mayor, menos para la defensa que para la conquista de la República».[57] Y Calvo Serer: «El destino de España, como el de los héroes de la novela, se juega en Madrid en Gaylord's, el hotel en donde estaba el cuartel general soviético, mas interesado en apoderarse de la República que en ganar la guerra».[58]

Otro fragmento de Rühle: «Allí entraban y de allí salían los "consejeros" soviéticos, los héroes de la guerra civil, entrenados en la Academia Frunze de Moscú y de la escuelas de las Komintern, los literatos comunistas de todos los países, los policías secretos y comisarios…».[59]

Una vez más ha sido copiado fielmente por Calvo Serer: «En Gaylord's entraban y salían consejeros soviéticos, comunistas entrenados en Moscú en la técnicas de las luchas civiles, escritores comunistas de todos los países, policías secretos y comisarios políticos…».[60]

El trabajo de calco que lleva a cabo el opusdeista español se halla facilitado por el hecho de que Rühle y él mismo coinciden, poco más o menos, en sus ideas políticas.

Por otro lado, Calvo Serer no duda en interpretar para su público las visitas que Hemingway realizó a España en años recientes, «cuando la democracia y la libertad y la España nacional militan en el mismo frente»[61], como una aceptación del régimen franquista por el escritor norteamericano: «La presencia reiterada de Hemingway en España durante estos años de par puede ser un indicio de cual fue su actitud».[62].

Calvo Serer no dice la verdad. Hemingway fue hasta su muerte un acérrimo partidario de la República española; Carlos Baker cita un fragmento de una carta que le dirigió el novelista el 1 de abril de 1951: «Siempre he estado al lado de la República, desde que ésta fue proclamada e incluso desde mucho tiempo antes».[63].

En 1958, los editores de la revista *Esquire* quisieron publicar las historias cortas que Hemingway escribió sobre la guerra de España en una antología; su autor rehusó, pensando que eran piezas más bien periodísticas, apresuradamente redactadas, y sin suficiente altura literaria. Su abogado afirmó públicamente que Hemingway había cambiado de opinión acerca de la guerra civil y que por esta razón se oponía a la publicación de las citadas narraciones. La prensa franquista aprovechó la ocasión. Al día siguiente Hemingway desmentía a su abogado diciendo: «Le he mandado al infierno a causa de esto. Mi actitud sobre la guerra civil española no ha cambiado. ¡Estuve y estoy a favor de los Leales!».[64] Ya en 1937, Hemingway escribía: «Solo hay una forma de gobierno que no pueda producir buenos escritores y este sistema es el fascismo».[64a] Y en 1938: «Igual que todos los hombres honrados, estoy en contra de Franco y en contra del fascismo en España».[64b]

Por supuesto, la aclaración de Hemingway no apareció en los periódicos franquistas.

En cuanto a la afirmación de Calvo Serer de que «democracia» y «libertad» están ahora en el mismo frente que la «España nacional», debo insistir en recordar que el régimen de Franco puede aliarse con los elementos «capitalistas», «católicos» y «anticomunistas» de Occidente, pero nunca con los «liberales», y «democráticos». La suposición de Calvo Serer se funda en la existencia de bases militares norteamericanas en España, pero éstas no resultarán beneficiosas, a la larga, para los Estados Unidos, ya que las responsabilidades políticas se sobrepondrán a las ventajas estratégicas. Los Estados Unidos no tienen derecho moral alguno para mantener su propia seguridad a costa del pueblo español. La propaganda antiamericana más eficaz que se ha distribuido en España en los últimos años es un folleto publicado por el Banco Exterior de España[65] con motivo de la visita del Presidente Eisenhower a Madrid; se incluye en él una fotografía de éste abrazando a Franco, la cual, sin duda, fue más valiosa para el Kremlin que un millón de dólares.

**John Dos Passos**

John Dos Passos, al contrario que Hemingway, fue un revolucionario más anarquista que marxista durante toda su vida. Dio una gran contribución a la novelística americana anterior a Hemingway, pero nunca recibió la atención que su obra merecía, quizá a causa de sus ideas no conformistas. Se interesó, naturalmente, por la guerra civil, ya que había visitado España frecuentemente desde su primera juventud. Escribió algunos artículos sobre la guerra para la revista *Esquire*[66] que fueron recogidos en un libro el año 1938, en Buenos Aires —bajo los auspicios de la CNT—, con el título *Tierra de España*.[67] El traductor, Antonio Gallo, escribe: «A diferencia de Malraux, Sender, Renn, de tantos otros antifascistas que han puesto su magnífica pluma al servicio de la contrarrevolución dirigida por el reformismo y el stalinismo, Dos Passos nos dice toda la verdad». El libro reproduce también una entrevista con Dos Passos publicada en el periódico de la CNT Solidaridad Obrera, el 30 de abril de 1937, en la que éste declara: «España esta luchando hoy contra todo el mundo y todo el mundo constituye el fascismo internacional… Francia e Inglaterra han llegado a un punto en que los intereses de la clase capitalista —que constituye un pequeño núcleo— están casi en contra de los intereses del país…».

Este título es el mismo que el del film de Hemingway, que Dos Passos había patrocinado con Archibald MacLeish y Lillian Hellman[68]. También incluyó estos artículos revisados (49 páginas de 394) en el libro *Journeys between Wars*[69], aparecido en los Estados Unidos en 1938. Este mismo año publicó también una novela, *Adventures of a Young Man*[70], que a diferencia de *Por quien doblan las campanas* y *L'Espoir* de Malraux[71] se refiere al conflicto español sólo incidentalmente en 31 de sus 322 páginas: el protagonista de la misma, el estadounidense Glenn Spotswood, desengañado, ha roto con el Partido Comunista antes de ir a luchar en España, donde muere. No aparece un solo personaje español en el libro y los acontecimientos descritos podrían haber sucedido en cualquier otro sitio. La novela, aparte de esto, representa un momento decisivo en la carrera de Dos Passos, gran figura literaria norteamericana. *Adventures of a Young Man*, constituye la primera parte de una trilogía titulada *Washington,*

*D. C.* En ella, Glenn Spotswood se desilusiona del movimiento obrero americano y del Partido Comunista; en la segunda parte, su hermano Tyler se desilusiona de la política local y regional de los Estados Unidos; en la tercera, su padre Herbert se desilusiona de la política nacional americana. Y el una vez radical Dos Passos, tan desilusionado como toda la familia Spotswood, se pasa a la derecha, lejos de Roosevelt y de su New Deal. Como dijo el crítico norteamericano Daniel Aaron: «La muerte de Glenn Spotswood representa el final de la turbulenta afiliación de Dos Passos al radicalismo».[72].

Pero también señala su fin como escritor destacado, a pesar de que un nuevo Dos Passos, veinte años después y vistiendo tonos más conservadores, consiguió, por primera vez en su vida, publicar un *best-seller*.[72a]

*Adventures of a Young Man* puede ser comparada con Gilles[73], la novela del nacionalista francés Pierre Drieu la Rochelle. El personaje de este último realiza, sin embargo, su peregrinación ideológica hacia la derecha. En las últimas páginas, Gilles, como Glenn, aparece en España, pero mientras el segundo muere desengañado, el primero cae con la esperanza puesta en el fascismo español, en el fascismo internacional.[74] La naturaleza exacta de las actividades de Gilles en España no está muy clara, pero parece que es un agente de una organización fascista internacional. Drieu la Rochelle, al igual que Brasillach, creía posible una unión de Estados fascistas; se confundían por completo respecto a la naturaleza del fascismo.

No es necesario insistir en el hecho de que la obra de Dos Passos, como casi todas sus novelas, es fundamentalmente americana, mientras que en las de Hemingway raramente se halla un fondo semejante.

Se puede afirmar que la novela de Dos Passos trató apenas de la guerra española; también parece claro que la citada obra tuvo poco éxito de público y menos de crítica en relación con sus anteriores novelas; pasó sin pena ni gloria y despertó escaso interés. Y es preciso señalar que —a pesar de Calvo Serer— lo que aquél escribió sobre la guerra de España no tuvo gran importancia en sí mismo y no influyó en la opinión pública. Pero, ¿qué

piensa hoy Dos Passos de la guerra civil? Es curioso que en una novela más reciente, publicada en 1954 —*Most Likely to Succeed*[75]— mientras su autor ataca duramente a los izquierdistas de los años que precedieron a la segunda guerra mundial no se refiere para nada a España, a pesar de que este país representaba la bandera en torno a la cual se movilizaban los radicales de la época. Y todavía en 1956, Dos Passos escribió el prólogo de una novela antifranquista de Julián Gorkin, adoptando en el una postura de nostalgia liberal, antifascista y anticomunista: «… Madrid estaba asediada por las tropas de Franco. La nueva universidad era un *no man's land*. Los moros tomaban su revancha sobre la España cristiana. La República de los hombres de buena voluntad estaba dando las boqueadas. España… se vio doblemente invadida por la crueldad del siglo XX, que se presentaba, por una parte, bajo la forma del fanatismo fascista y de su tecnología, y por otra parte, bajo la del fanatismo mas organizado y omnímodo y de la tecnología del partido comunista. Y los liberales morían bajo ese fuego cruzado».[76]

**André Malraux**

El tercero de los novelistas de Calvo Serer es el francés André Malraux, el cual, como vimos, no es ni por temperamento ni por nacionalidad miembro de la «generación perdida». Sin embargo, Calvo Serer le coloca correctamente entre aquellos que influyeron más poderosamente en la opinión pública mundial sobre la guerra de España. Malraux luchó al lado de los republicanos y podría haber sido clasificado correctamente —si Calvo Serer no hubiera querido «perderlo»— entre los hombres de las Brigadas Internacionales. La novela de Malraux, *L'Espoir*, basada en las experiencias de su autor, apareció el año 1938 en Francia, siendo elogiada inmediatamente en todos los países de opinión pública libre; su popularidad ha continuado después de la guerra mundial, pero nunca ha sido publicada en la Península Ibérica. La última alabanza, hasta ahora, prodigada a *L'Espoir*, ha sido hecha por Henri de Montherlant, un escritor intensamente preocupado por los asuntos hispánicos pero que ha tardado por lo menos veinticuatro años en acercarse, siquiera sea superficialmente, a la guerra

civil[77]: «Para mí es el más bello libro sobre la guerra española y también el más bello libro de André Malraux».[78]

Malraux produjo también un film con el mismo título que su novela, considerado por Koestler como «uno de los más grandes que hayan sido hechos»[79] y todavía uno de los predilectos del público de los cineclubs. Asimismo, llevó a cabo varias giras, pronunciando conferencias en favor de la República, especialmente por los Estados Unidos. Estuvo durante todo aquel tiempo *engagé* con los republicanos españoles. Era anticolonialista y se hallaba muy cerca de los comunistas, de los que se distanció al comienzo de la segunda guerra mundial. Calvo Serer insinúa más de una vez que Malraux, habiendo roto con el comunismo, ha hecho lo mismo con la República española. En la página 20 de su obra, el critico español anota las siguientes palabras de Malraux: «… la ideología socialista, Marx el primero, no ha enviado jamás, que yo sepa, la justicia al ostracismo …No combatimos para reemplazar el capitalismo por este cuarto poder en que se ha convertido la policía del Estado».[80]

No está muy claro lo que Calvo Serer pretende demostrar con tal cita, que constituye una defensa del socialismo frente al comunismo y una denuncia del estado-policía. No indica donde ha tomado el texto de Malraux, el cual aparece en la página 96 del libro de Gaëtan Picon, *Malraux par lui-même*[81] publicado mucho después de la guerra civil, en 1959. En la página 90 del mismo libro, Malraux hace esta aclaración, mucho mas pertinente, sobre la guerra de España: «Combatiendo al lado de los republicanos y comunistas españoles, defendimos los valores que considerábamos [y considero] como universales».[82]

Malraux prosigue con algunos juicios relativos a los nacionalistas franceses y a la guerra, en los cuales demuestra paladinamente que considera que en lado franquista no hubo valores «universales», sino simplemente «nacionales».[83] Calvo Serer no elige para ilustrar su trabajo esta última afirmación del escritor francés, mucho más ajustada que la que utiliza y que aclara el punto de vista de su autor, sino que prefiere producir en sus lectores españoles, oprimidos por la censura, una falsa impresión.

Esta acción es considerada intelectualmente deshonesta en cualquier idioma.

A Malraux, como a Hemingway, no le preocupa mostrar su admiración por los comunistas españoles; querían ganar la guerra para el pueblo español y los comunistas les parecían a ambos el grupo más ansioso en conseguir este propósito antes que la propia «revolución». Malraux era hombre de lealtades políticas más antiguas que Hemingway; su decepción con la Unión Soviética fue por eso más profunda. Pero cuando rompió con el Partido Comunista, hizo la guerra contra nazis y fascistas y ni entonces ni nunca se unió a la cruzada de Calvo Serer.

## «El hombre que luchó en España»

Encontramos en las tres novelas mencionadas por Calvo Serer —las de Hemingway, Malraux y Dos Passos— un personaje común que aparece una y otra vez en la novelística occidental a partir de 1936: *el hombre que luchó en España*. Aparece bajo aspectos diversos: como participante activo en la lucha; como excombatiente que lleva consigo mismo las viejas experiencias adquiridas en España; como personaje secundario cuya intervención en la guerra es utilizada para fijar rápidamente cierto ambiente en la mente del lector; incluso como un muerto cuyos juicios sobre España todavía influyen en los vivos.

Robert Jordan en *Por quien doblan las campanas*; Scali y Mangin en *L'Espoir*; el comisario Albert y el doctor Werner en *The Great Crusade*, de Gustav Regler, son ejemplos literarios sobresalientes de combatientes extranjeros en España. Uno de los primeros libros en que aparece un personaje perteneciente a las Brigadas Internacionales, Rudy Messer, fue la novela del prolífico escritor socialista norteamericano, Upton Sinclair *No Pasaran!*[84], publicada en los Estados Unidos en 1937 y traducida después a muchas lenguas, incluida la catalana. En 1960 apareció una de las mejores novelas sobre el tema de la guerra civil, *The Fall of Dark*[85], de James Norman, en que se narra la historia de los últimos días de la República en Aranjuez y Valencia, en el momento del derrumbamiento del frente del

Centro; personaje secundario de la misma es el inglés Suckling, que luchó en España y envió crónicas desde allí, como hizo el propio Norman.

Un canadiense, Hugh MacLennan, y un americano, Charles Wertenbaker, escribieron novelas en las que la participación de uno de los protagonistas en la guerra de España, años atrás, explica el desarrollo de la acción y sus caracteres. La obra de MacLennan, *The Watch That Ends the Night*[86], presenta un doctor canadiense, Jerome Martell, que abandona familia y trabajo para marchar a España y que, después de la derrota de la República, rompe con el comunismo y recorre las cárceles de Polonia, Rusia y China. Vuelto a Montreal, encuentra que su esposa, creyéndole muerto a manos de los nazis, ha vuelto a contraer matrimonio. Para explicar las acciones de Martell el autor recuerda la época de la gran crisis, sin la cual gran parte del entusiasmo emocional de los anglosajones por la causa de la República española es difícil de comprender. (Existió realmente un médico canadiense, el doctor Norman Bethune, que, abandonando una buena posición, fue a España y luego a China, donde murió en 1939; la historia de su vida ha sido contada por Sydney Gordon y Ted Allan[87]. Este último es también autor de otra de las primitivas novelas sobre las Brigadas Internacionales, *This Time a Better Earth*[88]).

*The Death of Kings*[89] es el título de la excelente novela de Charles Wertenbaker, basada en la historia de las personas que trabajan para un semanario de Nueva York: en un proceso por traición al país aparecen comprometidos muchos de los relacionados con la revista; uno de los personajes principales, Dick Elgin, ha dejado hace años su cargo en el Departamento de Estado para ir a luchar en la guerra de España, hecho fundamental para comprender el desarrollo de la obra. Wertenbaker, ferviente partidario de la República, estuvo relacionado durante mucho tiempo con la revista *Time* de Nueva York, como Whitaker Chambers, el testigo principal del juicio de Alger Hiss. No puede escaparse al lector cierto paralelismo entre el argumento de la novela y el asunto Hiss[90].

Como ejemplo de personaje secundario «que luchó en España», pero que tiene poca importancia en el contexto de la obra o con relación a los restantes caracteres, debemos citar al intelectual y noble izquierdista Lord Warminster, que marchó a la guerra de España y regresó a Inglaterra

inválido («nunca estuvo en el frente ni vio a Hemingway») figura de escaso relieve en *Casanova's Chinese Restaurant*[91], quinto volumen de la extensa obra de Anthony Powell *The Music of Time*. Otro personaje de similar importancia lo hallamos en la novela del australiano Frank J. Hardy, *Power without Glory*[92]; se trata del comunista Ben Worth, que se casa con la hija del protagonista, John West, financiero y político, y que muere en España. Estos dos últimos libros muestran que en la novela «saga» cuya acción transcurre durante los años treinta siempre aparece un personaje que lucha en la guerra civil al lado de los Leales[93].

En la obra teatral de John Osborne *Look back in Anger* se hace también referencia al «hombre que luchó en España», aunque no aparezca en escena; es el padre de Jimmy Porter, muerto algunos años atrás. Porter dice en un momento fundamental para comprender su carácter de *angry young man*, nacido en la época de la gran crisis: «Durante doce meses vi cómo mi padre moría lentamente, cuando yo tenía doce años. Había vuelto de la guerra de España. ¿Sabes?».[94] Y también: «Y algunos hombres piadosos en España le dejaron reducido a tan lamentable estado que no le quedó mucho tiempo de vida». La referencia a la guerra de España subsiste en la película. La obra es una de las más importantes del teatro inglés después de la guerra. Hay otra obra teatral con un héroe que «luchó en España». Kurt Müller, el jefe protagonista de la obra de Lillian Hellman, *The watch on the Rhine*, después de un destacado papel en la guerra de España, viene a América, pero vuelve a Europa para continuar su lucha anti-nazi. Se estrenó en Nueva York el 1 de abril de 1941.

Algunos de los mejores actores de Hollywood han encarnado al «hombre que luchó en España». Gary Cooper representó el papel de Robert Jordan[95]; Humphrey Bogart el del soldado de fortuna antinazi de *Casablanca*[96], cuya leyenda romántica se basaba parcialmente en su intervención en la guerra civil. Cuando se filmó una nueva versión de *The Desert Song*[97], después de la Segunda Guerra Mundial, el protagonista había sido modernizado gracias a su inevitable presencia en la guerra de España. Esos incidentes aislados no quieren decir que Hollywood se dedicara a hacer películas en favor de los republicanos. Difícilmente se

puede considerar *For Whom the Bell Tolls* como tal. Sólo necesitó unos pocos segundos de diálogo a plantear la guerra de España como parte del pasado del héroe. Después de los ataques de los católicos en 1938, contra la película *Blockade*, Hollywood cogió miedo al tema de la guerra de España. En Hollywood se encontraban escritores a los que no faltaba valor, pero raramente financieros. Hollywood aprendió bien la lección. Estalló la Segunda Guerra Mundial. No se hizo película norteamericana sobre la resistencia europea en la que no apareciera un cura antinazi en un papel importante. Después de ver una docena de estas películas, puede uno preguntarse: ¿Con la Iglesia Católica tan antifascista, cómo ha podido el fascismo hacerse con el poder en Europa? Estas películas no han reflejado la verdad histórica, pero no han conocido el boicot católico que conoció la película históricamente verdadera *Blockade*.[98]

¿Cuáles son las características de este «hombre que luchó en España»? Hay variantes, como en el caso de Glenn Spotswood, de Dos Passos, que murió «desilusionado», y del Gilles, de Drieu La Rochelle, que combatió por Franco, pero como regla general, «el hombre que luchó en España» es valiente e intelectual, partidario de la República y optimista respecto al futuro de la humanidad. Indudablemente, como diría Marrero, es una víctima de la propaganda rojo-judío-masónica del «*trust* de cerebros». Jean-Paul Sartre creó el personaje del «hombre que no combatió en España», Mathieu Delarue,[99] quien reflexiona después de leer la noticia de un bombardeo en Valencia: «Gómez estaba en el ajo, se fue, era su destino. Y el tipo de ayer. No se ha marchado, debe de errar por las calles, como yo… ¿Porqué vivo yo en este cochino mundo de escándalos, de instrumentos quirúrgicos, de magreos solapados en los taxis, en este mundo sin España?… ¿Por qué no he tenido ganas de ir a luchar?». Más adelante: «… para siempre, el que no ha aprendido inglés, el que no ha entrado en el Partido Comunista, el que no ha ido a España, para siempre». Sartre describe también a un hombre que fue a España a luchar en las Brigadas, Tom Steinbock, en la narración corta *Le mur*, que forma parte del libro que lleva dicho título. Sartre, al parecer, no estaba contento con su obra; más tarde dijo: «Hay que escribir con toda la honestidad, estrictamente sobre lo que puede conocerse a través de la experiencia. Hay cosas sobre las que yo

no tenía derecho a escribir. Por ejemplo, *Le mur*. ¿Se acuerdan ustedes de aquella novela sobre la guerra española? Yo no fui a España. ¿Saben ustedes cómo escribí *Le mur*? Un joven francés me pidió que le ayudase a pasar al otro lado de la frontera. Quería luchar. Lo hice, y de pronto tuve miedo ¿Y si le pasaba algo? ¿No sería yo el responsable, yo que le había ayudado a marcharse? De aquella crisis de conciencia nació *Le mur*».[99a]

Georgenko, en *La fête espagnole*[99b], de Henri-Frangois Rey, es un brigadier decepcionante, un poco al estilo de los personajes de Sartre. Va a España a combatir, encuentra el amor, deserta y termina fusilado por los anarquistas. Otro personaje poco romántico que fue a España durante la guerra fue Charles-Francis Eitel, director cinematográfico de Hollywood, protagonista del libro *The Deer Park*, escrito por Norman Mailer. Se fue a la guerra huyendo de un matrimonio desgraciado y, en España, no participó en la guerra ni realizó películas de propaganda que pensaba hacer. Pero, más tarde, después de la Segunda Guerra Mundial, perdió su empleo a causa de estas actividades izquierdistas.[99c]

## Los novelistas de Marrero

Marrero incluye en su lista a otros cuatro novelistas que escribieron sobre la guerra civil, tres alemanes —Thomas Mann, Herman Kesten y Stefan Andres— y un inglés, Bruce Marshall. Mann no llevó el conflicto a ninguna de sus novelas, pero especificó sus firmes sentimientos prorrepublicanos en un corto ensayo publicado por lo menos en francés, alemán, inglés y español, al que pertenecen las palabras siguientes: «En realidad, lo que ocurre en ese país [España] desde hace unos meses constituye el escándalo más inmundo de la historia humana… se me acusará de bolchevique, pero no puedo dejar de declararme a favor del derecho en este conflicto entre el derecho y la fuerza».[100].

Este texto, aparecido en alemán por primera vez en Estocolmo[101], el año 1938, fue prohibido, como todas las obras de Mann, en la tierra del aliado de Franco, Hitler; había sido publicado previamente en París con un prólogo de Andre Gide[102].

De Herman Kesten, alemán exilado lo mismo que Mann, es una novela sobre la guerra de España abundantemente traducida, *Die Kinder von Gernika*[103], editada por primera vez en 1939. Es la historia de un joven vasco refugiado en Paris que cuenta la destrucción de su hogar y la pérdida de su familia durante la conquista del País Vasco por las tropas de Franco; las ediciones hechas después de la guerra mundial llevan una introducción de Thomas Mann[104].

El tercer novelista mencionado por Marrero es el alemán Stefan Angres. Su novela corta *Wir sind Utopia*[105] no trata de política y no se encuentran expresiones como «rojo», «fascista» o «republicano». Faltan precisiones geográficas y cronológicas. Un hombre, que veinte años antes había abandonado la Orden del Carmelo, se encuentra, prisionero de guerra, en su antiguo convento. Los religiosos han sido asesinados durante la guerra, entre ellos conocidos suyos. El teniente que está encargado de los prisioneros inicia una discusión teológica con el antiguo fraile. Al final, éste escucha la confesión del teniente y da la absolución general a los otros prisioneros, sabiendo que tanto ellos como él van a ser ejecutados inmediatamente por los hombres del teniente. No se trata de un libro partidista; el lector no familiarizado con los detalles de la guerra de España podrá tropezar con algunas dificultades para situar la acción geográfica y cronológicamente.

Bruce Marshall es franquista de la manera desinteresadamente política del forjador de ficciones históricas, hábil profesional especializado en novelas populares de tema católico. Su novela sobre la guerra de España, *The Fair Bride*[106], apareció en 1953 y en ella critica severamente a la Iglesia española de antes de la guerra; su prosa, a menudo e innecesariamente es más obscena y sensual que la del resto de las obras sobre el mismo tema: demasiada obscenidad y demasiada sensualidad para un libro de su extensión. Es una novela-tópico cuya acción se ha situado artificialmente en España.

En el prólogo el autor dice: «Tengo que indicar claramente que, mientras mis personajes… y la ciudad española son ficticias, el comportamiento de los sacerdotes ibéricos y las atrocidades cometidas por sus adversarios no han sido inventados». Sus franquistas reconocen la

matanza de Badajoz, p. 208, 224. El capellán español dice: «Usted se olvida de que el Führer es nuestro aliado», y cuando alguien le dice: «No hay necesidad de pedir ayuda a Hitler y Mussolini a no ser que tengamos la intención de comportarnos mejor que nuestros policías. El único objetivo de ganar la guerra es que los habitantes de Valencia y Bilbao se porten mejor que los de Burdeos y Glasgow. Si eso no sucede, sería mejor haber perdido», él contesta: «Yo creo que ha pasado usted demasiado tiempo con los rojos». Marshall no pretende tener un conocimiento profundo de este país y reconoce su deuda a *Las checas de Madrid*[107], de Tomás Borrás, en honor a su color local. Uno de los temas favoritos de la literatura franquista es la descripción, hecha por un superviviente, de los horrores de la vida en la zona republicana. Esta obra, escrita «en memoria de los cien mil martirizados de Madrid y de los novecientos mil de toda España», es el clásico de su género.

**Algunos novelistas españoles**

Es evidente que si Calvo Serer quiere escribir sobre las obras de ficción relativas a la guerra de España, el título apropiado para la sección debería ser, simplemente, «novelistas» j no «generación perdida». Calvo Serer, sin embargo, ha mencionado las dos novelas fundamentales sobre el tema, *Por quien doblan las campanas* y *L'Espoir*. Ninguna novela importante ha aparecido todavía en defensa de la causa de Franco. La más notable publicada en España es *Un millón de muertos*[108], de José María Gironella, obra de más de 800 páginas, aparecida en 1961. Es la segunda parte de una trilogía; la primera, publicada en 1953, fue *Los cipreses creen en Dios*[109], cuya acción abarca desde la proclamación de la República, en 1931, al estallido de la rebelión en 1936. Este primer volumen estableció firmemente la reputación de Gironella, que tardó ocho años en publicar su continuación; se cree generalmente que el manuscrito de Un millón de muertos permaneció durante algunos años en el departamento de Censura. De cada uno de los volúmenes citados se han vendido 150 000 ejemplares en España, habiendo sido traducidos a varios idiomas; la primera edición

española de Un millón de muertos tuvo una tirada «record»: 50 000 ejemplares. En el prólogo, su autor declara que se trata de una respuesta «ordenada y metódica» a los libros que sobre la guerra civil escribieron Hemingway, Malraux, Koestler, Bernanos y Barea, los cuales, «aparte los valores literarios que puedan contener, no resisten un análisis profundo»[110]. Con todo, la novela de Gironella no fue bien recibida por la prensa franquista. No estamos, desde luego, ante uno de los escritores mimados por el régimen. El crítico falangista Gonzalo Torrente Ballester[111] piensa que Gironella, «más que novelista es autor de crónicas de la historia contemporánea», y que *Un millón de muertos* es «un libro fluctuante entre la mera crónica histórica y el reportaje». El hijo menor de Calvo Sotelo, Luis Emilio, publicó en el diario clerical *Ya* una crítica más dura[112]. En ella, Gironella es condenado porque no acepta la versión franquista de la «guerra santa»; Luis Emilio Calvo Sotelo cita, —desaprobándolas— estas frases del libro:

«¿Cruzada, luchando los moros y los nazis al lado de Franco?

Era la guerra que unos llamaban civil, otros Cruzada y otros la más grave aberración de la historia.

¡Cruzada! Y los asesinatos en las Islas Canarias…?»[113]

Acusando también a Gironella de no celebrar un solo episodio heroico de los nacionales mientras exalta, por el contrario, la defensa de Madrid[114], añadiendo que «La zona nacional no le ha inspirado a Gironella un solo personaje redondo, satisfactorio que le resulte al lector sugestivo sin reservas, como no sean, quizá, las mujeres y alguna muchachita de Auxilio Social. La zona roja ya es otra cosa. Varios de sus protagonistas son tipos humanos magníficos, los diez masones en bloque…».[115]

Gironella es atacado por su pacifismo[116], por la desagradable pintura que hace del militar español[117], por la descripción de la muerte de un sacerdote vasco a manos de los soldados de Franco[118]. Su personaje principal, Ignacio Alvear (que Gironella admite ser él mismo) es criticado por decir que le gustaría disparar al aire para no matar a nadie[119], y por expresarse así: «Esta guerra la perderemos todos. Si no la hemos perdido

ya»[120]. Y resumiendo, L. E. Calvo-Sotelo, escribe: «… esta me parece la obra más triste y desolada que se ha escrito en España desde la postguerra, un alegato negativo y desértico que afea una hermosa página sin beneficio de nadie, tratando de aplicar una vacuna inútil y recusable por lo que tiene de falsificada».[121].

El grave problema de los partidarios del régimen, reside, en parte, en el mismo título de la novela: *Un millón de muertos*. Esta cifra, exagerada o no, pesa sobre la conciencia de la España franquista de hoy[122]. Los responsables de la contienda temen que las nuevas generaciones de españoles **no** sientan entusiasmo por la guerra civil, no sientan lo que L. E. Calvo Sotelo llama «el clima casi místico de la España nacional»[123]. Marrero señala el problema: «Una de las causas que más ha contribuido para que el tema de la guerra haya ido desapareciendo de la conciencia de nuestros intelectuales y de las últimas promociones, es creer o considerar que si bien se cometieron abusos de un lado, también los hubo en el otro». [124].

La explicación presentada por Marrero a los jóvenes de España es ésta: La guerra civil fue una cruzada cristiana contra el comunismo. La guerra civil fue una guerra distinta y aquellos que mataban por orden de Franco eran también distintos. La responsabilidad de tanta muerte es descargada, en parte, sobre los hombros propicios de la Iglesia, de acuerdo con la formula de Gironella, citada también por el hijo de Calvo Sotelo, de «una ejecución, una misa; una ejecución, una misa»[125]. El hecho de que Gironella no haya empleado su talento en remediar la urgente necesidad en que se hallan los franquistas de encontrar una autoridad literaria que pinte su cruzada con colores vivos, significa que si aquéllos no han hallado el escritor apropiado en veinticinco años de censura protectora, no lo encontrarán nunca. Entre los autores prohibidos que Gironella parece haber leído secretamente se encuentra el nombre de un republicano exilado, Barea. Puesto que Calvo Serer ignora a los escritores republicanos y Marrero los trata con condescendencia arrogante, no es impropio anotar aquí la obra de tres novelistas exilados que han ejercido notable influencia en los países de opinión pública en lo relativo a la guerra civil. El primero en cuanto a la

importancia de tal influencia es Arturo Barea, cuya trilogía *La forja de un rebelde*[126], originalmente publicada en Inglaterra durante la Segunda Guerra Mundial, ha sido publicada en todos los países occidentales, excepto en los de la península ibérica, terreno virgen para las casas editoriales. El segundo es Ramón J. Sender[127] que, ya conocido antes de la guerra, ha continuado su trabajo en el exilio. Garosci le clasifica «entre los más significativos de la generación emigrada»[128]. El tercero, que está consiguiendo actualmente un público internacional, es Max Aub, que vive en México. Ha escrito muchas novelas, narraciones cortas, obras teatrales y ensayos, pero probablemente lo más valioso de toda su producción es *El laberinto mágico*[129], otra trilogía sobre la guerra civil.

Nunca se ha expresado con tanto acierto la verdadera tragedia de la vida intelectual española como en el capítulo sobre Max Aub[129a], del crítico español Juan Luis Alborg, que escribe: «Existe probablemente en nuestro país un puñado de lectores que ha tenido ocasión de conocer algunos libros de Max Aub, pero supongo que no es muy numeroso. Quienes hayan podido leer en su totalidad la obra de este escritor deben de ser —si es que se encuentra alguno— extraordinariamente escasos. Hablar, pues, de este novelista español al público español encierra un doble interés: su escasa difusión y su calidad sobresaliente. Nosotros poseíamos de Max Aub, —hasta el momento en que salimos de España— las referencias —tan reducidas en número como insignificantes en valor— de algunos comentaristas y críticos, aparte de ciertos juicios, poco explícitos, oídos al azar. Al llegar a los Estados Unidos, donde escribimos este capítulo, tuvimos la inmediata preocupación de procurarnos los libros novelescos de Max Aub». En detalle tan elocuente se revela la eficacia de la censura.

# Las brigadas internacionales y los combatientes con Franco

## Una falsa clasificación política hecha por Calvo Serer

Calvo Serer titula su segunda categoría «Las Brigadas Internacionales». En su lista, ocupando el noveno lugar, aparece, «Combatientes con Franco». (Sin duda quiere decir Combatientes «extranjeros» con Franco). Es extraordinariamente difícil hacer una crítica de una de estas dos clasificaciones sin entrar en la otra, debido especialmente a la confusión de los límites establecidos por Calvo Serer entre ambas. Hubiera sido mucho más honrado escribir: «Combatientes extranjeros en favor de la República», y «Combatientes extranjeros en favor de los nacionales»; o, «Las Brigadas Internacionales y otros combatientes extranjeros en favor de la República», y «La Legión Cóndor, los Flechas Negras y otros combatientes extranjeros en favor de los nacionales».

Pero esto es exigir sin duda demasiado de Calvo Serer. (Es interesante subrayar que de los cuarenta y un escritores mencionados por el crítico, doce lucharon en España; trece si incluimos a Campbell. En adición a los ocho que nombra Calvo Serer podemos señalar a Rosselli, Malraux, Orwell, Garosci y Fischer).

El opusdeista español presenta cuatro italianos: Togliatti, Pacciardi, Longo y Nenni, —y dos alemanes: Regler y Renn— como figuras representativas de las Brigadas Internacionales; y dos ingleses como las de los combatientes que lucharon en favor de Franco. Esto no es un proceder honrado. De ninguna forma quisiera restar algún mérito a los italianos y

alemanes que lucharon a favor de la República, pero es una verdad histórica que la mayoría de los combatientes de estas nacionalidades que estuvieron presentes en la guerra de España fueron nazis y fascistas enviados por sus respectivos gobiernos para hacer frente a los republicanos. Un crítico exigente citaría los trabajos de Togliatti, Longo, Nenni y Pacciardi, y también de Regler y Renn, pero aludiría también a los de muchos otros que expresaron en inglés, en español, en francés o en otras lenguas sus experiencias en las Brigadas Internacionales y otros grupos del ejército republicano. Un crítico riguroso se referiría al libro de Kemp y quizá a los de Campbell (desde luego con más elementos de juicio de los que se ha preocupado en obtener Calvo Serer), pero también citaría, especialmente si se beneficia de su sacrificio —como lo hace Calvo Serer y otros muchos intelectuales franquistas— aunque fuese sólo en una nota a pie de página, la obra literaria de los alemanes, generalmente pilotos y técnicos, que lucharon en favor de Franco. Y no sólo de los alemanes, sino también de los italianos, de todos aquellos soldados de infantería y algunos pilotos que aunque escribieron menos que los germanos lo hicieron mucho más abundantemente que la media docena de anglosajones que defendieron a Franco. Hugh Thomas da las siguientes cifras de los combatientes extranjeros de varias nacionalidades[130]:

| **Nacionalidad** | **A favor de la República** | **A favor de Franco** |
|---|---|---|
| Ingleses y canadienses | 3000 | 6 |
| Americanos | 2800 | 1 |
| Alemanes y austríacos | 5000 | más de 14 000 |
| Italianos | 3350 | más de 50 000 |
| Irlandeses | — | 600 |
| Franceses | 10 000 | 100 |
| Portugueses | — | 20 000 |

Estas cifras atestiguan el lastre político de la crítica literaria de Calvo Serer. De los seis ingleses que lucharon a favor de Franco escoge dos (uno de los cuales, Campbell, según Thomas[131], nunca llegó a combatir). De los

tres mil hombres de la misma nacionalidad que intervinieron en la guerra a favor de la República, no cita ninguno, a pesar de que los trabajos de estos fueron más numerosos, de tanta altura y más influyentes que el de Kemp o los de Campbell.

Calvo Serer se propone con esto introducir en las mentes de sus lectores españoles una falsa visión política —separar a los nazis y a los fascistas de los franquistas— pero existe también otra razón por la cual cita los nombres de estos escritores y no otros. Calvo Serer acude a fuentes de segunda mano; su trabajo se basa en investigaciones ajenas, principalmente las de Garosci y Rühle.

## Cuatro italianos a favor de la República

Comencemos con los escritores italianos de las Brigadas Internacionales, teniendo siempre presente que Calvo Serer los considera entre los que influyeron más en la opinión mundial sobre la guerra de España. El primero es Togliatti. A diferencia de los otros tres italianos citados, nunca fue un combatiente activo. Durante el tiempo que pasó en España, si trabajó fue discretamente en la organización de las Brigadas. En 1936, publicó un folleto sobre la guerra civil que probablemente fue traducido a varias lenguas y distribuido por el Partido Comunista. Es todo lo que escribió sobre la guerra española[132]. Calvo Serer cita, como lo hace Garosci, el libro de Marcella y de Maurizio Ferrera[133], pero éste no ha sido escrito por el propio comunista italiano.

Nenni publicó varios artículos en la prensa sobre la guerra civil y en 1958 apareció en Italia su libro, *Spagna*[134], compuesto de: 1) ensayos sobre la «no intervención» escritos en 1942; 2) extractos de su diario de la guerra española y; 3) artículos que habían aparecido sobre el tema en la prensa italiana del exilio de 1936 a 1939. Esta obra fue traducida al francés[135]. En 1956, Luigi Longo publicó un libro titulado, *Le Brigate internazionali in Spagna*[136], que apareció poco después en Alemania Oriental[137]. Pacciardi es el único de los cuatro autores italianos mencionados por Calvo Serer que editó un libro sobre la guerra de España

antes de que estallase la guerra mundial; me refiero a *Il battaglione Garibaldi*[138], impreso en Lugano, en 1938, y más tarde, en 1945, tras la caída del régimen fascista, en Roma. No sé que exista traducción alguna de él.

Los cuatro escritores italianos trabajaron activamente en alguna fase de la guerra civil y los cuatro contribuyeron, en cierto modo, a la formación de la opinión pública sobre ella. Pero es evidente que las obras de Longo, Pacciardi, Nenni y Togliatti no fueron lo suficientemente conocidas para que su influencia pueda ser considerada como fundamental. Garosci, que ciertamente no abriga ningún prejuicio contra sus compatriotas que lucharon por la República en la guerra española, escribió en el apéndice a su libro, refiriéndose a los escritores italianos relacionados con el conflicto: «La guerra de España tuvo importancia decisiva en la historia de la política italiana y en el destino del régimen, y sin embargo, en relación con otros países fascistas o democráticos, pocas son las obras en las cuales se reflejen directamente y de forma original las pasiones de aquellos días o que sugieran un aspecto también original del pensamiento sobre aquellos acontecimientos».[139] Y añade: «Pero no encontramos en el antifascismo italiano, que prácticamente no fue inferior al de ningún otro país en cuanto a su solidaridad con la República, ninguna de las grandes obras de literatura oratoria, poética, o histórica que hallamos en el movimiento liberal de otras naciones. Las obras que nos han dejado los italianos de la España republicana son políticas, y deben ser juzgadas, por lo tanto, con arreglo a este carácter».[140].

¿Por qué, entonces, Calvo Serer incluye estas figuras políticas italianas en un trabajo que pretende versar sobre la «literatura universal» sobre la guerra de España? Sencillamente, porque Garosci los menciona y el crítico español no emplea otra fuente de información. Prácticamente cada idea y muchas de las frases que utiliza Calvo Serer al tratar de estos cuatro autores, proceden del libro de Garosci. Por ejemplo, afirma éste refiriéndose a Longo: «Fusión de política y autobiografía… durante el primer año de la guerra, centrado en Madrid…».[141] Y Calvo Serer repite: «Mezcla de

política y autobiografía… describe el primer año de la guerra centrada en Madrid».[142]

Garosci dice sobre Togliatti: «Evidentemente el esfuerzo comunista debe, según Togliatti, concentrarse especialmente en la lucha por el control del poder y de las masas con los rivales en el seno de la clase obrera, y no en la destrucción de los vestigios del Estado burgués».[143]

Calvo Serer piensa lo mismo y lo expresa con idénticas palabras: «La preocupación constante y primordial del dirigente comunista italiano… fue la de eliminar a estos rivales… del control de las masas obreras y no el hacer desaparecer los restos del Estado democrático burgués».[144]

## Dos alemanes a favor de la República

Detengámonos ahora en los dos alemanes elegidos por Calvo Serer como representantes de las Brigadas Internacionales. El critico español se siente en terreno más seguro, puesto que tanto Regler como Renn eran ya novelistas conocidos antes de comenzar la guerra civil.

El opusdeista español basa sus comentarios sobre Regler en la autobiografía de éste, *Das Ohr des Malchus*[145], publicada en 1959, libro que tuvo muy buena acogida y que fue traducido a muchas lenguas. Pero la obra que tendría que haber utilizado como base para un acertado estudio de Regler y de las Brigadas no era ésta, sino la novela autobiográfica del mismo autor titulada *The Great Crusade*[146], publicada en Nueva York en 1940. Este libro, a pesar de haber aparecido con un prólogo de Hemingway, amigo de Regler, y de haber sido traducido en parte por Whitaker Chambers, famoso más tarde gracias al juicio de Hiss, no tuvo gran aceptación, probablemente porque el momento en que apareció no era muy propicio. Calvo Serer no habla de *The Great Crusade* porque Garosci, a quien plagia también en su estudio sobre Regler, no lo menciona más que de pasada. He aquí algunos ejemplos que descubren la fuente de los juicios de Calvo Serer.

Garosci: «El recuerdo de los días transcurridos en España en los cuales actuó como comisario (y por lo tanto también como director de conciencia de los hombres…».[147].

Calvo Serer:«Actuó de comisario en las Brigadas Internacionales, comportándose prácticamente como una especie de director político de conciencias».[148]

Garosci:«El lazo sentimental, la fraternidad que le une a los personajes… a Hemingway como a Kolzov… a Pacciardi, es la sustancia poética de su épica de las brigadas… a través de la autobiografía».[149]

Calvo Serer:«Su autobiografía… es un canto a la amistad, con Hemingway, Kolzov y Pacciardi entre otros, y a la gesta de las Brigadas». [150]

Garosci:«Como Regler, que ha abandonado su fe política de entonces, permanece fiel con el sentimiento a las ideas de aquellos días».[151].

Calvo Serer:«Regler escribe su autobiografía cuando ya ha perdido su fe en el comunismo. Pero permanece viva su lealtad a la ilusión que le animó en los años de lucha…».[152]

Garosci:«Así la guerra española es para Regler un acontecimiento ligado al destino individual, no un suceso indiferente o en que se participe marginalmente, como en ciertos momentos de Spender…».[153]

Calvo Serer:«Regler siente la guerra española profundamente unida al destino individual de cada hombre. No la vive marginalmente, como es el caso del poeta inglés Spender».[154]

Garosci:«Asimismo el intenso sentido romántico de Regler le permite afirmar que no todo se reduce a una resistencia inútil; que muchos de los que lucharon y se vieron vencidos han tenido, sin embargo, gran importancia en la historia de la humanidad…».[155]

Calvo Serer:«Tampoco cree que todo se redujo a una resistencia desesperada, pues sabía que en la historia humana ha habido guerras en las

que gracias a los sacrificios hechos en la lucha, los vencidos alcanzan una gran fecundidad ulterior».[156]

El libro de Ludwig Renn, titulado *Der spanische Krieg*[157], se publicó en 1956, pero no ha sido traducido a tantas lenguas como la autobiografía de Regler. Esto puede ser debido en parte a la línea procomunista que mantenía firmemente su autor en todo momento, pero también al hecho de ser principalmente un trabajo histórico especializado, ilustrado con mapas y planos, que no puede poseer el interés humano que reviste una autobiografía. Regler fue también, según todos los testimonios, más humano que Renn. Garosci no lo considera un escritor importante, y lo menciona solamente de pasada. Rühle, por el contrario, se refiere extensamente a la obra de Renn y sólo alude ocasionalmente a la de Regler. Así pues, Calvo Serer elije a Rühle esta vez como inspirador de su crítica sobre Renn; el profesor del Opus Dei cita a Rühle en dos ocasiones a propósito de las criticas que éste hace a Renn, pero todo su comentario está tomado del autor alemán sin la cortesía y honestidad intelectuales exigidas en el uso de las fuentes. Por ejemplo.

Rühle: «En prosa sobria y sin adornos, organizada según el esquema tradicional del redactor oficial, [Renn] escribe sobre la actuación de las legendarias Brigadas Internacionales y sobre los héroes de Madrid y Guadalajara».[158]

Calvo Serer: «[Renn] relata los sucesos bélicos con la técnica del corresponsal de guerra. En prosa sobria, desnuda y precisa, Ludwig Renn escribe sobre la actuación de las Brigadas Internacionales y los héroes de Madrid y Guadalajara».[159].

Rühle: «Cada línea descubre en estilo y actitud la escuela del viejo Estado Mayor alemán».[160].

Calvo Serer: «Cada línea descubre el estilo y la actitud del oficial formado en la escuela del viejo Estado Mayor alemán».[161]

Rühle: «El informador, seguramente la cabeza más inteligente y experimentada militarmente entre los Internacionales, se retira detrás de los

acontecimientos. Anota con naturalidad que no es a él, sino a su superior por razones políticas quién merece los elogios por las operaciones fructuosas. El jefe del Estado Mayor ha sido un simple ayudante de los jefes militares».[162].

Calvo Serer: «El informador, seguramente el más preparado y experimentado entre los internacionales, desaparece en los acontecimientos descritos. El honor corresponde al jefe que se le ha antepuesto por razones políticas. Renn se considera tan sólo un ayudante».[163]

No hay ni una sola línea en el capítulo del libro de Calvo Serer sobre estos escritores italianos y alemanes que demuestre que su autor los haya leído. El lector puede hacer su propio juicio sobre la moralidad intelectual de Calvo Serer mediante los anteriores ejemplos de su obra, copiados casi literalmente de las de Garosci y Rühle.

## Otros escritores extranjeros que lucharon por la República

Algunos de los mejores trabajos sobre las Brigadas Internacionales fueron escritos en inglés, hecho que Calvo Serer prefiere ignorar. Entre los americanos está el de Alvah Bessie, *Men in Battle*[164], que ha llegado a ser un clásico en su asunto. Fue publicado primeramente en Nueva York en 1939; su tercera edición, también en inglés, apareció el año 1960 en Alemania Oriental[165]. Dos ediciones de *The Volunteers*[166] de Steve Nelson fueron publicadas en Nueva York en 1953; este libro ha aparecido en Alemania Oriental, en inglés[167] y en alemán[168]. Nelson estuvo en España desde abril de 1937 hasta septiembre del mismo año, en que resultó herido. Desde el punto de vista histórico, su libro es de menos valor que el de Bessie.

El poeta Edwin Rolfe es el autor de la historia oficial de los voluntarios americanos, *The Lincoln Battalion*[169]. James Norman utilizó sus experiencias en la guerra de España para escribir una conmovedora novela, *The Fall of Dark*[170], y Robert G. Colodny unió a su conocimiento directo

sus investigaciones sobre el tema para publicar uno de los mejores estudios especializados sobre la guerra, *The Struggle for Madrid*[171].

Los veteranos ingleses de las Brigadas produjeron también numerosos libros. Uno de los primeros fue *Volunteer in Spain*[172], de John Sommerfield, aparecido simultáneamente en Londres y Nueva York, al mismo tiempo que Edmond Romily escribía *Boadilla*[173], último trabajo, creo, de esta infortunada y ya legendaria figura. En el prólogo, el autor escribe: «Este libro es la historia de los dieciocho hombres que fueron mis compañeros en el Batallón Thaelmann». Casi toda la acción se desenvuelve en diciembre de 1936. William Rust es autor de *Britons in Spain*[174], una narración oficial sobre los voluntarios ingleses. Tom Wintringham, gracias a su *English Captain*[175] y otros libros, llegó a ser una autoridad sobre la guerra de guerrillas durante la conflagración mundial. Este libro es, probablemente, el mejor que haya escrito un veterano inglés. Wintringham pasó quince meses en España, cuatro de ellos en un hospital. Wintringham rebate las acusaciones de los franquistas, que tratan a las Brigadas de «hordas marxistas», «hez de los sin trabajo» o, como dice Dean Inge, «pistoleros internacionales». Un estudio de la obra literaria de los miembros de las Brigadas demostraría que se trataba de una «escoria» muy culta.

La novela de Malraux, *L'Espoir*, es la obra más importante de los franceses que lucharon en España y casi también la única. *Cinq semaines avec le bataillon Henri Barbusse*[176] de Léon Mabille, no es sino un folleto de 32 páginas; *Avec les héros de la liberté*[177] de André Heussler, antiguo comisario de la XIV Brigada, tiene solamente 72 páginas.

Podemos hallar algún libro escrito por excombatientes de las Brigadas Internacionales o corresponsales que acompañaron a las Brigadas en casi todas las lenguas europeas. En Suiza apareció editado por Max Wullschleger, *Schweizer kämpfen in Spanien*[178] (publicado también en francés), con numerosas contribuciones de diferentes veteranos. En Escandinavia aparecieron *Spanska Frontminnen*[179], de, Sixten Olsson, y *Bataljon Thälmann*[180], de Lise Lindbaek. En Cuba, *Peleando con los milicianos*[181] de Pablo de la Torriente Brau. El autor, que fue el primer voluntario latinoamericano, murió en España. El libro está formado por

mensajes periodísticos y cartas que envió desde España. La primera carta es del 6 de agosto de 1936, y la última del 13 de diciembre del mismo año. En México, *Cadetes mexicanos en la guerra de España*[182], de Vega González. Es la historia de tres cadetes mexicanos que fueron a España a combatir, no en las Brigadas Internacionales, sino en las filas del Ejército Español. El autor fue hecho prisionero, condenado a muerte y liberado sólo en 1941. Es curioso que en la guerra de España combatieran muchos más norteamericanos que sudamericanos. Uno de los libros más universalmente conocidos entre los escritos por combatientes extranjeros en favor de la República fue *De Spaanasche Tragedie*[183], del poeta holandés Jef Last, que escribió también algunos poemas sobre la guerra, se alisto en las filas del Ejército de la República en octubre de 1936. El libro fue publicado en Holanda, Francia, Inglaterra y Suecia.

**Peter Kemp a favor de Franco**

Más adelante, Calvo Serer sitúa sus combatientes extranjeros en favor de Franco. Cita a dos anglosajones: Peter Kemp, inglés, y Roy Campbell, sudafricano. El primero luchó en España con los requetés y después con la Legión Extranjera. Se trataba de un joven *tory*, muy bien relacionado con elementos derechistas —casi todos aquellos con los que trató en España poseían títulos de nobleza—; sus ideas ultraconservadoras le condujeron a tomar una actitud opuesta a la de la mayoría de los jóvenes universitarios de su generación. En 1957, periodista en Londres, publicó un libro sobre sus experiencias españolas titulado *Mine were of Trouble*[184], del que fue autorizada en España una versión censurada[185]. No es un secreto que tal obra no causó sensación en ninguno de los dos países. Calvo Serer alaba a Kemp por dar «una idea realista, serena e imparcial».[186] de lo que ocurrió en España. Kemp es un periodista y no un historiador; intenta narrar imparcialmente lo que presenció y, por no tropezar con el obstáculo de la fe católica, lo hizo mejor que Lunn o Campbell[187]. Pero el censor español ha traicionado su imparcialidad, suprimiendo los pasajes de su libro que podrían perjudicar la mitología franquista. Por lo tanto, tenemos que

preguntarnos, ¿qué versión del libro de Kemp ha leído Calvo Serer? ¿La edición inglesa o la versión censurada publicada en España? Uno de los más interesantes personajes que presenta el autor inglés es el padre Vicente, capellán navarro de la Legión Extranjera y, según Kemp, «el hombre más arrojado y sanguinario que vi jamás en España».[188] El censor franquista cambió «sanguinario» por «audaz»[189]). El padre Vicente «siempre hablaba de matar». Kemp describe una discusión entre varios oficiales de la Legión y el religioso, subrayando que «los papeles de sacerdote y soldado estaban trastocados» y que el padre Vicente era el único de la reunión que mantenía que todos los «rojos» eran traidores que «debían ser exterminados».[190] El censor deja intacta la mayor parte de esta escena, eliminando en cambio el fragmento correspondiente a la batalla del día siguiente, cuando Kemp se encontró luchando junto al sacerdote, que no parecía saber lo que era el miedo y no quería permitir escapar de la muerte a un solo enemigo. Durante todo el combate continuó indicando a Kemp los blancos más seguros, «apremiándome con sus gritos a que disparara sobre ellos». Aun después de haberse alejado de su lado, Kemp podía oír al padre Vicente:«¡No le dejes que se escape!, ¡No le dejes que se escape! ¡Dispara, hombre, dispara! ¡Le cazaste!», mientras la víctima se retorcía en el suelo».[191]

Calvo Serer afirma que el libro de Kemp presenta al ejército «nacional» tal como era, «un ejército de militares profesionales, voluntarios y soldados»[192], pero también muestra el inglés que junto a éstos había italianos, alemanes y moros así como la Legión Extranjera, compuesta principalmente de españoles, excelentes combatientes pero completamente apartados de la vida normal, hecho que podría explicar la crueldad sistemática con que actuaron en la contienda.[193] Kemp escribe sobre la Legión Extranjera sin hacerse ilusiones: «Los hombres adiestrados bajo semejante disciplina habían de ver su sensibilidad embotada, ser indiferentes al sufrimiento, tanto propio como ajeno, y contemplar con absoluta indiferencia los más horribles y escuálidos aspectos de la guerra».

Kemp contribuyó también, como hicieron la mayoría de los periodistas extranjeros en el lado de Franco durante los primeros meses, a formar la leyenda del capitán Aguilera, delegado de prensa. Comenzó a dudar de las

aptitudes de los grandes de España para desempeñar cargos de relaciones públicas cuando contó a un destacado visitante inglés que el mismo día del alzamiento había reunido a todos los jornaleros de su finca y elegido seis de ellos a suerte, a los que mató ante los otros para darles una lección.[194] Esta encantadora anécdota no figura en la versión española. El censor ha suprimido también páginas enteras del libro de Kemp en que éste narra cómo fue obligado por su superior en la Legión a ejecutar a un inglés desertor de las Brigadas Internacionales.[195]

Pero si Kemp trata de ser imparcial en cuanto a lo que presenció, lo es mucho menos en su discusión de la historia de España. No hizo investigación alguna sobre el país y sus ideas sobre la guerra civil —en la que no se sentía implicado personalmente— son curiosas y anecdóticas. Luchó al lado de Franco simplemente por razones de clase; es antifalangista y apoya a las buenas familias, la aristocracia y la monarquía. Su indiferencia hacia los hechos históricos se pone de manifiesto en una conversación que mantuvo con un oficial de la Legión: «Mira Peter, para ti es muy fácil hablar de leyes internacionales y de los derechos de los prisioneros… Tú no has visto tu país devastado, tu familia y tus amigos muertos en una guerra civil que hubiera terminado hace dieciocho meses si no hubiese sido por la intervención de estos extranjeros. Ya sé que ahora nos ayudan Italia y Alemania, pero sabes tan bien como yo que ésta guerra hubiese terminado a fines de 1936, cuando estábamos ante las puertas de Madrid, si no hubiera sido por las Brigadas Internacionales. Entonces no teníamos ninguna ayuda del extranjero. Nunca quisimos que nuestro país se transformase en el campo de batalla de potencias extranjeras».[196]

Kemp no alude a la respuesta porque considera que la arenga de su amigo es suficiente por sí misma. Aquel era un loco o un canalla y Kemp un mal periodista y un mal historiador. La verdad, tan incontrovertible que hasta los generales franquistas la admiten hoy públicamente, es que poco más de una semana después del alzamiento, Franco se dio cuenta de que el pronunciamiento había fallado e inmediatamente pidió ayuda a los tres gobiernos que sabia estarían dispuestos a prestarla: el de la Alemania nazi, el del Portugal corporativo y el de la Italia fascista. Con la ayuda de

Alemania e Italia pudo transportar a España a los moros y a la Legión Extranjera, conquistar toda Andalucía en un baño de sangre, reunirse con el ejército de Mola y marchar hacia Madrid. (La versión oficial de estos hechos en Ceuta es que la Virgen de África protegió a los rebeldes en aquella ocasión[197].). El monumento conmemorativo en Ceuta atribuye el éxito del convoy a «la intercesión de la santísima Virgen de África», y no menciona la ayuda aérea de los nazis y fascistas. Parece que no es blasfemia en la España de Franco decir que la Madre de Dios intervino en el transporte de moros a España, para matar a españoles. ¿Cuál será la reacción de un joven que aprenda en la escuela que la Virgen intervino para ayudar a los que mataron a sus padres? El libro de Kemp, escrito en 1957, demuestra una completa ignorancia de todo lo que ya entonces se sabía sobre la ayuda nazifascista prestada a Franco en agosto de 1936. Hace una referencia a la operación del transporte de tropas, pero en lugar de utilizar como fuente de información alguna de las numerosas que hubiera podido hallar en Alemania, dice que su alteza real el infante Don Alfonso de Orleans-Borbón le comunicó que un comandante español «había tomado prestados» seis «Junker-52» de los alemanes,[198] como quien pide un terrón de azúcar al vecino. Una amplia lectura de la literatura sobre la guerra civil española pone de manifiesto la diferencia entre el periodista y el investigador. Realmente, es difícil encontrar un periodista que se interese también por la investigación histórica. Así, para Kemp, el hecho de que S. A. R. el Infante Don Alfonso de Orleans-Barbón le haya contado de que manera consiguió Franco hacerse con los medios para el paso del Estrecho, tiene más valor que cualquier otra cosa que haya podido leer en un documento. También hay que tener en cuenta que Kemp, diga lo que diga, tiene una debilidad por citar a los miembros de la nobleza. Si no hubiese sido por esta ayuda, probablemente la rebelión hubiese sido ahogada en agosto de 1936 y Franco hubiese quedado aislado en Tetuán. Esta ayuda extranjera representó según la opinión de Colodny, «la decisiva victoria estratégica de las fuerzas rebeldes»[199]. Si este auxilio no hubiese llegado, el alzamiento no se hubiera transformado nunca en una interminable guerra civil. Este importante detalle molesta a los amigos de Franco, que prefieren omitirlo, pretendiendo, como hace Kemp, que la intervención extranjera

comenzó solamente en noviembre con el asedio de Madrid.[200] Esta forma deshonesta de escribir la historia es una buena ilustración de la oficial Oficina de Información Diplomática, que publicó en 1953 con la colaboración de José A. Sobrino S. J. y Aurelio Valls un librito titulado *Sixty four questions on Spain: The Spanish Controversy*. La pregunta 15 es: «No pidió Franco ayuda al Eje?». la respuesta: «La llegada a Madrid de las famosas Brigadas Internacionales rojas el 8 de noviembre de 1936, el mismo día en que el Ejército de Franco estaba en la periferia de Madrid, y la adquisición de material de guerra extranjero hecho por el gobierno rojo, que tenía medios financieros —las reservas de oro del Banco de España y las ciudades industriales—, obligaron a Franco a pedir ayuda a quienes quisieran oponerse al comunismo». Esta es una exposición falsa aunque fuera ayudada en su preparación por un jesuita, y fuera preparada para engañar a los extranjeros.

Calvo Serer presenta otro autor en esta categoría: el poeta sudafricano Roy Campbell, escritor amargado por el éxito de sus compañeros de letras ingleses y residente en España desde 1933, donde se convirtió al catolicismo. Según sus propias palabras, luchó en el lado de Franco[201]: «Yo he servido… con los requetés…», pero no hay evidencia alguna que apoye tal afirmación. Hugh Thomas dice que Campbell nunca combatió en la guerra[202] mientras Pujals, profesor de la Universidad de Madrid que ha estudiado este periodo de la historia española, declara que Campbell «tomó parte en la lucha en los batallones de requetés, estando en contacto con los Tercios de la Legión».[203]. Marrero repite, sin más, las palabras de Pujals[204]. Por su parte, Calvo Serer elabora algo esta aserción diciendo que Campbell luchó «primero en el Requeté y luego en la Legión».[205] El mismo Campbell hizo todo lo posible para perpetuar su mito de hombre valiente y arrojado, afirmando que había logrado escapar gracias a su astucia y valentía del Toledo rojo[206] cuando hay pruebas suficientes para demostrar que fue su pasaporte británico el que le allanó el camino[207]. En 1939, publicó en Inglaterra un largo poema sobre la guerra de España titulado *Flowering Rifle*[208]; la cubierta del libro dice; «Poema escrito en los campos de batalla de España», y en la solapa se afirma: «más tarde

volvió al frente con los nacionalistas». Nunca ha sido traducido completo a otra lengua ni se ha publicado en otro país. Hablaré del poema más extensamente en el capítulo 7 referente a poesía, pero no quiero dejar de subrayar aquí que lo limitado de la edición de esta obra de Campbell ridiculiza la pretensión de Calvo Serer de que el poema fue decisivo o al menos muy importante en la formación de la opinión pública de cualquier país sobre la guerra civil española. Si lo que buscaba Calvo Serer era un auténtico «héroe» que hubiese combatido por Franco y escrito sus impresiones en lengua inglesa, ¿por qué no acudió al libro del general Eion O'Duffy, que formó una Brigada Irlandesa para luchar en España? Su *Crusade in Spain*[209] apareció en 1938. O'Duffy se refiere también con frecuencia a una organización que llama «la Felange». Estuvo en España más o menos desde noviembre de 1936 hasta mayo de 1937. Cuando se fue nadie sintió su marcha. En él hubiera descubierto que los primeros colonizadores de España fueron unos egipcios contemporáneos de Moisés, que Colón se detuvo en Irlanda en su viaje hacia América y que fue un irlandés, O'Flaherty, quien divisó por primera vez las tierras del Nuevo Mundo[210]

**Nazis a favor de Franco**

Sin embargo, hubo extranjeros que lucharon a favor de Franco en mayor grado que Campbell, Kemp u O'Duffy y cuyas obras se han leído mucho más que las de tos escritores franquistas de lengua inglesa. Me refiero a los trabajos de los aviadores y técnicos nazis y a aquéllos que a ellos se refieren. Calvo Serer demuestra una gran ingratitud al no reunirlos a todos en un pequeño *bouquet* literario. Nadie los había mencionado en España hasta que se publicó en Barcelona en 1961 el libro de Bolloten y se fue conociendo subrepticiamente en España el de Thomas, veinticinco años después de ocurrir los hechos que narran.

A fines de 1939, se habían vendido ya 130 000 ejemplares de la colección de impresiones personales del capitán Wulf Bley, veterano de la Legión Cóndor, publicadas bajo el título: *Das Buch der Spanienflieger*[211].

Del libro *Pedros y Pablos*[212] del capitán Max Graf Hoyos, aparecido en agosto de 1939, se hicieron cuatro ediciones en dieciocho meses. El autor fue condecorado con la Cruz Española de oro y brillantes. El General Sperrle dijo que este libro era uno de los mejores que había leído acerca de la Legión Cóndor. El libro cuenta como un aviador alemán fue «voluntario» a España. Hoyos también fue voluntario, después de haber entendido decir «El Führer ha decidido ayudar al general Franco para luchar contra el Comunismo en España». Hoyos salió de Hamburgo la noche del 31 de julio de 1936, y llego a Cádiz el 6 de agosto, con aviones y pilotos. Entonces ayudaron a transportar a los moros y a los legionarios hasta el continente. La obra del técnico Helmut Führing, *Wir funken für Franco*[213], publicado también en 1939, se habían hecho ya siete ediciones en 1941. Muchos otros trabajos referentes a los combatientes nazis en España tuvieron muy buena acogida en Alemania, entre ellos el del periodista Karl-Georg von Stackelberg, *Legion Condor: Deutsche Freiwillige in Spanien*[214], mitad historia, mitad experiencias personales, cuya tirada de 40 000 ejemplares se agotó rápidamente. Stackelberg hace suya la teoría de la Cruzada. En el prólogo escribe: «A finales de julio de 1936, el Führer decidió prestar su ayuda a Franco y a sus generales en la lucha contra el bolchevismo». Este libro aporta menos detalles que los escritos por los propios aviadores. El libro de Werner Beumelberg *Kampf um Spanien*[215], una historia de la Legión Cóndor, apareció en 1940; en aquel mismo año se vendieron más de 40 000 volúmenes. Estas historias alemanas muestran que Hitler y los alemanes pensaban que, una vez transportadas a España las tropas de África, se podría ganar la guerra. La obra más popular en Alemania sobre tal tema —aunque sólo trataba en parte de él— fue *Mölders und seiner Männer*[216], biografía del héroe nazi Werner Molders escrita por el comandante Fritz von Forell. Esencialmente, se trata de la historia de un «as» alemán de la Segunda Guerra Mundial, pero que recibió el bautismo del aire durante la guerra de España. Publicado por primera vez en 1941, siguieron sucesivas ediciones; el número total de ejemplares publicados alcanzó la cifra de 400 000. Al terminar la Segunda Guerra Mundial, von Forell escribió otro trabajo sobre el citado aviador titulado simplemente *Mölders*[217], que apareció en Salzburgo.

Este tipo de libros ha ido escaseando después de la derrota de Alemania. Sin embargo, en 1953, el general Adolf Galland, nazi refugiado en Argentina y que había servido en la Legión Cóndor a las órdenes de Sperrle, publicó sus memorias, *Die Ersten und die Letzten*[218], traducidas después a varias lenguas y editadas en la España de Franco, único trabajo de un «ex cóndor» que ha recibido tal honor. Pero el traductor español ha suprimido cuidadosamente ciertos comentarios del general alemán censurando a los rebeldes por su política social de derechas e, incluso, ha alterado algunos párrafos, como el referente al bombardeo de Guernica…[219])

La mayoría de estos libros de nazis apoyan la tesis de Calvo Serer sobre la cruzada antibolchevique. Todos eran cruzados. Pero si su presencia fue muy bien recibida durante la contienda, hoy molestan incluso sus escritos. Todos ellos sitúan la guerra de España en su lugar apropiado, es decir, como una parte de la segunda guerra mundial y no la consideran, como desearían los franquistas, una «guerra santa» independiente.

Beumelberg escribió: «Los caídos de la *Legión Cóndor* forman parte junto con los caídos en las guerras mundiales de todos aquellos que murieron por la nueva Alemania».[220]

Galland afirmó que después de haber pasado quince meses en España fue requerido urgentemente en su país, donde se pensaba que sus experiencias españolas podrían ser de gran utilidad en la crisis de Checoslovaquia[221]. Más de una lágrima se ha vertido en España por las desgracias de los católicos polacos. Wulf Bley declaró: «Estos aviadores alemanes soportaron en España el bautismo de fuego de la joven *Luftwaffe* alemana. Las experiencias que adquirieron allí, fueron, magníficamente eficaces en la campaña polaca».[222].

Una cruzada parece ser similar a una factoría química; como ésta, puede fabricar sorprendentes subproductos.

## Fascistas a favor de Franco

Los combatientes italianos en España escribieron menos que los alemanes, en parte por razones políticas y en parte porque la mayoría de ellos eran simples soldados. La mayor parte de los libros publicados sobre la guerra española en Italia durante la segunda guerra mundial y la española fueron obra de periodistas o historiadores. Sólo contados combatientes dedicaron parte de su tiempo a las letras. Garosci menciona entre ellos al general Emilio Faldella, autor de *Venti mesi di guerra in Spagna*[223]. Podrían incluirse también en esta categoría los libros del general Sandro Piazzoni[224], Las tropas Flechas Negras en la guerra de España, 1937-1939 **que abarca los acontecimientos a partir del desembarco en Cádiz, el 15 de enero de 1937, la campaña del norte y la toma de Gerona en febrero de 1939**; de Valentino Tocci [225]; y de Francesco Odetti[226]. El profesor del Opus Dei guarda un profundo silencio sobre todos ellos; eran fascistas y sólo «amigos circunstanciales» de Calvo Serer y compañía. Fueron cruzados temporales, que perdieron el carácter de tales al caer el fascismo en Italia.

# Escritores soviéticos: los periodistas

## Kolzov y Ehrenburg

La primera clasificación de Calvo Serer es *literaria*: los novelistas; la segunda (y la novena) es *histórico-política*: los combatientes extranjeros en España; la tercera, titulada «Escritores soviéticos» es *geopolítica*. Cada una de las categorías es independiente de las otras. El título de «Escritores soviéticos» estaría justificado en el caso de que el crítico hubiese agrupado su material con arreglo al mismo plan geopolítico, con capítulos, por ejemplo, referentes a «Escritores nazis», «Escritores fascistas italianos», «Escritores capitalistas demócratas americanos»… y así sucesivamente. Pero el único capítulo que obedece al mismo plan de clasificación que el de los «Escritores soviéticos» es el de los «Nacionalistas franceses» y quizá, en cierto sentido, el relativo a los «Católicos en favor de la España Nacional». Sin duda toda esta confusión debe obedecer a algún vago plan. Evidentemente, Calvo Serer desea referirse a los escritores soviéticos para utilizarlos como propaganda política de la misma forma que se refiere, llevado del mismo propósito, a los escritores de «los medios anarquistas» en otras dos clasificaciones[227]. Pero un estudio del texto de Calvo Serer y del libro de Garosci revelan que la política no es la razón principal del capítulo, sino otra muy sencilla: que el crítico español ha encontrado un rico filón en la obra del italiano y se dispone a explotarlo.

Garosci titula uno de sus capítulos «Mikhail Kolzov»[228], y en él se refiere también a Ehrenburg; estudia aquél como a un intelectual ruso arrastrado por la corriente de la guerra civil española. Como Ehrenburg, era nominalmente un corresponsal de prensa: Ehrenburg de *Izvestia*, Kolzov de

*Pravda*. Su libro sobre la guerra, *Ispanskii Dnevnik*[229] fue publicado en Moscú en 1938; cuatro años después Kolzov era ejecutado en una de las purgas stalinistas. Más tarde fue rehabilitado y su obra sobre España volvió a ser editada en Rusia en 1957[230]. Parece ser que Kolzov era persona muy estimada; aparece en muchas historias y novelas sobre la guerra civil, unas veces bajo su propio nombre y otras bajo uno fingido.[231] Cockburn relata que Kolzov estaba en Praga en la época de Munich, y dice: «Y yo sabía que Kolzov era, por lo menos, una figura tan importante en el escenario, como el ministro ruso, y tal vez mucho más importante, a causa de su doble posición en el *Pravda* y el Kremlin».[231a] El Dr. Goebbels, cuyos sentimientos hacia Kolzov no eran muy amistosos, en su discurso del Día del Partido de 1937, en Nuremberg, atacó a Kolzov nombrándole expresamente.[231b]

Calvo Serer dedica más espacio a Kolzov que a ningún otro escritor excepto Hemingway, y es una triste verdad, que puede comprobarse fácilmente, que todas sus opiniones sobre el autor, exceptuando algunos toques de propaganda franquista, vienen del libro de Garosci, casi palabra por palabra, sin mencionar al investigador italiano.

Cuando Garosci cita a Fisher y a Hemingway para hablar de Kolzov, declara: «Todos los testimonios que tenemos sobre su período en España están de acuerdo en subrayar la importancia de su función política».

Fischer dice de él que enviaba sus artículos sobre España directamente a Stalin y a Vorochilov. Hemingway, que lo retrata bajo el nombre de Karkov, se refiere a él así: «Viniendo de *Pravda* y estando en comunicación directa con Stalin, era en aquel momento uno de los tres hombres más importantes de España…, es decir, si no fue en realidad un político militar».[232]

Calvo Serer cita los mismos pasajes: «La misión de Kolzov en la zona roja española tuvo más importancia que la puramente periodística. Fischer cuenta que informaba directamente sobre España a Stalin y a Vorochilov. Hemingway, que lo retrata como ya dijimos bajo el nombre de Karpov *[sic]*, dice de él: "Viniendo de *Pravda* y en comunicación directa con Stalin, era en aquel momento uno de los tres hombres más importantes de España. Sin duda su intervención fue de tipo politicomilitar"».[233]

Y cuando Garosci habla de la influencia de Kolzov como periodista, escribe: «No hay duda de que los artículos de Kolzov… encontraron en su tiempo un profundo eco en el público ruso. Lo recuerda en un reciente libro Giuseppe Boffa: La resistencia del lejano pueblo mediterráneo levantó sobre los sóviets oleadas de pasión… Se esperaban cada día en *Pravda* y en *Izvestia* las crónicas de Kolzov y de Ehrenburg sobre España. En realidad, los artículos de Kolzov… pertenecen a plano muy distinto que los de Ehrenburg».[234]

Calvo Serer simplemente se hace eco de Garosci: «Los artículos de Kolzov como corresponsal de *Pravda* tuvieron una amplia repercusión en el público ruso, según nos cuenta Giuseppe Boffra *[sic]*: "La resistencia del lejano pueblo mediterráneo levantó entre los soviets oleadas de pasión… esperaban cada día en *Pravda* y en *Izvestia* las crónicas de Kolzov y de Ehrenburg sobre España… Ahora bien, el trabajo de uno y otro fueron muy distintos"».[235]

Garosci, al comentar las críticas de Kolzov sobre la política interna española, escribe: «Esta *[situación española]* está dominada por la lucha Caballero-Prieto, y todas las simpatías de Kolzov se centraron, inicialmente, en Prieto, esto es, en la oposición moderada; la táctica inicial rusa era la de favorecer, apoyar a Prieto al menos en el gobierno, para no producir reacción alguna entre los aliados o posibles aliados occidentales». [236]

Calvo Serer traduce las mismas ideas, pero sin citar a Garosci: «La escena española aparece dominada por la lucha entre Largo Caballero y Prieto. Las crónicas de Kolzov siguen la línea oficial de la política soviética que en aquellas fechas prefería la posición moderada del socialismo de Prieto, par no atemorizar a las democracias y mantener el frente antifascista…».[237]

Y cuando Garosci habla de Kolzov y del POUM, precisa: «*[Kolzov]* dice del POUM que ejerce un papel "provocador y desmoralizante…" que si esto lleva a España "a situaciones terroristas…" la intervención llegará a ser inevitable, y no solo de Alemania e Italia».[238]

Calvo Serer repite las mismas ideas: «Kolzov escribe sobre la acción "provocadora y desmoralizante" que en parte ejerció el POUM: Si este crea en España situaciones terroristas… la intervención será inevitable, y no solo de Alemania e Italia».[239]

Y cuando Garosci interpreta las acciones y los motivos de Kolzov, precisa: «*[Kolzov]* seguía una política, pero sin duda incitaba la intervención antifascista. Como contrapartida a esta intervención era necesario, primero, el aislamiento del POUM de la causa de los anarquistas, y después el reforzamiento en Madrid del Ejército popular».[240]

Calvo Serer confirma: «El trabajo de Kolzov… debió contribuir a la decisión de Stalin en favor de la intervención. Como contrapartida, se exigió la eliminación de los trotskistas y el reforzamiento en Madrid del Ejército popular».[241]

En un punto determinado, Calvo Serer advierte a sus lectores que los escritos de Kolzov estaban condicionados por el régimen totalitario al que estaba sirviendo y añade: «Hay que tener esto presente cuando se lee *El cuaderno español*».[242]

Resulta evidente que Calvo Serer no ha leído el libro de Kolzov, sino que sencillamente copia a Garosci, y bastante descarado por su parte el hecho de advertir a los demás que tengan cuidado. También es verdad que todos los escritos de Calvo Serer sobre Ehrenburg están sacados del libro de Garosci, pero aquí, al menos, cita el nombre del crítico italiano en una ocasión.[243]

Hay que recordar que estos dos autores soviéticos son, según Calvo Serer, de los que más influyeron en la formación de la opinión pública «predominante» sobre la guerra de España. Sin lugar a dudas ambos eran importantes en la Unión Soviética; y Ehrenburg lo era también fuera de Rusia, ya que durante la guerra se publicaron recopilaciones de sus crónicas en Buenos Aires, Amsterdam, París y otras capitales.[244] De todos los autores citados por Calvo Serer, sólo Kolzov y Ehrenburg, según él, representan a un país totalitario, la Unión Soviética. Calvo Serer está de acuerdo con la mayoría de los críticos en considerar que las crónicas de la

guerra española escritas por los periodistas nazis y fascistas no tienen el menor interés histórico, y es curioso que, a pesar de que copia continuamente a Garosci, omita una parte fundamental de la crítica que sobre Kolzov hace el autor italiano.

Garosci escribe: «Sin embargo, la España que nos presenta es algo vivo, no es un *cliché*, y uno se pregunta si existen, aún en países no totalitarios, muchos trabajos como éste que den una impresión tan real de las cosas de España».[245] Y más adelante: «Añadamos que sus observaciones *[de Kolzov]*… alcanzaban, de la forma que hemos visto, al público soviético, quien así tenía de los acontecimientos españoles una visión mas completa y exacta de la que le era posible alcanzar en los países occidentales al lector ordinario, que no tenía medios suficientes para buscar, tras la noticia periodística, una interpretación más profunda».[246]

Gracias a la crítica favorable de Garosci, el libro de Kolzov fue publicado en Italia y en Francia[247], y será editado pronto en otros países de «opinión pública». La reputación de Kolzov como escritor y como observador político aumenta de día en día, y si éste movimiento continúa, algún día podrá ser incorporado a la lista de autores influyentes acerca de la guerra de España. Mientras este momento llega, debemos decir que el escritor soviético que contribuyó en mayor grado a formar dicha opinión fue el general Walter Krivitsky[248], cuyos artículos antisoviéticos, aparecidos en la prensa americana y más tarde su libro, causaron una enorme sensación, al menos en Nueva York y Londres.

## Los periodistas y la guerra civil española

Si Calvo Serer, en vez de recurrir a investigaciones ajenas, hubiese acudido a las fuentes originales, se hubiera dado cuenta inmediatamente de que el grupo que quizás más influyó en la formación de la opinión pública en general, o lo que él llama «la interpretación dominante», sobre la guerra española fue, en los países donde dicha opinión pública existe (es decir, donde funciona una prensa libre que él, naturalmente, acostumbrado a la de Franco, no puede comprender) precisamente, el de los periodistas. Un

trabajo como el suyo no puede carecer de un apartado dedicado al periodismo, que podría haber agrupado en subsecciones añadidas a los capítulos, por ejemplo: «Periodistas soviéticos», «Periodistas nazis», «Periodistas americanos»…, y así sucesivamente. Sería en este apartado donde debería haber colocado a Kolzov y Ehrenburg, Hemingway parcialmente, Koestler, Fischer, y otros que no mencionó.

Muchos periodistas escribieron libros y folletos, muchos de ellos de lo mejor que se ha publicado sobre la guerra; desde luego ejercieron una gran influencia en la opinión pública y, como dice Calvo Serer en su obra, apoyaban generalmente a la República. Entre los periodistas prorrepublicanos, podemos señalar a los periodistas del *New York Times* Herbert Matthews[249], y Lawrence Fernsworth[250]. Fernsworth conocía España antes de la guerra, e incluso era corresponsal de *America*, el semanario de los jesuitas estadounidenses. Se le atacó porque era católico y al mismo tiempo partidario de la República. El Padre Thorning calumnió a Fernsworth al escribir en el *Tablet*, publicación diocesana de Brooklyn: «La evidencia de las connivencias entre Mr. Fernsworth y el gobierno de izquierda de España fue demostrada por los agentes del Ministerio de Asuntos Exteriores inglés y le llevó a presentar su dimisión del *Times* de Londres y del *Times* de Nueva York».[250a] El Padre Thorning tuvo que retractarse. Fernsworth es demasiado correcto para hablar de esta cuestión en su libro.

Vincent Sheean[251] dice sobre Madrid: «Independientemente del futuro que se decida en la lucha contra la barbarie fascista, Madrid ha hecho tantísimo por su parte que su nombre quedará para siempre en la memoria de los hombres, unas veces con reproche, otras con oprobio, como un reflejo de la tensión heroica que todavía no ha desaparecido del todo de nuestra raza sobre la Tierra. Si no en todo el mundo, en Madrid la dignidad del hombre del pueblo ha permanecido firme contras todos».[251a]

Jay Allen no ha publicado ningún libro sobre la guerra. En cambio, escribió algunos de los más transcendentales artículos periodísticos sobre los acontecimientos, en particular el artículo del *Chicago Tribune* sobre la matanza de Badajoz (30 de agosto de 1936). También se entrevistó con José

Antonio Primo de Rivera pocos días antes de su ejecución.[252] Según John T. Whitaker, Allen: «le había dado pruebas de ser el periodista mejor informado de España».[252a]

Charles Foltz[253] era un corresponsal de la Associated Press que durante la guerra estuvo con las fuerzas franquistas. Más tarde, fue jefe de dicha agencia americana en Madrid, donde permaneció durante la mayor parte de la guerra mundial. Seis americanos, por lo menos, que estuvieron en España durante la Segunda Guerra Mundial, han escrito libros en que se narran sus experiencias. Aparte de Foltz y de Hamilton, del *New York Times*, los otros cuatro pertenecían a la Embajada: Hayes, Beaulac, Plenn y Hughes. Ahora bien, los dos últimos trabajaban en los servicios de información, y no se puede considerar una coincidencia que el embajador Carlton J. H. Hayes (*Wartime Mission in Spain*, Nueva York, 1945) y el consejero de embajada Willard Beaulac (*Career Ambassador*, Nueva York, 1955) hayan escrito libros favorables al régimen de Franco, mientras que los dos miembros del servicio de «información» Abel Plenn (*Wind in the Olive Trees*, Nueva York, 1946) y Emmet John Hughes (*Report from Spain*, Nueva York, 1947) escribieron libros criticando al régimen. Todos eran reporteros, unos oficiales y otros independientes.

En España, durante la guerra, había en realidad dos clases de informadores: los que informaban al pueblo a través de la prensa y los que informaban a los gobiernos mediante la valija diplomática. Unos pocos, como Kolzov, desempeñaban las dos funciones. Pero, mientras que los corresponsales que informaban al pueblo, en los países en los que contaba la opinión pública, estaban por lo general en favor de los republicanos, los que se dirigían a los gobiernos solían ser partidarios de Franco. El caso de Claude Bowers, embajador de Roosevelt en España, constituye una honrosa excepción. En realidad, se trataba más bien de un periodista, y el personal de carrera del Departamento de Estado terminó por sabotear su actividad. El embajador Bowers describe a sus colegas en Saint-Jean de Luz, situado en Francia cerca de la frontera española, donde el cuerpo diplomático pasó casi toda la guerra, en su libro *My Mission to Spain* (Nueva York, 1954). Relata una reunión del cuerpo diplomático (celebrada antes de que Madrid y Roma

rompieran sus relaciones diplomáticas) en la que llevaba la voz cantante el delegado de Mussolini: «Comprendí que el embajador de Mussolini había modelado el espíritu oficial y la voz del cuerpo diplomático».[253a] *sir* Henry Chilton, embajador inglés en España, era representativo de la casta diplomática. Bowers cita una conversación que tuvo con él en enero de 1937, en la que el inglés declaró que esperaba que Hitler enviaría bastantes alemanes para acabar la guerra.[253b] Cuando Inglaterra envió un representante a la zona de Franco, *sir* Robert Hodgson, resultó ser del mismo tipo, y no se molesta en ocultarlo en su libro *Spain Resurgent* (Londres, 1955). El embajador chileno, Aurelio Nuñez Morgado, decano del cuerpo diplomático acreditado en Madrid, proclama sus simpatías por Franco en su libro *Los sucesos de España vistos por un diplomático* (Buenos Aires, 1941). El encargado de negocios de Noruega, Felix Schlayer, alemán de nacimiento, manifiesta también sus opiniones favorables a Franco en su obra *Diplomat im roten Madrid*, publicado en Berlín en 1938.

Stephen Spender describe con acierto, en su libro *World Within World*, (Londres, 1951), la actitud de los círculos diplomáticos occidentales en relación con la República Española, al narrar la visita que hizo a Tánger en los primeros días de 1937, donde «aunque se reconocía a la República española como el Gobierno de España, los oficiales ingleses, italianos, belgas y franceses trataban al representante franquista como el ministro *de hecho*».[253c]. T. C. Worsely, que acompañaba a Spender durante esa visita, relata la misma historia (*Behind the Battle*, Londres, 1939, p, 35-36, 71): «De hecho, durante todo el tiempo que pasamos en las costas mediterráneas, jamás encontramos a un solo oficial británico que no considerase la guerra de España desde el punto de vista de su clase social. Todos apoyaban a Franco, porque él y ellos eran caballeros; y eso era cierto, incluso cuando parecía evidente, como en el caso de Gibraltar, por ejemplo, que los intereses imperiales estaban amenazados por Franco y sus aliados».[253d] Uno de las homenajes más significativos que se han rendido a Franco durante la guerra civil fue el del General *sir* Charles Harrington, en aquel entonces gobernador de Gibraltar: «Nunca he tenido el privilegio de conocer al general Franco, pero he tenido muchas relaciones con él y

siempre le agradeceré la atención que prestó a los problemas que conciernen a Gibraltar y especialmente por su consideración con lo relativo a la caza *(Royal Calpe Hunt)*. Naturalmente, durante el primer invierno de la guerra, y antes de la caída de Málaga, no le pedimos permiso para cazar en España, pero durante mis últimas dos temporadas el general Franco tuvo la deferencia de concedernos ese privilegio y conservaremos ese recuerdo con gratitud».[253e]

Sin duda alguna los archivos oficiales de muchos países del mundo guardan numerosos documentos sobre la guerra de España. El gobierno americano ha publicado algunos documentos diplomáticos correspondientes a esa época *(Foreign Relations of the United States, 1936-1939)*; los rusos, por su parte, han publicado algunos documentos sobre España cogidos a los alemanes (*Documents secrets du Ministère des Affaires étrangeres d'Allemagne: Espagne*, París, 1946); los aliados también publicaron algunos documentos capturados referentes a la guerra de España (*Documents on German Foreign Policy. Series D. 1937.1942. Vol. III, Germany and the Spanish Civil War, 1936-1939*, Londres, 1951). Ahora bien, al estudiar dichos documentos no hay que olvidar que se trata de una selección. En el caso de la última publicación citada, difícilmente se puede considerar a sus editores como objetivos, puesto que en las 177 páginas de la «Analytical List of Documents» se hace referencia constantemente al gobierno español como los «rojos». Es curioso observar que en ninguno de los 811 documentos citados, que van del 19 de julio de 1936 al 8 de julio de 1939, se hace la menor mención a las comunicaciones entre el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán y su representante en el Vaticano, ni tampoco de las que éste último enviaba al dicho ministerio. Sin embargo, el Vaticano se interesaba mucho por la guerra de España y desplegaba una gran actividad. Hay que suponer que, o bien dichas comunicaciones no han existido, o bien, por algún extraño motivo, se han suprimido en la recopilación.

Continuando con los periodistas estadounidenses prorrepublicanos, el capítulo que dedica a España John T. Whitaker[254], es corto, pero muy interesante. Ha sido olvidado por dos razones: 1) fue publicado durante la Segunda Guerra Mundial, y fue catalogado por la Biblioteca del Congreso de Washington en los apartados «Europa política, 1938» y «Guerra

Mundial, 1939-1945», pero no en el de «España: Guerra Civil, 1936-1939». Lo mismo ha ocurrido con *The Heart of Spain*, de Alvah Bessie, antología sobre la guerra de España, que ha sido clasificado como «España en la literatura» y no como documentación sobre la guerra civil española. Thomas J. Hamilton,[255] enviado del *New York Times* en Madrid, durante dos años a partir del mes de agosto de 1939. Martha Gellhorn[256], en la introducción, ella escribía: «He defendido la *causa* de la República española contra todas las provocaciones y eso desde hace veinte años… Todos los que creímos en la *causa* de la República lloraremos siempre su derrota y la muerte de sus defensores, y seguiremos amando la tierra de España y a su magnífico pueblo, que se cuenta entre los más nobles y los más desgraciados de la Tierra». Virginia Cowles[257], quien trata la guerra española en ambos bandos, durante el año 1937, y Frances Davis[258] escribió un informe muy personal sobre la experiencia de una periodista estadounidense en la zona franquista.

Entre los periodistas ingleses, Henry Buckley[259], corresponsal en España durante unos treinta años, estaba ya en España durante las elecciones de 1936. John Langdon-Davies[260], quien también se encontraba en España antes de la sublevación y durante los primeros meses de la guerra civil, era corresponsal del *News Chronicle*, de Londres. Escribió asimismo el folleto *The Spanish Church and Politics*, cuyo prólogo dice así: «Hace algunos meses, algunos periódicos católicos se han visto obligados a presentar sus disculpan ante el Tribunal por sus mentiras sobre mis opiniones expresadas en mi libro *Behind the Spanish Barricades*, y han tenido que pagarme una indemnización en cumplimiento del juicio por un proceso de difamación que yo había interpuesto contra ellos». Goffrey Cox[261], corresponsal del *News Chronicle*, de Londres, en España desde octubre hasta diciembre de 1936. Asimismo debo incluir a Geoffrey Brereton[262], Frank Pitcairn[263] y George Steer[264].

Entre los franceses Simone Tery[265] estuvo en España durante los años 1936 y 1938. Refugiada en México durante la segunda guerra mundial, escribió una novela sobre la guerra civil, *Aquí el alba comienza*, y dice José Mancisidor: «En mi opinión la mejor novela sobre la guerra del pueblo

español, muy superior desde cualquier punto de vista a la novela de Hemingway, y asimismo muy superior en muchos aspectos a la novela de Malraux». Louis Delarée[266] llegó a España el 22 de julio de 1936, como enviado del periódico *Paris-Soir* en la zona de Franco. Estuvo en zona republicana desde el 12 de agosto al 10 de septiembre. Un mes más tarde regresaba a Madrid. El avión en que abandonaba Madrid, el 8 de diciembre, fue derribado, y el periodista moría tres días después.

Los partidarios de Franco son más escasos: entre los americanos; Edward Knoblaugh[267] fue director de la agencia americana *Associated Press*, en Madrid, durante más de cuatro años, a partir de febrero de 1933. Su libro fue muy elogiado en los círculos franquistas de los Estados Unidos y de Gran Bretaña. Hubert R. Knickerbocker[267a], corresponsal de Hearst. Bowers escribía el 12 de abril de 1937 que «Ningún corresponsal acreditado en su zona (de Franco) le ha dado tantas satisfacciones como Knickerbocker… quien precisamente acaba de ser informado de que no puede proseguir su viaje por España…».[267b] Esta prohibición por las autoridades franquistas fue, acaso, la consecuencia del hecho de que Knickerbocker pusiera al Caudillo en una posición ridícula ante todo el mundo por la prematura noticia (veintinueve meses de antelación) de la toma de Madrid en noviembre de 1936. Knickerbocker era un periodista sensacionalista y superficial, que nunca escribió nada digno de perdurar. Muy popular en la Italia fascista, en 1937 tuvo siete libros en venta. Garosci debía estar dormido cuando escribió que en el momento de la toma del Alcázar Knickerbocker era el «mejor corresponsal que tenía el mundo democrático en el bando franquista».[267c] F. Théo Rogers, un periodista norteamericano de las Filipinas. Su libro es uno de los más ferozmente partidarios de Franco que se han escrito. El autor afirma que «hay regimientos completos de rusos mandados por oficiales rusos, luchando al lado del gobierno de Madrid».[268]

Entre los ingleses, citaré a Harold Cardozo[269], corresponsal del *Daily Mail*, de Londres. Su testimonio sobre la conducta de los soldados moros es completamente opuesto al de Whitaker. Cecil Gerahty[270], lo mismo que

Cardozo, pertenecía al *Daily Mail*. Fue coautor, junto con William Foss, de *The Spanish Arena*. Cuando se escribió dicha obra era presidente del Consejo Largo Caballero, al que Gerahty considera como el jefe de la «dictadura soviética en Valencia». Y por último, Nigel Tangye[271], que era el corresponsal de aviación del *Evening News*, de Londres, del grupo del *Daily Mail*. Para arreglar su visita a la España de Franco se procuró una introducción por medio de un amigo alemán, declarando «que yo simpatizo con la Nueva Alemania». En pocos libros sobre la guerra de España se observa una ignorancia política tan grande: «El Sultán de Marruecos ha enviado la mayor parte de su magnífico Ejército a España, incluida su guardia personal (…) Puede decirse que las simpatías de la Iglesia no se inclinan hacia ninguno de los antagonistas». Y más adelante: «El tercer partido después de los socialistas y los anarquistas y dotado de una influencia importante gracias a la ayuda concedida por los rusos durante la guerra es el POUM». Cuando escribe sobre la Aviación tampoco lo hace mejor, puesto que informa que la Legión Cóndor es «una organización compuesta por voluntarios alemanes para las unidades mecanizadas».

Entre los franceses, Pierre Hericourt[272], corresponsal militar de *Action française* escribió cuatro libros en favor de Franco. Charles Maurras[273] y George Rotvand[274]

Entre los italianos, Lamberti Sorrentino[275]; Sandro Volta[276], corresponsal de la Gazetta di Popolo desde octubre de 1936 hasta enero de 1938; y Curio Mortari[277] quien se encontraba en Marruecos en julio de 1936, y fue siguiendo la guerra, pasando por la toma de Badajoz y Mérida.

De Alemania, Georg von Stackelberg[278]. El libro de Stackelberg tiene menos interés que las narraciones de los propios pilotos. Es extraño que, al contrario de sus colegas ingleses, americanos, portugueses, italianos y rusos, los periodistas alemanes escribieron pocos libros sobre la guerra. Y entre los portugueses, Leopoldo Nunes[279] terminó de escribir su libro en octubre de 1936. Se publicó en español en 1937. En la tercera edición española (1938) hay una nota que dice que en tres meses se publicaron seis ediciones en portugués. Su libro *Madrid Trágica* (Lisboa, 1937),

considerado como la segunda parte de *A guerra em Espanha*, se terminó de escribir en abril de 1937. La edición española apareció en 1938. Otro periodista portugués, que también escribió sobre la guerra, es Armando Boaventura, cuyo libro *Madrid-Moscovo* se publicó en Lisboa en 1937. Por su parte, Artur Portela publicó *Nas trincheras de Espanha* (Lisboa, 1937). Va desde el mes de agosto hasta el fin del año. Costa Junior, corresponsal del *Diario da Manha*, publicó *A Espanha sob o terror vermelho* (Lisboa, 1937). Oldemiro César escribió *A guerra, aquelle monstro*... sobre sus experiencias con el ejército rebelde en Asturias durante los meses de septiembre y octubre de 1936. Mauricio de Oliveira[280] fue director de la *Revista de Marinha*, de Lisboa, y crítico naval del diario lisboeta *Diario de noticias*.

## Herbert L. Matthews y el asedio del Alcázar

Pocos corresponsales de la guerra de España han permanecido tan fieles a la República como Herbert L. Matthews, del New York Times. En *The Yoke and the Arrows*, el tercero de sus libros en que se refiere a la guerra civil, publicado en 1957, escribe: «En algunos aspectos soy un fantasma, un espectro del pasado que revive tras las brumas de dos décadas, la agonía y exaltación de las batallas, en las que luché con el espíritu. En este sentido, yo también perdí la guerra, como los leales, porque mi alma y mi corazón estaban con ellos».[281]

*The Yoke and the Arrows* fue inmediatamente atacado por la prensa española. Matthews, que acababa de pasar un año en España como corresponsal del *New York Times*, era allí persona muy conocida. Los párrafos que ofendieron a los franquistas eran aquellos en que Matthews expresaba sus dudas con respecto a la mayor gesta de los generales rebeldes, la historia de que el defensor del Alcázar de Toledo, coronel Moscardó, se negó a rendir la fortaleza a cambio de la vida de su hijo Luis, quien, como consecuencia, fue ejecutado. El presidente de la Asociación de la Prensa madrileña embajador de Franco e historiador militar oficial del régimen, Manuel Aznar, escribió como respuesta un folleto[282], que se

distribuyó en español y en inglés, en que defendía la historia del Alcázar y arremetía contra Matthews.

Calvo Serer, al hacer la crítica del librito de Massis y Brasillach sobre los cadetes del Alcázar, menciona la obra de Matthews y la impugnación de Aznar y afirma que, tras publicarse ésta, Matthews rectificó su postura[283]. Sin embargo, los hechos no ocurrieron así. Una lectura de la edición inglesa de *The Yoke and the Arrows*, aparecida después de salir a la luz el folleto de Aznar, demuestra que Matthews mantenía su actitud, insistiendo en algunos puntos, y cediendo en otros, pero concluyendo: «Quizá sea una pena destruir una narración de tanta belleza como la del Alcázar, pero estoy firmemente convencido de que la historia terminará con ella de una forma tan rotunda como lo hizo con el mito de George Washington y el cerezo». [284]

Matthews no tenía tampoco ninguna razón para cambiar de opinión, puesto que la leyenda del Alcázar es una verdadera superchería desde el principio hasta el final. Aznar emplea para refutar a Matthews gran cantidad de pruebas documentales y testimonios, y Hugh Thomas, en su libro sobre la guerra, acepta su versión del hecho escribiendo: «No tengo la menor duda respecto a la veracidad de la narración nacionalista»[285]. Consideremos, sin embargo, la historia «oficial» con ojo crítico e irreverente, porque, a pesar del espaldarazo de Manuel Aznar, existen en ella fallos, contradicciones y rasgos de falsa psicología.

## Los orígenes de la leyenda

Según Aznar, la conversación telefónica en la cual el coronel Moscardó se negó a entregar el Alcázar a cambio de la vida de su hijo tuvo lugar el 23 de julio de 1936[286], y tanto Aznar como Matthews admiten que la ejecución se llevó a cabo el 23 de agosto, es decir treinta y un días más tarde[287]. Según los franquistas, se cumplió así la amenaza hecha el 23 de julio. Este retraso de un mes, como reconocieron los propagandistas de Franco, perjudica a la artística simetría de la historia.

Estudiemos el desarrollo de la leyenda del Alcázar. Como señala Aznar, la historia de Luis Moscardó apareció por primera vez en la prensa española el 30 de septiembre, en el *ABC* de Sevilla y en otros periódicos; ya entonces había en ella algunos errores. Se decía, por ejemplo, que la conversación telefónica se celebró después de la caída de Talavera, el 3 de septiembre, y que la ejecución se efectuó acto seguido.

«Momentos después, ante los muros del Alcázar, caía fusilado a balazos el hijo del coronel»[288].

Sin embargo, al día siguiente, el mismo corresponsal cambiaba la referida fecha de la conversación por la del 23 de julio, y la de la ejecución por la del 3 de agosto, quizá un error de imprenta por el 23 de este mes[289]. El mismo escritor afirmaba en el mismo periódico y en el mismo día que la muerte de Luis Moscardó había sucedido el 25 de agosto[290]. Al fin, el arte ha triunfado sobre la realidad y desde entonces hasta hoy los franquistas, Aznar entre ellos, dándose cuenta instintivamente de que la historia no causaría el mismo efecto si se revelara que entre los dos acontecimientos transcurrió un mes, han intentado reducir el número de días que medió entre la conversación y la ejecución.

Examinemos los escritos que en torno a la historia del Alcázar aparecieron durante la guerra. Massis y Brasillach en su folleto *Les cadets de l'Alcázar*, escrito en octubre de 1936, afirman que Moscardó oyó a través del teléfono el disparo que causó la muerte de su hijo[291]. En la edición posterior de 1939 cambiaron la fecha de la ejecución por la del 14 de agosto[292]. Los escritores franceses, los hermanos Jérôme et Jean Tharaud, narran la historia de la conversación telefónica en un libro de 1937, *Cruelle Espagne*, terminándola así: «algunos instantes más tarde, el muchacho era fusilado»[293]. A los hermanos Tharaud les cupo oír una de las declaraciones más interesantes de la guerra: «Y de lo que no me olvidaré es de cuando El Miziam me declaró en excelente francés: "Si las tropas de Franco no hubiesen ganado, ¡adiós para siempre a la civilización occidental!"». El P. Alberto Risco, jesuita, se refirió en 1937 al «momento en que, detrás de un teléfono, llegaron con voz varonil hasta los oídos de su padre los dos vivas que sellaron los labios de Luis Moscardó»[294].

La «gran autoridad» inglesa sobre el tema del Alcázar (y también sobre el «mito» de las matanzas de Badajoz), el comandante MacNeill-Moss, escribió en su libro publicado en 1937:«Unos pocos minutos más tarde el coronel Moscardó recibía una nueva llamada telefónica para informarle de que su hijo había sido ejecutado».[295]. Sir Robert Hodgson también repitió la historia de McNeill-Moss, en 1953, y afirma que esta historia es un ejemplo «del valor y de la fe» de los defensores del Alcázar. Puesto que la historia es falsa, demuestra la falta de competencia de McNeill-Moss y la credulidad del diplomático inglés. El corresponsal suizo O. Treyvaud dice que después de la conversación telefónica Moscardó oyó la salva que mató a su hijo (*Les deux Espagnes, Lausana*, 1937, p. 223).

Foss y Gerahty, en su obra aparecida en 1938, dan pleno crédito a la versión de una ejecución inmediata[296]. Harold Cardozo, otro de los pocos corresponsales pro Franco, escribió en un libro publicado en 1937: «Parece ser que el joven fue ejecutado casi inmediatamente después»[297]. En otro libro de 1937, el del americano Edward H. Knoblaugh, leemos: «Antes de que pudiera colgar el receptor, se oyó el ruido de un disparo. El muchacho había muerto».[298]. Knoblaugh, relatando un hecho ocurrido en la zona en la que ejercía su actividad periodística, no consigue establecer correctamente su versión de los hechos en favor de Franco. A Luis le llama Ricardo, y dice que pidió a su padre que se rindiera. Otro autor franquista, el inglés Arthur Loveday, se refiere en su trabajo *World War in Spain*[299], publicado en 1939, y en otro posterior, a la conversación, y cita a McNeill-Moss. Muchos escritores, entre ellos Muro Zegri[300] y Martínez Leal[301], no indican una fecha determinada para el fusilamiento. El periodista italiano Sandro Volta escribió: «Y unos disparos de revólver, los que habían causado la muerte de su hijo, fueron oídos por el heroico oficial a través del aparato».[302]. El escritor italiano Alberto Bargelesi, en su historia novelada del asedio, *L'Epopea dell'Alcazar* (Milán, 1941-1942), dice que la ejecución tuvo lugar el 14 de agosto (p. 58), y la conversación por teléfono el 23 de julio (p. 55). El periodista Luigi Moresco, en su libro *Spagna cattedra di fede e di eroismo* (Roma, 1939), escribe «El coronel Moscardó oyó a través del teléfono los disparos que mataron a su hijo». (p. 105).

Otro interesante aspecto de la propaganda de esta época es la edad atribuida al «muchacho»; suele afirmarse que contaba 17 años y no 24 que eran los que realmente tenía[303]. Damos a continuación una lista de los diferentes nombres y edades atribuidos al hijo de Moscardó:

**1936**

*ABC*, 30 sept. (nombre: no) - (edad: «joven»)
*ABC*, 1.º oct. (nombre: no) - (edad: no)
Débats (sept.)-Maurras (p. 150) (nombre: no) - (edad: 18)
Sánchez del Arco (p. 209 (nombre: Luis) - (edad: «empleado en las oficinas de O. P.»)
Massis-Brasillach (p. 2) (nombre: no) - (edad: 18)

**1937**

McNeill-Moss (p. 57) (nombre: no) - (edad: no)
Cardozo (p. 133) (nombre: no) - (edad: 18)
Knoblaugh (p. 51) (nombre: Ricardo) - (edad: «Young son»)
Zegri (p. 227) (nombre: Luis) - (edad: 17)
Martínez Leal (p. 44) (nombre: Luis) - (edad: no)
Tharaud (p. 206) (nombre: no) - (edad: estudiante de ingeniería)
Arrarás-Jordana (p. 22) (nombre: Luis) - (edad: 17)

**1938**

García Mercadal (p. 144) (nombre: Luis) - (edad: no)
Foss-Gerahty (p. 295) (nombre: Luis) - (edad: 17)
Bastos Ansart (p. 88)[303a] (nombre: Luis) - (edad: 17)
Farmborough (p. 83)[303b] (nombre: Luis) - (edad: 16)
Hernández Petit (p. 43)[303c] (nombre: Luisito) - (edad: no)

**1939**

Manero (p. 9)[303d] (nombre: Luis (edad: 16)
Massis-Brasillach (p. 6) (nombre: Luis) - (edad: 17)

Cuando, en la lista anterior, se da la edad del hijo, suele ser por lo general 17 años. Eso ocurre incluso en el librito de Massis-Brasillach, con prólogo de Moscardó. Muchos autores no mencionan ni el nombre ni la

edad. Sin embargo, la verdad parece que se conoce. El Padre Alberto Risco. S. J., en su libro publicado en 1937, dice que Luis tenía 24 años (p. 154). Incluso el autor alemán P. A. Schulz-Wilmersdorf (*Spanien: Politiker und Generale*, Berlín, 1939) dice que Luis era un estudiante de ingeniería de 23 años de edad (p. 148).

Aun después de la guerra los franquistas no han tratado de corregir el error en cuanto a la edad de Luis. Los autores de *La historia de la cruzada* (Madrid, 1940-1944), que sin duda alguna habían de estar al corriente, dicen que Luis Moscardó tenía 17 años cuando fue ejecutado (tomo XX, p. 122). El autorizado autor franquista sobre la historia del Alcázar, Manuel Aznar, en un texto escolar, *Guerra y victoria de España*, 1936-1939 (Madrid, 1942), con la doble garantía del Nihil Obstat y de la autorización del Servicio Histórico Militar del Ministerio del Ejército, afirma que Luis tenía 17 años. El comandante F. Trapiella, en *La defensa del Alcázar de Toledo* (Madrid. 1954) dice que Luis era «casi un adolescente todavía» (p. 52). Carlos Ruiz de Azilu, en *El Alcázar no se rinde* (Madrid, 1953) dice que la edad de Luis era de 17 años, lo que confirma ocho años después André Maury (*Miroir de l'Histoire*, París, junio de 1961, p. 684). El autor alemán Hellmuth Günther Dahms (*Der Spanische Bürgerkrieg* (Tübingen, 1962) dice que Luis tenía 19 años (p. 89). Durante la segunda guerra mundial no existía el turismo en Europa, pero un visitante de categoría inspeccionó el Alcázar. El cardenal arzobispo Spellman, el 14 de febrero de 1943, en compañía, del embajador americano Hayes, visitó las ruinas. Spellman dio crédito a la historia del Alcázar, escribiendo igualmente que el día en que fue muerto Luis fue el 23 de julio de 1936 y que tenía 18 años (*Action this Day*, Nueva York, 1943, p. 16).

Alonso G. de la Higuera y Velásquez y Luis Molins Correa escriben en su libro *Historia de la revolución española: Tercera guerra de Independencia: Escorzos* (Cádiz, 1940) que Luis tenía 17 años cuando le fusilaron. Moresco daba a Luis Moscardó la edad de 15 años (p. 104). Veamos ahora un libro publicado en Ávila en 1937, *La vida en el Alcázar de Toledo* (véase nota 320). El libro consta de dos partes: la primera es el diario del teniente de la Guardia Civil Jesús Enríquez de Salamanca, muerto durante el asedio, el 19 de septiembre de 19 36. La segunda, titulada

«Comandancia Militar de Toledo: Copia del Diario de Operaciones». Enríquez de Salamanca era el yerno de Pedro Romero Basart, el Guardia Civil de mayor graduación durante el asedio del Alcazar (p. 6). Enríquez de Salamanca debía de estar al corriente de lo que sucedía en el Alcázar, ya directamente, ya por lo que le contase su suegro. Con fecha del 23 de julio menciona una conversación entre el coronel Moscardó y «un hijo suyo de 14 años». Como ya se ha dicho, la segunda parte del libro es el «Diario de operaciones del Alcázar», pero no se trata del mismo diario que reproduce el libro de Arrarás y Jordana, ni en la Cruzada, ni en el libro atribuido a Moscardó y publicado en 1943. Había pues dos diarios? Aquel del que aquí se trata se publicó con autorización de Romero Basart, y tal vez lo que ocurre es que se redactó independientemente del de Moscardó. Veamos lo que dice con fecha 23 de julio: Moscardó habló con «su hijo, un muchacho de unos 15 años». El autor pretende haber estado presente durante la conversación, es probable que quien asistió fue el teniente coronel Romero Basart.

En ninguno de los dos diarios publicados en La Vida en el Alcázar de Toledo se menciona el nombre del hijo de Moscardó de 14 o 15 años de edad. ¿Podemos suponer que esos autores son verídicos y que en realidad Moscardó habló con su hijo menor? Ahora bien, el hijo menor no fue fusilado, y no podía servir como mártir de la causa franquista. Sólo se trata de una hipótesis, pero que merece más investigaciones.

## La verdad sobre la ejecución de Luis Moscardó

Una vez terminada la guerra, los franquistas no han mostrado el menor interés por aclarar la historia del Alcázar. En 1953, en el número 38 de la publicación oficial Temas españoles, después de relatar el incidente de la conversación telefónica, se afirma que «a los pocos días fue asesinado vilmente Don Luis Moscardó Guzmán, joven de 17 años, nuevo mártir de la Cruzada»[304] Todavía en 1957 el general José Díaz de Villegas, en su libro *Guerra de Liberación*, alude a la conversación telefónica, añadiendo que los republicanos, «asesinaban, poco después, a Luis Moscardó

sencillamente porque no quería rendirse»[305]. Y, evidentemente, los treinta y un días transcurridos entre amenaza y ejecución molestaban aún al sentido artístico de Aznar; en su monumental y sectaria historia militar de la guerra escribe, incluso en su tercera edición, aparecida en 1958, que Luis fue pasado por las armas «al cabo de unos días», y añade: «así se cumplió la siniestra amenaza del jefe miliciano»[306]. Esta expresión de «al cabo de unos días» no es la más apropiada para indicar el plazo de un mes, pero sin duda Aznar pensaba que no resultaría muy convincente la relación entre la amenaza y la ejecución si escribía que Luis había sido fusilado «un mes más tarde»[307].

Hay otra razón todavía, por la cual amenaza y ejecución pudieron ser unidas difícilmente: el fusilamiento de Luis Moscardó el 23 de agosto no guardó relación alguna con la supuesta llamada telefónica del 23 de julio. Este es un hecho que, con toda seguridad, conocía Manuel Aznar cuando escribió su ataque contra Matthews, y no es muy honrado por su parte suprimir esta pieza esencial de la historia, la cual, como es evidente, destruye completamente el mito. Esto se sabía ya en 1937, cuando Joaquín Arrarás y L. Jordana de Pozas escribieron su libro *El sitio del Alcázar*. En él se nos dice: «Por aquellos días habían volado unos aviones nacionales sobre Toledo, que atacaron objetivos militares; tan mal les sentó la visita a los milicianos, que, encolerizados por aquel ataque e incapaces de responder con una reacción ofensiva, decidieron tomar venganza en los prisioneros, y así fueron a la cárcel, de donde hicieron la que ellos denominaban ‹saca›, que consistió en reunir a más de cuarenta detenidos, los más significado:, a los que condujeron a la Sinagoga del Tránsito y a algunos callejones para ser fusilados. Entre los condenados figuraba Luis Moscardó…». La matanza de rehenes tuvo lugar el 14 de agosto».[308].

Esta fecha del 14 de agosto, como sabemos, es considerada hoy inexacta. La versión de Arrarás fue repetida nuevamente en el prólogo a la edición de 1943 del *Diario del Alcázar*:[309]. Hay todavía otra confirmación. En 1956, el comandante B. Gómez Oliveros, ayudante del ya teniente general Moscardó y asimismo veterano del asedio del Alcázar, escribió, con la ayuda de aquél, una biografía del mismo. En la página 221 leemos: «El 23 de agosto, como represalia de un bombardeo, Luis Moscardó es uno de

aquellos infelices destinados a ser fusilados. Atan juntas las muñecas de los dos hermanos y así, para compartir la pena capital, son conducidos entre otros muchos al lugar destinado para ejecución en las murallas de Toledo»[310].

Manuel Aznar conoce el libro de Gómez Oliveros. Lo cita para refutar a Matthews. Pero ha ocultado cuidadosamente el auténtico motivo de la ejecución de Luis Moscardó, ya que la verdad da al traste con el mito. Desgraciadamente, no es este el único pecado de omisión de Aznar.

Matthews señala que la historia de Moscardó se asemeja a fa de Guzmán el Bueno[311], del siglo XIII (con la diferencia de que éste luchaba contra los enemigos de España, mientras Moscardó mataba a sus propios compatriotas), pero no menciona el interesante detalle de que la esposa del coronel era Guzmán por su familia y que, por lo tanto, Luis también llevaba este apellido. La coincidencia parece demasiado oportuna. Cuando a Guzmán el Bueno le fue exigida la entrega de la plaza de Tarifa por los moros a cambio de la vida de su hijo, contestó con desprecio arrojando su propio puñal desde las almenas para que aquéllos pudieran matar a su hijo con él. La versión original de la historia de Moscardó no acaba de forma semejante, y fue sólo más tarde cuando el coronel acuñó su frase guzmanesca: «Puede ahorrarse el plazo que me ha dado y fusilar a mi hijo; el Alcázar no se rendirá jamás»[312]

¿Representó realmente Moscardó el papel de Guzmán el Bueno o algún panegirista, reflexionando sobre la coincidencia de nombres imaginó la historia? En todo caso, el drama no acabó como el del defensor de Tarifa. Además sabemos que a ningún corresponsal de la prensa extranjera le fue permitido entrar en Toledo durante las primeras veinticuatro horas de su toma por las fuerzas rebeldes[313], y que la narración que aquéllos escucharon después de los militares no coincide con los hechos ahora admitidos por los franquistas. Joaquín Arrarás escribe: «Iba comunicando a los periodistas extranjeros, retenidos por disposición militar en Talavera de la Reina, las primeras noticias de la epopeya del Alcázar, y llegué a la anécdota de Moscardó. Puse especial cuidado en que copiaran íntegras las palabras del coronel a su hijo…». (*El sitio del Alcázar*, p. 294).

Hay otra laguna psicológica en la versión oficial. Si la llamada telefónica tuvo lugar, no fue sino un *«bluff»* del jefe de las milicias, ya que éste no tenía intención de matar a Luis Moscardó[314], quien, en realidad, vivió todavía 31 días y fue fusilado por una razón totalmente distinta. Pero si la amenaza fue cierta y si, como Aznar insiste, la linea telefónica no fue cortada nunca, ¿porqué alguien no intentó de nuevo —si es que lo había hecho antes— cuando podía suponerse que la situación dentro del Alcázar había empeorado, rendir la fortaleza a cambio de la vida de Luis Moscardó, de la esposa del coronel o del hijo menor de ambos?; también pudiera haberse intentado esto por medio de los altavoces. El que nada de ello sucediera no permite conceder gran crédito a la primera historia. En su folleto en contra de Matthews, Aznar cita un testimonio del carcelero de Luis Moscardó, que dice que le «vio» hablando con su padre; entonces, Cabello, el jefe de la milicia que amenazó a Moscardó, habló con éste y, colgando violentamente el receptor «after some violent cursing he said to the militiamen present, "as that's what his father wants, do whatever you please with him"».

## La falsa gloria de los cadetes

Desde el primer momento existió también otra superchería en la historia del Alcázar. Cuando los acontecimientos tuvieron lugar era verano y los alumnos de la Academia estaban en vacaciones; no había más que siete cadetes[315] en la fortaleza durante el asedio. Sin embargo, las publicaciones franquistas aludieron con grandes titulares a los jóvenes cadetes que defendían el Alcazar gloriosamente. Uno de los hechos utilizados por la propaganda fue el de que un avión arrojase sobre el patio de la fortaleza un mensaje en el que las muchachas de Burgos enviaban a los caballeros cadetes las más calurosas palabras de aliento[316]. La historia que apareció en el ABC de Sevilla el 30 de septiembre y que Aznar reproduce, llevaba el siguiente titular: La resistencia de los cadetes[317]. El orador y poeta José María Pemán se dirigió al comenzar su larga alocución al final del asedio a los: «caballeros cadetes; defensores todos del Alcázar de Toledo»[318] Una

de las más difundidas piezas de propaganda franquista fue el ya citado trabajo de Henri Massis y Robert Brasillach titulado *Les cadets del Alcázar de Toledo*. Los jóvenes cadetes eran más útiles para una publicidad sentimental que lo que pudieran serlo unos curtidos guardias civiles, de la misma forma que un Luis Moscardó de 17 años era una figura de mártir mucho más atrayente que un Luis Moscardó de 24. La importancia dada a los cadetes a lo largo del asedio debió causar cierto resentimiento entre los militares y los guardias civiles, porque más tarde desaparecieron en la España de Franco toda clase de referencias a ellos.

## El teléfono del Alcázar

Hasta ahora hemos comprobado que la historia del Alcázar tenía desde los primeros momentos errores básicos referentes a la fecha y motivo de la ejecución de Luis Moscardó y a la importancia del papel jugado por los alumnos de la Academia en la defensa de la fortaleza. Dediquemos ahora nuestra atención a otra parte de la historia: la conexión telefónica entre el Alcázar y la ciudad. Matthews señala que el 22 de julio los rebeldes, en retirada, cortaron la corriente eléctrica de la fortaleza;[319] estos a su vez afirmaban que el corte había sucedido en un bombardeo,[320] lo importante es que ambas versiones coinciden en que tuvo lugar. Existe otra versión, quizás más auténtica, publicada como segunda parte del libro póstumo de Jesús Enríquez de Salamanca, *La vida en el Alcázar de Toledo*, con el título de «Comandancia Militar de Toledo: copia del diario de operaciones». Abarca desde el 21 de julio hasta el 31 de agosto. Los textos no son en absoluto semejantes, y es difícil suponer que la persona que dio su autorización para que saliera la edición, el coronel de la Guardia Civil don Pedro Romero Basart, suegro de Enríquez de Salamanca, se haya atrevido a modificar el contenido del diario de operaciones del Alcázar. La primera publicación que yo conozco de la copia «oficial» del diario del Alcázar se encuentra en el libro de Arrarás y Jordana, editado en Zaragoza el 15 de junio de 1937. En dicho libro no se explica por qué se incluye el diario del Alcázar-Un hecho que testimonia en favor de la autenticidad de la versión

de Enríquez de Salamanca es que el diario empieza el 21 de julio, fecha en que empezó realmente el asedio. Ahora bien, ¿por qué se acaba el 31 de agosto? Parece probable que el texto «oficial» sea una versión corregida y aumentada del de Enríquez de Salamanca. Las diferencias más notables corresponden a la edad que se atribuye al hijo de Moscardó en una y otra versión (véase nota 303). La publicación *El Alcázar*, en multicopista, se ha de distinguir de las dos versiones del diario de operaciones de la fortaleza. Matthews supone que el teléfono debió ser inutilizado al mismo tiempo que la corriente[321]. No, dice Aznar, el teléfono fue simplemente desconectado en la oficina central y podía volver a ser puesto en funciones en cualquier momento, ajustando, sencillamente de nuevo la clavija[322]. Gómez Oliveros, el biógrafo oficial de Moscardó, dice: «Los primeros días se contaba con el teléfono automático, y cuando lo cortaron, una vez declarado el asedio…»[323].

La suposición de Aznar de que el gobierno podía haber restablecido, si lo deseaba, el servicio telefónico entre la ciudad y el Alcázar no parece muy probable ante la evidencia. Quizá el teléfono estaba conectado el día 23 de julio, fecha de la supuesta conversación entre el coronel Moscardó y su hijo, pero en un momento u otro la linea fue cortada, como vamos a ver. Matthews alude a los altavoces situados en el ala sur del Alcázar diciendo que se utilizaban para mantener comunicación[324]. No, replica Aznar, los altavoces «fueron instalados a fines de propaganda, pensando los sitiadores en emplearlos para quebrantar la moral de los que resistían»[325]. El historiador español está en un error. Ni en el parte diario que se redactaba en el Alcázar, ni en el periódico que se publicaba en la fortaleza, ni en las declaraciones posteriores de Moscardó encontramos una sola referencia a una conversación telefónica entre la ciudad y el Alcázar posterior a la del 23 de julio. En cambio, hay numerosas alusiones a comunicaciones mantenidas entre sitiadores y sitiados por medio de los altavoces, que, sin duda, no se hubieran utilizado si hubiera podido usarse el teléfono. Moscardó relata cómo se concertó el 8 de septiembre la visita del comandante Rojo por medio de los altavoces, un método de entenderse no muy satisfactorio y que de hecho dio lugar a numerosos malentendidos[326]. «Cuando a veces, desde los parapetos sitiadores, se dijo que el comandante Rojo quería parlamentar,

nadie en el Alcázar pensó en Rojo como patronímico, sino en *rojo*, adjetivo del matiz político». (Gómez Oliveros, p. 189). El 9 de septiembre, el comandante Rojo intentó de nuevo hablar con Moscardó «sobre evacuación de mujeres y niños», recibiendo respuesta negativa. Tampoco esa vez el instrumento empleado fue el teléfono (Moscardó, p. 81). Por el mismo medio se llegó a convenir definitivamente la entrada de Rojo en la fortaleza como emisario del gobierno el 9 de septiembre[327] y al día siguiente la visita prometida de un sacerdote, el canónigo Vázquez Camarasa [328] Pero aún hay otro dato más. En la tarde del 13 de septiembre los altavoces del gobierno informaban al Alcázar de que el señor Núñez Morgado, embajador de Chile y decano del cuerpo diplomático acreditado en España quería negociar con Moscardó la evacuación de las mujeres y los niños existentes en la fortaleza bajo protección diplomática[329]. Acompañaban a Núñez Morgado los encargados de negocios de Rumanía y Argentina y el secretario general del cuerpo diplomático. El embajador chileno no pudo hablar con Moscardó, en parte porque el coronel no estaba muy interesado en que se llevase a cabo la evacuación y en parte porque, según dijo, no creía que la persona en cuestión fuese realmente Morgado. Como escribió después, sólo al oír más tarde las noticias de la radio portuguesa se convenció de que se trataba realmente del embajador chileno[330]. El diario *Alcázar* no menciona que la Radio Club Portuguesa hubiera dado esa noticia. Si la radio dio dicha información, tal vez Moscardó no quería que los del Alcázar se enterasen. Es imposible creer que todas estas personas de cierto prestigio, el comandante Rojo, el canónigo Vázquez Camarasa y el embajador Núñez Morgado se hubieran comunicado con el Alcázar a través de los altavoces en caso de haber podido utilizar el teléfono. Podemos, pues, suponer que la comunicación telefónica fue efectivamente cortada. ¿Cuándo? ¿Antes o después del 23 de julio? El mismo Moscardó escribió tras la narración del incidente en su declaración del 5 de julio de 1939: «Los días siguientes pretendían hablar desde la calle, bien paisanos, bien guardias civiles de los puestos que no se pudieron incorporar, y un teniente, también de la Guardia Civil, a los que no se les contestaba siquiera, ya que siempre pretendían nuestra rendición sin condiciones»[331]

Aznar debilita su defensa del caso al afirmar que el teléfono podía ser puesto en funcionamiento en cualquier momento desde la central.

## Moscardó, raptor de rehenes

Consideremos ahora al héroe de la gesta, al coronel Moscardó, a través de los escritos franquistas y sus propias declaraciones. Se nos dice que, tras la conversación telefónica del 23 de julio, era un hombre convencido de que por su patriótica hazaña había condenado a muerte a su hijo. Desde entonces no había vuelto a oír hablar al enemigo una sola palabra sobre ello. El día 28 de septiembre Moscardó avanza por la explanada que desciende del Alcázar, cuando un desconocido se le acerca para darle el pésame por la muerte de su hijo, ejecutado el 23 de agosto. El coronel continúa: «Me quedé como atontado al oírlo, porque, aunque eso fue lo que me dijo por teléfono el Jefe de Milicias de Toledo, yo nunca creí que existiese tanta maldad en los hombres. No supe qué responder; creo que entre dientes dije, más para mí que para nadie: Pero ¿por qué? El ¿qué culpa tenía?…».[332]

Si Moscardó, como Guzmán el Bueno, creía que había condenado a muerte a su hijo, cómo pudo sorprenderse tanto al oír la noticia? Sólo debería haberle asombrado saber que su hijo estaba vivo. Hay algo más en el texto citado que suena a falso: «Nunca creí que existiera en el hombre tanta maldad». Moscardó había luchado muchos años en Marruecos; al entrar en el Alcázar había cuidado de llevar rehenes con él, cosa que jamás podría imaginarse leyendo al historiador Manuel Aznar. Moscardó escribió en su declaración del 5 de julio de 1939 que habían sido llevados al Alcázar, «el gobernador civil con algunos miembros de su familia y varios izquierdistas como rehenes»[333]. En cuatro ocasiones diferentes *Alcázar*, el diario de la fortaleza, tirado en multicopista, da la lista de los oficiales de día, el 25, 26 y 27 de agosto y el 7 de septiembre. En las tres primeras ocasiones, se dan los nombres de seis oficiales, siendo uno de ellos el del «jefe de la guardia de presos». En la cuarta sólo se dan cuatro nombres,

pero uno de los oficiales sigue siendo el «jefe de la guardia de los presos». El Diario de Operaciones de la fortaleza dice que treinta minutos después de la medianoche entre el 23 y el 24 de agosto, una expedición volvió al Alcázar tras haber capturado tres mujeres y un hombre como rehenes[334]. El comandante Martínez Leal, uno de los sitiados en el Alcázar, escribe que en una de aquellas incursiones, «al regresar al Alcázar traen en rehenes a unos parientes de un dirigente socialista»[335]. Muro Zegri precisa que se trataba de familiares del diputado socialista Alonso y otra pareja[336]. Zegri identifica a otro de los capturados como Antonio Gómez[337], cuya documentación fue la que tomó el capitán Alba al dejar la fortaleza el 25 de julio para intentar, sin éxito, llegar hasta el ejército de Mola disfrazado de obrero[338]. Gómez pudo ser uno de los veintidós conductores de camiones retenidos en el Alcázar, pero su nombre no figura en la lista[339]. Incluso el padre Risco escribió el 21 de julio:«Se hicieron varios prisioneros, hombres y mujeres, que fueron conducidos al Alcázar y quedaron en calidad de rehenes hasta el día de la Liberación; uno de ellos, rabioso comunista, se llamaba Francisco Sánchez López y era maestro en la cárcel»[340].

¿Qué fue de aquellos hombres y mujeres de izquierdas tomados como rehenes por el caballeroso Moscardó, sin miedo y sin tacha? Ninguno de los numerosos libros escritos por los franquistas nos lo dice. Si sobrevivieron al asedio, como afirma el P. Risco, ¿qué fue de ellos después? Los escritores franquistas dan hasta los más insignificantes detalles sobre la vida en la fortaleza, pero todos guardan un sospechoso silencio sobre los rehenes y su destino, excepto sobre el del gobernador civil de la provincia, Manuel María González López[341], que parece ser que entró voluntariamente en el Alcázar con su familia y a quien Moscardó firmó un certificado de lealtad después del asedio, probablemente para salvarle la vida[342]

Manuel Aznar, el escrupuloso historiador, ni siquiera menciona que hubiese rehenes en el Alcázar, pero en cambio proporciona una interesante información sobre el número de bajas sufridas en la fortaleza: según ella, murieron ochenta y dos hombres, fueron heridos cuatrocientos treinta, ciento cincuenta sufrieron lesiones leves, cinco fallecieron de muerte natural, tres se suicidaron, treinta desertaron y cincuenta y siete

desaparecieron. La relación oficial de los nombres de los que estuvieron en el Alcázar puede hallarse, entre otros libros, en los de Martínez Leal, Arrarás y Jordana o en la Historia de la Cruzada Española. Los cincuenta y siete «desaparecidos» no constan en la lista[343]. ¿Quiénes eran? ¿Serían los rehenes? De todos modos un soldado profesional lo suficientemente duro como para enviar una expedición destinada a capturar mujeres como rehenes debía haber imaginado que existía tanta maldad en un hombre como para matar al hijo del oficial rebelde que mandaba el Alcázar. Él mismo tenía la suficiente como para capturar los hijos y las hijas de otros como rehenes, y… quién sabe lo que hizo con ellos?

En lo que respecta a las bajas, las cifras no siempre concuerdan, pero las diferencias son pequeñas.

Aznar: (muertos en combate: 82) - (desertores: 30) - (fallecidos: 5)

Martínez Leal: (muertos en combate: 93) - (desertores: 32) - (fallecidos: 7)

Arrarás y Jordana: (muertos en combate: 89) - (desertores: 33)

*Cruzada*: (muertos en combate: 90) - (desertores: 33)

Aznar cita también la cifra de 3 suicidios. *La cruzada* y Martínez Leal dan por «desaparecido» a un guardia civil que salió del Alcázar en misión y no volvió, mientras que Arrarás y Jordana le consideran muerto. Nadie, excepto Aznar, habla de 57 «desaparecidos». El origen del número de 57 «desaparecidos» se encuentra en la «Nota para los periodistas», preparada en ciclostil en el Alcázar y distribuida oficialmente a los periodistas. Esta cifra, sin ninguna duda, es independiente de los 82 muertos e identificados. El número de desertores, más de una tercera parte del de los muertos, es interesante. Si eran capturados se les fusilaba sin excepción. Los rehenes republicanos no eran las únicas mujeres y niños en el Alcázar; oficialmente había en la fortaleza 520 mujeres y 50 niños, la mayoría familiares de los militares y guardias civiles. Los historiadores afirman que permanecieron allí porque querían estar junto a sus padres y maridos; puede que sea cierto,

pero había también 18 criadas, y no creemos que a éstas se las diera a elegir[344]. ¿Por qué salieron la mujer y los hijos de Moscardó? Aznar afirma que el coronel les dijo: «Aquí vais a morir, seguramente; vamos a morir todos; tenemos otro hijo fuera. Creo que es mejor que salgáis. Al menos, una vez en la calle tendréis posibilidades de salvaros y de salvar al otro hijo. Aquí me quedo yo, a esperar la muerte combatiendo»[345].

Terminada la guerra, Moscardó explicó la salida de su familia del Alcázar con las siguientes palabras: «Fuera los creía seguros, porque jamás pensé que seres tan inocentes sirvieran para tomar represalias»[346]. Gómez Oliveros cita las palabras de Moscardó: «Yo necesitaba ser absolutamente dueño de mi mismo, sin otra preocupación» (p. 172). Se puede suponer que hubiera estado más tranquilo si hubiera tenido consigo a su familia.

Es difícil creer que Moscardó dijera esto, y si lo dijo, que lo creyera. La verdad es que nunca pensó que el asedio hubiera de prolongarse tanto tiempo. Por otra parte, su hijo Luis tenía 24 años, edad suficiente para saber defenderse. De hecho, Moscardó, según Gómez Oliveros, dijo el 23 de julio que Luis «andaba loco de contento entre todos con un fusil al hombro»[347]. Los críticos franquistas reprochan al entonces comandante Rojo y al canónigo Vásquez Camarasa el que no se quedaran en el Alcázar. Tal vez los apologistas de Franco sostienen que la edad de Luis Moscardó era 17 años para evitar preguntas embarazosas acerca de los motivos que tuvo un joven de 24 años para salir de la fortaleza. ¡No parece precisamente, un ser inocente! Y sin embargo, el coronel exclamó al oír la noticia de la ejecución, «¿qué había hecho?». ¿Y cómo no podía imaginar Moscardó que su esposa podía ser tomada como rehén cuando él había llevado al Alcázar como garantía a las mujeres de otros?

Si creía que su esposa y sus hijos podían correr peligro en el Alcázar, por qué admitió en la fortaleza a las familias de los demás? ¿Es que éstas no peligrarían? El coronel, soldado experimentado, sabía muy bien que la presencia en el Alcázar de tantas mujeres, unas voluntaria y otras forzadamente refrenaría la violencia de los atacantes. Si no se dio cuenta de ello el primer día del asedio, sin duda lo hizo más tarde. Tras algunas semanas de sitio, los republicanos tuvieron que enfrentarse con un dilema: querían volar la fortaleza si no había otra forma de conseguir que se

rindiese, pero primero había que evacuar alas mujeres y los niños. Esta fue la razón principal de las visitas de los tres emisarios que acudieron al Alcázar entre el 9 y el 13 de septiembre: la de un militar, Rojo; la de un sacerdote, Vázquez Camarasa y la de un diplomático, Núñez Morgado. André Maury se equivoca cuando reprocha que el único objetivo de esas visitas fuera el obtener la rendición de la fortaleza[348]. Sin embargo, Moscardó se opuso a la evacuación; el gobierno tenía un desesperado interés por llevarla a cabo, pero el suyo no era menor en que las mujeres y los niños permanecieran en la fortaleza.

Cuando el canónigo Vázquez Camarasa entró en el Alcázar, se obligó a las mujeres y a los niños a retirarse de su camino, «a fin de que el nuevo parlamentario no oyera ni el bisbiseo de un murmullo»[349].

¿Por qué temía Moscardó que alguna mujer pudiese dirigirse al sacerdote? En la conversación privada que mantuvieron el coronel y el canónigo, éste le pidió que dejara salir a mujeres y niños: «¡Esas criaturas!, ¡Esas débiles mujeres!, ¡No sentirá usted en su conciencia el peso de lo que les pueda acontecer?».[350]

Moscardó no quiso escucharle; parece ser que contestó que no podía abandonarles en manos de los republicanos. Por una coincidencia, el cuerpo diplomático acreditado en Madrid se interesó en el problema, y dos días después de haber tenido lugar la visita del sacerdote, el decano de dicho cuerpo acudió al Alcázar para garantizar a Moscardó que las mujeres y los niños permanecerían bajo su custodia; esta vez el coronel no quiso ni siquiera recibir al mensajero[351]. Esta visita subrayó el hecho de que si el gobierno de Madrid quería que se llevase a cabo la evacuación por razones de relaciones públicas internacionales, el comité revolucionario de Toledo estaba aún más interesado en conseguir la libertad de los rehenes, sus propios conciudadanos. La «egoísta» actitud del comité de Toledo sorprendió al embajador chileno, que replicó con un razonamiento típico de la conciencia de clase que distinguía al Cuerpo Diplomático acreditado en Madrid durante la guerra civil: había venido a cumplir una «misión humanitaria» y lo que pudiera ocurrir a aquellos rehenes de la clase obrera estaba fuera de su competencia. Cinco días después de la fracasada visita, el 18 de septiembre, estalló la mina colocada bajo el Alcázar. El daño que

causó fue muy pequeño, pero la prensa pro Franco atacó violentamente a los republicanos por el hecho; Arrarás y Jordana citan el periódico londinense *Daily Mail* del 19 de septiembre, que denunciaba al gobierno de España, «sin piedad, sin compasión para los niños», continuando: «Con la guarnición de la que todavía resiste valientemente una parte, había allí 400 mujeres y niños… Las ruinas del Alcázar no serán vanas. La memoria de las mujeres, de los niños y de los cadetes que murieron heroicamente, vigorizará a los patriotas»[353].

En realidad, según las fuentes rebeldes, ninguna de las mujeres ni de los niños que se hallaban oficialmente en la fortaleza murió de causas que no fueran naturales, y ningún cadete de causa alguna. Thomas dice que un cadete fue muerto en combate el 20 de septiembre, pero parece que se refiere a Julián Gómez Gómez, un «soldado», no un «alumno», de la Academia[354]. Si murieron mujeres y niños en el Alcázar, eran rehenes republicanos, y ni el *Daily Mail* ni los franquistas lloraron por ellos.

## Las gestas «heroicas» del franquismo

El ciudadano de un país civilizado occidental encuentra difícil juzgar una guerra civil con arreglo a la escala de valores que utiliza para juzgar una guerra internacional. Siente instintivamente que el resultado de una guerra civil debe reflejar las aspiraciones del pueblo. En la guerra entre naciones pueden aceptarse moralmente subterfugios; en una guerra civil, no. Pero las gestas heroicas del franquismo están basadas en ardides y artimañas, en la lucha entre una «élite» minoritaria y las masas; la primera vence con engaños al pueblo ignorante, despreciando la voluntad de éste. Así actuó en Sevilla Queipo de Llano: no tenía soldados, pero consiguió hacer creer al pueblo desarmado que le seguían numerosas fuerzas: «no llegaban a 200 los hombres que pudo armar durante los dos primeros días para asegurarse el pleno dominio de la ciudad de Sevilla»[355]. «El ataque y conquista del barrio de Triana, habitado principalmente por obreros subversivos, exigió cierta acción de la artillería. Como refuerzo de su delicada situación, el Ejército de África le envió desde Tetuán, a bordo de un bimotor, doce

soldados de la Legión. Y esos doce legionarios se transformaron en "toda la Legión" gracias a la propaganda que el propio general hacía desde la emisora de Radio Sevilla…». Foss y Gerahty, p. 212, escriben: «"Yo siempre había dicho que no había nada que hacer con Sevilla", ha confesado el propio general: "Allí, ¡no podemos contar con el menor apoyo!"». Una vez dueño de la situación, procedió a la exterminación de miles de obreros sevillanos[356]. Robert Brasillach y Maurice Bardeche, en *Histoire de la guerre d'Espagne*, p. 96, escribieron: «En concreto, la lucha por la conquista del barrio de Triana dio lugar a una terrible lucha y estuvo marcada por una represión sin piedad. El terror aseguró la disciplina que el número no podía imponer». Pero, cosa curiosa, toda la propaganda franquista afirma que la sublevación de Queipo en la capital andaluza es una de las más *«bellas páginas de la Cruzada»*. Douglas Jerrold habla del «brillante y audaz golpe» de Queipo de Llano[357]. Theo Rogers califica la toma de Sevilla de «La historia más fantástica de la guerra civil» y también, increíblemente si se tiene en cuenta lo que luego sucedió en los barrios obreros, de «fue una comedia para desternillarse de risa». (*Spain: A Tragic Journey*, p. 143). Según el escritor francés de derechas Claude Farrere, Queipo de Llano era «un verdadero conquistador de la raza de Cortés y Pizarro…». (*Visite aux espagnols: hiver 1937*, París, 1937) p. 61. Los trabajadores de Sevilla hacían el papel de indios ante esos modernos conquistadores. El erudito Arnold Lunn, que llena sus páginas de citas de autores griegos, también compara a los «conquistadores que dirigían esta última cruzada para la salvación de España», con aquellos que se llamaban «Pizarro y Cortés». (*Spanish Rehearsal*, Londres, 1937, p. 58). «Sevilla se salvó gracias a la inteligencia y el valor de Queipo de Llano, y a la cobardía y la incompetencia de los rojos que eran por lo menos cien veces más numerosos que las fuerzas reunidas por de LLano rápidamente». (*Ibid*, p. 60). Sin embargo, ¿cómo puede la historia juzgar esta acción si no como una infame carnicería, como un engaño para embaucar al pueblo, un engaño sangriento? Otra «gesta» similar fue la del general Aranda, cuyos ardides consiguieron hacer salir de Oviedo —sin armas— a miles de mineros asturianos para marchar «en ayuda de Madrid»[358]: los mineros fueron engañados de nuevo en León y dirigidos hacia el oeste, a Ponferrada, donde

murieron la mayor parte de ellos[359]. Díaz de Villegas dice que algunos estaban armados. Esto no parece ser cierto, dado que cuando los mineros llegaron a León, el gobierno se esforzó en proporcionarles armas (*Cruzada*, XV, p. 134-136). Zugazagoitia (*Historia de la guerra en España*, Buenos Aires, 1940) dice: «En su ascensión al generalato [de Aranda] cabe presumir que le han sido computados estos servicios», p. 31-36.

Eran obreros sin la experiencia necesaria para darse cuenta que el coronel Aranda —poco después general— era traidor y embustero.

La liberación del Alcázar fue otro de los engaños militares perpetrados contra el pueblo. No fue llevado a cabo por españoles, sino por el ejército de África, formado por moros y legionarios extranjeros, las únicas fuerzas en las que Moscardó podía confiar. (Había dicho a Gómez Oliveros que el asedio no sería largo, solamente el «camino de las tropas desde el Estrecho hasta Madrid»[360]). Es inútil que los franquistas afirmen que los moros admiraban a sus oficiales y que detestaban el ateísmo, por lo que podían ser considerados como españoles; es igualmente inútil que afirmen que la Legión Extranjera era, en realidad, española. Aunque ésta estuviese compuesta en un cien por cien de españoles los legionarios eran, como los componentes de los contingentes moros, hombres excluidos del cuerpo político español. Lo que aparece claro en la historia del Alcázar es que su guarnición, cerca del centro geográfico de la Península, tuvo que esperar 69 días a ser liberada, mientras las tropas extranjeras se abrían paso sangrientamente a través de media España. A pesar de los numerosos errores de los inexpertos milicianos de la República, ninguna fuerza franquista propiamente española socorrió al Alcázar.

Aznar afirma farisáicamente que la milicia republicana estaba caracterizada por «ingenuidad y estupidez»[361] añadiendo que casi todos los miembros del comité revolucionario «carecían de la mínima preparación castrense y de una seria, o aun semiseria formación cultural y moral»[362]. Quizá fuese verdad esto, y quizá los obreros asesinados sistemáticamente en Triana y los mineros asturianos «ingenuos y estúpidos» al abandonar Oviedo, careciesen, de la «mínima preparación castrense», grave crimen en una sociedad cristiana, y también de «formación cultural y moral». Pero si carecían de estas últimas cualidades, no se debía, precisamente, a quienes

apoyaban y participaban en la sublevación de Franco? Uno puede llegar a pensar que en una sociedad cristiana el primer precepto de una «formación moral» debería ser no beneficiarse de la situación de quienes los fallos del sistema social hace «ingenuos y estúpidos».

La desdeñosa y superior actitud de Aznar hacia sus ineducados enemigos, hacia aquellos menos privilegiados de la estratificada sociedad española llena toda la literatura franquista. Los republicanos son «la chusma», «la plebe», «el populacho», «la canalla» o «las hordas marxistas». Los vencedores de la guerra civil prefieren llamar a ésta «Cruzada» o «guerra de liberación». Pero la mejor definición, en pocas palabras, del conflicto, es «guerra de clases en España». No hay duda de que cuando los generales se sublevaron avivaron en las clases trabajadoras de España el odio a penas latente contra las clases altas. La explicación, ya clásica, que los derechistas dan sobre este fenómeno es que se trataba de algo importado, no auténticamente español, sino un producto de las enseñanzas marxistas, extranjeras. Pero para que se produzca una guerra son necesarios dos enemigos, y el odio de las masas por la clase dominante era al menos igualado por el que sentía esta por los obreros. Y si los marxistas habían preconizado la lucha de clases, a los obreros quién había predicado el odio social a los poderosos? Porque odio existía en ellos y sobrado. Y si, como Aznar dice, el comité revolucionario de Toledo carecía de «formación cultural y moral», podrían, quizá, ser excusadas sus acciones por tal motivo. Pero, ¿cómo disculpar las de las clases altas, que estaban en posesión de esa «formación cultural y moral», y que a través de toda la guerra civil y de los años siguientes se condujeron con sus enemigos sociales con la «formación moral» de las más bajas especies del reino animal?

La historia del Alcázar es, desde sus mismos comienzos y como hemos visto, falaz. El papel de los cadetes, escasos en número y sin distinguirse especialmente en la defensa de la fortaleza, fue notoriamente exagerado; la leyenda de Luis Moscardó, incluso aunque la conversación telefónica haya tenido lugar efectivamente o, con palabras menos dramáticas, el artificioso relato propagado por los rebeldes, está falseado, ya que la ejecución de aquél no guarda relación alguna con dicha conversación telefónica; Moscardó, lejos de ser el héroe irreprochable de la fantasía franquista, fue

un insensible veterano que no sólo había encerrado en la fortaleza mujeres como rehenes, sino que no toleró que las familias, mujeres y niños de sus compañeros y subordinados abandonasen el Alcázar bajo protección diplomática internacional. Incluso sin tener en cuenta estas grandes lagunas, la narración de la resistencia de la fortaleza toledana aparece notablemente abultada.

Aznar comienza su relato de cincuenta páginas del asedio del Alcázar en su Historia Militar de la Guerra de España con estas palabras: «Lector: vamos a entrar en un recinto sacratísimo —si me permito la palabra no sólo para los españoles, sino para todo hombre civilizado. La pluma tiembla y el ánimo vacila antes de iniciar los relatos del fabuloso heroísmo y de la universal hazaña que entre los muros del Alcázar tuvieron su escenario»[363].

Pero si Manuel Aznar sujetase mejor su temblorosa pluma y mirase honradamente lo sucedido en el Alcázar, vería que nada extraordinario en una guerra ocurrió allí. El coronel rebelde Moscardó, con un fuerte contingente de guardias civiles y otros grupos armados, derrotado por el pueblo de Toledo, se retiró tras los muros protectores de la fortaleza. No creían que el asedio sería largo. Moscardó dijo más tarde a Gómez Oliveros: «Yo no pensaba si la defensa sería larga o corta, acaso creyese que corta, porque suponía rápido, cosa de días, el camino de las tropas desde el Estrecho hasta Madrid»[364].

Creían, por lo tanto, como muchos otros rebeldes, que el pronunciamiento triunfaría en muy pocos días. Pero la lucha se prolongó durante semanas y semanas. Los hombres que combatían en el Alcázar estaban mejor protegidos que la mayoría de los que lo hacían en el resto de España. Se trataba de soldados profesionales, defendidos por una poderosa fortaleza y sitiados por milicianos inexpertos; podría hablarse con más propiedad de heroísmo de los sitiadores. Hubo, desde luego, incomodidades y escasez de alimentos, pero como el propio Moscardó declaró: «en el Alcázar nadie murió de hambre»[365]. Había escasez de agua potable. Probablemente hubo más muertos entre los atacantes que entre los defensores. Con frecuencia se ha exagerado ante el público el número de bajas del Alcázar. Eleonora Tennant, p. 49, escribe: «De los 1100

combatientes, 54 por ciento fueron muertos, heridos o enterrados bajo los escombros». Esto resulta más espectacular que decir que, de 1100 combatientes, tan sólo 82 murieron durante el asedio.

¿Por qué todo éste alboroto, pues, en torno a lo sucedido? Hay una explicación sencilla. La liberación de Toledo costó a Franco, probablemente, la conquista inmediata de Madrid[366]. Evidentemente, se puede argüir que las tropas de África estaban demasiado cansadas para atacar Madrid sin la tregua ganada gracias a la desviación por Toledo. Era necesario justificar esta falsa maniobra. En aquellos momentos, Franco estaba perdiendo la batalla de la opinión pública internacional: el efecto causado por las noticias difundidas sobre las matanzas de Badajoz y otras crueldades cometidas por el ejército de África no contribuían a hacer popular la causa rebelde. La historia del asedio del Alcázar, de los jóvenes cadetes, de los sufrimientos de mujeres y niños, del sacrificio de Moscardó, todo ello representaba un buen material periodístico, en favor de los rebeldes.

## Los cargos hechos contra los generales

Pero Herbert L. Matthews y el resto de los amigos de la República Española pueden muy bien dejar a un lado la historia del asedio del Alcázar. Incluso aunque fuese auténtica en todos sus detalles. ¿Qué importancia tiene, qué es lo que prueba? ¿Qué había hombres valerosos defendiendo el Alcázar? Los inexpertos y pobremente armados obreros de Madrid, que hicieron frente al Tercio a las puertas de la capital eran más animosos e intrépidos que Moscardó, a salvo en los sótanos de la fortaleza[367]. No ésta, sino Madrid, como escribió, el poeta Alberti, fue la «capital de la gloria»[368]]. La completa maniobra propagandística del Alcázar fue y es, simplemente, un esfuerzo para apartar la atención del observador de los puntos realmente importantes sobre los cuales la historia juzgará inexorablemente a los generales españoles, con sus típicos e irreflexivos métodos, desencadenaron un horror que después no han podido refrenar. La historia hará a los generales españoles cinco cargos principales:

1. Los desórdenes que afligieron a España desde el 16 de febrero al 17 de julio de 1936 no justificaron en modo alguno la guerra civil, con su exorbitante coste en vidas humanas y propiedades.

2. De la misma forma que la derecha española se equivocó en sus juicios sobre el pueblo en las elecciones de febrero, los generales erraron en los suyos con respecto al temperamento de aquél al planear y llevar a cabo su sublevación. Esos preparativos fueron imperfectos y no preveyeron las consecuencias del fracaso del pronunciamiento.

3. Cuando el pronunciamiento fracasó, los generales pidieron inmediata ayuda a Hitler, Mussolini y Salazar, con el resultado consiguiente de provocar una guerra europea. Al no tener éxito la sublevación en la Península, el primer pensamiento de los generales fue recurrir a elementos totalmente ajenos a la vida política española, las guarniciones de África. En Navarra, una de las pocas regiones en las que el alzamiento suscitaba un verdadero entusiasmo, decía en julio el general Mola: «… el no poder pasar las tropas de África nos coloca en un trance muy difícil y delicado».[369] Moscardó y Queipo contaban con los moros. Pero la «traición» de los marineros impedía al ejército de África el paso del Estrecho. Entonces los generales pidieron la ayuda de elementos extraños a la vida política española, los nazis y los fascistas, para facilitar la travesía del ejército de África. Ningún general pensó en recurrir al pueblo español.

4. Faltos de apoyo popular, los generales, sistemática y fríamente, asesinaron a todos los miembros de la oposición, para limpiar su retaguardia y eliminar el liberalismo de la vida española[370]. Los generales, desde los primeros días de la guerra, estaban dispuestos a matar a media España para alcanzar la victoria. Iribarren cita las palabras de Mola del 31 de julio de 1936: «¿Parlamentar? ¡Jamás! Esta guerra tiene que terminar con el exterminio de los enemigos de España». Y cuando Jay Allen entrevistó a Franco en los primeros días de la guerra, este rechazó toda idea de compromiso y afirmó su determinación de fusilar a media España si fuera necesario.

Hay un quinto cargo, pero para exponerlo debemos antes hacer una digresión. Serrano Súñer, en *Entre Hendaya y Gibraltar*, libro que merece ser releído hoy, escribe acerca de su papel en el fascismo español, justificándose: «Que yo pensara con alegría en una coyuntura que devolviera a mi patria su plenitud geográfica y le permitiera recobrar su rango de otro tiempo y tener la consiguiente presencia en las cuestiones del mundo, es cosa muy cierta que no he de negar. ¿Y a quién podrá extrañar? Y aún diré más: ¿es que habrá un solo patriota inglés, americano, francés o ruso, que situado en la vertiente del patriotismo español no entienda esto? ¿O será, acaso, que el patriotismo es sentimiento que el mundo prohíba al hombre español?»[371]

Es esta una franca confesión de las aspiraciones imperialistas del fascismo español, del falangismo. Serrano Súñer da por supuesto que un patriota está siempre a favor de la expansión territorial de su país. Quién podría afirmar que España no tiene los mismos derechos morales a poseer colonias que cualquier otra nación? La cuestión es obvia hoy: los tiene algún Estado? Pero los afanes imperialistas de Serrano Súñer y de la Falange no se realizaron. Por qué? Cuando acabó la guerra civil, España estaba gobernada por un régimen totalitario y represivo, con un programa fascista: la reconquista del Imperio español. Si la guerra civil hubiese terminado en 1936 y no en marzo de 1939, si Franco hubiera recibido de la República una economía en marcha, un Banco de España repleto de reservas de oro, el sueño del imperio no hubiera parecido así tan lejano. Pero el país que Franco había conquistado en 1939 se hallaba completamente asolado. El caudillo y la Falange necesitaban tiempo para reconstruir la economía; iban a transcurrir solamente cinco meses antes del estallido de la segunda guerra mundial, guerra que Serrano Súñer llamaba «inoportuna»[372]. E inoportuna fue, realmente, para la Falange. Se había presentado la gran y única ocasión de participar en la redistribución de Europa y de sus colonias y España no estaba todavía preparada para intervenir.

Serrano Súñer escribe: «De lo más hondo de las intenciones del Movimiento Nacional subía una exigencia: elevar el nivel de España en el

mundo»[373],y habla de «… nuestro lógico programa de fortalecer la potencia nacional para hacernos escuchar y entender y, en último extremo, para hacernos sitio entre las potencias europeas»[374], añadiendo que «también para esto hubiera sido necesario la paz».[375] Pero no hubo tal paz. Serrano Súñer piensa que el único momento en que España podría haber entrado en la segunda guerra mundial fue durante la batalla de Dunkerque. Afirma que España podría haber ocupado entonces el norte de África —con la ayuda alemana—, aislando así la resistencia francesa en las colonias y protectorados, apoyado a Rommel e impedido los desembarcos aliados de 1942[376]. Pero pasó el momento oportuno y, asegura Serrano Súñer a sus lectores, España nunca consideró seriamente la posibilidad de entrar en la guerra en 1940[377]. El memorandum alemán del 8 de agosto de 1940, relativo al ofrecimiento español de abandonar la «no beligerancia». (The Spanish Government and the Axis, Washington, 1946, p. 3-6) y la carta de Franco a Mussolini, del 15 de agosto de 1940, prometiendo ayuda en «la lucha contra el enemigo común» (p. 6-7) parecen estar en contradicción con las afirmaciones de Serrano Súñer. Pero el ministro español sostiene que los ofrecimientos incluidos en esos documentos eran «sólo palabras, planes siempre diferidos, vagas e indeterminadas promesas, condicionadas por factores imposibles y situados en la infinitud del tiempo». (*Entre Hendaya y Gibraltar*, p. 205). También pregunta Serrano Súñer por qué se le reprocha a España su amistad con la Alemania nazi, cuando también la Unión Soviética firmó un pacto con Hitler (p. 207). La respuesta es que quienes han estudiado los sucesos de dicho período piensan que la España falangista era sincera en cuanto a su amistad con la Alemania de Hitler, lo que no era el caso de Rusia. El libro de Serrano Súñer confirma esa opinión, y su autor manifiesta el convencimiento de que algún día el mundo volverá a admirar a Hitler y Mussolini (p. 193-194). Quizá no, pero se hicieron proposiciones a Hitler. Treinta y dos meses de resistencia republicana habían debilitado tanto al país que la empresa era demasiado peligrosa para Franco, hombre supercauteloso: «No nos convenía la guerra entonces, en primer lugar porque España, cansada, arruinada, mal preparada, no apetecía aventuras bélicas». Y: «En resumen, a España no le convenía la guerra y nadie aquí la deseaba, porque es precio demasiado caro para bienes improbables».[378]

Pero el fin del fascismo español llegó cuando los aliados desembarcaron en el norte de África sin resistencia falangista: en ese mismo momento renunció para siempre a sus reclamaciones, a Marruecos, a Argelia, a Túnez y al Imperio.

En una aventura fascista aparecen dos fases bien delimitadas: primero, la conquista del Estado y, después, la conquista del Imperio. Al acabar la guerra civil, los falangistas habían conseguido implantar su Estado totalitario: partido único, ordenación de la vida civil, sindicatos verticales, censura intelectual, economía controlada. Este Estado no era un fin en sí mismo; toda su estructura no era sino el trampolín hacia el Imperio. Pero la gran esperanza se desvaneció en la mañana del 8 de noviembre de 1942. Sin embargo, el Estado represivo continúa en pie, sin posible justificación política alguna, desde hace más de veinte años.

La acusación final que la historia hará a los generales españoles y sus partidarios es éste:

5. Los generales crearon un gobierno totalitario en España como una base militar y política desde la cual organizar la marcha hacia el Imperio. La aventura imperialista fue abandonada. El represivo y anticuado gobierno totalitario fue, a pesar de ello, mantenido, causando un daño irremediable a la economía y a la industria de España, así como a su desarrollo político y a su vitalidad intelectual.

Estas serán las acusaciones de que tendrán que responder Franco y sus colaboradores ante la historia, y ante la trágica importancia de las mismas, la leyenda de Luis Moscardó, verdadera, verdadera a medias o falsa, contará poco.

# «El mito de la revolución igualitaria» y «En medio de los anarquistas»

## Las confusiones de Calvo Serer aumentan

Hemos estudiado ya cuatro de las clasificaciones de Calvo Serer. La primera, «La generación perdida», es de tipo literario y trata de tres novelistas. La segunda, «Las brigadas internacionales», a la que ha sido añadida para mayor claridad la novena, «Combatientes (extranjeros) con Franco», es de tipo histórico-político y se ocupa de diez escritores que lucharon en España. La tercera clasificación, «Escritores soviéticos», atiende a la geografía política y trata de dos corresponsales de guerra. La falta de sistema que supone esta clasificación está puesta de manifiesto por el hecho de que cada categoría se interfiere y confunde con las demás. Pero a pesar de todo, el lector sabe qué es un «escritor soviético», un miembro de las «Brigadas Internacionales»; puede identificar un «combatiente [extranjero] con Franco» y hasta le dice algo lo de «la generación perdida», aunque no exactamente lo que cree Calvo Serer. Pero con la cuarta y la quinta categorías entramos en el reino de lo incomprensible; la primera de ellas se titula «El mito de la revolución igualitaria»[379] y la segunda «En medio de los anarquistas».[380]

En el texto de su libro, Calvo Serer informa de que en aquella primera categoría intenta hacer un estudio de «la literatura cuyo tema central es la revolución llevada a cabo por los anarquistas en Barcelona»,[381] y en la segunda el de las obras de aquellos quienes vivieron entre los anarquistas[382] durante la guerra civil española. «Entre los anarquistas

vivió asimismo su experiencia española Simone Weil». Pero, en contra de lo que pretende Calvo Serer, Orwell nunca estuvo con los anarquistas durante su estancia en España. En las dos categorías se clasifica pues, poco más o menos, la misma cosa. ¿Por qué dedica Calvo Serer dos de sus doce capítulos al problema de los anarquistas en Barcelona? Esta pregunta es todavía más necesaria cuando el lector constata que sólo uno de los cuatro escritores que menciona Calvo Serer en el texto que sigue a estos encabezamientos trató el tema con cierta extensión. La respuesta es que probablemente Calvo Serer, en su afán de completar su visión de los horrores republicanos, ha querido hablar tanto de los anarquistas como de los comunistas. Esto explicaría la orientación general de estas dos divisiones. Calvo Serer ha encontrado los detalles necesarios para ilustrar estos capítulos hojeando el libro de Garosci.

**Rosselli y Kaminski**

En «el mito de la revolución igualitaria», Calvo Serer presenta dos escritores: Rosselli y Kaminski. Carlo Rosselli era una figura importante entre los antifascistas italianos refugiados en Francia, un socialista no dogmático que luchó en España durante los primeros meses de la guerra. En 1938, publicó en Francia un libro de 150 páginas en italiano cuyo tema central no era «la revolución llevada a cabo por los anarquistas en Barcelona» sino lo que indica el propio título, *Oggi in Spagna, domani in Italia*[383] (Hoy en España, mañana en Italia). Rosselli luchó con los anarquistas: «Los admiro. Los anarquistas catalanes son simplemente una de las vanguardias heroicas de la revolución occidental». (*Giustizia e liberta*, 6 noviembre de 1936). El mismo año de su publicación Carlo Rosselli y su hermano fueron matados por miembros de la C. S. A. R. francesa *(La Cagoule)*, de mutuo acuerdo con la policía fascista italiana. [384]. Es sencillamente imposible que este libro tan poco conocido ejerciese alguna influencia en la opinión mundial sobre la guerra civil, fueran cuales fuesen sus méritos intrínsecos. El otro escritor a que se refiere Calvo Serer en esta sección, Hans Erich Kaminski, según Garosci[385], era alemán, pero

Carlo Doglio, autor de un prólogo a la edición italiana de su obra, afirma que era de «origen meridional»[386]. Se trataba de un autor con «fuertes inclinaciones socialdemócratas»[387] que, antes de visitar España durante los primeros meses de la guerra civil, ya preparaba en francés un libro sobre Bakunin. La obra que resultó de su viaje a España, *Ceux de Barcelone*[388], se publicó en París en 1937, y en Italia después de la segunda guerra mundial, en 1950. No volvió a escribir nada sobre el tema y según Doglio «desapareció» durante la invasión de Francia[389]. *Ceux de Barcelone* sí puede ser incluido en «la literatura cuyo tema central es la revolución llevada a cabo por los anarquistas en Barcelona», pero, como en el caso de la obra de Rosselli, es difícil creer que, según pretende Calvo Serer, este libro de difusión relativamente limitada pueda considerarse como uno de los que «influyeron» en la formación de la opinión pública en lo que respecta a la guerra civil.

Hemos expresado ya nuestra opinión de que éste y el siguiente capítulo representan el esfuerzo de Calvo Serer por introducir a los anarquistas en su disertación. Pero, ¿por qué este enigmático título de «El mito de la revolución igualitaria» y por qué estos dos escritores? Ya que sabemos que el libro de Garosci es la biblia de Calvo Serer (o por lo menos su Antiguo Testamento, y en este caso el Nuevo sería la obra de Rühle), consultemos al crítico italiano. Refiriéndose a Kaminski, Garosci escribe lo siguiente: «… pero la esperanza de una sociedad igualitaria… el mito de Barcelona… entre estos difusores de la historia, pero también de la revolución catalana, encontramos… a Hans Erich Kaminski».[390]

Así encontramos en el único párrafo que dedica Garosci a la crítica del libro de este autor las palabras «mito», «igualitaria» y «revolución». ¿Puede caber aún alguna duda de que fue allí donde encontró Calvo Serer el impreciso título de su capitulo? Pero no fue sólo esto lo que tomó de Garosci, sino cuantas ideas expone sobre Kaminski y que presenta a sus lectores como propias. Por ejemplo, el autor italiano dice: «… Kaminski es una extraña mezcolanza de ingenuidades… junto a las páginas que parecen arrancadas de tantos viajes al "paraíso soviético" con el que el de los anarquistas catalanes tiene más de un parecido a pesar de sus diferencias,

nos narra escenas realistas como aquellas que se refieren a las sesiones del tribunal popular».[391].

Y Calvo Serer repite:«Kaminski, mezcla de ingenuidad, similar a la de los relatos idealizados del "paraíso soviético", y de realismo, como en la descripción de los tribunales populares».[392]

Calvo Serer, en vez de acudir a la obra de Carlo Rosselli directamente, prefiere recoger las afirmaciones que sobre él hace Garosci. Este escribe: «Rosselli, en el fondo de la lucha antifascista española, veía el conflicto como un episodio de la gigantesca batalla de la coalición antifascista, del cual Italia era un aspecto, el aspecto originario, y la lucha de los antifascistas italianos una fase».[393]

y Calvo Serer repite:«… los escritores italianos, en los que la consideración de la lucha española se hace inseparable de la propria política italiana…».[394]

Cuando Garosci escribe: … «el resultado de la desesperada tensión que supone el exilio, de la experiencia del conflicto de Abisinia y de la inutilidad de los esfuerzos para transformar sentimientos difusos en realidades diplomáticas; una extrema desesperación…».[395]

Calvo Serer afirma igualmente: «Roselli escribía bajo la desesperación del fracaso diplomático que no fue capaz de impedir la guerra de Abisinia…».[396]

Y cuando Garosci opina:«No eran las sugestiones de los éxitos anarquistas, que Rosselli encomió en un artículo con un ímpetu quizás mayor que el de un Kaminski o de un Orwell, las que hacían cambiar su posición fundamental; era la conciencia de que la revolución proletaria podía presentarse bajo muchas formas y hubiese sido antifascista y liberal si el antifascismo le hubiese permanecido fiel».[397].

Calvo Serer opina también:«Rosselli defiende a los anarquistas con más valor que lo hacen Kaminski y Orwell, aunque la preocupación antifascista le hace simpatizar con todos los componentes de la coalición, cuyo mantenimiento considera fundamental».[398]

Y, finalmente, cuando Garosci concluye:«Rosselli se sustraía a la antítesis entre guerra o revolución…».[399]

Calvo Serer concluye también:«Rosselli no acepta la antítesis guerra o revolución».[400]

Así pues, hemos visto que Calvo Serer no sólo encuentra en Garosci la inspiración para el vago título de su capítulo, sino que también todas sus afirmaciones sobre Kaminski o Rosselli proceden de la misma fuente, hasta la idea de asociar a dos escritores que tienen tan poco en común si se exceptúa su interés por España.

## George Orwell

Igualmente confusa es la quinta clasificación de Calvo Serer, «En medio de los anarquistas» en la que presenta a George Orwell y Simone Weil. Evidentemente, intenta en él discutir las obras de los escritores que vivieron durante la guerra en el ambiente anarquista. Es pues extraño que no incluya en él a Kaminski mejor que a Orwell o Weil. El primero era indudablemente un anarquista de corazón (si es que puede encajársele en alguna categoría), pero durante la guerra estuvo al lado del POUM y no de la CNT. Por su parte, Simone Weil, aunque pasó algunos días con los anarquistas, no publicó durante toda su vida una sola línea sobre la guerra de España. Lo poco que apareció sobre este tema a su muerte no pudo ejercer la más mínima influencia sobre la opinión mundial. Orwell debería haber sido colocado entre los que combatieron por la República y la obra de Simone Weil citada a pie de página, como una curiosidad.

George Orwell escribió un libro sobre la guerra de España, *Homage to Catalonia*[401], que fue publicado en Inglaterra en 1938. Su línea política era antifranquista y pro-POUM[402]; lo primero era una actitud bien vista; lo segundo, no. Es muy difícil definir exactamente las ideas políticas de Orwell. Por encima de todo, lo que quería era ganar la guerra: «Pero, por último, la guerra se podría ganar incluso si se perdía la revolución». «Me gustaría ver ganada esta guerra por cualquier medio». «Puedo decir que

ahora valoro más al gobierno de Negrín que cuando llegó al Ministerio». Era un antifranquista consecuente: «Independientemente de los errores que pudiera cometer un gobierno de posguerra, el régimen franquista sería, sin lugar a dudas, el peor». Orwell se encontraba al lado del POUM por dos razones: estaba en relación con el Independent Labor Party en Inglaterra, quien mantenía relaciones con el POUM, y la casa editorial de Secker y Warburg que representaba, estaba también en la línea de los marxistas disidentes. Orwell, mas tarde, en 1953 escribe respecto al desenlace de la guerra de España: «La verdad sobre la guerra de España es bastante simple: la burguesía española vio llegado el momento de aplastar el movimiento obrero español, y lo aprovechó, ayudada por los nazis y por las fuerzas reaccionarias de todo el mundo; es dudoso que pueda probarse un día algo más que esto» (…) «Pero el panorama general de la guerra que presentó al mundo el gobierno español no era contrario a la verdad. Los problemas fundamentales fueron los que planteó el Gobierno. Pero para los fascistas y quienes les apoyaban, ¿cómo podían acercarse tanto a la verdad? ¿Cómo podían hablar de sus verdaderos objetivos? Su versión de la guerra era pura fantasía y, en las circunstancias, no podían haber sido de otro modo».

En la fecha de la publicación del libro, Orwell no era todavía conocido y su obra recibió escasa atención; se convirtió en un autor famoso después de la aparición de *Rebelión en la granja* y *1984*, obras que consideran la mayor parte de los críticos capitalistas inspiradas en el ambiente de un Estado soviético. En realidad, Orwell era más profundamente revolucionario que la mayoría de los agentes soviéticos y debió parecerle grotesco el hecho de verse convertido en el «niño mimado» de la burguesía. Como pone de manifiesto su libro sobre España, rechaza todos los aspectos de la organización del Estado moderno, capitalista o comunista. Se apartó del Partido Comunista porque éste había sofocado la revolución de Barcelona. En su libro expresa su desencanto ante el hecho de que la catedral de la capital catalana, cuya arquitectura le disgustaba, no hubiese sido quemada como lo fueron tantas iglesias de la ciudad[403].

*Homenaje a Cataluña* apareció en Italia diez años después de haber sido publicado en Inglaterra[404]. No se editó en América hasta 1952[405], dos años después de la muerte de su autor; en Francia se imprimió solamente en

1955[406]]. Aunque la revista *Time*[407] lo aclamó como el mejor libro aparecido hasta entonces sobre la guerra de España, es muy probable que si Orwell no hubiese publicado las dos obras que le dieron celebridad, *Homage to Catalonia* no hubiese cruzado jamás el Atlántico y, posiblemente, ni siquiera el Canal. El libro, claro está, no ha aparecido en España, y Calvo Serer demuestra no haber leído una sola línea de él. La mayoría de su información sobre tal obra procede del libro de Garosci: juicios de segunda mano de un crítico también de segunda mano. Pero si Garosci dedica páginas y páginas de su trabajo a estudiar Orwell y su obra, lo hace para examinar la influencia de la guerra civil en el autor como intelectual; por el contrario. Calvo Serer pretende investigar la influencia de Orwell, como escritor, en la opinión pública mundial sobre dos temas: la visión de la guerra civil en general y la visión del ambiente anarquista de Barcelona en particular. ¿Podría considerarse el libro de George Orwell, teniendo en cuenta su reducida circulación original y lo tardío de sus traducciones, como obra realmente influyente en la opinión internacional sobre la guerra de España? Quizá esta pregunta pudiera obtener una respuesta afirmativa, pero desde luego *Homenaje a Cataluña* no proporciona una visión específica del ambiente anarquista de la capital catalana.

**Simone Weil**

Calvo Serer clasifica en el mismo apartado que Orwell a la mística francesa Simone Weil; su nombre es, de todos los que cita el crítico español, el que menos derecho tiene a aparecer en su trabajo. Sus escritos sobre la guerra de España son escasos y su circulación demasiado reducida para que puedan haber ejercido algún influjo en la opinión pública mundial. En sus *Écrits historiques et politiques*, publicados en París en 1960, sólo dedica España a 16 páginas de las 413 del volumen: ocho de ellas consisten en entradas de su diario (notas nunca revisadas) escritas durante su visita a España en agosto y septiembre de 1936; unos párrafos (en total una página) redactados en aquel mismo año; unas cortas «Réflexions pour déplaire»

(dos páginas), que generalmente son también fechadas en 1936, y una carta[408] dirigida a Bernanos en 1938, poco después de haber leído la autora *Les grands cimetières sous la Lune*[409]. Esta carta es la única parte de su obra sobre España que reviste cierta importancia; Bernanos nunca respondió a ella y a su muerte fue encontrada entre sus papeles.

Sería absolutamente absurdo pretender que esta casi desconocida carta o cualquier otro trabajo de Simone Weil sobre la guerra de España hubiese causado influencia alguna en la visión del mundo sobre el conflicto. ¿Por qué lo hace entonces Clavo Serer? Sin duda por ignorancia más que por cualquier otra cosa. Pero también porque, como demuestra la lectura del libro de Marrero, el más rudo golpe que sufrieron los clericales españoles fue el que representó el abandono de los intelectuales católicos franceses: Mauriac, Maritain y Bernanos. Calvo Serer utiliza su referencia a Simone Weil para intentar contraatacar con ella al libro de Bernanos. De la misma forma que el crítico español encuentra el material necesario para escribir sobre Kaminski, Rosselli y Orwell en la obra de Garosci, acude a ésta también en el caso de la mística francesa. El autor italiano coloca a Simone Weil al final de su capítulo sobre Bernanos, no cometiendo así el error de Calvo Serer de presentar a la escritora como alguien influyente en la opinión sobre la guerra civil. Garosci ha leído a Simone Weil.

Calvo Serer afirma:«Simone Weil le escribió [a Bernanos] exponiéndole la honda preocupación que sentía por el endurecimiento de conciencia que significaba la aceptación casi general del terrorismo existente en la zona "roja". El testimonio de Simone Weil contra los rojos es tan duro en su sobriedad como lo es la exaltación de Bernanos contra los nacionales».[410]

En realidad, la lectura de la carta de la escritora francesa es suficiente para demostrar que ésta condena a los dos bandos de la guerra civil (y en general a la humanidad entera):«He llegado a creer que, desde el momento en que las autoridades temporales y espirituales han determinado la existencia de una categoría de seres humanos cuya vida no vale nada, no hay nada más natural para el hombre que matar. Cuando se sabe que se puede hacerlo sin arriesgarse a recibir castigos ni reproches, se mata o al menos se rodea de sonrisas alentadoras a las que lo hacen».[411]

Sin duda alguna, cuando Simone Weil alude a las «autoridades espirituales» está pensando en los eclesiásticos políticos de Bernanos, como piensa también en ellos cuando habla de aquellos que «rodean de sonrisas alentadoras» a los que matan. Al escribir a Bernanos: «Que yo sepa, no puedo citar a nadie, excepto a usted, que se haya bañado en el ambiente de la guerra española y haya salido incólume» [412], condenaba a los militantes de ambos lados, pero, sin duda, tanto para la mística Simone Weil como para el creyente Bernanos era mucho más sorprendente el hecho de que un sacerdote se manchase las manos de sangre que el que lo hiciera, por ejemplo, Buenaventura Durruti. Aunque no pueda decirse que la carta de Simone Weil haya ejercido una gran influencia a causa de su poca circulación, es un documento de gran interés. La autora quedó profundamente impresionada por la violencia de que fue testigo en la retaguardia de las filas republicanas; temió que los crímenes diarios se convirtieran en algo natural, parte habitual de la vida cotidiana. El hecho más extraordinario de las experiencias españolas de Simone Weil es que se horrorizaba ante el posible resultado de las interminables matanzas, es decir, un endurecimiento de las conciencias, en el mismo momento en que muchos miembros del clero español mostraban su entusiasmo aceptando la matanza del enemigo como aspecto permanente de la vida.

Sabemos que los jefes republicanos condenaban la violencia de sus partidarios y que, finalmente, lograron someterlos a cierto control. Y sabemos también por el testimonio de Bernanos y el de muchos otros que, por el contrario, en la España de Franco tanto durante la guerra como muchos años después de ella el matar a los enemigos era una acción que contaba con la aprobación y simpatía de los dirigentes. Como escribió Simone Weil a Bernanos, desde el momento en que las autoridades temporales y espirituales admitían que la vida de ciertos hombres no tenía valor alguno, matarlos era natural. Desgraciadamente para los que perdieron la guerra, las autoridades franquistas incluyeron en esta despreciable categoría a miles y miles d e españoles cuya ejecución «legalizaba» un tribunal militar. Los partidarios de Franco descargaban su conciencia en la justicia militar. Calvo Serer escribió:«Brasillach considera la imagen que de Mallorca dio Bernanos —el anarquista cristiano— durante los primeros

meses del alzamiento como excepcional o exagerada. Porque de ningún modo se podían equiparar los consejos de guerra de la zona nacional con el terror de las milicias de la zona roja».[413].

En cierto sentido, el crítico tiene razón: había una diferencia entre el terror «rojo» y el terror «blanco». Las matanzas de este último eran, además de mucho más numerosas, bendecidas y disculpadas por la Iglesia. No se elevó contra ellas la voz de protesta de un solo falangista, requeté, general franquista, sacerdote, abad mitrado, obispo, cardenal o nuncio. No es extraño, pues, suponer que los temores de Simone Weil se habían realizado y que estas buenas gentes dormían en paz, con la conciencia endurecida, mientras los disparos de los fusiles resonaban en la madrugada, día tras día.

# Los comunistas que dejaron de serlo

## De Crossman a Rühle y a Calvo Serer

Este capítulo del libro de Calvo Serer[414] constituye un excelente ejemplo de la clasificacih política utilizada por el critico español. Cita tres escritores: Arthur Koestler, Louis Fischer y Stephen Spender. Es evidente que el último debería ser colocado entre los poetas y los primeros entre los periodistas. No es difícil descubrir la fuente que ha inspirado este capítulo de su libro, construido, en su mayor parte, con material ajeno. En 1950, Richard Crossman, diputado laborista inglés, editó un trabajo[415] en que se contenían las palinodias de seis antiguos comunistas o simpatizantes del partido: Louis Fischer, Stephen Spender, André Gide, Ignazio Silone, Arthur Koestler y Richard Wright. Tres de ellos tuvieron relación directa con la guerra de España. Aunque Calvo Serer, naturalmente, no menciona el libro de Crossman, es evidente que ha inspirado en él su clasificación política. Y esto sin siquiera haberlo leído; casi todo lo que escribe sobre Koestler, Fischer y Spender está tomado de la crítica que de la obra de Richard Crossman hizo Jürgen Rühle. Calvo Serer continúa desdeñando las fuentes originales.

## Tres escritores

Los tres escritores citados contribuyeron de manera importante a moldear la idea que se había de tener en los países de opinión pública libre sobre la guerra de España, pero nadie podría pensarlo leyendo a Calvo Serer. Este

no cita ni un solo libro, artículo o poema de ninguno de ellos, a pesar de que su libro, si nos atenemos al título, se refiere a «la literatura universal sobre la guerra de España». Spender escribió algunos excelentes poemas[416] sobre tal asunto y redactó, junto con John Lehmann, un volumen de Poems for Spain[417] que apareció en Londres en 1939. En su autobiografía World within World[418], lo mismo que en su contribución al libro de Crossman[419], describe sus experiencias españolas. Rühle escribe: «Logró salvar al joven amigo pero los comunistas ingleses de las Brigadas Internacionales le acusaron de haberse pasado al enemigo».[420]

Y Calvo Serer repite: «Cuando Spender quiso ayudar a estos compatriotas desilusionados, los comunistas ingleses de las Brigadas dijeron que se había pasado al enemigo».[421]

En los comentarios de Calvo Serer sobre Spender no hay indicio alguno que permita suponer que haya leído nada de lo que escribió el poeta inglés.

La segunda de las figuras arrepentidas que presenta Calvo Serer es Louis Fischer. Era éste uno de los más influyentes periodistas americanos en los días en que estalló ¡a guerra civil española y sus artículos en *The Nation* eran leídos, con estima y atención, en muchos países. Su folleto *The War in Spain*[422] se publicó en los Estados Unidos, en Inglaterra[423] (con un prólogo de Atlee), en Francia (donde aparecieron por lo menos dos ediciones, una en francés[424] y otra en alemán[425] y en Argentina[426]. En su autobiografía *Men and Politics*[427] publicada en Estados Unidos e Inglaterra[428] en 1941, narra detalladamente sus actividades durante los años de la guerra civil, en la que intervino como propagandista de la República. En su aportación al libro de Crossman hace también algunas referencias a este periodo de su vida[429].

El tercero, Arthur Koestler, era un periodista húngaro emigrado que fue enviado a la España de Franco por la Komintern en las primeras semanas de la guerra; a su vuelta publicó en París, a principios de 1937, un libro sobre la misma que apareció primero en alemán, Menschenopfer unerhört[430], y más tarde en francés, L'Espagne ensanglantée[431]. Koestler volvió de nuevo a España como periodista, esta vez a la zona republicana, siendo

capturado por los italo-españoles durante la toma de Málaga y condenado a muerte por un tribunal franquista. El gobierno inglés consiguió su libertad —trabajaba nominalmente para el London News-Chronicle— organizando su intercambio por la esposa del aviador franquista Carlos de Haya[432]

Una vez en Inglaterra, Koestler publicó un nuevo libro a fines de 1937, prologado por la duquesa de Atholl, *Spanish Testament*[433] que tuvo un éxito completo; el *Left Book Club* imprimió otra edición del mismo[434]. Spanish Testament tal como apareció en Inglaterra constaba en realidad de dos libros; la primera parte fue sacada del volumen publicado en París a comienzos de 1937[435]; la segunda, basada sobre las experiencias de Koestler en las cárceles españolas, se titulaba *Dialogue with Death*. En 1938 apareció en Zurich una edición de la segunda parte en lengua alemana bajo el título Ein spanisches Testament[436] y poco después de estallar la segunda guerra mundial se publicaba en París la edición francesa del mismo, Un testament espagnol[437]. La edición suiza comprendía el prólogo de la duquesa de Atholl, que fue suprimido en la francesa y no se ha publicado de nuevo. En 1942, y con el título *Dialogue with Death*, se reimprimió en Inglaterra la segunda parte del Spanish Testament, esta vez en la colección Penguin[438]. Sólo cuando Koestler se había convertido ya en el famoso anticomunista autor de Darkness at Noon (El cero y el infinito) fue publicado su libro en Estados Unidos, o por lo menos la mitad de él[439]. En esta misma forma apareció en Italia en 1947[440].

El destino de esta obra es muy parecido al que corrió la que escribió Orwell sobre la guerra de España. No se publicó en Estados Unidos, país en que la opinión pública es tan importante, hasta que el escritor inglés fue lo suficientemente conocido, y esto sin que la cubierta de la edición o el título indicasen que el contenido tuviera algo que ver con España. Hay razones suficientes para dudar que *Dialogue with Death* se hubiera publicado alguna vez en Nueva York si Koestler no hubiese sido también el autor de otros tres célebres libros, todos ellos posteriores al citado. Otros libros ingleses sobre la guerra civil española, más informativos que los del excomunista, nunca aparecieron en América; por ejemplo: *Tree of Guernica*, de Steer[441]; The Civil War in Spain, de Jellinek y *The Spanish*

*Cockpit*, de Borkenau[442]. Koestler se refiere también al tiempo pasado en España en su autobiografía, The Invisible Writing[443], así como su aportación a la antología de Crossman [444] La mayor parte de la crítica que Calvo Serer hace sobre Koestler está extraída del libro de Rühle[445].

## Otra falsa conclusión de Calvo Serer

No hay razón alguna para contradecir la afirmación de Calvo Serer de que Spender, Koestler y Fischer influyeron de manera importante sobre la opinión pública en relación con la guerra de España. Efectivamente, así fue. Pero si la hay para criticar la clasificación que de estos escritores hace y el fin a que va ella dirigida. Lo que pretende Calvo Serer con este capítulo de su libro es convencer a sus lectores de que la sublevación de Franco fue una Cruzada anticomunista. Subraya que los tres autores citados eran procomunistas durante la guerra y por lo tanto, partidarios de la República. Renunciaron después a sus ideas comunistas, *ergo* renunciaron también a sus simpatías por la República Española. Calvo Serer no posee ningún argumento para ello, ni en el caso de Spender, ni en el de Fischer, ni en el de Koestler.

## Stephen Spender y la República española

Calvo Serer cita a Spender (en realidad cita el libro de Rühle, tomado a su vez de Crossman), cuando dice: «Los mejores libros de la guerra —los de Malraux, Hemingway, Koestler y Orwell— describen la tragedia española desde el punto de vista liberal y constituyen un testimonio contra los comunistas».[446]

No estoy completamente de acuerdo con la afirmación de Spender, pero es difícil comprender por qué se complace tanto en ella Calvo Serer. Los libros aludidos no son, ciertamente, un «testimonio» en favor de Franco. Aun retorciéndolos a su manera, no puede lograr hacer sinónimo «el punto de vista liberal» con «pro-Franco», ni puede hallar en la obra de Spender

una sola palabra que indique que el poeta haya lamentado nunca haber defendido a la República Española durante la guerra o después de ella. En el mismo párrafo de Spender de que toma su cita Calvo Serer, dice aquél:«Incluso los comunistas reconocieron que lo que hizo de España una acción y un símbolo en este siglo, tan importante como 1848 en el pasado, era el simple hecho de que la República no era comunista».[447]

En su autobiografía *World within World*, aparecida en 1951, Spender especifica que: «la llamada que escuchamos no fue tan absurda como puede parecer a una generación posterior»[448], e insistiendo en que si se hubiesen tomado las medidas necesarias: «la República Española podía haber sido salvada», [449] concluyendo de la siguiente forma:«El impulso que nos llevó a la acción no fue un error. Pero es posible que esa misma acción, no fuese, exactamente, la apropiada. Fue, en su mayor parte, la de unas personas divididas entre su conciencia artística y su conciencia política e incapaces de unir ambas. Pienso ahora que lo que hubiera debido hacer era o volcarme totalmente en la acción política o rehusando el desgaste de la mitad de mis energías en la política, haber llevado a cabo, dentro de mi solitario trabajo creador, una agonizante, violenta y amarga exposición de la postura antifascista».[450]

Cualquiera de las posibles «posturas» de Spender es, antifranquista.

## Louis Fischer y la República española

Calvo Serer escribe:«El pacto de Stalin con Hitler y el reparto de Polonia deshizo el Frente Popular francés y las ilusiones revolucionarias puestas en el comunismo. Malraux rompió entonces con él. La misma decepción sufrió el norteamericano Louis Fischer, entusiasta defensor de los republicanos españoles… La desilusión que tuvo que sufrir Fischer en 1939, como tantos otros escritores revolucionarios fue, pues, muy profunda».[451].

De nuevo pretende Calvo Serer desorientar a sus lectores. No cabe duda posible de la decepción sufrida por Louis Fischer con respecto al

comunismo, incluso antes de 1936, pero esto no quiere decir que perdiera también su confianza en la República española.

Louis Fischer escribió en 1941, después de su ruptura con el comunismo:«La guerra española fue una guerra santa porque fue una guerra por la paz. Fue una guerra santa porque fue una guerra por la libertad. España había sido un país libre. Llegó a ser fascista. Todos aquellos que contribuyeron a la victoria de Franco contribuyeron también al estallido de la segunda guerra mundial. Todos aquellos que contribuyeron a la victoria de Franco contribuyeron a suprimir la democracia».[452]

Y en la misma ocasión escribió a propósito de su intervención en las Brigadas Internacionales:«Dos días después del comienzo del asedio de Madrid, me enrolé en las Brigadas Internacionales. Me siento más orgulloso de esto que de cualquier otra cosa de toda mi vida».[453]

No hay nada en todo esto que pueda servir de consuelo a Calvo Serer.

## Arthur Koestler y la República española

De nuestros tres escritores, Koestler es el único que parece desasosegado por su participación en la guerra española. Calvo Serer, con su característica falta de sinceridad, afirma que: «Después de haber escrito falsamente, por instigación de Münzenberg, sobre las crueldades en la España Nacional, Koestler, dejó de ser comunista…».[454]

Esto no es toda la verdad. Koestler, dice en *The Invisible Writing* que en su primer libro aparecían «algunos párrafos de menor autenticidad debido a sus dudosas o no identificadas fuentes»[455], incluidos en su primer libro publicado en París. Se trataba de material que «Willy *[Münzenberg]* había recibido a través de la organización y que me cedió». Igualmente hace constar sus dudas sobre la autenticidad de las fotografías de los «cuerpos de prisioneros cargados en carros y presuntamente quemados vivos». También: «en *L'Espagne ensanglantée* he acusado al oponente de haber cometido algunas atrocidades aunque dudase de la autenticidad de la documentación que utilicé». Koestler cuenta asimismo que en la cárcel de Sevilla recibió la

visita de un cónsul inglés, quien le preguntó: «Si, sí o no, tenía yo las pruebas de todas las alegaciones contenidas en el libro *L'Espagne ensanglantée*». Koestler respondió: «… humildemente la autenticidad de algunos documentos sobre las atrocidades me parecía dudosa». El cuidado que pone Koestler en comprobar los hechos le honra. Hay que subrayar que las dudas a que se refiere sólo afectan a *Menschenopfer unerhört* y *L'Espagne ensanglantée*, y esto en una parte muy reducida. *Spanish Testament* está fuera de toda duda. En dicho libro Koestler demuestra la falsedad de los argumentos contenidos en el documento franquista, editado en Inglaterra: *A Preliminary Official Report on the Atrocities Committed in Southern Spain in July and August 1936, by the Communist Forces of the Madrid Government*... Ningún cónsul británico puso en duda la respetabilidad de los responsables de esa «documentación»; Calvo Serer, en los párrafos dedicados a Koestler, tampoco menciona la demostración que éste hace de que el «documento» rebelde era poco digno de confianza y basado en rumores. Los métodos de investigación en la España franquista no han cambiado mucho entre 1936 y 1963. Pero no pone en duda el material de *Spanish Testament* aparecido en Londres. Koestler aclara ciertas afirmaciones relativas a la propaganda de la guerra civil y a su situación con respecto a la República en 1954, todo lo cual debería leer Calvo Serer. Por ejemplo:«Si todavía tenía ciertos escrúpulos, fueron acallados pronto por la desvergonzada propaganda franquista. En Inglaterra, en Francia, Franco exhibía la mohosa historia de que los rebeldes se habían sublevado a tiempo de aplastar un alzamiento comunista…».[456]

Orwell tuvo ideas similares respecto a la propaganda franquista: «La única línea de propaganda disponible para los nazis y los fascistas fue presentarse como patriotas cristianos, que estaban salvando a Europa de una dictadura rusa. Esta argumentación tenía la obligación de pretender que la vida en la España republicana era sencillamente una gran masacre. Pero eso era un juego de niños en comparación con la prensa europea continental fascista, que montó una inmensa exageración a la escala de la intervención rusa. De esta gran pirámide de mentiras construida por la prensa católica y reaccionaria de todo el mundo, permítasenos tomar un solo ejemplo: la presencia en España de un ejército ruso. Había piadosos partidarios de

Franco que se creían esta fábula; los cálculos sobre el número de estas fuerzas *[rusas]* llegaron a alcanzar el medio millón de hombres. Pues bien, no había ejército ruso en España. Hubo quizá un puñado pilotos y otros técnicos, como mucho algunos centenares, pero no había un ejército; esos millares de extranjeros que lucharon en España fueron testigos de este hecho. Sin embargo, su testimonio no hizo mella en los propagandistas franquistas, de los cuales ninguno había puesto los pies en la España republicana. Al mismo tiempo, estos franquistas siempre se negaron en redondo a admitir el hecho de la intervención alemana e italiana, al mismo tiempo que la prensa alemana e italiana se vanagloriaba abiertamente de los éxitos de sus legionarios. He decidido citar un solo ejemplo, pero en realidad toda la propaganda fascista sobre la guerra de España fue del mismo matiz».

Y en otra parte del mismo libro de 1954, *The Invisible Writing*, escribe: «Los actos de terror de los nazis, fueron por lo menos, ocultados tras los muros de las cárceles y de los campos de concentración. Pero las matanzas de Badajoz, los bombardeos de Madrid, la muerte de los niños de Getafe, la destrucción de Guernica tuvieron lugar a la vista de todos; ante estos sucesos, las gentes reaccionaron con espontánea convulsión de horror… Una vez más los moros habían llegado hasta los Pirineos, pero ahora como defensores de la Iglesia… Una vez más una horda mercenaria, la Legión Extranjera del Tercio mataba, violaba y saqueaba en nombre de una Santa Cruzada».[457]

Y en otro lugar de la misma obra: «Lo que me asombraba no era solamente la malignidad de la propaganda de Franco, sino también el abismo de ignorancia y estupidez que revelaba».[458]

Calvo Serer sabe que no es posible encontrar en la España de Franco los libros en que Koestler se refiere a la guerra de España. Si pretende actuar como tamiz interpretando tales obras, que lo haga, al menos honradamente o, lo que sería mejor todavía, que exija que la censura franquista sea suprimida de una vez para siempre. Así, el pueblo español y quizá el propio Calvo Serer podrían leer lo que Koestler, Fischer y Spender escribieron sobre la guerra de España.

# El periodo español de la poesía inglesa contemporánea

## Calvo Serer, Marrero y Pujals

El capítulo que Calvo Serer dedica a los poetas que influyeron en la opinión pública mundial sobre la guerra de España, seria más útil si, simplemente, hubiese estudiado y comentado en él, lengua por lengua, país por país, la poesía escrita en favor de un lado u otro. Pero se ha limitado al aspecto ya tratado por el profesor de la Universidad de Madrid, Esteban Pujals, autor de una tesis doctoral en inglés sobre *Spain and Spanish Themes in Modern English Poetry* (España y los temas españoles en la poesía inglesa moderna) [459] y de un librito, *España y la guerra de 1936 en la poesía de Roy Campbell*[460]. Tanto Marrero como Calvo Serer se basan para sus trabajos en los citados estudios, y sus comentarios sobre poesía no española dedicada a la guerra civil no van más allá de los límites que a sí mismo se marcó Pujals, aunque la literatura poética que provocó la contienda los sobrepasan en mucho; en ningún país como en Inglaterra ejerció el tema tal atracción sobre los poetas. John Lehmann compara en *New Writing in Europe* el impacto que representó en la vida intelectual inglesa el conflicto español con el causado por la Revolución francesa[461]. Escribió también: «El inmenso fermento que creó la guerra española en el pensamiento de toda una generación, se muestra claramente, en toda su variedad, en la masa de poesía producida».[462]

## Los escritores y la segunda guerra mundial

Calvo Serer intenta presentar a los poetas ingleses que escribieron en favor de la República Española como desilusionados después de sus experiencias españolas. Indica que Pujals: «Recalca el hecho de que estos poetas que de tal modo se exaltan al referirse a los republicanos españoles se apagaron luego, cuando su propio país fue el que se vio envuelto en la guerra contra el fascismo. ¿Fue la experiencia española la que entibió en los radicales los ideales democráticos? ¿Se hicieron con ella más reflexivos, moderados e inseguros?».[463]

Calvo Serer se encuentra aquí otra vez en terreno inseguro. Evidentemente, no ha leído los libros que comenta; en caso contrario, no hubiera colocado a Ralph Fox, historiador, periodista, teórico político y crítico literario entre los poetas; Fox no escribió nunca una sola poesía[464]. Spender, a pesar de las insinuaciones de Calvo Serer, nunca abandonó, como ya hemos visto, la causa de la República. El único poeta que perdió algo de su entusiasmo fue Auden[465]. Auden estaba lleno de entusiasmo, como lo muestran sus palabras citadas por Thomas: «La lucha en España ha pasado por rayos X las mentiras sobre las que está construida nuestra civilización».

Después de una visita a España se enfrió un tanto su entusiasmo, y Thomas compara su experiencia en España con la de Simone Weil (p. 392). Thomas ha tenido la amabilidad de señalarme que Auden modificó algunas líneas de su poema *Spain* cuando se volvió a publicar, formando parte de *Another Time*, en 1940. El resultado es menos revolucionario, menos «comprometido». Luego, Auden se convirtió en un activo miembro de la Iglesia anglicana.

Que la segunda guerra mundial no produjera una literatura de tan alta calidad como la que suscitó la de España no quiere decir que los poetas ingleses se hubieran desilusionado con sus «ideales democráticos». Garosci entendió esta situación mucho mejor que Calvo Serer y sugiere que los años de la guerra en España habían agotado las energías espirituales de Europa: «El carácter del conflicto que se desarrolló durante tres años ante los ojos

de un mundo que entretanto vivía en una paz cada vez más insegura, era para agotar no solamente las energías políticas, sino también las morales». [466].

Y Garosci concluye que «sólo en momentos de inspiración excepcional la literatura de la última guerra alcanza las alturas de la guerra de España». [467] Maxwell Geismar escribía: «El conjunto de nuestra literatura posterior a la segunda guerra mundial no ofrece un panorama impresionante en una visión retrospectiva: carece de la ira, valentía y protesta que caracterizaban a las novelas de los años veinte».

Calvo Serer habla de «la guerra contra el fascismo». Pero la segunda guerra mundial no era una guerra contra el fascismo. Es cierto que dos de los tres Estados fascistas fueron derrotados, pero el armazón del tercero se mantuvo; si la guerra mundial hubiese tenido ese carácter verdaderamente antifascista, la España de Franco no hubiese sobrevivido, ni siquiera en su forma actual.

A pesar de la pobreza de la lista que Calvo Serer presenta en su capitulo referente a la poesía, un estudio del tema revela que se escribieron una enorme cantidad de poemas sobre la guerra civil, obra tanto de españoles e ingleses como de poetas de muchos otros países. Entre los no españoles, los únicos de importancia que adoptaron una posición pro Franco fueron Paul Claudel y Roy Campbell. Por el contrario, otros muchos apoyaron con sus poemas a la República desde los primeros días de la guerra. El libro ... *and Spain Sings*,[468] publicado en Nueva York en 1937, contiene poemas españoles traducidos por escritores americanos tan conocidos como William Carlos Williams, John Peale Bishop, Edna St. Vincent Millay, Rolfe Humphries, Millen Brand, Muriel Rukeyser y otros. En *Poems for Spain*[469], que apareció en Londres en 1938, se incluían trabajos de veintinueve poetas ingleses, entre ellos Cornford, Spender, Read, Rex Warner, Wintringham, Auden, Day Lewis, Sylvia Townsend Warner y MacNeice. Georges Pillement[470] publicó en París en 1937, con un prólogo de Jean Cassou, una selección de *Romancero general de la guerra de España*[471], editado previamente en Madrid. En Buenos Aires salió a la luz en 1944 otra selección de la misma obra prologada por Alberti[472] y,

finalmente, en 1959 se publicó otra más en Berlín-Oriental, traducida y editada por Horst Lothar Teweleit con el título de *¡No pasarán!*[473]]

El estudio más completo, aparecido hasta la fecha, sobre la poesía de la guerra de España, es el del italiano Dario Puccini, *Romancero della Resistenza spagnola*[474], publicado en Milán en 1960 y en París en 1962[475]. Se mencionan aquí tres de los escritores más conocidos en Hispanoamérica en la época de la guerra civil: Neruda, Vallejo y Nicolás Guillén, todos al lado de la República apasionadamente. En su lista, Calvo Serer no incluye a ningún autor hispanoamericano. Marrero lo intenta, pero el resultado es risible. Por ejemplo: «En Chile nuestra guerra fue seguida con el mismo apasionamiento que en cualquier provincia española… Y, si, por un lado, se agasajaba a Rafael Alberti o la llegada de Margarita Xirgu, por el otro se homenajeaba al hijo del general Fanjul o a falangistas como Samuel Ros…» (p. 600). Sin embargo, Marrero consigue mostrar los dos campos culturales opuestos en su justo valor: por un lado, Alberti y Margarita Xirgu; por el otro, el hijo del gerneral Fanjul y Samuel Ros.

Marrero da el premio de los escritores hispanoamericanos al periodista cubano José I. Rivero, que, según observa acertadamente Marrero, «sin titubeos se colocó junto al levantamiento y junto al general Franco» (p. 599). Rivero tomó la palabra en La Habana, ante 12 000 personas, el 19 de febrero de 1939, en un acto organizado por Falange Española con asistencia de representantes oficiales de la Alemania nazi y de la Italia fascista. Tras de manifestar su contento porque el fracaso inicial del alzamiento en julio de 1936 hubiera permitido la prolongación de la guerra y la extirpación del enemigo, el periodista rindió homenaje a «los dos estadistas de más enjundia del presente siglo, los gloriosos Mussolini e Hitler». Como casi todos los que estaban «junto al general Franco», Rivero estaba también junto a Mussolini e Hitler.

En el *Romancero* se incluyen poemas de los siguientes escritores pro-republicanos no españoles: Aragon, Auden, Borgen, Brecht, Carta, Cornford, Dolmatovski, Ehrenburg, Éluard, Fürnberg, Gelsted, Guillevic, Nicolás Guillén, Halas, Holan, Langston Hughes, Kirsanov, Kotska, Maddow, MacNeice, Neruda, Neumann, Rolfe, Spender, Supervielle, Taggard, Tichonov, Tzara, Vallejo, Weinert, Zapzarov. Esta lista no solo

atestigua la universalidad del interés poético por la causa de la República, sino también la permanencia de la expresión de ese interés. ¿Ha escrito alguien, en cualquier parte del mundo, algún poema en honor de la causa de Franco desde 1939?

## Marrero: crítico de poesía

Marrero, que trata de la poesía sobre la guerra civil más ampliamente que Calvo Serer, incluye algunos breves comentarios sobre la obra de los republicanos durante la guerra y en el exilio, pretendiendo demostrar que la poesía de éstos: «hiende sus raíces en un crudo naturalismo, que pesa en nuestra literatura desde que comenzó la influencia de la generación del 98». [476]. El crítico cita algunos pasajes políticos de los escritos de Machado, Alberti, León Felipe, Bergamín y Hernández que le sorprendieron por su «naturalismo»[477] y afirma que existía en el lado de Franco un tipo de literatura absolutamente distinto: «Encontramos, por lo general, en toda la poesía hecha en la zona nacional en los años de nuestra guerra, un predominio de las Gracias sobre las Furias…»[478] Más, a diferencia de la poesía inspirada por el sector republicano, que tiende a un acusado naturalismo, los poetas que cantan al sector nacional, al contrario, ponen de relieve un encendido sobrenaturalismo. Donde el fenómeno resalta más precisamente es en la poesía de Roy Campbell. Todo en él respira la luz sobrenatural[479].

Como verá más tarde el lector en este mismo capítulo, el hombre que ha escrito estas lineas o es el peor crítico del mundo, o no sabe de qué está hablando.

Marrero se refiere a tres poetas que escribieron en favor de Franco: Claudel, Pemán y Campbell. Ni él ni Calvo Serer dedican mucha atención a Claudel, a quien incluye el segundo entre los escritores católicos partidarios de Franco. Paul Claudel escribió un poema de cien versos titulado *Aux martyrs espagnols*, que apareció como prólogo del libro *La persécution religieuse en Espagne*[480], de Joan Estelrich, antiguo diputado catalán derrotado en las elecciones de 1936, que dirigió en París durante la guerra

civil la edición del semanario propagandístico de Franco, *Occident*[481]. Su nombre no aparece en la edición francesa del libro, ni en la de lengua española publicada en Buenos Aires[482] pero sí en la italiana[483], todas de 1937. El poema de Claudel fue editado —separado del libro de Estelrich— en la Sevilla de Franco el 29 de octubre de 1937 por la Falange[484], traducido por Jorge Guillén. La edición de Buenos Aires presenta una traducción diferente. El poema es ultracatólico, condenando juntamente a Robespierre, Lenin y Calvino y a Voltaire, Renán y Marx; en él, Claudel lamenta la muerte de los once obispos y dieciséis mil sacerdotes asesinados por las masas republicanas. Dios sabe cómo han lamentado también su muerte los dirigentes de éstas. La cifra de dieciséis mil representa el triple de la verdadera, que, por otra parte, era ya lo bastante horrible, casi tanto como el espectáculo que ofrecían las fuerzas de Franco asesinando a decenas de miles de personas en la cruzada, sin que hasta hoy nadie haya pronunciado una sola palabra de sentimiento por ellas, ni siquiera el horrorizado Paul Claudel. Ni Calvo Serer ni Marrero conceden mucha importancia al poema, que se incluyó más tarde en el libro *Poèmes et paroles: durant la guerre de trente ans*[485], que apareció en París en 1945. Entre los otros trabajos de este volumen de Claudel, se encuentran los versos que dedicó al mariscal Petain, al general de Gaulle y a la Cruz de Lorena. El poeta era, simplemente, un defensor de la Iglesia Católica, y sus ideas políticas básicas no estaban muy bien definidas[486]. Claudel no fue amigo de Maurras ni de los nacionalistas franceses. Fue testigo de cargo en el proceso contra Maurras por colaboración, en 1945. Estos autores dicen de Claudel: «Es, como ciudadano, una veleta ejemplar: mariscalista (de Pétain) de tomo y lomo en 1940, y ardiente gaullista en 1944…»[486bis].

Mauriac reprocha a Claudel su «poema franquista», en el que se olvida de la matanza de los curas vascos: «Que también recuerde en la nueva edición de su poema a los sacerdotes y seminaristas deportados después de la toma de Bilbao. Pero como la justicia exige que tampoco nos olvidemos de todas las víctimas inocentes de los bombardeos aéreos, de todos los prisioneros asesinados (durante los primeros meses no se hacían prisioneros), le aconsejaríamos que honrase con una sola estrofa, con un solo verso, a los miles y miles de almas cristianas que los jefes del "Ejército

santo", que los soldados de la "guerra santa" han mandado a la Eternidad». Y añade: «Millares de seres humanos han sido el blanco de los aviadores italianos y alemanes que actuaban fríamente, sin ira, obedeciendo órdenes de un jefe católico del Ejército santo. Es otro tipo de horror que el que le inspira a usted ese hermoso poema, incompleto, *Aux martyrs espagnols*; como si los mártires fuesen de un solo bando, los verdugos de un solo bando…».

José Maria Pemán, escritor católico monárquico, sale mucho mejor parado de la crítica de Marrero que Claudel, a causa de su larga composición épica *Poema de la Bestia y el Ángel*[487], publicado por primera vez en España en 1938, y cuyo tema nos dice que España y su Iglesia están amenazadas por dos fuerzas malignas que proceden del Este: la Sinagoga y la Logia Masónica[488].

En la introducción se define como un poeta «movilizado», escritor «comprometido», con Cellini y Goethe (p. 6-7), y continuando la lectura se comprende que el poeta se considera a sí mismo como una mezcla de Goebbels y Dante, inspirado por el autor del Libro del Apocalipsis.

En el Apocalipsis se habla de los siete candelabros, símbolo de las siete Iglesias. Dios muestra a Pemán el octavo candelabro, la Iglesia de España, y Ir dice que está amenazada por «el viento del este», es decir «la amenaza del Oriente rojo y semítico» (p. 26). El enemigo reviste diferentes aspectos, la bestia, el comunismo, la masonería, la Sinagoga, la Serpiente, la Standard Oil Company; en resumen, la imagen que los nazis y ciertos sectores católicos proponían poco antes de empezar la segunda guerra mundial: la finanza judeo-comunista-capitalista. Hay dos cosas que odia el judío: primeramente, la Cruz y, en segundo lugar, la tierra (puesto que sólo ama el oro) p. 46. El Sabio de Sión maldice la tierra y la Cruz, pero España resiste. La reina Isabel luchó contra la Serpiente, que aplastó la Cruz en el polvo y que crucificó a los niños cristianos. Isabel expulsó a los judíos (p. 67-68). Pero la Bestia no se fue de España. La riqueza del país, Río Tinto, Almadén, estaba en manos de los judíos:

*Sobre la piel de toro, cien narices ganchudas*
*como picos de cuervos, y cien barbas de chivo,*

*planean el reparto*
*de la segunda túnica de Dios. (p. 69).*

Y hay otra riqueza que controlan los rabinos: el petróleo (p. 70). El protomártir, Calvo Sotelo, trata de conseguir petróleo para España, luchando contra el pulpo americano, la Standard Oil, y el leopardo inglés, la Royal Dutch. El poeta dice que Calvo Sotelo fue «el primero en el mundo que se atrevió a luchar, frente a frente, contra los grandes poderes internacionales de la finanza judaica» (p. 66). «Las sinagogas y los sanhedrines condenan por segunda vez al Justo» (p. 72) y Calvo Sotelo es asesinado. Esta alegoría se refiere a la obra de Calvo Sotelo como ministro de Hacienda de Primo de Rivera, cuando creó la CAMPSA, monopolio del Estado para la distribución de los productos petrolíferos. Al parecer, el poeta «movilizado» ignoraba que el capital americano, The Texas Company, proporcionaba a Franco productos petrolíferos a crédito durante la guerra. Esa intervención descarada costó a la Texas Company una multa de 22 000 dólares, lo que no es mucho comparado con los seis millones de dólares que valía el petróleo que vendió a Franco. (Herbert Feis, *The Spanish Story*, Nueva York, 1948, p. 269). El responsable era Thorkild Rieber, conocido por sus simpatías pronazis. Lunn (*Memory to Memory*, p. 141) atribuye el mérito a un tal Mr. Brewster más bien que a Rieber.

Pero la Bestia no contaba con el Héroe, Francisco Franco, que había recibido «los dones de las tres hadas» (p. 79-81).

La primera le ofreció una espada con puño de plata, para conquistar «la tierra, el viento y el sol». La segunda le dio una balanza de plata, para conseguir la fama. La tercera, por último, le trajo «una sonrisa clara y abierta… como una rosa en flor», para alcanzar el «amor». Cuando el Héroe vuela hacia Marruecos, el Aire y las Nubes hablan con el Viento del este; aparecen dos águilas, la romana y la germana; la voz del Angel de España dice «¡Soy el Ángel Custodio del Imperio Español!» (p. 93). «El enemigo infiel, sierpe que ahoga la garganta de España y apretado tiene su cuerpo, es de la sinagoga el oculto poder» (p. 100). Por esa razón, el Arcángel Gabriel abre camino al Moro, que «viene a luchar por Dios» (p. 100). La Bestia, bajo la forma de un auto blindado, pelea con el Ángel, un

joven soldado, aragonés y cristiano, de 16 años (p. 157). La Bestia (auto blindado y dragón) muere.

Después de la victoria, «se exalta la sanidad y firmeza de la economía de la España Azul» (p. 176). «La diosa Alegría» anuncia la unión entre España y la Iglesia. La diosa termina su mensaje «profetizando un nuevo imperio pan España… lleno de sentido humano y espiritual» (p. 182).

El poema de Pemán, en sus grandes líneas, no es sino una transcripción lírica de los *Protocolos de los sabios de Sión*, en versión castellana. Los *Protocolos* eran muy populares en España, en los medios aristocráticos y clericales. La edición más conocida era la traducida por el Duque de la Victoria (6ª. edición. Madrid, 1936). Los falangistas de Valladolid también publicaron una edición. Otra influencia de Pemán era probablemente el libro de Hugo Wast, *Oro*. Wast fue una figura relevante del Congreso Eucarístico de Buenos Aires, en 1934, en donde el cardenal Gomá habló de la *Hispanidad*. *0ro*, novela antisemita, fue alabada en *ABC*, de Madrid, como «una de las novelas más intensas, más alucinantes, y de más agudo efecto de sensaciones que se han escrito en los últimos años». (Contraportada: Hugo Wast: Buenos Aires, futura Babilonia, Buenos Aires, 1935). No hay duda de que en la España de Franco estaba muy de moda ser antisemita, durante la guerra y hasta la derrota de Hitler. (Nota 644. 651).

El autor del *Poema de la bestia y del ángel* era el principal cantor del Movimiento que causó la muerte a García Lorca, Unamuno, Antonio Machado y Miguel Hernández. Marrero cuenta que un día el general Mola dijo al poeta «Usted habla mucho, Pemán». (p. 43). Pero cantidad no quiere decir calidad.

Pero resumiendo, el predilecto de Marrero es Roy Campbell. No es el primer crítico que ha estudiado en España al poeta sudafricano. Pujals, a quien he mencionado anteriormente, escribió en 1959: «Cuando la mayoría de los intelectuales británicos y casi todos los poetas de su generación apoyaban con las armas, la palabra y la pluma a la España roja, el es decidió por la España Nacional. Tengo que añadir aquí que Campbell es el poeta británico que mejor sentía y conocía a España… "Fusil florido"[489] «… es el poema más importante sobre la guerra de España».[490]

David Wright que evidentemente admira a Campbell y alaba su poesía escribe: «Como la mayoría de los poemas políticos de esa época o cualquier otra, *Flowering Rifle* es aburrido, quizá más aburrido que otros poemas, a causa de su enorme extensión (más de 5000 versos), de sus tiradas sin fin y su vituperación salvaje, por las que Campbell, en su aislamiento político y emocional, a menudo parecía perder todo sentido de la proporción».

Por una curiosa coincidencia, Marrero expuso esta elaborada opinión en 1961: «Sin duda es Roy Campbell el poeta extranjero que mejor sentía y comprendía a España y el autor del poema más importante que se ha hecho sobre nuestra guerra… Cuando la mayoría de los intelectuales británicos y casi todos los poetas de su generación defendían con las armas, la palabra y la pluma a la España roja, él se decidía por la España Nacional».[491].

Y Calvo Serer escribió en 1962: «Cuando la mayoría de los intelectuales británicos y casi todos los poetas de su generación apoyaban con las armas, la palabra y la pluma a la España "roja", Campbell aparece solitario defendiendo su ideal…».[492]

Este capítulo, si no otras cosas, al menos prueba que las grandes mentes de la España intelectual de hoy siguen los mismos y estrechos caminos.

## Roy Campbell

¿Quién es éste Roy Campbell, al que Calvo Serer considera uno de los más influyentes sobre la opinión mundial en relación con la guerra de España y que Marrero y Pujals creen autor del «poema más importante» escrito sobre la guerra? Campbell nació y creció en las campiñas sudafricanas. A los diecisiete años marchó a estudiar a Inglaterra y a los veintitrés publicó su primer libro de poemas. No consiguió el éxito y se vio obligado a ganarse la vida ejerciendo en el sur de Francia los oficios que había aprendido en su juventud: pescar y domar caballos. Hacia 1933 se instaló en España, donde él y su mujer se convirtieron al catolicismo. Se hallaba en Toledo cuando

estalló la guerra; se pasó entonces a las líneas rebeldes y, según dice en su autobiografía, luchó con los Requetés en el ejército franquista [493].

Lo que sí es cierto es que la guerra civil española marcó a Roy Campbell para toda su vida. El estudio de su obra muestra cómo sus ideas políticas siguen la curva de su biografía. Desde su juventud en África del Sur, sintió una gran simpatía por los habitantes del campo en contra de los de las ciudades. Odiaba a los judíos y despreciaba a los negros. Fue siempre un colonial a quien disgustaban los ingleses, sobre todo después de su fracaso literario en Londres. Finalmente, su conversión al catolicismo, al catolicismo español, puso filo religioso a sus prejuicios, que aparecen en todo lo que publicó después de 1936: *Mithraic Emblems*[494],su autobiografía *Light on a Dark Horse* y sobre todo en el poema *Flowering Rifle*. Esta última, como todas las composiciones de Campbell sobre la guerra civil, padece las dañinas consecuencias de sus principios racistas y fascistas. Es un largo poema de unos cinco mil versos, escrito en estrofas heroicas, mezcla de panegírico fascista en «argot» y de diatriba antisemita como no hay otro igual en la literatura occidental. Fue escrito antes del Pacto de Munich, publicado por primera vez en 1939 y revisado más tarde, tras la caída de Hitler, apareciendo de nuevo en 1957[495]. No puede considerarse un poema cristiano más que en el limitado aspecto de preconizar la muerte de los enemigos de la verdadera fe, si es que puede llamarse a esto cristianismo. Calvo Serer no hace una crítica especifica de *Flowering Rifle*, sino observaciones generales sobre la poesía de Campbell acerca de la guerra civil.

«La guerra española se refleja en su poesía con una visión que es homogénea con los sentimientos y emociones de la España nacional… Esta visión poética de la guerra que debemos a Campbell nos refleja una realidad que no aparece en la mayoría de las obras literarias examinadas, ni en los novelistas, ni en los poetas, ni en los ensayistas. De todos modos tiene un profundo aval documental en la posición del episcopado español».[496]

Es verdad que la «realidad» que encontramos en *Flowering Rifle* no aparece en otro sitio, porque nació en la imaginación de Campbell.

Acudamos ahora a *Flowering Rifle* y a otras composiciones de Campbell para ver cuáles son «los sentimientos y emociones de la España nacional» y cuáles son las ideas que tienen «un profundo aval documental en la posición del episcopado español».

Pujals, Marrero y Calvo Serer alaban las composiciones de Roy Campbell, especialmente *Flowering Rifle* por dos cualidades: su contenido político y su contenido espiritual. No debemos olvidar que el poema fue escrito en 1938 y publicado en 1939, cuando muchos creían, como Campbell, que el fascismo era «el movimiento del futuro» y las ideas racistas de Hitler parte integrante de la civilización occidental. En la edición revisada que apareció en 1957, Campbell eliminó las líneas más ofensivamente antisemitas y algunos de los versos más claramente profascistas.

En el prólogo del libro, el poeta se declara a sí mismo en contra del «… humanitarismo… un sustitutivo artificial de la caridad [que] se declara invariablemente por el lado donde hay más ocasión para una complacencia sentimental en la inmundicia y hambre de los otros. Toma partido *automáticamente* por el perro en contra del hombre, por el Judío en contra del Cristiano, por el negro en contra del blanco, por el criado en contra del amo, por el criminal en contra del juez».[497]

En el texto del poema prosigue sus ataques contra «el humanitario librepensador, racionalista, reformador y asaltante de catedrales que actúa en nombre de la fraternidad…», concluyendo que: «Hitler fue a esta degradante farsa como un blanco cordero a un rabioso hurón»[498]. Su defensa de Hitler continúa así: «Existe una tiranía mucho peor de aquella que se acusa a Hitler, cuya mayor opresión es contra los que achican a otros: el intelectual invertido y el judío, el despotismo de los cuales es el más cruel de todos».[499]

En la edición de 1939, el *Duce*, recientes aún los laureles de las victorias de Abisinia y España, aparece como el «victorioso Mussolini», pero en la revisada posteriormente «victorioso» ha sido sustituido por «vanaglorioso»[500] Campbell, también en 1939, escribe que en los Estados fascistas «el hambre de los sin trabajo ha desaparecido casi totalmente»

[501], discutible afirmación que omite, precavidamente, en 1957. La Sociedad de Naciones era «un judaizante club de comunistas y masones»[502]. Se enorgullece de ser «de entre todos los poetas ingleses de mi tiempo… el primero en proclamar que la democracia ha muerto».[503], insistiendo en que «cuando haya un jefe dispuesto a alzarse contra el gastado infierno democrático y una nuestro pueblo bajo una esplendorosa estrella, un Franco, un Mussolini, un Salazar…». Campbell eliminó prudentemente en su posterior versión las dos últimas líneas, y transformó «democrático» en «socialista»[504].

Pujals repudia vagamente el contenido político de *Flowering Rifle*: «… en conjunto, el poema no me parece por completo satisfactorio, pues contiene demasiado material efímero. Es como si el poeta, escribiendo al flujo de cercanas emociones políticas y religiosas, no hubiese dado lugar a depurarlas para infundirles un valor más universal y perenne, o reducirlas a detalles concretos poéticamente válidos».[505]

Esta indefinida justificación no tiene en consideración el hecho de que Campbell revisó el poema para su segunda edición de 1957, dieciocho años después de la primera. Campbell se imaginaba a si mismo como profeta[506], primitivo atributo que Calvo Serer le concede también[507], a pesar de no haber previsto aquél la derrota del Eje. Campbell se llama a sí mismo: «El profeta de mi tiempo». Y también: «El autor preveía en una visión a la Brigada Internacional británica y su rendición a san Mateo, mucho antes de la guerra civil». La mayoría de las correcciones de tipo político que Campbell hizo en 1957 se refieren, como hemos visto, a afirmaciones que después de la caída de Hitler y Mussolini servirían para considerar al escritor como estúpido y al profeta carente de dones de vaticinio. Por ejemplo, en la primera versión de *Flowering Rifle*, escrita antes de Munich, dice que los nacionales habían enterrado más franceses que italianos había del lado de Franco (p. 51-52). En la edición revisada de 1957 dice en una nota: «Eso lo escribí después de que muchos italianos regresaran a Italia». Esto no es cierto. Campbell dice que en España luchaban tantos franceses como italianos.[508] Pujals en su juicio citado, parece no darse cuenta de que las «emociones políticas y religiosas» del

poeta sudafricano eran, simplemente, las propias de un propagandista de Franco defendiendo a los rebeldes de la guerra civil).

Tan extravagante es Campbell en sus loas políticas que llega a un punto cercano a lo que seria blasfemia en un poema menos hinchado de palabras como «María», «Cruz», «Jesús» y otras semejantes. Compara al general Moscardó con Dios, ya que cada uno de ellos sacrificó a su (Su) propio hijo[509]. Moscardó, al contrario que Dios, tenía más de un hijo, lo que parece ignorar el blasfemo Campbell. Y hablando de la influencia de José Antonio Primo de Rivera después de su muerte, dice: «Y rara vez tal triunfo (desde la Cruz) ha glorificado así la pérdida de una vida humana».[510]. Refiriéndose al fundador de la Falange, utiliza mayúsculas, como en este caso: «Por aquél cuya Ausencia llena la tierra toda»[511]. Por otro lado, si no blasfemia religiosa, sí lo es literaria comparar como Campbell hace, las vociferaciones del general Queipo de Llano con las palabras de Quevedo[512].

Pero si el poeta tiene sus héroes: Franco, Salazar, Mussolini, Hitler, Sanjurjo, Moscardó, Mola, José Antonio, Queipo de Llano, también tiene sus antihéroes: los republicanos españoles en bloque, el pobre Negus, Benès de Checoslovaquia, Léon Blum, todos los restantes escritores británicos —excepto Wyndham Lewis, el apologista de Hitler—, los ingleses, los negros y, especialmente, los judíos. Campbell detestaba a estos últimos, pero su odio más apasionado lo reservaba, en su edición de 1939, para Marx y Freud. [Es lamentable, desde varios puntos de vista, que el sabio vienés no psicoanalizara a Campbell, que sufría, sin duda, de un complejo de superioridad, de manía persecutoria y de obsesión sexual.]. Pero después de la segunda guerra mundial incluyó en su galería de odios a Albert Einstein, «que nos dio la bomba». Denuncia también a ciertos judíos y no judíos por robar los secretos atómicos y proporcionárselos a Rusia, pero esto no quiere decir que perdone a Einstein por «darnos» la nueva arma en primer lugar[513]). He aquí algunas rimas de Campbell sobre los judíos:

*Aun cuando en esta rumia que mastico, hay un bálsamo para el salivazo del judío*[514].

*En todas las artes de la degradación versados, los «coolies» y los agentes de los judíos…* [515]

*Y trabajar como un coolie para los judíos / conduce más allá de la podredumbre, a la putrefacción…».*

(En 1957 «trabajar como un *coolie* para los judíos» se transformó en «trabajar para los rusos».)[516]

*Pero todos los elementos de la naturaleza, excepto el oro, esquivarán las garras convulsivas del «yiddish»…*

(En 1957, «yiddish» ha sido sustituido por «comunista».)[517]

*El menos melindroso elemento que conocimos, que le plazca el roce de la fría y viscosa mano del judío…*

(«judío» en 1957 aparece como «ladrón».)[518]

*… contra una nación sostener un hedor en la grasienta pocilga del pederasta y del judío*[519].

En 1957, el final se transformó «en la grasienta pocilga de Auden, Spender»…).

Hay otros muchos ejemplos que el lector curioso puede hallar en las obras de Campbell.

No sólo toda la poesía del escritor sudafricano está teñida de racismo e ideas fascistas en general, sino que aparece también deslucida por la grotesca defensa que en ella hace de la ahora desacreditada propaganda franquista. Campbell afirma que «el valeroso Franco»[520] se alzó únicamente para impedir una sublevación comunista[521] así como, una y otra vez, que las matanzas de Badajoz[522] no existieron realmente, y que Guernica[523] no fue bombardeada. Va tan lejos que añade a estas dos «falsas» atrocidades una tercera: Pearl Harbour. En un poema dedicado al boxeador católico Gene Tunney, escribe: «Guernica, Badajoz, Pearl Harbour, son nudos de la misma y vieja cuerda».[524]

Para Campbell, los miembros de las Brigadas Internacionales eran «la hez de Europa»,[525] interesante aberración si tenemos en cuenta que de los 41 escritores de la clasificación de Calvo Serer, 11 por lo menos estuvieron, en un momento u otro, luchando en las fuerzas republicanas. En una nota a pie de página de la edición revisada de *Flowering Rifle*, Campbell dice: «Puesto que los franceses utilizaron senegaleses para sofocar motines en Francia y la República Española hizo uso de ellos *[de moros, no de senegaleses]* para acabar con la sublevación de Asturias en el 34, las objeciones republicanas a su empleo son hipócritas».[526]

(Dejaremos a un lado la mala redacción inglesa de este párrafo). La hipocresía está en el propio Campbell, como él mismo sabía seguramente. La derecha francesa utilizó senegaleses para reprimir las manifestaciones izquierdistas en el país galo, de la misma forma que la derecha española —Lerroux y Franco— empleó a los moros en 1934 para aplastar a la izquierda también. Si, como Campbell acusa y es probablemente cierto, la República pensaba ofrecer concesiones a la causa de la independencia de Marruecos en 1936, se debía a que esa izquierda era esencialmente un movimiento antimperialista[527]. Orwell, anticolonialista notorio, se pregunta: «Por qué no hubo rebelión en Marruecos?» y declara que al no proclamar el gobierno español la independencia de Marruecos «se tiró por la borda la mejor oportunidad estratégica de la guerra, con la vana esperanza de calmar al capitalismo francés e inglés». Los moros que lucharon en favor de Franco eran pobres e ignorantes mercenarios de las montañas, a los que se les prometió botín y rapiña. No pueden ser condenados por los crímenes que cometieron en España; la responsabilidad recae enteramente sobre los oficiales que les condujeron a la Península.

A pesar de la afirmación de Calvo Serer de que «la visión poética de la guerra» de Campbell tuvo el «aval documental» del episcopado español, es en el lado republicano donde podemos encontrar una valoración cristiana del papel jugado por los combatientes moros. En *Poetas de la España leal*, la notable colección de poesía de la guerra publicada en Valencia en 1937, aparece un poema de Juan Gil Albert titulado así: *«Lamentación: Por los*

*muchachos moros, que, engañados, han caído ante Madrid».* Cito algunas líneas:

> Yo levanto mi voz sobre los restos
> de vuestro sacrificio miserable,
> yo quiero un grave canto dedicaros
> a aquel soplo de vida que habéis sido.
> ¡Nuestro infame dominio a qué reduce
> la juventud ligera de esos cuerpos!
> Pudimos ser quien alumbrara un día
> el libro que en sus frentes se ha dormido,
> pero sólo nos queda la vergüenza,
> el impasible reto de sus rostros
> tras la muerte falaz que han encontrado [528].

Es evidente que el racista Campbell, que llamaba a los senegaleses «chimpancés» [529], no podía sentir ninguna emoción humana por los soldados moros que luchaban en España.

Campbell defiende el analfabetismo, ensalzando al campesino español, «que aprende menos necedades de los arroyos cantarinos que los mozos de café orgullosos de saber deletrear el abecedario, puedan mascar de periódicos y libros».[530]. Y añadiendo que: «los que trabajan más, los que leen menos, todavía podían distinguir la Bella de la Bestia».[531] La idea de la virtud del analfabetismo se encuentra también en el poema épico de Pemán, puesto que la Bestia muere a manos del joven soldado que sólo sabe «leer despacio, escribir mal, multiplicar hasta el siete» pero «sabe su catecismo… y tres jotas del Pilar».(p. 158).

Esta idea, persistente en Campbell, que la repite en su libro sobre Lorca[532] otra vez en su autobiografía[533], puede tener su origen en *Spanish Rehearsal*, de Arnold Lunn. Este cita las siguientes palabras de Aguilera, el oficial de prensa de Franco: «Los rojos están siempre vociferando sobre el analfabetismo en España, pero si viviesen durante unos pocos meses en las montañas, comenzarían a comprender que las gentes que no saben leer son a menudo más sabias que las que saben».[534]

Como todos los corresponsales profranquistas, Lunn admiraba a Aguilera, de quien dice que era «no solo era un soldado, sino un sabio» (p. 27). Knickerbocker le llamó «el mejor de los oficiales de Prensa que jamás haya tenido el placer de conocer». (p. 138). Whitaker, en cambio, estaba horrorizado y consideraba su filosofía social como demasiado típica de las clases elevadas españolas: «Habían quedado en minoría respecto a las masas: temían el programa de educación de las masas y proponían reducir su número».(p. 106).

La defensa que Campbell hace del analfabetismo no obsta para que cuente, desdeñosamente, lo que le sucedió con los milicianos de Toledo, que leyeron su pasaporte al revés[535]. Campbell nunca menciona a Lunn, ni éste a aquél, al menos en lo que yo he podido descubrir en el curso de mis investigaciones, a pesar de que ambos tenían en común sus coetáneas y fanáticas conversiones al catolicismo. Sin embargo, y con toda probabilidad, Campbell había leído por lo menos el prefacio de *Spanish Rehearsal*; hay huellas de aquél en el prólogo de *Flowering Rifle*.

Pujals y Marrero hablan a menudo de la humildad y generosidad de Campbell; el segundo de ellos escribe: «*[Campbell]* no podía referirse a un asunto, por insignificante que fuera, sin que lo hiciese en nombre de una belleza profunda que le era congénita. La más ligera mala sombra era algo vedado a su generoso espíritu. ¿Cuántos sabíamos de los que le tratábamos que era el autor de los mejores poemas dedicados a nuestra guerra?».[536]

Pero las obras del poeta no revelan un espíritu ni generoso ni humilde. En una nota a *Flowering Rifle*, en su edición de poesías completas, afirma que su poema *The Georgiad* es ya «clásico» y declara que *Flowering Rifle* lo será pronto también[537]. A veces, el lector de éste último recibe la impresión de que su autor está utilizando el tema de la guerra civil española simplemente para vengarse de los restantes escritores ingleses que tuvieron más éxito que él; éstos «que ocupan con engaños el castillo de las letras inglesas hasta que llegue el triunfo final de los mejores».[538]

Los «mejores» eran, desde luego, el humilde Roy Campbell, Wyndham Lewis[539] y unos pocos escogidos con pensamientos similares e ideas fascistas.

Campbell, como Lunn, no tiene piedad alguna para con los defectos de los otros. En otra nota a *The Georgiad* censura «la forma en que los grandes matriarcados de Bloomsbury llevan los negocios de la critica», y declara: «Como se ha visto en este caso, el valor literario del libro no significa nada. La conveniencia política y social de alabar al autor importaba tanto que la crítica fue hecha despreocupadamente, sin consultar el contenido de la obra…».[540]

Es curioso notar que la indignada descripción que Campbell hace de la escena literaria londinense de 1933 puede servir muy apropiadamente para la del Madrid de 1961-1962, ya que es obvio que ni Marrero ni Calvo Serer han leído jamás *Flowering Rifle*, al que prodigan tantas alabanzas en bien de la causa.

## Roy Campbell y Federico García Lorca

La falta de generosidad, la arrogancia y la maligna mezquindad de Campbell aparecen como en ningún otro lugar en su forma de tratar a García Lorca. El problema de la explicación de la muerte del poeta español ha atormentado durante mucho tiempo a los organismos de propaganda de Franco. Desde el mismo momento en que se supo la muerte de Lorca, los franquistas adoptaron su táctica habitual: ¡negarlo todo! Cuando H. G. Wells, en nombre del Pen Club, solicitó noticias del poeta al gobernador civil de Granada, recibió esta respuesta: «No conozco el paradero de Federico Lorca»[541]. Este silencio oficial pudo mantenerse fácilmente durante la guerra civil y la mundial. Si el Eje hubiese vencido, el silencio hubiera podido continuar indefinidamente, ya que ningún nazi hubiera pedido explicaciones a Franco por el asesinato de un poeta. Pero la creciente popularidad de la obra de Lorca en los países de «opinión pública», obligó a los franquistas a enfrentarse con la cuestión, dedicándose así a buscar una historia que pudiera alejar del régimen toda sospecha de complicidad en el asesinato. En 1947, Serrano Súñer reveló al escritor mejicano ultraconservador Alfonso Junco que el responsable del crimen era el antiguo diputado de Gil Robles, Ramón Ruiz Alonso[542]. Al parecer,

Serrano Súñer contaba su versión por todas partes, puesto que otro periodista mejicano, Armando Chávez Camacho, cuenta la misma historia (Misión de Prensa en España, Mijico, 1948. p. 372). No obstante, Serrano Súñer dirigió a México una pequeña rectificación, publicada en *El Universal*, 3 de mayo de 1948, para declarar que no era seguro que Ruiz Alonso fuera responsable, pero insistiendo en que los falangistas no tenían nada que ver con el crimen, puesto que consideraban a Lorca como a uno de sus conversos posibles; los culpables del asesinato fueron elementos «incontrolados», y el hecho fue «una mera brutalidad que salpicó el merecido prestigio de nuestra Causa». Como siempre, los franquistas pretenden que sus crímenes eran «inevitables en esa cosa terrible que es la guerra civil». (Misión de Prensa en España, p. 372-374).

La idea de que Lorca había muerto a manos de los clericales se había extendido ampliamente durante la guerra misma, y puesta en letras de molde por José Bergamín en su prefacio a la edición mejicana de *Poeta en Nueva York*[543], de 1940. «Pero la orden de muerte fue firmada por la autoridad de Granada, que en aquellos instantes representaba formalmente a la junta de Burgos, al gobierno de Franco. Que conste así. Los instigadores del crimen fueron los jóvenes pertenecientes a Acción Popular, o sea, las llamadas juventudes católicas, instigadas a su vez a la violencia criminal (a la cruzada) por sus autoridades eclesiásticas». Las más recientes investigaciones no hacen más que confirmar esta descripción. Más tarde, en 1948, el primer versificador del régimen, José María Pemán afirmaba en *ABC* de Madrid que la muerte del poeta debía ser atribuida a personas desconocidas, sin conexión alguna con el Movimiento del Alzamiento[544]. En 1950, Gerald Brenan, el conocido hispanista inglés, incluía en *The Face of Spain* una relación de su visita a Granada y de su tentativa de reunir todos los detalles existentes sobre la muerte de Lorca[545]. En 1951, Claude Couffon, un experto francés en temas españoles, publicó un artículo en *Le Figaro littéraire* [546] sobre el mismo asunto. Estas informaciones consideraban que el asesinato de Lorca fue uno más de los cometidos en Granada durante las matanzas masivas que tuvieron lugar en esta ciudad llevadas a cabo por los defensores de «la ley y el orden», y no facilitaban el trabajo de los propagandistas de Franco. Según parece, durante algún

tiempo fue puesta en circulación otra versión en el interior de España: la de que García Lorca era un pervertido sexual y que su muerte guardaba cierta relación con este hecho. Roy Campbell recoge tal historia, y en su edición de 1957 de *Flowering Rifle* atribuye el crimen a las tropas de Franco, que asqueadas por la inmoralidad sexual existente en Granada, mataron a Lorca mientras llevaban a cabo una purificación general de la ciudad[547]. Después, en 1958, Jean-Louis Schonberg publicó en París un estudio sobre la vida y obras del poeta,[548] pero sus ideas políticas están mal definidas, oscilando enormemente entre la derecha y la izquierda. Schonberg hace una acusación formal: el asesinato de Lorca no tuvo nada que ver con la guerra civil, sino que fue el resultado de un arreglo de cuentas entre bandas rivales de pederastas. La afirmación de Schonberg es totalmente hipotética, y ni siquiera Cassou le concede completo crédito[549]. Couffon, en otro libro sobre Lorca, publicado en 1962, no admite la tesis de Schonberg, ni yo, personalmente, conozco nadie que lo haga, excepto Roy Campbell y los apologistas de Franco.

Campbell se refiere a García Lorca en sus dos ediciones de *Flowering Rifle*, así como en su libro de 1952 sobre el poeta y sus obras. En el poema citado, habla de la muerte de Lorca en los siguientes misteriosos términos: «¿Y qué si García Lorca murió por esto, sorprendido en el momento de asomarse al abismo desamparando por algún capricho mefítico su alma, que empalmó, como una vez se jactó de haber hecho, con el Anticristo?».[550]

En la edición de 1939 justificó el asesinato del poeta español con estas dos líneas (omitidas en la posterior): «¿Es que España iba a dejar escapar un enemigo / que había jurado ser fiel a su adversario a pesar de tener forma de ángel?».[551]

Afirmando seguidamente que «el genio que la España traicionada había perdido en él» había sido «restaurado con gran ventaja» por «el águila de nuevas alas», José Antonio Primo de Rivera[552]. A pesar de que ya en 1950 Gerald Brenan había publicado un relato bastante detallado de la muerte de Lorca, Campbell lo ignora en su estudio sobre el autor del *Romancero Gitano*, diciendo únicamente que «al comienzo del terror en Madrid escapó rápidamente a Granada, donde fue asesinado en julio de 1936»[553]. Esta

afirmación pertenece, más o menos, a la misma línea que la poco comunicativa postura del gobierno de Franco. García Lorca no escapó de Madrid. Salió para Granada el 16 de julio con el fin de visitar a su familia, como tenía por costumbre hacer siempre en verano; su cuñado era el alcalde socialista de aquella ciudad[554]. Como casi todo el mundo en España, García Lorca estaba intranquilo, pero hizo lo que siempre hacia en verano, ir a Granada para pasar el día de San Federico, el 18 de julio. Schonberg se equivoca cuando da la fecha del 19 de julio como día de San Federico. Esta acumulación de pequeños errores hace pensar que Schonberg no es tan experto en cuestiones españolas como lo pretende Jean Cassou (p. 105). García Lorca fue asesinado en la noche del 19 de agosto, no en julio. Pero, en fin, no podemos esperar exactitud en los hechos narrados por Campbell, quien también dice en el libro citado que «cerca de tres millones de hombres, mujeres y niños» fueron muertos durante la guerra[555]. Campbell dice (p. 38) que la mayoría de los curas y frailes de España fueron asesinados: «Las personas que continuamente arriesgaban su vida eran los sacerdotes y los grandes toreros». Si se trata de establecer una categoría en cuanto a las profesiones peligrosas, en España murieron muchos más obreros que curas.

De cualquier modo, el mayor tributo del sudafricano a Lorca aparece en una nota a pie de página de la edición revisada de *Flowering Rifle*. Dice así: «La sorprendente cantidad de papel malgastado en esta casi única tacha de las armas nacionalistas es típica de la prensa anglosajona. Cuando los nacionalistas entraron en Granada, los increíbles excesos perpetrados por los rojos les hicieron dar gusto al dedo fusilando a todos los corruptores de niños, notorios pervertidos y maníacos sexuales. Una reacción natural teniendo en cuenta que la semana anterior los rojos habían torturado y asesinado a toda persona sospechosa de cualquier especie de decencia: Maeztu, Calvo Sotelo, Muñoz Seca, el padre Eusebio (a punto de ser canonizado) y Antonio [*sic*] Primo de Rivera fueron matados no por sus vicios, sino por sus virtudes. Eran intelectuales de mucha más categoría y murieron mejor que el cobarde Lorca. Si el autor de este poema, superior poeta que Lorca, como Borges, el gran critico sudamericano, señala, no

hubiese sido fértil en recursos, podría haber muerto como Lorca, pero a manos de los rojos».[556]

Ciertamente, ningún poeta ha escrito nunca un homenaje menos generoso a un compañero más desgraciado, ni tampoco nunca ningún poeta ha valorado sus propias obras con tan mal gusto. Comentemos, en primer lugar, la exactitud de los hechos que Campbell presenta en sus afirmaciones de 1957, cuando habla tenido ya suficiente tiempo para reflexionar sobre lo que iba a decir. Brenan, Schonberg y Couffon coinciden en que los crímenes llevados a cabo en Granada por los soldados y simpatizantes de Franco durante las primeras semanas de la guerra sobrepasaron, proporcionalmente, a los ocurridos en otras ciudades españolas… Cuando Brenan visitó Granada en marzo de 1949, le fue dada la cifra de entre 20 000 y 30 000 asesinados[557]. «… parece, según una opinión generalizada, que en Granada el número de ejecuciones fue más elevada, en proporción al número de habitantes, que en otros lugares». Schonberg dice que los muertos en aquella ciudad fueron de 15 000 a 20 000, y que la lista oficial contenía 8.000 nombres, sin contar aquellos que fueron fusilados en Víznar, entre los que se hallaba Lorca[558]. Couffon afirma que 9.000 personas fueron matadas en el cementerio oficial y más de 1.000 en Víznar[559]. Por lo tanto, en unas pocas semanas, aquellos que se habían alzado —como todavía aseguran— para acabar con los crímenes demostraron que lo habían hecho en realidad para matar a gran escala, de manera no conocida hasta entonces en España. El asesinato de García Lorca no fue la «casi única tacha» de las armas nacionalistas, sino uno entre los más de 10 000 de los cometidos en la ciudad de Granada, únicamente.

Después, Campbell dice: «cuando los nacionalistas entraron en Granada…». No hubo lucha en Granada antes de que los dos ayudantes del general Campins traicionaran a éste el 20 de julio y el ejército se sublevara contra el pueblo[560]. (El propio Campins fue ejecutado después por Queipo de Llano, que dejó el cadáver de aquél insepulto hasta su putrefacción [561]). El ejército de Franco nunca «entró» en Granada porque los rebeldes nunca perdieron esta ciudad. Las tropas vencieron rápidamente al pueblo desarmado. Campbell dice que la sublevación de Franco «se adelantó al

terror sólo en una semana»[562]; sin duda, para el retorcido cerebro de Campbell la inerme situación en que se hallaba la izquierda en todas partes, incluyendo Granada, era otra prueba de que aquélla pretendía insurreccionarse[563]). En Granada, como en otros sitios, las izquierdas no tenían armas. La conquista de los barrios obreros del Albaicín fue tan sangrienta como la del barrio de Triana en Sevilla. Cuando acabó la lucha en la ciudad de la Alhambra, comenzaron los fusilamientos sistemáticos[564].

Llegamos ahora al meollo de la historia de Campbell, es decir, a la tesis de que la muerte de Lorca no fue sino un aspecto de la limpieza general que realizaron los ultrajados militares con sangre a causa de los «excesos sexuales rojos» en Granada. Esta ciudad tenía el aspecto, según Campbell, de mil Sodomas y Gomorras juntas. Lo que sabemos es que Lorca fue denunciado por un clerical, traicionado por un falangista y ejecutado por orden de los militares, actuando un coronel Valdés como representante de la Junta de Burgos[565]. El gobierno de Franco mintió en este punto en el libro hecho para los turistas de habla inglesa: «García Lorca no fue fusilado por orden de ninguna autoridad nacionalista, civil o militar, sino por algunos elementos irresponsables a causa de rencillas personales». (*Sixty-four Questions on Spain*, p. 14). Dejemos que cada una de las partes interesadas goce de la parte de gloria que le corresponde, puesto que gloria parece descubrir Campbell en el crimen. Es bien sabido que la Iglesia española concedió a las fuerzas de Franco una licencia de caza *sine die* para acabar con todos los socialistas, comunistas, autonomistas regionales, sacerdotes vascos, masones, liberales, ateos y sindicalistas, pero Campbell es el primero que extiende la autorización para que alcance a los desviados sexuales. (No conozco la verdad sobre la vida sexual de García Lorca; nunca contrajo matrimonio. Tampoco José Antonio, candidato literario de Campbell).

Campbell dice que Lorca fue un «cobarde» ante la muerte. Hasta el momento de escribir estas líneas nadie que estuviera presente cuando el poeta fue fusilado ha osado dar testimonio de ello. Quizá Lorca no presentase ante la muerte la imagen impávida, la figura masculina de Roy Campbell vista por Roy Campbell. No sabemos cómo se hubiera

comportado éste en circunstancias similares, frente a un pelotón de ejecución, Pujals concede gran importancia a Campbell «hombre de acción», pero es difícil establecer hasta qué punto este rasgo del sudafricano es cierto o hasta qué punto simple fábula[566]. En su autobiografía de 1951, Campbell dice que cuando el gitano «Mosquito» fue muerto él se hallaba cerca tomando una copa. Oyó los tiros y salió fuera corriendo: «Lo encontré tendido, y muerto». Ahora bien, un año después, en su libro sobre Lorca, escribe: «En junio de 1936, vi a mi compañero *Mosquito* Vargas muerto a mi lado sobre la carretera de Talavera». Campbell es un cuentista, no un historiador. Intentó crear una heroica leyenda sobre sus propias hazañas en la guerra de España, pero hay serias razones para creer que exageró notoriamente sus narraciones sobre su participación en el conflicto. Es probable que Campbell saliera del Toledo republicano no gracias a sus recursos personales, sino a la intervención de miembros del consulado británico[567]. Calvo Serer dice que Kemp hizo la misma carrera militar en España que Campbell; si es cierto, es verdaderamente extraño que Kemp no haga una sola mención de éste.

En apoyo de su argumento, Schonberg insiste en que la filosofía esencial de García Lorca era apolítica, y que no hubo tampoco razones políticas para matarlo[568]. Couffon discute esta interpretación y, en mi opinión, con más apropiadas razones. Lorca no era un izquierdista doctrinario, pero creía, ciertamente, en la hermandad universal del hombre más que en el nacionalismo sectario. Como Couffon[569] demuestra, Lorca creía en el «humanitarismo» tan detestado por Campbell, y esto era razón suficiente en Granada en el verano de 1936 para matarle. Couffon, lo mismo que Schonberg, cita a Bagaria, pero de manera más completa y dándole una interpretación opuesta y, a mi modo de ver, más acertada.

Cuando Campbell intenta valorar las obras de su desgraciado compañero en poesía, y dice que Maeztu, Calvo Sotelo, Muñoz Seca[570], el padre Eusebio[571], Antonio *[sic]* y Primo de Rivera «eran intelectuales de mucha más categoría» que Lorca, podemos suponer únicamente que el sudafricano tenía una medida especial para tales asuntos espirituales. Y cuando cita a Borges, «el gran crítico sudamericano» (¿el argentino Jorge Luis Borges?) diciendo que Campbell era mejor poeta que Lorca, es obvio

que el humilde y sencillo autor de *Flowering Rifle* comparte la opinión de aquél.

## Roy Campbell y la luz sobrenatural de su poesía

Al propio tiempo que alaban encomiásticamente su contenido político, los profesores franquistas elogian la espiritualidad de los versos de Campbell. Marrero, como se ha indicado más arriba, considera que la característica más sobresaliente de la poesía escrita en el lado nacionalista durante la guerra es su «encendido sobrenaturalismo», y que toda la de Campbell «respira una luz sobrenatural». Penetremos este brillo sobrenatural que, aparentemente, envuelve todos los versos de Campbell y veamos algunos ejemplos, además de los ya citados:

> *Y en Brunete puedes ver amontonados*
> *pobres idiotas muertos, uno encima del otro,*
> *haciendo una gran paella en la llanura,*
> *un plato de arroz con cadáveres por granos…*[572]

o

> *Y un gran fuego estalla, mientras los hombres*
> *retroceden precipitadamente, y el alarido delirante de la*
> *tripulación prisionera en el tanque invade todo,*
> *mientras que en el hedor llameante del caucho fundido*
> *se oye el crujido, la crepitación y el estallido de la grasa humana*[573],

y

> *De todas las pestes que el demonio inventó*
> *el olor de la suciedad de los pies del soldado sin Dios es la peor*[574].

En mi opinión, los citados críticos se han dejado ofuscar por el vocabulario de Campbell. Sus versos sobre la guerra civil están repletos de palabras de este corte: *Cristo, Iglesia, María, Cruz, Crucifixión, Padre*

*Nuestro, Mártires, Ave María, Cruzada, Divino y Virgen*. Pero un poema extremadamente blasfemo puede ser compuesto también con esos vocablos, y el de Campbell, en muchos aspectos, es blasfemo.

El elevado lugar que asignan los críticos franquistas a Campbell puede ser atribuido, en primer lugar, a Pujals. Los demás, simplemente, han seguido los juicios de éste. Decir, como lo hace Pujals y como Marrero repite, que *Flowering Rifle* es él más «importante» poema escrito sobre la guerra civil española, es un insulto a la generación entera de poetas españoles que compuso mejores versos sobre el tema. Y entre los ingleses, *The Nabara* de Day Lewis o el *Spain* de Auden, son más «importantes» que cualquier cosa que Campbell haya escrito nunca sobre España. Marrero va más lejos que Pujals y califica el conjunto de las poesías en que Campbell cantó el conflicto español como «los mejores poemas dedicados a nuestra guerra». *Flowering Rifle* no tiene nada de «importancia» excepto su extensión y pesadez. Puede que sea esto lo que Pujals entiende por «importante», pero no consigue aclararlo. Por otra parte, insiste en que con la muerte de Campbell, Inglaterra perdió un «importante poeta», añadiendo que la noticia de su fallecimiento conmovió a todo el Reino Unido[575], comparándole, además, entre otros, con Byron y Pope[576]. (Si de aquí a 25 años figura en alguna antología una poesía de Campbell, será uno de sus primeros poemas, seguramente no será ninguno de los que ha escrito sobre la guerra de España). Marrero confiesa avergonzadamente que *Flowering Rifle* no ha sido nunca traducido por entero al español. Podemos decir aquí al señor Marrero, que *Flowering Rifle* nunca será traducido por entero al español, como él mismo podría comprender si hubiese leído el poema. Es difícil traducirlo a causa del «argot» en que está compuesto y de sus forzadas rimas, pero sería más difícil todavía encontrar una persona que poseyera el talento suficiente para llevar a cabo un trabajo semejante con cinco mil versos de rima inglesa y que no tuviese, al mismo tiempo, la inteligencia necesaria para percatarse de que perdía su tiempo inútilmente traduciéndolo.

Me es doloroso no estar de acuerdo con críticos tan doctos como Pujals, Marrero y Calvo Serer, pero no considero que la poesía de Roy Campbell sobre la guerra civil española sea notable ni por su agudeza política ni por

su riqueza espiritual. Hay, sin embargo, una cualidad que se encuentra más fácilmente en estos versos que en sus primeras obras. Puede ser debida a la reacción del colonial que intenta escandalizar al hombre de la metrópoli, puede ser debida a la reacción del campesino que intenta irritar al hombre de la ciudad, pero sea cual fuere la razón, está presente en cada página. Esa cualidad se llama *vulgaridad*.

Estoy persuadido de que ni Marrero ni Calvo Serer han tenido nunca en sus manos un ejemplar de *Flowering Rifle*; si lo han tenido, no lo han abierto; si lo han abierto, no lo han leído; si lo han leído, no lo han comprendido. Desafío a ambos críticos a que repitan sus loas a Campbell, haciendo un prefacio a tales afirmaciones en el que declaren sin reservas que han leído *Flowering Rifle* del principio al final.

# Católicos antitotalitarios

## Oposición católica a la guerra santa

Calvo Serer dedica dos de sus capítulos a escritores católicos: «Católicos antitotalitarios»[577] y «Católicos en favor de la España nacional»[578]. El primero trata de tres intelectuales franceses: Jacques Maritain, François Mauriac y Georges Bernanos; todos ellos, junto con muchos otros, rehusaron declararse en favor de Franco, con gran desconcierto e indignación de los clericales españoles. ¿Por qué Calvo Serer los llama «antitotalitarios»? La palabra «totalitario» supone una referencia a cierta forma de gobierno, a una situación en la cual el Estado posee el poder de manera absoluta. Existen por lo menos, dos concepciones diferentes del mismo: la de la democracia política y la de la Iglesia Católica. Según la primera, un régimen totalitario es aquel en el que el Estado detenta el poder absoluto de tal forma que el pueblo no puede conseguir un cambio de régimen si lo desea. Según esta doctrina, la Alemania nazi y la Italia fascista fueron estados totalitarios, lo mismo que la Rusia soviética, el Portugal de Salazar y la España de Franco.

La Iglesia Católica ve el asunto desde otro punto de vista. Los lectores con buena memoria recordarán que durante la Segunda Guerra Mundial el Vaticano fustigó a los Estados totalitarios; algunos observadores consideraron incluidas en estas críticas a los rusos, otros a los alemanes y otros, incluso, a los italianos y los españoles. Pero la Iglesia supo bien contra quién dirigía su tiro. Para ella, un régimen totalitario es aquel en el que el Estado administra el poder de tal manera que la Iglesia no puede ejercer libremente sus derechos de origen divino, tales como bautismo,

matrimonio, entierro, educación de la juventud y posesión de propiedades. Desde el momento en que el régimen de Franco concede a la Iglesia tales derechos, no puede ser considerado totalitario desde el punto de vista clerical, ya que no goza del poder de una forma absoluta, sino que lo comparte con la Iglesia.

Una lectura rápida de lo que Bernanos, Maritain y Mauriac escribieron sobre la guerra civil española es suficiente para constatar que su repulsa de Franco no procede tanto de sus convicciones antitotalitarias como de una razón absolutamente distinta: tales escritores católicos no aceptaron la tesis franquista de que los rebeldes estaban empeñados en una «guerra santa». Se negaron a apoyar la Cruzada. Lo cual no significa que sean aliados de la República.

Escribió Maritain: «No tomar partido por Salamanca, no significa tomar partido en favor de Valencia».[579].

Pero hicieron algo más que negar su apoyo a Franco: atacaron abiertamente el programa de las atrocidades rebeldes. Un título más sugestivo para el capítulo de Calvo Serer podría ser «Los católicos opuestos a la propaganda de la guerra santa». Pero la misión de Calvo Serer es confundir, no esclarecer.

Francia —ese horrible ejemplo de anticlericalismo— fue el único país del mundo, durante la guerra civil española, cuyos intelectuales católicos lograron hacerse respetar en todo el mundo. La iglesia tenía pocos intelectuales en Inglaterra y ninguno en Estados Unidos, aunque en este país la Iglesia tuviera una población católica igual, si no superior en número, a la de España. La toma de posición antifranquista de los intelectuales católicos franceses fue considerada por los clericales españoles y por sus partidarios en otros países como alta traición. Incluso en una fecha tan alejada como 1961, fray Justo Pérez de Urbel habla todavía de *la herejía maritaniana*.[580] Marrero dedica muchas páginas a intentar demoler los argumentos de los intelectuales católicos franceses.[581] Para él, «Maritain es el sofista por antonomasia de la Cruzada y su sombra llega hasta nuestros días sobre muchos de los que se ocupan de nuestra guerra».[582]

Observaciones más severas se pronunciaron durante la guerra, como ya veremos, porque, según escribió el mismo Maritain, «la guerra santa odia más ardientemente que al infiel a los creyentes que no la sirven».[583]

## Los sacerdotes vascos fusilados por los soldados de Franco

Ni Maritain, ni Bernanos eran contrarios a la sublevación rebelde cuando comenzó. Este último escribía: «Claro, mis ilusiones sobre la empresa del general Franco no han durado mucho tiempo; algunas semanas…».[584] Mauriac, que estaba pasando una temporada en Vichy en julio de 1936, telegrafió a *Le Figaro* un artículo favorable a Franco que llevaba por título *L'Internationale de la haine*.[585] L. Bodin y J. Touchard dicen que las matanzas de Badajoz empezaron a cambiar la neutralidad de Mauriac, quien escribió en *Le Figaro* del 18 de agosto de 1936: «Incluso en el horror de la guerra civil, el hombre sabe que puede dar su vida por aquello que cree que es la verdad, que puede defender la verdad —su verdad— con las armas en la mano. Pero también sabe que las ejecuciones en masa de los vencidos, que el exterminio del adversario —que era ley antes de Cristo— representa el más horrible triunfo conocido por los poderes de las tinieblas en este mundo».[586] La postura de Maritain, como la de Mauriac, cambió radicalmente a causa de las atrocidades cometidas por los rebeldes en Mallorca. Los vascos tenían fama de ser el pueblo más católico de España, [586bis] extraña calificación en un país en el que la Iglesia declara ser el consuelo de todos. Este calificativo proviene, sin duda, del hecho de que el clero vasco tiene una conciencia social mayor que el de Castilla; por lo tanto había menos anticlericalismo en el País Vasco que en el resto de España.

Pero la postura prorrepublicana de esta población católica y de su clero puso en un aprieto a los propagandistas de Franco que predicaban la cruzada anticomunista. El hecho de que en el País Vasco, donde muchos sacerdotes católicos no adoptaron una postura a favor de Franco, hubiese proporcionalmente menos asesinatos de sacerdotes perpetrados por

personas de izquierdas, y que, al contrario, haya habido sacerdotes ejecutados y encarcelados por la fuerzas de Franco, se transformó en elemento determinante en la postura final que adoptaron los intelectuales católicos franceses.

«Si se han cometido en Euzkadi excesos y crímenes a manos de los rojos o de las multitudes desesperadas, al menos esto ha sucedido, según las más rigurosas informaciones que hemos podido recoger, *antes* de la toma de posesión de Gobierno autónomo [octubre de 1936] o *a pesar* de su enérgica oposición; tal es el caso de muchos asesinatos y exacciones y del incendio de Irún. Además habría que indicar que la ciudad ya había sido evacuada y que la destrucción no ha supuesto pérdidas de vidas humanas».[587]

Bolloten cita al ministro republicano vasco Irujo: «En dicho memorándum Irujo declaraba también que en las provincias vascas nadie había atacado a la Iglesia o se había interferido en la práctica de la religión, porque, en contraste con el resto de la zona izquierdista, los clérigos de dichas provincias simpatizaban con las instituciones democráticas y republicanas».[588]

El resumen que Bolloten hace de Irujo no está correctamente traducido al español. Irujo escribió: «… allí donde la Iglesia cumplió su misión evangélica, sin caracterizar sus organismos en un movimiento político determinado, contando la República y la democracia sus adeptos en organizaciones de espíritu cristiano, como sucede en Euzkadi, nadie atentó contra los templos, sacerdotes ni religiosos ni dificultó sus cultos, hoy respetados y amparados por el pueblo y el gobierno del país».[588bis]

La propaganda nacional minimizó en lo posible que los rebeldes matasen también a sacerdotes, pero el hecho salió a la luz durante el discurso del presidente vasco Aguirre, el 22 de diciembre de 1936, en el que declaró: «La guerra que se desenvuelve en la República española, sépalo el mundo entero, no es una guerra religiosa, como ha querido hacerse ver; es una guerra de tipo económico, y de tipo económico arcaico, y de un contenido social».[589]

Después de denunciar el desembarco de tropas moras llegada de África y su transporte por toda España para combatir al pueblo vasco,[590] Aguirre dice: «Afirmo, como es notorio, que los sublevados han asesinado a numerosos sacerdotes y beneméritos religiosos por el mero hecho de ser amantes de su pueblo vasco».[591]

El cardenal Gomá envió el 10 de enero de 1937 una carta abierta a Aguirre confirmando la protesta de la jerarquía española ante el ejército rebelde contra la matanza de sacerdotes, «aunque no se oyera su voz en la tribuna clamorosa de la Prensa o de la arena política».[592].

Tal ruidoso método, decía, «hubiese sido menos eficaz», aunque se pudiese pensar que cualquier método o incluso cualquier falta de método debería bastar para impedir que los cruzados matasen a los sacerdotes católicos. El cardenal continúa justificando la matanza de los sacerdotes vascos y llega a absolver a los asesinos: «Pero también lamentamos profundamente las aberraciones que llevaron a unos sacerdotes ante el pelotón que debiese fusilarlos; porque el sacerdote no debe apearse de aquel plano de santidad, ontológico y moral, en el que le situó su consagración para altísimos ministerios».[593] E insistía: «Yo le aseguro, señor Aguirre, que aquellos sacerdotes sucumbieron por algo que no cabe consignar en este escrito, y que el hecho no es imputable ni a un movimiento que tiene por principal resorte la fe cristiana de la que el sacerdote es representante y maestro…».[594]

¿Cuál fue, entonces, la razón para que los rebeldes matasen a estos sacerdotes vascos? Mucho después de terminar la guerra civil, en 1946, el periodista católico mejicano Alfonso Junco escribió: Hubo, por desgracia, algunos sacerdotes vascos fusilados. Pero fueron unos cuantos, y no por sacerdotes, sino por separatistas[595]. Este punto de vista «oficial» es el que fue presentado durante el curso de la cátedra «General Palafox» de Zaragoza, en 1961, por uno de los religiosos favoritos del régimen, fray Justo Pérez de Urbel, Abad Mitrado del mausoleo de Franco en el Valle de los Caídos: Pero son muchos los que siguen todavía vomitando el veneno de sus calumnias, intentando enlodar la victoria espléndida que salvó a

España y a ellos. Y hablan de sacerdotes muertos también de su lado. Si, hubo entre ellos un puñado de sacerdotes a quienes la justicia tuvo que sacrificar; muy pocos, once sacerdotes frente a siete mil que sacrificaron sus amigos los comunistas y los sindicalistas…. Fueron sacerdotes que se valieron de su autoridad para engañar a sus feligreses, para llevarlos a la muerte, para luchar en unión con los enemigos de la Fe, traidores a su Patria y, lo que es peor todavía, traidores a su Dios. Tuvieron que responder ante la justicia humana no como sacerdotes, sino como atizadores de la lucha, en una forma indigna de su carácter sacerdotal… que murieron, no por ser sacerdotes, sino por ayudar a los enemigos de toda religión[596]. El Dr. Karl Schwendemann, consejero de la Embajada de Alemania en Salamanca, comunicó a su gobierno, el 27 de diciembre de 1936, que el papa «se dolía mucho por la ejecución de los sacerdotes católicos vascos a manos de las tropas blancas». (*Documents on German Foreign Policy*, p. 189). Esta alocución del Abad Mitrado merece un puesto de honor en todas las antologías sobre la guerra civil española, ya que ilustra vívidamente el punto de vista clerical. El sacerdote de los vencedores se deleita sobre los cadáveres de los sacerdotes de los vencidos. ¡Ni una palabra de remordimiento! ¡Y qué excelente ejemplo de caridad cristiana, tal como se practica en Francolandia! Pero este tipo de arengas, si continúa, destruirá la estructura completa de la mitología franquista. Si el Caudillo está justificado por matar a un solo sacerdote opuesto a su cruzada, ¿cómo puede alguien condenar a las masas republicanas, abandonadas de todas las fuerzas de la ley y el orden, que se habían pasado al enemigo —enemigo apoyado por el clero—, por hacer, mientras las pasiones estaban desatadas, lo que Franco hacia a sangre fría?

## La reacción de los intelectuales católicos franceses

La actividad organizada de los intelectuales católicos franceses comenzó a principios de 1937. En febrero de dicho año apareció un llamamiento abierto para acabar con la guerra civil: «contra todos los crímenes inexcusables, procedan de donde procedan, debemos, por nuestro honor de

cristianos, elevar una protesta indignada»[597]. Pero a pesar de su imparcialidad, dicho llamamiento no podía gustar a los franquistas. Exigía responsabilidades a los generales por haber comenzado la guerra: Y nosotros preguntamos también: a aquellos que fueren los iniciadores de una guerra, civil o con el extranjero, ¿no les alcanza siempre, cualesquiera que sean las culpabilidades ulteriores, una terrible responsabilidad en los males y desórdenes que el conflicto engendra?[598] El manifiesto continuaba condenando a Franco por los bombardeos de Madrid: «En el momento en que escribimos estas líneas, Madrid está siendo sistemáticamente destruido, su población entregada a las angustias de la muerte».[599], y rechazaba la tesis de la guerra santa: «¡Que no se cubra con una máscara de guerra santa una guerra de exterminio!».[600] Este llamamiento fue firmado por madame Malaterre-Sellier, Étienne Borne, Francisque Gay, Georges Hoog, Jacques Madaule, Jacques Maritain, Louis Martin-Chauffier, Emmanuel Mounier: «No es por la salvaguardia de España eterna, sino por la salvación del pueblo español por lo que Mounier, muy influenciado por José Bergamín [a quién denomina el "Maritain español"], toma posición; si trata, como Mauriac, de disociar la causa de la Iglesia católica del destino de Franco, ante todo es para que el pueblo pueda volver a encontrar la verdad de una Iglesia, cuyos compromisos la han empujado hasta una exasperación a veces comprensible»)[601], Marc Sangnier, Yves Simon, Paul Vignaux y otros, pero no por François Mauriac[602]. La rápida ofensiva militar lanzada contra los vascos por Franco y sus aliados germano-italianos, obligó otra vez a los católicos liberales franceses a intervenir. En los primeros días de mayo de 1937, apareció un manifiesto en favor de los vascos. Comenzaba así: «La guerra civil española está tomando en el País Vasco un cariz particularmente atroz».[603]. Después de mencionar los bombardeos de Durango y de Guernica y la amenaza que pesaba sobre los refugiados que se amontonaban en Bilbao, el manifiesto insistía: «Es hora de señalar que el pueblo vasco es un pueblo católico, que el culto público no se ha interrumpido jamás en el País Vasco».[604], y concluía: «Es a los católicos, sin distinción de partido, a quienes corresponde elevar la voz antes que a nadie para hacer saber al mundo de la *massacre* despiadada de un pueblo cristiano. Nada justifica, nada excusa los bombardeos de ciudades abiertas,

como el de Guernica».[605]. Esta vez la primera firma era la de François Mauriac, apareciendo, entre otras, las de Hoog, Madaule, Gabriel Marcel, Maritain, Mounier. Merleau-Ponty, Claude Bourdet, Gay y Georges Bidault[606]. La caída de Bilbao en el mes de junio produjo una intervención de «personalidades católicas francesas», entre ellas Mauriac, ante el cardenal Pacelli, secretario de Estado del Vaticano, quien según una nota de prensa oficial de la Santa Sede del 24 de junio de 1937, cablegrafió al primado de España y arzobispo de Toledo para que «hiciera saber al gobierno de Burgos el interés de aquélla en la suerte que pudiera correr el pueblo católico vasco y encargar al primado que "interviniera ante el general Franco para recomendarle la mayor moderación en las operaciones militares del sector de Vizcaya…"».[607]

## La «carta colectiva» del cardenal Gomá

Si el primado transmitió el mensaje del Vaticano, no hay prueba alguna de que el general Franco lo tuviera en cuenta. Por otro lado, el cardenal Gomá se encontraba en esos momentos ocupado con la «Carta Colectiva» que los obispos españoles iban a dirigir a los de todo el mundo pidiendo comprensión y ayuda para los rebeldes, la cual apareció el 1 de julio de 1937. Los orígenes de la misma pueden hallarse en la creciente irritación que los franquistas sentían ante la falta de entusiasmo que la Cruzada despertaba en los ambientes católicos de fuera de España. El 15 de mayo el cardenal primado escribió a los miembros de la jerarquía española para informarles de que el general Franco había solicitado de ellos la preparación de un documento que probase la adhesión del episcopado español al movimiento rebelde[608]. El documento fue redactado por el propio Gomá y enviado a los restantes obispos en forma de pruebas de imprenta, para que lo firmasen, el 7 de junio. En la carta que acompañaba a las pruebas, el primado decía que el documento había sido escrito especialmente para: «Reprimir y contrarrestar las opiniones y la propaganda adversas que, hasta en un gran sector de la prensa católica, han contribuido a formar en el extranjero una atmósfera totalmente adversa al Movimiento».[609] La dicha

carta del 7 de junio afirmaba también: «Gracias a una información copiosa que tengo del extranjero, le puedo asegurar que, especialmente en Inglaterra, en Francia y en Bélgica, predomina, hasta entre los católicos, un criterio contrario al Movimiento Nacional, y que hasta en los medios que nos son más favorables se cree necesaria una terminación de la guerra por acuerdo entre las partes beligerantes».[610]. *Euzko-Deya* cita también una entrevista con Monseñor Enrique Pla y Daniel, obispo de Salamanca, publicada en el *Courrier de Genève* del 17 de noviembre de 1937. El periodista dijo al obispo que en Francia y Suiza se decía «que la Carta colectiva de los obispos ha sido encargada o al menos inspirada por el general Franco. El obispo se sobresaltó: ¡No es verdad —me dijo—; es una mentira propalada por los propios prelados franceses, inducidos a error por la propaganda roja. Le contaré en dos palabras la historia: al propio Cardenal Gomá, primado de España, se le ocurrió, primero, la idea de hacer una carta colectiva, porque desde que empezó la guerra, la Prensa extranjera ha calumniado a la Iglesia, empujada por los rojos. Entretanto, después de que el cardenal hubiese hablado de su proyecto al Vaticano, el general Franco visitó al cardenal y le presentó los recortes de Prensa que había promovido aquella campaña indigna (algunos de estos periódicos eran católicos). El cardenal le indicó al Caudillo que estaba dispuesto a combatir a aquella propaganda embustera». El texto de esta entrevista, lejos de invalidar la suposición de que Franco haya inspirado la carta colectiva, parece confirmarla. Muestra igualmente la estrecha colaboración entre la jerarquía eclesiástica española y los sublevados, y la separación entre aquélla y el pensamiento católico en el resto del mundo.

El texto de la carta del cardenal demuestra claramente que las fuerzas que habían inspirado la redacción del documento «colectivo» temían sobre todo que los esfuerzos de los católicos intelectuales de los países de la Europa no fascista pudieran producir una acción tan anticristiana como la terminación de la guerra civil sin la «rendición incondicional» de la República. A pesar de su título, el famoso documento del 1 de julio de 1937 no fue una «Carta Colectiva» de la jerarquía española; faltaban las firmas del cardenal arzobispo de Tarragona y las de los obispos de Orihuela y Vitoria[611]. La carta, como toda la propaganda de Franco, condenaba «la

labor tendenciosa de fuerzas internacionales ocultas»[612] y añadía esta revelación sobre la existencia de una oposición católica a la Cruzada: «Y lo que nos duele es que una buena parte de la prensa católica extranjera haya contribuido a esta desviación mental, que podría ser funesta para los sacratísimos intereses que se ventilan en nuestra Patria»[613], continuando: «Lamentamos que algunos periódicos y revistas que debieron ser ejemplo de respeto y acatamiento a la voz de las prelados de la Iglesia, las [nuestras declaraciones] hayan combatido o tergiversado».[614] La «Carta Colectiva» muestra, entre otras cosas, que dos cardenales, seis arzobispos, treinta y cinco obispos y cinco canónigos de la Iglesia española pueden cometer errores cuando intentan escribir historia. El cardenal y los que con él firman el documento expresan su profunda seguridad en la existencia del «complot comunista ruso». La «Carta Colectiva» afirma: «El 27 de febrero de 1936, a raíz del triunfo del Frente Popular, el Komintern ruso decretaba la revolución española, y la financiaba con exorbitantes cantidades».[615]. El cardenal dice también «Poco antes de la revuelta habían llegado de Rusia 79 agitadores especializados». (p. 575). ¿Quiénes eran esos rusos? El cardenal no lo dice. En todo caso, no fueron ellos los que se alzaron, sino el ejército. Los dos extranjeros que intervinieron inmediatamente en la guerra fueron los dos nazis del Marruecos español, Adolf Langenheim y Johannes Bernhardt. Pero el Cardenal no habla de ellos, como tampoco menciona al «Conde Rossi» (Arconovaldo Bonaccorsi), un aventurero fascista italiano, que antes de finalizar el primer mes de la guerra estaba virtualmente al mando de la isla de Mallorca. Y continúa diciendo que durante las semanas que precedieron a la rebelión «desde Madrid a las aldeas más remotas aprendían las milicias revolucionarias la instrucción militar y se les armaba copiosamente, hasta el punto de que, al estallar la guerra, contaban con 150 000 soldados de asalto y 100 000 de resistencia»[616], y señalando con gran precisión: «La Comisión Nacional de Unificación Marxista, por los mismos días, ordenaba la constitución de las milicias de todos los pueblos»[617].

Hoy es evidente que si la República hubiera dispuesto de la décima parte de los hombres entrenados y armados a que aludía la propaganda del cardenal, el pronunciamiento hubiera sido estrangulado en su mismo

nacimiento. La Comisión Nacional de Unificación Marxista apenas existió fuera de la mente calenturienta del primado y si tal organización ordenó la creación de las milicias populares, estas nunca fueron formadas, y fue sin armas como el pueblo («la plebe», como la «Carta Colectiva» dice) hizo frente a los rebeldes, que sí las poseían, el 18 de julio. El cardenal insiste en que el supuesto «complot» comunista es «cosa documentalmente probada… el minucioso proyecto de la revolución marxista que se gestaba y que habría estallado en todo el país…».[618] Pero el primado no exhibe los documentos a los que se refiere, y hasta ahora ningún portavoz de Franco ha sacado a la luz pruebas similares que pudiesen ser aceptables para un historiador serio. [619]

El cardenal Gomá pertenecía a la escuela de pensamiento que cree que cuando algo va mal en España se debe a «influencia extranjera». Por lo tanto, «este odio a la religión y a las tradiciones patrias» fue algo que «llegó de Rusia, exportado por orientales de espíritu perverso».[620] Es un hecho bien conocido que la mayor parte de los que quemaban iglesias en España no eran los pocos comunistas que existían, sino grupos más populares y más arraigados en las tradiciones españolas. Los comunistas eran demasiado prácticos para quemar una iglesia que podía servir algún día como garage o almacén. Y en los países europeos donde los comunistas son mucho más numerosos que en España, las iglesias no son quemadas. El cardenal no podía, naturalmente, reconocer que la Iglesia tuviera alguna parte de culpa. Y en la «Carta Colectiva» continuaba hipócritamente felicitándose a sí mismo de que la mayoría de «nuestros comunistas» cuando eran «sancionados por la ley», esto es, fusilados por Franco, eran reconciliados con el Dios de sus padres antes de morir. En Mallorca, decía el primado con evidente placer, sólo el 2% había muerto impenitente; en el sur de España el 20%; y en el norte quizá menos del 10%, y concluía: «Es una prueba del engaño de que ha sido víctima nuestro pueblo».[621] Quizá era una prueba también de ciertas deficiencias de una Iglesia que no tenía nada que ofrecer a aquellos desgraciados sino una ocasión de arrepentirse antes de caer fusilados. El cinismo del cardenal se muestra más claramente todavía en esta bárbara afirmación de la «Carta Colectiva»: «La guerra es, pues, un plebiscito armado».[622] Si esto era así, por primera vez los moros y los

legionarios extranjeros fueron autorizados para votar en unas elecciones españolas.

## Jacques Maritain contra la guerra santa

Fue también el 1 de julio de 1937, cuando Jacques Maritain publicó su declaración más conocida contra Franco y sus cruzados. Apareció en la *Nouvelle Revue Française*, y un mes después fue impresa de nuevo como prefacio al libro del profesor español Alfredo Mendizábal, *Aux origines d'une tragédie*[623]. Maritain decía que si los republicanos habían cometido sacrilegios, también lo habían hecho los rebeldes: «Es un sacrilegio profanar los lugares sagrados y el Santo Sacramento, destruir todo lo que está consagrado a Dios, deshonrar y torturar religiosas, exhumar los cadáveres para escarnecerlos, como ha ocurrido en los días tenebrosos que siguieron inmediatamente al estallido de la guerra; y es un sacrilegio fusilar, como en Badajoz, cientos de hombres para festejar el día de la Asunción, o de aplastar bajo las bombas de los aviones, como en Durango —porque la guerra santa odia más ardientemente que al infiel a los creyentes que no la sirven— las iglesias y el pueblo que las llena y los sacerdotes que celebran los misterios, o, como en Guernica, una ciudad entera con sus iglesias y sus tabernáculos, ametrallando a las pobres gentes que huyen».[624] Y que si existió un terror rojo también hubo otro blanco: «Los horrores rojos, con lo que ellos han revelado del salvajismo humano, han sido el tema de varias narraciones; y el número de crímenes y de expolios debido a la histeria de las multitudes y a las violencias individuales, es, sin duda, más grande de lo que se imagina. Comienzan a llegar testimonios sobre el terror blanco, y lo que se sabe hasta ahora permite pensar que alcanza un raro nivel de crueldad y de desprecio por la existencia humana. Pero, ¡qué! En nombre de la guerra santa, aquél se lleva a cabo bajo las insignias y los estandartes de la religión, y la cruz de Jesucristo brilla como un símbolo de guerra sobre la agonía de los fusilados, y ni el corazón del hombre ni su historia pueden soportarlo. Un hombre que no crea en Dios, puede pensar: después de todo, es para volver al imperio del orden, y un crimen exige otro crimen. Un

hombre que cree en Dios sabe que no es el desorden lo peor; es como si los huesos de Cristo, que los verdugos del Calvario no tocaron, hubieran sido rotos sobre la cruz por los cristianos».[625]

Maritain rehusó conceder a los autores de las atrocidades rebeldes el título de cruzados: «¡Que se invoque entonces, si se la cree justa, la justicia de la guerra que se hace, no su santidad! Que se mate, si se cree un deber matar, en nombre del orden social o de la nación, lo cual es ya bastante horrible, pero que no se mate en nombre de Cristo Rey, que no es un jefe guerrero, sino un rey del perdón y de la caridad, muerto por todos los hombres, y cuyo reino no es de este mundo».[626]

El artículo de Maritain era, en parte, una impugnación de las afirmaciones del dominico español padre Menéndez Reigada, que había escrito que «la guerra nacional española es una guerra santa, y la más santa que registra la Historia».[627] (Menéndez-Reigada respondió al artículo de Maritain de julio de 1937 con otro artículo, con la siguiente argumentación: «1). La guerra no es santa por el sujeto que la ejecutan; 2). No es santa por lo que es en sí misma; 3). La guerra es santa por su objeto». En las dos últimas páginas, sin numerar, de este folleto, hay comentarios sobre el primer libro de Menéndez-Reigada, y entre ellos uno de José María Gil Robles, quien pregunta: «¡No habría forma de que se reprodujera en países extranjeros, particularmente en Inglaterra y Estados Unidos, donde ni aun los mismos católicos han acabado de ver la legitimidad de nuestra posición?».). En una nota a pie de página, Maritain subraya: «El reverendo padre Menéndez-Reigada justifica esta afirmación diciendo que en la guerra actual es la existencia misma de toda religión, natural o positiva, lo que está en juego, así como el fundamento natural de la sociedad. Es lícito dudar que la Providencia no haya encontrado otro medio de salvar estas bases primordiales de la vida humana sino con el triunfo militar de los nacionalistas españoles y de sus aliados».[628]

También eran contrarios a la posición del español, los dominicos franceses, cuya publicación *Sept* se opuso a la teoría de la «Guerra Santa» hasta que fue suprimida por orden del cardenal Pizzardo, funcionario del Vaticano [629]. Antes de desparecer, *Sept* escribió: «Dígase lo que se quiera, la guerra de España no es una cruzada; fue, en primer lugar, el resultado de

un pronunciamiento, e incluye demasiados elementos políticos para que pueda ser confundida con la reconquista del sepulcro de Cristo. Que en el plano político, por consideraciones políticas, por fines políticos, los católicos se declaren a favor de Franco, lo comprendemos y nos guardaremos bien de condenarles por ello. Que se una la causa del catolicismo a la de los nacionalistas españoles, que se asocie la cruz de Cristo a la bandera de Franco, es otro problema, que no puede ser resuelto de la misma forma».[630]

## François Mauriac y Víctor Montserrat

Aunque la cuestión vasca desapareció de los titulares de los periódicos después de la ocupación de la región por las fuerzas de Franco y la rendición final y perfidia franquista hacia el ejército vasco en Santoña, los católicos liberales franceses continuaron interviniendo en el asunto. Mauriac escribió una introducción a la segunda edición, que apareció en mayo de 1938, del libro de Víctor Monserrat, *Le drame d'un peuple incompris*[631]. La primera edición se habla publicado un año antes, después de la visita que Montserrat había hecho al País Vasco como corresponsal del periódico católico «oficial» de Francia, *La Croix*[632]. Montserrat había sido duramente atacado en la prensa franquista por su reportaje del 8 de enero de 1937, en el que aquél había expresado su sorpresa por no haber encontrado ni un solo prisionero entre las fuerzas de Franco en las Vascongadas. Le fue dada la siguiente explicación: «Las medicinas son escasas y caras ¿Se figura usted que las vamos a gastar inútilmente con ellos? Las necesitan los nuestros. Debiéndolos matar al fin y al cabo, no vale la pena curarlos. Se termina con ellos cuanto antes».[633].

En su prefacio al libro citado, Mauriac atacó a los que defendieron la utilidad de la rebelión franquista: «Desde hace dos años que una matanza atroz, durante la cual España ha sido desangrada, arruinada, entregada a potencias extranjeras, utilizada como cobaya por ambiciones rivales admiro que hombres serios continúen asegurando que la insurrección militar era el camino mejor, el más razonable, el más serio y el más cristiano».[634]

## La paz amenaza a la Cruzada

Las continuas atrocidades de los rebeldes y el empeoramiento de la situación internacional provocaron nuevos artículos contra Franco de los intelectuales católicos franceses. Mauriac escribió el 18 de marzo de 1938 en *Temps présent*: «Los franceses no saben aún que el mismo espíritu que triunfa en Austria ha triunfado ya en España, en Abisinia y en China. Un gran número de entre ellos se complace todavía con lo que ocurre en estos días en España. El pavoroso sincronismo de la entrada de Hitler en Viena y de la victoria de los aviadores italo-alemanes en la frontera catalana, no les ha abierto los ojos».[635]

Maritain y Mauriac firmaron el llamamiento del Comité por la Paz Civil y Religiosa en España, que apareció en marzo de 1938. Después de protestar contra «los bombardeos aéreos masivos sobre centros de población civil, en los que los objetivos militares, si los había, no podían ser claramente diferenciados», y de señalar que «Barcelona acaba de ser víctima del más violento bombardeo que se ha llevado a cabo desde que existe el arma aérea», continúa: «Si razones simplemente humanitarias bastan para condenar tal masacre de no combatientes, esta masacre resulta más repudiable si es posible cuando los jefes responsables de las operaciones dicen defender la civilización cristiana».[636]

Además de las firmas de Maritain y Mauriac, aparecían las de personas bien conocidas en los círculos intelectuales católicos franceses: Monseñor E. Beaupin, Georges Duhamel, Louis Gillet, Madaule, Bourdet y Vignaux, y Gabriel Marcel[637]. (Marrero considera a Gabriel Marcel «entre los grandes escritores que mostraron sus simpatías por los nacionales».[638] Mauriac escribía: «Tal y como decía Gabriel Marcel en una conferencia de *Chrétienté*: “Un católico no puede verse obligado, como católico, a tomar partido por un clan u otro que estén enfrentados por una guerra”».

Las actividades de un comité en favor de la paz debieron escandalizar profundamente a los santos-guerreros, ya que la oportuna respuesta fue encomendada nada menos que a una figura tan importante como el ministro del Interior, jefe de la Falange y de los Servicios de Prensa y Propaganda, el «cuñadísimo», Ramón Serrano Súñer, quien atacó a dicho comité el 19 de

junio de 1938, durante las ceremonias conmemorativas del aniversario de la conquista de Bilbao por las fuerzas de Franco. El ministro español eligió una curiosa arma para sus ataques: el antisemitismo. Denunció a Jacques Maritain: «Este judío converso, que comete la infamia de lanzar a los vientos del mundo la especie de las matanzas de Franco y la necedad inmensa de la legitimidad del gobierno de Barcelona».[639] Maritain se había convertido, pero no del judaísmo sino del protestantismo. Estos ataques contra Mauriac, Maritain, y otros católicos, no tenían nada que ver con su «antitotalitarismo». Ramón de Olascoaga escribió en *El correo español* del 7 de julio de 1938: «… los Maritain y compañía que se niegan a reconocer la legitimidad católica y santa de nuestra causa…». Para halagar a sus amigos nazis, Serrano Súñer atacó también al periódico católico francés *La Croix* por ser «hoy pacifista y, como tal, nuestro enemigo»[640] por haber escrito, durante la Primera Guerra Mundial: «A los alemanes que caigan en nuestro poder hay que matarlos como apaches».

Para el ministro español, «la sabiduría de Jacques Maritain tiene acentos que recuerdan la de los sabios de Israel y tiene las falsas maneras de los demócratas judíos. Nosotros sabemos que el está en trance de recibir o recibe ya el homenaje de las logias y de las sinagogas. Y tenemos derecho a dudar de la sinceridad de su conversión, y ante el mundo católico denunciamos este peligro tremendo de traición».[641]

Había escaso antisemitismo en España, incluso en la Falange fascista, por lo que esto no fue sino una maniobra táctica. El tema había sido introducido en el fascismo español por Onésimo Redondo, antiguo alumno de los jesuitas, que regresó de Alemania en 1930.[642]. Pero el antisemitismo jugaba un papel insignificante en la propaganda falangista; si Serrano Súñer lo utilizó para arremeter contra los católicos liberales franceses, lo hacia más como acto de sumisión —como quitapelillos— a los nazis que en una esperanza de posible adopción, dentro de España, de su racismo. No había en España el suficiente número de judíos como para hacer un antisemitismo rentable, políticamente o de cualquier otra forma. El puesto equivalente a los judíos en la ideología de Hitler, fue ocupado en España por los catalanes y vascos, cuyas culturas regionales fueron enteramente suprimidas por los franquistas, partidarios de la centralización castellana.[643]. (En el volumen

que recoge los discursos de Serrano Súñer, publicado en 1938, la expresión «judío converso» ha sido sustituida por «converso», simplemente.[644]) Sin embargo, siguiendo el camino marcado, toda la prensa franquista enarboló la misma bandera.

*La Voz de España* el 21 de junio publicó un articulo elogioso del discurso de Serrano Súñer, firmado por Antonio Urbina, marqués de Rozalejo: «Historiando la extraña coincidencia de que tan vergonzosa campaña sea justamente dirigida por un judío pretendidamente converso, descendiente tal vez de esos conversos que al alborear nuestro ideal moderno iban pervirtiendo la conciencia de España hasta que fueron con justicia triturados por nuestros católicos reyes, que les arrancaron la máscara».[645]

El 25 de junio *ABC* de Sevilla escribió: «El judío Maritain es el capitoste de esta infame campaña contra la España auténticamente católica y tradicional».[646] *Unidad*, el 2 de julio, declaraba que el escritor francés era un «judío converso peligrosísimo».[647]. El 20 de julio, *ABC* de Sevilla, volvió al ataque, llamando a Maritain «el judío "supuestamente converso"».[648] El 24 de julio, *El diario de Navarra* preguntaba: «¿Qué es lo que molesta al P. Merklen de tal manera que le obliga a inclinarse, conjuntamente con la judería y la masonería, hacia la horda bolchevique…?»[649]. *El Correo Español* continuaba: «Maritain no ha adoptado otra postura que la correspondiente a su pasado fangoso. Es judío, y sus procedimientos no pueden tener otro sello que el de su raza… Nunca se insistirá bastante en que contra los judíos es más eficaz el látigo que el argumento».[650]

Esta racista arremetida contra el más distinguido de los filósofos católicos contemporáneos, Jacques Maritain, orquestada convenientemente por toda la prensa franquista, no recibió ni una sola palabra de reproche de la jerarquía católica española.[651] Franco, el caballero cristiano, convencido de que los nazis iban a dominar Europa durante muchas generaciones, denunciaba en su discurso del 19 de mayo de 1939 «el espíritu judaico que permitía la alianza del gran capital con el marxismo…». Es evidente que si Hitler hubiera ganado la guerra los franquistas estarían deseosos de seguir su ideología. Ahora bien, Hitler no ganó la guerra, y en 1947 Franco

aseguraba a uno de sus partidarios norteamericanos que había procurado ayudar a miles de niños judíos durante la guerra; y declaraba ante la prensa inglesa que en las posesiones y protectorados españoles los judíos habían gozado de ayuda y protección. Si Hitler estuviera vivo hoy día, seguramente demostraría que durante la guerra salvó la vida a UN judío.

Mauriac replicó a Serrano Súñer en *Le Figaro* de París, definiendo la verdadera posición de Maritain: «Jacques Maritain no es un "judío converso", como asegura el ministro de Salamanca. Si lo fuese, no me parecería menos digno de ser admirado y de ser amado, pero no lo es».[652] Después de recordar que su primera reacción ante la guerra civil española había sido la de un derechista doctrinario, Mauriac explicaba su propio cambio de actitud y el de sus amigos: «La presencia de moros, la intervención masiva de las escuadrillas y de las tropas italianas y alemanas, los métodos atroces de la guerra total, aplicados por los jefes militares contra un pobre pueblo que es su propio pueblo, los sufrimientos de los vascos, culpables del crimen de no rebelión, enfrentaron a los católicos franceses con un caso de conciencia doloroso. No ignoraban, en efecto, que en el otro lado de la barricada el gobierno legal era sostenido por las fuerzas unidas del marxismo y de la anarquía. Lo que decidió nuestra actitud fue la pretensión de los generales españoles de dirigir una guerra santa, una cruzada, de ser los soldados de Cristo…».[653] Y Mauriac se dirige directamente a Serrano Súñer: «Los sacrilegios y crímenes cometidos por una multitud armada y furiosa al día siguiente de una rebelión militar reprimida, son de un horror intolerable. Nosotros decimos únicamente que los asesinatos cometidos por los moros que lucen un Sagrado Corazón sobre sus chilabas, que las depuraciones sistemáticas, los cadáveres de mujeres y niños dejados tras si por los aviadores alemanes e italianos al servicio de un jefe católico y que se dice soldado de Cristo, son otra clase de horror, del que vosotros tenéis el derecho de ser menos sorprendidos que nosotros; pero ninguno de nosotros puede impedir que las consecuencias no sean lamentables para la causa que nos debería importar por encima de todas las demás, y que no es otra sino el reinado de Dios sobre la Tierra».[654] Mauriac insiste en su postura antifascista: «Pero queda, queda esta espantosa desgracia que supone el que para millones de españoles

cristianismo y fascismo se confundan desde hoy, y que no puedan odiar al uno sin odiar también al otro».[655] Y una vez más, Mauriac se declara en contra de las proclamaciones de guerra santa de los rebeldes españoles: «Jacques Maritain, enfrentándose con toda la potencia de su dialéctica y todo el fuego de su caridad contra la pretensión de los generales españoles de estar empeñados en una guerra santa, ha prestado a la Iglesia Católica un servicio tal que el furor que suscita nos ayuda a medir su importancia».[656]

Mauriac también preveía que la sangría continuaría después de la «victoria»: Cuando todo parezca terminado comenzará el reinado absoluto de la Fuerza. Y la Fuerza que se sirve de la Iglesia es la mayor desgracia que puede caer sobre un pueblo cristiano».[657]

## Mauriac y la ejecución de Julián Grimau

El comunista Julián Grimau fue fusilado en Madrid el 21 de abril de 1963 por crímenes, según se dice, cometidos durante la guerra civil española. El comentario hecho por François Mauriac con este motivo, aparecido en *Le Figaro Littéraire* del 4 de mayo de 1963[658], servirá para demostrar que el católico francés nunca ha cambiado de actitud en su oposición al régimen de Franco: «Sí, el pueblo de España ha sido traicionado, abandonado y desamparado por todos nosotros, comunistas, socialistas, católicos. Si no hubiesen existido Maritain, Bernanos, yo mismo y algunos otros… Es el momento de mi vida en que he sentido menos vergüenza».[659] Mauriac, observando la guerra de España desde un estrecho punto de vista francés, culpa a la izquierda de la derrota de la República: «Si fueron los soldados de Mussolini, si fueron los *Messerschmitt* de Adolf Hitler los que permitieron a los generales españoles estrangular a la República, no impide que triunfasen con la complicidad de Stalin y con la de los socialistas franceses y los radicales socialistas franceses».[660]

Y otra vez: «Que Franco, responsable ante Dios y ante la Historia del crimen innumerable y multiforme que lleva el nombre de Guernica y que Picasso ha fijado en el lienzo para siempre, que Franco no haya perdonado, después de veinticinco años, a un servidor de la República, me indigna,

desde luego, pero rehúso vociferar con estas multitudes ciegas cuyos jefes desertarían hoy como lo hicieron siempre…».[661] Pero si Mauriac quiere acusar a la izquierda internacional de traición a la República Española, debe serle difícil no acusar también a los conservadores ingleses, que toleraron repetidamente que su protectorado portugués interviniera suciamente en España y que ejercieron un chantaje sobre el vacilante Blum. Y Franklin Roosevelt, demasiado asustado para actuar democráticamente por temor a perder los votos de los católicos, debe compartir también la responsabilidad. Supongamos que incluso después de la amonestación de Munich, Stalin hubiese persistido en su aventura española (y los rusos eran muy cautelosos con las largas distancias)[662]. Supongamos que hubiese ido demasiado lejos en España y que las resoluciones de Munich se hubiesen realizado, es decir, que Chamberlain y Daladier hubiesen dado a Hitler carta blanca para atacar en el Este; supongamos, entonces, que Adolfo Hitler fuese el amo de Europa hoy. Pocas personas, excepto los fieles al régimen de Franco, podrían desear tal eventualidad. No, la historia no puede perdonar la traición de que fue objeto España desde 1936 a 1939, la debilidad de la democracia trabada por el peso del lastre capitalista. Todos tienen su parte de culpa y todos tienen su justificación, más o menos válida, para su perfidia. Pero la gran, irremediable e imperdonable traición hecha a España sucedió en 1945, cuando los vencedores de la Segunda Guerra Mundial podían haber derribado el régimen de Franco con un ultimátum beligerante, y nadie habló de ello.[663]. Quizá algún día conozcamos la secreta razón de este silencio.

En su comentario sobre la ejecución de Julián Grimau, Fransois Mauriac se refiere al nudo central del problema español, la legalidad del gobierno de la República: «Después de la ejecución de Julián Grimau, en lugar de vociferar haríais mejor respondiendo con precisión a sus jueces y recordarles porqué no son justos». Julián Grimau había sido inspector de la Brigada de Investigación Criminal en Madrid: la acusación, por lo tanto, ha creído poder imputarle todos los crímenes. ¡Como si las medidas tomadas por este funcionario del gobierno legítimo no hubieran sido la respuesta a una sublevación de los generales apoyada por la Italia fascista y por la Alemania nazi! ¡Si alguna vez un gobierno legal se halló ante un caso de

legítima defensa fue el de la República española![664] Mauriac siempre insistió en la legitimidad de la República. En el prólogo a la segunda edición de *Le drame d'un peuple incompris*, escribía: «Permítaseme tan solo llamar la atención del lector católico sobre un punto de la doctrina: los cristianos están obligados a obedecer el poder establecido, legal, por muy débil y malo que sea; pues bien, todos los embajadores extranjeros estaban acreditados ante el gobierno de Madrid».

## La gran indignación de Bernanos

Uno de los mayores problemas de los propagandistas de Franco, incluyendo a Calvo Serer, ha debido ser la conducta de Georges Bernanos. Este no era sólo un escritor bien conocido, sin posible sospecha de pecado de izquierdismo, sino que, a diferencia de Maritain o de Mauriac, había vivido durante más de ocho meses bajo la dominación rebelde[665]. Cuando la propaganda franquista se encontraba con que un corresponsal extranjero denunciaba, por ejemplo, ciertas atrocidades, tales como el bombardeo de Guernica o las matanzas de Badajoz, le llamaban, simplemente, «embustero». Era una táctica difícilmente utilizable para deshacerse de Bernanos ante los círculos católicos.

Bernanos fue, quizá, el hombre más ácido de su generación, y su libro sobre la guerra civil española, *Les grands cimetières sous la lune*, es un libro colérico: «No me corresponde analizar aquí esta obra de la ira. Y sin embargo tengo que subrayar que ni un sólo demócrata, ni siquiera François Mauriac, habrá llegado tan lejos y de una forma tan absoluta en la condena de la impostura franquista. Hay que señalar, además, que la campaña de *Temps présent* contra la guerra civil no alcanzará toda su fuerza hasta la publicación de *Grands cimetières*…».[666] Apareció primeramente en París, en 1938, siendo publicada la traducción inglesa, poco después, en Londres y Nueva York[667]. Bernanos volvió a tratar de la guerra civil un año más tarde en *Scandale de la vérité*[668], obra tan colérica como la anterior. Calvo Serer dice sobre el escritor francés: «Las interpretaciones de Bernanos sobre la injusticia e ilegalidad del Alzamiento, descansan sobre una gran

ignorancia de la realidad española: su error fundamental está en extender a toda la España nacional la responsabilidad de aquellos excesos cometidos en Mallorca en la represión, durante las primeras semanas del Alzamiento, cuando la isla se encontraba bajo la amenaza de un desembarco rojo».[669].

Si el asunto no fuera tan espantoso, serla divertido ver de que forma se embrolla quien como Calvo Serer intenta defender los argumentos franquistas de la guerra civil. Por ejemplo, Calvo Serer afirma que nadie puede culpar a la España Nacional de lo que sucedió en Mallorca. Entonces, cómo pueden los rebeldes acusar a la España republicana de cada uno de los excesos —la palabra exacta que Calvo Serer debe usar es «asesinatos»— que tuvieron lugar en la zona republicana? Los crímenes en esta última fueron cometidos cuando los hombres que habían jurado defender la ley y el orden faltaron a su palabra, traicionaron al Estado y se sublevaron, dejando la calle en manos de las masas, justa y vengadoramente enfurecidas. «… Y las mismas masacres nadie ignora que fueron obra de organizaciones anarquistas en las que pululaban agentes provocadores y que se hicieron dueñas de la calle gracias a la traición simultánea de la Policía y de la tropa».[670] Por el contrario, los crímenes en la España rebelde, como en Mallorca, amén de mucho más numerosos, fueron metódicos, organizados, firmados por los militares y bendecidos por la Iglesia.

## Calvo Serer y los «excesos» rebeldes

Calvo Serer intenta justificar los asesinatos llevados a cabo en Mallorca, por el hecho de encontrarse la isla amenazada de una invasión «roja». Si era apropiado y conveniente matar campesinos republicanos porque una invasión «amenazaba» la isla, con qué especie de lógica clerical pueden reprochar los rebeldes a las masas republicanas por matar no cuando éstas estaban simplemente «amenazadas», sino realmente enfrentadas con invasores extranjeros, primero moros y legionarios, luego portugueses, alemanes e italianos?

Calvo Serer no debería haber abierto el «*dossier*» de los «excesos» cometidos por los rebeldes. Quiere limitar éstos a la isla de Mallorca. ¿Cree

honradamente que los asesinatos de esta isla fueron únicos en la retaguardia rebelde? ¿Es tan inocente como para no saber que desde el mismo día del alzamiento los sublevados fusilaban a toda persona sospechosa de disidencia, desde limpiabotas a generales? (La orden de ejecución podía ir firmada por un alto oficial y al campesino se le podían brindar los consuelos de la fe católica, pero, a pesar de ello, el crimen seguía siendo crimen). Y si los asesinatos marchaban lentamente en Galicia, en Extremadura en Andalucía, en Asturias, en el País Vasco al final de la guerra, el ejército y la Iglesia de España tenían todavía por delante años de pesado trabajo para acabar con los infelices capturados en el momento del final derrumbamiento republicano.

Calvo Serer limita su reconocimiento de los «excesos» en Mallorca a «las primeras semanas» de la rebelión. ¿Porqué a las «primeras semanas»? Bernanos escribe: «La cifra que voy a dar me ha sido facilitada por uno de los jefes de la represión en Palma. La que el pueblo piensa es muy diferente. No importa. A comienzos del mes de marzo de 1937, después de siete meses de guerra civil, la cifra era de tres mil asesinatos de este tipo. Siete meses son doscientos días, es decir, un promedio de quince ejecuciones por día».[671]. Bernanos insistió sobre este asunto un año más tarde en *Scandale de la vérité*: «Si es verdad que seis mil sacerdotes han sido horriblemente ejecutados por los rojos, también ha sido muerto el mismo número de campesinos o de burgueses mallorquines, absolutamente inocentes de esos crímenes».[672]. Es muy instructivo señalar aquí que Montero, en su monumental aunque parcial estudio de las pérdidas de la Iglesia durante la guerra civil, da la cifra de tres muertos en la isla de Mallorca[673]. Calvo Serer subraya que Bernanos hace hincapié en ciertos «errores y desviaciones» en la orientación de la España Nacional, de los cuales, dice el crítico español, eran responsables «personas singulares»[674]. Cuando Calvo Serer habla de «personas singulares» se refiere probablemente a gente como el «conde Rossi» (Bonaccorsi), muy útiles en aquellos tiempos y que todavía siguen siéndolo ahora para cargar con todos los pecados. *Prospettive*, n.º 6, «Italiani in Spagna» (Roma, ¿1939?), p. 15, reproduce una carta del arzobispo José, obispo de Mallorca, dirigida a Bonaccorsi el 16 de septiembre de 1937, dándole las gracias por su ayuda

en la «liberación» de Mallorca. Entonces ningún franquista tenía al conde Rossi por «singular»; pero, insiste Calvo Serer, esos errores y desviaciones no pueden ser imputados a «la totalidad del Movimiento» ni pueden anular la «significación más profunda» del alzamiento franquista. Y para concluir con su argumentación, Calvo Serer, después de citar a Bernanos como sigue: «No es el uso de la fuerza lo que me parece condenable, sino su mística; la religión de la fuerza puesta al servicio del Estado totalitario, de la dictadura de la Salvación Pública considerada no como un medio, sino como un fin».[675], declara: «… vista la historia con serenidad, hay que convenir en que la España nacional no recurrió a la violencia como un fin, sino como un medio, y en circunstancias extremas…»[676].

Sí, sobre todo estudiemos el asunto con serenidad. Las tropas de Franco entraron en Madrid el 28 de marzo de 1939. Para todos los efectos prácticos, la guerra había terminado. Sin embargo, ¿es posible que Calvo Serer no lo sepa? Los fusilamientos continuaron y continuaron durante meses y años. Desde luego, eran fusilamientos *oficiales*. Pero, dónde estaba el enemigo que amenazase con un desembarco la costa española? ¿Quién era el enemigo? ¿Hitler? ¿Churchill? ¿Mussolini? ¿La Francia derrotada? ¿Cuáles fueron las «circunstancias extremas» que justificaron esta sangría?

Tomemos solamente dos víctimas bien conocidas. Luis Companys[677], fue arrestado por la policía falangista y la Gestapo en la Francia ocupada, conducido a España y ejecutado diecisiete meses y medio después de la terminación de la guerra civil, cuando había desaparecido, sin duda, toda amenaza de invasión hacía mucho tiempo. Cuando cayó Francia en poder de los nazis, Serrano Súñer envió bandas franquistas para buscar, como buitres, en el país derrotado, víctimas para los pelotones de ejecución en España. Una de ellas, encabezada por Urraca Pastor, encontró a Companys en La Baule (Vendée) y los alemanes lo entregaron a los franquistas contra la firma del encargado de negocios de la Embajada de Franco en París. ¿Porqué? Juan Peiró, el antiguo ministro de Industria de la CNT fue devuelto a España de la misma forma y ejecutado en Valencia en 1942[678] ¿Por qué? Un hombre más afortunado, Francisco Largo caballero, cayó en las manos de la Gestapo en la Francia ocupada en 1943 y fue enviado al campo de concentración de Oranienburg, siendo liberado en 1945 por las

tropas rusas[679]. Largo Caballero escribió que fueron conducidos a dicho campo de concentración cinco mil republicanos españoles, de los que un 90% murió en el mismo[680]. Mientras tanto, los que habían vencido en la guerra civil, el general Muñoz Grandes, el presente ministro de Asuntos Exteriores de España, Castiella, y otros franquistas estaban en la División Azul, luchando al lado de los nazis para perpetuar el fascismo. Los secuestros de republicanos españoles en Francia indignaron violentamente a Bernanos, que en 1945 decía: «¿No comprendéis que ni la victoria será suficiente para borrar esta mancha hecha a nuestra historia por la entrega a Alemania de los judíos antinazis refugiados entre nosotros y la de los republicanos españoles a Franco?».[681] En 1942 escribía en *Lettre aux Anglais*: «Por la misma ocasión, ¡ingleses!, vuestra defección ha estado a punto de encadenar a la Iglesia a otra especie de monstruo, la dictadura clerical española, el Terror Negro, toda la crueldad y toda la tristeza del infierno, el odio del hombre ofrecido a Dios hecho hombre, la sangre del pecador sustituida en el inefable cáliz por la sangre del Cordero que redime, el Cristo sometido ora vez al yugo de la ley antigua». (Citado por Robert Speaight en *Georges Bernanos*, p. 194).

**Calvo Serer no comprende a Bernanos**

Calvo Serer no puede comprender a Bernanos porque el intelectual franquista razona como los sacerdotes de Mallorca, que fueron quienes provocaron directamente la gran ira de Bernanos. Calvo Serer no alude en ningún sitio al punto central de los libros del católico francés sobre el conflicto español: su oposición a la guerra santa proclamada por Franco. El hecho que Bernanos rehusaba aceptar era éste: que en la isla de Mallorca, donde ni las personas ni los bienes eclesiásticos habían sido atacados antes de la guerra, donde los rebeldes habian detentado el poder en todo momento, la Iglesia y sus dignatarios participasen tan Inaturalmente en la matanza de los enemigos. En una réplica a las críticas hechas por el reverendo padre Du Passage [682], S. J. a *Les grands cimetières sous la lune*, Bernanos dijo: «No me indignaron tanto los asesinatos cometidos en

Mallorca como el hecho de que fueron aprobados públicamente por la gran mayoría del clero, frailes y monjas de esa desgraciada isla»[683]

El escritor francés no se sorprendió porque las masas republicanas, que estaban abiertamente contra la Iglesia, destruyeran y matasen; lo que sí le sorprendió fue el hecho de que nadie de la organización eclesiástica de Mallorca manifestase una reacción cristiana ante los asesinatos de gentes inocentes. Escribía en 1939: «Es preciso que la Cristiandad liquide este asunto de España, es preciso que la verdad sea dicha sobre España. ¡Basta de frases! ¡Os habéis vengado, decidlo! Cuando tenemos la desgracia de ceder ante el espíritu de la venganza, nos vengamos nosotros mismos, no encomendamos tal tarea a un general provisto de una bendición episcopal. El asunto de España emponzoña la Cristiandad»[684]. Estas palabras fueron escritas cuando Bernanos supo la caída de Barcelona. Sus experiencias de Mallorca no le permitían hacerse ilusiones sobre la suerte que esperaba a los republicanos capturados en la desmoronada retaguardia: «Los medios clericales que me son más hostiles tienen más información que yo sobre la depuración llevada a cabo por los franquistas y los métodos de guerra de los moros y de la Legión… Podría citar el nombre de un dominico al cual un jesuita español aseguraba, hace un año, que una auténtica restauración del cristianismo en su país no sería posible sino a cambio del sacrificio de dos millones de cabezas de incorregibles malvados»[685]. Cuando P. H. Simon dijo, en una critica hecha a *Scandale de la verité*, que Bernanos usaba frases que un católico nunca escribiría, este replicó en *Temps présent*: «Nunca se comprenderá nada de mi libro si no quieren tenerse en cuenta mis experiencias en España. ¿Qué he visto funcionar en Mallorca? Un sistema regular de exterminación de elementos de todas las clases considerados indeseables, al ritmo de por lo menos quince víctimas por día (3 000 en siete meses, cifra proporcionada por un funcionario y, sin duda, inferior a la verdadera); esta población diezmada había adherido, sin embargo desde los primeros momentos a la insurrección. Durante los tres meses precedentes, desde que triunfó el Frente Popular, no se había registrado en Mallorca atentado alguno contra nadie —ni manifestación violenta, ni huelga revolucionaria— que justificase tales represalias. La depuración, por lo tanto, ha revestido el carácter de una experiencia política, social (y me

atrevo a añadir, pesando bien mis palabras: religiosa) hecha a sangre fría, con método. No hubiera podido llevarse a cabo sin el apoyo de una fuerte opinión pública. Este patrocinio moral le fue proporcionado por la población católica y el clero: un clero no sólo tolerando el sistema, sino aprobándolo, en los templos o fuera de los templos, en el púlpito o en el confesionario. Esto es lo que yo he visto».[686]

Había otro detalle de la «guerra santa» que indignaba a Bernanos. No hubo apenas «guerra» en Mallorca, no hubo sino pelotones asesinos, Los «rojos» muertos en la isla no lo fueron por soldados y generales, sino por gavillas de criminales. Una escena típica, según Bernanos, de los «excesos» cometidos en Mallorca, era, por ejemplo, ésta: «niños de diecisiete años ir en pleno día para sacar de sus casas y fusilarles contra las tapias de sus pobres jardines, ante los ojos de sus mujeres y de sus hijos, a hombres de cabellos grises, todo con la aprobación de los curas, de los maestros y de las piadosas mamás».[687]. Bernanos era un conservador. Lamentaba profundamente constatar que el terror blanco, provocado y causado por aquellos elementos de la sociedad que deberían ser superiores moralmente, es siempre mucho más repugnante que el rojo. Bernanos había sido educado con las historias sobre los actos de violencia de la Revolución Francesa. En Mallorca los papeles se habían cambiado. El defensor tradicional del orden, la derecha, estaba exterminando a la izquierda: «Yo he visto a los católicos y a los sacerdotes de Mallorca aceptar éste legado de a Convención. Sus amigos hablan ahora de la guerra santa. ¿Pero quién habla de guerra o de soldados? No os habéis aliado con Hoche o con Kleber, sino con Fouquier-Tinville y con Marat»[688]. El conservador Bernanos estaba ofendido y se consideraba traicionado por el salvajismo de las personas más respetables de Mallorca, que se habían comportado —una vez autorizados para asesinar bajo el «patrocinio moral» del clero —en comparación—, peor que los más bajos y menos privilegiados elementos de la sociedad española. «Así que digo claramente que el Terror habría podido desaparecer desde hace tiempo si la complicidad más o menos confesada e incluso consciente de los sacerdotes y de los fieles no hubiera acabado por darle un carácter religioso» «… simplemente hago notar que esa matanza de miserables sin ninguna defensa no produjo ninguna palabra de condena, ni la más

inofensiva reserva de las autoridades eclesiásticas que se conformaron con organizar procesiones de acción de gracias».[689]

# Los católicos en favor de la España nacional

## El Belloc-Lunn

Este es uno de los pocos capítulos del libro de Calvo Serer encabezado con un título apropiado[690]. Los propagandistas católicos enarbolaron la bandera de Franco en la mayoría de los países occidentales en que la opinión pública era libre. No era necesario un esfuerzo semejante en Alemania, Italia o Portugal, ni podía ser llevado a cabo en la Unión Soviética. Estos propagandistas católicos fueron especialmente activos en Inglaterra y en los Estados Unidos, donde constituyeron una agresiva minoría. En Francia, los intelectuales católicos, como Bernanos, Maritain y Mauriac, así como el grupo formado en torno a la revista *Esprit*, eran antifranquistas; Calvo Serer cita Únicamente de entre los católicos franceses partidarios de Franco a Paul Claudel, del que ya hemos tratado en un capítulo anterior.

Para ilustrar su tesis del franquismo de los católicos, Calvo Serer cita también a dos ingleses, *sir* Arnold Lunn y Hilaire Belloc. (Desgraciadamente para el crítico español, Belloc, que tenía cierta fama literaria, escribió poco sobre la guerra de España, y *sir* Arnold, que escribió mucho, tenía poca fama). Calvo Serer no cita un sólo escritor norte o sudamericano, a pesar de que fue precisamente en los Estados Unidos donde la Iglesia ganó la batalla política, su primera victoria en aquel país. Habla, en cambio, de una propagandista católica de la organización Pro Deo de Ginebra, Aileen O'Brien[691], que escribió y dio conferencias en los Estados Unidos en favor de Franco, intentando mantener el embargo de los envíos de armas para la República. Calvo Serer no menciona, por otro lado,

a otra mujer que también trabajó para la causa rebelde en Norteamérica, Jane Anderson[692], marquesa de Cienfuegos, quien pronunció conferencias y escribió en favor de Franco en los Estados Unidos, a veces desde la misma tribuna que Monseñor Fulton Sheen. Colaboraba en la cadena de Hearst y, en una reimpresión de un artículo de *The Catholic Digest*, (St Paul, Minn) se la describe como «la figura más destacada del mundo intelectual». En el discurso que pronunció en 1937 en Nuremberg, con motivo del Día del Partido, Goebbels citó dos veces a *Miss* Jane Anderson; durante la Segunda Guerra Mundial los periódicos informaron que era locutora en la radio de Goebbels. Jane Anderson fue acusada de traición en el Distrito de Columbia en julio de 1943; la acusación fue abandonada el 27 de octubre de 1947, principalmente a causa de que las pruebas presentadas eran insuficientes para satisfacer a las normas muy estrictas del Tribunal Supremo. Se cree que actualmente reside en España.

**Belloc y la guerra de España**

Hilaire Belloc fue, como Lunn, un prolífico autor, pero sobre la guerra civil española no escribió sino unos pocos artículos, a pesar de que, de acuerdo con la bibliografía contenida en el libro de Robert Speaight, Hilaire Belloc, éste publicó 23 volúmenes entre 1936 y la fecha de su muerte, ocurrida en 1953. «Por una parte, la intensa indignación contra la injusticia social de un sistema bajo el cual las masas proletarias se ven obligadas, debido a las circunstancias económicas, a trabajar en las exasperantes condiciones de la industria mecanizada, en beneficio de unos intereses con los que los trabajadores no tienen suficientes lazos humanos; por otra, el patriotismo, las tradiciones de un campesinado independiente y, por último, y lo más importante, la religión».[693] Como muchos otros simpatizantes de Franco, Belloc no encontró, probablemente, una gran fuente de inspiración en el tema. Antisemita durante toda su vida (hasta el final de ella alardeó de creer culpable a Dreyfus), Belloc no halló nada nuevo que decir a propósito de la guerra y, simplemente, repitió sus viejos temas. La escasa calidad de su contribución a la causa franquista puede apreciarse bien en un texto

aparecido en la publicación oficial de la España nacional en Londres, donde Belloc opina que el conflicto «es una prueba de fuerza entre el comunismo judío y nuestra tradicional civilización cristiana»[694]. Esta era la «línea» de los católicos extremistas de Inglaterra y los Estados Unidos, la «línea», por ejemplo, del más eficiente propagandista de Franco en Norteamérica, el sacerdote antisemita Coughlin[695], que amenazó a los judíos con un «pogrom» si continuaban apoyando a la «comunistizante» República española. La campaña del padre Coughlin acabó al mismo tiempo que fracasó la organizada contra el embargo de armas, en enero de 1939 terminando en una victoria política para la Iglesia Católica. Resulta irónico leer ahora —como en el *New York Times*[696] del 2 de noviembre de 1962— las repetidas imputaciones acerca del antisemitismo soviético: el representante australiano en las Naciones Unidas acusó a Rusia de perseguir a los judíos, mientras el delegado de este país, defendiendo a su gobierno, «citó estadísticas que demostraban que una alta proporción de puestos profesionales, artísticos y políticos estaban en manos de judíos». Estos datos servirán, seguramente, para los alegatos de un nuevo Coughlin o un nuevo Belloc.

## Los escritos de Lunn sobre la guerra de España

El caso de Lunn es distinto. Fecundo escritor, acababa de convertirse a la fe católica cuando comenzó la guerra civil en España. Escribió y pronunció conferencias sobre ella indefinidamente, y es un buen ejemplo de divulgador franquista anglosajón y católico. Calvo Serer menciona únicamente un libro de Lunn, sus Memorias (el título exacto es *Memory to memory*[697]), aunque Lunn escribió mucho más sobre España. En el apogeo de su afán propagandista, produjo otro libro, *Spanish Rehearsal*[698], publicado en Inglaterra y en los Estados Unidos, y dos folletos, *Spain and the Christian Front*[699] y *The Unpopular Front*[700]. El «ensayo» de Lunn sobre España no fue, como podría pensarse, ni alemán ni italiano, sino «rojo». En 1956, Lunn trataba de justificar su título diciendo: «… el título, *Spanish Rehearsal*, era profético, porque la rebelión roja que fracasó en

España fue un ensayo general para los movimientos revolucionarios que han permitido caer bajo el control comunista a muchos países de Europa y Asia».[701] Lunn tiene la memoria corta. Su intención en 1937 era persuadir al pueblo inglés de que una invasión roja la amenazaba si los republicanos españoles ganaban la guerra. En *Spanish Rehearsal*, p. 12, escribía: «que el lector… no olvide que si Rusia vence en España, Francia será su siguiente objetivo, y si Francia pierde, la guerra de España se podrá repetir en suelo inglés». La guerra de España casi se volvió a repetir en suelo inglés, pero contra los aliados de Franco, los nazis, y no contra los republicanos españoles, que si aun estaban en vida eran partidarios de Inglaterra. En el folleto de Lunn *Spain: The Unpopular Front* leemos (p. 36) que el título original de Lunn para *Spanish Rehearsal* era *Spain Today, England Tomorrow*. Es curioso como Lunn, lo mismo que Campbell, se considera a sí mismo como profeta. Su autor afirma que el libro le fue sugerido por el «premier», Chamberlain.[702] Según la última fuente, «se comunicó a todos los M P conservadores y a todos los jefes locales del partido conservador». De modo que, antes incluso de que Checoslovaquia fuese vendida por los *tories* en Munich, la República española fue vendida por las mismas personas». La reputación del hombre del paraguas está ya lo bastante desprestigiada sin necesidad de tener en cuenta esta enorme cantidad de errores y falta de información que la obra de Lunn supone. Este insistió sobre el tema de la guerra civil en el citado *Memory to Memory*, de 1956, y en *And yet so New*[703] de 1958. Los trabajos de Lunn sobre España no son ni mejores ni peores que otros libros escritos en inglés en favor de Franco, como los de Douglas Jerrold[704] en Inglaterra. (Jerrold y otros católicos ingleses consiguieron el avión que llevó a Franco desde las Canarias a Marruecos. Claro está que en este caso no se trataba de «intervención extranjera»). Y estadounidenses, los padres Joseph F. Thorning[705] y Joseph B. Code[706] en Norteamérica, entre otros. Ninguno de ellos posee seriedad «literaria», pero como Calvo Serer dice, influyeron en la opinión pública de la época.

Calvo Serer no hace interpretación alguna de esta propaganda franquista. Para comprender a Lunn y a sus compañeros debe intentarse intuir las dificultades con que tuvieran que enfrentarse los portavoces de la

Iglesia que defendieron la rebelión de Franco en los países democráticos[707]. Desde 1789 la Iglesia ha sido el baluarte europeo del orden establecido. En 1931 llegó al poder en España un gobierno anticlerical. Inmediatamente, una parte de los españoles clericales y de los miembros del clero empezó a conspirar para derribar al gobierno por medios violentos. No podían defender un ataque armado contra el gobierno legalmente constituido en España; no podían defender el asesinato de los prisioneros republicanos; no podían defender los bombardeos aéreos contra la población civil republicana; no podían defender el establecimiento del fascismo en España; no podían defender la ayuda prestada por Hitler y Mussolini a Franco. Frente a este dilema, los representantes de la Iglesia, llevados por una especie de pánico, recurrían a la completa negación de unos hechos, falsificando otros, inventando historias, tachando de calumniadores a todos sus oponentes. Esta desesperada actuación no dejaba de producir cierto efecto entre los hombres de buena voluntad en el Occidente, para quienes era difícil llegar a creer que un sacerdote o un portavoz seglar de la Iglesia proclamase deliberadamente falsedades y mentiras.

No estará fuera de lugar que echemos una rápida ojeada a lo que Arnold Lunn escribió sobre la guerra. Comprensiblemente, Calvo Serer omite toda referencia a esos «hechos». Podrían ser molestos tanto para él como para el autor de los mismos.

Sobre las elecciones de febrero de 1936 y el estallido de la guerra civil, Lunn dice lo siguiente: «Las elecciones que llevaron al poder al Frente Popular fueron ilegales…»[708]. «El terror rojo que provocó la sublevación aseguró su éxito…»[709] «La guerra civil fue precipitada por el asesinato de Calvo Sotelo a manos de la policía… Franco se alzó a tiempo de evitar un *coup d'état* que inauguraría una dictadura roja…»[710]. «El documento secreto encontrado en las oficinas del Partido Comunista de La Línea… contiene detallados planes para una revolución comunista»[711].

La mejor información sobre todo lo que se refiere a las elecciones de 1936 es proporcionada por José Venegas en su folleto *Las elecciones del Frente Popular*[712]. Venegas cita diversas declaraciones de Monseñor Gustavo J. Franceschi, quien el 18 de junio de 1936 escribía: «Todas las

noticias que llegan de España demuestran que las derechas fueron derrotadas ante todo por sus divisiones internas, su inercia, su tardanza en resolver problemas fundamentales relativos a la vida económica, por la incomprensión de que dieron muestra la mayor parte de sus dirigentes». Después de estallar la guerra la Iglesia tuvo que buscar una justificación para su actitud en favor de los rebeldes y Franceschi contradijo todas sus afirmaciones anteriores a la guerra y sostuvo que las agencias de prensa eran responsables de su error.

Cattell insiste en un punto decisivo: «En los cinco meses anteriores al comienzo de las hostilidades abiertas, la derecha apenas habló de fraude»[713]. La prensa católica de todo el mundo reconoció la derrota; la controversia que surgió después de las elecciones no era contra las izquierdas, sino contra Gil Robles, responsable del fracaso electoral.

La mayoría de los trabajos franquistas sobre las elecciones citan los testimonios de Alcalá Zamora y Lerroux, dos amargados, no tan desinteresados como lo pretenden sos partidarios. Un hombre que estaba en mejores condiciones que Alcalá Zamora y Lerroux para estar al corriente de todos los detalles de las elecciones de 1936 era Portela Valladares, el primer ministro que «hizo» las elecciones (y las perdió); en septiembre de 1938 decía: «Las elecciones realizadas en febrero de 1936 con todo orden dieron el triunfo al Frente Popular; tengo para afirmarlo la autoridad de haber presidido aquel gobierno. Ni un solo diputado de las tendencias fascistas logró la elección. La gestión electoral fue reconocida por los partidos de la derecha como una legalidad de su derrota. No puede hablarse en justicia de que se falseó el sufragio, porque ello significaría un alegre embuste. Estoy dispuesto a afirmarlo en todo momento, para que la conducta de cada cual quede en su lugar». *(Venegas, p. 34)*.

Thomas, y Broué y Témime dan explicaciones muy apropiadas de la victoria electoral izquierdista, y Bolloten acepta sin discusión la misma[714]; incluso la historia de Seco Serrano, aparecida en Barcelona en 1962, admite la realidad de esta victoria[715].

En cuanto a los desórdenes que «provocaron la sublevación», el libro de Bolloten, publicado en España en 1961 con una introducción del actual

ministro franquista de Información, Fraga Iribarne, dice de ellos: «… disturbios debidos, en gran parte, a la reacción ante la política de los gobiernos de derechas, que habían regido el país desde diciembre de 1933»[716]. Nadie ha estudiado este periodo de la República española con tanta atención y minuciosidad como Bolloten, y sus conclusiones constituyen una requisitoria contra las derechas españolas, no contra las izquierdas. Asimismo, los numerosos trabajos aparecidos en la España de Franco sobre los preparativos de la revuelta, indican que algunos de los planes para el alzamiento militar habían comenzado a organizarse incluso antes de la victoria del Frente Popular, y que fueron escasamente condicionados por los desórdenes subsiguientes[717]. Por otro lado, es poco probable que los generales prepararan su aventura militar solamente con el fin de hacer cesar las matanzas; sin duda alguna, también ellos pretendían participar en las mismas, y hay que confesar que lo hicieron admirablemente. Lunn se hace eco de la manoseada «sangrienta realidad» a que Gil Robles aludió el 16 de junio de 1936, para señalar que, en cuatro meses. 279 personas habían sido asesinadas en España[718]. Lunn no explica cuantos de esos crímenes fueron llevados a cabo por amigos del propio Gil Robles, Calvo Sotelo, ]ose Antonio y otros miembros de la oposición derechista. Esta situación es la que «obligó» a actuar a los generales. Thomas, que se inclina a la indulgencia a la hora de calcular las muertes cometidas por los militares, cree que en los nueve meses comprendidos entre el 1 de abril y el 31 de diciembre de 1939, las fuerzas de Franco ejecutaron a 9 000 personas[719]. España estaba, oficialmente, en paz. Los generales habían conseguido superar el porcentaje de crímenes en un 1500% en relación a la anterior época de preguerra. Un notable éxito. Los preparativos finales para la sublevación de Franco iban ya bastante adelantados cuando Calvo Sotelo fue asesinado[720]. Su muerte sirvió, con toda probabilidad, para que los restantes conspiradores pusieran más empeño en no ser descubiertos. Es un error histórico decir o pensar que la nación se alzó como protesta contra la muerte de Calvo Sotelo, quien, sin ningún género de duda, jamás contó con el apoyo popular. Los militares se hubieran sublevado aproximadamente en la misma fecha que lo hicieron, con Calvo Sotelo muerto o vivo.

La historia de que Franco se rebeló para impedir una insurrección comunista es analizada desde un punto de vista político por Cattell[721] rechazándola completamente. También es descartada en la obra de Bolloten, publicada en España en 1961[722]. Los «documentos» sacados a luz por los rebeldes para apoyar sus intenciones constituyen una rara muestra de estupidez en esta edad científica…

## Lunn y el complot comunista

Las acusaciones de que las izquierdas españolas prepararan una insurrección para la primavera de 1936 y que, por lo tanto, la sublevación de los generales sólo tuvo por objeto impedir dicha insurrección de las izquierdas, se basan por lo general en cuatro «documentos». En primer lugar, hay que insistir que dichos «documentos» no son tales «documentos», en la acepción corriente de la palabra. Los propagandista de Franco han mostrado fotocopias solamente de los tres primeros. Se trata de textos mecanografiados en papel corriente, sin membrete y sin firma. Es imposible afirmar fiada acerca de la identidad del autor ni sobre la fecha y lugar de redacción.

Los «documentos» son:

I). Informe confidencial n.º 3. Instrucciones y consignas para un levantamiento de las izquierdas en Madrid, camuflado en sublevación fascista, que había de llevarse a cabo entre el 10 de mayo y el 29 de junio de 1936 (en lo sucesivo lo llamaremos «documento I»).

II). Informe confidencial n.º 22. (u 11). Nombres de los miembros del gobierno revolucionario, y de las autoridades provinciales y militares, que han de formar lo que el documento llama «Soviet Nacional» así como una evaluación de las fuerzas comprometidas en lo que el documento llama «el movimiento subversivo». El presidente es Largo Caballero, y los otros miembros pertenecen a la CNT. al Partido Comunista, a la III Internacional y a las tendencias Largo Caballero y Prieto del Partido Socialista. Se fija la

fecha para entre el 11 de mayo y el 29 de junio (En lo sucesivo, «documento II»).

III). Informe secreto sobre una supuesta reunión celebrada en Valencia el 16 de mayo de 1936 y a la que asistieron un delegado de la III Internacional, delegados españoles que acababan de regresar de Francia de entrevistarse con Thorez y delegados de los sindicatos franceses, «acordándose realizar en los países y conjuntamente un movimiento revolucionario para mediados del mes de junio». Se dice que dos delegados soviéticos asistieron a la reunión de Valencia. El informe anuncia que se ha previsto celebrar otra reunión en Madrid el día 10 de junio, estando invitados los comunistas franceses Thorez y Cachin, el socialista francés Auriol, el representante de la III Internacional Dimitrov y socialistas, comunistas y anarquistas españoles (En lo sucesivo, «documento III»).

IV). Instrucciones generales para la «neutralización» de un ejército y de sus oficiales (En lo sucesivo, «documento IV»). Los documentos de mayor difusión son los I y II; el III era menos conocido y el IV casi nada. Se puede ver que los documentos I y II son específicamente españoles, el documento III es francés, español y del Komintern y el IV es un documento general.

## «El complot comunista» fuera de España

En primer lugar, vamos a estudiar la difusión de esta propaganda fuera de España. El primero que se publicó fue el documento 1, en el semanario *Gringoire* de París, publicación de extrema derecha que tiraba más de medio millón de ejemplares, con fecha 9 de octubre de 1936, según Jacques Bardoux. Este volvió a reproducir dicho documento en un artículo de la *Revue de Paris* de enero de 1937, y en su libro *Le chaos espagnol: Eviterons-nous la contagion?* (París, 1937), traducido al inglés, también en 1937, con el título de *Chaos in Spain*.

Aproximadamente al mismo tiempo salieron a la luz por primera vez las fotocopias de los *documentos I, II*, y *III* en el *Rotbuch über Spanien*, publicado en 1937 en Berlín por el Anti-Komintern, en dos ediciones por lo

menos, con 100 000 ejemplares en total. El *Rotbuch* no menciona el origen de los «documentos». Cada texto constaba de una sola hoja mecanografiada. Probablemente esta versión fue la que citó Goebbels en Nuremberg en su discurso del Día del Partido de 1937 (p. 8), que era sencillamente una larga exposición de la teoría de que la guerra civil española había sido provocada por los comunistas.

En abril de 1937, Douglas Jerrold, tal vez el primer extranjero que intervino en la guerra civil española, publicó un artículo en la prestigiosa publicación inglesa *The Nineteenth Century and After* y en la también mensual revista americana fascista, *The American review*, de Nueva York, en el que se refería a los *documentos I, II, III*, dando extensas citas del *I* y del *III*. Hablando de los planes detallados de un «levantamiento comunista» en España en junio o julio de 1936, afirma: «Estos planes están desde hace algunos meses en poder del gobierno de Salamanca y los documentos que los contienen son familiares a muchos periodistas de este país [Inglaterra]».

También a primeros de 1937, Cecil Gerahty, corresponsal del *Daily Mail*, en su libro *The Road to Madrid*, publicó la traducción, hecha según dice por él mismo, de los *documentos I* y *II* (aunque los titula «Confidential Information N.º 2 and N.º 3» que pretende fueron hallados en el centro comunista de La Línea (p. 214-219). Gerahty afirma: «Este documento estaba mecanografiado en cinco hojas de papel y daba una descripción muy clara del complot que los sindicalistas y los anarquistas estaban a punto de poner en práctica cuando Franco se les anticipó por pocos días o incluso por pocas horas». (p. 218).

Gerahty no nos dice cómo unos documentos «sindicalistas» y «anarquistas» podían hallarse en un centro comunista, aunque los escritores franquistas como Gerahty no suelen ser muy precisos cuando emplean apelativos políticos de izquierdas; las palabras «comunista» «anarquista», «sindicalista», «marxista» y «de izquierdas» son intercambiables. La traducción que da Gerahty de estos «documentos» difiere de las demás conocidas, porque en el documento II se incluye la primera parte del I. Más adelante en 1937, Arnold Lunn, en *Spanish Rehearsal*, cita a Gerahty a propósito del «Documento secreto» y afirma: «Más copias del mismo documento se encontraron después».

Jacques Bardoux presentó más pruebas de la conspiración comunista en la *Revue des deux mondes* del 1.º de octubre de 1937, y en otro folleto *Staline contre l'Europe: Les preuves d'un complot communiste* (París, 1937). En la página 10 de esta última obra da los textos español y francés de los *documentos I, II, III*, y *IV*. Como introducción a los *documentos I* y *II* escribe: «Este documento ha llegado a Londres por conducto inglés. Fue copiado en junio de 1936 en las oficinas de la Unión General de Trabajadores, en Madrid, sección socialista de la unidad obrera realizada por la III Internacional. Fue comunicado en agosto de 1936 a varios gobiernos, en especial a la Santa Sede. Otros tres ejemplares que contienen ligeras diferencias y cuyo texto figura en mi *dossier* han sido encontrados en los archivos de los centros comunistas de Lora del Río, pequeña ciudad de la provincia de Sevilla, de un pueblo de la provincia de Badajoz y de La Línea, cerca de Gibraltar».

Resulta difícil comprender por qué razón Bardoux, en su segundo panfleto sobre la guerra de España, no hace mención alguna del ejemplar del *documento I*, que se suponía hallado en Mallorca, publicado primero en Gringoire y, más tarde por el propio Bardoux. ¿Es un olvido? ¿O bien tenía algún motivo para dudar de la «autenticidad» de ese ejemplar concreto y para fiarse más de los textos ingleses?. Bardoux publicó también el *documento III*, con esta introducción: «Este documento —del que he visto la fotocopia— llegó a Londres en agosto de 1936, por conducto inglés. Fue copiado en junio de 1936 en las oficinas de la Unión General de Trabajadores…». Es especialmente significativo el hecho de que las fotocopias publicadas por los nazis en el *Rotbuch* y el texto de Bardoux son de la misma procedencia, puesto que cada error de máquina o de imprenta del documento nazi se encuentra exactamente reproducido en el texto de Bardoux.

Asimismo, Bardoux reprodujo el texto del *documento IV*, con la siguiente introducción: «La fecha de este breviario comunista es conocida: abril de 1936. También es conocido el lugar en que se redactó: París. Los autores de este manual también son conocidos: los servicios técnicos de la sección francesa, ayudados por expertos rusos enviados por Moscú.

Redactados en francés, las instrucciones se tradujeron al español y fueron enviadas a Madrid».

Los «documentos secretos» se siguieron utilizando en 1938. Robert Sencourt, (*Spain's Ordeal*, p. 85), refiriéndose a la milicia republicana antes de empezar la guerra, escribía: «Estos milicianos de la revolución eran instruidos con regularidad y estaban muy bien armados. Estaban tan bien organizados que en julio disponían ya de ciento cincuenta mil reservistas». Como fuente de esa increíble afirmación «histórica», Sencourt menciona la carta colectiva de los obispos españoles, que a su vez está inspirada en el *documento II*. Los Amigos de la España Nacional publicaron en 1938, en Londres, un folleto titulado *Exposure of the Secret Plan to Establish a Soviet in Spain*. En él se incluyen fotocopias de los *documentos I* y *II*, que se pretende fueron hallados en Lora del Río, provincia de Sevilla. Segun declara dicho panfleto, después de empezar la guerra se encontraron más copias en Palma de Mallorca (el documento de Gringoire), en un pueblo cerca de Badajoz y en La Línea. Como ya se vio en las fotos del *Rotbuch*, cada «documento secreto» consta da una sola página, aunque los de Lora del Río son de página y media, ocupando dos documentos tres páginas. Teniendo en cuenta que la fecha de redacción de los dos documentos no es la misma, esa disposición del texto mecanografiado no contribuye a garantizar su autenticidad. Otro detalle sorprendente de los ejemplares de Lora del Río es que no llevan la mención «secreto» ni «confidencial», como la llevan los documentos del *Rotbuch*.

Cecil Gerahty volvió a la carga en 1938, escribiendo *Spanish Arena* en colaboración con William Foss. Ahora bien, en ese libro, los autores descartan completamente el documento que según Gerahty se encontró en La Línea y utilizan la versión de Mallorca publicada en *Gringoire* y tomada del libro de Bardoux *Chaos in Spain*; versión ésta que a su vez Bardoux deja de lado, inexplicablemente, por ciertos «documentos» que encontró en Inglaterra. ¿Qué documentación halló Bardoux en Inglaterra? Muy probablemente la que iba a utilizar Arthur F. Loveday, hombre de negocios inglés, antiguo presidente de la Cámara de Comercio Británica en España y periodista aficionado, quien en 1939 publicó un libro titulado *World War in Spain*. Loveday concede mucho valor como pruebas a los *documentos I, II*

y *III*. Escribe que: «El documento secreto que detalla las instrucciones y el desarrollo del procedimiento para una sublevación proletaria da como fecha de inicio junio o julio de 1936… Este documento fue robado en el cuartel general anarquista y una copia la llevó a Inglaterra quien escribe esta historia, en junio de 1936, es decir un mes antes del estallido de la guerra civil. Después, durante la guerra, se encontraron otras copias en los cuarteles generales socialistas-comunistas en Mallorca, en Sevilla y en Badajoz, después de que estas ciudades fueran tomadas por el ejército del general Franco». En la página 103 afirma que: «Una copia del documento se encontró primero en España y fue llevada a Inglaterra en junio de 1936 por el autor», y en el apéndice II incluido en dicho libro da otra versión acerca del origen de los «documentos» «otras copias fueron encontradas a continuación en diferentes centros comunistas de España…».

En ese apéndice localiza las otras copias de los *documentos I* y *II* de manera algo distinta, y escribe que se encontraron en los siguientes lugares:

A. En Palma de Mallorca, entre los documentos abandonados por el comandante Bayo, jefe de la fracasada expedición republicana a Mallorca, que tuvo lugar en agosto-septiembre de 1936.

B. En el centro comunista de Lora del Río, provincia de Sevilla.

C. En el centro comunista de un pueblo cerca de Badajoz.

D. En el centro comunista de La Línea, cerca de Gibraltar.

Esas localizaciones corresponden más o menos a las que se indican en el panfleto *Exposure of the Secret Plan to Establish a Soviet in Spain*). Diez años después Loveday escribió otro libro sobre la guerra civil, *Spain 1936-1948, Civil war and world war*. En él menciona un tercer origen de los documentos: «El documento secreto que detalla las instrucciones y el desarrollo del procedimiento de una sublevación proletaria daba como fecha de inicio junio o julio de 1936… Este documento fue robado en el cuartel general anarquista y una copia la recibió en Inglaterra quien escribe esta historia, en junio de 1936, un mes antes del estallido de la guerra civil,

puesto en las manos del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, que lo rechazó, por extraño que pueda parecer. Después, durante la guerra, varias copias de estos documentos se encontraron en el cuartel general comunista-socialista de Mallorca, Sevilla y Badajoz, después de que estas ciudades fuesen tomadas por el ejército del general Franco. Su autenticidad fue probada y generalmente aceptada». Sin embargo, en el apéndice II de dicho libro, Loveday da una cuarta versión sobre la procedencia de los tres documentos: «habían sido hurtados del cuartel general comunista de España y recibidos en Inglaterra en junio de 1936 por el autor de este libro».

Puesto que Loveday, uno de los principales defensores de los «documentos» —si no el principal— da cuatro versiones distintas acerca de su origen (dice que son de procedencia comunista; de procedencia anarquista; los trajo él mismo a Inglaterra; se los enviaron a Inglaterra), podemos concluir que en realidad ignora su procedencia. Y si los «documentos secretos», cuyas fotocopias vio Bardoux en Inglaterra con sus propios ojos, son los de Loveday, la explicación que da aquél sobre su procedencia, distinta de la de éste, representa una quinta versión.

Otro que también utilizó los documentos *I* y *II* de Loveday fue el propagandista de derechas americano Merwin K. Hart, que publicó una traducción de los «documentos» de Lora del Río en su libro *America, Look at Spain*, (Nueva York, 1939).

## Los «documentos secretos» en España

La campaña de propaganda organizada alrededor de estos «documentos» fue menos intensa en España misma que en Inglaterra y Francia. Al principio de la guerra *El diario palentino*, publicó la mayor parte de los *documentos I* y *II*, suprimiendo algunos nombres y cifras por razones de seguridad. La presentación de los «documentos» dice: «Entre las informaciones que esta mañana se facilitaron a los periodistas en el despacho oficial del Gobernador Civil de la Provincia, figura una muy detallada referente a los planes, movimientos, y proyectos de represión, cuyos detalles se han completado por medio de documentos confidenciales

encontrados en los registros practicados hace días en los domicilios de significados extremistas de nuestra población. Para que se vea el alcance que el movimiento extremista de izquierdistas había de tener en toda España copiamos a continuación el documento confidencial número 3 que se nos ha facilitado por el general señor Ferrer, al hacer información esta mañana en el Gobierno Civil». Esta historia se publicó también en El diario de Navarra del 8de agosto de 1936, y, según lo afirman G. Orizana y M. Liébana en su libro El movimiento nacional (Valladolid, 1937), fue reproducida en otros muchos periódicos de la zona nacional. Dichos autores transcriben la copia publicada en Palencia (p. 95-99), con esta prudente introducción: «Yo no quito ni doy fe al documento, pero lo copio para el que quiera leerlo». Es importante la afirmación de Orizana y Liébana: «Claridad trató de desvirtuar la información ridiculizándola». Más adelante volveremos a referirnos a ella).

También en 1937, la Carta Colectiva de los Obispos Españoles, escrita por el Cardenal Gomá, utiliza como fuente de información los *documentos I* y *II*. pero sin decirlo. En 1939, la Editorial Nacional (Establecimiento oficial), de Bilbao, tradujo del inglés el panfleto *Exposure of the Secret Plan to Establish a Soviet in Spain*. Resulta curioso que ésta sea la primera vez que se hace referencia en Españaa el «documento secreto» hallado en Lora del Río, en un pueblo cerca de Badajoz, en la Línea o en Mallorca. En los trabajos sobre la guerra civil, publicados en España después de terminado el conflicto persiste la idea fundamental de la existencia de una conspiración comunista, aunque sin gran precisión es los detalles. En 1940, *La historia de la Cruzada nacional* citaba en su totalidad los *documentos I* y *II* y gran parte del *III*; hay algunas diferencias en el texto en relación con las otras versiones conocidas, pero son de poca importancia. No se dice nada sobre la procedencia de los «documentos», ni tampoco sobre los ejemplares hallados en Lora del Río, Mallorca, La Línea o cerca de Badajoz. Se da simplemente esta explicación: «La revolución está articulada en unos documentos que circulan entre las organizaciones marxistas». (Vol. II p. 509-510).

En 1957, Díaz de Villegas utilizó datos tomados en los *documentos I* y *II*, pero sin nombrarlos (p. 42-44). En 1939, el policía y luego historiador

Comín Colomer incluye una extensa cita del folleto inglés *Exposure of the Secret Plan to Establish a Soviet in Spain* en su *Historia secreta de la segunda república*, p. 466-471. (García Arias cita detalles de los *documento II* y *III*, dando como fuentes Díaz de Villegas y Comín Colomer).

Manuel Aznar, en su *Historia militar de la guerra de España*, cuya primera edición se publicó en 1940, no menciona los *documentos I, II* y *III*, pero reproduce una versión revisada del *documento IV* (p. 26-29). En las páginas 46 y 47 Aznar afirma: «Hay un documento muy interesante de esa época a que me refiero. Es como si dijéramos, la orden general de operaciones que dictó Moscú cuando ya faltaban pocos días para el desencadenamiento de la ofensiva nacional. Ese documento fue repartido a todas las células comunistas de España, el día 6 de junio de 1936». El documento que cita Aznar difiere considerablemente del de Bardoux, a pesar de que éste reproduce un documento que pretende haber recibido de España. La versión de Aznar lleva una introducción con muchas referencias a grupos y movimientos políticos españoles, con el fin de acentuar su carácter español, pero faltan los seis últimos párrafos del texto de Bardoux. En realidad, en este último texto no hay referencias españolas, a no ser las expresiones «Guardia Civil» y «Guardia de Asalto». Según Aznar, el «documento» llegó a España en junio de 1936, mientras que el título de la versión de Bardoux indica claramente «Instrucciones dadas en el mes de abril de 1936 para preparar la revolución española». (*Staline contre l'Europe*, p. 18).

## Críticas a los «documentos secretos»

Loveday y Bardoux han insistido en la validez de los «documentos secretos» más que otros autores. Loveday, refiriéndose a los *documentos I* y *II*, escribía en 1939: «Los historiadores ya no pueden dudar de estos documentos». (p. 55) «La evidencia interna de la autenticidad del documento es aplastante». (p. 56); los califica de «evidencia concluyente del origen de la guerra civil», e insiste en «… la influencia comunista soviética y de la intervención en España» (p. 102). En la última edición

ampliada de su obra, Loveday repite las tres primeras afirmaciones (p. 48-49, 100).

También Jacques Bardoux está seguro del valor de sus «documentos». En *Staline contre l'Europe*, p. 10, escribe: «He aquí tres documentos de los que he visto las fotocopias en Londres y cuya autenticidad he verificado».

Pero Bardoux tiene todavía menos derecho que Loveday a pretenderse seguro de lo que dice, puesto que solamente ha visto fotografías de unos textos mecanografiados que, incluso siendo originales, no habrían convencido a ningún tribunal que exigiera las pruebas más elementales. Bardoux declara que se enviaron copias de los documentos *I* y *II* a la Santa Sede, como si el hecho de presentarlo en el Vaticano bastara para que un documento falso se volviera verdadero milagrosamente.

Desde que acabó la guerra, cuatro competentes críticos de fuera de España han intentado verificar los «documentos secretos»: Madariaga, Cattell, Bolloten y Thomas.

Cattell, analizando los cuatro documentos, estima que los *documentos I* y *II* forman en realidad uno solo. Como hemos visto, los documentos se publicaron antes del verano de 1937 y, como veremos, el gobierno inglés tenía sus motivos para no comunicárselos al gobierno español. Asimismo, Loveday menciona la procedencia del documento III, la misma que la de los *documentos I* y *II*, y Bardoux cita la del documento IV. Ninguna resulta convincente, aunque fueran propuestas. Cattell (*Communism and the Spanish Civil War*, p. 53) es más duro en su análisis político: «Hasta este punto, la evidencia específica estudiada no conduce a una conclusión que permita decir que hubiese existido un complot comunista para tomar el poder. Un análisis de la política general rusa de este período demuestra igualmente la imposibilidad de tal complot».

Bolloten, refutando las acusaciones de conspiración comunista, se refiere a la *Historia militar de la guerra*, de Aznar (p. 25-30) y al folleto *Exposure of the Secret Plan to Establish a Soviet in Spain*, y concluye: «Es evidente que si hubiesen intentado establecer dicho régimen, habrían arruinado las esperanzas del Komintern en un acercamiento con las potencias occidentales. Por esta razón, sin hablar del hecho de que

ciertamente no poseían la fuerza necesaria, el cargo puede ser desechado». (Nueva York, p. 97, Barcelona, p. 119, México, p. 98 n.).

Madariaga y Thomas opinan de otro modo. En su segundo libro Loveday cita a Madariaga como testigo (p. 48) en favor de la autenticidad de los «documentos», y de hecho en 1942 el anglo-español dio una de cal y otra de arena en un párrafo increíble, que muestra hasta que punto Madariaga se deja cegar por su deseo de creer lo peor de sus enemigos republicanos: «Si los documentos reproducidos son falsos, son muy completos, y es fácil comprender que Mr. Loveday los haya creído auténticos; si son verdaderos, demuestran la existencia de un complot para fomentar una revolución entre mayo y junio de 1936. Me inclino a pensar que son auténticos, porque sé que una de las personalidades implicadas en la conspiración decía en una capital europea, hacia diciembre de 1935: "Si ganamos las elecciones generales estaremos en el ministerio en la primavera… y si perdemos también estaremos". También se sabe que en Moscú se daba por seguro a principios de 1936 que habría una república proletaria en España en verano. Dado que los conspiradores han ganado las elecciones, puede explicarse que no haya habido rebelión. Todo esto, sin estar demostrado matemáticamente, parece a todas luces cierto».

¿Cómo ha podido Madariaga, quien, al fin y al cabo, es un historiador experimentado, que sabe cuales son las características de un «documento», tomar en serio el texto de Loveday, sobre todo si se tiene en cuenta que éste, ya en su primer libro, que Madariaga cita, da dos explicaciones diferentes de cómo llegaron a sus manos los «documentos»? Más aún, ¿cómo puede una declaración oral, hecha varios meses antes por una de las cuarenta personas cuyos nombres se citan en los «documentos» en tanto que comprometidas en la supuesta conspiración, constituir una prueba de la validez de unas hojas mecanografiadas, escritas por un desconocido y sin indicación de fecha?

Madariaga dice: «Since the conspirators won the election, this would explain why the rising did not take place». Parece querer decir que los documentos fueron escritos antes del 16 de febrero de 1936, fecha de las elecciones; ahora bien, esto es imposible, dado que el *documento II* mención a ciertas fechas, fijándolas en el siguiente párrafo «según sea el

resultado de las elecciones de Presidente de la República». Alcalá Zamora abandonó su cargo el 6 de abril, y por lo tanto el *documento II* fue redactado después de esa fecha. Además, el *documento III* se refiere a un acontecimiento que había tenido lugar el 16 de mayo. Si el documento es auténtico no puede haberse escrito antes del acontecimiento; si es falso, sería estúpido relatar un hecho antes de la fecha en que se supone ocurrió. Si Madariaga hubiera terminado su razonamiento, habría escrito: «Since the conspirators won the election, this would explain why the conspiracy did not take place». Y si la conspiración no ha existido es que los documentos son falsos. Después de decir que su opinión es que los documentos son auténticos, Madariaga reprocha a Loveday el haberlos utilizado; ahora bien, si los documentos eran auténticos, Loveday tenía la obligación de utilizarlos. En todo caso, la defensa que hace Madariaga de los documentos se ha suprimido completamente en la última edición: tal vez incluso para Madariaga cuatro versiones diferentes de la procedencia de los documentos son demasiadas.

El razonamiento de Thomas es distinto, pero llega a la conclusión (*The Spanish Civil War*, p. 108) de que no se trata de falsificaciones. «He llegado a esta conclusión, a saber, que los tres documentos en causa, supuestamente descubiertos en cuatro lugares diferentes, después del comienzo de la guerra civil y que determinaban los planes para un golpe de Estado socialista-comunista por medio de una simulada revuelta de derecha, no eran falsos». Thomas se refiere a los que hemos llamado documentos *I, II* y *III*. Si no son falsificaciones, ¿qué son pues? «Eran sueños más que planes concretos, o planes que apuntaban a circunstancias hipotéticas que podían no producirse jamás».

En última instancia se podría admitir que los *documentos I* y *II* eran sueños, planes para una eventual revolución que nunca se llevarían a cabo. Pero Madariaga (*Spain*, p. 472), en su defensa de los documentos, observa: «Basta echar un rápido vistazo sobre los documentos para ver entre los jefes de la así llamada revolución los de los más fervientes revolucionarios anticomunistas españoles». Resulta muy difícil, teniendo en cuenta lo dividido que estaba el Partido Socialista Español en la primavera de 1936, imaginarse a partidarios de Prieto, como Álvarez Angulo y Jiménez de

Asúa, mezclados en una conspiración con Largo Caballero, como lo pretende el *documento II*.

Más aún, la hipótesis de Thomas es imposible en lo que se refiere al *documento III*, que es un informe sobre una reunión que ya se había celebrado. Que se haya celebrado o no, por si mismo el *documento III* no es una prueba, y es la única que se ha presentado. Es extraño que, por lo que yo sé, este «documento» sólo se haya publicado en España una vez en su versión integra, y eso traduciéndolo del texto inglés (*Exposición del plan secreto para establecer un Soviet en España*, Bilbao, 1939).

Thomas señala que ha encontrado una referencia a los «documentos» en el *Diario de Navarra* del 7 de agosto de 1936 (errata, se trata del 8 de agosto) y deduce, bastante acertadamente, (*op. cit.* p. 108) que «la fecha es demasiado reciente con relación a los sucesos para haber dado lugar a falsificaciones por parte de una hábil propaganda». Thomas quiere decir que entre el primer día de la guerra civil, el 17 de julio, y el 7 (8) de agosto sólo hay 22 (23) días, tiempo insuficiente para fabricar dichos documentos. Sin duda alguna el razonamiento de Thomas es exacto. En realidad, el tiempo era aun más escaso, puesto que el *Diario de Navarra*, de Pamplona, no hizo más que reproducir el artículo del *Diario Palentino*.

## La verdad sobre los «documentos secretos»

Al parecer Thomas no cree la afirmación de Loveday de que antes de que empezara la guerra los *documentos I, II* y *III* estaban en su poder en Inglaterra. Pero hay toda suerte de razones para creer a Loveday. Según resulta de su propio libro y de las citas que incluye de sus crónicas en el *Morning Post*, era especialista en el campo tenebroso de las conspiraciones masónicas (judías) y comunistas. Nada más natural, en la Europa de la primavera de 1936, que esas falsificaciones llegaran a las manos de Loveday y que él las creyera, lo mismo que más tarde las creyeron Bardoux, Jerrold y otros. En aquella época Europa era un campo increíblemente fértil en «documentos» sensacionales. La burguesía europea estaba asustada y dar aun más miedo a los burgueses era una de las

actividades más provechosas de los periodistas, sobre todo cuando la gente atemorizada creía que cualquier pedazo de papel era un «documento secreto» y que una nota explicativa al pie de una página constituía por sí misma una prueba seria de una afirmación. Incluso los gobiernos y el clero se dedicaban a la ruin actividad de poner en circulación esas historias, procedentes del hampa del periodismo, y de buscar en rumores sin fundamento una justificación para su política. El gobierno portugués, con su nota del 22 de octubre de 1936, fue uno de los principales culpables, cómo lo fue la jerarquía eclesiástica española con su carta colectiva. Incluso revistas tan respetables como la *Revue de Paris*, la *Revue des deux mondes* y *The nineteenth century and After* prestaron sus columnas para llevar a cabo el fraude de los «documentos secretos». Dentro de esa atmósfera y de ese ambiente, tenemos que buscar una explicación de los documentos sobre la conspiración comunista. De esos cuatro documentos, como ya hemos dicho, hay dos, el *I* y el *II*, que son específicamente españoles, en tanto que el *III* es internacional y el *IV* sin nacionalidad. El *documento III* fue utilizado por Jerrold en Inglaterra y Estados Unidos, por Bardoux en Francia y por el Anti-Komintern en Berlín; era un instrumento destinado a ser utilizado más bien contra el Frente Popular francés que contra el español. El documento habla de tres españoles «que acaban de llegar de Francia donde habian tenido un cambia de impresiones con la Delegación Francesa del Partido Comunista y de la C. G. T., a la que habían asistido los camaradas Garpius, Thorez y Freycinet, acordándose realizar en los países y conjuntamente un movimiento revolucionario para mediados del mes de junio, pues para tal fecha presumían que ya el F. P. francés se habría hecho cargo del Poder, ejerciendo la Presidencia del Consejo de Ministros Léon Blum». (Staline contre l'Europe, p. 28).

En cuanto a la reunión revolucionaria proyectada en Madrid para el 10 de junio de 1936, tres franceses estaban invitados: Thorez, Marcel Cachin y Vincent Auriol. Al comentar esto. Bardoux dice: «Esto demuestra la conspiración contra la Europa Occidental». No sólo se trataba de una revolución comunista en España, sino de la revolución comunista europea. Ninguna de las dos se llevo a cabo, pero este hecho no basta para conmover la fe de los que creen en los «documentos».

Thomas tiene razón cuando dice que los *documentos I* y *II* son demasiado complicados para haber sido fabricados entre el 17 de julio y el 7 de agosto de 1936. Loveday tiene razón cuando dice que los *documentos I, II* y *III* estaban en su poder antes de empezar la guerra. Bardoux está en lo cierto cuando afirma que vio fotocopias de los tres primeros documentos en Londres. Douglas Jerrold no se equivocaba en 1937 cuando escribía que los *documentos I* y *II* chad been In the hands of the Salamanca Government for some months.~ (*Georgian Adventure*, p. 375). En cambio. Thomas se equivoca cuando dice que las documentos no son falsificaciones y también Madariaga cuando garantiza su autenticidad. En la primavera de 1936 había probablemente cientos de copias de los *documentos I* y *II* que pasaban de mano en mano y que aterraban a los ya aterrados miembros de las derechas españolas. Esa tensión en el aire era necesaria para obtener el apoyo de la burguesía a la sublevación de los generales. Una de dichas copias llegó a manos de un socialista de izquierdas español, quien la transmitió a los editores del periódico de Largo Caballero. Claridad, recientemente fundado, y cuyo director era Luis Araquistain. Evidentemente, el mejor sistema para refutar un documento falso es publicarlo, por ello, los *documentos I* y *II* aparecieron, con grandes titulares, en la última página de *Claridad* del 30 de mayo:

**Grotesco y criminal**

> «Cómo vamos a realizar la Revolución antes del 29 de junio. Claves y radios. Cinco petardos, cinco. Ejecución de los contrarrevolucionarios y expulsión de los republicanos. El primer Soviet Nacional presidido por Largo Caballero. Organización de las milicias».

«El documento que publicamos a continuación ha sido sustraído a cualquier idiota, dirigente fascista, por un excelente compañero. Las personas son en este caso lo de menos. Lo de más, lo importante, es el estrago que con estupideces como ésta, sabiamente distribuidas, se causa, manteniendo una inquietud criminosa y excitando a gentes pusilánimes a

ver en las organizaciones obreras sectas de energúmenos auténticos —como dirían ciertos camaradas— que sólo sueñan con el exterminio de media humanidad. Que el estrago existe es indiscutible. Como prueba terminante, tras él publicamos unas instrucciones que han circulado con mayor profusión, aunque reservadamente, que prueban cómo en ciertas zonas de mentalidad sencilla hacen mella estas provocaciones, que constituyen una pieza más en el plan de agitación y terror que los fascistas están desenvolviendo con el fin de crear el clima propicio para sus siniestros designios. He aquí el primer documento, en el que "se descubren" nuestros tremendos propósitos inmediatos».

Dado que esos dos documentos se publicaron en Madrid el 30 de mayo de 1936 y que todo el mundo podía comprarlos por unos pocos céntimos, no era nada difícil para Mr. Loveday tener copias en su poder antes del 17 de julio del mismo año, ni para M. Bardoux haber visto fotocopias de ellos en Londres en 1937, ni para el gobierno de Salamanca poseerlas en 1937. Tampoco es difícil comprender por qué el gobierno británico no quiso parecer idiota, y rehusó enviar una copia de estos «documentos» al gobierno de Madrid. La historia de los papeles procedentes de los centros anarquistas, socialistas y comunistas, o la del hallazgo de los documentos en Mallorca. Lora del Río, La Línea o en un pueblo cerca de Badajoz son ambas falsas, y los documentos no eran, como lo pretenden Loveday, Bardoux, Jerrold, Lunn e incluso Madariaga, y otros autores, documentos secretos, sino sencillamente falsificaciones políticas, que ni siquiera un niño de la escuela un poco escéptico hubiera encontrado convincente. En ningún momento he puesto en duda la buena fe de los autores cuyos nombres he mencionado, pero pasado un cierto límite la credulidad exagerada llega a ser culpable.

No conozco la procedencia de los *documentos III* y *IV*. Loveday y Bardoux dan casi el mismo origen al *documento III*; es el mismo origen de los *documentos I* y *II*, y no hay motivo para pensar que es más digno de confianza que éstos, cuya falsedad está demostrada. El *documento IV*. tal como lo transcribe Bardoux, difícilmente puede considerarse como un

«documento» español. Aznar pretende que una versión revisada de dicho documento circulaba en España durante la primavera de 1936. Probablemente es cierto lo que dice, puesto que, como ya hemos visto, aquellos eran los buenos tiempos de bulos y falsificaciones políticas.

Las acusaciones de que los comunistas preparaban una sublevación en España se basan esencialmente en los *documentos I* y *II*, y ya hemos demostrado su falsedad. Si he dedicado tanto espacio a refutar esos «documentos» sin valor, es en gran parte porque, al haberlos casi aceptado Thomas últimamente, podrían volver a ser tenidos en cuenta; y también porque hace años Madariaga testificó su «autenticidad». Asimismo, el escritor nacionalista alemán Dahms, en su libro de 1962 sobre España, da como auténtico el texto del *documento II*, aunque sin citar su procedencia. Más aún, Dahms, por ignorancia o tal vez por malicia, cambia la identidad de uno de los supuestos conspiradores, que en vez del socialista Hernández Zancajo pasa a ser el comunista Jesús Hernández. Hay también otra razón: de todos los elementos de la propaganda franquista éste es uno de los más viles. Si se estudian los primeros días de la guerra civil española, se ve enseguida la falta de preparación de los republicanos. El pueblo estaba aturdido, desorganizado y desarmado. En muchísimos sitios los militares rebeldes tomaron el poder en las primeras horas del alzamiento, sin que las izquierdas tuvieran tiempo de darse cuenta de lo que ocurría. Los republicanos, desgraciadamente, carecían de planes y de armas y no habían montado ninguna conspiración. Como observaba el embajador español en Londres, en una carta dirigida al *Times* el 5 de mayo de 1938: «Si Rusia había provocado concienzudamente la guerra, ¿cómo es que se olvidó Moscú de la cuestión esencial, ayudar a los partidarios españoles con armas?». Acusar a las izquierdas españolas de terribles conspiraciones equivale a dar patadas en las costillas a un hombre caído e inconsciente, y corresponde bien a las nobles tradiciones de la propaganda franquista. No quiero que esas acusaciones queden sin respuesta.

Para que Bardoux, Lunn y otros propagandistas de Franco sepan lo que es un «documento», quiero llamar su atención sobre uno que publicaron los republicanos durante la guerra civil, y que demuestra que hubo una conspiración entre los rebeldes y Mussolini. Dicho documento es un

manuscrito original de Don Antonio Goicoechea, no una copia mecanográfica anónima. Evidentemente, siendo un documento auténtico Loveday, Bardoux y sus amigos no le prestan la misma atención que a los «documentos secretos». (*How Mussolini provoked the Spanish Civil War*, Londres, 1938 [?]). [A última hora veo que Georges Roux declara los «documentos» *vraisemblables*, basándose en el juicio de Thomas.]

**Lunn sobre las atrocidades franquistas**

Sobre las atrocidades cometidas por el ejército sublevado en Badajoz y otros lugares, Lunn escribe: «El mito de Badajoz ha sido desenmascarado…»[723]. «El más popular de todos los mitos rojos es el de las famosas matanzas de Badajoz… los falsos asesinatos en masa atribuidos a los nacionales…»[724]. «Los abogados socialistas (léase «comunistas»)… fueron ejecutados después de haber sido juzgados por un tribunal militar…»[725]. «Los nacionales ejecutan, los rojos asesinan…»[726]. «Franco merece ser felicitado por el enorme triunfo conseguido… como consecuencia de haberles hecho juzgar por tribunales militares…».[727]

Todos los historiadores responsables que escriben hoy sobre la guerra civil dicen que las matanzas de Badajoz tuvieron lugar realmente[728]. Incluso James Cleugh, partidario de Franco, afirma en *Spanish Fury*, publicado en 1961, que «no puede caber duda alguna» de que 2 000 republicanos fueron ejecutados en la plaza de toros de la ciudad extremeña[729]. Los españoles creen generalmente que los crímenes de Badajoz se llevaron a cabo, ya que todos han visto, en sus propios pueblos y ciudades, acontecimientos semejantes. Existe sobre el «mito» de Badajoz un testimonio injustamente olvidado, el de John T. Whitaker en su libro *We Cannot Escape History*[730], valiosa obra publicada durante la Segunda Guerra Mundial, una época en la que los libros interesantes eran fácilmente desplazados por los titulares de los periódicos. (Este libro es hoy poco utilizado por los investigadores americanos de la guerra civil española a causa de su errónea catalogación en la Biblioteca del Congreso en Washington). Whitaker fue corresponsal del New York Herald Tribune con

las tropas de Franco durante los primeros meses de la guerra; en su citada obra dice a propósito del asunto de Badajoz: «El coronel Yagüe, que mandaba las fuerzas franquistas en Badajoz, sonreía ante esas dudas. "Naturalmente que los hemos matado", me dijo, ¿qué suponía usted? ¿Iba a llevar 4 000 prisioneros rojos con mi columna, teniendo que avanzar contra reloj? ¿O iba a dejarlos a mi retaguardia para que Badajoz fuera rojo otra vez?».[731]

Leyendo a los apologistas de Franco, como Lunn, aparece claro que se muestran horrorizados no por la idea de matar seres humanos, sino por la de ejecutar a alguien sin haber preparado previamente su «*dossier*». Si la orden para pasar por las armas a los prisioneros republicanos estaba firmada por una autoridad militar —incluso por una autoridad que lo era, precisamente, por haber matado algunas horas antes a su general a causa de la negativa de éste a sublevarse—, nadie entre los franquistas ni entre sus simpatizantes extranjeros protestaría[732]En realidad, como Whitaker y otros corresponsales testifican, miles de republicanos eran, sencillamente, matados inmediatamente, sin pretensión alguna de juicio. Pero la apariencia de legalidad militar calmaba muchas conciencias cristianas, y cuando la autoridad militar estaba respaldada por el poder moral de la Iglesia, los disparos de cada madrugada, una tras otra, parecían una parte normal de la vida cotidiana. ¿Qué otra cosa podría pedir un obrero sino que su orden de ejecución fuese firmada por un coronel y ser acompañado en sus últimos momentos por un sacerdote?

Un personaje que aparece en muchos de los libros de los corresponsales que se hallaban entre las fuerzas de Franco es el capitán Aguilera, encargado de las relaciones con la prensa, el cual, en cierta ocasión, respondió así a las preguntas de Lunn: «¿Quiere decirme por qué ingleses y franceses podían utilizar a sikhs, pathanes y senegaleses durante la guerra europea y nosotros no podemos hacer lo mismo con los moros?»[733].

Lunn, normalmente, usa esas preguntas como introducción para sus respuestas. Pero en este caso, por una vez, contesta: «No lo sé». Puesto que Lunn se considera incapaz de resolver este sencillo problema, lo haré yo por él: Puede presentarse alguna duda moral ante el uso de tropas mercenarias

en cualquier guerra, pero en la europea, ingleses y franceses utilizaron soldados coloniales contra los extranjeros, contra los enemigos de Inglaterra y de Francia, no contra su propio pueblo. En España se trataba de una guerra civil. Las mujeres violadas por los moros de Franco, eran mujeres españolas; los hogares saqueados por los moros de Franco, eran hogares españoles; los hombres matados por los moros de Franco, eran hombres españoles. La respuesta es tan fácil que sorprende que Lunn no pudiera encontrarla por sí mismo. Es todavía más sorprendente que ni Lunn ni ningún otro de los corresponsales «amateurs» enviados a España por la prensa católica angloamericana viera u oyese nada de las atrocidades cometidas por los soldados moros. John T. Whitaker narra lo que sigue: «Los hombres que los mandaban nunca negaron que los moros matasen a los heridos del hospital republicano de Toledo. Se jactaban de cómo habían sido lanzadas las granadas contra 200 hombres indefensos. Nunca me negaron que hubiesen prometido mujeres blancas a los moros cuando entrasen en Madrid. Sentado con los oficiales en un vivac del campamento, les oí discutir la conveniencia de tal promesa; algunos concedían que una mujer pudiese ser española a pesar de sus ideas "rojas". Esta práctica no fue negada tampoco por El Mizián, el único oficial marroquí del ejército español. Me encontraba con éste comandante moro en el cruce de carreteras cercano a Navalcarnero cuando dos muchachas españolas, que parecían no haber cumplido aún los veinte años, fueron conducidas ante él. Una de ellas había trabajado en una fábrica de tejidos de Barcelona y se le encontró un "carnet" sindical en su chaquetón de cuero; la otra, de Valencia, afirmó no tener convicciones políticas. Después de interrogarlas para conseguir alguna información de tipo militar, El Mizián las llevó a un pequeño edificio que había sido la escuela del pueblo, en el cual descansaban unos cuarenta moros. Cuando llegaron a la puerta, se escuchó un ululante grito salido de las gargantas de los soldados. Asistí a tal escena horrorizado e inútilmente indignado. El Mizián sonrió afectadamente cuando proteste por lo sucedido, diciendo: "¡Oh!, no vivirán más de 4 horas". Supongo que Franco creía que las mujeres tenían que ser entregadas a los moros»[734].

El comandante a que Whitaker se refiere llegó a ser general del ejército español y más tarde del marroquí. Me pregunto que sabía Jruschov acerca

de su pasado cuando hace algunos meses el general El Mizián fue recibido por el primer ministro soviético junto con una delegación marroquí. En cualquier caso, Jruschov, seguramente por vez primera, fue fotografiado, sonriente, al lado de un exoficial del ejército de Franco[735].

Sobre la destrucción de Guernica por los aviadores nazis al servicio de Franco, Lunn escribe: «Siguiendo en popularidad al mito de Badajoz aparece la leyenda de Guernica»[736].

Los historiadores de hoy no consideran las matanzas de Badajoz como un «mito» ni el bombardeo de Guernica como una «leyenda». Los hechos son bien conocidos y la detallada narración de Thomas[737] es suficiente para probar la falsedad de la «realidad» que Lunn intenta demostrar sobre Guernica, así como la de su colega Jerrold: «La destrucción de Guernica no sólo fue algo horrible de ver: dio lugar a las más horribles e inconsistentes falsedades llegadas a oídos cristianos desde tiempos de Ananías»[738]. Más virulentos que Lunn se mostraron dos sacerdotes norteamericanos. Thorning y Code[739]. El primero encabezó uno de los capítulos de su folleto con el título de «Las mentiras sobre Guernica»; el segundo tituló su folleto, *The Spanish War and Lying Propaganda* (La guerra española y la propaganda mentirosa)[740], también muy violentamente. Uno y otro están saturados de errores. En otra de sus publicaciones sobre la guerra civil, *Mercy and Justice* el padre Thorning afirma: «Los ciudadanos americanos honrados no mienten ni falsean hechos; si presentan falsas acusaciones y son convencidos de ello por evidencias imparciales e incuestionables, normalmente piden perdón e intentan reparar su error. Es el único procedimiento moral y cristiano»[741].

No conozco ningún caso de propagandista franquista que haya corregido jamás la equivocada información que suministró a sus lectores durante la guerra civil; no hubo necesidad de ello; mentían en favor de una buena causa, una cruzada.

Los informadores religiosos como el P. Thorning y los seglares católicos como Lunn comenzaron a hacer su aparición en la prensa católica cuando se hizo evidente que la mayoría de los corresponsales profesionales de los países donde la opinión pública era importante estaban contra Franco. El P. Thorning, hombre de ambición y vanidad periodísticas, preconizó la muy

curiosa ley de periodismo que podemos llamar «regla de Thorning», según la cual un «reporter» no puede informar de nada que no haya visto con sus propios ojos. El autor de tal «regla» intentó refutar las «leyendas» de las matanzas de Badajoz y del bombardeo de Guernica basándose en que Jay Allen consiguió entrar en la primera de dichas ciudades solamente ocho días después de los asesinatos[742] y en que G. L. Steer se encontraba unos pocos kilómetros alejado de la segunda cuando ésta fue bombardeada[743]. Lunn aprueba también la «regla de Thorning», utilizando asimismo el hecho de que Allen no fue un testigo de vista de las matanzas de Badajoz y que estas no tuvieron lugar[744].

## Lunn y la ayuda extranjera a Franco

Lunn dice lo siguiente de la ayuda alemana e italiana a Franco: «El mayor servicio realizado por los alemanes ha consistido en sus funciones de observadores técnicos detrás de las líneas… Que Italia haya enviado oficiales regulares es cierto, pero no parece y es sin duda improbable que haya en España unidades del ejército italiano»[745]. Si Lunn creyese todavía en sus propias palabras, recibiría un rudo golpe leyendo ho el texto de las conferencias pronunciadas el año 1961 por conocidos generales españoles en la Universidad de Zaragoza, en las cuales el asunto de la intervención alemana e italiana fue admitido y discutido con franqueza[746]. Pero, de nuevo, es difícil creer que Lunn fuese tan inocente o, incluso, tan mal periodista. En 1958, habiendo olvidado, según parece, sus anteriores aserciones, admitió que unidades del ejército italiano estaban en España, escribiendo: «alrededor de un tercio de los italianos que lucharon en España fueron voluntarios»[747]. Una cosa contribuyó a que la ayuda italiana y alemana a Franco fuera más importante que la ayuda extranjera a la República, el hecho de que existía una coordinación entre las armas y los hombres. Alemania e Italia mandaban ejércitos, mientras que los republicanos compraban armas de muy diversas procedencias, y los hombres que habían de utilizarlas normalmente nunca las habían visto antes y muchas veces ni siquiera sabían como emplearlas. Lo que Lunn quiere,

probablemente, decir, es que algunos de los italianos tenían mentalidad de cruzados. El sabe muy bien que si aquéllos fueron a España lo hicieron porque Mussolini les envió, no porque fuesen voluntariamente.

## Lunn y la Falange

En cuanto a la Falange, Lunn afirmó que fue «inapropiadamente calificada de fascista»[748], lo cual es un ejemplo de las técnicas empleadas por la propaganda pro Franco en los años 1936-1939: Negar todo. En realidad, ni Lunn ni nadie sabía mucho sobre la Falange. La información política era poco alentada en el territorio de Franco, y conforme la guerra avanzaba, el trabajo de los periodistas se hacía más y más difícil. Es inútil buscar noticias sobre la Falange en la prensa diaria de la época. Hoy ningún historiador consciente niega que la Falange fuese un movimiento fascista[749]. Hacia 1958, el falangismo había sido, más o menos, retirado de la circulación, y Arnold Lunn, olvidando l o que había escrito previamente, lo describía como «una variante española del fascismo italiano»[750]

Lunn en *And yet so New* nos ofrece una sincera explicación de sus ideas sobre la forma de escribir la historia al decir: «Me importaba un bledo cómo se nos describiera con tal de que venciésemos… Lo que me interesaba era que los católicos podían celebrar libremente sus cultos en la España Nacional mientras que en la España Roja las iglesias ardían o eran profanadas y sólo los sacerdotes que podían esconderse a tiempo escapaban a una muerte cierta»[751].

Lunn, como los coroneles que firmaban sentencias de muerte para tranquilizar el sentimiento de «decoro» de aquél, estaba comprometido con su pluma en una cruzada.

## Lunn historiador

La absoluta indiferencia de Lunn por los hechos evidentes de la guerra civil aparece clara en su citado libro, donde presenta a Franco como una víctima

de las intrigas nazis, las cuales podrían haber provocado su caída e incluso acabado con su vida. Este cuento de hadas se basa en un párrafo del libro de Kemp referente a los incidentes ocurridos en abril de 1937 y al decreto de unificación. Kemp dice: Durante algunos meses [los alemanes] se mostraron poco satisfechos del general Franco… Por lo tanto, se decidieron por un hombre de confianza, el señor Hedilla… Este fue persuadido por el general Faupel para llevar a cabo un *coup d'état*, que estuvo a punto de tener éxito. Pero el general Franco reaccionó vigorosamente, aniquilando la conspiración, enviando a Hedilla a la cárcel por diez años y pidiendo la retirada de Faupel[752].

Lo único verdadero de esta historia es que en ese tiempo había en Salamanca intrigas y más intrigas, y que Faupel, embajador de Hitler, y Franco sentían mutua aversión. No existe prueba alguna de que Hedilla intentase eliminar a Franco, ni tampoco de que Faupel le hubiera apoyado. El 14 de abril de 1937 Faupel escribía a su ministro de Asuntos Exteriores: «Si en su esfuerzo por reunir a los grupos, Franco tropieza con la oposición de la Falange, nosotros y los italianos estamos de acuerdo, pese a nuestra propensión por la Falange y sus tendencias de base, en apoyar a Franco…»[753]. No obstante, cuando Hedilla y algunos más fueron condenados a muerte, Faupel pensaba que causaría muy mala impresión la ejecución de Hedilla «el único representante verdadero de los obreros». Para él la sentencia dictada en contra de Hedilla era «una victoria de los ambientes que se oponían a la Falange y a una reforma social completa, ambientes que han ido influyendo en Franco cada vez más en los últimos tiempos». (p. 132). La opinión más extendida hoy día es que la sentencia de muerte dictada contra Hedilla y su subsecuente encarcelamiento fueron injustos. Los acontecimientos se desarrollaron en abril y von Faupel no abandonó España hasta finales de agosto. El profesor norteamericano Stanley G. Payne hace una completa relación de lo ocurrido en Salamanca en abril de 1937; la lectura de su libro *Falange*[754], serviría de mucho tanto a Lunn como a Kemp. Pero esto no es todo. Lunn, por su cuenta, añade más información: «Puedo complementar el relato de Mr. Kemp con unos pocos pero clarificadores detalles. Poco después del golpe, Serrano Súñer, que había sido capturado por los republicanos, fue intercambiado por un

prominente rojo. Hasta que volvió a España, el general Franco se inclinaba hacia los requetés… Súñer le aconsejó hacer de la Falange una variante española del fascismo italiano, el partido predominante y a sí mismo el equivalente español del Duce… Franco aceptó la idea»[755].

También éste, como la mayoría de los cuentos de Lunn sobre España, es erróneo hasta en los menores detalles. Serrano Súñer no fue intercambiado por un «prominente rojo». Se hallaba en la Cárcel Modelo de Madrid durante las primeras semanas de la guerra; siendo cuñado de Franco, ello no es sorprendente. Convenció al ministro vasco Irujo de que se encontraba enfermo y fue trasladado a una clínica, de la que huyó a la legación de Holanda[756]. Las embajadas y consulados acreditados en Madrid albergaron aproximadamente veinte mil derechistas durante la guerra civil, según el código del derecho de asilo, un gran «esfuerzo humanitario». El abuso de la costumbre sudamericana del derecho de asilo fue uno de los escándalos de la guerra. En un momento dado había unas veinte mil personas en los establecimientos diplomáticos de Madrid.[757]

Cuando cambiaron las tornas y entró Franco en Madrid, momento en el que comenzó lo que Cattell llama «el reinado del terror nacional que siguió a la rendición del 29 de marzo de 1939»[758] solamente diecisiete republicanos, y en una sola embajada —la chilena— encontraron refugio. El gobierno de Franco rehusó reconocer el derecho al asilo y sólo después de largas y trabajosas negociaciones fueron salvadas las diecisiete personas[759]. Finalmente, las diecisiete personas fueron autorizadas a salir de España, aunque antes los franquistas habían asaltado la embajada de Chile para tratar de apoderarse de los refugiados. Entre las personalidades franquistas que durante la guerra encontraron asilo en las embajadas figuran, además de Serrano Súñer, Fernández Cuesta, Suances, Sánchez Mazas, el general Castro Girona y el coronel Valentín Galarza, cabeza de la conspiración en el ministerio de la Guerra de Madrid. La oposición de Franco tuvo el efecto buscado y las embajadas no aceptaron más refugiados republicanos. En agosto o septiembre de este año, el poeta Miguel Hernández solicitó asilo político al encargado de negocios de Chile en la capital de España, Carlos Moría Lynch, que se negó a concedérselo a causa de que el poeta había escrito algunos poemas en los que insultaba al general

Franco[760]. Quizá los diplomáticos tienen sus propias ideas sobre lo que constituye un «esfuerzo humanitario». De la legación holandesa, Serrano Súñer consiguió llegar a bordo del buque argentino *Tucumán*, que se encontraba en el puerto de Alicante, desembarcando después en Marbella[761].

El gobierno francés simpatizaba con la República, como el portugués lo hacía con los rebeldes, pero Francia no era un país oficialmente católico y podía permitirse el lujo de conceder asilo a los desgraciados de uno y otro bando, mientras que Portugal, país cristiano, comprometido en una cruzada, devolvía a Franco los refugiados republicanos para ser ejecutados. Miguel Hernández tampoco consiguió asilo político en Portugal y, vuelto a España, murió encarcelado siendo ministro Serrano Súñer.)[762] No puede decirse que la neutral actitud de Francia hacia fugitivos como Serrano Súñer influyera en los sentimientos de éstos hacia dicho país. Ciano escribe en su diario con fecha 6 de junio de 1939 acerca del cuñado de Franco: «su *bête-noire* es Francia»[763]. Serrano Súñer dio dos razones para explicar su actitud: 1). sus dos hermanos, muertos en la guerra, perecieron bajo balas francesas y 2). Francia era el eterno enemigo de la España Grande. Con no menos razón hubiera podido reprochar a Franco y a los generales el haber empezado la guerra. Pero volviendo a nuestra historia, Serrano Súñer cruzó la frontera de Irún el 20 de febrero de 1937[764], dos meses antes de tener lugar los sucesos narrados por Lunn para «ilustrarnos» y fue, en realidad, una de las figuras principales de las intrigas del mes de abril en Salamanca[765].

Puesto que Sir Arnold es tan extremadamente severo con otros autores que introducen errores en sus narraciones, continuemos investigando los suyos. En *Memory to Memory*, nos cuenta la historia de un debate —*sir* Arnold es muy aficionado a debatir— celebrado ante la Unión de Estudiantes de Cambridge en el otoño de 1944[766]. Lunn combatió la tesis «La victoria de Franco fue un desastre para Europa». Lunn afirma que triunfó en el debate alegando el caso de una dama amiga descrita por él como «hermosa», «joven aristócrata» y «ciega», doña Mercedes Larios de Domecq: «En una fecha determinada comprendida dentro de los cuatro meses de creciente violencia que siguieron al retorno *[sic]* al poder del

gobierno del Frente Popular hasta el comienzo de la guerra civil, mi amiga asistió a un acto político celebrado en el sur de España y organizado por un conservador… Un comunista que se introdujo en el mismo, el cual —permítaseme repetir— se celebraba antes del estallido de la guerra, disparó contra el principal orador, causando la muerte del mismo y la ceguera de la señora Larios de Domecq. Algunos días después, el homicida fue triunfalmente absuelto por el tribunal que le juzgó. Su único delito había consistido en matar y herir a "fascistas", siendo un "fascista" todo aquel que se oponía a morir a manos de los comunistas. No existía castigo para el crimen político. Los cristianos de España se alzaron en julio de 1936 para restaurar el imperio de la ley y para acabar con el sistema de asesinatos legalizados»[767].

Es una atractiva historia, pero, desgraciadamente, como sucede con la mayoría de las que *Sir* Arnold Lunn ha escrito sobre la guerra de España, inexacta y falsa. El incidente aludido aparece en el libro de Felipe Ximénez de Sandoval, *José Antonio*[768] así como en *Hacia la historia de la Falange*[769], de Sancho Dávila y Julián Pemartín, y tuvo lugar en las últimas horas del domingo 12 de noviembre de 1933, por lo menos 28 meses antes de la época que Lunn afirma durante una reunión electoral convocada en San Fernando, provincia de Cádiz, donde José Antonio Primo de Rivera se presentaba como candidato conservador a pesar de que ya se había declarado a sí mismo fascista. José Antonio se hallaba en la tribuna presidencial con don Ramón Carranza cuando «algunos pistoleros» dispararon dentro del teatro donde se celebraba el acto, matando a una persona e hiriendo a otras cuatro. El orador principal era José Antonio, que ni siquiera resultó herido y mucho menos muerto, como pretende Lunn. Entre los heridos figuraba doña Mercedes, cuya hermana contrajo más tarde matrimonio con Miguel, hermano del fundador de la Falange. Ni Ximénez de Sandoval ni Dávila y Pemartín identifican a los pistoleros —parece que fueron varios— como comunistas, ni nadie con un cierto conocimiento de la escena política española de 1933 podría hacerlo. Por otro lado, los conservadores ganaron las elecciones de dicho año y controlaron los tribunales como consecuencia. Si como dice Lunn «el pistolero» quedó en libertad, me parece difícil poder culpar de ello a los jueces del Frente

Popular, que no actuaron hasta más de dos años después. *Sir* Arnold afirma haber vencido en la discusión de Cambridge que origina este comentario, lo cual, si es cierto, fue conseguido utilizando pruebas claramente falsas. Debería, por lo tanto, volver a la citada universidad para disculparse, aunque, creo que no lo hará jamás[770].

Todos estos hechos son fácilmente verificables. Lunn debe, sin duda, conocer en qué exactas circunstancias doña Mercedes perdió la vista a consecuencia de las heridas recibidas. Los detalles de la vuelta de Serrano Súñer a España pueden ser examinados en cualquier biblioteca en cinco minutos. A Lunn no le importa nada de esto; su especialidad es sacar a luz los errores de otros autores. Blanco de sus iras es especialmente Lytton Strachey; cita para ello a F. A. Simpson, del cual toma lo siguiente: «el defecto fundamental de Strachey fue de carácter moral; no tuvo preocupación alguna por la verdad».[771].

Creo que nuestro estudio de Lunn ha demostrado que su defecto fundamental es de carácter moral: no tiene preocupación alguna por la verdad.

## Los clericales y la verdad histórica

Si he dedicado tanto espacio a hablar de Sir Arnold no ha sido porque le considere un escritor importante, ni sobre la guerra civil ni sobre cualquier otra materia. Pero él y otros deformadores de los hechos fueron, históricamente, importantes. Consiguieron evitar que los Estados Unidos ayudasen a la República española; esta fue la primera victoria de la Iglesia Católica en Norteamérica, y contribuyeron a que Hitler, Mussolini y Franco ganasen la guerra. Su *leit-motiv* en los Estados Unidos fue la «no intervención», enmascarada tras una actitud «neutral». Calvo Serer afirma que Lunn piensa ahora que esta política fue preconizada por quienes estaban «conscientes de que detrás de esta fórmula diplomática estaba implicada una asistencia a la zona mandada por Franco y no la ayuda a los *rojos*»[772]. Una de las historias que a Lunn y a otros propagandistas franquistas les gustaba repetir era que los republicanos prohibían que se

gritase «Viva España» (*Spanish Rehearsal*, p. 138). Según ellos, esta interdicción significaba que los partidarios de la República preferían gritar «Abajo España». O Lunn no sabe nada de las casas españolas, o trata de engañar a sus lectores. Durante los años de la República, la gente de derechas, y especialmente los oficiales del ejército, gritaban «Viva España» para no tener que gritar «Viva la República». Así pues, «Viva España» significaba «Abajo la República». Es natural que el pueblo, republicano en su inmensa mayoría, no apreciara ese insulto. La hipócrita actitud tomada durante la guerra y la cínica confesión de Lunn y de Calvo Serer confirman ahora el hecho de que cuando los sacerdotes y portavoces seglares de la Iglesia defienden causas que consideran vitales para la misma en una cruzada, se hallan menos preocupados por la verdad de cada día que el hombre de la calle.

Ya vimos cómo las mayores autoridades sobre la guerra de España consideran que las afirmaciones comentadas de Lunn, Thorning y sus compañeros son falsas. Se han retractado de ello? Se han excusado ante las personas a quienes indujeron a error? ¿Han pedido perdón a tantos periodistas contra los que lanzaron el calificativo de mendaces? Nadie tiene noticia de ello. Es más que probable que en los periódicos y escuelas católicas de los países anglosajones las versiones de Lunn y compañía sobre la guerra civil española continúen siendo aceptadas.

# Los nacionalistas franceses

## Action Française y Acción Española

Calvo Serer menciona a cuatro nacionalistas franceses: Maurras, Massis, Brasillach y Bardkche. Todos ellos estuvieron en algún momento relacionados con la *Action Française*, el movimiento político francés que influyó tan poderosamente en la ideología de Acción Española, reaccionaria, católica y monárquica y que contribuyó más que cualquier otro grupo político a organizar la sublevación franquista. *Action Française* estuvo desde el primer momento a favor de Franco y nunca cambió de actitud. Marrero, basándose en Serrano Súñer, cita muchos amigos franceses de Franco que visitaron la España rebelde por razones políticas y religiosas: Charles Maurras, Robert Brasillach, Henri Massis, René Benjamin, Claude Farrère, el general Duval, el almirante Joubert, Bernard Fay, Pierre Hericourt, Xavier Vallat, André Nicolas, Pierre Taittinger, Jean Tharaud, el obispo de Chartres, el canónigo Polimann…[773] Serrano Súñer[774] nombra también a Doriot, pero Marrero lo omite prudentemente. Los visitantes franceses se sentían atraídos físicamente hacia Franco. El *Sun*, de Nueva York, del 27 de julio de 1937, cita a René Benjamin: «Franco no es alto; es algo pesado; su cuerpo es tímido… ¡Ah! Su mirada es inolvidable… Una mirada preocupada y temblorosa, llena de dulzura; el hombre es delicioso y misterioso…».

Maxime Real del Sarte, que acompañó a Maurras durante su visita a España, da una descripción de éste durante su conversación con Maurras: «El rostro tan equilibrado y tan joven del general Franco permaneció sin cesar crispado de emoción hacia Maurras… El rostro del Generalísimo se

iluminaba más… Maurras creyó que en aquel instante su mirada se había encendido con una luz asombrosa».

Bernard Fay estuvo en Salamanca en 1937 y, aunque no fue recibido por Franco, le vio pasar en automóvil: «Miré al general Franco y no distinguí el color de sus ojos ni el perfil de su rostro, pero observé que sonreía. He conocido muchas sonrisas, pero esta era totalmente diferente de todas las que había conocido hasta entonces… Era una sonrisa a flor de piel, que apenas se prendía en los labios, en los ojos, en los rasgos del general, y que parecía estar siempre dispuesta a desatarse, una sonrisa liviana como la bondad y discreta como la verdad».

Claude Farrère también fue conquistado por el encanto físico de Franco: «Sonríe, y su sonrisa es encantadora, sobrecogedora. Luego, se encogió de hombros con suavidad».

Muchos de estos viajeros escribieron artículos, folletos y libros defendiendo la causa de Franco a su vuelta a Francia, probablemente bajo la guía de Joan Estelrich, el exdiputado catalán que dirigió eficientemente la propaganda rebelde en París. En 1937-1938 un grupo de intelectuales franceses firmó un manifiesto de adhesión —casi acto de fe— a la cruzada franquista, con el fin de «mostrar a los pueblos y los gobiernos que la verdadera Francia y la verdadera España han estado siempre y continúan unidas». Entre los que suscriben el documento figuran Abel Hermant, René Benjamin, Philippe Henriot, Charles Maurras, Pierre Taittinger, Drieu La Rochelle, Abel Bonnard, Jacques Chevalier, George Claude y el general Weygand [775].

Muchos de los que visitaron a Franco o que escribieron manifiestos a su favor estuvieron más tarde relacionados con el gobierno de Vichy, lo cual no puede sorprender a nadie. Calvo Serer, después de citar a G. D. H. Cole para demostrar la atmósfera prorrepublicana que se respiraba en Inglaterra, concluye: «Según el profesor socialista, si esta intensa actividad publicitaria no logró arrastrar eficazmente contra la España nacional la mayoría del Partido Laborista y de las *Trade Unions*, consiguió al menos preparar el clima que luego hizo posible la resistencia de 1940 contra Alemania».[776] La mayor parte de los partidarios de Franco en Norteamérica formaban parte de movimientos aislacionistas. En parte, ello se explica porque la

Iglesia norteamericana estaba dominada por elementos irlandeses y antibritánicos.

Aunque Calvo Serer no quiera darse cuenta de ello, también es cierto lo contrario respecto a los amigos de Franco y los nazis. Lo mismo que los amigos de la República española preparaban el clima necesario para resistir al fascismo, los amigos de Franco en todos los países de opinión pública libre preparaban el camino para la tolerancia y «colaboración» con el mismo fascismo. Después de todo, si los franquistas franceses pensaban seriamente que el generalísimo estaba empeñado en una cruzada cristiana, cómo hubieran podido dudar de la lealtad, fidelidad y honor de Benito Mussolini o de Adolf Hitler, también fieles amigos de Franco?

## La internacional de los nacionalistas

Si la guerra civil española no hubiese causado tantas víctimas, las visitas y otras muestras de amistad de los nacionalistas franceses hacia sus colegas de España podrían parecer risibles. Los más extremistas de estos últimos —FET y de las JONS— habían sido ya declarados en abril de 1937 los ideólogos oficiales del régimen de Franco. Su programa reivindicaba un nuevo imperio español que podría formarse solamente a costa de Francia, en África del Norte, o en la misma metrópoli. Esto se ve fácilmente incluso en los primeros escritos de los fascistas españoles del año 1931: «España, por naturaleza, esencia y potencia, es y tiene que ser un candidato al Imperio». «En la hora española actual somos nosotros los únicos que destacamos con firmeza el que los propósitos hispánicos de hoy deben y tienen que ser propósitos de imperio». ([777] Este tipo de ideas culminó en el libro de Areilza (embajador de Franco en París) y Castiella (ministro de asuntos exteriores de España), donde los autores no sólo reclaman el África del Norte francesa, sino también Cochinchina y otros territorios, franceses en aquella época.

Evidentemente, hoy día los franquistas están dispuestos a renegar esas ambiciones, pero si se considera la situación desde el punto de vista de

1930, no era más inmoral codiciar un imperio que aferrarse a él. Lo que es innoble en toda la cambiante ideología del franquismo es precisamente su facilidad para mentir hoy sobre lo que se dijo ayer, es decir, la ausencia de todo principio fundamental. Tal vez el hecho de que Francia, Inglaterra, Holanda y Bélgica hayan perdido sus imperios coloniales sirva de catarsis a España; una vez curada la enfermedad de España, ésta podrá volver a Europa.

Maurras y compañía parecían olvidar este detalle. Aunque admitimos que alguien puede ser nacionalista sin ser fascista, no podemos siquiera imaginar, que haya un fascista que no sea nacionalista. Todo movimiento nacionalista lleva en su seno la semilla del fascismo. El falangismo fascista existía ya en España e ideológicamente disfrutaba del poder ayudado por las organizaciones similares de Alemania e Italia. Por lo tanto, Francia se encontraba rodeada por tres agresivos movimientos nacionalistas. Es imposible imaginar que los nacionalistas franceses pudieran ver esta situación con entusiasmo. ¡Y sin embargo, eso era lo que sucedía en el caso de los dirigentes de la *Action Française!* En realidad, una liga de nacionalistas europeos parece de imposible realización, mientras que, por lo menos en teoría, una liga de socialistas europeos es, completamente factible. José Antonio Primo de Rivera, jefe del fascismo español, comprendía estos problemas mucho más agudamente que Maurras, que era simplemente un «nacionalista», no un «fascista». Cuando en diciembre de 1934 se anunció la preparación de un congreso fascista internacional que habría de celebrarse en Montreux, José Antonio publicó en la prensa madrileña una nota en que negaba la noticia de su asistencia al mismo; en efecto había sido invitado, pero, como explicaba en dicha nota: «rehusó terminantemente la invitación, por entender que el genuino carácter nacional del Movimiento que acaudilla repugna incluso la apariencia de una dirección internacional»[778] Cuando el fascismo y el nazismo fueron definitivamente derrotados en 1945, el entonces secretario general de la Falange, Arrese, publicó un folleto[779], basado especialmente en la declaración que había hecho José Antonio en 1934, para probar que su Movimiento no era fascista, esperando desviar así parte de la ira que, naturalmente, temió cayese sobre la España falangista después de la derrota

de Hitler y Mussolini. Sus temores resultaron infundados, lo mismo que los cimientos «no-fascistas» sobre los que construía sus argumentos. José Antonio, reconociendo la verdadera naturaleza fascista de su movimiento, sabía que sus afirmaciones, lejos de probar que la Falange no era tal, producían el efecto contrario, es decir, demostraban que se trataba de una organización fascista y por lo tanto no identificable con otros movimientos.

El insoluble nudo gordiano del problema entre las organizaciones competidoras nacionalistas europeas se hizo visible durante la Segunda Guerra Mundial, cuando Hitler presionó a Franco para que éste permitiera el paso de las tropas alemanas a través de España para atacar Gibraltar[780]. Personas que ocupan hoy altos cargos en e l gobierno de Franco pretenden ahora que la neutralidad española (no beligerancia) sirvió, poco más o menos, para que los aliados ganasen la guerra».[781] Castiella dice: «Si España no hubiese mantenido su firme voluntad de permanecer neutral, habría podido, dada su posición geográfica, asestar golpes mortales a Francia e Inglaterra. Pero no atravesó los Pirineos, desguarnecidos por los franceses. No quiso aprovecharse en África de las circunstancias favorables».

En realidad, el caudillo tenía dos poderosas razones para permanecer al margen del conflicto, como Serrano Súñer especifica claramente en su libro: 1) la resistencia republicana (que había durado más de 33 meses) había dejado a España demasiado debilitada económicamente para intervenir en la guerra[782]; y 2) Franco exigió un precio que Hitler no podía pagar[783], el cual era, sencillamente, parte del programa imperial de la Falange: el norte de África, que pertenecía a Francia. Pero también Mussolini, que había entrado en la guerra imprudentemente, quería parte de esos mismos territorios norteafricanos; por otro lado, los nacionalistas franceses, colaboradores del Führer, no quisieron perder nada, mientras que el propio Hitler quería asimismo participación en ellos. Como resultado de todo esto, Franco se mantuvo alejado de la guerra, gracias especialmente a la larga resistencia de los republicanos antes que a ningún otro motivo. Pero nadie hasta ahora ha enviado una carta dándole las gracias. Y esto nos hace recordar de nuevo la ridícula postura de los nacionalistas franceses cuando se desplazaban a España para desear buena suerte a Franco y a la Falange y

a sus aliados, nazis y fascistas, en su larga marcha hacia el imperio. Estos tres movimientos «hermanos» no buscaban sino despojar a Francia de sus posesiones norteafricanas, las cuales, de todas formas, no iban a continuar siendo francesas por mucho tiempo.

## La muerte de los poetas: Brasillach

Pero si algunos de las amigos franceses de Franco siguieron, simplemente, a Maurras cuando éste apoyó al mariscal Pétain, otros fueron más lejos todavía. Jean Hérold-Paquis luchó —en favor de Franco— defendiendo después la causa de éste, en francés, por los micrófonos de Radio Zaragoza[784] y más tarde la de Hitler por los de Radio París[785]. los diplomáticos franquistas intentaron salvar a sus amigos, tales como Herold-Paquis (p. 126-1 71). Este Último fue condenado a muerte en Francia por colaboración con el enemigo y fusilado el 11 de octubre de 1945. Robert Brasillach fue fusilado por el gobierno provisional de Francia el 6 de febrero de 1945, hecho sobre el que Marrero llama la atención de sus lectores[786] a pesar de que él, intelectual español, no escribe ni una línea sobre la muerte de García Lorca a manos de la soldadesca franquista. Marrero dice que Brasillach fue fusilado por «las tropas de de Gaulle». Esto, técnicamente, no es cierto y la expresión tal vez haya sido un desliz freudiano del autor franquista. Enviaré gustosamente una relación del juicio de Brasillach[787] a Marrero si él, a cambio, me proporciona otra sobre el de Lorca.

La ejecución de Brasillach fue lamentable pero, al menos, fue sometido a un juicio público, no al estilo de los tribunales militares de los que los defensores de Franco tanto blasonan. García Lorca no gozó siquiera de una imitación de juicio. Y en la España de hoy, los abogados de los presos políticos no pueden ser sino militares[788]. Jacques Isorni, defendiendo a Brasillach, hizo esta interesante interrogación: «¿Los pueblos civilizados, fusilan a sus poetas?»[789]. La pregunta es humillante para estos últimos, que son clasificados así en una categoría especial de seres, igualándolos con niños irresponsables. Brasillach fue fusilado, por colaborar con el enemigo;

su muerte constituyó quizá un error político que ha permitido elevar a Brasillach a la categoría de mito, el cual, si hubiera vivido aquél, hubiera desaparecido gracias al tiempo y a la candidez política del poeta. Brasillach era un hombre de talento, pero para ser un gran escritor en el siglo XX es necesaria una visión de la humanidad más amplia que la que poseía este nacionalista y racista escritor. Su tragedia consistió en intervenir en la vida política precoz y románticamente, pero incluso hombres más viejos que él erraron al no reconocer diferencias entre el «nacionalismo» de un país como Francia, que ya tenía sus colonias, y el «fascismo» de Alemania, Italia y España, con deseos expansionistas no satisfechos.

## La muerte de los poetas: Hernández

Cuando Brasillach fue condenado a muerte, la persona que intervino más activamente para salvar su vida fue François Mauriac[790], hombre despreciado por todos los católicos españoles de derechas. Quisiera llamar la atención del señor Marrero sobre un suceso similar ocurrido en la España de Franco, también al final de tina guerra, Miguel Hernández, de quien he hablado anteriormente, gran poeta español, mucho más grande que nunca lo fuera Brasillach (compárense, por ejemplo, los plañideros poemas escritos por éste en la cárcel[791] con aquellos en que Hernández expresa su dolor por los sufrimientos de su mujer e hijo[792]), fue encarcelado por los franquistas victoriosos en 1939. Puesto en libertad gracias a la intervención del cardenal francés Baudrillart, inducido por el poeta chileno Pablo Neruda[793], fue detenido de nuevo, condenado a muerte —en 1955 nadie había podido hallar todavía los cargos que se le imputaron—, pena que le fue conmutada seis meses después por la de treinta años de cárcel[794]. Concha Zardoya refiere en su estudio sobre Hernández una sola intervención franquista en favor del poeta, enfermo: los intelectuales falangistas le ofrecieron la libertad a cambio de escribir para ellos. Miguel Hernández rechazó la oferta[795], muriendo finalmente el 28 de marzo de 1942 a consecuencia de una tuberculosis contraída en la prisión, secuela de la desnutrición sufrida[796] ¿dónde estaban, señor Marrero, los Mauriac

españoles que mediasen por Hernández?[797] Probablemente también en la cárcel, cuando no en el exilio, o quizá demasiado atemorizados para hablar; así andaban las cosas en la católica España. En Francia, se redactó un proyecto de petición que circuló ampliamente. Académicos, científicos ilustres, pintores, músicos y prelados afirmaron su adhesión.

Robert Brasillach, más que cualquier otro de los nacionalistas franceses de antes o durante la guerra, fue seducido por la mitología fascista, pero no la comprendió mejor que los restantes. Todavía en 1941 escribía en *Notre Avant-Garde* que los éxitos del fascismo durante aquellos años se debían a «su capacidad para presentar imágenes a las multitudes y a ser antes que otra cosa, *buena o mala*, una *poesía*».[798] Massis era en sus juicios sobre el nacionalismo fascista tan juvenil como Brasillach. En *Chefs* (París, 1939) decía de Franco: «Y el hecho es que tiene un solo objetivo: la reconstrucción de su patria, la restauración de su grandeza». Massis, en *Maurras et notre temps*, dice de Brasillach: «Era de aquellos a los que el mito del fascismo hacía temblar de emoción; para él, el fascismo fue la última aventura de su juventud».[799]

Romántica y ciegamente, buscó «camaradas» entre los fascistas de Europa: por medio de sus visitas a la España de Franco; yendo a Bruselas para entrevistarse con Degrelle; recibiendo enviados de Codreanu y la Guardia de Hierro[800]; conmoviéndose ante las paradas hitlerianas en Nüremberg… «Regresaba de Toledo, de Burgos, había ido a Bruselas para ver a Degrelle, tenía camaradas que, al regresar de Rumanía, le habían hablado de la Guardia de Hierro y de Codreanu».[801] Sin embargo, se indignó ante los planes nazis para la anexión de Austria[802]. Pensaba ingenuamente que esos movimientos nacionalistas y fascistas estaban siendo formados Únicamente para organizar grandes excursiones y festejos en los que intervendrían toda clase de europeos. En 1941, Brasillach escribió, invocando en un lírico pasaje el himno de la Falange: «Sólo un fascismo francés puede colaborar con el mundo nuevo», y «sólo el espíritu de las cinco flechas uncidas puede hacer que se levante sobre Francia el alba de la que habla la canción de la Falange»[803]. Pero las organizaciones fascistas de Europa, «el mundo nuevo», eran grupos agresivos que no

buscaban «colaboración» con iguales, sino conquista y botín. Estos hechos fundamentales parecen haber escapado totalmente a la comprensión de los nacionalistas franceses. Massis describe más ampliamente a Brasillach: «No, el fascismo no era para Brasillach una doctrina imitada del extranjero, era un espíritu, el espíritu mismo de la amistad, opuesto a todos los prejuicios de clase o de cualquier otra especie; era una inmensa camaradería que uniría a través del ancho universo a todos aquellos que, como hemos dicho, creían todavía en las virtudes de la nación, de la raza, de la historia, y soñaban con el pasado y el presente de su país preguntándose: ¿por qué nosotros no?».[804]

Con todo el mundo pensando en esta falsa y superficial camaradería del «¿por qué nosotros no?» no era difícil prever el próximo estallido de la guerra. El inevitable conflicto entre esos nacionalismos ha sido claramente expuesto por André Malraux: «El nacionalismo francés que combatía en favor de Franco defendía el nacionalismo español, no el suyo. Drieu se ha batido por Francia hasta la muerte, no por España».[805]

A pesar de lo políticamente ingenuos que puedan parecer hoy, pocos se esforzaron tanto como los nacionalistas franceses para ayudar a Franco durante la guerra. En general, sus trabajos sobre la misma son más líricos que los de los anglosajones, e insisten en dos argumentos principales: 1) Franco había comenzado una revolución social y económica que sorprendería al mundo, y 2) una victoria de Franco no representaría amenaza alguna para la seguridad de Francia. Se equivocaban en ambos puntos.

**Brasillach a favor de Franco**

Como muchos otros intelectuales que se comprometieron con la guerra civil española, Brasillach quedó marcado por ella toda su vida. La guerra aparece en sus obras históricas, en sus ensayos políticos, en sus novelas[806]. Brasillach y Bardeche publicaron en 1939 una de las primeras historias

completas de la guerra civil, aunque hoy no lo parezca así [807]. Es un libro en favor de Franco, pero más equilibrado que la mayoría de las obras escritas con el mismo fin. No ha sido traducido al español; en realidad, la única traducción que conozco es la portuguesa[808] aparecida en 1939, lo cual merece ser señalado, ya que a pesar de la insidiosa y deshonrosa intervención del Portugal de Salazar en la guerra civil española, fueron pocos los libros publicados en este país desde el fin de la guerra relacionados con el conflicto. Calvo Serer utiliza la historia de Brasillach y Bardeche para subrayar su opinión de que la derrota de la República no se debió a la ayuda que nazis y fascistas prestaron a los rebeldes, sino a «la inferioridad técnica de su ejército»[809]. No hay duda de que las tropas de Franco, formadas por soldados profesionales de África, reforzadas por «voluntarios» italianos y alemanes y por armamento, aviones y técnicos de Hitler y Mussolini eran «técnicamente superiores» a las del ejército popular de la República o incluso a las de los heterogéneos grupos de las Brigadas Internacionales. Lo sorprendente es que los republicanos pudieran ganar ciertas batallas y que fueran capaces de resistir durante tanto tiempo como lo hicieron. Puede afirmarse que las tropas rebeldes demostraron durante la guerra civil que soldados bien armados y experimentados, dirigidos por oficiales crueles pueden derrotar a civiles escasamente entrenados y casi desprovistos de elementos necesarios. ¿Fue necesario que muriese un millón de hombres para demostrarlo? Hasta 1939, el ejército español no había conocido la gloria de la victoria desde hacía más de cien años, y quizá el entusiasmo con que los generales se dedicaron a ensangrentar su camino a derecha e izquierda fuera debido a la excitación producida en ellos por el hecho de encontrarse ante un enemigo vulnerable. Los capitanes conseguían más fácilmente llegar a comandantes y éstos a generales matando españoles casi inermes que a extranjeros bien pertrechados. Las medallas que lucen hoy los oficiales españoles fueron conseguidas —excepto aquellas ganadas en las luchas contra los moros del Rif o las concedidas por Adolf Hitler a los miembros de la División Azul— combatiendo contra un enemigo pobremente armado y entrenado[810]. Este tema debe ser uno al cual los apologistas de los generales no quisieran aludir. Los hombres que se

enfrentan en un duelo con un adversario sin experiencia no se jactan de su victoria, ni toleran que sus subordinados lo hagan.

Brasillach y Bardèche, aunque parciales, dan la sensación de que intentaban escribir algo más que mera propaganda. En la conclusión de su libro encontramos este consejo: «Por otro lado, España tiene también necesidad de paz consigo misma, para acallar los odios, reconciliar a los hermanos separados, impedir las luchas entre las diversas facciones de los vencedores, y es en ella misma donde deben buscarse los medios y los remedios».[811] Sin duda que la supervivencia de este pensamiento condujo a Brasillach a decir ante un grupo de estudiantes en 1944: «Cinco años después de la guerra, los campos de concentración están todavía llenos en la España de Franco y aunque esto ha sido excusado o explicado por las constantes amenazas de un nuevo conflicto, tal estado de cosas es totalmente incompatible con una pacificación».[812]

Calvo Serer, naturalmente, no cita este último párrafo de Brasillach de la página siguiente. Pero vuelve inmediatamente a su tema favorito: «Pero ello no quiere decir que su poesía extraordinaria (del fascismo) no esté cerca de nosotros y sigue siendo la verdad más exaltante del siglo XX, la que le habrá conferido color… Pero lo suyo es su color, su grandeza, su fuego maravilloso. Un campamento de jóvenes por la noche, la impresión de formar un cuerpo con su nación, una larga lista de héroes y santos del pasado, una fiesta totalitaria, estos son los elementos de la poesía fascista, esto es lo que habrá dado locura y sabiduría a nuestra época, es, estoy convencido, lo que la juventud, dentro de veinte años, olvidando las taras y los errores, mirará con melancólica envidia y una nostalgia incurable». Pocas veces un escritor ha estado tan equivocado. Cuando hoy se piensa en el fascismo, no son los campamentos de jóvenes los que vienen a la mente, sino los campos de concentración.

**Henri Massis**

El escritor francés colaboró en 1936 con Henri Massis en un libro sobre el tema del Alcázar de Toledo, que llegó a ser una de las piezas de propaganda rebelde más generalmente utilizadas, como ya ha sido indicado en el capítulo 4. Ediciones del mismo fueron publicadas en Italia, Suecia, Argentina, Chile, Estados Unidos y, probablemente, en algunos países más[813], pero no en España. Este libro es uno de los pocos de Brasillach que han sido muy traducidos. Este, que tal vez sea el escritor de más talento que fue favorable a Franco, no goza de fama universal como los que escribieron en contra de Franco, tales como Bernanos, Maritain, Mauriac y Malraux. Una edición revisada apareció en París en 1939 con el título *Le siège de l'Alcazar*, prologada por Moscardó, recién ascendido a general. Dicho prólogo comenzaba así: «El mundo y la civilización conocen mal la importancia vital que nuestra guerra representa para uno y otra. Ambos están influenciados por las falsas informaciones propagadas por el gran poder de la masonería y del judaísmo en favor del enemigo, su aliado el comunismo»[814]

El pensamiento profundo de los propagandistas de Franco no ha cambiado mucho desde Moscardó a Marrero. Todos ellos son víctimas de una conspiración.

El libro de Brasillach y Massis tiene poca importancia como trabajo histórico. La actuación de los cadetes de la Academia Militar de Toledo aparece notoriamente exagerada: «Los cadetes organizan la resistencia en Toledo»…«… el coronel Moscardó y los cadetes deciden, el 22, encerrarse en el Alcázar…»; en la edición de 1939, la primera referencia a los cadetes se cambia por «asediados» y en la segunda referencia, la palabra «cadetes» llega a ser «oficiales»[815]; no habla de los rehenes que Moscardó encerró consigo en el Alcázar… En realidad, nadie ha dicho nunca lo que sucedió con dichos rehenes cuando el asedio de la fortaleza consiguió ser levantado[816], aunque podemos imaginar su suerte por medio de estas palabras de Brasillach y Massis: «El 28 de septiembre reina la exaltación en Toledo… Al amanecer, 80 milicianos refugiados en el hospital de San Juan son capturados y fusilados. Después, todo Toledo se entrega a la alegría de aclamar a sus libertadores».[817]

El lector puede dudar de que «todo Toledo» se entregase a tal alegría, teniendo en cuenta que al comienzo de su historia los citados autores explican que Moscardó y sus guardias civiles se refugiaron en el Alcázar a causa de que habían sido derrotados por las milicias y el pueblo: «La población no tarda en unirse a los milicianos, con lo que sus fuerzas son claramente superiores. Para no caer en manos de quienes dictan las leyes en Toledo, el coronel Moscardó y los oficiales deciden, el día 22, encerrarse con sus tropas en el Alcázar…».[818]

Henri Massis, hoy miembro de la Academia francesa, volvió a tratar el tema de la guerra de España en su libro de 1939, titulado *Chefs*, en el que incluye una entrevista con Franco. La sabiduría política del distinguido escritor puede ser medida por la siguiente cita de dicha obra: «La experiencia, prolongándose, ha demostrado que el fascismo no era una forma cualquiera de autoridad pretoriana y de dictadura pasajera, sino que, por el contrario, representaba una forma nueva y estable de la evolución de las sociedades. Así, mucho más que la revolución soviética, la revolución mussoliniana ha merecido que le sea otorgado el título de "revolución mundial"».[819] «Partidario y doctrinario de los regímenes autoritarios… creyó verlos encarnados en el franquismo o en el Estado de Salazar, y lo dijo en su libro *Chefs*. El gobierno de Vichy también le pareció capaz de realizar sus esperanzas. Le dio su apoyo con sinceridad, en el plano del pensamiento político y formó parte del Consejo Nacional creado por el mariscal Pétain, que apenas celebró reuniones. Cuando llegó la Liberación, no se presentó cargo alguno contra él». (Jacqueline Piatier, *Le Monde* del 21 de mayo de 1960, p. 5.)

Lo más interesante de estas declaraciones radica no en la magnitud del error en que cae su autor al no darse cuenta de que el fascismo no era otra cosa que una forma de sociedad política totalmente efímera, sino en el evidente placer que experimenta al escribir que el fascismo perduraría. Massis fue recibido por Franco, «soldado de Dios»[820], en julio de 1938. Previamente a las declaraciones de éste, nos hace partícipes de algunas

observaciones que le fueron hechas por uno «de esos grandes intelectuales que el "Jefe" (en español en el original) ha introducido en su consejo»: «Franco no es de esa clase de hombres con gusto por el poder. No ambiciona ser dictador… No pretende mantenerse en primer plano, ser el amo de la futura España… Es bueno… quizá excesivamente bueno»[821].

El pretendiente al trono de España estallaría en carcajadas si leyese a Massis, así como el intelectual probablemente aludido, Pedro Sáinz Rodríguez[822], que iba a conocer pronto los rigores del exilio y las iras de Franco, el hombre sin ambiciones que era, «quizá excesivamente bueno». Lo que más impresionó a Massis fueron los planes de la revolución social que el caudillo se complació en describirle: «Nosotros construiremos la democracia verdadera, no aquella que no tiene de democrática sino el nombre y que permite la explotación de los débiles por los poderosos».[823] «¡Nuestro Movimiento no es la resurrección de las leyes injustas, de los privilegios para siempre abolidos! Lo que nosotros queremos es el enriquecimiento material y moral de todo el pueblo español, dentro del espíritu de fraternidad humana que tiene su origen en los preceptos del Evangelio».[824]

Estas enérgicas palabras de un «espíritu fraternal y cristiano»[825] emocionaron profundamente a Massis, quien se lamentaba de que la verdad sobre el vasto programa franquista de transformaciones sociales fuera ocultada al obrero francés: «Pero la admirable carta del trabajo, esos fueros donde se formulan tan animosamente estas disposiciones innovadoras y bienhechoras, ¿quién las conoce? ¿quién ha hablado de ellas al obrero francés?». [826]

Sin duda que el docto académico no carece de ideas para sus futuras obras, y sería demasiado atrevimiento por parte de cualquiera sugerirle asuntos, pero la tentación es demasiado fuerte. ¿Por qué no va a España en el curso de 1963 y escribe España vista de nuevo o Franco veinticinco años después? Así podría contar a los pobres obreros franceses las maravillas del paraíso franquista, ya que, como Marrero y Calvo Serer afirman, todavía funcionan las mismas fuerzas ocultas que en 1938 les impedían conocer la

verdad. Si Massis no quiere viajar solo podría hacerlo en compañía de Lunn, ahora Sir Arnold, que durante la guerra civil, pensó que si la proyectada revolución social de la España de Franco era tan profunda como parecía, asustarla incluso al hombre de negocios americano[827]. Esta afirmación es un tanto ridícula, porque, aparte de que no era cierta. Lunn estaba lejos de esperar ni de desear que fuera creída. Lunn escribió: «Carlistas y falangistas están completamente de acuerdo para llevar a cabo una política social seriamente anticapitalista, ya que los nacionales están decididos a que en la nueva España el productor no esté a merced del banquero. La política de la nueva España no sólo existe en el papel como un sueño utópico, sino que ha sido llevada ya a la practica y ejecutada en los territorios que han estado desde hace varios meses bajo control nacional». Y: «Franco busca la justicia social. No esperéis ha dicho que defendamos a las clases privilegiadas. Gobernaremos en favor de las clases medias y de los pobres. Los trabajadores no tienen nada que temer de nosotros».[828]

El mismo Charles Maurras creía en la revolución social de la zona franquista. La visitó en mayo de 1938, siendo recibido ceremoniosamente por Franco, Serrano Súñer y otros dignatarios «como un jefe de estado», según escribe Brasillach: «Un honor singular que el jefe de la cruzada concedía a un hombre cuyos movimiento político y escritos habían sido condenados por la Iglesia. La interdicción sólo fue levantada el 13 de julio de 1939».[829]. Maurras en su libro *Vers l'Espagne de Franco*[830] expresó su asombro ante los planes para el mejoramiento de las condiciones de vida de los obreros de la zona rebelde: «Una de las más fuertes impresiones que tuve en España y quizá la más agradable de todas, así como la que me causó más alegría, me la produjo la preocupación por la paz social y por el cuidado de la organización obrera, que encontré evidente e incluso *éclatant*, entre los dirigentes del gobierno nacional».[831]

Maurras creía ver en el Fuero del Trabajo franco-falangista no una inspiración de los experimentos de Mussolini y de Hitler, sino del católico francés La Tour de Pin[832]. Lo que escapaba completamente al pensamiento político de Maurras eran las razones por las cuales eran organizados los

obreros españoles, las mismas razones por las cuales nazis y fascistas habían organizado a los de Alemania e Italia: como ayuda para conquistar el imperio. Maurras se entristecía también ante el espectáculo de la ignorancia en que se mantenía al obrero francés sobre este feliz aspecto de los asuntos españoles: «Destruir el proletariado, incorporar al trabajador a la sociedad, hacer de él, literalmente, un hombre del burgo, un burgués, ésta pacificación social es una condición necesaria para valorar las riquezas mineras y de otro estilo de la España blanca. La buena marcha del trabajo español exige un código del trabajador. Franco lo ha pensado y lo ha preparado. Los "fueros" del trabajo han sido proclamados. ¿Es que se va a dejar ignorante de ellos al obrero francés?»[833].

El libro de Maurras sobre España estaba dispuesto para su publicación en 1940, pero no apareció hasta 1943. Hay poco de nuevo en él; su texto, más apropiado para un folleto que para un libro, ha sido hinchado a base de recortes de prensa.

También el contralmirante H. Joubert dirigió sus ditirambos al programa social de «la nueva España», escribiendo dos folletos de propaganda franquista, *La guerre d'Espagne et le catholicisme*[834], en respuesta a Maritain, de 1937, y *L'Espagne de Franco*[835], de 1938. Loa las «obras sociales creadas en la España de Franco para suavizar el odio de clases, suprimir la miseria, realizar la unión»[836] y subraya que como «cimiento de obras sociales liberadoras de la miseria y del odio, se organiza un sistema de educación y de cultura nacionales destinado a elevar el espíritu de la raza…»[837]. Como ejemplo de esta tarea cultural, Joubert cita lo siguiente: «Y así, las comisiones presididas por los rectores de las universidades proceden a una reorganización de las bibliotecas, de acuerdo con la nueva orientación del Estado y con el carácter universitario, escolar o popular de estos establecimientos».[838]

Lo que el almirante quería decir era que las bibliotecas de las universidades e institutos estaban siendo «purgadas» de libros «sediciosos». Puede observarse el resultado de esta medida en la España de hoy, después de más de 25 años de censura intelectual.

El almirante dice también que «el general Franco se ha declarado en todo momento dispuesto a acoger a sus adversarios y a garantizar su vida, a excepción de aquellos que habiendo cometido patentes crímenes, serán entregados a la justicia; y ha cumplido su palabra».[839]

Joubert comparte con *Sir* Arnold Lunn y otros admiradores anglosajones del caudillo una confianza pueril en la «justicia» militar. Seguramente que el almirante ha conocido algo de la historia de la guerra civil. Durante los primeros días de la sublevación, las fuerzas de Franco ejecutaron a ocho generales y un almirante por haber rehusado tomar parte en la misma[840]. Qué «patentes crímenes» piensa Joubert que cometieron esos altos jefes del ejército y la marina?

Todos los derechistas franceses que seguían de cerca los acontecimientos se hicieron eco de la misma cantinela: que «la nueva España» respetaba a «la verdadera Francia» y que si ésta se mostraba tal como realmente era, no tenía nada que temer de Franco, quien, gustaban de añadir, sentía una gran admiración por el mariscal Lyautey[841]. Por lo tanto, el almirante Joubert en L'Espagne de Franco afirmaba ante sus lectores que «el general Franco me ha dicho solemnemente que siempre ha respetado a Francia, y que España no prestarla nunca ayuda a un "complot" contra nuestro país. Volvió a decirme: "amo a Francia"».[842]

El enviado militar del periódico *Action Française*, Pierre Hericourt, publicó cuatro libros en favor de Franco[843] (que le concedió asilo político cuando cayó el régimen de Vichy). El propio caudillo escribió el prefacio del cuarto libro de Hericourt, *Pourquoi Franco a vaincu*, prefacio que terminaba con estas tranquilizadoras palabras: «Como he dicho cien veces durante la guerra, la verdadera Francia no tiene nada que temer de nosotros».[844].

Claude Farrere, otro miembro de la augusta Academia Francesa, visitó también a Franco en 1937, el cual proclamó otra vez su afecto por «la verdadera Francia», añadiendo: «y creed que no olvidaré jamás hasta que

punto la verdadera Francia, aunque impotente y encadenada, ha expresado su amistad hacia la verdadera España».[845].

Pero si el almirante, el académico y el experto militar citados hubiesen controlado mejor sus entusiasmos y estudiado la carrera de Francisco Franco, se hubieran enterado de que las promesas de éste no siempre fueron cumplidas. Y es un hecho histórico que cuando Francia fue derrotada y el gobierno de Vichy —el más cercano a los ideales de los nacionalistas que ningún otro del presente siglo— estaba en el poder, Franco, el gran amigo de esos mismos nacionalistas, hizo saber a Hitler que entraría en la guerra bajo ciertas condiciones, una de las cuales consistía en ser recompensado con territorios franceses del norte de África[846]. «La verdadera España» mostraba así su agradecimiento a «la verdadera Francia».

# Estudios de conjunto

## Estudios de conjunto y estudios especializados

Entre los estudios de conjunto, Calvo Serer cita loa siguientes ocho autores de siete trabajos:

Borkenau, Franz, *The Spanish Cockpit*, Londres, 1937.

Brenan, Gerald: *The Spanish Labyrinth*, Londres, 1943.

Madariaga, Salvador de: *Spain*, Londres, 1942 (y varias ediciones posteriores).

Garosci, Aldo: *Gli intelletuali e la guerra di Spagna*, Turín, 1959.

Bolloten, Burnett: *The Grand Camouflage. The Communist Conspiracy in the Spanish Civil War*, Nueva York, 1961.

Broué, Pierre, y Témime, Emile: *La Révolution et la Guerre d'Espagne*, París, 1961.

Thomas, Hugh: *The Spanish Civil War*, Londres, 1961. París, 1962.

Calvo Serer mezcla en esta lista historias generales de la guerra (las de Broué y Témime, Thomas y Madariaga) con estudios especializados en ciertos aspectos de la guerra (los de Borkenau, Brenan, Garosci, y Bolloten), y olvida incluir en ella el libro de Brasillach y Bardeche, uno de los primeros estudios generales publicados.

Pero sea cual fuere la clasificación en que deberían haber sido encajadas, todas estas obras son fundamentales para un estudio del conflicto

español. La de Borkenau constituye un estudio sociológico de los primeros meses de la contienda, pero sólo del lado republicano[847]. La preparación de trabajos como éste no fue fomentada en la zona de los rebeldes. El libro de Brenan, publicado por primera vez en 1943[848] y convertido ya en un clásico, ha sido republicado recientemente en Inglaterra en una edición barata; no es una historia de la guerra misma, sino un estudio de sus causas. Las opiniones del autor se revelan claramente en dos citas que corresponden al prólogo de la segunda edición (1950): «He intentado principalmente poner de relieve los errores e ilusiones de la izquierda española, porque creo que, en conjunto, fue el lado donde hubo más honradez y justicia, porque la apoyaron gentes de buena voluntad en otros países y porque defendían la causa de la democracia; su fracaso puede ser una gran lección para muchos».[849]

«Hoy no puede ya caber duda alguna sobre la insensatez e iniquidad del alzamiento militar, apoyado en la ayuda extranjera… los jefes nacionalistas estaban dominados por las ideas de la Alemania nazi; no buscaban sino una victoria completa unida a la total aniquilación de sus enemigos…».[850]

Las dos historias más recientes de la guerra, es decir la de Thomas y la de Broué y Temime, han sido muy bien acogidas por la crítica y el público en general, lo cual indica que el interés por el conflicto español no ha cesado en la mayor parte del mundo. El libro de Thomas constituyó un «*best-seller*» en los Estados Unidos, Inglaterra y Francia. Los dos han sido traducidas al español, la de Thomas en París[851], Broué y Témime[852] en México. El primero ha sido muy criticado por la prensa republicana en el exilio, que considera que Thomas ha dado demasiado crédito a las acusaciones contenidas en La causa general y otras obras de los rebeldes referentes a las atrocidades cometidas en el lado de la República. Quizá todos los estudiosos «imparciales» de un conflicto no pueden sustraerse a la tendencia normal de acusar y defender igualmente a cada uno, repartiendo la responsabilidad y los crímenes de la guerra en dos partes iguales y endosando una a cada bando: esto significa una visión errónea del lado republicano, que sin duda tenía de su parte el Derecho y la justicia. Por ejemplo, Thomas afirma que los republicanos mataron a cinco mi 1

doscientos cincuenta sacerdotes y continúa diciendo que esta cifra puede equipararse a la de dieciséis mil que dio Claudel en su poema, *Aux martyrs espagnols*[853]. Admitimos que tanto una cifra como la otra son terribles, pero ¿cómo pueden siquiera ser comparadas? Por otra parte, Montero[854], en su obra sobre este tema escrita desde el punto de vista rebelde, afirma que el número de sacerdotes muertos a manos de los republicanos fue solamente de cuatro mil ciento ochenta y cuatro. Thomas dice «7937 miembros de la Iglesia, de los cuales 12 eran obispos, 283 monjas, 5255 sacerdotes, 2492 religiosos y 240 novicios». El editor de esta edición, en las notas, cita las cifras de Montero: clero regular (incluidos los seminaristas): 4184; religiosos: 2365; religiosas: 283; es decir, 6832 personas. La cifra de 16 000 que da Claudel se refiere a *curas*.

¿Qué podrá decirse del libro de Garosci[855] cuando Calvo Serer le ha dispensado el supremo honor de plagiarlo sin piedad? Sólo quedan, pues, por examinar aquí los libros de Bolloten y Madariaga.

## Salvador de Madariaga: el angloespañol

Salvador de Madariaga, como el resto de las figuras destacadas del mundo literario español de 1931, fue mimado por la República, y también como la mayoría de aquellas figuras —Ortega y Gasset, Marañón, Pérez Ayala, Unamuno, Menéndez Pidal— la traicionó[856]. (Sin duda pensó que la República le había traicionado a él). Pero es difícil creer que haya tenido una gran influencia en la opinión pública de algún país un escritor destacado español que conservó cerrada la boca y quieta la pluma durante todo el conflicto. Recuerdo haber asistido en Washington, en 1936, a una conferencia cuyo anuncio había atraído una gran muchedumbre congregada para oír hablar al antiguo embajador de España en los Estados Unidos del tema que ocupaba la atención de todos: la guerra civil española. El señor Madariaga se negó a decir una sola palabra sobre el asunto.

Hasta 1942, con la publicación de la edición revisada de su libro, anterior a la guerra, titulado *Spain*, el gran profesor español no se dignó referirse francamente a la guerra civil. Desde entonces ha renovado

continuamente sus ideas sobre el tema[857], pero manteniendo a través de los cambios la misma posición casi neutral. No se mostró partidario de Franco, pero atacó duramente a la República, especialmente al Partido Socialista Español. Tan virulentas fueron sus críticas contra aquélla, que en 1959 el servicio de propaganda franquista publicó un folleto de más de cien páginas basado casi enteramente en citas tomadas de diferentes ediciones del libro *Spain*[858] de Madariaga. Otras obras de este mismo autor (*Democracy versus Liberty, Anarquía o jerarquía*) han sido utilizadas también en la España de Franco para atacar al gobierno parlamentario y a la libertad de prensa y para ensalzar la «democracia orgánica».[859] El mismo Calvo Serer, refiriéndose a Madariaga, dice que «presenta una ideología histórica y política que en mucho; aspectos coincide con los intelectuales nacionales…».[860] Otros muchos escritores franquistas citan a Madariaga con aprobación; es su republicano «domado». Loveday cita elogiosamente a Madariaga en cinco ocasiones, y dice de él que es un hombre «que permanece al margen y no parece apreciar el régimen de Franco ni el republicano». Lunn dice que el libro de Madariaga *Spain* es una «obra brillante» y se refiere al autor como «ese eminente autor español». *Sir* Robert Hodgson escribe acerca de Madariaga: «Su libro sobre España es una mina de informaciones a la que he recurrido con frecuencia». Diego Sevilla Andrés: «Parece que Madariaga ve el Alzamiento Nacional como intento salvador de la República frente al marxismo».[861]

Podría haber algo más asombroso que descubrir que este mismo Madariaga, el hombre silencioso de los años de la guerra, se ha convertido hace unos años en adalid de los antifranquistas? Sus dos principales puntos de apoyo son las revistas *Ibérica*, de Nueva York, y *Cuadernos*, de París. En 1959 publicó en Buenos Aires un libro editado en aquella ciudad norteamericana, *General, márchese usted*[862], que toma su título de una supuesta carta enviada por Madariaga a Franco en 1944. Sin duda era mucho más seguro decir a Franco que se fuese en 1944 que adoptar una postura militante en favor de la República en 1936. (Existen algunas afinidades psicológicas entre Koestler y Madariaga. El primero, después de pasar unas semanas en Inglaterra, comenzó a inquietarse pensando que no siempre se había portado como un verdadero caballero al referirse a Franco.

Madariaga, asalvo en Oxford, no se dio cuenta de lo que era el fascismo hasta que cayó la primera bomba en Inglaterra).

El editor de *Cuadernos*, Julián Gorkin (el inflexible revolucionario del POUM de 1936-1937), publicó en el número de septiembre de 1961 de esta publicación un exagerado panegírico de la autoridad de Madariaga para intervenir hoy en los asuntos españoles, exponiendo el siguiente desconcertante razonamiento: «Lo cierto es —y debemos insistir en este punto— que Madariaga se mantuvo aparte y por encima de la lucha, y esto —junto a su posterior conducta— le confiere hoy una extraordinaria autoridad».[863] ¿Autoridad para qué? Ciertamente no para encabezar un movimiento antifranquista.

## ¿Dónde está el engaño?

Sólo uno de los estudios tratados en este capítulo ha sido publicado en España: *The Grand Camouflage* de Burnett Bolloten. Este libro apareció en Barcelona con el título de El gran engaño[864], en junio de 1961. Engaño no quiere decir exactamente lo mismo que camouflage[865], y este libro, en líneas generales, no significa lo mismo para su autor angloamericano que para sus paladines españoles. ¿Qué quiere decir Bolloten con su título? En su primer capítulo de 21 líneas nos explica que el gran camuflaje era la pantalla levantada en la España Republicana por los comunistas y otros tales para ocultar del mundo exterior, «la revolución social de largo alcance del campo antifranquista, mucho más profunda en algunos aspectos que la revolución bolchevique en sus primeras etapas»[866]. Pero el principal padrino de este libro en España, Manuel Fraga Iribarne, entonces director del oficial Instituto de Estudios Políticos y ministro de Información, define el gran engaño en su introducción al volumen, de una forma diferente: «el gran engaño tras el cual los comunistas montaron la operación española queda al descubierto… Los comunistas sabían adonde iban, tenían un plan… Este plan permitió en el primer año de la revolución la conquista del poder en la España roja, que Bolloten ve consumado con la caída del gobierno Largo Caballero, sustituido por el doctor Negrín».[867]

Según resulta de una carta con fecha del 6 de enero de 1963, dirigida por Bolloten a su editor de Barcelona, y que reproducen las publicaciones republicanas en el exilio, el autor no fue consultado en relación con la traducción, la publicación o la redacción del prólogo de la edición de Barcelona. En su carta Bolloten protesta contra la contribución de Fraga Iribarne, y dice «… al incluir esa introducción del director del Instituto de Estudios Políticos, que es un organismo gubernamental, ha conferido usted a mi obra el sello de la aprobación oficial y violado su objetividad». En el «curriculum vitae» de Fraga Iribarne, publicado en 1962, con una lista de todos los artículos que ha publicado, no figura ninguna mención a la introducción del libro de Bolloten.

Y Calvo Serer afirma que el libro de Bolloten estudia un problema concreto, «el de la penetración comunista camuflada en las filas de la República»[868]. La discrepancia entre el autor y los paladines españoles del libro en cuanto al significado de éste se hace, pues, patente. En realidad, la obra de Bolloten consta de dos partes; de un lado los hechos escrupulosamente investigados, y de otro las conclusiones políticas. Bolloten aparece generalmente preocupado por su investigación; Fraga Iribarne y Calvo Serer por sus conclusiones políticas.

Bolloten culpa al editor español de la deficiente traducción, y alega que las numerosas citas de textos españoles, que se incluían en la edición original inglesa, han vuelto a ser traducidas al español en vez de transcritas directamente de los textos españoles. (Esto puede haber sido a causa de la falta de facilidades para estudiar en España la documentación sobre la guerra civil; también puede deberse al bajo nivel cultural de la España franquista. En todo caso, la culpa es del régimen, puesto que es el fruto de más de 25 años de censura). También protesta Bolloten contra el empleo en la edición de Barcelona de expresiones como «bando rojo» y «zona roja», expresiones que había tenido gran cuidado en evitar en su libro. Y afirma: «Además de estas objeciones mayores que perjudican al carácter erudito y objetivo del libro, existen una serie de errores de fechas, en la numeración de las páginas y en las notas. Se han omitido asimismo descuidadamente palabras y frases, omisiones que alteran el sentido de pasajes enteros. Todos

estos errores y omisiones son demasiado abundantes para enumerarlos». No obstante, Bolloten hace referencia a algunas líneas, del libro *Los vascos en el Madrid sitiado*, de Jesús Galíndez (Buenos Aires, 1945), cortadas en la edición española: «Lo que no tiene explicación, y mucho menos justificación, son los crímenes, muchos más en número y en sadismo, de la zona fascista. En ella existía un ejército y una policía, en ella el pueblo no fue armado, en ella los presos comunes siguieron encerrados; y los crímenes fueron cometidos precisamente por esa policía, por ese ejército, por esos señoritos educados que de nada carecían y blasonaban de católicos».

La censura franquista no sólo suprimió parte de la cita, sino incluso el nombre de Galíndez (la víctima de Trujillo). Bolloten protesta y con razón. Pero lo que hay que reconocer que es sorprendente es que el censor haya dejado pasar una parte de la cita de Galíndez.[869]

Teniendo en cuenta los reproches que Bolloten hace a su editor español, resulta extraña la elección de la Editorial Jus para publicar su libro en México. La Editorial Jus es una casa especializada en obras católicas y favorables a Franco. Entre ellas, *Informe sobre España*, de Pattee, y *Misión de prensa en España*, de Chávez Chamaco, y *Trilogía de Hispanidad* (México, 1948). Si el texto inglés es el que hace fe, también hay errores en la edición mejicana. En la tercera página de texto (p. 19) encontramos dos. En la edición mejicana leemos esta cita de Gil Robles, tomada de *El Debate* de Madrid, periódico de los jesuitas, del 6 de marzo de 1936: «Hay muchos, muchísimos de estos patronos y terratenientes que saben cumplir sus deberes de justicia y caridad. Pero hay también muchos que, con un egoísmo suicida, tan pronto como llegaron a tener las derechas participación en el Gobierno, bajaron jornales, elevaron rentas, intentaron desahucios injustos y olvidaron la triste experiencia de los años 1931-1933. Por eso en muchas provincias aumentaron los votos de izquierda entre los cultivadores humildes y los obreros agrícolas que con una política social justa habrían estado siempre con nosotros». En el texto inglés no figura la primera frase, ni tampoco en la edición de Barcelona. En la nota número 3 de la misma página, edición inglesa, Bolloten se refiere a la Falange como a una organización «fascista». Este calificativo ha sido suprimido en la

edición mejicana y en la de Barcelona. No parece que Bolloten tenga suene con sus traductores y editores. (Doy las gracias al Sr. J. Puig, de Toulouse, por haberme proporcionado mucho material sobre el libro de Bolloten).

*El gran engaño* es un libro poco satisfactorio. Esteban Salazar Chapela, al referirse a él en *Cuadernos*, atribuye este hecho a su «cualidad fragmentaria», a su inexplicable final, que deja sin terminar la narración de la guerra. «Es inexplicable que el autor haya interrumpido su obra en la caída de Largo Caballero. Es tan inexplicable como lo sería el dramaturgo que detuviese su drama en el nudo y nos hurtara el desenlace».[870]. José Peirats escribe: «Si este trabajo no hubiese de tener continuidad, sería evidentemente incompleto». (*Espoir*, Toulouse, 7 de septiembre de 1961). La misma publicación reproduce una crítica de Antonio Elda, en *Le socialiste*: «este libro es una obra premeditadamente incompleta de la guerra en la zona republicana», y, observando que el libro termina con la caída de Largo Caballero, pregunta el crítico: «¡No pasa nada después!». Y dice que Bolloten termina su libro «precipitadamente, dejando truncada así una historia que él convierte en media historia». Mi opinión es que se trata de un libro poco satisfactorio porque los hechos que presenta son prorrepublicanos mientras la conclusión a la que llega es profranquista.

Es casi imposible creer que las dos partes de la obra pertenezcan al mismo autor.

## Los hechos que presenta Bolloten y su conclusión

Los hechos que presenta Bolloten son los siguientes:

Tras la revolución de Asturias de 1934, las derechas españolas oprimieron de tal forma a los trabajadores y campesinos y a todos los implicados en la revolución asturiana, que el Frente Popular, después de ganar las elecciones de 1936, tuvo cada vez más dificultades para controlar las pasiones del pueblo justamente enfurecido[871]. El 17 de julio se alzaron el ejército y las derechas. Aquellos que habían jurado preservar la ley y el orden, desertaron de sus puestos: oficiales del ejército, guardias civiles, guardias de asalto, agentes de la policía secreta y carabineros[872]. El

desorden que siguió al alzamiento militar, provocó una verdadera revolución social en la retaguardia republicana[873]. La indecisión que demostraron Inglaterra y Francia en ayudar a la República allanó el camino a la intervención rusa. La Unión Soviética, temerosa de nazis y fascistas, exigió de España el no llevar a cabo extremismos que podrían inquietar a la burguesía de Francia e Inglaterra[874]. El minúsculo Partido Comunista Español, reforzado por la ayuda rusa y por la de sus recientes aliados, los pequeños burgueses y pequeños propietarios, intentó ocultar la importancia de la revolución social que se estaba llevando a cabo en España[875] finalmente, ésta fue aplastada y una coalición de comunistas, socialistas moderados y republicanos remplazó en el gobierno a Largo Caballero[876]

Pocos serían quienes pudieran mostrarse en desacuerdo con esta presentación de los hechos. Pero Bolloten no se limita a ello, sino que ofrece también una conclusión: con la caída de Largo Caballero y la formación del gobierno Negrín los comunistas habían asumido todo el poder en España[877]. A esta conclusión sí se opondrían la mayoría de los entendidos en la materia. No la apoyan ni un observador tan directo como Louis Fischer, ni un investigador tan cuidadoso como David T. Cattell. Louis Fischer estima que las acusaciones procomunistas contra Negrín no merecen respuesta: «Negrín era el símbolo de la resistencia española contra la invasión extranjera y el fascismo. Las afirmaciones de que el gobierno de Negrín había sido un instrumento en manos de los ingleses y de los franceses, aunque tuvieron una amplia difusión, no merecen ser tomadas en consideración, porque no son ciertas». Thurston, consejero de la embajada de los Estados Unidos en España, que se encontraba en Valencia, comunicaba el 18 de mayo de 1937: «Puede decirse que se acusa a priori al nuevo gobierno de tener tendencias de política social más conservadoras, a pesar de la mayor proporción de representantes del Partido Comunista, pues este, en los últimos tiempos, se ha hecho defensor de un programa de acción más moderado y más constructivo. Negrín y Prieto, quizá los dos miembros más influyentes del gabinete, son ambos socialistas de tendencias moderadas».[878] Cattell dice que «los elementos conservadores» en los países occidentales estaban «particularmente felices» cuando Negrín fue nombrado presidente del Consejo. «La evidencia de las actividades de

Negrín indican que apoyaba el programa comunista para ganar la guerra y para —en resumidas cuentas— resistir contra Franco, pero no por ello era partidario de todas las tácticas comunistas».[879]

## Las fantasías históricas de Fraga Iribarne y Serrano Súñer

Fraga Iribarne, en su introducción al libro de Bolloten, deduce de la conclusión de éste que una victoria republicana hubiese significado una España comunista controlada por el «soviet»[880]. Sin duda ha sido para apoyar esta tesis por lo que la censura de Franco ha permitido publicar la obra, pero no hay que olvidar que dicha tesis no es sino una suposición de Fraga Iribarne. Tales visiones de «lo que hubiera ocurrido si…» se basan en un punto de vista histórico según el cual un elemento cambia mientras los otros permanecen estáticos. Esto no es probable que ocurra nunca. Serrano Súñer hace una suposición parecida en su libro *Entre Hendaya y Gibraltar*, sobre lo que hubiese ocurrido en el caso de haber triunfado la República pero su conclusión es algo distinta:«Si España hubiese sido cobeligerante en el bando aliado porque así lo hubiese decidido el gobierno rojo —y lo mismo hubiese ocurrido en el caso de que el gobierno republicano se hubiese querido mantener neutral— se hubiera visto invadida y ocupada por las tropas alemanas a continuación de su victoria sobre Francia. La caída de Gibraltar en poder de Alemania y la posesión de toda la costa española habría puesto en sus manos la llave del Estrecho…»[881].

Franco, amigo de Hitler, impidió que sucediera esta catástrofe. Serrano Súñer considera que la República hubiera puesto en peligro el Occidente no por sus tendencias soviéticas, sino, precisamente, a causa de su postura proaliada y antifascista. *Sir* Arnold Lunn, un gran profeta, dotado de la visión tanto del futuro como del pasado, nos explica en 1956 los horrores que habrían ocurrido si los republicanos (que él llama comunistas) hubieran vencido en España: «Si los comunistas hubieran estado en el poder en España, no se habrían resistido a la petición alemana de atravesar España, atacar Gibraltar y cerrar el Mediterráneo. El general Franco, por otra parte,

no cedió ante las exigencias de los alemanes…»[882]. Pero, ciertamente, si la República hubiese ganado la guerra, su victoria hubiese tenido otras consecuencias para Europa. ¿Puede creer honradamente Serrano Súñer que cada pieza del tablero de ajedrez hubiera estado en el punto en que se hallaba en agosto de 1939? Desde luego, no. ¿Hubiera tenido lugar el acuerdo de Munich? ¿Se hubiera firmado el pacto nazisoviético? ¿Hubiera estallado la Segunda Guerra Mundial exactamente cuando estalló y en las mismas circunstancias? Las fantasías históricas de Fraga Iribarne y de Serrano Súñer no tienen más valor ni utilidad que el de una propaganda momentánea.

Ningún historiador de alguna categoría que haya estudiado este periodo apoya la conclusión de Bolloten, y mucho menos aún las elucubraciones de Fraga. Ahora se ha puesto de moda que todos, incluyendo Nikita Jruschov, critiquen a Stalin. Pero si admitimos que los comunistas españoles y sus consejeros rusos apoyaron —y aún instigaron— la supresión de la «revolución» que se venía llevando a cabo tras las filas republicanas para apoyar la política exterior de Rusia (y debemos admitir que también para ganar la guerra) constituiría entonces una contradicción suponer que los rusos intentasen instaurar un «soviet» en España puesto que ello sería contrario a esa política. Cattell escribió: «La tesis de que los comunistas no estuvieran interesados en la toma del poder sino en resistir al fascismo en España, está de acuerdo con la política exterior rusa de aquel tiempo. Entonces un régimen satélite soviético en España hubiese, desde luego, aumentado el prestigio revolucionario de los comunistas, pero aparte de esto hubiera perjudicado toda la política exterior de la Unión Soviética… En resumen, la política exterior soviética hubiera sido puesta en un completo compromiso por la implantación de un gobierno comunista en España, que hubiera servido para invocar continua ayuda para la causa comunista en el extranjero».[883]

Conocí un obrero español que parecía tener un sentido más claro de la geografía y la logística que Fraga Iribarne con todos sus títulos; había luchado en las filas del ejército republicano y en una ocasión me dijo: «Hubiéramos ganado la guerra si Rusia no hubiese estado tan lejos». Pero

no sucedía así, Rusia no era aún fuerte, y todavía hoy prefiere, como todas las potencias continentales, construir su imperio sobre la base de agresiones a los pueblos vecinos.

## Bolloten y la mitología franquista

En mi opinión, el libro de Bolloten es el más prorrepublicano publicado hasta el momento en la España de Franco. Calvo Serer, sin embargo, le prodiga grandes alabanzas:«El mito que la propaganda internacional intentó crear en torno a la República agonizante comienza a deshacerse en las páginas eruditas y frías de este periodista angloamericano»[884].

Otra vez dudamos de que Calvo Serer haya leído siquiera este libro, que, publicado recientemente y alabado por las autoridades españolas, destruye, no obstante, gran número de los mitos que el régimen de Franco había creado sobre la guerra:«Bolloten acepta plenamente la validez de la victoria electoral republicana de 1936».[885].

Bolloten afirma que los disturbios sociales que sobrevinieron tras las elecciones del 36 no fueron sino una reacción contra las crueles represalias que siguieron a la revolución de Asturias y contra la severidad de las medidas antisociales adoptadas por la derecha durante el bienio negro[886].

Bolloten sostiene que apoyaron al alzamiento militar: «un amplio sector del cuerpo de policía, los terratenientes monárquicos, los poderes de las finanzas y los negocios, una gran parte de la clerecía católica, los falangistas y otras fuerzas de derechas…»[887], todo lo cual contradice la visión que proporciona Calvo Serer de la rebelión franquista apoyada por el pueblo. Calvo Serer considera «un error básico en la interpretación de "la guerra de 1936" el ver lo español… lo patriótico… representado por los rojos, mientras que los nacionales son una minoría de militares, soldados mercenarios, capitalistas, clericales y señores feudales agrarios…»[888], achacando este error a Garosci, Thomas, Broué y Témime, mientras solamente dos párrafos más arriba ha alabado la «objetividad» de Bolloten

que, sin embargo, dice lo mismo que los citados autores, aunque, quizá, algo más categóricamente.

Bolloten afirma que no existía en España revolución alguna antes de la sublevación de los generales, pero que ésta, al privar al gobierno de sus medios para hacer cumplir la ley, permitió la puesta en marcha de una revolución social que habría de tener graves consecuencias para los amigos y aliados de los generales[889].

Bolloten afirma positivamente que Alemania e Italia intervinieron en la guerra civil antes de hacerlo Rusia. «Sin embargo, en vista de la continua ayuda por parte de Alemania e Italia al general Franco durante los primeros meses de la guerra, violando los acuerdos de no intervención, Rusia determinó cambiar su política y la primera artillería soviética, así como tanques y aeroplanos, junto con pilotos y tripulantes de tanques llegaba a España en octubre»[890]. Este argumento no toma en consideración el hecho de que Rusia podía ayudar legalmente al gobierno de España, pero que Alemania e Italia no podían prestar una colaboración similar a los rebeldes. Los franquistas afirman ahora que los generales se sublevaron sin haber obtenido previamente la promesa de ayuda de Hitler y Mussolini[891]; si los generales no hicieron tal petición, fue, sin duda, porque no se les había ocurrido siquiera la idea de que el alzamiento pudiera fracasar.

Bolloten desmiente a Manuel Aznar y al resto de los historiadores oficiales de la España de Franco, demostrando lógicamente que no existió ningún «complot» soviético para apoderarse del país antes de la sublevación de los generales; Bolloten prueba que tal «complot» hubiera sido fatal para la política exterior soviética y que, por otra parte, Rusia no tenía fuerza suficiente para llevar a cabo tal empresa tan lejos de sus fronteras[892].

Por el contrario, no he podido encontrar ningún «mito» republicano destruido por los hechos presentados en el libro de Bolloten.

## Una nueva mitología básica para los franquistas

¿Cómo, entonces, ha permitido la censura de Franco la publicación oficial del libro de Bolloten cuando éste acaba con tantos artículos de fe de la propaganda rebelde? No sólo desmiente a *Sir* Arnold Lunn y al padre Thorning, sino también a Calvo Serer y a Marrero. Se podría pensar que somos testigos de un cambio radical de la propaganda del régimen de Franco, preparación de una inevitable, aunque gradual, desaparición de la censura. Sólo una mentalidad estancada en el día del apogeo fascista de 1939 podría imaginar a los portavoces franquistas de hoy negando las matanzas de Badajoz, el bombardeo de Guernica, la ayuda nazifascista a los rebeldes o la legalidad de las elecciones de 1936. Estas posiciones, conceptuadas hoy de poca importancia y utilidad, se han abandonado para defender lo que se considera un bastión mucho más firme: el argumento de que la sublevación de Franco fue y sigue siendo una cruzada anticomunista en defensa no sólo de la civilización española cristiana, sino de todo el legado cristiano occidental. El argumento no es nuevo, pero sí la idea de centrar en él toda la propaganda relativa a la guerra. Si se consigue afianzarse en este terreno, todas las demás posiciones pueden darse por bien perdidas. ¿Quinientos, dos mil asesinados en la plaza de toros de Badajoz? Una cifra pequeña comparada con todo lo que estaba en juego. ¿Que los nazis bombardearon Guernica? ¿Y qué? Era necesario hacerlo en la cruzada contra el bolchevismo. Mientras durante la guerra los portavoces rebeldes negaban tales atrocidades, hoy las admiten a medias, cínicamente alegando que fueron cometidas en defensa del Oeste. Fraga Iribarne, al patrocinar el libro de Bolloten, sabía que éste negaba algunos mitos franquistas, pero evidentemente pensó que aún así su propaganda ganaría más que perdería. Sin embargo es difícil creer que el pueblo español o el de las naciones occidentales acepte los argumentos de Fraga.

## El misterio de la publicación del libro de Bolloten en España

Era sin duda la conclusión a que llega Bolloten en su obra y no la exposición de los hechos cuidadosamente investigados, lo que interesaba a los que patrocinaron la publicación del libro en España. Su aparición está

rodeada de circunstancias extrañas. En primer lugar, es raro que se edite en dicho país un libro extranjero sobre la guerra por muy favorable a Franco que sea, pero cuando se ha decidido publicarlo se necesita un largo periodo de tiempo para la traducción para que sea examinado por la censura y para su impresión. Este periodo suele ser de más de un año. Por ejemplo, el libro de Kemp apareció en España dos años después que en Inglaterra. La publicación de *Fu la Spagna*, cuyo autor, Roberto Cantalupo, era el embajador de Mussolini en Salamanca desde febrero hasta abril de 1937, es un caso típico del trato que se da en España a los libros extranjeros. Se publicó en Verona en julio de 1948, y la edición española se realizó en Barcelona en abril de 1951 (Embajada en España). En todo caso, el capítulo VII, «La ferma azione italiana per impedire le "fucilazioni"», ha sido suprimido en su totalidad en la edición española. Incluso antes de salir de Roma para desempeñar su misión en España, Cantalupo asistió en el Ministerio de Asuntos Exteriores italiano a una reunión en la que sólo se discutió el tema de la limitación de los asesinatos en la España de Franco. Los italianos estaban especialmente preocupados con los sucesos de Málaga, en cuya toma desempeñaron un papel muy importante. Cuando Cantalupo llegó a España, todos los jefes militares italianos (entre ellos Roatta y Faldella) le confirmaron que «el clima de represalias era inhumano». Cantalupo habla del sistema de matar doce hombres formados en línea, de modo que el que estaba delante viera siempre la muerte del que estaba ante él un segundo antes de morir. Cantalupo, ante esto, pidió instrucciones concretas a Ciano, quien ordenó a su embajador que se entrevistara personalmente con Franco y planteara la cuestión, si no desde el punto de vista humano, al menos en el terreno de la oportunidad desde el punto de vista militar. No era posible esperar que un hombre se rindiera si sabía que seria ejecutado automáticamente. El 3 de marzo tuvo lugar la entrevista, y Franco hizo toda clase de promesas, reconociendo que se habían cometido muchos abusos. Cantalupo dice que, personalmente, él cree que Franco no tenía la autoridad necesaria para acabar con las ejecuciones en Málaga. El cónsul italiano en Málaga volvió a insistir ante Roma, diciendo que el buen nombre (?) de las tropas italianas saldría perjudicado por las ejecuciones de Málaga. Ciano ordenó a Cantalupo que

fuera a Málaga a ver lo que sucedía. El embajador volvió a ver a Franco, y éste le dijo que la visita que proyectaba hacer sólo serviría para complicar las cosas. (Cantalupo se escandalizó cuando supo, de fuente fidedigna, que las buenas burguesas malagueñas iban por la noche a hacer sus necesidades sobre las tumbas de los republicanos que habían sido ejecutados durante el día, p. 137). Finalmente, Cantalupo sugirió que se interviniera seriamente cerca de Franco, incluso en nombre del Duce. para acabar con el derramamiento de sangre. El embajador volvió a hablar con Franco sobre esta cuestión antes de ser llamado a Roma. Con fecha 29-31 marzo enviaba el siguiente mensaje a Roma: «Disminuyen fusilamientos. Enviaré informes sobre la acción desempeñada por mí según directivas superiores. He obtenido personalmente de Franco la revocación de la condena a muerte de diecinueve masones de Málaga y la destitución de dos jueces demasiado severos». Y añade: «Y repito que es inadmisible que alguien pueda estar expuesto al peligro de ser fusilado por ser masón».[893] Thomas descarta este testimonio en una nota, a pesar de su gran importancia (Thomas, p. 356). El cuadro de los fascistas italianos, con Ciano a la cabeza, pidiendo a Franco clemencia para los republicanos españoles prisioneros, no deja de tener un lado irónico.

*Spain Resurgent*, de Sir Robert Hodgson, se editó en Inglaterra en 1953 y en España en 1954. Hodgson admiraba a Queipo de Llano y a Castejón, que derrotaron al pueblo «gracias al empleo de un *bluff* y de sutiles maniobras». En contradicción con todos los documentos alemanes capturados y publicados después de la Segunda Guerra Mundial, este diplomático ignora la ayuda directa que Hitler aportó a Franco y escribe que las fuerzas rebeldes usaron, para el transporte de hombres y material de Marruecos a España, «aviones de la Lufthansa que alquilaron en los hangares alemanes locales». Denuncia «la hez humana, en gran parte extranjera, que era la base del Ejército republicano». Se puede uno extrañar de los hechos que comunicaba a su gobierno, cuando dice que «la ejecución de José Antonio en Alicante, antes de la guerra, provocó la cólera de muchos de sus condiscípulos». *Sir* Robert estuvo en la zona rebelde durante gran parte de la guerra, y con certeza sabía que la muerte de José Antonio durante y no antes de la guerra, se mantuvo más o menos oculta, por lo

menos oficialmente. También dice que Largo Caballero, que jamás estuvo en Rusia, «se dejó arrastrar por su entusiasmo hacia los hechos de armas bolcheviques que había presenciado en Rusia». Indirectamente Hodgson apoya las criticas españolas de la actuación de *Sir* Samuel Hoare como embajador durante la Segunda Guerra Mundial.[894]. El traductor ha eliminado los errores de hecho más flagrantes cometidos por Sir Robert. [895]. El trabajo del embajador americano Mr. Hayes, *Wartime Mission in Spain*[896] se publicó en Madrid[897] un año después de haber salido a la luz en los Estados Unidos. Por lo general se considera a Hayes como historiador. Era profesor de historia, lo que no es forzosamente lo mismo. En realidad no se conoce ninguna obra histórica importante que puede atribuírsele, no siendo este libro, del que es responsable más el título que el hombre en sí. El nombramiento de Hayes, un converso al catolicismo, se debe probablemente a que en los Estados Unidos existe la creencia de que solo un católico puede comprender a un país católico, y que, por lo tanto, tan sólo un católico americano puede desempeñar el puesto de embajador de los Estados Unidos en un país católico. Claro es que los católicos americanos no estarían de acuerdo si, aplicando ese razonamiento, sólo se enviaran comunistas americanos a Rusia y Cuba, negros a África, etc.

(Los de otros embajadores hostiles a Franco, como Mr. Bowers[898] o Mr. Hoare[899], no han aparecido, claro está, en España). En los países en que existe una rígida censura política y religiosa, que se retrase la publicación de un libro es completamente normal, y lo anormal atrae una gran atención. El caso de la obra de Bolloten ha constituido una anormalidad. El libro del autor americano se publicó por primera vez en Inglaterra el 23 de marzo de 1961[900], apareció en España en junio[901] y no se editó en Estados Unidos hasta julio[902]. Pueden suponerse dos explicaciones para esta temprana aparición: la primera, que entre el 23 de marzo y la fecha en que se puso a la venta en las librerías españolas, la obra fue traducida, pasada por la censura, prologada por Fraga Iribarne e impresa, y la segunda, que el libro hubiera sido ya presentado en manuscrito en España antes de que apareciese en Inglaterra[903]. Si esta segunda explicación es cierta, constituiría la razón de por qué algunos críticos piensan que la obra, con su final poco natural, debe ser leída como

una más de las destinadas a hacer propaganda de Franco y no como una simple contribución a la historia.

Pero quizá, desde el punto de vista de esa propaganda, la publicación del libro de Bolloten en España haya constituido un error, por dos razones.

En primer lugar, porque los españoles examinan cada vez con mayor desconfianza todo lo publicado oficialmente. Los libros de Bolloten y Thomas aparecieron en Inglaterra casi al mismo tiempo; el primero se publicó en Barcelona pocos meses antes de que se editara el segundo, en español, en París. Y sin embargo, circulan hoy subrepticiamente en España más ejemplares del libro de Thomas que del legalmente autorizado de Bolloten[904].

En segundo lugar, porque aun para aquellos que confían en las publicaciones oficiales españolas, la conclusión a que llega Bolloten (es decir, que la República se hizo «roja» en el momento en que llego al poder Negrín) no es suficientemente convincente y provocará, finalmente, que el lector asimile la presentación de los hechos antifranquistas y rechace por el contrario la conclusión proFranco.

Los críticos ingleses se dieron cuenta instantáneamente de esta falla del libro. Roy jenkins escribió en *The Spectator*: «Aun en la visión del hecho determinado de la significación del gobierno Negrín, Thomas demuestra, en mi opinión, un sentido mucho más exacto de la perspectiva que Bolloten». [905]

Y W. F. Knapp, en su reseña del libro publicada en el Oxford Magazine, llega a la siguiente deducción: «A pesar de la escrupulosa investigación de los hechos, la conclusión que saca de ellos es superficial y poco digna de confianza».[906]

## El misterio de Bolloten

Pero si podemos explicar el proceder de la censura franquista, es mucho más difícil hacerlo con la conducta del autor. Salazar Chapela observa —como hemos dicho— que el libro de Bolloten es como una obra dramática

que termina a la mitad de la acción. Si tenía material suficiente para completar la narración de la guerra, ¿por qué acaba su libro con la caída de Largo Caballero? ¿No será porque los sucesos posteriores destruirían la tesis de los apologistas de Franco? Es evidente que cuando Bolloten comenzó sus investigaciones en 1939 tenía el propósito de escribir una historia definitiva de la guerra civil; el meticuloso estudio de los orígenes de ésta y el matiz de las ideas en ella expresadas demuestran que el autor tenía la intención de escribir un trabajo que nunca hubiera podido ser publicado en la España de Franco, y que no pensaba interrumpir su narración en mayo de 1937. Roy Jenkins, en *The Spectator*, se hace la misma pregunta que deben haberse hecho todos los lectores del libro: «¿Puede haber pasado el autor, como se nos dice, veintidós años preparando un limitado volumen de 300 páginas?».[907]

El primer capitulo, de 21 líneas, en que el autor expone su tesis principal, no constituye una parte fundamental de la obra; si se suprimiera, el lector no echaría nada de menos. Su tesis, de la que ya hemos hablado, de que un «gran camouflage» ocultó la revolución social española del resto del mundo, es, sencillamente, falsa. Es imposible que un hombre que haya investigado el asunto con el detenimiento y seriedad con que parece haberlo hecho Bolloten pueda llegar a afirmar semejante estupidez. Como el autor sabe muy bien, la revolución que siguió al alzamiento de los generales nunca ha sido un secreto para nadie. Michael Howard, en su reseña del libro escrita para *The Listener*, observa: «Es una historia que ya se había contado antes»[908], citando como prueba las obras de Orwell y Koestler.

Si estudiamos los otros trabajos generales y especializados que menciona Calvo Serer, veremos que todos ellos se refieren al gran «secreto» de Bolloten. El libro de Borkenau, publicado en 1937, trata extensamente de la revolución social, aunque no con la misma riqueza de detalles con que lo haría el autor americano 24 años mas tarde. La tesis principal de éste puede encontrarse ya en el título mismo del trabajo de Broué y Témime: *La révolution et la guerre d'Espagne*, y su contenido aparece una y otra vez en muchos libros de la CNT-FAI sobre la guerra civil; no sería difícil hallar cincuenta obras, todas publicadas antes que la de Bolloten, en las que se

haga una referencia a la revolución que tuvo lugar en la retaguardia republicana.

Como tenía que ocurrir, el libro de Thomas eclipsó completamente al de Bolloten, que se vendió muy poco en Estados Unidos y en Inglaterra, aunque Fraga Iribarne afirmase que constituyó en este Último país un «éxito sensacional»[909]. La prensa inglesa, que generalmente se refirió a las dos obras al mismo tiempo, concedió muchas más alabanzas a la de Thomas que a la de Bolloten. El editor neoyorquino de ésta declaró: «El libro no ha sido muy comentado a causa de su carácter profundamente especializado»[910]. Su primer gran éxito de crítica lo obtuvo en la España de Franco; no es un triunfo para Bolloten, sino una tragedia. Ha sido alabado como un gran historiador en un país donde, evidentemente, no le interesaba conseguir la fama. Pero, quién puede saber lo que le ha ocurrido a un hombre que se ha adentrado durante veinte años en el complicado laberinto que supone la investigación de la guerra civil española? Últimamente he tenido conocimiento de algunos testimonios de republicanos españoles refugiados en Francia (en el semanario *Espoir*, de Toulouse), que tal vez puedan dar la solución del misterio Bolloten. Dichos testimonios explican el largo tiempo que necesitó la redacción de la obra, así como su falta de unidad. José Peirats[911] recibió en septiembre de 1952 una carta de Bolloten que decía así: «… no puedo soportar el esfuerzo intelectual intensivo de los años anteriores, y hace poco tiempo tuve que tomar una determinación drástica en cuanto a mi libro. Me decidí a mandar el primer tomo a una casa editorial en Nueva York sin esperar la terminación de los otros tomos. Aquéllos, ya virtualmente terminados, han sido depositados en lugar seguro…», (*Espoir* 7 de septiembre de 1961). Peirats continúa: «En otras cartas, Bolloten hace referencia a los múltiples inconvenientes que seguía encontrando en sus relaciones con los editores, asustados que se hallaban éstos del impresionante volumen de la obra y del embarazoso problema de la documentación anexa». Peirats no define la posición política de Bolloten, pero sólo podía ser favorable a la República. Federica Montseny (*Espoir*, 18 de mayo de 1961) dice que su correspondencia «fue de gran cordialidad, casi de camaradería, como si Bolloten fuese un simpatizante de nuestro movimiento». (Esto lo confirma

el artículo de Antonio Elda en *Le socialiste*, reproducido en *Espoir* el 4 de febrero de 1962). Pero a esa correspondencia ha sucedido «su silencio desde hace años» y cuando se publicó *The Grand Camouflage* Bolloten no envió ningún ejemplar a sus amigos republicanos exilados en Francia. Así pues, sabemos que Bolloten, supuesto partidario de la República, había terminado un libro en 1952 y tenía otros casi terminados. Como se lo escribía a Peirats, se encontraba muy cansado. Y no publicó nada hasta 1961, y entonces sus amigos se llevaron la sorpresa de que el libro fuera editado en la España de Franco. ¿Qué había ocurrido desde 1952? Tan confusos se hallaban los amigos republicanos de Bolloten, a causa de la publicación de su libro y de sus años de silencio, que el editor del semanario *Espoir* de Toulouse, el 4 de febrero de 1962, comunicaba a sus lectores la muerte de Bolloten y sacaba la conclusión de que «son sus herederos o las personas entre cuyas manos quedó depositada su obra, los que han hecho de ella el uso, favorable al franquismo o a la teoría franquista del alzamiento contra el comunismo…». Pero Burnett Bolloten seguía en vida, aunque tal vez el hombre que escribía en 1952 a los exilados republicanos sí que había muerto. En la página 149, refiriéndome al meticuloso trabajo de investigación y a la conclusión antinatural del libro, he escrito: «Es casi imposible creer que las dos partes de la obra pertenezcan al mismo autor». Podríamos llegar a pensar que la investigación la llevó a cabo un Mr. Bolloten anterior a 1952, y que la conclusión la escribió otro Mr. Bolloten, con nueve años más, y que tal vez había renegado de sus antiguas ideas.

Otro aspecto curioso en el caso de Bolloten es la relación de éste con el Institute and Library on War, Revolution and Peace asociado con la Universidad de Stanford, California, a la que ha entregado la mayor parte de su material de investigación[912]. Del hecho de que esta institución patrocinase la publicación en Francia en 1960 de una obra en tres volúmenes titulada *La vie de la France sous l'occupation*[913], puede deducirse cuáles son sus ideas políticas: bajo este inocuo título se esconde una tentativa de rehabilitación de Pierre Laval [914]. Los documentos que se incluyen en estos tres volúmenes fueron recopilados por M. et Mme René de Chambrun (la hija de Laval y su marido). Todos ellos testimonian en

favor de la buena conducta de Laval durante la guerra y la ocupación. La University of California Press editó poco antes de aparecer el libro de Bolloten dos importantes estudios de David T. Cattell sobre la guerra de España, *Communism and the Spanish Civil War* y *Soviet Diplomacy and the Spanish Civil War*[915]. Es extraño que a pesar de la estrecha relación que une a estos trabajos con el tema central del libro de Bolloten, éste haga solamente una ligera alusión al primero e ignore completamente al segundo[916]. La explicación de esa extraña conducta tal vez se encuentre en la siguiente cita, tomada de la reseña del libro de Bolloten publicada en *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 340: 139, marzo. 1962. «Communism and the Spanish Civil War (de D. T. Cattell) es la excelente monografía que cierra definitivamente el camino seguido por Burnett Bolloten en *The Grand Camouflage*. En dos palabras, Mr. Cattell cuenta su historia mucho antes y por lo menos tan bien como Mr. Bolloten… Mr. Cattell ha hecho un buen trabajo y, además, prosigue su historia hasta el final de la guerra, mientras Bolloten, de forma bastante inexplicable, no ha logrado hacerlo». (*GLN*, nota, p. 536). Luis García Arias reconoce que los dos libros de Cattell constituyen «el estudio más completo… que hasta el presente ha sido publicado sobre la URSS y la guerra de España» pero lo califica de «muy unilateral en sus fuentes, tendencioso en su exposición y falso en las consecuencias que se obtienen». Puede haber una explicación de ello: los estudios de Cattell no apoyan su tesis.

**Los estudios de conjunto**

De los estudios de conjunto que menciona Calvo Serer, sólo dos, los de Madariaga y Brasillach y Bardèche pueden satisfacer a los enemigos de la República. Los publicados en años más recientes, el de Thomas y el de Broué y Témime, se muestran favorables a la República. Puede hallarse otro estudio general de la guerra en las últimas páginas de la obra del exilado A. Ramos Oliveira, *Politics, Economics and Men of Modern Spain, 1808-1946*[917]. Las páginas referentes a la guerra misma no pasan de

cien, pero han sido escritas con una comprensión apasionada que no suele encontrarse en estudios más amplios. El citado trabajo, publicado en Londres en 1946, se incluye también en la Historia de España[918], en tres volúmenes, del mismo autor, aparecida en México en 1952. Calvo Serer podría haberlo incluido en su lista si no reconociera sistemáticamente más que la existencia de un solo exilado: Madariaga [919]. Pero los historiadores no se han mostrado siempre favorables a la República. En 1938, 1939 y 1940, cuando el fascismo estaba en todo su esplendor, la mayor parte de las historias generales sobre la guerra española apoyaban a los rebeldes. En Francia apareció el libro de Brasillach y Bardèche; en Inglaterra, el periodista Cecil Gerahty escribió en colaboración con William Foss, *The Spanish Arena*[920], prologado por el duque de Alba y de Berwick, que no sólo recibió el honor de ser publicado por el Right Book Club[921] (en cuyo comité figuraban treinta y tres miembros del Parlamento y el vizconde de Halifax)[922], sino también el de ser editado en la Alemania nazi[923] y en la Italia fascista[924]. El libro fue considerablemente revisado para adaptarlo al público italiano, cuyo antisemitismo era limitado y que necesitaba acostumbrarse a recibirlo en mayores dosis. William Foss añadió nuevas notas sobre esa cuestión, así como el traductor Gino Gario. Estos caballeros ingleses, que tanto impresionaron a Arthur Koestler, tenían la misma visión de la guerra civil española que los fascistas y los nazis; Gerahty y Foss escribieron: «Hemos demostrado, pues que España fue la víctima de un vasto "complot" comunista, inspirado y controlado por los francmasones europeos, judíos en su mayoría, y agitadores internacionales…».[925]

(Esta misma fue la tesis principal del discurso que pronunció Joseph Goebbels ante el Congreso del Partido Nazi reunido en Nüremberg en 1937[926]). Otro trabajo igualmente parcial es el de Robert Sencourt, *Spain's Ordeal*, cuya primera edición apareció en 1938[927] y la segunda ampliada, en 1939.[928] Sencourt escribía como si Portugal, Italia y Alemania hubiesen sufrido una agresión por parte de la República durante los primeros meses de la guerra, cuando lo que sucedió fue todo lo contrario[929]. Generosamente, Colodny llama a Sencourt «el historiador elocuente e imparcial de los ejércitos franquistas». p. 150. Sencourt esconde bien su

imparcialidad y acepta sin critica alguna cualquier rumor antirrepublicano, que halla en las obras de escritores como Poncins *(Histoire secrete de la révolution espagnole, París, 1938)*, Godden *(Conflict in Spain, Londres, 1937)*, Bardoux *(Chaos in Spain, Londres. 1937?)*, J. Marquès-Rivière *(Comment la Franc-Masonnerie fait la révolution, París, 1936)*. En ese tipo de escritos un masón equivale frecuentemente a un judío, y un judío a un comunista, y cualquier pedazo de papel constituye un «documento». Constituye una experiencia interesante leer hoy el libro de Sencourt a la luz de las últimas investigaciones históricas y descubrir cómo se ha desacreditado su «información» proFranco.

Algunas de las mentiras más descaradas sobre la guerra civil se deben a los representantes del gobierno portugués. El ministro portugués dijo al secretario de Estado Hull, el 18 de febrero de 1937, que nunca había habido «transporte de soldados ni mercancías a través de su país hacia España tanto en favor de uno como de otro beligerante». (*Foreign Relations of the United States, Diplomatic Papers* (1937, vol. 1), p. 243.

Los historiadores italianos se distinguieron en su afán de escribir en favor de Franco. El general Francesco Belforte publicó en 1938 y 1939 una obra en cuatro volúmenes titulada *La Guerra Civile in Spagna*[930]; en 1937 y 1939 aparecían sendos volúmenes de *La Guerra di Spagna*[931], libro en colaboración de Ambrogio Bollati y Giulio del Bono. En 1937 se editó en Austria un estudio general del Dr. Dorninik Josef Wolfel, *So ist Spanien*[932], que alcanzó dos ediciones, pero que al parecer no ha sido revisado y no trata de todo el periodo de la guerra.

Una de las pocas obras favorables a Franco, entre las publicadas después de la Segunda Guerra Mundial, es la del apologista católico americano Richard Pattee, *This is Spain*[933], que aunque publicada en 1951 no añade nada nuevo a lo que ya se conocía, y que consiste principalmente en repeticiones de las afirmaciones, ya dejadas de lado, de los propagandistas de Franco durante la contienda. El libro de Pattee, aunque traducido al alemán[934], no se ha editado en España. Su autor discute el panorama cultural que halló en España, en 1950, observando: «En cierto sentido, podría decirse que el esfuerzo intelectual se ha concentrado en la investigación más que en el aspecto puramente literario».[935].

El hecho no parece preocupar a Pattee, que cita las declaraciones de Pemán al periodista mejicano Chávez Camacho en lo referente a la producción de más «erudición que creación», apareciendo esta última «dominada por el sentido social de la época que vivimos»[936]. Es cierto que pocos países han tenido jamás la proliferación de «publicaciones eruditas» que invadió a España inmediatamente después de su guerra, una vez que los franquistas organizaron la cultura. Pero el impulso creativo había muerto por una razón fácil de comprender: la mayor parte de los autores estaban en el exilio o habían muerto en la guerra. Cuando un movimiento fascista ha fallado (aunque nadie quiera reconocerlo oficialmente) pero, sin embargo, continúa en pie el armazón de un Estado totalitario y represivo, qué puede hacer e l autor literario sino dedicarse a elucubrar inofensivamente sobre el pasado?[937] Evidentemente, no permanecerá mucho tiempo en libertad si se deja llevar en sus trabajos creativos del «sentido social» propio de la época en que vive. En uno de los pasajes más reveladores de su libro, Pattee afirma que la poesía moderna española se ha visto dominada desde 1940 por diez escritores: de estos, dos, Machado y García Lorca, habían muerto, cinco estaban en el exilio («residentes en el extranjero») y sólo tres vivían en España [938]. El autor no subraya este detalle, interesante y esencial.

Aparecieron muy pocas historias generales prorrepublicanas antes del final de la Segunda Guerra Mundial. En 1938 se publicó en Londres el conocido trabajo de Frank Jellinek, *The Civil War in Spain*[939] editado por el Left Book Club[940]; en él, el autor «revelaba» el gran secreto de la revolución social de la España republicana veintitrés años antes de que lo hiciera Bolloten. La *Historia de la guerra de España*[941], del socialista español Julián Zugazagoitia, se publicaba en Buenos Aires en 1940, año en que, capturado en Francia por los nazis y la policía falangista, su autor era ejecutado en España dieciocho meses después de haber inaugurado Franco una era de paz. Su muerte, así como la aparición de los libros de Foss y Gerahty, de Sencourt, de Belforte, de Brasillach y Bardèche, y de Bollati y del Bono tenía lugar en un momento en que muchos jóvenes europeos pensaban, como Gilles, el protagonista de la obra de Drieu la Rochelle, y

como los vencedores de la guerra civil española, que el fascismo era el movimiento del futuro.

**Definición del fascismo, del falangismo**

Esta creencia, y su consecuente expresión literaria, se desarrolló fuertemente en España hasta 1942, fecha del desembarco aliado en el norte de África. Marrero afirma que «el Caudillo… hasta la invasión de África, creía en el triunfo de los alemanes»[942]. Serrano Súñer compartía con Franco la fe en la victoria del Eje. «Por mi parte he de confesar honestamente que creí firmemente en la victoria del Eje desde que vi decidida con tal sorprendente facilidad la campaña de Francia hasta que ciertos hechos (todos posteriores a mi salida del gobierno), victoria de Montgomery en El Alamein, gran derrota del ejército alemán en Stalingrado, desembarco de los aliados en el norte de África, la aparición del "radar" en la guerra naval, etc., hicieron patente un cambio en la situación militar». (*Entre Hendaya y Gibraltar*, p. 139.). La mañana del 8 de noviembre de 1942 significó un momento crítico para el fascismo español o falangismo. ¿Qué era el fascismo? En su más simple definición, un movimiento destinado a convertir un país europeo desposeído en el conquistador de un imperio. El credo básico de la Falange era la reconquista del Imperio Español; muchos pueden encontrar graciosa la idea, pero en España se tomaba con tanta seriedad como merecía. El actual ministro de Asuntos Exteriores de España, Castiella, y el presente embajador español en Francia, Areilza, publicaron en 1941 una información detallada de estas aspiraciones: *Reivindicaciones de España*[943]; un libro muy serio. Como ya hemos señalado más arriba, si la República hubiese resistido con menos valentía y hubiera dejado a Franco una España apta para la guerra, y si, por otra parte, Mussolini se hubiese mantenido al margen del conflicto o hubiera intervenido más inteligentemente, Franco hubiera podido surgir de la Segunda Guerra Mundial como uno de los vencedores fascistas, con colonias en el norte de África y una Península unificada. Pero en el momento en que las tropas americanas y británicas desembarcaron en el

norte de África, en un territorio que, según los teóricos del falangismo, pertenecía a España, y el país se resignó a la pérdida de su imperio sin hacer un solo disparo, la Falange perdió también su aliento vital.

Estas derrotas del Eje despertaron violentamente a los soñadores del Imperio Azul. Entonces fue cuando personas como Ridruejo cambiaron de posición política; acto inteligente, porque previeron que, sin la ilusión juvenil de la aventura del Imperio. España no llegaría a ser más que otro Portugal: la estructura restrictiva del Estado totalitario no para realizar grandes hazañas, sino para proteger las siestas de unos privilegiados. Juan Antonio Ansaldo, que no era falangista, sintió algo de esto cuando escribió: «Realmente, apagada la exaltación del Movimiento y contienda civil y hasta sus últimos destellos que iluminaron la postguerra, hoy, que ni ideal de Imperio, ni sensación de justicia, ni compañerismo de hermandad, ni bienestar social, ni pan siquiera… puede ofrecerse al pueblo español; ¿qué le queda a éste para satisfacer el anhelo eterno de algo grande o noble, consubstancial con su quijotismo de antaño, o, al menos, para llenar las prosaicas necesidades materiales, que el creciente sanchopancismo contemporáneo reclama?».(*¿Para qué…?*, p. 444).

Alemania e Italia se vieron cauterizadas por la sangre y la miseria; sus regímenes fascistas habían sido destruidos. Pero España no fue sometida a tan provechosa operación quirúrgica. Aquella dinámica «voluntad de imperio» se desvaneció, pero el Estado totalitario se mantiene hasta nuestros días y continúa deformando, con la ayuda de sus instituciones represivas, el espíritu español mucho tiempo después de que todos hayan olvidado que éstas fueron creadas solamente como una base desde la cual lanzarse a la conquista del ahora perdido para siempre imperio azul. Y este Estado totalitario no era ya más que una absurda estructura, un caparazón vacío, cuando terminó la Segunda Guerra Mundial. ¿Movieron un solo dedo los democráticos Estados Unidos de América para derribarlo? ¿Intervino Inglaterra para provocar su desaparición? ¿Hizo algo la Unión Soviética, que había sufrido la ofensa que representó la División Azul, por suscitar un cambio de régimen en España? La triste verdad es que este país, traicionado de 1936 a 1939 por todos los del mundo excepto México y la Unión Soviética, lo fue de nuevo en 1945 por los que habían vencido en la «guerra

contra el fascismo». Rusia, como las otras potencias que habían intervenido en España, se preocupó solamente de salvaguardar sus propios intereses. Pero no hay que olvidar que ayudó a la República a resistir, impidiendo así a Franco consolidar su movimiento falangista y construir su imperio. Francia, Inglaterra y los Estados Unidos no sólo no prestaron su ayuda a la República, sino que ni siquiera defendieron sus propios intereses en España. En 1945 el mundo podría haber destruido implacablemente la vacía estructura del Estado franquista. ¿Por qué no lo hizo? Quizá lo sepamos algún día.

Del mismo modo que se ha desvanecido el aliento que animaba al movimiento falangista, se ha evaporado también el que empujaba a aquellos literatos que se sentaron una vez ante su máquina de escribir para teclear: «¡Arriba España!». Hagan lo que hagan y piensen lo que piensen sus gobiernos, los intelectuales de los países en que existe «opinión pública» no consideran hoy interesante un libro favorable a Franco[944]. El libro del escritor alemán Hellmuth Günther Dahms *(Der spanischer Bürgerkrieg, 1936-1939)* es una excepción, pero aporta pocas cosas nuevas sobre la guerra. Su bibliografía es una falsificación. Intenta revalorizar las más manidas historias de la propaganda franquista. Para desmentir el relato de las matanzas de Badajoz, dice que el periodista portugués Mario Neves escribió su artículo desde Elvas, basándose en lo que le habían contado (p. 313). ¿La prueba? McNeill-Moss y Lunn, que no confirman, ni mucho menos, las afirmaciones de Dahms acerca de Neves. Dahms presta atención especial a la historia de un plan revolucionario para España, establecido el 27 de febrero de 1936 por los socialistas y los comunistas. ¿La prueba? Díaz de Villegas (p. 42), que no menciona el origen de sus informaciones, y el especialista francés en cuestiones de intrigas masónicas, Léon de Poncins (p. 85), que cita la desacreditada nota del gobierno portugués con fecha 22 de octubre de 1936. El libro de Dahms ha sido bien acogido en Alemania occidental y el autor felicitado por su labor académica. En realidad, su bibliografía, como ya hemos dicho, está falsificada, y su manera de utilizar las notas es escandalosa. He aquí un ejemplo: «A principios de marzo, un carguero soviético, el *Neva*, desembarcó en Sevilla algunas docenas de cajas que contenían material de guerra y que fueron distribuidas a los

comunistas de las provincias de Cádiz, Badajoz, Cáceres, Córdoba y Jaén. Poco tiempo después, un segundo carguero ruso, el *Jerak*, desembarcaba grnades cantidades de armas y municiones en Algeciras. El programa de entrenamiento que combinaba la instrucción militar y los deportes fue intenso». (p. 63). La acusación es grave, y nos tranquiliza ver que Dahms incluye una nota explicativa. Leamos la nota 22, página 305: «La juventud socialista (Juventud Socialista Unificada, JSU) era una unión de los sindicatos socialista y comunista». Esta no es la definición adecuada de la JSU, pero, sobre todo, no justifica en absoluto la afirmación de que durante la primavera de 1936 se distribuían armas soviéticas en Andalucía. La historia viene de Sencourt (p. 84), quien la toma de Bardoux (*Chaos in Spain*, p. 41), quien a su vez cita un «documento diplomático». Es muy posible que quien primero lanzó esa historia en 1936 fuera una agencia nazi y es inquietante ver dónde busca Dahms su inspiración. Si existe una prueba de que en la primavera de 1936 hubo barcos soviéticos que desembarcaron armas para los comunistas españoles, hay que exhibirla; si esa prueba no existe, debería prohibírsele a Dahms el uso de notas explicativas. Todo esto no significa que el libro de Dahms sea un libro franquista. Se trata de un libro proalemán. Exagera la importancia de la ayuda rusa para poder presentar la intervención alemana como un acto anticomunista; exagera el desorden que reinaba en la República para poder afirmar que la intervención nazi no contribuyó a la destrucción de una República que ya estaba destruida. Si el libro ha sido bien acogido en Alemania, se debe probablemente a que forma parte de una producción literaria en expansión que defiende la tesis de que los alemanes no eran verdaderamente responsables de ninguno de los terribles acontecimientos que tuvieron lugar en Europa entre 1933 y 1945.

Hace muchos años que no se publican obras de esta especie; la situación es hoy tan desesperada, que los franquistas, en su intento de mostrar al pueblo una pretendida literatura franquista, tienen que recurrir a un libro que, en última instancia, no forma parte de ella: el de Bolloten.

# Spanica zwischen todnu Gabriet

Para celebrar el veinticinco aniversario del comienzo de la sublevación franquista, el profesor de la Universidad de Zaragoza, Luis García Arias organizó en 1961 un ciclo de conferencias pronunciadas por algunos personajes más prominentes de España, del mundo militar, religioso y político. El tema central de todas las conferencias fue: La guerra civil española, guerra santa contra el comunismo. García Arias, rechazando la tesis del embajador de Estados Unidos, Bowers, según la cual la guerra de España habría sido el preludio de la Segunda Guerra Mundial, da un doble salto mortal y llega a la conclusión de que en realidad fue el preludio de la Tercera Guerra Mundial.[945] (Por parte de los franquistas habría sido una aberración admitir que su guerra formaba parte de la Segunda Guerra Mundial, ya que sus amigos la habían perdido.[946] Fue, prosigue: «una guerra de liberación nacional y una cruzada».[947]

Posteriormente estas conferencias se publicaron en el libro *La guerra de liberación nacional*. Quien hizo la mayor aportación fue García Arias, al menos por el número de páginas,[948] hablando de la política internacional frente a la guerra de España en 1936. García Arias estudia las relaciones internacionales de los rebeldes durante los doce primeros meses de la guerra. Es curioso que, en aquellas circunstancias, discutiera la ayuda italiana y alemana a Franco sin referirse una sola vez a algún documento oficial español.

Su texto va acompañado por una profusión de notas a pie de página, indicando las referencias a los libros escritos en distintos idiomas que atestiguan la sapiencia del profesor. Para acentuar su erudición añade en el apéndice una bibliografía de la guerra de España.[949] que incluye unos cuatrocientos títulos, todo un progreso respecto a las publicadas anteriormente por los españoles partidarios de Franco, porque presta una importante atención a la abundante literatura aparecida en Alemania y en Italia sobre la ayuda fascista y nazi concedida a Franco durante la guerra.

Pero precisamente, cuando el profesor García Arias se aventura en el terreno de las obras extranjeras, extravía su camino. Ha querido clasificar sus libros y esto es una operación difícil, por lo menos si no se ha hojeado esas obras.

## El libro que nunca existió: *Spanica zwischen todnu Gabriet*

García Arias clasifica el libro *Homenaje a Cataluña*, de Orwell, entre los libros regionalistas[950], pero Orwell, sin duda alguna no fue un autonomista catalán. Por cierto, civil; su *Appeasement's Child* es una severa condena del régimen de Franco: García Arias le califica de «proFranco»[951]. En una lista de cuarenta y dos títulos bajo el encabezamiento de «En favor de la España Roja»[952] encontramos en realidad sólo veintiséis libros prorrepublicanos, cuatro neutrales, tres en favor del POUM y nueve profranquistas. El profesor de Zaragoza considera incluso a *Sir* Arnold Lunn, el «católico franquista» de Calvo Serer, como «prorrojo». Con el mismo calificativo designa a Harold G. Cardozo, H. Edward Knoblaugh, F. Theo Rogers, William Foss, Cecil Gerahty, Merwin K. Hart, Arthur F. Loveday y Marcel Chaminade, todos ellos, bien conocidos como franquistas[953]. Pero la joya de la bibliografía compilada por García Arias es el siguiente libro:

Peter Merin: *Spanica zwischen todnu Gabriet*, Zurich, 1937[954].

Ésta es, sin duda ninguna, la más rara de todas las obras sobre la guerra civil. Ha formado parte desde hace 23 años de la mitología creada por los

eruditos franquistas sin haber sido nunca impreso. Su título no pertenece a ningún idioma conocido: hay una conjunción alemana, *«zwischen»*; *«todnu»* parece rumano; *«Spanica»* pudiera tener una raíz latina… Hagamos la historia de este curioso libro.

En 1937, el escritor alemán Peter Merin publicó en Zurich, *Spanien zwischen Tod und Geburt*[955], que quiere decir «España entre la muerte y el nacimiento». (En este libro se unen la historia del pasado con la descripción del presente). Fue traducido al inglés y editado en Nueva York al año siguiente con el título *Spain between Death and Birth*[956]. Es un buen libro a favor de la República, del que se ha dicho muy poco. Poco después de terminada la guerra, apareció en Barcelona una publicación de 79 páginas, [957], preparada por el Comité de Información y Actuación Social (CIAS), compuesta casi en su totalidad por una serie de citas tomadas de una gran colección de documentos relativos a las Brigadas. Dejando a un lado lo que pueda pensarse de las conclusiones a que llegan sus autores franquistas, es una obra cuidadosamente presentada, con nombres y títulos correctamente transcritos. Entre los libros que menciona se encuentra la edición alemana del libro de Merin.

En 1940, un falangista, Adolfo Lizón Gadea, escribió *Brigadas Internacionales en España*[958], de 94 páginas, publicado en Madrid por la oficial Editora Nacional. Lizón Gadea presenta una bibliografía de cuarenta y seis referencias, cuarenta y una de las cuales tomadas del libro del CIAS, aunque, poco honradamente, no aparece ninguna referencia al mismo ni se le incluye en la lista de obras[959]. Es una bibliografía repleta de errores, algunos de los cuales —pero no todos— pueden ser atribuidos al impresor, aunque las pruebas de imprenta, en España como en cualquier otro lugar, pueden ser corregidas. Entre dichos errores se cita equivocadamente por vez primera el libro de Peter Merin: *Spanien zwischen Tod und Geburt* se transforma en *Spanica zwischen todnu Gabriet*. Nada prueba que Lizón Gadea haya consultado las obras que anota en su lista; al contrario, ha copiado simplemente los títulos para completarla. Desgraciadamente, sus métodos de trabajo así como sus errores continúan infestando, veintitrés años después, la investigación española sobre la guerra civil.

En 1952, el una vez policía y ahora experto literario en asuntos subversivos, Comín Colomer, sacó a luz una *Bibliografía sobre la guerra de liberación* en la prestigiosa Revista de estudios políticos[960], ero referida casi exclusivamente a libros publicados dentro de España. Sin embargo, en la sección dedicada a las Brigadas Internacionales, cita una veintena de libros publicados fuera de España. Desgraciadamente para el autor franquista, se apoya casi por completo en el libro de Lizón Gadea (aunque cita la obra del CIAS, parece que no la ha utilizado). Como consecuencia, gran parte de los errores de aquél vuelven a aparecer aquí. Por ejemplo: «Delaprée» consta otra vez como «Delepré»; el libro «Garibaldini in Spagna» como si «Garibaldino» fuese el autor de un libro titulado In Spagna; «Heussler» como «Henssler»; *Cardboard Crucifix*, publicado por una casa editorial con oficinas en Edimburgo y Londres, cambia su título por *«Carboard Crucifix Edinburgh»*; el nombre Edmond Romily se transforma en «Comond Romily»; *Some Still Live*, publicada en Nueva York, como «Some Still Uve, New York»; el nombre Van den Bossche como «Van der Bosschen»…, y *Spanien zwischen Tod und Geburt* nuevamente se escribe como «Spanica zwischen todnu Gabriet». No se trata ya de erratas de imprenta; nos encontramos ante muestras palpables de ignorancia de un incompetente investigador.

Y nueve años más tarde, en 1961, el distinguido catedrático de la Universidad de Zaragoza, García Arias, para ilustrar mejor sus tesis franquistas, ofrece a sus lectores españoles la citada bibliografía de la guerra civil, en la cual persisten los errores de Lizón Gadea: Delaprée aparece de nuevo como «Delepré»; Heussler es escrito ahora «Henssier»; *Cardboard Crucifix* otra vez como «Carboard Crucifix Edinburgh»; Van den Bossche también como «Van der Bosschenn».[961]

Como siempre, el libro de Peter Merin es citado con su erróneo y extraño título de *Spanica zwischen todnu Gabriet*, Me gustaría saber cómo lo traduciría el culto catedrático.

**El profesor Seco Serrano, bibliógrafo**

Quiero citar un último ejemplo de la forma incompetente en que los historiadores de Franco estudian la guerra civil. En 1962, la casa editorial Gallach publicó el sexto tomo de su *Historia de España*[962], perteneciente a la «época contemporánea». El volumen, de más de cuatrocientas grandes páginas, con numerosas ilustraciones, fue preparado por el profesor de la Universidad de Barcelona Carlos Seco Serrano, e incluye la más extensa bibliografía sobre la guerra civil aparecida nunca en Francolandia[963]. Un investigador serio inscribe en su bibliografía las obras que ha consultado. Sin embargo, una simple ojeada a tal bibliografía revela que la mayoría de los títulos en ella incluidos han sido copiados, simplemente y sin mención alguna de la obra de Thomas, prohibida en España. Aunque en ésta hay algunas erratas —no las graves equivocaciones propias de la ignorancia de Lizón Gadea— como Collonet por «Gollonet»[964], Monteón por «Monleón»[965], Guadiola por «Guardiola»[966], e Ysurdiaga por «Yzurdiaga»[967], Seco Serrano las repite, a pesar de que los libros a que se refieren fueron publicados en España y podían haber sido verificados sus títulos y autores, fácil tarea para un profesor universitario. Véase también Eduardo Fuembuena, *Belchite-Quinto-Teruel: Guerra en Aragón* (Zaragoza, 1938), cuyo nombre escribe Thomas «Fuembuerra» (p. 650), así como Seco Serrano (p. 458). Y Alfredo Cabanillas, autor de Hacia la España eterna, (Buenos Aires, 1938), escrito «Cabinillas» en el libro de Thomas y en la bibliografía de Seco Serrano. En el caso de Thomas se trata de errores do imprenta excusables, pero en el de Seco Serrano son simplemente errores debidos a que ha copiado los nombres sin hacer el trabajo debido de un investigador serio.

Un notorio ejemplo de esto es el siguiente: en Hugh Thomas el libro de Floriondo de Miguel: *Un cura en zona roja* se convierte en un libro escrito por «Florimundo de Miguel», titulado *«Una cura en zona roja»*. Seco Serrano repite el error; aunque el libro fue publicado el año 1956 en Barcelona, el profesor español podía haberle echado una ojeada para evitar la ridícula pifia originada por su uso desconsiderado de la obra de Thomas. [968] En el índice bibliográfico de ésta los nombres de los autores se citan en mayúsculas, los títulos en cursiva; cuando no consta el nombre del autor, la referencia comienza con el título del libro en cursiva. Seco Serrano ha

interpretado esto de manera que atribuye las obras anónimas a los autores que las preceden inmediatamente. Esto podría conducir a resultados peligrosos en el Estado-policía de Franco: un tal López de Medrano publicó en Madrid el año 1939 su historia de los sufrimientos padecidos en la retaguardia de la República, *986 días en el infierno*; Seco, según el método indicado, le considera también autor del libro anotado inmediatamente detrás en la bibliografía de Thomas, que resulta ser un documento republicano de los crímenes franquistas en Galicia: *Lo que han hecho en Galicia. Episodios del terror blanco en las provincias gallegas contados por quienes los han vivido*, (París, 1938).[969]

El sentido común, ya que no la erudición, debería haber indicado al profesor de Barcelona que López de Medrano no podía haber escrito ambos libros. Esperemos que la policía no haya detenido al «autor» para aclarar la cuestión.

La obra del ministro francés Pierre Cot titulada *The Triumph of Treason* es seguida en la bibliografía de Thomas por el *Epistolario Negrín y Prieto*, París, 1939 [970]: según Seco Serrano, Cot es el autor de esta correspondencia entre los dos socialistas, aunque un niño de escuela podría darse cuenta de la imposibilidad de ello.

Continuando su Comedia de los Errores, Seco atribuye a *sir* Neville Henderson no sólo su legítima obra *Failure of a Mission*, sino también *Hitler's Tabletalk*[971] («Conversaciones de sobremesa de Hitler»). Nadie hubiera sospechado que *sir* Neville tuviese tanta intimidad con el Führer.

Max Graf Hoyos, autor de un libro sobre sus experiencias en la Legión Cóndor, *Pedros y Pablos*, es considerado por el historiador de Barcelona como autor también del hasta ahora anónimo *In Spain with the International Brigade. A personal Narrative*, (Londres 1939).[972] ¡Sin duda, Hoyos debe haber sido el hombre más activo de la guerra civil, volando en las escuadras de Franco y combatiendo en las Brigadas Internacionales al mismo tiempo!

La verdad de todo esto es que el eminente profesor, simplemente, ha copiado y falsificado su bibliografía sobre la guerra civil, como es costumbre en la España de Franco.

Aunque esa costumbre de los escritores profranquistas de falsificar sus bibliografías no se limita solamente a España. El escritor alemán Hellmuth Günther Dahms, en su libro de 1962[973], cae también en la copia de la bibliografía de Thomas, lo que le permite exagerar la importancia de sus trabajos de investigación gracias a libros que, manifiestamente, no ha leído. Examinemos su bibliografía. Dahms, al saquear a Thomas, cae en el mismo error que Seco Serrano: atribuye las obras anónimas al autor cuyo nombre se acaba de citar inmediatamente antes. Dice que Bastos Ansart, autor de *El evangelio del honor militar* (Valladolid, 1938), lo es también del folleto publicado en París en 1939, *La bataille de l'Ebre* (Thomas, p. 655; Dahms, p. 336).

Thomas (p. 655) da el libro siguiente: Castro Albarrán. A. de, *Guerra Santa* (Burgos, 1938). A continuación vienen cuatro obras sin mención de autor: *Christ or Franco? An answer t o the Spanish Episcopate* (Londres, 1937); *Cobla Catalunya, La* (Barcelona, 1938); *Collective Letter of the Spanish Bishops on the War in Spain, The* (Londres, 1937); *Communist Atrocities in Southern Spain, The* (Londres, 1936-37; Burgos, 1937). Según Dahms, nos informa que Castro Albarrán es el autor de todos estos escritos, proeza que le habría convertido en el mayor cínico de la guerra, porque el primer libro de esta lista es una refutación del tercero. En otra ocasión, Thomas (p. 649) cita a Cirre Jiménez como autor de *De Espejo a Madrid* (Granada, 1937). Como a continuación de ésta figura el libro anónimo *Le Clergé Basque* (París, 1938), Dahms se lo atribuye también al falangista de Granada Cirre Jiménez (p. 337). Thomas (p. 661) cita: Conill Mataró, A., *Codo: mi diario de campaña* (Barcelona, 1954). Le sigue en la relación la obra *Cruzada Española (Historia de la)*, vol. 35 (Madrid, 1939-1943). Conill Mataró, que publicó un libro de experiencias personales sobre la guerra, se convierte, en la bibliografía de Dahms, en el autor de treinta y cinco volúmenes de más. (Dahms, p. 338). Y luego atribuye a J. Echeandía, autor de *La persecución roja en el País Vasco* (Barcelona, 1946), libro franquista, la paternidad de *L'Epopée d'Espagne: Brigades Internationales 1936-1938* (p. 339), sencillamente porque esta obra sigue a la primera en el libro de Thomas (p. 662). Y el universitario alemán atribuye a Ilya

Ehrenburg, escritor soviético, la responsabilidad de dos libros franquistas (p. 339; Thomas. p. 656). Se trata de *La Epopeya de África* (Ceuta, 1938), y *El mundo católico y la carta colectiva del episcopado español* (Burgos, 1938). El investigador alemán pensaba probablemente que la publicación en Burgos en 1938 de un libro de Ehrenburg con el *Nihil Obstat* del arzobispo era una jugada maestra de las intrigas soviéticas. Asimismo, puesto que al libro de Martin Inglés, *Bajo las garras del S. I. M.* (Barcelona, 1940), le sigue un folleto titulado *The International Brigades* (Madrid, 1953) en la bibliografía de Thomas (p. 663), el escritor franquista alemán atribuye los dos al autor del primero (p. 341).

Dahms repite también un error en el que ya cayó Seco Serrano: copia los errores de imprenta del libro de Thomas. Así, escribe «Cabinillas» en lugar de «Cabanillas», «Collonet» en vez de «Gollonet», «Fuembuerra» por «Fuembuena», «Guadiola» en lugar de «Guardiola», «Núñez Mongado» se convierte en «Núñez Morgado» y «Una cura en zona roja» en lugar de «Un cura en zona roja». Asimismo se equivoca Dahms, como Seco Serrano, cuando atribuye a Pierre Cot y a López de Medrano libros que éstos no escribieron nunca.

Estos detalles no son insignificantes. Si Dahms da a sus lectores en su bibliografía informaciones falsas o no verificadas, cabe preguntarse si en el texto obrará de la misma manera. Y qué poco correcto es el proceder de Seco Serrano y Dahms, que copian en bloque la bibliografía de Thomas sin incluir ni una palabra de agradecimiento.

Creo que el lector tiene ya ante sí suficientes pruebas que demuestran que estos «investigadores» franquistas son intelectualmente poco serios en sus trabajos sobre la guerra, y que sus métodos merecerían severas sanciones si el «standard» de los intelectuales del régimen no fuese tan desesperadamente ínfimo. No obstante, la increíble estupidez de los franquistas en relación con la bibliografía de la guerra civil tiene detalles divertidos.[974] Quizá éstos aleguen el carecer de materiales suficientes, lo cual, en todo caso, se debe a la existencia de la censura; pero la censura en España, como en cualquier otro país, sólo es posible, a fin de cuentas, cuando el intelectual la acepta. Estos profesores, ávidos de buenos puestos,

han pensado, sin duda, aprovechar la censura para conseguirlos, pero el intelectual auténtico es la primera víctima de ella.

# La leyenda negra ennegrecida

Desde hace muchos años y especialmente desde 1898, el intelectual español se ha preocupado de la decadencia de su país. Uno de los que dio forma a este problema fue Julián Juderías, intérprete (hablaba dieciséis lenguas) y funcionario de la secretaría particular de Alfonso XIII y autor de *La leyenda negra*[975], según el cual ésta era: «Una leyenda absurda y trágica, que procede de la reminiscencia de lo pasado y de desdenes de lo presente, en virtud de lo cual, querámoslo o no, los españoles tenemos que ser, individual y colectivamente, crueles e intolerantes, amigos de espectáculos bárbaros y enemigos de toda manifestación de cultura y de progreso».[976] En otra de las páginas del libro escribe: «En una palabra, entendemos por leyenda negra la leyenda de la España inquisitorial, ignorante, fanática, incapaz de figurar entre los pueblos cultos lo mismo ahora que antes, dispuesta siempre a las represiones violentas, enemiga del progreso y de las innovaciones…».[977]

Juderías afirma que la política exterior de España y el apoyo que prestó Felipe II a la causa de la Contrarreforma convirtió en enemigos de este país a las naciones que «creaban la opinión pública en Europa»[978]. Areilza, en el prólogo a la 13.ª edición del libro de Juderías, escribe: «Los países que iban a formar la conciencia europea y la opinión pública del Continente en los siglos siguientes, Holanda, Gran Bretaña, Alemania y Francia, estaban por diversas razones, unas políticas, otras geográficas, otras religiosas, en lucha abierta con nuestra Monarquía» (p. 18.). Aquí puede ver el lector el origen de la preocupación de Calvo Serer por los escritores que forman esa

opinión pública. Desde entonces, y debido a razones políticas y religiosas, se ha mantenido contra España una guerra de propaganda, «una deformación sistemática de nuestra historia».[979]. Las acusaciones principales dirigidas contra la vida personal de Felipe II, la historia de Don Carlos, la Inquisición y el carácter sangriento de la conquista española del Nuevo Mundo.

Juderías defiende la reputación de su país demostrando no la falsedad de los cargos que se le imputan (aunque lo haga donde ello es posible), sino que España no era ni mejor ni peor que el resto de las naciones. Si la Inquisición española cometió equivocaciones, también fue un gran error la noche de San Bartolomé y los días siguientes a ella[980] o el linchamiento ocurrido en Waco, Texas en 1916 [981], y así sucesivamente. Y si los españoles demostraron no ser ni mucho menos perfectos en su colonización, ¿lo fueron acaso los ingleses, los holandeses o los franceses?

«La colonización europea, la que han realizado en Asia, en América y en África los pueblos que se llaman cultos, está formada por una larga, interminable serie de abusos, de crímenes, de matanzas, de desolaciones, de horrores de todo genero, dominados por una idea fundamental, idea materialista si las hubo; la de que la finalidad única de la colonización no es el progreso, no es la atracción de las razas inferiores a nuestra vida superior mediante la educación, sino única y exclusivamente el enriquecimiento de la metrópoli».[982]

De hecho el libro de Juderías podría utilizarse no tanto para defender el honor de España como para probar que todas las religiones son sangrientas y todas las colonizaciones crueles. Pero al menos no acudió a la táctica que utilizan los apologistas de Franco, es decir, declarar sencillamente que todas las acusaciones son falsas.

## Otros médicos para el «mal español»

Obedeciendo al mismo espíritu inquisitivo sobre «los males de España» que produjo la obra de Juderías, nacieron *España invertebrada*[983] y otros

trabajos de Ortega y Gasset, primer inspirador del fascismo español, y *Defensa de la hispanidad*[984] de Maeztu, uno de los teóricos del grupo «Acción Española» que intervino en las preparaciones de la rebelión de Franco.

El libro famoso de Maeztu, y la popularización de la palabra «hispanidad», siguió por unos años al libro de Juderías. Ramiro de Maeztu era hombre más clerical que Juderías. No le interesaba tanto la campaña propagandística contra España como la reivindicación de la posición influyente de este país en la América Latina. Al escribir a comienzos de la tercera década de este siglo creyó que contaba con dos elementos de juicio que su antecesor no poseía: por un lado, la depresión económica que colocó a los países tradicionalmente enemigos de España, —Francia, Alemania, Holanda y naciones anglosajonas— en una difícil posición: «… del mismo modo que nuestro fracaso había sido su éxito, sus perplejidades implicaban el comienzo de nuestra reivindicación».[985]; por otro, el «fracaso» de la revolución rusa, símbolo de «la Revolución con mayúscula» que tanto significaba para la España cristiana desde 1789.[986] Maeztu dedujo de esto que las tierras de la América española, amenazadas por dos fuerzas hostiles y contradictorias, el imperialismo económico de Norteamérica y el materialismo de la Rusia soviética, sólo podrían salvarse volviendo a la Península, alma de la América no anglosajona:«Dividida su alma por estos ideales antagónicos, aunque ambos extranjeros, los pueblos hispánicos no hallarán sosiego sino en su centro, que es la hispanidad»[987].

Conviene recordar que Maeztu, el intelectual español que Marrero propone como guía a la juventud española de hoy, era un gran admirador del fascismo. «Los rascacielos de Nueva York serán herrumbre y ruinas antes de encontrar inquilinos que puedan pagar a sus propietarios la renta calculada. Lo peor no es que estemos mal nosotros, sino que, salvo la posibilidad de que los nuevos regímenes de Italia y Alemania señalen un camino de progreso, no haya en el mundo nada que envidiar…», *Defensa* p. 277. También: «su [de Maeztu] entusiasmo por el Führer es muy anterior a la llegada del nacional-socialismo al poder, siendo dignas de recordación las violentas e interminables discusiones sostenidas por Maeztu, secundado por

el general García de la Herrán, principalmente con Eugenio Montes, en los tiempos en que este eximio pensador aún no se había rendido a la evidencia de la grandeza del Führer». *Defensa*, p. 15, Eugenio Vegas Latapie. Maeztu, al contrario que los jefes de la Falange, no proponía planes agresivos para derrotar a estos dos enemigos; quizá por ello la palabra «hispanidad» nunca figuró en el vocabulario falangista.

Ortega y Gasset, intelectual de carácter completamente diferente, rechazó de plano la teoría de Juderías sobre la decadencia de España como resultado de una campaña de propaganda extranjera. Por el contrario, creía que se trataba de un fenómeno hondamente enraizado en el pueblo español y su carácter. En unas palabras bien escuchadas por la juventud de España, él ofreció, en 1922, esta solución: «Las grandes naciones no se han hecho desde dentro, sino desde fuera; sólo una acertada política internacional, política de magnas empresas, hace posible una fecunda política interior, que es, siempre, a la postre, política de poco calado»[988].

Una generación de jóvenes españoles se basó en estas ideas, desdeñando las de Costa[989], aspirando a una «política de magnas empresas»; estos jóvenes fueron los fundadores del fascismo español, el falangismo.

Quizá el trabajo mis significativo sobre la decadencia española sea uno publicado en la España de Franco e ignorado dentro y fuera de ella; me refiero a la obra en cuatro volúmenes de Ignacio Olagüe *La decadencia española*[990], en la cual el autor, rechazando tanto la teoría de la propaganda extranjera de Juderías como la de degeneración racial de Ortega y Gasset, atribuye la decadencia de España al cambio de sus condiciones climáticas. Olagüe refuta la *Leyenda Negra*, y su explicación de la situación actual de España sin referirse las hechicerías del extranjero tal vez no haya sido del agrado del clero español, por lo que su libro ha sido bastante pasado por alto.

**Juderías, Marrero y Calvo Serer**

La idea fundamental de Juderías, España víctima de una campaña de propaganda hostil, persiste aún en nuestros días. Marrero la aplica a la guerra civil española y, así, habla del «trust de cerebros» que maneja los medios de información más influyentes en todos los países.

«… echa sus raíces en los medios de difusión, sobre todo en los más importantes, en las agencias, en la gran prensa, radio, editoriales, revista, cine, premios literarios… e impera y configura poderosamente con sus micos, desdenes y stars, generalmente de signo izquierdista, lo más saliente de lo que a veces se llama, con excesiva condescendencia y generosidad, mentalidad moderna o sensibilidad de los nuevos tiempos. Esa corriente tiene cauces, hontanares y también desembocaduras, pero sobre todo un trust de cerebros que la alimenta».[991]; añadiendo que es un organismo internacional, «Más si la guerra española tiene un enemigo digno de ella, es la fuerza casi irresistible de un mastodóntico *trust* de cerebros tan internacional como inexpugnable»[992]; así como izquierdista; Marrero alude a «el papel jugado ya durante nuestra República de profesores por el *trust* de cerebros y las proclividades que la mayoría de los intelectuales de todos los países mostraron durante nuestra guerra y aun después de ella hacia los rojos…»[993] y que continúa actuando todavía:«No ignoramos que un conglomerado de fuerzas políticas e intelectuales, con órganos de expresión realmente importantes, aunque muy lejos de ser plasmantes, han encendido de nuevo los ánimos en torno al problema de España. Un colosal *trust* de cerebros con evidentes raíces internacionales parece manifestarse en numerosos actos públicos y en campañas sintonizadas en distintos países»[994].

Calvo Serer alude también a la conspiración antiespañola de propaganda:«Picasso con su cuadro de Guernica, la exaltación en el mundo de García Lorca como máxima figura poética de España, las novelas y las películas de Hemingway y de Malraux y los poemas ingleses sobre la guerra española, fueron manifestaciones de esta intensa conmoción moral que la propaganda comunista utilizó con tenacidad y maestría para crear la más odiosa imagen de la España nacional, y con ella, de la Iglesia Católica»[995].

(Esta teoría merece alguna atención: el bombardeo de Guernica no fue un hecho reprensible, pero si lo fue el uso que de él hizo Picasso; la ejecución de García Lorca no fue tan injusta como su divulgación en el mundo como un ejemplo de los métodos que utilizaba Franco en la guerra).

## La leyenda negra literaria

Juderías consideró como síntoma de la leyenda negra la indiferencia demostrada por los otros países hacia la literatura española:«Varias causas han contribuido y siguen contribuyendo a mantener la leyenda antiespañola. Son las unas de orden político, las otras de orden psicológico, pero las más principales, a no dudarlo, del dominio de la cultura»[996].

El interés internacional por la literatura española contemporánea es hoy, sin duda, menor que antes de la guerra civil, no tanto debido a la conspiración extranjera como a las condiciones impuestas sobre los españoles por sus mismos compatriotas. No sólo debe atribuirse a la guerra la muerte de muchos escritores notables como García Lorca, Miguel Hernández, Maeztu, Antonio Machado y Unamuno; desde la derrota de la República la literatura española se ha escindido en dos grupos: el de los que han permanecido en España y el de los que se hallan en el exilio (los primeros pueden ser todavía divididos en dos categorías: la de los que están más o menos contentos con las cosas y la de aquellos que viven en un «exilio interior»)[997]. Guillermo de Torre escribió en 1943 en su libro Menéndez Pelayo y las dos Españas:«Que la separación de las dos Españas es hoy más profunda que en ninguna otra época de la historia, tras la anábasis republicana de 1939, lo revela el hecho de haberse ampliado tal línea divisoria a todos los órdenes de la vida y del pensamiento y, de modo palmario, a la literatura… He precisado con nombres y obras la existencia actual de dos literaturas españolas. Cada una de ellas… posee no sólo su órbita, sus valores, sus temas, sino inclusive una demarcación espacial

propia: España y América. O sea la literatura peninsular y la de ultramar o peregrina…»[998].

La situación no ha cambiado. Los responsables de la falta de vitalidad de la literatura española son aquellos que mantienen el poder y que conservan con firmeza la censura en el interior y el «bloqueo» de los exilados en el exterior. Marrero se opone al regreso de éstos o a la reconciliación en nombre «de aquellos que ganaron la guerra»; sólo podrán ser recibidos de nuevo en el seno de la patria si se «rinden incondicionalmente» y se someten a una castración intelectual. «Mas es normal y lógico que los que perdieron la guerra se expresen o tiendan a expresarse en tales términos, o en otros parecidos que oímos todos los días en tertulias literarias… Los que ya se arrogaron la misión de interpretar el sentido de nuestra guerra, sirviendo de guías intelectuales a los que la ganaron, se propusieron como misión levantar un andamiaje ideológico cuya exclusiva finalidad parece haber sido olvidar el significado y fruto de nuestra victoria»[999].

Juderías escribió también:«… En otros términos, creemos que la existencia de la leyenda negra se debe principalmente a que la historia de España no la hemos escrito nosotros, sino los extranjeros, los cuales han procurado, como es natural, favorecerse todo lo que han podido a costa nuestra».[1000]

Hoy Marrero gime acerca de «… el estado lamentable en que se encuentra la bibliografía relacionada, de cerca o de lejos, con nuestra guerra del 36». Y añade: «Hasta la fecha no ha prosperado la idea de crear una *Biblioteca de la Cruzada*, como más de una vez se ha sugerido». «Resulta una verdadera lástima, por consiguiente, que los españoles, sobre todo en la buena literatura, hayan rehuido tratar seriamente el tema de nuestra guerra que no ha dispuesto entre nosotros de un instrumento literario de propaganda en consonancia con su vasta conmoción. Todavía, por ejemplo, no tenemos publicada una *Biblioteca de la Cruzada*», y hay muchos episodios y momentos de ella que aún no han sido debidamente tratados. Existe, eso sí, una visión oficial que no basta, ni mucho menos. Inclusive, a

veces, su pobreza dialéctica, es enervante. En cambio, entre los enemigos del significado de nuestra guerra, abundan, cada vez más, los libros pretenciosos que quieren escudar tras un alarde de técnica libresca, un espíritu tendencioso que deja siempre huella en las conciencias. Los españoles cometemos un tremendo error abandonando nuestra literatura de la guerra, dejándole así el campo franco a tanto panfleto como sale más allá de nuestras fronteras, que muchas veces la erudición no logra desnaturalizar».[1001]

Es cierto el hecho de que los mejores estudios sobre la guerra civil española publicados hasta hoy son de autor extranjero, pero esto no se debe a ninguna conspiración extraña, sino a la censura que existe sobre todo lo que se imprime en España y sobre los intelectuales españoles, censura que éstos aceptan. Si la mayoría de ellos no la considerasen provechosa, sin duda lograrían que se levantase porque, por extraño que parezca, no hay en toda Europa occidental un país en que el intelectual pueda ejercer tanta presión política como en España.

En esta censura vemos otra causa de la decadencia de la literatura e investigación españolas. Sin embargo, Marrero la defiende; sus lamentaciones vienen a confirmar el principio de que los intelectuales que creen beneficiarse de dicha censura son los primeros que sufren sus consecuencias.

El gran defecto de escritores tales como Juderías y sus imitadores más modernos —excepto Ortega y Gasset y Olagüe— es que culpan de la «decadencia española» a una conspiración extranjera: «La leyenda negra», «El trust de cerebros»… Siguiendo esta teoría, si en España se queman iglesias o se matan sacerdotes es a causa de la propaganda masónica del extranjero, no por descontento contra el clero; si los mineros de Asturias van a la huelga, no lo hacen porque tengan hambre, sino porque Radio Praga les ha imbuido sus sediciosas ideas.

## La leyenda negra política

En los países occidentales suele utilizarse otro criterio para medir el desarrollo de los pueblos: su capacidad para gobernarse a sí mismos. Sólo hay dos naciones en la Europa occidental en las que sus habitantes no tienen la menor participación en el gobierno: España y Portugal. Países cuya existencia no era siquiera conocida cuando España era uno de los maestros de la cultura universal, poseen hoy mayor libertad política que ésta. Pero el pueblo español no se ve privado de sus derechos a causa de un «complot» extranjero, sino por la decisión del ejército español, de la Iglesia española y de la «élite» española que ocupa los puestos clave del régimen, quienes proclaman ante el mundo que no puede considerarse a su pueblo l o suficientemente inteligente para votar. Pero que nadie piense que al levantar el fantasma de la leyenda negra este libro intenta atacar al pueblo español; éste es tan capaz de gobernarse a si mismo como cualquier otro pueblo de Europa occidental. Los que piden libertad política para España tienen más confianza en los españoles que el general Francisco Franco Bahamonde.

**La leyenda negra más negra todavía**

En el prólogo a la decimotercera edición del libro de Juderías, José María de Areilza, el escritor y diplomático español, afirma: «Si hoy Juderías viviese conocería el nuevo aluvión de falsedades y embustes que circulan por el mundo sobre nuestra España, y seguramente que su espíritu infatigable de válido lector y de polemista certero, se lanzaría denodado al combate para replicar, contundente, a los Mauriac y a los Hemingway de una y otra acera, que levantan sin cesar su falso testimonio»[1002]. Areilza fue en tiempos un ferviente falangista, que deseaba que España volviera a ser una gran potencia. Ahora bien, ¿cómo esperaba que llegara a ser una gran potencia un país cuyo pueblo es incapaz de gobernarse a si mismo?

Sin la menor duda, Juderías hubiese luchado mejor que Marrero o Calvo Serer, porque, al menos, el «válido lector» nunca escribió una página sin haber leído antes el libro que se proponía criticar. ¿Podemos aceptar la conclusión a que llega Areilza de que Juderías hubiese defendido las

atrocidades de Franco tan ardientemente como defendió las de la Inquisición?[1003] «Juderías luchó contra la *leyenda negra*, pero también contra la que pudiéramos llamar *áurea*, pues sólo está formada de glorias y triunfos…». Becker (p. 58.) dice: «Precisamente por eso, porque nuestra historia se ha escrito de un modo parcial, sin abarcar la totalidad de la vida española, es por lo que ha podido engendrarse, extenderse y perdurar la leyenda negra, y por lo que se ha forjado también la leyenda dorada, que, en realidad, no es menos perjudicial que aquella…». En el prólogo a la segunda edición de su libro, que apareció en 1915, Juderías se complace en afirmar que la neutralidad que mantuvo España durante la Primera Guerra Mundial permitió a sus compatriotas convertirse en «el pueblo noble y caballeresco de otras veces».[1004].

Juderías era un nacionalista ferviente, pero poco clerical. En las últimas lineas de libro, escribió, poco más de veinte años antes de la rebelión de 1936 y en defensa de España, las siguientes palabras:«… ni nos asesinamos unos a otros como en los países donde reinaba esta libertad…».[1005]

Quizá, de vivir todavía hoy, hubiese alterado estas líneas; sus amigos pueden estar satisfechos de que no llegase a contemplar la hecatombe de la guerra civil.

Resulta irónico el hecho de que el grupo que más trabajó durante la guerra y después de ella para combatir la leyenda negra fuese el de Acción Española, uno de los mayores responsables, precisamente, de la guerra civil y del consiguiente ennegrecimiento de la leyenda. No existe la menor duda posible de que hoy dicha leyenda negra es más negra que nunca.

Felipe II fue un santo comparado con Francisco Franco; la Inquisición fue un inocente pasatiempo comparada con las sistemáticas matanzas que llevaron a cabo oficiales y soldados de la cruzada franquista y, finalmente, ni un sólo conquistador español trató a los nativos americanos con la crueldad y el odio organizado que el ejército y la Iglesia emplean contra los españoles para redimir a su patria del pecado del liberalismo.

# La cruzada

## La cruzada definida

En su lucha contra la resurrección de la leyenda negra, contra los ocultos poderes de «el trust de cerebros» de Marrero y contra la propaganda rojomasónica, los portavoces de Franco y de la Iglesia española utilizan un arma especial: la cruzada. Los dos libros en que se basa fundamentalmente este ensayo, es decir el de Calvo Serer y el de Marrero, han sido escritos con la intención de demostrar que la guerra civil española fue una cruzada contra el comunismo, una guerra santa en defensa no sólo de la civilización cristiana española sino de todo el Occidente. Marrero define así la palabra «cruzada»:«Cruzada, como es sabido, viene de cruz y es movimiento que toma por base la cruz de Jesucristo y lo que ella significa, con ese ingrediente que tan peculiarmente le define, pues lo propio del concepto de Cruzada, tal como se entiende en la historia, es imposible de concebir sin el recurso de la violencia para imponerse, bien como legitima defensa, como reacción justa o como conquista necesaria… cualidades todas ellas que no ha negado nunca ningún código moral del mundo»[1006].

Es decir, la cruzada es a la guerra lo que la Inquisición a la paz: el Estado, con la aprobación de la Iglesia, destruye violentamente los enemigos de la fe. El Estado es el que actúa, puesto que la Iglesia no puede hacer la guerra. Marrero cita al padre Ignacio G. Menéndez-Reigada, autor de un trabajo polémico en contra de Maritain, diciendo: «… la única sociedad santa que existe en el mundo es la Iglesia Católica y ésta, en cuanto tal, nunca ha declarado la guerra, porque no es ésa su misión. Las

guerras siempre las han hecho los Estados, los pueblos, los monarcas…». [1006]

## El botín de la victoria

Los escritores clericales españoles de hoy tienen poderosas razones para insistir en la naturaleza de cruzada que revistió la guerra civil. Una de ellas es que así la Iglesia puede considerarse uno de los vencedores y participar en el expolio. Marrero argumenta en su libro que la Iglesia ganó con la guerra e l derecho a restablecer en España la antigua unidad religiosa y el de oponerse a cualquier acción que impida el logro de dicha unidad. Con arreglo a esto, los autores clericales se enfrentan con todas las teorías que consideran la historia de España como una lucha entre la tradición y la europeización, principalmente con la idea delas «dos Españas»[1008]? Este derecho a la oposición lo ha ganado la Iglesia en el campo de batalla[1009]. Marrero y sus compañeros rechazan, pues, abiertamente la ideología de autores como Ortega y Gasset, Marañón, Pérez de Ayala y Menéndez Pidal, todos los cuales volvieron a España ofreciendo al régimen su prestigio y se encontraron vigilados por la mirada sospechosa de los monopolizadores clericales de la cultura nacional. Dice Marrero: «Marañón, en la Universidad de verano de Santander, propone que se abran sin recelos las puertas a los emigrados, lo que provocó la protesta del gobernador civil…». (p. 573). «La actitud de la llamada generación del 36 encontró pronto su respaldo, su espaldarazo, en las figuras intelectuales conocidas entre nosotros como de izquierdas, bien por sus ideas o por su conducta ante determinadas instituciones, figuras que quedaron en la zona nacional, en especial el gran filólogo, romanista y medievalista don Ramón Menéndez Pidal, que si ciertamente pocas veces ha salido del campo estricto de sus investigaciones, todo el mundo sabe que era uno de los últimos representantes de la Institución Libre de Enseñanza». (p. 345). Marrero critica el homenaje que se rindió en 1953 a Ortega y Gasset, a Unamuno y a Menéndez Pidal. Ortega, Unamuno y Machado son «disidentes», es decir: «Disidentes, se entiende, no en el sentido moderno totalitario o político,

sino en el sentido que se desprende de la línea trazada por dos mil años de cristianismo, tal como la entiende el magisterio de la Iglesia Católica, que es el respetado en el pensamiento tradicional español y por la inmensa mayoría de todos los españoles».[1010]. Otros más jóvenes, como Laín Entralgo, Antonio Tovar, Aranguren, Ridruejo, fueron sometidos a la misma consideración. Uno de sus crímenes consiste en su política anticristiana de «mano tendida» o «de puente», es decir, su esfuerzo por introducir de nuevo en la órbita de la literatura española a los escritores exilados. El villano de la obra es Joaquín Ruiz Jiménez, ministro de Educación Nacional en 1951, y anteriormente embajador cerca de la Santa Sede. «Desde el poder, Ruiz Jiménez y su equipo alteran las líneas generales de su Departamento y rompen, en buena medida, la continuidad del espíritu que lo presidía desde los primeros gobiernos de la España Nacional, cayendo de lleno, con la orientación doctrinal de su política "puente", de "mano tendida", hacia la izquierda cultural española».[1011]

El abad mitrado de la Abadía de la Santa Cruz del Valle de los Caídos, Fray Justo Pérez de Urbel, fulmina, en el libro de García Arias, a aquellos que abogan por la reconciliación: «Hay individuos que se niegan a oír hablar y hasta han aparecido gentes que en aquellos días aplaudían a los mártires y a los héroes juntamente con nosotros, y hoy regatean el heroísmo de los luchadores y ponen todo su esfuerzo en escamotear a los vencedores el fruto de su victoria. Así, por ejemplo, esos hombres de la mano tendida, los preconizadores de las dos Españas, perpetuamente irreductibles, pero que ha llegado el momento de integrar con ecuanimidad comprensiva en una convivencia eficaz y amistosa, como si la verdad tuviese los mismos derechos que el error…».[1012]

Hay otra razón que impele a estos literatos clericales a insistir en la teoría de la guerra como cruzada, aparte de su deseo de participar en el expolio y de conservar la unidad religiosa del país cueste lo que cueste, es la visión miasmática que aparece sobre las tumbas olvidadas de las víctimas de la guerra civil: UN MILLÓN DE MUERTOS[1013]. Marrero critica a aquellos para quienes la cruzada fue «una gran matanza entre españoles». Y «Si es eso lo que quiere decir habría de deducirse que la guerra española fue

tan sólo una gran matanza, interpretación que no aceptamos…». La cifra exacta puede variar, pero el símbolo permanece. La Iglesia española, aunque distinta de las de otros países occidentales, es también la Iglesia de Cristo y por lo tanto no puede pasar por alto su complicidad en el holocausto. Sólo hay una explicación que pueda justificarlo: la de que la guerra española no fue una de tantas sino una «cruzada». Las acciones violentas quedan así disculpadas.

## La Segunda Guerra Mundial no era cruzada

Se comprenderá mejor esta posición estableciendo una comparación entre la actitud de la Iglesia hacia la Segunda Guerra Mundial y la de la misma hacia la guerra civil. A menudo se suele olvidar que durante ésta última la Iglesia española aspiraba a la «rendición incondicional» del enemigo. El padre Menéndez-Reigada, en su folleto citado por Marrero, rechaza la petición de Maritain de un perdón general y cristiano entre los españoles y escribe: «¡Ah!, ¡no y mil veces no! Eso sería dejar infecunda la sangre de tantos mártires, hacer traición al sacrificio de tantos héroes, renegar a nuestra estirpe y hacer que España siguiese arrastrando una existencia vergonzosa como en los tiempos que han precedido a este resurgir glorioso…».[1014]

Monseñor Zacarías de Vizcarra, inventor de la palabra «hispanidad»[1015], reveló en 1954 la existencia, diecisiete años antes, de un cobarde «complot» masónico dirigido a terminar con la guerra civil negociando una paz, o, como concluye Marrero, «de apropiarse la victoria de la Cruzada nacional»[1016]. Esta sed de sangre que demuestra la Iglesia española no es fácil de explicar a las generaciones jóvenes.

Esta actitud contrasta radicalmente con la que mantuvo la Iglesia con respecto a la Segunda Guerra Mundial, como puede verse fácilmente en los escritos del padre Venancio Carro, uno de los más ardientes defensores de Franco durante la guerra civil[1017], quien poco después de terminar la Mundial pronunció en Valladolid una conferencia sobre los «Criminales de

guerra» que fue más tarde publicada en folleto[1018]. En la complicada forma que habitualmente utilizan los juristas-teólogos, el padre Carro llega a la conclusión de que hubo crímenes en los dos lados y que, por lo tanto, es moralmente injusto castigar a unos si no se castiga también a los otros. «… pero el castigo debe extenderse a todos los criminales de guerra, sean vencedores o vencidos. De otro modo la justicia quedaría mediatizada y la paz se alejaría del mundo. Surgen los crímenes de guerra después de la victoria».[1019] El sacerdote se enfrenta con el problema, pues, con serenidad; ahora, a diferencia de lo que sucedía en la guerra civil, era neutral. Sus afirmaciones concernientes a qué acciones no pueden permitirse en una guerra son especialmente instructivas: condena la ejecución de los prisioneros: «Lo mismo debemos decir del asesinato de los prisioneros, y de otros mil crímenes que se han cometido, contra todo el Derecho de Gentes y contra el Derecho Internacional»[1020], los bombardeos de ciudades y retaguardia: «De esto se infiere que son verdaderos crímenes de guerra los llamados bombardeos de terror, sobre ciudades y pueblos de la retaguardia».[1021] y la venganza del vencedor: «El Vae Victis de los gentiles no tiene sentido para el cristiano…». «Para mi objeto me basta decir que son criminales de guerra todos los que quebrantaron el Derecho de Gentes y el Derecho Internacional, ya se trate de vencedores o vencidos. La victoria no da derechos, en este caso, ni lava culpas pasadas».[1022]. El Dr. Carro condena aquí los procesos de Nuremberg contra los criminales de guerra, no la justicia militar durante o después de la guerra civil. Considera que Hitler y los nazis no eran más culpables que los aliados. Es evidente que Hitler y sus aviadores no eran culpables de ningún crimen en España, puesto que eran Cruzados. Desde luego, se refiere solamente a la guerra habitual, no a la guerra santa. La Segunda Guerra Mundial no fue una cruzada; la guerra civil española, sí. Así pues, nos encontramos ante la agradable visión de una guerra santa con fines cristianos, en la cual están perfectamente permitidos toda clase de salvajismos que se condenarían en cualquier otra. Este es el razonamiento «cristiano» que tanta sed de sangre provocó en España.

## Venganza y perdón de los clericales

El escritor católico James Cleugh mantiene la teoría de que el responsable de la terrible violencia que revistió la guerra civil es un ingrediente secreto que lleva la sangre española[1023]; me atrevería a afirmar que éste no es otro que la naturaleza de su Iglesia, había perdido todo su poder moral sobre los republicanos, pero, sin duda, continuaba manteniéndolo sobre los rebeldes. (Si no hubiese sido así no tendría derecho alguno a hablar). Pero no utilizó su autoridad para impedir las matanzas, sino que, al contrario, las fomentó. Como Bernanos demuestra en sus escritos, la Iglesia tenía razones para lamentarse, pero no se limitó a esto, sino que llevó su acción mucho más lejos: exigió venganza, y esto es lo que repugnó a Bernanos.

Dividamos las matanzas de los rebeldes en dos partes: 1) durante la guerra; 2) después de ella. Admitamos que matar es necesario en tiempo de guerra y que las fuerzas de Franco se vieron obligadas a ejecutar diez mil hombres en Granada, veinte mil en Sevilla, nueve mil en Valladolid, y así sucesivamente, para obtener la victoria. El 1 de abril de 1939 la guerra había sido ganada, pero la matanza continuaba. Ciano alude a varias cifras que, aparentemente, le asustaron: en julio de 1939 se ejecutaban en Madrid de 200 a 250 personas diariamente, en Barcelona 150 y en Sevilla —donde las matanzas de los rebeldes duraban ya tres años— 80 al día[1024]. Desde luego que Ciano estaba preocupado por las ejecuciones que llevaban a cabo los rebeldes desde que tomaron Málaga. Afortunadamente para los vencedores, el estallido de la Segunda Guerra Mundial permitió a los piquetes de ejecución cumplir su trabajo cómodamente sin ser molestados por ninguna publicidad. Francia, Alemania e Inglaterra estaban en guerra; España estaba en paz, pero durante meses y meses morían ejecutadas cada mañana más personas que murieron en batalla en algunos de los países beligerantes.

Hubo, sin embargo, testigos ocasionales, como Charles Foltz, corresponsal de guerra con Franco durante los primeros meses de la «cruzada» y más tarde en Madrid que cree que: «después de la guerra han muerto ejecutados muchos más españoles que los que cayeron en acción». A Foltz le dijeron que 192.684 personas fueron ejecutadas o «murieron en

prisión» desde abril de 1939 hasta el 30 de junio de 1944, según las cifras del Ministerio de Justicia. No se incluyen los que murieron a manos de la Falange, de la policía o del ejército. A. V. Philips, un periodista inglés que pasó 132 días en una prisión franquista de Madrid en 1939, escribía después de su liberación, en 1940: «En Madrid, las sentencias de muerte se pronuncian a un ritmo de mil al mes»[1025]. Philips estimaba en marzo de 1940 que, según su experiencia, Franco había ejecutado a cien mil republicanos desde que entró en Madrid, es decir, en once meses. Fueron también testigos de esto los europeos antifascistas refugiados en España huyendo de Hitler, que se vieron encarcelados bajo la benevolente no beligerancia de Franco, como el periodista belga Charles d'Ydewalle, católico, defensor de la monarquía española, que permaneció en la Cárcel Modelo de Barcelona durante los años 1941-1942, siendo trasladado más tarde al campo de concentración de Miranda de Ebro. D'Ydewalle era hombre de ideas conservadoras, como Bernanos, y su reacción ante las escenas de la vida española, tan «clericalizada», no era muy distinta a la del escritor francés: «En 1942, cuando yo estaba en la Cárcel Modelo, el Caudillo comenzaba lentamente su investigación sobre los acontecimientos de 1937, que acabaría con la muerte de los acusados. Esta casi sádica venganza tenía un fondo inicuo de rosarios, misas, curas y liturgia católica»[1026], y «Esta continua intervención de curas y monjas en los asuntos judiciales me preocupaba constantemente. Cristos agonizantes, Sagrados Corazones, Dolorosas, litografías bíblicas pegadas en el kiosko vidriado de la rotonda, todo este sagrado despliegue era sorprendente en un lugar donde casi todo el mundo blasfemaba en la misa»[1027].

Según escribe el católico belga, los únicos prisioneros que asistían a la misa de la cárcel eran los extranjeros; los españoles se negaban tenazmente. Y d'Ydewalle se pregunta: «Pero ¿era necesario para el honor de la hispanidad sembrar en los corazones de un millón de españoles el odio por los sacerdotes y el desprecio por los sacramentos?»[1028], concluyendo acerca del resultado final de la cruzada: «Debemos admitir que rara vez un soldado cristiano ha causado a la religión católica tal daño pretendiendo —según dice— servirla».[1029]

La Iglesia no es incapaz de perdonar crímenes cometidos contra otros. Quiso salvar la piel de Von Papen y lo consiguió [1030]. Intentó salvar a Monseñor Tiso, agente de Hitler en Eslovaquia, pero fracasó[1031]. Ha intervenido en todo momento en favor de Monseñor Stepinac[1032], colaboracionista de Eslovenia. Calmar las pasiones y llevar la paz al mundo son, después de todo, las funciones de la Iglesia de Cristo. Pero ésta no creyó conveniente utilizar la caridad evangélica en favor de un solo republicano español.

Debemos hacer un esfuerzo para intentar comprender la diferencia, según el pensamiento clerical, entre las dos situaciones. Von Papen, Monseñor Tiso, el cardenal Stepinac, no han ofendido a la Iglesia, la cual, sin embargo, fue atacada en España en personas y bienes; por lo tanto, era imposible que concediera su perdón cristiano, tan recomendado a otros en casos distintos. La Iglesia, puesta a prueba, no podía perdonar a los que habían pecado contra ella.

Los investigadores no pueden dejar de preguntarse a sí mismos cuál sería la situación de España hoy si la Iglesia, aunque sólo hubiera sido después de la guerra, hubiera intentado detener la innecesaria carnicería. Tenía poder suficiente para haberlo hecho. ¿Hubiera sucedido así en el caso de que el Papa hubiese sido un hombre más benigno? El 5 de septiembre de 1961 el papa Juan XXIII dirigió una carta con su firma autógrafa al arzobispo de Barcelona, Dr. Modrego, en la cual por tres veces hacia referencia a la guerra de España, llamándola «deplorable guerra civil», «lamentable contienda» y «cruenta guerra civil».[1033]

Hay que tener en cuenta, sin embargo, que la Iglesia española no siempre ha aceptado ideas nuevas, incluso cuando han venido de Roma. Herbert L. Matthews indica en su reciente libro que el clero español es ahora más liberal, más cercano al pueblo: «el abismo entre el clero y el pueblo se reduce». Y más adelante: «Iglesia y pueblo se mueven, una hacia el otro, por primera vez».[1034]. Esto podría tener un efecto incalculable sobre el futuro de España, pero hasta hoy los dignatarios de la Iglesia española han preferido gobernar su grey por medio del poder político y económico y no por la caridad cristiana. La falta de ésta durante la guerra y

los años siguientes es lo que inquieta la conciencia del clero español hoy, que intenta cubrir su traición a las enseñanzas de Cristo con el manto de la guerra santa. Pretenden separar la guerra de España del contexto europeo y hacer de ella algo distinto. Calvo Serer escribe: «Los aliados naturales de la España nacional eran los conservadores y los católicos del mundo entero. La ayuda nazi y fascista fue un apoyo puramente circunstancial»[1035].

Las circunstancias modifican las cosas y las circunstancias han cambiado. De toda la obra de Hitler y Mussolini sólo queda un monumento viviente: el régimen franquista de España. ¿Una cruzada? De acuerdo.

Pero el Altísimo debía encontrarse dolorosamente falto de fuerzas o en un momento de humor negro cuando toleró que las únicas tropas que ayudaran a los camisas azules fuesen los camisas pardas y los camisas negras. Sería mejor, a la larga, para la propia Iglesia, admitir que la cruzada de Franco fue un capítulo especialmente repugnante de la muy complicada historia de los intereses económicos y políticos de la Europa de los años treinta y cuarenta. Pero insiste en la idea de cruzada.

¿Una cruzada? De acuerdo. Observemos las huestes de los cruzados cuando atraviesan la llanura de la victoria. Cuatro son los grandes capitanes que les conducen: Benito Mussolini, el hombre enviado por la Providencia; Adolfo Hitler, el asceta nórdico; Antonio Oliveira Salazar, el santo estudioso; Francisco Franco Bahamonde, el caballero cristiano. Cada uno de ellos luce en su armadura, sobre su corazón, un emblema. Es una cruz, una extraña cruz. ¿Una cruzada? De acuerdo.

**Sí, caballeros, tenéis razón; era una cruzada.**
**Pero la cruz era la gamada.**

# Los bibliófobos; Ricardo de La Cierva y sus colaboradores

Es ya lugar común admirarse del gran número —generalmente exagerado[1036]— de obras escritas sobre la guerra civil española. Es natural, y aun elogioso, pues, que sean compuestas entre exclamaciones admirativas, bibliografías para ayudar a los investigadores a encontrar su camino entre los montones de papel impreso. Pero es curioso que la lucha del pueblo español, que ha inspirado tantos de los mejores escritores de más de una generación, sea tan pobremente servida, en España y lejos de la península, por los esfuerzos de los eruditos para poner un poco de orden en los estantes de las bibliotecas.

El esfuerzo más reciente[1037], el de un equipo de cinco universitarios españoles, encabezado por Ricardo de La Cierva, funcionario del Ministerio de Información y Turismo (jefe de la Unidad [antes Sección] de estudios sobre la guerra de España), y catedrático de Geografía e Historia y figura central de la nueva escuela neofranquista de historia de la guerra civil española, es ¡ay dolor! otro fracaso. Cuenta habida del número de sus páginas, de las personas implicadas, de las horas de trabajo gastadas, el fracaso es todavía más grande. Una bibliografía es una lista de libros. El objetivo de tales listas es ayudar a encontrar más rápidamente a doctos e investigadores información bibliográfica pertinente sobre cierta materia. Es un instrumento para ganar tiempo. Una bibliografía es como un diccionario, una enciclopedia, o con una comparación más ordinaria, como un catálogo comercial o una lista de teléfonos. Si el 10% de la información dada por un

catálogo fuese inexacta, el comerciante quebraría. Si el 10% de los números de un anuario telefónico son inexactos, el sistema no funciona.

El investigador que depende de la bibliografía del profesor de La Cierva para guiarse por los laberintos de la literatura sobre la guerra civil española se encontrará muchas veces en la situación del comprador ante la falsa información del catálogo comercial o del cliente del teléfono ante un número erróneo. Se puede afirmar, sin temer la contradicción, que jamás en la historia de las letras eruditas fue publicado un catálogo con tanta información errónea.

Hay especies diversas de bibliografías; pero cualquiera que sea su clase, la obra tiene siempre dos aspectos: 1) la estructura o armazón; y 2) las referencias bibliográficas en sí mismas. Estudiemos en primer lugar la estructura de la bibliografía del profesor de La Cierva y sus colaboradores. Todas las bibliografías no exigen la misma estructura. Esta es determinada por el contenido; su finalidad es exhibir la mercancía de la manera más ventajosa. Se puede dar por sentado que si el material bibliográfico ha sido bien comprendido por el compilador, la estructura será la adecuada casi automáticamente. Si el trabajador entiende la naturaleza de su materia, sabe presentarla al público. En el caso que ahora estudiamos, la bibliografía sobre la guerra civil española auspiciada por el Ministerio de Información español, las vitrinas han sido mal concebidas para la presentación del material bibliográfico concerniente a la guerra civil española en forma conveniente para el investigador, el estudiante, el bibliotecario.

Observemos el esqueleto de la bibliografía del profesor de La Cierva. Está compuesto de dos elementos principales y tres partes secundarias. El primero de los elementos principales es una lista alfabética de nombres de autor —o de título de obra cuando no hay autor— dividida en las 28 letras del alfabeto español y titulada «Antecedentes». Estamos pues ante los antecedentes de la guerra civil. Las entradas no han sido numeradas.

El segundo de los elementos principales es parecido al primero, pero se titula «Guerra» y trata de la guerra civil propiamente dicha.

Los tres elementos menores son índices: 1) onomástico; 2) toponímico y 3) sistemático. Prácticamente carecen de todo valor pues, a partir de ellos, es imposible referirse directamente a una entrada determinada; las entradas

no tienen número propio; por ello, lo más que se puede hacer es referirse a una página, en la que figuran de 17 a 20 entradas. La ausencia de un número por entrada establece una situación en la que, para hacer una referencia exacta a una entrada, sería necesario repetirla casi enteramente (nombre del autor, título, etc.). Este procedimiento sería extremadamente costoso y por eso los editores del volumen no lo han puesto en práctica. En consecuencia, todo cuanto puede saber quien utilice el catálogo es que entre las 20 referencias de una página puede haber una —o más de una— de las que está buscando. Pero nunca puede saber con seguridad que la entrada que él escoge entre las 20 es la indicada por el índice. Y tampoco puede saber si en la página indicada por el índice hay más de una referencia correspondiente al tema que le interesa.

Puesto que las entradas se hacen alfabéticamente por nombre de autor, el índice onomástico se refiere naturalmente sólo a los nombres que aparecen en cada texto en otra calidad que la de autor: por ejemplo, autor de prefacio, etc. Tal sistema tiene la ventaja de limitar las entradas mismas a los nombres de autor; los demás nombres, ya sean contribuyentes a antologías, o autores de introducciones, etc., aparecen subordinadamente en la entrada, con referencia en el índice. Ricardo de La Cierva no ha aplicado este método, abandonándolo en favor de un sistema que hincha inútilmente el número de entradas y por consiguiente el número de páginas. Otro índice, muy necesario, ha sido totalmente omitido: el índice de títulos.

La división entre «Antecedentes» y «Guerra» es racional, pero pierde su significación si los limites de ambas secciones no han sido cuidadosamente definidos. En la Introducción general del profesor de La Cierva, leemos: «Nuestra delimitación bibliográfica de los antecedentes de la guerra es más empírica que teórica; vamos a referirnos casi con exclusividad al siglo XX […] no pretendemos haber realizado un catálogo exhaustivo para la época 1898-1935». En otra página afirma, refiriéndose a la sección «Antecedentes»: «Hemos incluido las obras de nuestra biblioteca y de los catálogos y referencias que poseemos y creemos dotados de interés histórico para el siglo XX español».

Los límites de la sección «Guerra» son definidos como sigue: «Las obras publicadas en España entre 1936 y 1939 (sin una delimitación tajante

en la cronología de los meses) aunque no tengan relación directa con los acontecimientos militares, políticos o socioeconómicos de la guerra. Las obras publicadas fuera de España que tengan relación con la guerra española en ese mismo periodo. Las obras posteriores publicadas en España y fuera de España con relación a la guerra civil española».

Estas definiciones revelan cierta confusión y, en realidad, un estudio de la bibliografía muestra que las personas que la compilaron no tenían ellas mismas una idea muy clara de lo que querían significar exclusivamente por «Antecedentes» y «Guerra». ¿Dónde termina «Antecedentes»? ¿Dónde comienza «Guerra»? ¿Y dónde termina «Guerra»? Y, finalmente, ¿dónde comienza «Antecedentes»? De La Cierva habla del siglo XX, pero una de sus referencias tiene fecha de 1876 y quizá haya otras todavía más antiguas. La mayor parte de las referencias anteriores a 1900 no se encuentran en la bibliografía porque el grupo del Ministerio de Información pensara que tenían un «interés histórico», sino porque fueron accesibles para el grupo y fáciles de copiar de la bibliografía, extremadamente útil, de Renée Lamberet: *Mouvements ouvriers et socialistes. L'Espagne (1750-1936)*. Otra fuente importante de las entradas incluidas en «Antecedentes» se halla en los catálogos de libreros de Madrid y Barcelona. La experiencia de muchos años me permite expresar mi confianza en los catálogos de estas personas. Quiero simplemente señalar que los compiladores de estas fichas —R. de La Cierva y sus ayudantes— han visto muy poco de estas obras por sí mismos. Es mucho más fácil copiar las listas de otros, y el trabajo es más rápido.

Queda oscuro dónde comienza «Antecedentes». Es igualmente oscuro dónde termina. Y dónde comienza «Guerra». Estas dos secciones no son realmente complementarias, porque sus límites no han sido bien definidos en la mente de los compiladores. Tal incompatibilidad, que no ha sido aún enteramente reconocida por los compiladores, aparece con frecuencia en criterios contradictorios sobre clasificaciones, como, por ejemplo, en la de los tratados políticos, publicados en la zona nacionalista durante la guerra y en España desde entonces. Así, en la página 535, una edición de 1941 de la publicación anterior a la guerra de Víctor Pradera, *El Estado nuevo*, así como su traducción al inglés de 1939, se encuentran en la sección

«Guerra». Pero en las páginas 506-507, publicaciones de la misma categoría, diversas colecciones de textos de José Antonio Primo de Rivera, editadas en esta forma por vez primera después del comienzo de la guerra, son incluidas en «Antecedentes». Ni siquiera en el caso de las obras de Primo de Rivera hay acuerdo entre los bibliógrafos del Ministerio de Información. *Las Obras de José Antonio*, publicadas en 1941, son tratadas como parte de «Antecedentes» (p. 506), pero *Obras completas de José Antonio Primo de Rivera* (p. 576), entrada esta vez bajo el nombre del compilador Agustín del Río Cisneros, publicadas en 1950, entran en la categoría «Guerra». Las obras de Ruiz de Alda, todas ellas escritas antes de la guerra civil, publicadas como *Obras completas* por primera vez en 1939, tienen derecho a ser incluidas en «Guerra» (p. 591). Pero una edición de *El Estado nacional* de Onésimo Redondo, de 1939, está clasificada en «Antecedentes» (p. 551); otra edición de la misma obra (erróneamente atribuida a Juan Aparicio) está catalogada en la sección «Guerra» (p. 43). *Obras completas* de Onésimo Redondo (p. 566), publicadas en 1954, que contiene textos totalmente escritos antes de la guerra civil, e incluyendo *El Estado nacional*, es considerada parte de «Guerra». La tercera edición de *Defensa de la hispanidad* de Maeztu, aunque fue publicada en 1938, en plena guerra, buen ejemplo de la propaganda de Acción Española de la época, con una «evocación» significativa de Eugenio Vegas Latapié, que trata de la guerra civil, se encuentra en «Antecedentes», y la «evocación» no es ni siquiera mencionada (p. 404).

Estos ejemplos deben servir para demostrar que el grupo que ha trabajado en la bibliografía jamás tuvo un criterio consciente de los límites exactos que gobernaban «Antecedentes» y «Guerra». Sin embargo, unos minutos de reflexión sobre las obras políticas de los pensadores políticos de las facciones del Movimiento bastan para decidir que estas obras deben pertenecer a la sección «Guerra». Estas obras políticas de falangistas y derechistas deben su publicación después de julio de 1936 exclusivamente a la dirección política reaccionaria impuesta por la guerra civil, y a la guerra de propaganda entre las facciones. Lo chocante no es tanto que se encuentren en una sección cuando lógicamente debieran estar en otra, sino que parte de ellas se halle en una sección y parte en otra. Parece evidente

que ningún sistema básico haya sido adoptado en la construcción del armazón de esta bibliografía.

Siguiendo la línea de pensamiento iniciada más arriba, observamos que se encuentran en el catálogo del Ministerio de Información muchos libros clasificados en la sección «Antecedentes» que con igual lógica podrían estarlo en la sección «Guerra». Son éstos las obras que tratan de la historia de la República desde abril de 1931 hasta julio de 1936, pero escritos durante o después de la guerra civil, desde el punto de vista de los conquistadores o de los conquistados. Estos libros deben también su forma actual a la guerra civil. La *Historia de la segunda República española* de Joaquín Arrarás (p. 14), no es más que una justificación de la «cruzada» de Franco. Es verdad que cubre el periodo «Antecedentes», pero ¿no pertenece también a la categoría «Guerra»? ¿En qué lugar debe ser clasificada *No fue posible la paz* de Gil Robles (p. 267)? Se trata en general de hechos anteriores a la guerra, pero el libro, incluso en su título, es mera justificación del ataque militar contra la República. Diego Martínez Barrio publicó en Barcelona, en 1937, un librito titulado *Páginas para la historia del Frente Popular*. Las primeras 24 páginas tratan del periodo anterior a la guerra; solamente las cinco últimas se refieren a la guerra misma. Este libro se halla clasificado, correctamente según mi opinión, entre los de «Guerra» (p. 436). Pero esto no resuelve todo el problema, pues el libro concierne, y en su mayor parte, a «Antecedentes». ¿Qué hacer? Otro problema plantea una entrada tal como los tres tomos de Historia de España de Antonio Ramos-Oliveira, publicados en México. De La Cierva sitúa los tres tomos en «Guerra» (p. 563), aunque solamente las páginas 271-405 del tomo III traten de la guerra civil. ¿Cómo resolver el problema? Pero parece que el equipo del Ministerio de Información no se haya apercibido jamás de tal problema.

La sección «Antecedentes» se desborda en «Guerra», y la sección «Guerra» retrocede a «Antecedentes». Y, ¿dónde termina «Guerra»? Los editores nos informan sobre este punto, simplemente, que la sección contiene «las obras posteriores [a la guerra] publicadas en España y fuera de España con relación a la guerra civil española». Es una definición amplia y vaga. Hay obras en la sección «Guerra», muchas, que no tienen nada que

ver con la guerra misma, publicadas después del fin de las hostilidades oficiales. Más bien pertenecen éstas a una sección que podría llamarse «Consecuencias de la guerra civil española». La existencia de esta categoría está implícitamente reconocida por los autores de la bibliografía, porque incluyen muchas obras de tal categoría en la sección «Guerra». El hecho de que las obras que forman parte de la categoría «Consecuencias» sean incluidas en «Guerra» parece indicar que en el razonamiento de los compiladores, forman un todo. Y la confusión sobre los límites finales de la sección «Guerra», ¿no indica simplemente una confusión sobre los límites finales de la guerra misma? Es útil que observamos aquí unas entradas que pertenecen sin discusión a «Consecuencias» y que aparecen en «Guerra». Por ejemplo, el libro de «Torrent García, Martín»: *¿Qué me dice usted de los presos?* (p. 649), que trata de la represión posterior al fin de la guerra. Por ejemplo, el libro de «Vuillet, Fierre» («Ippecourt»): *Les chemins d'Espagne* (p. 683), que trata de los europeos antifascistas encarcelados en España durante la Segunda Guerra Mundial. Por ejemplo, «Salvador, Tomás»: *División 250* (p. 607), que trata de los españoles en el frente del este durante la Segunda Guerra Mundial. Por ejemplo, «Martínez, Carlos»: *Crónica de una emigración* (p. 435), que trata de los refugiados españoles de 1939 en las Américas. Por ejemplo, «Liberovici, Sergio» y «Straniero, Michele L.»: *Canti della nouva resistenza spagnola*, 1939-1961 (p. 389), que trata, como su título indica, de la lucha interior contra el régimen. Por ejemplo, «Andújar, Manuel»: *Saint-Cyprien, plage…* (p. 40), que trata de los refugiados españoles en Francia. Por ejemplo, «Garriga, Ramón»: *Las relaciones secretas entre Franco e Hitler* (p. 289), que trata de España y la Segunda Guerra Mundial. El índice no habla de estos temas. Ni de la represión franquista, ni del encarcelamiento de los antifascistas, ni de la División Azul, ni de los refugiados españoles de 1939 en las Américas, ni de la lucha interior contra el régimen, ni de los refugiados españoles en Francia, ni de Franco y la Segunda Guerra Mundial. Pero el hecho de que estos títulos aparezcan indica que los compiladores ven una relación entre la guerra civil española y tales temas, que son «consecuencias» de la guerra civil. Otra categoría de obras que aparecen en la bibliografía y que tienen su origen en la postguerra está constituida por las colecciones de discursos de

los ministros del régimen. Ejemplos son las obras de José Antonio Girón (p. 296), de José Luis de Arrese (p. 51), o de Raimundo Fernández Cuesta (p. 246). La inclusión de estas obras es otra indicación de que los autores del catálogo tienen ideas indefinidas en lo que respecta a los límites finales de la guerra civil española.

Las incompatibilidades que hemos sugerido aquí tienen su origen en las fallas de la estructura de la bibliografía. Si los materiales que debían ser presentados dentro de la arquitectura hubieran sido suficientemente estudiados, si las necesidades de los historiadores, escritores y bibliotecarios que iban a utilizar este catálogo hubieran sido comprendidas, se hubieran efectuado reformas radicales en el armazón. «Antecedentes», que comprende la tercera parte de las páginas y que, según confesión de los compiladores, tiene un valor reducido y que no pretende ser ni completo ni representativo, hubiera sido completamente suprimido. Y los compiladores hubieran podido concentrar sus esfuerzos sobre el objetivo principal, una bibliografía titulada *La guerra civil española y sus consecuencias*. Este es un título completo, y es el título que define y describe el contenido de la sección de la bibliografía llamada «Guerra».

Si hubieran concentrado toda su atención sobre la guerra civil propiamente dicha y sobre sus consecuencias, habría saltado a la vista de los compiladores que en una bibliografía de la guerra civil española los libros deben ser divididos en dos clases y, si la obra ha de constituir una ayuda para el historiador, el estudiante y el bibliotecario (a quienes tales obras están, teóricamente, destinadas), esta división debe ser claramente señalada. Existen libros que tratan de la guerra civil española de manera indiscutible; por ejemplo, *The Siege of Alcázar* del corresponsal de guerra norteamericano H. R. Knickerbocker. Pero existen libros que tocan la guerra civil española sólo marginalmente. Y éstos son muchos. E importantes. Estos libros que sólo marginalmente tratan de la guerra civil española son los que permiten inflar tanto la bibliografía de tal conflicto. Por ejemplo, el primer tomo de las memorias de guerra de Churchill: *The Gathering Storm [Cómo se fraguó la tormenta]*; de las 763 páginas sólo unas diez tratan de la guerra civil española, pero éstas dan la opinión de Churchill sobre el asunto. ¿Quién puede decir que esta opinión no tiene

importancia y que el libro no debe figurar en la bibliografía? Otro libro de la misma índole, *This I Remember*, de la señora Roosevelt, tiene también pocas referencias a la guerra civil española, pero éstas son importantes. Entre ellas hay una referente a la posición de Churchill sobre la guerra civil española y otra que explica las razones de la posición política de Roosevelt en lo que respecta al conflicto español. La relación marginal del último libro con la guerra debe ser explicada de una manera o de otra. ¿Cómo? Un método, bastante simple, sería añadir a la entrada «GCE: referencias dispersas o GCE, p. 52-53, 97-98, 161, 204, 205, 264, 356». La entrada del librito de Martínez Barrio que hemos citado antes podría tener como añadidura: «GCE, p. 25-29», y el libro de Ramos-Oliveira: «GCE, t. III, p. 271-495». Para los compiladores tal sistema tendría el inconveniente de obligarles a abrir los libros que están catalogando e, incluso a veces, a leerlos.

Puesto que ya he señalado los defectos del armazón de esta bibliografía, estudiemos ahora su contenido. Si las referencias bibliográficas están bien seleccionadas, si cada referencia figura en su sitio, si todos los detalles (nombre del autor, título de la obra, lugar de publicación, nombre del editor, año de publicación, etc.) son exactos, tales referencias podrían, excepcionalmente, compensar en parte los errores de arquitectura de la bibliografía. Desgraciadamente no es éste el caso. Hay que afirmar sin ambages que el corpus de la obra constituye un escándalo intelectual.

En la bibliografía del profesor de La Cierva se pueden encontrar nombres de autores que nunca existieron. Se acredita a autores que sí han existido obras que nunca escribieron. Muchos libros son atribuidos a dos autores distintos. La bibliografía contiene centenares de títulos que nunca han sido publicados en parte alguna del globo. ¿Cómo podemos explicar esta acumulación de errores?

Una bibliografía de esta naturaleza que se enfrenta con una multiplicidad de idiomas y de formas literarias, exige de parte de los compiladores cierto nivel de cultura general. El grupo del Ministerio de Información no posee este nivel de cultura general. Este grupo de «historiadores» españoles nos dicen que *The Soul of Spain* de Havelock Ellis (p. 223), un clásico en inglés sobre España, publicado por vez primera

en Londres en 1908, trata de la guerra de 1936; que el anarquista Ricardo Flores Magón, muerto en 1922, es autor de algo sobre la guerra civil española (p. 251) (fundándose en la autoridad de un libro publicado en 1923)[1038]; que *Aurora roja*, de Pío Baroja, publicada por primera vez en Madrid en 1904, trata de la guerra civil (fundándose en la autoridad de un profesor inglés que jamás afirmó nada parecido (p. 80)[1039]. En la página 94, presentan como autor «Blond y Gay», sin percibir una relación entre estos apellidos y la casa editorial francesa, con sucursal en Barcelona antes de la guerra civil, llamada «Bloud y Gay». En la página 336 atribuyen a un tal «Ibáñez» la obra *Alphonse XIII démasqué. La terreur militariste en Espagne*, sin darse cuenta que el primer apellido de «Ibáñez» era «Blasco», aunque ya hubieran hecho entradas bajo «Blasco Ibáñez» en la página 70. Esta falta de cultura general se confirma en otra clase de errores, sorprendentes en un grupo de universitarios. En muchas entradas de este catálogo, demasiado numerosas, el artículo es confundido con un sustantivo, no solamente en inglés, holandés, alemán, francés y portugués, sino también en castellano (véase p. 37-38, 196-197, 255-256, 295, 432, 457, 471-473, 491-492). Apenas hay una referencia en lengua inglesa sin uno o varios errores. Los apellidos ingleses son mutilados casi invariablemente. El antiguo presidente de la cámara baja norteamericana «Tilson, John Ouillin» aparece aquí como «Ouillin Tilson, John»; el jefe de la obra social de los cuáqueros norteamericanos «Forbes, John van Gelder» ve transformarse su nombre en «Gelder Forbes, John van»; el profesor de universidad «Tansill, Charles Callan» es llamado «Callan Tansill, Charles», y el bibliófilo de la Abraham Lincoln Brigade, «White, David MacKelvy» se le cambia el patronímico por «Mac Kelvy White, David»; y el fotógrafo «Size, Hazen» se encuentra en «Hazen Size».

Ricardo de La Cierva nos ha proporcionado una definición del contenido de la sección «Guerra», en la que afirma tener «pretensiones más elevadas» que para «Antecedentes». Y dice: «Reunimos allí todas las publicaciones unitarias (libros y folletos) que hemos podido detectar sobre el tema». Excluye los periódicos. «Excluimos las publicaciones periódicas en cuanto tales», escribe. Pero hay periódicos en la bibliografía. Por ejemplo, en la página 241, *Facetas de actualidad española*, de La Habana.

O en la página 479, *Nuestra bandera*, mensual del Partido Comunista publicado en Valencia durante la guerra civil. Además, tales entradas son indicadas como publicaciones periódicas.

Se incluyen pocas publicaciones oficiales, pero la actitud hacia ese tipo de publicaciones no está indicada en ninguna parte. Es verdad que si el gobierno español ha publicado catálogos de documentos oficiales de los años 1939-1964, no ha publicado nada sobre el periodo de la guerra civil. Existe ahora la obra en curso de James B. Childs, de la Biblioteca del Congreso[1040]. Pero esto no basta para explicar por qué este grupo del Ministerio de Información ha excluido de su catálogo tantos documentos oficiales, necesarios para un estudio histórico de la guerra civil. *La Causa general* no aparece, pero sí una traducción francesa, *Témoignages complémentaires pour l'Histoire de l'Espagne* (p. 643), sin decir lo que es en realidad[1041]. El primero de los *Avances* inspirados por Queipo de Llano, sobre las atrocidades republicanas, se ve incluido (p. 57), pero no los demás[1042]. Figuran en el catálogo numerosas publicaciones de la Oficina Informativa Española (p. 386, 566, 613), posteriores a la guerra, y de la Junta central del Tesoro artístico (p. 543, 96, 102), aparecidas durante la guerra. Todas ellas son publicaciones oficiales. Pero hay un gran número de publicaciones oficiales de ambos lados de la contienda que se ven excluidas de la bibliografía. La regla de omitirlas completamente sería comprensible; lo que no lo es, la omisión de toda regla, es decir, incluirlas o excluirlas a capricho.

Dado el diluvio de publicaciones falangistas durante la guerra civil y después de ella, la parquedad de estas publicaciones en la bibliografía es sorprendente y difícil de comprender. ¿Son excluidas? No totalmente. Aparecen, por ejemplo, *Falange española tradicionalista y de las JONS en el exterior*, atribuido a Federico de Urrutia (p. 660); y *Estampas históricas de la revolución nacional-sindicalista* (p. 232), publicado por la Sección Femenina de la Falange. Pero otras, importantes, como *Normas y orientaciones para delegados provinciales, Delegación Nacional, 13-18 de septiembre de 1937*, publicada por Auxilio Social, no es incluida[1043]. Otra vez aquí, es la carencia de toda norma expresada la que desorienta a quien tiene que utilizar la bibliografía. Podría justificarse el criterio de excluir o

incluir las publicaciones falangistas; lo que no se puede explicar es la ausencia de criterio en este punto, que tiene por base la carencia total de un sistema.

Después de haber señalado el caso curioso de *Spanica zwischen Todnu Gabriet*, en 1964, en el capítulo 12 de *El mito de la cruzada de Franco*, me entraban a veces remordimientos. Hubiera sido tan divertido ver como aquel monumento de ignorancia bibliográfica sobre la guerra civil española, símbolo de la cultura franquista, continuase apareciendo de vez en cuando en las doctas obras de los pensadores del régimen francofalangista. No podía imaginarme que cinco años más tarde el Ministerio de Información franquista iba a producir una obra con errores tan ridículos como el de *Spanica zwischen Todnu Gabriet*.

Más arriba he afirmado que la bibliografía del Ministerio mencionó autores que nunca existieron. Encontramos, por ejemplo, «Enrique Nello», a quien se acredita, en la página 473, un libro titulado *La Spagna risorge*. Se nos dice que este libro se halla en la biblioteca del Ministerio. Debe ser difícil encontrarlo. En efecto, en la misma biblioteca, se nos informa en la página 224, se encuentra otro libro con el mismo título, publicado en la misma ciudad, por el mismo editor, el mismo año, pero esta vez escrito por Nello Enriquez, nombre que corresponde al que figura en la página de título del libro. Otro autor que no existe lo podemos hallar en la página 381: Sorrentino Lamberti, a quien se atribuye la obra *Questa Spagna*, publicada en Roma en 1939. El verdadero autor, Lamberti Sorrentino, no tiene la suerte de Nello Enriquez; no merece ninguna mención en la bibliografía. Otro autor con apellido inesperado: «Erchkordt», sin más, figura en la página 224. Es el autor de *La política estera del terzo Reich*, publicado en Milán en 1951. ¡Qué transformación ha sufrido el nombre del autor de *Wahn und Wirklichkeit. Die Aussenpolitik des Dritten Reiches*, un tal Erich Kordt![1044]

Existen también numerosos casos en que el mismo título es asignado a más de un autor. *Le jour pointe en Espagne* (p. 647) es atribuido a Robert Brasillach y Maurice Bardèche. ¡Que los aficionados a la obra de Brasillach no pierden tiempo buscando este libro! En la página 647 es atribuido igualmente al verdadero autor, Ángel de Toledo, cuyo original fue

publicado en El Paso, Tejas, en 1937, con el título *En España ha amanecido*. En la página 367, «Kohl, Hermann» es designado, correctamente, como autor de *Deutsche Flieger über Spanien*, pero más lejos, en la página 581, el mismo título es atribuido a «Rohl, Hermann». En la página 551, una edición de 1939 de *El Estado nacional*, es atribuida al falangista vallisoletano «Redondo, Onésimo», es decir, al autor; en la página 43, una edición de 1943 del mismo libro es atribuida a «Aparicio, Juan». El libro *Legionari di Roma in terra ibérica*, publicado en Roma en 1940, se atribuye en la página 89 al Duca di Bergamo; en la página 386, el mismo título, el mismo editor, etc., carece de autor. *Il non intervento in Spagna* es atribuido a su autor, Giuseppe Vedovati, en la página 672; en la página 477, el mismo título —menos el artículo—, publicado por el mismo editor, en el mismo lugar, el mismo año, no tiene tampoco autor. En la página 257, el librito *Americans in Spain* tiene por autor a «Fraknfeld, Phil»; en la página 333, el mismo título, de los mismos editores y del mismo lugar de edición, en el mismo año, está acreditado a «Hood, Otis» y «Frankfeld, Phil». El autor de libros de viajes, «Helm, MacKinley», es designado autor de *Historia del Frente Popular*, publicado por Libro Mex, en México, D. F., en 1959, en la página 323; pero en la página 510, el derecho de autor es concedido a «Alba, Víctor», (Pagés Elias, Pedro) verdadero autor. En la página 84, «Bedoya, Javier María de» es considerado autor de *Onésimo Redondo, Caudillo de Castilla*[1045] y de *Siete años de lucha*; en la página 436, el camisa vieja «Martínez de Bedoya, Javier» encuentra finalmente sus derechos de autor. En la página 305, el libro *Falange y requeté orgánicamente solidarios* tiene por autor a «González Oliveros, Wenceslao»; en la página 488, un libro titulado *Falange y requetés* es atribuido a «Oliveros, Wenceslao». *Nueve meses con los rojos de Madrid* es atribuido en la página 252 a «Foronda, Ana María», cuyo nombre se encuentra en la página de título del libro, pero la misma obra tiene por autor a «Rossi, Vittorio G.» en la página 585. La primera edición de *¡España despierta!* es atribuida a «X. Y. Z.» en la página 690, y la segunda edición a «Onieva, Antonio J.» en la página 489. No hay ninguna indicación de que el libro de Onieva es una edición aumentada del de «X. Y. Z.», que «X. Y. Z.» es meramente un seudónimo de Onieva; pero se nos

afirma que los dos libros se hallan en la biblioteca del Ministerio. En la página 697, *Au Pays de la terreur rouge* tiene por autor a «Zwingelstein, André» y en verdad este nombre se encuentra sobre la página titular del libro; pero en la página 454, la cuarta edición del mismo libro es atribuida a «Monnier-Zwingelstein [sic], André». «Zwingelstein» y «Monnier-Zwingelstein» son la misma persona, pero nadie en el Ministerio de Información parece saberlo. «Ermengen, Franz van» es nombrado autor de *Les grands chantiers au soleil*, en la página 225; más lejos, en la página 430, nos informan que el autor es «Maret, Francis». Es verdad que el último nombre aparece en el libro mismo, y que es el seudónimo de van Ermengen, pero este detalle no consta en ningún lugar de la bibliografía del profesor de La Cierva. En la página 231 se nos dice, con razón, que «Estelrich, Juan» es autor de *La persecución religiosa en España* y de las traducciones italiana y francesa de este libro, pero en la página 539, se nos dice que *Prigoana religiosa in Spania*, que es simplemente la traducción rumana del libro de Estelrich, no tiene autor. ¿Cómo es posible tal ignorancia cuando el original, la traducción francesa y la traducción rumana se hallan, los tres, en la biblioteca del Ministerio? En la página 160, la novela *Los vestales*, publicada en Cádiz en 1938 por Cerón es atribuida a «Collantes, Juan A. de», como indica el libro mismo; pero en la página 487, el mismo título es atribuido a «Oliva de Suelves, José Luis». La bibliografía no indica ninguna relación entre ambos.

El imbroglio en esta bibliografía sobre otro libro, *Defence of Madrid* de Geoffrey Cox, publicado en Londres en 1937, es aun mayor. En la página 172 del catálogo del Ministerio de Información, el libro es atribuido al autor. En la página siguiente halla nuevo autor: «Creac'h, Jean», seudónimo de Jean Monconduit, quien fue durante un periodo de los años 50, antes de ser expulsado de España, corresponsal de *Le Monde* en Madrid. En la página 172, la traducción rusa del libro, *Oborona Madrida*, se atribuye al autor, «Cox, Geoffrey»; pero en la página 367, el mismo título es atribuido a alguien llamado «Koks, D.». El pobre Cox salió bastante mal librado de la traducción de su nombre de letras cirílicas.

En la página 575, *Espionaje en España* es correctamente introducido bajo «Rieger, Max»; pero en la página 442, el derecho de autor es entregado

a «Max, E.». En la página 29, se nos informa que el libro titulado *El último muerto de la guerra de España* es de «Álamo (Urrutia), Lucio del», lo que es verdad; pero en la página 181, se atribuye el mismo título a «Churruca y Zubiria», atribución un tanto macabra, ya que entonces éste habría escrito sobre su propia muerte. (El título de este libro es interesante. Churruca fue uno de los últimos oficiales de Franco muertos en la guerra civil, pero después de la muerte de Churruca, los compañeros del tal Churruca que no murieron fusilaron en represalia más de cien mil republicanos).

Una confusión parecida existe entre cinco referencias del mismo libro, escrito por Otto Katz y publicado en cinco idiomas diferentes. Tres autores distintos son inscritos por este título y dos veces es atribuido a autor anónimo, pero ni una sola vez al verdadero autor. Son: 1) «Spielhagen, Franz: *Spione und Verschwörer in Spanien*, París, 1936» (p. 631); 2) «Shpilgagen, B: *Shipioni i zagovorschiki v Ispanii*, Moscú, 1937» (p. 621); 3) «Simón, O. K.: *Hitler en Espagne*, París, 1938» (p. 623); 4) «*The Nazi Conspiracy in Spain*, Londres, 1937» (p. 470); 5) «*La conspiración nazi en España*, México, 1938» (p. 168). Estos cinco textos son, esencialmente, los mismos, pero en la bibliografía del Ministerios de Información nada se dice para guiar al utilizador del catálogo. Sin embargo, dos de estos libros se encuentran en la biblioteca del Ministerio, pero los compiladores nunca descubrieron la semejanza del texto.

Más arriba, hemos comentado la omisión de un índice de títulos. Una bibliografía de esta naturaleza lo necesita. Es evidente que si los compiladores lo hubieran preparado (y preparado bien) muchas de estas contradicciones habrían sido evitadas, contradicciones que son, hay que decirlo claro, errores inadmisibles, simplemente.

Ya he dicho que la bibliografía del Ministerio de Información contiene centenares de títulos que nunca han sido publicados. Este hecho, único en los anales de la técnica bibliográfica, es debido a la creencia de que cuando un escritor anuncia que va a publicar ciertos libros, éstos son automáticamente publicados siempre. La participación en esta creencia de cinco universitarios españoles puede ser interpretada como acto de fe, como ingenuidad extrema, o como simple voluntad de aumentar a cualquier precio el número de entradas en el catálogo. Por ejemplo, Manuel D.

Benavides publicó en su exilio mejicano, antes de morir, tres novelas históricas de una serie titulada «Luz sobre España»[1046]. La serie anunciada incluía, además de los tres títulos publicados, doce más, o sea un total de quince. El profesor de La Cierva incluye cada uno de los quince títulos en la bibliografía, y no solamente una vez sino dos: los tres publicados, los doce que no fueron publicados. Quizá se pueda aducir que de La Cierva y sus colaboradores encontraron dificultades en Madrid para comprobar lo que había sido publicado o no en México. Pero el mismo hecho se repite en lo que respecta a publicaciones españolas. El corresponsal de guerra nacionalista Manuel Sánchez del Arco, está presente en la bibliografía con cinco entradas (p. 609). Una de ellas representa ocho páginas de una antología italiana y debiera figurar en el índice onomástico y no donde aparece. Dos de los títulos atribuidos a Sánchez del Arco son muy dudosos: *Operaciones y asedio para la ocupación de Madrid por el ejército nacional* y *Toledo, el escollo glorioso*. El primer título fue anunciado en el otoño de 1936, cuando el corresponsal pensaba que los nacionalistas iban a tomar Madrid inmediatamente; el segundo se menciona en el *Noticiero de España*, publicación muy especial que se encuentra en el Ministerio. Otro título de Sánchez del Arco, auténtico esta vez, la primera edición de *El sur de España en la reconquista de España*, está ausente. Algo parecido sucede con el título *En el cuartel general de Mola* (p. 349), del que nos dicen que es obra de José María Iribarren, y publicado en Zaragoza, en 1938, con 392 páginas. A pesar de los detalles, no hay prueba alguna de que este libro exista realmente. En la página 55, el escritor exilado Max Aub es proclamado autor de un libro titulado *Tierra de Campos*, anunciado, pero no publicado. En 1939, Ernesto Giménez Caballero, siempre lleno de proyectos, anunciaba en la página 93 de *¡Hay Pirineos!* que tenía nada menos que 17 obras «en prensa». Once de ellas aparecen en la bibliografía del Ministerio; una sola —no estoy muy seguro— ha sido quizá publicada. ¿La Unidad (antes sección) de Estudios sobre la guerra de España no dispone de secretariado para escribir una carta al embajador de España en Paraguay preguntándole si aquellos libros «en prensa» fueron publicados? ¿Están en la Biblioteca Nacional? ¿Figuran en el *Catálogo general de la librería española*? ¿Aparecen entre las obras del autor indicadas en la

cubierta de *El procurador del pueblo*, publicado ocho años más tarde? Es imperdonable que hayan introducido en la bibliografía títulos sobre los que no existe ninguna indicación seria de que hayan sido publicados. También es verdad que con tal procedimiento se hincha considerablemente el número de entradas.

La obra *Victoria en el mar* de Mauricio Oliveira, que aparece dos veces en la bibliografía, y que está en la Biblioteca del Ministerio (nos lo aseguran), dudo que fuera publicada. De los 31 tomos anunciados de los *Episodios contemporáneos* de Francisco Camba, solamente 15 fueron publicados; pero Ricardo de La Cierva informa a sus lectores que los 31 títulos anunciados fueron publicados, y lo dice dos veces. Así aumenta en 16 el número de sus entradas.

La bibliografía del profesor de La Cierva contiene otra clase de errores, parecidos a los encontrados en la bibliografía de la primera edición del tomo VI de *Historia de España*, del profesor Seco Serrano[1047]: atribuir un libro a una persona que, por razones de ideología o de geografía, no podría haber sido su autor. Así en la bibliografía de Ricardo de La Cierva, los libros del comunista inglés J. R. Campbell (p. 136-137) son acreditados al poeta profascista sudafricano Roy Campbell. Klaus Koehler, que publicó, en 1939, en Leipzig, un relato de sus experiencias como piloto de la Legión Cóndor en España, es también considerado autor de un libro denunciando a la Gestapo, publicado en Londres en 1940 (p. 367). Este último fue, en realidad, escrito por Hans Jürgen Koehler. Y alguno de los cinco «historiadores» que colaboró en la bibliografía debería haber saltado al ver una entrada en la que *I grandi cimiteri sotto la luna* (p. 89), de Bernanos, aparece como publicado en Milano, en 1938, en pleno fascismo.

Los compiladores de esta bibliografía han perdido varias ocasiones de ayudar al historiador. Sólo en una docena de lugares se da el título original de una traducción. Es evidente que tales indicaciones serían valiosas para toda persona que vaya a utilizar la bibliografía. *A qui la victoire?* publicado en París, es la traducción de Un año de guerra, publicado en Buenos Aires. *Dans la tourmente. Un an de guerre en Espagne*, publicado en París, es la traducción de *Cómo se enfrentó el fascismo en toda España*, publicado igualmente en Buenos Aires. ¿Por qué no se da esta información al lector?

¿Por qué no se indica que *La guerra empezó en España* de Julio Alvarez del Vayo es el mismo libro que *Freedom's Battle*? ¿Por qué no se dice que el título original de *Warrior without Weapons* de Marcel Junod es *Le troisième combattant*. Que *Mine were of Trouble* de Peter Kemp fue traducido al español bajo el título de *Legionario en España*. Que el volumen titulado *Esperienze della guerre di Spagna* de Herbert L. Matthews es la traducción de las páginas 65-192 de *Education of a Correspondent*. Que *Un testament espagnol* de Arthur Koestler, publicado en París no es el mismo texto que *Spanish Testament*, publicado en Londres. Que el tomo de propaganda franquista que lleva el título *GAT is Happening in Spain?* es el mismo libro que *¿Qué pasa en España?* Que *Homage to Catalonia* de George Orwell fue traducido como *La Catalogne libre* en París, y como *Cataluña 1937* en Buenos Aires. Que el libro de Oloff de Wet tuvo por título en Londres *Cardboard Crucifix* y en Nueva York *The Patrol is Ended*. Que *Espejo de alevosías* de Dzelepy es la traducción al español, en México, de su libro *Britain in Spain*, más los números 42-45 de *Le carnet du diplomate inconnu*. Y, finalmente, que el libro de Constancia de la Mora, *In Place of Splendor*, se llama en francés *Fière Espagne*, y en español *Doble esplendor*?

Otra contribución que esta bibliografía oficial del Ministerio de Información hubiera podido hacer al conocimiento de la literatura de la guerra civil española es la de descubrir los seudónimos tras los que se ocultan muchos de los escritores, sobre todo los españoles. Algunos de estos seudónimos fueron necesarios durante la guerra civil y en los primeros años de la postguerra, por razones de seguridad; pero poco peligro existe ya en descubrirlos. Si no son revelados, algunos probablemente nunca serán conocidos. El Ministerio de Información está bien situado para realizar este trabajo. Pero los compiladores de la bibliografía no parecen haber sido conscientes de este problema. Cuando indican un seudónimo, utilizan un sistema —o carencia de sistema— que tiene por resultado la desorientación de quienes hayan de utilizar la bibliografía. Los libros escritos con seudónimo pueden entrar en la bibliografía con el seudónimo o con el nombre verdadero del autor a condición de que exista una doble referencia que remita a la primera. Esto es lo que exige el sentido común más

elemental. Pero las dobles referencias de este tipo son poco frecuentes en esta bibliografía; a veces el libro aparece bajo el seudónimo, a veces bajo el nombre verdadero del autor. Otra vez, no hay sistema alguno. Por ejemplo, las obras de «Orwell, George» son introducidas bajo el nombre verdadero del autor, «Blair, Eric»; en «Orwell, George» se indica «v. Blair, Eric»; pero el lector que tropieza con «Blair, Eric» sin haber visto antes a «Orwell, George», carece de referencia que lo remita a «Orwell», ni en las entradas «Blair», ni en el tan elogiado índice onomástico, que no sirve para nada. Si en el caso de Blair-Orwell, las obras aparecen bajo el verdadero nombre del autor, existen otras entradas en que las obras figuran bajo seudónimo, sucediendo entonces exactamente lo contrario. Por ejemplo «Alventosa García, Rafael», que firmó sus obras «R. A. G.». Todas las obras se hallan introducidas con el seudónimo (p. 562); pero ni en ellas ni en el índice hay referencia a Alventosa García. En «Renn, Ludwig» se nos indica ver «Vieth von Golssenau, Arnold Friedrich». En la página 676, encontramos *Der spanische Krieg* bajo este nombre del autor; en la página 299 encontramos exactamente el mismo título bajo «Golssenau, Vieth von». Pero ni en la página 676 ni en la página 299 se menciona a Ludwig Renn, nombre que figura en el propio libro.

En la página 422, tres libros tienen por autor a «Macarro Castillo, Fernando». En ninguna parte de la bibliografía se halla el nombre que, en realidad, figura en los libros: «Marcos Ana», seudónimo de Fernando Macarro Castillo. En el mismo caso se encuentra el libro *Les chemins d'Espagne*: se atribuye a «Vuillet, Fierre» en la página 683, pero en toda la bibliografía no se menciona «Ippecourt», nombre que aparece en la portada del libro. Lo mismo sucede con *Una aventura en España*, que tiene por autor, en la página 614, entre corchetes, «Sciutto, Luis»; el nombre que figura en la portada del libro, «Wing», no se encuentra en ninguna parte. También en el caso de *The Falk* [sic] *of Dark*, que en la página 614 es atribuido a «Schmidt, James Norman», los bibliógrafos del Ministerio olvidan decir que Schmidt utilizó como seudónimo «James Norman». *Sueño y mentira de Franco* es atribuido a Pablo Ruiz (p. 588), pero no dicen, probablemente porque no lo saben, que Pablo Ruiz es más conocido como Pablo Picasso. No hay reenvío entre «Rey Stolle, Alejandro» y su

seudónimo «Xavier, Adro», ni entre «Pachter, Henry M.» y su seudónimo «Rabassaire, Henri», ni entre «Piller, Pedro P.» y su *nom de plume* «Leval, Gastón». La mayor parte de estos seudónimos han sido descubiertos por los bibliógrafos del Ministerio de Información en la bibliografía de Juan García Duran, pero éste hizo referencias que remitían de un lugar de su libro a otro. Ricardo de La Cierva y su grupo no han sabido nunca hacer tan elemental acto, aunque si hayan sabido aprovechar la información ofrecida por el libro de García Duran. Pero en muchos casos ni siquiera han sabido si se trataba de seudónimos o de verdaderos nombres.

Problemas planteados por los seudónimos existen en la literatura de todos los países en relación con la guerra civil española; pero los nombres españoles presentan problemas especiales a los bibliógrafos: 1) descubrir el significado del primer apellido cuando éste es designado por una inicial; y 2) descubrir el segundo apellido cuando no figura en la portada. Sobre estos problemas, el equipo de La Cierva da poca luz. En lo que concierne al primer caso, nombres como González, Martínez, García, Gómez, López, etc. están con frecuencia expresados por la letra inicial. El bibliógrafo debe buscar detrás de la letra el verdadero nombre. El equipo del profesor de La Cierva se escapa por una salida fácil, dejando la letra inicial monda y lironda como la ha encontrado. No nos dice que «Olmedo, Félix G.» es «González Olmedo, Félix»; que «Ortiz de Villajes, Cándido G.» es «García Ortiz de Villajes, Cándido»; que «Cambra, Fernando P. de» es «Pérez de Cambra, Fernando»; ni que «Menéndez-Reigada, Ignacio G.» debe figurar en la letra «G» como «González Menéndez-Reigada, Ignacio», etc.

En casos en que el segundo apellido no figura en la portada, el sistema del profesor de La Cierva llena de confusión al lector. Por ejemplo, las obras de «Ibarruri Gómez, Dolores», mejor conocida como «Pasionaria». A la mayor parte de sus numerosas entradas, de La Cierva añade «Gómez» entre paréntesis, pero luego se cansa de añadir paréntesis y en la página 341 nos dice que dos folletos de la guerra civil fueron firmados «Ibarruri Gómez, Dolores», lo que no es verdad. Tiene razón de informarnos que otro jefe comunista, José Díaz, era también Ramos por su segundo apellido; pero cuando nos dice, en la página 196, que Díaz firmó folletos «Díaz Ramos», comete un error. Es una idea excelente decirnos cuál es el segundo apellido,

cuando éste no figura en la portada, pero se aumenta simplemente la confusión del lector cuando se añade en unos casos y en otros no, y de ninguna manera se debe indicar que los dos apellidos aparecen en la página de título, sino es estrictamente la verdad. Es difícil, sin duda, averiguar los dos apellidos de algunos autores, pero ¿por qué no se nos dice que «Negrín, Juan» era «Negrín López, Juan» y que «Prieto, Indalecio» era «Prieto Tuero, Indalecio»? El Ministerio de Información está bien situado para esclarecer estos puntos. Y finalmente, ¿por qué llamar a un hermano «Machado, Antonio» y al otro «Machado y Ruiz, Manuel»?

El profesor Ricardo de La Cierva incluye, también, en la sección «Guerra» libros que nada tienen que ver con la guerra civil española, como ya hemos visto en el caso de las obras de Havelock Ellis, Pío Baroja y Ricardo Flores Magón. Podemos añadir muchos más a esta lista.

*Spanish Prelude* de Jenny Ballou (p. 76), trata de los años republicanos anteriores a la guerra civil. *Ordin de misiune*, de Ion Baleanu (p. 75), publicado en Bucarest en 1942, no concierne a la guerra de España sino a otra guerra de Hitler, la guerra contra la Unión Soviética. El libro firmado por «Armie», *Un peu de clarté sur une sombre page* (p. 49), tiene como fecha agosto de 1931 al final del texto. *Almost in Camera*, de Percy Brown (p. 104), cuando se refiere a España es a la de antes de la guerra civil. Luis Araquistain publicó *España en el crisol* en 1922. ¿Cómo puede tratarse de la guerra civil de 1936? «René Gaell» (seudónimo del abate René Esteffe) publicó el original de *Las sotanas bajo la metralla* (p. 278) durante la Primera Guerra Mundial y no tiene nada que ver con la guerra de España acaecida veinte años más tarde. *The Mist Procession*, del ministro británico Vansittart, termina en vísperas de la guerra civil española. *Most Likely to Succeed*, de John dos Passos, presenta cierta curiosidad literaria precisamente porque no dice ni una palabra sobre la guerra española. En *Kavaler i Spanien*, de Tom Kristensen, fue publicado por vez primera en 1926; *Tierra libre*, de Jean Grave, fue publicado mucho antes de la guerra civil. *La Reforma agraria italiana y la futura reforma española*, de Fernando Martín Sánchez Julià, fue publicada en 1931; la *Historia de una revolución*, de Justiniano García está mencionada en un libro publicado en 1932: *¡El poder soviético en el mundo entero!*, de D. Z. Manuilski, apareció

en 1934. Ricardo de La Cierva informa a los consultores de su bibliografía que todos ellos se refieren a la guerra civil española.

Hemos visto como ha sido aumentado artificialmente el número de entradas en la bibliografía del Ministerio de Información. Son citados libros inexistentes y, a veces, incluso dos veces; muchos otros libros aparecen dos veces, atribuidos a dos autores diferentes; libros que no se refieren a la guerra civil contribuyen a aumentar la inflación. Pero hay que ser justos y admitir que muchas veces tal inflación es debida más a pura ignorancia que a deseo bien definido de aumentar el número de entradas. Pero también existe un esfuerzo consciente en inflar las entradas, llevado al extremo máximo por los autores de esta bibliografía. La multiplicación de las entradas se obtiene muchas veces repitiendo el título bajo cada nombre de autor cuando tal título tiene más de uno. Esto es pecado menor. El pecado se agrava al aplicar esta fórmula: una antología merece una entrada por el compilador y, además, según la fórmula de La Cierva, otra entrada por cada contribuidor a la antología. ¡Así se obtiene una buena cosecha bibliográfica! *Poetas en la España leal* (p. 531) produce de esta manera doce entradas. *Cómo se enfrentó el fascismo en toda España* (p. 163), con doce colaboradores, rinde trece entradas; con la traducción al francés otras trece, con un total de veintiséis, de las que sólo se justifican dos. *Scrittori di guerra spagnoli (1936-1939)* (p. 84), compilado por Gilberto Beccari, es responsable de 16 referencias de autores, más una por Beccari, totalizando 17. *Los trabajadores del mundo junto al pueblo español* (p. 651), librito de 30 páginas, con nueve colaboradores, da diez referencias. *Escriptors de la revolució* (p. 226), con nueve contribuidores, es responsable de doce entradas porque uno de los colaboradores tiene derecho a tres entradas por sus tres contribuciones. *España, su lucha y sus ideales* (p. 228), con seis autores, gana siete entradas; *José Antonio, actualidad de su doctrina* (p. 540), con doce contribuyentes, tiene trece referencias. En la sección «Guerra» de la bibliografía, bajo la letra «G», existen más de cuarenta multiplicaciones de esta índole.

Esta crítica no es caritativa. Ya lo sé. No siento indulgencia alguna hacia los autores de la bibliografía del Ministerio de Información por dos razones fundamentales. La primera es que todas las personas que trabajan en el

campo de la historia moderna española, confrontadas con los anaqueles tan largos de libros y folletos sobre la guerra civil española, merecen tener, en lugar de estridentes exclamaciones de pasmo por la longitud de los anaqueles, un catálogo competente que los guíe por la biblioteca. En teoría, el proyecto establecido por el Ministerio de Información español debiera haber resuelto los problemas de todo el mundo. Después de todo, se trata de un problema español; el español es el idioma dominante en la bibliografía; y era entre las publicaciones de lengua española donde se encontraba la mayor parte de lo desconocido. El proyecto del Ministerio fue dotado con el personal necesario, puesto que cinco personas fueron empleadas en el trabajo; el problema de los gastos de la publicación —siempre oneroso en un proyecto de esta índole— estaba resuelto. Un proyecto gubernamental quiere decir que las puertas de todas las bibliotecas —y no tan sólo de las españolas— quedaban abiertas al mismo. Por vez primera, tanto personal, tanto dinero, tanta influencia fueron puestas al servicio de una obra relacionada con la bibliografía de la guerra civil española. Es, probablemente, también la última. Todo el mundo interesado por la investigación histórica y literaria sobre la guerra civil española tiene, por tanto, derecho a sentirse defraudado por esta obra de calidad mediocre, fabricada con indiferencia. Hace daño no sólo a los que en ella han colaborado, sino a todos aquellos para quienes tal catálogo, realizado correctamente, hubiera sido un libro de referencias que les permitiera economizar horas de trabajo.

Pero existe otra razón para escribir esta crítica sin caridad alguna. En 1965, el Ministerio de Información español estableció ciertas normas para juzgar una bibliografía de la guerra civil española y es, por tanto, justo y correcto que la bibliografía del Ministerio de Información sea juzgada por las normas establecidas por el mismo ministerio. Estas normas me han guiado. Fueron expuestas en una crítica de *Bibliografía de la guerra civil española*, libro de Juan García Durán, publicado en Montevideo en 1964. La crítica, sin firma, apareció en el *Boletín de Orientación Bibliográfica*, publicación del Ministerio de Información, de marzo-abril de 1965. El autor del libro criticado, Juan García Duran, es un español republicano que, después de un periodo de encarcelamiento en las prisiones de Franco[1048],

vivió en Francia, en Australia, en Estados Unidos, antes de radicarse en Uruguay donde, aprovechando las notas recogidas en sus viajes, publicó su catálogo, sin subvenciones de gobiernos ni ayuda de colaboradores.

La crítica de la obra de García Duran publicada por el *Boletín de Orientación Bibliográfica* decía: «[…] no bastan las buenas intenciones para apuntalar una bibliografía. El autor carece por completo de la más elemental formación bibliográfica. Los continuos fallos de enfoque y de método convierten esta bibliografía en un montón desarticulado de datos inconexos. He aquí un instrumento de trabajo que, más que abrir caminos, lo que hace es presentar problemas […] Triste destino el de la bibliografía de nuestra guerra: las raras veces que consigue emerger del sectarismo termina por hundirse en la ineptitud (…) [la obra] se ha realizado con mucho descuido y mucha precipitación». Acusaciones más directas todavía son: «Falta por completo en esta obra de un criterio delimitador», y hay «una absurda multiplicación de entrada adoptada por el autor con la irresponsabilidad bibliográfica más total».

Desde el punto de vista moral, lo que hace imperdonable y reprensible la crítica sarcástica e intolerante de la obra de García Duran publicada por el Ministerio de Información es que fue escrita por el propio Ricardo de La Cierva. Esta crítica fue reimpresa, con algunos cambios, en su libro *Cien libros básicos sobre la guerra de España*, p. 28-37.

Las acusaciones de Ricardo de La Cierva contra la obra de García Duran, ¿no son las mismas que acabamos de hacer, con pruebas aplastantes, contra la obra de Ricardo de La Cierva y sus colaboradores, publicada cuatro años más tarde que el libro de García Duran? ¿Está bien definido el criterio delimitador en el catálogo del Ministerio de Información? ¿Esta definición, amplia o estricta, es respetada? «Antecedentes» se extravía hacia atrás hasta 1879 y se despliega hasta nuestros días. La sección «Guerra» contiene novelas escritas a principios de siglo y obras que no se refieren a España en manera alguna. No solamente no existe ningún sistema para fijar los límites de la bibliografía del profesor Ricardo de La Cierva y sus colaboradores; no existe tampoco sistema para ningún aspecto de la bibliografía. En lo que respecta a la «multiplicidad de entrada», los delitos de los cinco «historiadores» del Ministerio de Información son diez veces

más graves que los del exilado español en Montevideo. Sin embargo, fue en este punto preciso donde Ricardo de La Cierva mostró más agresividad hacia Juan García Duran, acusándole de «la irresponsabilidad bibliográfica más total». De La Cierva analiza la razón de esta «multiplicidad de entrada» como sigue: «Sospechamos que no se trata de simple ignorancia, sino que en el desdichado sistema del autor se esconde el inequívoco anhelo de elevar como sea el número de fichas». Para probar su argumentación, de La Cierva escribió que García Duran repitió los títulos de «El Tebib Arrumi» (Víctor Ruiz Albéniz); esto es un hecho: García Duran repitió ocho títulos del corresponsal militar nacionalista. (Estas repeticiones eran necesarias según el plan de estructura del catálogo de García Duran). Pero, en su bibliografía, de La Cierva repite 43 títulos de Ruiz Albéniz y con menos razón que García Duran. De La Cierva ridiculiza lo que él llama «el récord de repeticiones» de García Duran: las que refieren al «diario de Galeazzo Ciano»; y observa: «La obra, evidentemente, es importante, pero no tanto como para elaborar, con sus diversas ediciones (algunas absolutamente idénticas y convenientemente paseadas) nada menos que doce fichas». El experto en bibliografía de la guerra civil del Ministerio de Información va demasiado lejos en su voluntad de herir a García Duran. Hay dos «diarios» de Ciano, y no uno. (Hay tres, si incluimos el volumen de *Papeles diplomáticos*.) [1049]: El de 1937-1938 y el de 1939-1943. Sólo una de las ediciones citadas por García Duran es exactamente idéntica a otra: las ediciones de Londres y de Nueva York del Diario de 1937-1938. Cada una de las otras ediciones, incluso la publicada en España, tiene un prefacio diferente. Esta diferencia debe ser señalada por el bibliógrafo y justifica la inclusión de las diferentes ediciones. Pero cuando de La Cierva publica su bibliografía, cuatro años más tarde, sobrepasa el «récord de repeticiones» de García Duran. El exilado español mencionó solamente las ediciones de Milán y Barcelona del Diario de 1939-1943; Ricardo de La Cierva menciona cuatro ediciones. De La Cierva llega hasta hacer, en la misma página, tres entradas de la sola edición de Milán. García Duran citaba cuatro ediciones del Diario de 1937-1938; de La Cierva el mismo número.

Cuando el profesor Ricardo de La Cierva descubrió que el libro de Broué y Témime, *La révolution et la guerre d'Espagne*, era mencionado

tres veces por García Duran bajo el nombre de Broué (una vez por cada edición en Francia, en México y en Italia), se lo reprochó severamente: «Esto, que ya es reprochable, llega a lo grotesco cuando se vuelven a atribuir al libro tres fichas nuevas bajo el nombre de Témime». Pero el perito del Ministerio de Información repite exactamente la misma operación, y no solamente con Broué y Témime, sino en el caso de muchas, muchísimas otras obras con dos autores. Cuando García Duran lo hizo, de La Cierva lo consideró «un ejemplo flagrante de atesoramiento bibliográfico a cualquier precio».

De La Cierva atacó a García Duran porque hizo una entrada con el título de una obra y otra con el nombre del autor. Hemos visto que de La Cierva utiliza el título para hacer una entrada y saca hasta 16 otras de los autores del mismo libro, para inflar el volumen de su obra. En otra agresión sarcástica contra García Duran, el profesor de La Cierva escribía: «Para García Duran, el autor de un libro titulado *L'Assassinat d'Andrés Nin* (París, Spartacus, 1939) es, nada menos, que Nin, Andrés». Algo macabro, desde luego; pero de La Cierva comete al menos cinco veces el mismo error de atribuir a un hombre muerto una obra escrita después de su muerte, en una bibliografía en cuya elaboración fue ayudado nada menos que por cuatro otros «historiadores». Una vez, como ya he señalado, a Alfonso de Churruca y Zubiria, en la página 181; otra a Hans Beimler, en la página 85; otra a Ángel Pestaña, en la página 526; otra más a Pablo de la Torrente-Brau, en la página 650, y otra vez a José Antonio Primo de Rivera, en la página 540. He insistido en los detalles de este análisis para mostrar la mala fe con que fue escrita en 1965 la crítica de la bibliografía de García Duran por Ricardo de La Cierva.

También criticó a García Duran Ricardo de La Cierva por haber omitido ciertas obras en su bibliografía. Se podría criticar a de La Cierva por el mismo vicio, pero ello sería criticar un defecto menor. El mayor defecto de la bibliografía del Ministerio de Información no se encuentra tanto en lo que ha dejado fuera de ella; se encuentra en el montón de información errónea que incorpora en la bibliografía. Esto es un vicio grave. Omitir una obra que debiera figurar en la bibliografía podría eventualmente perjudicar al utilizador al dejarle en la ignorancia de una información que podría

necesitar. Pero más peligroso es el perjuicio sufrido por el utilizador informado de que tal obra merece ser consultada cuando, en realidad, la obra no existe, o no se refiere al tema indicado, o ha sido descrita de manera tan falsa que será extremadamente difícil, sino imposible, encontrarla. Este es, finalmente, el imperdonable vicio de la obra de Ricardo de La Cierva.

Hay errores, sobre todo errores de imprenta, en la bibliografía de García Duran; pero como obra de referencia es más útil que la del profesor Ricardo de La Cierva. Hay mucho más información errónea en el catálogo preparado en Madrid por un catedrático de Geografía e Historia, dos licenciados en Filosofía y Letras, una licenciada en Ciencias políticas y un profesor de Geografía e Historia, con los recursos del Estado español detrás de la obra, que en la obra del exilado español en Montevideo.

A pesar de su implacable denuncia de la obra de García Duran, de La Cierva utiliza esta obra como fuente de más de mil entradas. Utiliza el libro de García Duran como fuente de 106 entradas en una sola letra, «M». Pero en 1965, afirmaba que García Duran «carece por completo de la más elemental formación bibliográfica». Casi todos los seudónimos revelados en el libro de Ricardo de La Cierva vienen de la bibliografía de García Duran, información que de La Cierva maneja con tan poca habilidad que, en general, lo conduce al error. Pero no solamente el profesor de La Cierva utiliza sin pudor la obra que él había demolido con desprecio unos años antes. La utiliza cobardemente, también, rechazando toda responsabilidad por lo que de ella utiliza. Así pues, este bibliógrafo rehusa toda responsabilidad por más de la cuarta parte de sus entradas.

La bibliografía de Ricardo de La Cierva ha sido recopilada de una manera en extremo curiosa. Las fuentes, llamadas «referencias de localización», son tres: 1) Varias bibliotecas públicas de España y Estados Unidos (¿No hay bibliotecas en otros sitios?) y dos bibliotecas privadas en España. Son éstas las de los escritores Tomás Borras y Eduardo Comín Colomer. (Comín Colomer era uno de los patrocinadores de *Spanica zwischen Todnu Gabriet*). 2) Referencias de «listas especiales» de la Biblioteca Nacional de Madrid; «Ficheros de trabajo del Seminario de Historia contemporánea, Madrid», y catálogos de varios libreros de Madrid y Barcelona. 3) Bibliografías especiales, tales como las de Bron, Amo y

Shelby, Renée Lamberet, García Duran, más «Información bibliográfica de la Embajada de España en Roma», y referencias de las bibliografías de algunos libros sobre la guerra de España.

Existen, desafortunadamente, «referencias de localización» que no son identificadas por de La Cierva, hecho que disminuye considerablemente el valor del sistema. Muchas obras entran por autoridad de las letras «FV», no identificadas, pero que parecen querer decir «Fichas varias». ¡Irresponsabilidad bibliográfica! Otras letras, no identificadas tampoco, pero que sirven de «referencias de localización», son «OV», «A» y «CO». ¡Grave negligencia!

Respecto a las secciones 2) y 3) de las «referencias de localización» Ricardo de La Cierva rechaza toda responsabilidad: «Nuestro grupo no se hace responsable de las posibles inexactitudes que pueden contener las informaciones basadas en las referencias de localización en los apartados segundo y tercero, pero hemos preferido enriquecer nuestra obra con esas referencias que sin duda contendrán valiosas indicaciones junto a posibles errores». (Hay que observar aquí que el delito denunciado por de La Cierva cuando se trataba de García Duran como «el inequívoco anhelo de elevar como sea el número de fichas», cuando es de La Cierva quien lo comete, representa un esfuerzo digno de alabanza, motivado por el único deseo de ayudar a la humanidad). La expresión misma de «referencias de localización» muestra la poca reflexión acordada a su significado. El lector ya se habrá apercibido que en las tres clasificaciones de «referencias de localización» existen en realidad dos elementos muy diferentes y sin relación entre sí.

Uno consiste en referencias a lugares: (bibliotecas) donde ciertos libros o folletos pueden ser hallados si el investigador quiere consultar la obra; ello es una verdadera «referencia de localización» y, correctamente, el profesor de La Cierva considera la ficha de una biblioteca como prueba de la existencia de un libro.

El otro elemento consiste en referencias a bibliografías que mencionan ciertos libros o folletos. Esto no es en manera alguna «referencia de localización», sino «referencia bibliográfica».

En general de La Cierva da fe a la primera categoría y no a la segunda. Esto puede ser quizá una premisa valedera para los primeros borradores. Pero el menos informado de los aprendices bibliógrafos, o incluso el más confiado de los «historiadores», habría pensado en comprobar las entradas sospechosas. En ningún caso ha tratado Ricardo de La Cierva de hacer esta investigación tan indicada. Ha publicado, simplemente, estas entradas tal como las ha encontrado, dejando a otros el trabajo de controlarlas. En realidad, ya no hay muchos misterios hoy día acerca de la bibliografía de la guerra civil española. Las zonas oscuras se encuentran: 1) En España misma durante la guerra civil; 2) En toda Europa durante la Segunda Guerra Mundial, y 3) En la región que se extiende de Río Grande a Tierra de Fuego desde 1936 hasta hoy. En vez de abdicar de sus deberes en los compradores de su bibliografía, en vez de sembrar injustamente dudas sobre las obras de García Duran y otros, Ricardo de La Cierva hubiera debido trabajar, o haber hecho trabajar a sus colaboradores, comprobando las entradas que consideró dudosas. Estas constituyen más del 25 % de su bibliografía.

Dos problemas había que resolver: 1) ¿Existe la obra?, y 2) ¿Se refiere la obra a la guerra civil española? (Si la bibliografía está bien hecha debe indicar también que parte del libro se refiere a la guerra civil española). No es difícil averiguar si la mayor parte de las obras por las cuales de La Cierva rehúsa aceptar toda responsabilidad existen realmente. ¿Por qué Ricardo de La Cierva y sus colaboradores no han realizado este pequeño esfuerzo? Vamos a estudiar únicamente los libros publicados en España misma. Aquí tropezamos con una sorpresa monumental. Estos «historiadores» ni siquiera saben que existe el *Catálogo general de la Librería española 1931-1950*, publicado en Madrid. Para realizar una experiencia he pasado dos horas en la Biblioteca Nacional de París, comparando la letra «M» del catálogo de Ricardo de La Cierva con las entradas en el *Catálogo general*. Veinticuatro obras, todas ellas publicadas en España, durante o después de la guerra civil, por las cuales Ricardo de La Cierva rehúsa a afirmar si existen o si tratan de la guerra civil, se encuentran en la letra «M» del *Catálogo general*, con detalles que faltan en el catálogo del Ministerio de Información. Catorce de estas referencias en la bibliografía de Ricardo de La Cierva tienen como autoridad las letras «FV» y siete vienen de García

Duran. Además, si de La Cierva hubiera estudiado el *Catálogo general*, hubiera podido informar a sus lectores que el libro de José Muñoz San Román, que él titula *Patriótico*, tiene, de hecho, por título algo mucho más inteligible: *Ideario patriótico*; que el autor que él llama «Martínez, sic» era en realidad «Martínez, Vicente»; que «Martínez, J. C.» es «Martínez, Juan de la Cruz».

No es difícil comprobar los libros publicados en idioma inglés. Echemos una ojeada a las obras de Salvador de Madariaga, autor prolífico. Ricardo de La Cierva sitúa siete obras de este autor, publicadas en Londres o en Nueva York, en la clase «dudosa», en la clase que incluye las obras sobre las cuales rehúsa decir si existen o si conciernen a la guerra civil española. Las siete entradas vienen de la bibliografía de García Duran. Cinco minutos con los catálogos impresos del Museo Británico o de la Biblioteca del Congreso son suficientes para mostrar que los siete libros fueron impresos. Pero ¿tratan de la guerra civil española? Tres de ellos (*Elegía en la muerte de Federico García Lorca, Elegía en la muerte de Unamuno* y *General, márchese usted*) tienen títulos evidentes. El problema que queda por resolver es averiguar si las otras obras conciernen a la guerra civil española. Hubiera sido bastante fácil preparar una lista de los libros que cayeran en esta categoría y en unas semanas algunos estudiantes españoles en Londres, en Nueva York (o en Washington) hubieran resuelto el problema. Seguramente el Ministerio de Información habría hecho este esfuerzo si realmente hubiera tenido interés en producir une bibliografía útil a los historiadores.

Mi crítica es parca en caridad, y prolija en la búsqueda de los pequeños errores. Afirmo que tal fecha no es exacta, que tal apellido está incorrectamente transcrito, etc. Pero la exactitud es la esencia de la bibliografía. Una bibliografía debe estar hecha con cuidado cariñoso y con paciencia, exactamente como un mosaico, pieza a pieza, ya sean éstas de vidrio o de piedras preciosas, colocadas exactamente en su sitio. Pero la información contenida en el catálogo del Ministerio de Información ha sido traspapelada, no ha sido puesta en su sitio, pieza a pieza: se la ha dejado donde ha caído, ha sido impresa donde ha caído.

Si Ricardo de La Cierva y sus colaboradores no dan ninguna importancia al nombre correcto de un autor, al título exacto de un libro, al lugar y año de publicación correctos, deben dedicarse a un menester diferente a la elaboración de una bibliografía, de la guerra civil española, o de otro tema.

Podemos preguntarnos, ¿por qué un grupo de personas sin interés verdadero por la bibliografía ha producido esta obra? Ricardo de la Cierva nos dice en su introducción, con cierto orgullo, que él y sus colaboradores han trabajado, no como bibliógrafos, sino como «historiadores». (¿Cree él realmente que la exactitud bibliográfica carece de importancia para el «historiador»?) «[…] esta bibliografía no tiene una finalidad autónoma sino instrumental y que no ha sido concebida y compuesta por bibliógrafos —profesionales que tienen siempre algo de bibliófilos— sino por historiadores. Esto quiere decir que, aunque nuestro rigor bibliográfico ha sido estrictamente científico, en caso de duda o de colisión de criterio lo informativo ha prevalecido siempre sobre el purismo, el perfeccionismo a ultranza […] Para nosotros un libro es ante todo una fuente de información histórica, no un escaparate de erudición».

Los lectores pueden juzgar por sí mismos si el «rigor bibliográfico» del profesor Ricardo de La Cierva y sus ayudantes «ha sido estrictamente científico». ¿Es «rigor científico» catalogar libros que nunca fueron publicados? ¿Es «rigor científico» nombrar autores que no existen? ¿Es «rigor científico» indicar a un investigador que tal publicación tiene algo que ver con la guerra civil española, si no trata de aquel conflicto? El profesor de La Cierva dice que «lo informativo ha prevalecido siempre sobre el purismo, el perfeccionismo a ultranza»; debe decir en realidad que lo fácil ha triunfado siempre de lo difícil, que la negligencia ha prevalecido siempre sobre el cuidado. ¿Qué podemos pensar de la persona que, en 1965, llamó brutalmente un error de García Duran «un evidente signo de negligencia que constituye ya una falta de respecto al lector», y que pocos años más tarde multiplicó tales errores en una obra suya?

Podemos, pues, preguntar: ¿Por qué este grupo, encabezado por de La Cierva, visiblemente aburrido por los problemas bibliográficos de la guerra civil española ha despilfarrado su tiempo y despilfarra el nuestro con esta

obra mediocre? La respuesta es que esta obra no debe ser juzgada en el cuadro de la investigación histórica, sino como propaganda del régimen español. No perdamos de vista el hecho esencial que la obra fue preparada por la sección del Ministerio de Información encargada del control y dirección, dentro de España, de toda investigación sobre la guerra civil española.

Ricardo de La Cierva acusó a García Duran de haber trabajado «con mucho descuido y mucha precipitación» y observó tristemente que ello era característica de muchas bibliografías sobre la guerra civil española. «Parece que hay siempre prisa en editarlas, quizá por temor a la aparición simultánea de otras». Y da el siguiente consejo: «No hay peor enemigo de la bibliografía que la prisa». En la página XXXVII de la Introducción general del profesor de La Cierva encontramos una palabra en lengua inglesa, una palabra curiosa: *deadline*. En el argot del periodismo americano, esta palabra quiere decir la hora y minuto en que un periodista debe entregar su escrito si quiere que sea impreso. ¿Qué relación tiene un *deadline*, palabra del periodismo, con una obra dirigida a la utilización por historiadores, estudiantes y libreros? Como el crítico Ricardo de La Cierva (para distinguirlo del «bibliógrafo» y del «historiador») nos informó en 1965, la bibliografía no se hace con prisas. Sin embargo, Ricardo de La Cierva afirma no solamente que sobre él pesó un *deadline*, sino que en su prisa de publicar tuvo que dejar muchas entradas para un tomo suplementario.

«Prisa» es la palabra para describir las condiciones en las cuales esta obra fue realizada. «Prisa» también explica el vicio mayor de la estructura del catálogo. Este defecto mayor ya ha sido señalado: la carencia de un número particular de identificación para cada entrada. Este vicio despoja de valor a los índices. Las entradas no son numeradas a causa de aquella prisa. Si el manuscrito de esta bibliografía hubiera estado terminado, con cada entrada puesta en su sitio, no hubiera sido difícil dar un número a cada una de ellas. (Así es como García Duran, Palacio Atard [1050] y los compiladores del *Catálogo general* han podido asignar un número a cada referencia). Pero en el caso de Ricardo de La Cierva, nunca existió manuscrito presto a ser dado al impresor. Las fichas fueron enviadas a la imprenta, en mayor o menor desorden, parte ayer, parte hoy, etc. El orden fue establecido después

de la composición tipográfica de las fichas. Si la primera remesa de fichas hubiera tenido número, al llegar la segunda, toda enumeración hubiera tenido que ser cambiada. Tal proceso hubiera aumentado desastrosamente los gastos de edición. Y las fichas fueron dejadas sin otro número de identificación que el de la página, por prisa, para ganar tiempo.

¿Por qué tanta prisa para publicar una bibliografía? Durante años, ya antes de 1964, se había hecho evidente que los jóvenes españoles comenzaban a ver la historia oficial franquista y falangista con escepticismo. Cuando Ruedo ibérico fue fundado en París y sus libros, aunque prohibidos en España, empezaron a atravesar la frontera y a pasar de mano en mano hasta quedar rotos y sucios, esta desconfianza creciente, sobre todo en los jóvenes, respecto a las versiones oficiales de lo que se había pasado durante la República y la guerra, empezó a preocupar a personas con altos cargos en el régimen franquista[1051]. Un contraataque fue montado y la Sección [ahora Unidad] de Estudios sobre la Guerra de España fundada en el Ministerio de Información y puesta bajo la dirección de Ricardo de La Cierva. Era preciso dar nuevo aspecto a las versiones oficiales de la guerra civil.

La bibliografía que criticamos es simplemente una fase del contrataque. Era evidente desde el día en que la Sección de Estudios sobre la guerra de España fue establecida que una de las primeras tareas era la de recuperar el sector bibliográfico, mostrar que *Spanica zwischen Todnu Gabriet* pertenecía definitivamente a un pasado olvidado. Por eso, la primera publicación que salió del despacho de La Cierva fue *Cien libros básicos sobre la guerra de España*. Vicente Palacio Atard, profesor en la Universidad de Madrid, escribió en 1966, en el prefacio del primero de sus *Cuadernos bibliográficos de la guerra de España*: «Dos tareas previas, y a todas luces ineludibles, se imponen a los historiadores si de verdad quieren cimentar el tratamiento objetivado de este capítulo de nuestra historia: una de esas tareas ha de consistir en lograr el más amplio repertorio informativo sobre las fuentes documentales susceptibles de ser manejadas para el mejor esclarecimiento de la guerra; la otra será la preparación de una bibliografía crítica lo más completa posible que oriente al estudioso en medio de tan abundante material».[1052]

De La Cierva cita a Palacio Atard y añade: «Antes de desempolvar manuscritos y antes de encuadernar periódicos había que poner un poco de orden en nuestra biblioteca».[1053] Pero como él mismo observó hace tres años: «Desgraciadamente no bastan las buenas intenciones para apuntalar una bibliografía». Y la biblioteca de Ricardo de La Cierva está todavía en desorden. Su bibliografía no es más que una fachada. Detrás de su aspecto seudoerudito está construyéndose la interpretación neofranquista de la historia de la guerra civil. Esta bibliografía tiene la singularidad de ser la obra publicada en España acerca de la guerra civil con mayor número de referencias a obras republicanas. Estas no son más que nombres de autores, títulos de libros, etc., pero son referencias republicanas. Este detalle es subrayado por de La Cierva: «Queremos decir que los criterios de clasificación, división y agrupación de estos millares de libros son criterios exclusivamente bibliográficos; la adscripción partidista, ideológica o política de los autores no puede ser, en sí misma, un hecho diferencial […] La suprema característica de una fuente, para el historiador, es su valor histórico; pero la dimensión axiológica [?] ha sido excluida de este repertorio cuya misión es puramente catalogal e informativa. En estas páginas frías y apretadas se alinean indiscriminadamente libros de todos los colores».

A leer estas líneas, se puede imaginar que la censura ya no existe en España y cabe preguntarse si esta bibliografía con «libros de todos los colores» no ha sido fabricada con la intención de engañar a algunos, de hacerles creer que otras obras de la escuela neofranquista son también de «todos los colores».

Según toda apariencia, el animador de la escuela neofranquista de la historia de la guerra civil española es Ricardo de La Cierva. Perteneciente a una generación más joven que la primera que defendió las tesis extremistas nacionalistas de la guerra civil, puede darse el aire de repudiarlas más fácilmente. Esta escuela de historia puede, por ejemplo, admitir con una sonrisa que los «documentos» de los rebeldes que probaron que Franco se sublevó solamente para impedir una sublevación comunista fueron falsos y declararlos hoy sin importancia[1054]. Esta escuela puede admitir la matanza de Badajoz y justificarla entonces como capítulo inevitable de una guerra.

Pero hay que tener siempre en la mente el hecho indiscutible de que no se ha llegado a estas confesiones voluntariamente. Nunca surgieron espontáneamente. De vez en cuando, ante tanta evidencia, que del exterior penetra en España, los historiadores oficiales se ven simplemente obligados a ceder. Pero sólo en apariencia ceden.

El ejemplo más reciente de ello lo dan las nuevas interpretaciones de la destrucción de Guernica. En *Arriba* del 31 de enero de 1970, de La Cierva admitió que la ciudad vasca fue destruida por un bombardeo, cosa negada con vehemencia por los franquistas durante más de treinta años [1055]. Hace solamente un año, el embajador de Franco en Washington, marqués de Merry del Val, declaró públicamente: «Es extremadamente dudoso que la ciudad misma fue bombardeada».[1056] De La Cierva dijo que Guernica fue destruida por los alemanes, «sólo los alemanes», y continuó: «Pero no por la Legión Cóndor, que estaba controlada por el mando nacional, sino por un grupo especial de prueba que vino directamente desde Alemania, destruyó Guernica y se volvió a Alemania, sin que nos enterásemos. Eso le molestó a Franco […] Como el mando nacional no había dado la orden, se da la consigna de que eso es mentira, pero ante el revuelo internacional se acaba diciendo que lo volaron los dinamiteros asturianos. Eso es falso». Añade, después: «El mito de Guernica, donde no murieron ni siquiera una docena». En otro lugar, dos semanas más tarde, escribía: «La sorpresa de Mola y la indignación del general Franco al conocer los hechos totales motivaron la reacción poco inteligente de los servicios de propaganda de la zona…»[1057]

No nos interesa tanto el abandono de la posición mantenida durante tantos años; nos interesa más la nueva línea de defensa a la que Ricardo de La Cierva se retira. A la vez que admite que un bombardeo fue la causa de la destrucción de Guernica, adorna tal aceptación con los siguientes elementos: 1) Fueron los criminales alemanes quienes realizaron el bombardeo; 2) Los generales Franco y Mola no sabían absolutamente nada del proyecto; y 3) Poca gente pereció en el bombardeo. Se trata de una estratagema por lo cual la escuela neofranquista de la historia de la guerra civil española busca una apariencia liberal y tolerante, dismintiendo las mentiras más groseras, cuando en realidad está defendiendo los principios básicos del franquismo y justificando la rebelión militar de 1936.

Estas afirmaciones de Ricardo de La Cierva nos permiten ver que sus métodos de investigación histórica son tan negligentes como sus métodos de compilación bibliográfica. Hemos visto que el 31 de enero de 1970 informa a sus lectores que Guernica fue bombardeada, «no por la Legión Cóndor, que estaba controlada por el mando nacional, sino por un grupo especial de prueba que vino directamente desde Alemania, destruyó Guernica y se volvió a Alemania». Hipótesis absurda. Para formularla, de La Cierva careció de toda evidencia. Entonces, ¿por qué la formuló? Porque ofrecía una explicación de la destrucción de Guernica que absolvía a Franco y a los franquistas de toda responsabilidad directa en el desastre. Pero, alguien con algún conocimiento de la realidad aeronáutica de la época de 1937, llamó la atención a de La Cierva sobre lo ridículo de su afirmación, y el 15 de febrero, dos semanas más tarde, se retractó —con poca elegancia, es verdad. «No es posible —y se debe a otro investigador—, escribió en *El Pensamiento Navarro*, la tesis del "grupo especial". La aviación alemana de 1937 carecía, incluso en fase de prueba, de esos grupos especiales». No se puede tener mejor ejemplo del descuido de un «historiador». ¡Toda su teoría sobre Guernica está fundada en bulos no confirmados! Comete otro error cuando dice que no perecieron «siquiera una docena» en el desastre. Esto indica que no ha realizado ninguna investigación seria sobre la destrucción de Guernica. Murieron centenares de personas en el holocausto. El solo corresponsal del Times de Londres vio treinta cadáveres cuando volvió a Guernica al día siguiente del bombardeo.

Y no van a terminar aquí sus dificultades. Con gran autoridad aseguraba el 31 de enero que la Legión Cóndor «estaba controlada por el mando nacional», atribuyendo el bombardeo de Guernica a unos incontrolados misteriosamente llegados de la Alemania nazi, sin decir «buenos días» a Franco. Ahora nos informa que Guernica fue bombardeada por la Legión Cóndor. Pero ¿si la Legión Cóndor estaba «controlada por el mando nacional», cómo será posible que ni Franco ni Mola supieran qué pasaba en el frente?

De La Cierva escribe con frecuencia sobre la importancia de las «fuentes primarias: documentos, prensa, testimonios directos» que él y otros «historiadores» del régimen tienen a su disposición. «Los depósitos de

fuentes primarias están aquí […]». Las fuentes, por tanto, aquí existen. Hasta ahora nos han escrito la historia desde fuera, sin fuentes. La característica de la tercera etapa, la que ahora empieza, es que, como acaba de decir Stanley Payne, «menos mal que los españoles se han decidido a escribir la historia de España»[1058]. Hay un error fundamental en el pensamiento de Ricardo de La Cierva. El ha vivido tanto tiempo bajo un régimen de censura que no la percibe. Aun admitiendo que los archivos españoles del tiempo de la guerra civil estén completamente abiertos (y yo no lo admito), un español no puede publicar en su país más de lo que la censura permite. Escribir es una cosa, publicar es otra. Tenemos un ejemplo ya clásico, el libro de Maximiano García Venero: *Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla*. No existe mejor ejemplo de obra escrita en España desde el fin de la guerra civil, basada en «documentos, prensa, testimonios directos». Pero no le fue posible publicar este libro en España, sin modificaciones que el autor no quiso hacer. Para conseguir su publicación, el autor tuvo que recurrir a un extranjero (en este caso yo) y a una casa editorial dirigida por un exilado (en este caso Ruedo ibérico y José Martínez). Y no fue eso todo. Después de haber firmado el contrato para la publicación, el autor tuvo miedo y, con el apoyo de la embajada de España en París, hizo cuanto le fue posible para impedir la publicación del libro. Entonces, ¿cómo pueden Ricardo de La Cierva (y Stanley Payne) decir que los españoles van ahora a escribir la historia de España, sin añadir que si la escriben tendrán que ir al extranjero a publicarla?

Otro detalle que no percibe Ricardo de La Cierva. Hay españoles que escriben sobre la guerra fuera de España, y que tienen que publicar fuera de España. Ejemplos recientes son *Los olvidados*, de Antonio Vilanova (París, Ruedo ibérico, 1969) y *Les anarchistes espagnols et le pouvoir*, de César M. Lorenzo (París, Le Seuil, 1969). No niego el valor de los documentos; pero el archivo entreabierto puede ser una trampa y el investigador español y el extranjero que va a España deben tomar sus precauciones. La política actual parece ser la de tomar de la mano a un investigador extranjero ingenuo, permitirle ver dos o tres «documentos» cuidadosamente seleccionados, para que más tarde, cuando salga del éter, tenga la convicción sincera de que ha tenido acceso a los «documentos

españoles». En esta trampa cayó el archicrédulo Brian Crozier que, en su libro sobre Franco, probó, a base de «documentos» que le fueron mostrados en España en 1967, que Guernica no fue nunca bombardeada[1059]. Dos años más tarde, los historiadores neofranquistas le echan la mentira en cara, admitiendo que Guernica fue realmente bombardeada. No niego el valor de los documentos; pero hay que discutir ciertas ideas de Ricardo de La Cierva acerca del valor relativo de «documentos» y «libros». «Los libros —afirma él— son fuentes secundarias». Vamos a tomar un ejemplo. Si los libros del general Rojo, en lugar de haber sido publicados, fueran simplemente informes en un archivo, ¿tendrían más valor? De La Cierva considera la prensa como fuente primaria y yo tengo quizá más razones que él para darme cuenta de su importancia; pero hay corresponsales que, después de escribir sus despachos, han redactado libros sobre los mismos acontecimientos. ¿Tiene una obra más importancia que la otra? ¿Tienen las fuentes de un libro más valor que el libro? ¿Qué piensa hacer de La Cierva con los documentos? ¿Fabricar libros? ¿Entonces?

Todo ese hablar de «fuentes primarias» y «fuentes secundarias» parece humo para obscurecer el hecho fundamental. La censura, que gobierna sobre los «documentos» como sobre los «libros» en España, la censura, plaga de todos los escritos acerca de la guerra civil publicados en España desde el final de esa guerra, conserva su fuerza, y el apoliticismo aparente de la bibliografía de Ricardo de La Cierva no debe engañar a nadie. De La Cierva, Martínez Bande, Seco Serrano, Ramón Salas Larrazábal y otros miembros de la escuela neofranquista no pueden publicar nada en España que no sea conforme con las ideas básicas del régimen. Todo lo que ellos escriben tiene que ser estudiado desde la perspectiva de este hecho.

En vista de la incompetencia que ha presidido la preparación de la bibliografía de Ricardo de La Cierva, de la manera desaliñada con que fue erigida esta fachada de la escuela neofranquista de la historia de la guerra civil española, podemos poner en duda la solidez de la estructura de la escuela misma.

En *Cuadernos de Ruedo Ibérico* n.º 28/29, diciembre 1970-marzo 1971.

# «El gran camuflaje»: Julián Gorkin, Burnett Bolloten y la Guerra Civil española

Hay libros cuyo texto y notas deberían leerse y analizarse como la letra pequeña de una póliza de seguros. Los tres volúmenes que integran la obra de Burnett Bolloten, *The grand camouflage: The Communist conspiracy in the Spanish Civil War* (1961); *The Spanish revolution: The Left and the struggle during the Civil War* (1979) y *The Spanish Civil War: Revolution and Counter-Revolution* (1991), junto a sus diversas ediciones y traducciones, un artículo o dos, algunas cartas a los editores y las cartas personales de y para Bolloten, todo puede resultar de interés para el crítico. Para este estudio, he reunido el material esencial disponible hoy en día[1060].

Que yo sepa, ninguno de los críticos de la obra póstuma de Bolloten[1061], incluido yo mismo, ha comentado hasta ahora la letra pequeña de la misma. El lector atento debería concentrarse sobre todo en la nota número 48 de la página 810 que reza así: «Los comunistas y sus partidarios afirman que los artículos y libros del Campesino fueron escritos en realidad por Julián Gorkin, uno de los líderes durante la Guerra Civil del antiestalinista Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). Esto es cierto. El Campesino fue en todos los sentidos un inculto, incapaz de dar expresión literaria a sus pensamientos y experiencias. […] Véase su libro *La vie et la mort en URSS, 1939-1949*, escrito por Gorkin y basado en el testimonio oral del Campesino tras su huida de Rusia (véase la carta que Gorkin me envió el 18 de octubre de 1984, Hoover Institution). Es importante destacar que durante la Guerra Civil fue legendaria la brutalidad

del Campesino a la hora de poner en práctica las directrices comunistas […] [1062].

En la nota 21 de la página 884, se vuelve a hacer mención de la anterior en los siguientes términos: «Véase el capítulo 17, donde se explica que los artículos y libros del Campesino fueron escritos en realidad por Julián Gorkin». Las dos notas aparecen referidas al artículo del Campesino en *Solidaridad Obrera* (París), 11 de marzo de 1951. Sin embargo, la nota 48 de la página 810 es la que contiene la información más fundamental y clara. Es a esta nota a la que me referiré a lo largo de este artículo.

La nota no está precedida ni seguida de una explicación o ampliación inmediata. Por lo tanto, intentaré interpretarla para el lector mediante una exposición de sus antecedentes y consecuencias. Sus antecedentes pueden encontrarse en mía polémica que mantuve con Bolloten en el *Times Literary Suplement* en 1978. En esa ocasión reseñaba la edición francesa (1977) de la segunda versión de su libro[1063]. En esta reseña, escribí en el *TLS* el 9 de junio de 1978: «No podemos disociar el libro de Bolloten de la Guerra Fría, debido especialmente a sus fuentes. La mayoría de éstas son confesiones de exmiembros del Partido Comunista de España o *tránsfugas* rusos. Resultaría de interés historiográfico determinar algún día cuáles de estos libros estuvieron realmente inspirados por los fondos secretos de ciertas agencias norteamericanas».

Esta afirmación hirió el orgullo de Bolloten, que replicó con indignación (el 25 de agosto): «El señor Southworth afirma que el libro «no puede disociarse de la Guerra Fría» e insinúa que fue «inspirado por los fondos secretos de ciertas agencias norteamericanas», aludiendo naturalmente a la CIA. […] Debo preguntarle al señor Southworth qué fuentes inspiraron dicha insinuación.

Yo, por mi parte, le contesté lo siguiente el 13 de octubre: «Entre las fuentes utilizadas por Bolloten que considero sospechosas están las «confesiones» de varios comunistas españoles publicadas durante la Guerra Fría, especialmente las conectadas con los órganos propagandísticos de las asociaciones por la «libertad de la cultura». Desconfío especialmente del libro atribuido a Valentín González (El Campesino) publicado originalmente en francés en 1950 bajo el título *La vie et la mort en URSS*

*(1939-1949)*. Este libro fue transcrito por Julián Gorkin, cuyas conexiones con los grupos de la Libertad de la Cultura son incuestionables; contiene una introducción de Gorkin y fue traducido, se supone, de la lengua del Campesino, o sea, el español. Más tarde Gorkin lo tradujo del francés al español. Pero entonces, ¿en qué lengua escribió o dictó su libro el Campesino? Es más, en las ediciones inglesa y alemana de este libro, la introducción firmada originalmente por Gorkin forma parte del texto supuestamente escrito por El Campesino. Esta manipulación del texto de un libro debería haber causado precaución en Bolloten, pero en cambio se dedica a citarlo con frecuencia».

De nuevo, esta vez en el *TLS* del 17 de noviembre, Bolloten defendió su uso de las citas del Campesino: «Finalmente, debería quizás responder a las objeciones expuestas por Southworth a mi utilización de pruebas provenientes de varios excomunistas españoles. Éste se ensaña especialmente con Valentín González (El Campesino), antiguo líder militar comunista. Naturalmente, examiné las circunstancias de la revisión y publicación de la obra de González con el mayor esmero. Por lo tanto, he llegado a la conclusión de que las objeciones de Southworth no pasan de ser un intento de confundir al lector profano con detalles editoriales irrelevantes para la autenticidad del material».

*The Times* y el *TLS* entraron entonces en un período de huelgas que duró varias semanas por lo que mi polémica con Bolloten en esta revista no prosiguió.

He ofrecido al lector varios antecedentes que servirán, espero, para clarificar la nota 48 de la página 810 del libro de Bolloten de 1991; nota que está basada a su vez en la carta escrita por Julián Gorkin, fechada el 18 de octubre de 1984. Pero esto no es toda la verdad. Otras partes de la carta, que Bolloten no citó, resultan también esenciales para comprender la nota a pie de página. Paso ahora a reproducir los extractos pertinentes de la carta de Gorkin que Bolloten omitió. «Te voy a decir la verdad», así comienza la sección de la carta de Gorkin, fechada el 18 de octubre de 1984, que trata de su relación con El Campesino. Continúa así: «En abril de 1949, al enterarme de que El Campesino se había escapado de la Unión Soviética y había llegado a Teherán, obtuve dos fotografías suyas de un ministro

socialista francés amigo mío. Lo reconocí y, gracias a la ayuda económica de algunos amigos norteamericanos, conseguí que lo llevaran a un lugar cerca de Frankfurt. Pasamos un mes juntos. Tomé notas de su odisea en la URSS y transcribí su historia en *La vida y la muerte en la URSS*, que, gracias a la agencia Opera Mundi, obtuvo un éxito internacional. Fuimos entonces a Alemania [ríe] y en Berlín grabamos diez programas de radio para emitirlos a Alemania del Este y además conseguimos pasar una pila de textos de estos programas en papel biblia. Viajamos [El Campesino y Gorkin] a través de varias ciudades e incluso fuimos recibidos en el Bundestag. Yo era un gran amigo de Willy Brandt[1064], quien, entre otros, nos ayudó muchísimo. […] Viajamos por Italia de la misma manera y finalmente, invitados por la Confederación Cubana del Trabajo y por el presidente Carlos Prío Socarrás, visitamos toda Cuba. Combinando mi conocimiento de la realidad soviética y el testimonio del Campesino, cada día escribía un artículo para el diario *Prensa Libre*. Todos los días, el equipo que nos acompañaba por el país en dos automóviles le recordaba al Campesino: «Valentín, léete tu artículo del día por si alguien te pregunta sobre él».

Esta última frase revela la actitud injuriosa de Gorkin hacia su protegido, quizás su víctima.

Gorkin ya había escrito un relato sobre sus relaciones con El Campesino en la introducción a un libro titulado *Comunista en España y antistalinista en la URSS*, publicado en la ciudad de México en 1952 y en España en 1979. En cada edición, se nombraba al Campesino como autor y a Gorkin como transcriptor. La edición de 1979 contenía además un breve prólogo de Gorkin, fechado en 1978. En este prólogo, Gorkin revelaba que *Comunista en España* estaba basado en los artículos publicados por vez primera en el diario habanero *Prensa Libre* durante la campaña de propaganda del Campesino y Gorkin en la isla. Estaban firmadas por El Campesino pero habían sido escritas por Gorkin. El prólogo de 1979, firmado por Gorkin, termina con esta frase tan sarcástica: «Es obvio que estas revelaciones son responsabilidad única del Campesino y yo, por mi parte, asumo toda la responsabilidad de su transcripción»[1065]. Aparte de la cuestión de la autoría, la diferencia más significativa entre lo que Gorkin había escrito en

1952 y 1978-79 y lo que escribió posteriormente en 1984 reside en el hecho de que en su carta a Bolloten Gorkin reconoce que el viaje del Campesino, de Teherán a Europa Occidental, fue posible gracias a la financiación de fuentes provenientes de los Estados Unidos, muy al contrario de lo que había afirmado en 1952 y en 1978-79. En 1952, Gorkin había escrito que, al oír que El Campesino estaba en Teherán: «Abandoné mi trabajo literario y mis tareas políticas a favor de Europa. Puse al servicio del Campesino no sólo mi pluma sino todos los recursos que estas tareas me habían proporcionado. De igual manera, puse en juego todas mis influencias para sacarlo de Teherán, donde podría verse expuesto a ciertos peligros, y traerlo discretamente a Europa Occidental. […] Siete u ocho veces insistió la radio de Moscú en que él debía su salvación a los norteamericanos […] que lo habían convertido en un bien remunerado agente de Washington. ¡Siempre la misma historia! Mientras tanto, vivíamos modestamente en las afueras de París… trabajábamos juntos, sobre la base de su historia y de su amplia documentación, en el libro *La vida y la muerte en la URSS*, publicado hoy en más de sesenta periódicos en todo el mundo y reeditado continuamente en varios países»[1066].

Resulta difícil comprender cómo un hombre en peligro de muerte, escapando a pie, e incapaz de leer o escribir, pudiera haber conseguido cargarse de tanta «documentación valiosa». Gorkin siempre era el primero en darse palmaditas en la espalda. Escribió que «la valiente fuga del Campesino y sus sensacionales revelaciones han encontrado una respuesta universal», y continuaba: «desde este punto de vista, mi satisfacción es inmensa, sobre todo porque este resultado se ha conseguido con la unión de las fuerzas de ambos sin ayuda alguna»[1067]. Proseguía en el mismo tono fanfarrón: «No sólo me gasté, para el viaje de Teherán a Europa Occidental y para su sustento, todo mi dinero, sino que además contraje deudas por valor de trescientos cincuenta mil francos». Los gastos ocasionados por las actividades de Gorkin en Alemania con El Campesino corrían según él a cuenta de «nuestro editor, dos importantes compañías de radiodifusión en Berlín así como organizaciones sindicales y grupos antiestalinistas»[1068].

En resumen, Gorkin negó, en 1952 y de nuevo en 1979, pública y repetidamente que se hubieran invertido fondos norteamericanos de

ninguna clase en la fuga del Campesino de Teherán a Europa Occidental, ni en su campaña de propaganda durante los años siguientes. Gorkin insistió en que había financiado todo esto con sus propios ahorros. En 1984, treinta y dos años después, escribió confidencialmente todo lo contrario.

Parece razonable imaginar que cuando Bolloten leyó la carta de Gorkin informándole de que él, su buen amigo, no siempre le había dicho toda la verdad sobre su relación con el Campesino, aquél pudiera haberse preguntado sobre otros libros escritos por excomunistas que se habían aprovechado de la amistad de Gorkin, por ejemplo Jesús Hernández (miembro de la ejecutiva del PCE y ministro en el gobierno de Largo Caballero durante la Guerra Civil) y Enrique Castro Delgado (primer comandante del Quinto Regimiento comunista). Bolloten ya había citado ambas fuentes en las dos versiones de su propio libro y continuaría citándolas en la nueva edición que estaba preparando entonces.

Gorkin también se había jactado de su labor en la preparación de los libros de Hernández y Castro Delgado. Según Gorkin, tras su vuelta de uno de sus frecuentes viajes a México —o sea, después de comenzar su trabajo para el Congreso, que entrañaba numerosas visitas a Latinoamérica—, José Bullejos, secretario general del Partido Comunista de España desde 1925 hasta su expulsión en 1932, le informó de que Jesús Hernández quería hablar con él. Los grupos españoles en París sabían de sobras que Gorkin estaba dispuesto a colaborar en la publicación de libros anticomunistas. Gorkin, según él mismo, le respondió a Bullejos lo siguiente: «No puedo estrechar la mano de Jesús Hernández hasta que no haya denunciado en un libro los crímenes estalinistas en España y, más específicamente, los detalles sobre el encarcelamiento y asesinato de Andreu Nin».

Gorkin le había indicado efectivamente a Hernández las condiciones bajo las cuales podría publicarse este libro. «Seis meses más tarde», continuaba Gorkin, «tras mi vuelta a París, recibí el texto del libro de Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin*». Hernández había seguido las instrucciones dadas por Gorkin, quien apuntó lo siguiente: «Yo intervine en la traducción francesa del libro y en su publicación bajo el título *La grande trahison*. Las revelaciones contenidas en el libro y especialmente las que tenían que ver con la tortura y el asesinato de Andreu Nin, así como con el

establecimiento del *Procès de Moscou dans l'Espagne en guerre* causaron gran sensación»[1069].

Otro excomunista español, Enrique Castro Delgado, que se había distinguido política y militarmente durante la Guerra Civil, también colaboró con Gorkin. Después de la guerra, Castro Delgado se había refugiado en la Unión Soviética, que abandonó posteriormente, al igual que Hernández. Castro llegó a México tras el final de la Segunda Guerra Mundial.

Entre los amigos de Gorkin y otros compañeros ideólogos se encontraba el escritor Bertram D. Wolfe, que residía entonces en Nueva York. El 23 de marzo de 1948, cuando Gorkin se preparaba para salir de México camino de París, escribió a Wolfe diciéndole que en un mes aproximadamente le enviaría «un sensacional manuscrito […] firmado por Enrique Castro, un exdirigente del Partido Comunista Español, que ha estado viviendo durante siete años en Rusia, de donde ha logrado escapar milagrosamente. […] Le he pedido al autor que le envíe un ejemplar en cuanto el libro esté acabado. A mí me enviará otro ejemplar a París». Entonces añadía esta interesante frase: «Están traduciendo mi libro[1070] y el de Castro al alemán para distribuirlo por las zonas no soviéticas de Alemania». Claramente, los amigos norteamericanos de Gorkin ya estaban dando a la obra de Castro Delgado el mismo tratamiento que recibirían las obras del Campesino tras la llegada de Gorkin a Europa, un año más tarde.

Mi admonición a Bolloten en 1978 para que extremara la prudencia a la hora de citar los trabajos del Campesino no obtuvo respuesta. No sólo repitió en 1991 las cuatro citas del Campesino que había utilizado en la edición previa, sino que incluso añadió cuatro citas nuevas de *Comunista en España y antistalinista en la URSS*, el libro firmado por El Campesino que Bolloten prefería citar entonces, ya que sus contenidos concernían frecuentemente a las nuevas secciones del libro de 1991.

De las cuatro nuevas referencias a la producción literaria del Campesino que encontramos en el libro de Bolloten de 1991, dos merecen un estudio detenido: en una de ellas, Bolloten da detalles sobre su metodología a la hora de manejar las obras con confesiones de excomunistas españoles y

disidentes soviéticos; en la otra, revela cómo Gorkin utilizó al Campesino para engañar a Indalecio Prieto.

Bolloten recurría al Campesino como si se tratara de una autoridad sobre la supuesta baja moral de los republicanos en abril de 1938, cuando Negrín formó su segundo gobierno; la cita del Campesino iba precedida de la reanudación por parte de Bolloten de nuestra controversia en el *TLS* en 1978. Bolloten comenzaba insistiendo en que el testimonio del Campesino y de otros excomunistas no era esencial para probar su tesis, y continuaba de la siguiente manera: «Pero ignorar su testimonio completamente sería equivalente a ceder ante aquellos que excluirían de la historiografía de la Guerra Civil todos los libros que no se ajustasen a la línea del partido. Uno de esos libros es *Comunista en España y antistalinista en la URSS* de Valentín González (el Campesino), el conocido comandante de la milicia comunista que se escapó de la Unión Soviética tras la Segunda Guerra Mundial. A pesar de sus numerosas inexactitudes y distorsiones, como las de otros muchos libros sobre la Guerra Civil, contiene sin embargo material de indudable valor histórico que conviene tener en cuenta»[1071].

Después de leer estas palabras, en las que Bolloten reconocía que el libro del Campesino contenía numerosas inexactitudes y distorsiones, y después de estudiar el pasaje de mi carta en el *TLS* del 13 de octubre de 1978 que ya he citado, en el que enumeraba varias razones para desconfiar de los escritos atribuidos al Campesino, el lector podría preguntarse por qué Bolloten en su nuevo libro, años más tarde, defendía con tanto ahínco al Campesino como la máxima autoridad para sus razonamientos.

Probablemente, la explicación radica en que la carta de Gorkin dejó a Bolloten en un estado de confusión y que en los tres años de vida que le quedaban no disipó sus dudas. Mediante su propio comportamiento vacilante, dejó a sus lectores tan desconcertados respecto a la verdadera naturaleza de la colaboración de Gorkin y el Campesino como él mismo debía de estarlo. Llegado este punto, el lector podría pensar que el 14 de octubre de 1984 Bolloten ya había incorporado las referencias adicionales al Campesino en su nuevo texto y que no había tenido tiempo de eliminarlas antes de su muerte. Un poco más adelante demostraré la fragilidad de dicha versión.

Seguidamente, Bolloten, por única vez en su obra póstuma, hace una referencia extensa a nuestra polémica de 1978 en el *TLS*. No cita sus cartas al *TLS* ni las mías; no cita mi reseña del libro, pero sí cita la carta que Robert Conquest escribió para refutar mi reseña del libro de Bolloten, estudio que Conquest define como una «obra profunda y completa sobre la Guerra Civil Española»[1072]. Bolloten escribió: «[…] en respuesta a Southworth, Robert Conquest, el famoso sovietólogo, afirmó: «El señor Southworth es muy quisquilloso en cuanto a los datos. Cualquier escrito de excomunistas, o de cualquier persona conectada con organizaciones occidentales y de la que se sospeche que está relacionada con la Guerra Fría, debe ser descartado. Me refiero a la Guerra Fría como la manifestación de opiniones o la divulgación de hechos inaceptables para el gobierno soviético. Cualquiera que haya estado en contacto con una visión más general de ese período sabe que *algunos* materiales de los desertores son falsos. […] cuando se trata de asuntos controvertidos, un verdadero historiador debe abrirse camino con cuidado. Por otro lado, ni la opinión ni siquiera el carácter imperfecto de uno u otro testigo en sí pueden conseguir refutar su testimonio. Además, tampoco debemos excluir a aquellos que pueden tender a colocarse en un lugar mejor de lo que consideramos aceptable —hacer eso sería virtualmente como descalificar a toda la raza humana—. El criterio del señor Southworth, incluso aunque no fuera tan claramente partidista, le permitiría excluir a cualquiera que le diera la gana, bajo el pretexto de la insistencia en una certidumbre inmaculada»[1073].

¿Quién puede negar la afirmación de Conquest de que «cuando se trata de asuntos controvertidos, un verdadero historiador debe abrirse camino con cuidado»? Bolloten no supo cómo «abrirse camino con cuidado». Ni tampoco lo supo Robert Conquest, quien, en su carta al *TLS*, ofreció esta pésima valoración de las cualidades de Bolloten como investigador: «El señor Bolloten, con sus pruebas y comprobaciones varias, naturalmente, sale más indemne aún y resulta difícil que se sienta herido por fútiles estratagemas como la nueva regla del señor Southworth según la cual un escritor debe citar todos los libros en su bibliografía: un signo más de su incapacidad para comprender para qué sirve y de qué trata la historia».

Conquest sufre de la misma clase de enfermedad que afligía a Bolloten, la exageración verbal. Cuando Bolloten aumentó su primer libro, *The grand camouflage*, tras dieciséis años de trabajo adicional, con unas cien páginas más, describió este hecho como un «gran añadido»[1074]. Como podrá percibir el lector de este artículo, las investigaciones de Bolloten respecto a la veracidad de los recuerdos y las declaraciones políticas del Campesino fueron prácticamente inexistentes. El primer intento real que hizo para verificar la fiabilidad del Campesino fue una carta dirigida a Gorkin fechada el 15 de agosto de 1984, que no llegó a manos de Gorkin hasta el 17 de octubre. Mientras tanto, Bolloten le había escrito de nuevo, el 10 de octubre. En esa carta, le pedía a Gorkin una respuesta a su carta anterior, que en su opinión «contenía varias preguntas importantes». Incluía a su vez una copia de su carta anterior, de la que supuestamente no se quedó ninguna otra copia para él. Este hecho aparece indicado en una nota manuscrita escrita más tarde en la carta del 10 de octubre. Resulta evidente, por la respuesta de Gorkin a la carta de Bolloten del 15 de agosto de 1984, desgraciadamente extraviada en la actualidad, que entre las preguntas planteadas por Bolloten había una referente al Campesino y Gorkin.

A pesar de las garantías ofrecidas a los lectores del *TLS* de que había examinado con la máxima atención las circunstancias de la revisión y la publicación del trabajo de González, hoy en día parece claro que Bolloten no se había preocupado en absoluto por verificar los escritos firmados por El Campesino. No existieron «pruebas y comprobaciones varias» salvo en la imaginación de Conquest. Aquí estamos tratando tan sólo de un aspecto del trabajo de Bolloten, pero que es representativo de un fallo que aparece continuamente en el mismo.

La carta de Gorkin del 18 de octubre de 1984 le recordó a Bolloten que había mentido descaradamente al escribir en el *TLS* que había examinado con la máxima atención las circunstancias de la revisión y publicación de la obra de González. En su primera carta al *TLS*, Bolloten escribió: «En el prólogo a mi nuevo libro, declaro: «Al preparar esta edición, me he dejado guiar únicamente por la intención de revelar la verdad. He intentado, mediante una investigación diligente y una concienzuda selección de materiales, mantener el grado de objetividad más alto posible. He

presentado los hechos sin manipulación ni omisión y estoy seguro de que el lector imparcial sacará sus propias conclusiones. Asimismo, tengo fe en que se mantendrá la integridad del libro y que el señor Southworth se verá totalmente desacreditado»[1075].

Esta afirmación defensiva se puede leer como si Bolloten pensara que yo le había acusado de mentir, como si cualquier cuestionamiento de su trabajo escrito, cualquier sugerencia de que se pudiera haber equivocado constituyeran un ataque frontal contra su integridad moral. Muchos historiadores habrían considerado superflua dicha declaración. La misma preocupación aparece en su correspondencia. «Mi objetivo no ha sido otro que decir la verdad y nada más que la verdad», le escribió a Julián Gorkin el 17 de febrero de 1977, al tiempo que le reiteraba que «no existe persona más cualificada que usted para juzgar el valor histórico de un libro sobre la Guerra Civil». Unos ocho años más tarde, el 21 de noviembre de 1985, le escribió a Gorkin lo siguiente: «mi única intención durante tantos años de trabajo ha sido alcanzar la verdad». Esto lo escribió un año después de leer la reveladora carta de Gorkin sobre la responsabilidad del Campesino como autor y la responsabilidad de Gorkin como redactor de las memorias.

Antes he citado parte de la carta de Bolloten al *TLS* (25 de agosto de 1978) en la que afirma que ha presentado los hechos sin manipulación ni omisión. Esto no era cierto. Él era culpable de complicidad en la manipulación de los hechos presentada por Gorkin bajo el disfraz del Campesino. Respecto a la omisión, Bolloten tenía que saber que Gorkin estaba a sueldo de una organización dependiente de la CIA. Omitió esta información de su texto, negándose además a admitir que su estudio estaba tiznado por esta relación. Al final, acabó por abandonar la búsqueda de la verdad.

Entre las numerosas contradicciones que encontramos en la obra de Bolloten, en muchas de sus páginas, están las basadas en sus experiencias durante la Guerra Civil como periodista en España y en sus primeros meses o incluso años de residencia en México. Como he demostrado en un artículo sobre su libro de 1991 (*Journal of the Association for Contemporary Iberian Studies*, IV [1991], n.º 2), a principios de 1940, Bolloten estaba muy ocupado en escribir una historia de la Guerra Civil española ajustada al

gusto de sus amigos, el general Ignacio Hidalgo de Cisneros y su mujer, Constancia de la Mora, ambos miembros militantes del Partido Comunista de España en el exilio mexicano. Por lo que da la impresión de que en esa época, Bolloten se comportaba como un compañero de viaje del Partido Comunista Español, igual que, posteriormente, en su correspondencia con anarcosindicalistas españoles, tales como Federica Montseny, daba la impresión de simpatizar con su movimiento[1076].

Más adelante, en 1940, ocurrió un hecho, según algunos amigos de Bolloten en quienes éste confiaba, que cambió completamente su interpretación de la Guerra Civil española. Este hecho estaba de alguna manera relacionado con el asesinato de Trotski. Según una de las versiones, unos amigos comunistas trataron de coaccionarlo para que ayudase a escapar al homicida Mercader —ofreciéndole, por ejemplo, una vivienda segura—. Es posible que Bolloten dejase algunos documentos escritos al respecto pero, que yo sepa, no se ha publicado nada sobre este episodio.

En su introducción a la segunda edición de *The grand camouflage*, el conocido historiador H. R. Trevor-Roper afirma que los largos años de estudio de Bolloten le habían conducido a una «reinterpretación» de su material. Según Trevor-Roper: «Cuando [Bolloten] safio de España estaba, dice, profundamente influenciado por la propaganda oficial, de la que sólo el tiempo y una investigación diligente podrían liberarle. Se tomó su tiempo y realizó una exhaustiva investigación; y a medida que estudiaba iba, como cualquier buen historiador, […] modificando gradualmente sus posturas basadas originalmente en un compromiso personal»[1077].

De hecho, un estudio detenido de su vida y obra, con todas las pruebas disponibles, revela que Bolloten pasó de un compromiso personal a otro compromiso personal. Su «investigación diligente» estaba empañada por su negligente aceptación de los poco fiables manuscritos de Julián Gorkin.

Bolloten se mostró más claro respecto a su pasado en su libro póstumo que en sus anteriores escritos, pero seguía sin querer reconocer públicamente la importancia de la amistad que le unía con el matrimonio Hidalgo de Cisneros. Ofreció esta información con cuentagotas, en notas a lo largo de su libro. En un lugar escribió: «Visité a Constancia de la Mora y a su marido […] a principios de 1940» (pág. 892). En otra nota, decía que

se había entrevistado con ella en Cuemavaca en marzo de 1940[1078]. Jay Allen, uno de los corresponsales más importantes que cubrieron la Guerra Civil española[1079], que además era negrinista, recibió una carta de Constancia de la Mora, fechada el 14 de enero de 1940, en la que le decía que Bolloten y su mujer habían estado hospedados en su casa durante los últimos tres días y que éste les había enseñado a ella y a su marido siete capítulos de su libro. Describía el manuscrito como «sencillamente maravilloso» y afirmaba que «será, sin duda, el estudio documental más importante sobre la guerra»[1080]. Es evidente que los siete capítulos que Bolloten les dejó leer a Hidalgo de Cisneros y a su mujer no aparecieron igual en la versión impresa, aunque en la mente de Bolloten perdurasen restos de ese primer manuscrito. Estos restos aparecen claramente en *The grand camouflage*, lo que me condujo a escribir en *EL mito de la cruzada de Franco*: «el libro de Bolloten es, en mi opinión, el libro más abiertamente prorepublicano que se haya publicado en la España de Franco»[1081].

Hay algunos otros detalles confesionales en el último libro de Bolloten. En referencia a un incidente que tuvo lugar el 18 de junio de 1937, escribe: «Por entonces yo era el corresponsal de United Press en Valencia y simpatizaba con la línea del Partido Comunista» (pág. 500). Y añade: «No hacía mucho que yo era simpatizante del partido y desde luego no era miembro del mismo» (pág. 501). Luego continúa su explicación del siguiente modo: «Es cierto que, cuando comencé a escribir por primera vez sobre la Guerra Civil y la revolución de 1936 como corresponsal británico para la United Press, estaba muy influido por la propaganda del Partido Comunista durante la guerra y me costó muchos años librarme del peso de las deformaciones y mentiras que me impedían pensar con claridad (pág. 297)».

Desgraciadamente, al quitarse de encima el peso de las deformaciones y mentiras que estorbaban su pensamiento, Bolloten adoptó las distorsiones y las mentiras de Julián Gorkin, transmitidas a través de la falsa personalidad del Campesino.

Gorkin hizo gala de un considerable ingenio en su explotación de las posibilidades propagandísticas que había descubierto en El Campesino, por

muy inculto que hiera éste. No sólo publicó dos libros con su firma, sino que además utilizó a fondo el órgano anarcosindicalista parisino *Solidaridad Obrera*. Otro descarado ejercicio de revisionismo histórico fue el perpetrado por Gorkin y El Campesino mediante una carta enviada al líder socialista en el exilio, Indalecio Prieto, el 10 de octubre de 1950. Prieto había sido ministro de Defensa durante la toma de Teruel por los republicanos en diciembre de 1937 y su posterior pérdida a finales de febrero de 1938. En 1950, Prieto estaba viviendo en Francia, cerca de la frontera vasca. Era la personalidad más destacada entre los exiliados españoles opuestos a Negrín. En su carta, El Campesino le informaba a Prieto de que él, el famoso líder miliciano y uno de los protagonistas de la toma de Teruel, había estado involucrado a su vez en una trama comunista para abandonar Teruel a manos de las fuerzas de Franco a fin de desacreditar al ministro Prieto. En su carta, El Campesino se describía a sí mismo como el cabeza de turco de un plan fracasado.

El Campesino permaneció en Teruel mientras las fuerzas de Franco rodeaban la ciudad que habían perdido unas semanas antes. Entonces, según el Campesino, Juan Modesto y Enrique Líster, comandantes milicianos comunistas como él, contraatacaron para salvarlos a él y a sus hombres: «A mí me utilizaron como cabeza de turco para sacarle a usted del ministerio, para lo cual tuve que realizar esfuerzos heroicos en compañía de mis compañeros de división. Cientos de veces estuve a punto de perder la vida —y todo esto para probar que las divisiones comunistas eran las buenas y el ministro el malo—. Todo este tinglado se montó a costa de las vidas de miles de españoles pobres, y todo porque el ministro, el camarada Prieto, no había querido dejarse manipular por el GPU del Kremlin»[1082].

La trampa preparada por Gorkin (y el Campesino) fue todo un éxito. Prieto, que era periodista de profesión, escribió, en un artículo publicado en *El Socialista* (París, 2 de noviembre de 1950), que se había quedado muy sorprendido por la caída de Teruel: «¿Cómo pudo haber ocurrido un hecho tan inesperado? No podía encontrar ninguna explicación. Varios oficiales de respetable criterio aseguraban que los comunistas, mis implacables enemigos, habían concebido la caída de Teruel para desacreditarme, para destruirme. Pero, a pesar de todas las pruebas que sustentaban dicha

afirmación yo no me lo creía, porque no podía creerlo. ¡Imposible! Ahora El Campesino parece confirmarlo en su carta. […] Muchas cosas que creía imposibles se han hecho realidad»[1083].

La carta del Campesino a Prieto iba acompañada de un ejemplar de *La vie et la mort en URSS*, que se acababa de publicar. La introducción de Gorkin a este libro contenía un breve resumen de la versión del Campesino sobre lo que había ocurrido en Teruel (pág. 14). Mucho después, Gorkin «reveló» que la carta a Prieto había sido enviada «por sugerencia mía»[1084]. En su segundo libro, *Comunista en España y antistalinista en la URSS* (págs. 65-72) se incluye una versión más completa de la explicación del Campesino sobre lo acaecido en Teruel bajo el título «Por qué perdimos Teruel». Este artículo fue publicado probablemente por vez primera en *El Socialista*. Estaba fechado el 14 de febrero de 1953. El artículo se volvió a publicar en *Entresijos de la guerra de España*[1085], de Prieto, y mucho más tarde en el segundo volumen de sus artículos completos, *Convulsiones de España*[1086]. En su segundo artículo sobre el Campesino y la batalla de Teruel, Prieto mostró una fe incuestionable en la versión del Campesino sobre los sucesos de Teruel al subtitularlo «Teruel se perdió para que yo perdiera», y de hecho una página entera de la colección de ensayos de Prieto estaba llena de pasajes de *Comunista en España*[1087]. La aceptación ciega por parte de Prieto de las tesis de Gorkin-El Campesino sobre la batalla de Teruel se encuentra en una sección de *Convulsiones de España, II*, titulada «Los rusos en España». En esta sección hay tres artículos; el tercero es «¿Por qué perdimos Teruel?».

Estos párrafos del libro de Prieto llamaron la atención del coronel José Manuel Martínez Bande, un historiador oficial de la Guerra Civil, de ideología franquista. Su extensa obra estaba patrocinada por el Servicio Histórico Militar. El décimo volumen de la serie de *Monografías de la guerra civil* de Martínez Bande está dedicado a la batalla de Teruel[1088]. En esa obra reproduce el párrafo del Campesino citado por Prieto, precedido por unas pocas líneas que, si aceptamos la puntuación utilizada en *Entresijos y en Convulsiones, II*, debieron de ser redactadas por Prieto. Dicen así: «Para conseguir propinarme el golpe de gracia, tuvo lugar un conciliábulo ruso-español. «Debemos explotar la caída de Teruel», decretó

Gueré [Gerö], uno de los delegados del Kremlin, secundado por Stepanov, que acababa de volver de un viaje muy rápido a Moscú, de donde había traído instrucciones muy concretas»[1089].

Aunque este hecho no queda claramente indicado por Prieto, la frase de Gerö procede de Jesús Hernández[1090].

El comentario de Gerö, que acabo de citar, es aparentemente posterior a la caída de Teruel y por lo tanto no se adecúa a ninguna trama para abandonar Teruel con el fin de desprestigiar a Prieto. En cualquier caso, Martínez Bande atribuyó la frase a Prieto y, con estas pocas líneas, dio su aprobación a la teoría de Gorkin-el Campesino sobre la conspiración ruso-republicana para echar a Prieto del Ministerio. Según Martínez Bande: «la versión del Campesino [sobre Teruel] está llena de errores estúpidos, por no decir mentiras, pero merece la pena leerla»[1091]. Y posteriormente aclara por extenso: «Es probable que Valentín no fuera un cobarde y menos aún un héroe. Sufrió mucho en Teruel, pero su estado de ánimo no era igual al de los coroneles Barba y Rey d'Harcourt»[1092]. «Ni Modesto ni Líster podían hacerle demasiados reproches, ya que ninguno de los dos había cumplido las misiones que les habían sido encomendadas»[1093].

En este punto, quiero mencionar brevemente lo que El Campesino, Modesto y Líster escribieron posteriormente sobre las horas finales de la batalla de Teruel. El Campesino explica en *Comunista en España* que, abandonado por Modesto y Líster, que supuestamente debían acudir a salvarlo, él y sus hombres lucharon durante cinco horas en la noche del 21 de febrero para escapar del cerco que los nacionales estaban formando alrededor de Teruel. Afirma lo siguiente: «Perdí varios miles de hombres en la batalla, pero conseguimos levantar el cerco y pude salvar a unos 11 000 hombres»[1094]. Tanto Modesto como Líster contaron su propia versión sobre los últimos días de la batalla de Teruel después de que se publicara la del Campesino-Gorkin. Modesto acusa al Campesino de haber «evacuado Teruel sin atender a órdenes y sin que fuera necesario»[1095]. Líster, con mayor dureza, acusa a Valentín González de haber huido de Teruel, dejando atrás a cientos de sus hombres que cayeron en manos del enemigo, y de haberse alejado hasta una distancia de cincuenta kilómetros detrás del frente. Líster expresa su indignación ante el hecho de que El Campesino no

hubiera sido castigado por su comportamiento y que ni siquiera lo hubieran relevado de su puesto de mando al frente de la división[1096].

Estas tres versiones de las horas finales de la batalla de Teruel pueden compararse con la versión de Martínez Bande sobre este mismo suceso, basada en comunicados y despachos captados del ejército republicano. Martínez Bande no acepta la versión del Campesino sobre su escapada de Teruel. Basando su texto en comunicados oficiales republicanos entre el ministro Prieto y el general Vicente Rojo, que estaba a cargo de la retirada de Teruel, muestra que tanto Prieto como Rojo quedaron sorprendidos por los primeros datos que salieron a la luz confirmando que El Campesino había abandonado su posición en Teruel el 21 de febrero. Según Martínez Bande: «pero Prieto se muestra escéptico y más aún cuando, el 22 de febrero, Rojo le habla de "las cantidades ingentes de fugitivos en las carreteras de Teruel, muchos de ellos desprovistos de armamentos". Muchos son de la división del Campesino y casi todos han abandonado las armas. […] El 23, el desorden continúa […] el 24, Prieto vuelve a hablar con Rojo sobre "el caso del Campesino". El ministro quería que El Campesino redactase un informe sobre las razones de su abandono de la ciudad así como sobre el modo en que se llevó a cabo la evacuación, "porque el caso no ha quedado suficientemente aclarado" y existen contradicciones entre la afirmación de que la retirada se había llevado a cabo de manera ordenada y la realidad de unos fugitivos desarmados y desmoralizados»[1097]. Este material nos obliga a dudar seriamente de las revelaciones del Campesino en la posguerra y de hasta qué punto fue sincera la sorpresa de Prieto ante estas revelaciones (véase la nota 25 y el texto relacionado con la misma).

Martínez Bande, como oficial del ejército, juzga al Campesino con dureza, acusándole de haber abandonado a sus tropas. Se hace esta pregunta: «¿Quedaban efectivos en Teruel? Independientemente de que se hubiera evacuado la ciudad o no y del modo en que se llevara a cabo dicha evacuación, cabe hacerse otra pregunta: ¿Es cierto que El Campesino dejó atrás a una parte de sus hombres?»[1098]. Posteriormente cita varios despachos del ejército nacional. Uno de ellos confirma que unos 1200 hombres de la división del Campesino, en la mañana del 22 de febrero,

habían tratado de abandonar Teruel. Según esta fuente, muchos de ellos fueron apresados. Martínez Bande comenta: «así, por lo menos quedaron atrás 1200 hombres tras la huida del Campesino»[1099]. Un despacho de otra unidad informaba de que, al entrar en Teruel esa mañana, habían hecho 400 prisioneros, algunos procedentes de la división del Campesino. Además, otro parte de los nacionales dice: «el enemigo, dividido y destruido, se rindió en grandes grupos, mientras que otros lograron escapar por el cauce del río durante la noche»[1100].

Estos datos resultan a veces contradictorios. Resumiendo, Martínez Bande afirma: «Parece que al caer la noche del 21 de febrero El Campesino huye con una cantidad de hombres no determinada y desde entonces perdemos todo contacto con él; finalmente, reaparece muy atrás en la retaguardia»[1101]. Por supuesto, la condena de Martínez Bande tiene un carácter parcialmente político[1102].

En *Testimonio de dos guerras*[1103] escrito por Manuel Tagueña Lacorte y publicado postumamente en México en 1973, encontramos una evaluación más ponderada de la carrera del Campesino. Tagueña provenía de una familia de clase media y en 1933 ya era licenciado en ciencias físicas y matemáticas. En 1932 se afilió al Movimiento de las Juventudes Comunistas con su «mejor amigo», Femando Claudín, y en la primavera de 1936 se convirtió en miembro del Partido Comunista de España. Como había recibido un entrenamiento militar básico, cuando estalló la rebelión de Franco se alistó inmediatamente en el ejército antifascista de la república. Terminó la guerra como teniente coronel y, tras varios meses de aventuras, acabó en Moscú, donde pasó los años de la Segunda Guerra Mundial como alumno de la Academia Militar de Frunze y finalmente se alistó al ejército soviético.

Tagueña no estuvo presente en la batalla de Teruel y escribió tan sólo unas líneas sobre los últimos días de este suceso. «Algunos de los defensores consiguieron escapar con El Campesino; los demás perecieron o fueron apresados»[1104]. En cambio, no menciona al Campesino en su detallada narración sobre la batalla del Ebro y la defensa de Cataluña, así como sobre la derrota final y la retirada hacia Francia. Esta laguna puede explicarse por una afirmación posterior de su libro cuando dice que, al

ingresar en la Academia de Frunze en Moscú en 1939, «no esperaba encontrarme al Campesino, que había sido relevado del mando desde la batalla del Ebro; pero su prestigio le favoreció, así como la insistencia de los rusos»[1105].

Tagueña da a su vez información sobre la experiencia del Campesino en la Academia Militar de Frunze, mucho más creíble en lo concerniente a este episodio que las páginas del propio Campesino y Gorkin. Por ejemplo, a final del verano de 1940, se hicieron unos exámenes. «Algunos de nuestros compañeros recibieron notas muy bajas y en el caso de tres personas los resultados fueron prácticamente nulos. Una de esas personas era el Campesino, a quien tuve que apoyar porque no estaba de acuerdo con la creciente hostilidad hacia él por parte de los compañeros. Es cierto que no tenía el nivel suficiente para realizar estudios superiores, pero no era el único, y mientras siguiera siendo nuestro compañero de estudios, pensaba yo que debíamos tratarlo como tal. Dos de los estudiantes tuvieron que abandonar la academia, uno de ellos fue El Campesino»[1106].

Este autor vuelve a mencionar al Campesino al referir los acontecimientos de 1943, cuando, tras la batalla de Stalingrado, se efectuó una serie de cambios en la organización de los refugiados españoles y de algunos elementos de la Academia de Frunze, que habían sido trasladados a la República Uzbeka en 1942, cuando Moscú estaba amenazada por el avance de los ejércitos nazis. En ese momento, escribe Tagueña, «ciertos elementos como El Campesino» fueron excluidos del grupo. Tagueña amplía la información del siguiente modo: «El Campesino había sido enviado a Kokand, donde parece que se convirtió en un personaje importante en los bajos fondos locales y en el mercado negro», pero inmediatamente añade: «también se dice que cuando otros españoles acudían a él, les ayudaba a resolver sus problemas»[1107].

Tagueña no hace referencia a los escritos de Gorkin o del Campesino, pero es bastante probable que los hubiera leído ya que escribe: «con el tiempo, El Campesino demostró que no se había distinguido en la guerra sólo por casualidad y que era capaz de realizar hazañas que ninguno de sus detractores se habría atrevido a intentar»[1108].

Esta actitud benevolente y casi paternalista hacia El Campesino por parte de Tagueña fue adoptada también, aunque a menor escala, por otro oficial comunista, Antonio Cordón. Cordón era ingeniero industrial y cuando estalló la Guerra Civil fue retirado del Cuerpo de Ingenieros del Ejército. Ingresó inmediatamente en las filas republicanas en el Ministerio de la Guerra y a la vez en las del Partido Comunista. Negrín tenía un alto concepto de él y lo ascendió a general durante las últimas semanas del conflicto. Aunque Cordón no estuvo en el frente de Teruel durante la batalla, su puesto (era director de material en la Subsecretaría de Defensa) le permitió estar bien informado de lo que había pasado allí. Opinaba que el comportamiento del Campesino era despreciable y confirmó que «completamente desmoralizado, [el Campesino] abandonó a sus hombres y éstos, desprovistos de su comandante, se retiraron desordenadamente en un momento muy inoportuno»[1109].

Cordón analizó con cierto detenimiento el caso de Valentín González. Voy a citar algunas líneas: «el prestigio del Campesino tiene su origen en los primeros días de lucha, cuando la guerra aún tema, en lo que respecta al lado republicano, un carácter guerrillero»[1110]. Esto coincide con la opinión de Tagueña. Cordón describió el problema de Valentín González como un «caso del falso prestigio de un individuo creado principalmente por el reflejo del auténtico prestigio y la valentía del grupo comandado por él, y por tanto, más aparente que real»[1111]. Afirmaba además que «el Campesino tenía una gran habilidad para el autobombo, faceta que siguió desarrollando. La exageración y el falsedad, que eran aspectos congénitos de su persona, le servían para ese propósito. Hipersensible a los halagos y extremadamente vanidoso, se sentía "un héroe del pueblo"»[1112]. En otro fragmento dice: «Es necesario también reconocer que, al mantener el falso prestigio de Valentín González, nosotros, o sea, el Partido Comunista, tenemos que asumir parte de la culpa. […] El error consistió, creo, en ayudar mucho más allá de lo razonable a un hombre tan carente de la más mínima capacidad de progreso en cualquier aspecto: moral, intelectual, político o militar, como era Valentín González»[1113]. Cordón trató por todos los medios de mostrarse ecuánime con El Campesino, reconociendo que estaba mejor preparado para la guerrilla que para una guerra organizada.

Explicó una anécdota ilustrativa sobre Valentín González que aclara en parte la revelación de Gorkin sobre el analfabetismo del Campesino. Poco después de la caída de Teruel, Cordón visitó el cuartel general de la división del Campesino, el cual «se negó insistentemente a indicarme la posición de sus brigadas en el mapa». La razón: «El Campesino no sabía leer un mapa». Su jefe del estado mayor tuvo que explicarle a Cordón lo que necesitaba saber[1114].

El 4 de abril de 1938, tras la caída de Teruel, se le encomendó la defensa de Lérida al Campesino. Cuando la caída parecía inminente, Cordón fue a visitar al Campesino, a quien habían dado orden de no abandonar su puesto de mando en el Segre sin autorización previa. Cordón escribió: «Yo era consciente del miedo que, desde Teruel, se había apoderado de Valentín González, por estar de espaldas al río ante el ataque del enemigo». Entonces se enteró de que El Campesino había cruzado el río dos o tres días antes, «desligado casi por completo de sus fuerzas, igual que había hecho en Teruel». Cordón acabó encontrándolo en una granja aislada: «Estaba echado, vestido, sobre una cama, quejándose de unos terribles dolores, aunque no sabía decir exactamente dónde le dolía. O sea, haciéndose el enfermo de nuevo. Desde luego, enfermo sí que estaba… enfermo de un pánico incontrolable. Ordené que lo metieran en una ambulancia y lo trasladaran a Barcelona»[1115]. Éste debía de ser sin duda el incidente al que se refería Tagueña cuando expresó su sorpresa al ver al Campesino entre los admitidos a la Academia de Frunze, y también explica claramente qué quería decir Tagueña cuando escribió que «El Campesino […] había sido relevado de su puesto de mando desde la batalla del Ebro».

Castro Delgado, que era comisario político durante la batalla de Teruel, no menciona al Campesino por su nombre en las trece páginas que dedica a la batalla de Teruel en su libro de 1960, *Hombres made in Moscú*, pero se refiere a él en clave. Dice así: «El heroísmo de las fuerzas republicanas, especialmente las de la división 46, que resistió en Teruel hasta que el cerco del enemigo se completó, y que luego se vio obligada a romper el cerco por mera tenacidad […]»[1116]. La división 46 era la del Campesino. Esta frase se puede interpretar como si Castro Delgado hubiera leído *Comunista en España*. Pero cincuenta páginas más adelante y en una prosa no muy

inteligible —Tagueña y Cordón escriben mucho mejor— hay una referencia directa al Campesino «quien, desde que perdió Lérida, decía que sufría de tuberculosis, a pesar de su fantástico aspecto»[1117]. Cuarenta páginas más adelante, describe una noche durante la batalla por Cataluña, cuando la mujer de Líster acaba de preparar una cena: «El Campesino comenzó a hablar de sus tiempos como jefe del estado mayor de Ed-el-Krim [*sic*] el viejo rebelde causante del desastre de Annual. Era todo mentira, pero estaba muy bien contada. […] El Campesino era un embustero increíble»[1118].

Otro autor que habla sobre El Campesino, Gorkin, Prieto y la batalla de Teruel es Santiago Carrillo en sus *Memorias* (1994). Carrillo define *Comunista en España* como «un libro firmado por Valentín González *El Campesino* y redactado, como era bien sabido entonces, por Gorkin —ya que *El Campesino* apenas sabía leer y escribir— […]». Añade que «todos aquellos que conocían la evolución de la batalla de Teruel saben que El Campesino abandonó la ciudad antes que sus tropas y que fue muy criticado por ello»[1119]. Carrillo y Martínez Bande están de acuerdo en una cosa. Cuando Carrillo escribe: «Es difícil creer que Prieto aceptase tan fácilmente esta estúpida versión, ya que siguió las operaciones de esos días muy de cerca, y teniendo en cuenta además lo detallado de la versión del Campesino»[1120]. Existe a su vez un amplio consenso entre los puntos de vista que he citado en apoyar la condena del comportamiento del Campesino en Teruel. La explicación de Cordón sobre lo que pasó en Teruel y en Lérida, así como su análisis del comportamiento del Campesino, resultan útiles para comprender la carrera posterior de Valentín González en la Unión Soviética y en Europa occidental. No hay nada que nos lleve a creer las historias tramadas por Gorkin y El Campesino.

Pero el propio Gorkin fue el promotor más entusiasta de la reconstrucción de la batalla de Teruel por parte del Campesino. Esto puede quizás considerarse natural ya que, como hemos visto, afirmaba haberla escrito personalmente. «El Campesino ha esclarecido la diabólica maniobra soviética dirigida, en efecto, contra Prieto», aseguraba Gorkin en su opúsculo *España, primer ensayo de democracia popular*, en referencia a la batalla de Teruel, que describió también como «la maniobra más desleal y monstruosa»[1121]. Este librito fue publicado en Buenos Aires por la

Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura, un satélite del Congreso por la Libertad de la Cultura.

Bolloten comentó la carta del Campesino y la reacción de Prieto de esta ambigua manera: «Aunque es discutible que los comunistas llegasen al extremo de ordenar la retirada de Teruel para destruir a Prieto, no cabe duda de que la pérdida de la ciudad fue el comienzo del movimiento en contra suya»[1122]. Pero, aunque Bolloten no estaba seguro de si debía aceptar como una verdad irrefutable el testimonio del Campesino sobre la batalla de Teruel, no tenía dudas respecto de la existencia de una conspiración comunista para echar a Prieto del Ministerio de Defensa. Pero ¿no es posible acaso que este esfuerzo de Negrín por reemplazar a Prieto como ministro de Defensa hubiera estado motivado por un deseo de ganar la guerra? Desgraciadamente, la interpretación que hace Bolloten del testimonio del Campesino sobre los hechos de Teruel encaja muy bien con una constante que recorre gran parte de su libro: la idea de que la política del gobierno de Negrín siempre estuvo dirigida hacia la creación de un soviet español, con el control del victorioso ejército republicano en manos comunistas.

No cabe duda de que los comunistas podrían haber llegado a controlar el país si la República española hubiera derrotado a Franco en 1938(?) o 1939(?). Si los ejércitos republicanos hubieran vencido a Franco, ¿cuál habría sido la situación en el resto de Europa? Nadie, ni Bolloten ni yo, podrá saberlo nunca. Sin duda, España se habría encontrado en un estado de destrucción y de choque similar al que experimentó el país tras la victoria de Franco en 1939. Después de su victoria, Franco fue incapaz de hacer frente a las exigencias de sus acreedores, salvo a través de alguna pequeña colaboración. ¿En qué estado se habrían encontrado la Alemania nazi o la Unión Soviética? Podemos estar seguros de una cosa: la Unión Soviética habría tenido graves problemas logísticos para enviar ayuda a España. De hecho, siempre fue reticente a involucrarse realmente sobre el terreno, lejos de sus fronteras, y en realidad su intervención en Afganistán, por cerca que estuviera de sus fronteras, fue un desastre. La historia ficción no es más que conjeturas.

Sin embargo, Bolloten hipoteca una gran parte de sus argumentos en su idea de que, si la República española hubiera vencido en su resistencia contra Franco y la derecha española, España se habría convertido de la noche a la mañana en un satélite soviético. Este punto de vista es insostenible no sólo porque está desarrollado fuera de contexto[1123], sino porque el propio Bolloten demuestra en su libro que Stalin no estaba interesado en España como tal, sino en evitar un ataque nazi contra la Unión Soviética. Stalin pretendía persuadir a Gran Bretaña y a Francia, que seguían siendo sólidas potencias coloniales, para que se sumaran a una coalición antinazi. Una España comunista no era algo que entrase dentro de sus planes. Incluso el principal valedor de la obra de Bolloten, Trevor-Roper, escribió que «el mayor temor de Stalin provenía de Alemania y la derrota del fascismo en España era más importante para él que la victoria del comunismo»[1124].

Julio Aróstegui, de la Universidad Complutense de Madrid, en el análisis más ponderado que conozco sobre la obra de Bolloten[1125], subraya el hecho de que Juan Negrín es el «gran villano de la obra bollotiana»[1126]. En el capítulo 55 de su libro, donde trata de diseccionar la obra de Negrín, escribe: «Mi opinión sobre Negrín, basada en testimonios orales y escritos, ponderada y digerida durante más de cincuenta años, es que éste hizo más que cualquier otro político, consciente o inconscientemente, por extender y consolidar la influencia del Partido Comunista en los centros de poder principales —el ejército y los servicios de seguridad— durante los años finales de la guerra»[1127].

En su tratamiento del análisis de Bolloten sobre las relaciones de Negrín con el PCE y la Unión Soviética, Aróstegui indica que «Bolloten acaba por reconocer, sin embargo, que el objetivo primordial de la política de Negrín era obtener armas de los soviéticos»[1128]. Más adelante observa lo siguiente: «La verdad es que la idea de Negrín como delegado de los comunistas fue puesta en circulación por Indalecio Prieto tras su salida del Ministerio y la famosa polémica que siguió a este hecho»[1129]. (Como ya he demostrado, al hablar del sitio de Teruel, Prieto se dejaba seducir fácilmente por cualquier prueba, incluso la más cuestionable, como en el caso de Gorkin, con tal de que procediera de los enemigos de Negrín).

Aróstegui apunta que Bolloten cuestiona «todas las opiniones de los ensayistas que mantienen una postura distinta a la suya en relación con Negrín (Marichal, Viñas, Malefakis, [Herbert L.] Matthews)»[1130]. El historiador español afirma entonces: «Pero la cuestión más importante es que la diatriba antinegrinista de Bolloten acaba con un párrafo que es, en última instancia, equivalente a una tesis que deja prácticamente todos sus argumentos vacíos de significado». El párrafo en cuestión dice así: «A pesar de la importancia de Negrín para el PCE y Moscú durante la Guerra Civil y sus buenas relaciones con el embajador soviético, sería un error pensar que durante el conflicto español éste ofreciera sus servicios alegremente a Moscú y que no hiciera nada por mantener un mínimo grado de independencia política para sí mismo»[1131].

Propongo ahora estudiar las reacciones de Bolloten a la carta de Gorkin del 18 de octubre de 1984. No me consta que en la correspondencia de Bolloten en general o en su correspondencia con Gorkin haya muestras de irritación o siquiera de un cierto malestar ante la situación en que se encontraba entonces. Algunos historiadores se habrían sentido obligados a mostrar un cierto arrepentimiento público por haber tergiversado tan descaradamente el testimonio del Campesino, especialmente en su polémica conmigo en el *TLS* de 1978. Durante los tres años que pasaron entre el momento en que recibió la carta de Gorkin y su muerte, Bolloten no hizo nada por corregir la información.

La reacción de Bolloten frente al propio Gorkin, tras la carta de este último el 18 de octubre de 1984, es difícil de comprender. Bolloten podría haberse sentido contrariado por Gorkin por haberle engañado éste con respecto a la obra del Campesino. Por lo menos, podría haberse mostrado distante y frío con él. Muy al contrario, en su siguiente carta (11 de diciembre de 1984), Bolloten le pide perdón por no haber podido contestar antes a su «muy amable» carta y le agradece «mucho» los «términos tan favorables en que habla de mi libro», que eran además «tanto más favorables cuanto que esas palabras vienen de alguien por quien siento gran respeto y admiración».

En el siguiente párrafo, Bolloten prosigue de este modo, refiriéndose directamente al contenido de la carta que acababa de recibir: «Y ahora

quiero expresarle mi más sincero agradecimiento por su respuesta a las diferentes preguntas que le he formulado. No sólo ha confirmado algunas cuestiones que necesitaba ratificar, sino que me ha aclarado varios aspectos importantes que van a enriquecer mi libro».

En esta carta no hay ninguna prueba de que Bolloten se sintiera en modo alguno preocupado por las revelaciones de Gorkin respecto al Campesino, y así acaba diciendo: «su amigo le saluda muy afectuosamente». Es cierto que Gorkin había mencionado su delicado estado de salud, pero la respuesta de Bolloten indica una extraña indiferencia hacia las consecuencias de la confesión de Gorkin respecto al testimonio probado de uno de los testigos más importantes de Bolloten.

La actitud mostrada por Bolloten unas cuantas semanas después de recibir la carta de Gorkin siguió manteniéndose un año después, como demuestra esta carta del 21 de noviembre de 1985: «[…] Estoy en deuda con usted por todo lo que he aprendido de sus espléndidos libros y por sus esclarecedoras cartas recibidas durante varios años. Estoy orgulloso de poder contar con su amistad, así como con su inestimable ayuda, y quiero que lo sepa, por si acaso le satisface el haberme ayudado a escribir la verdad sobre unos hechos tan tergiversados por historiadores y políticos».

Esta cita demuestra la incomprensible incoherencia que caracteriza el pensamiento de Bolloten. ¿Cómo es posible que un hombre razonable (Bolloten) tuviera la desfachatez de hablar de la verdad a la misma persona (Gorkin) que le había estado proporcionando intencionadamente información que ambos, gracias a la carta en que Gorkin se confesaba, sabían que era falsa en todos los sentidos?

No se puede argüir que las cuatro citas atribuidas, sin explicación ni rectificación alguna, al Campesino en el libro de Bolloten de 1991 sean tan sólo el resultado de una redacción hecha antes de que Bolloten hubiera recibido y comprendido la crucial carta de Gorkin en 1984, ni tampoco que Bolloten no hubiera tenido el tiempo ni la fuerza suficientes para incluir esta inquietante información en su trabajo en curso, antes de su muerte en 1987. La prueba de que Bolloten siguió citando los escritos del Campesino hasta enero de 1986 —más de un año después de la carta de Gorkin— la encontramos en otra nota de su libro de 1991: «El intento más reciente de

restituir a Negrín tuvo lugar con ocasión de un coloquio celebrado en las islas Canarias en honor de este primer ministro, al que asistieron Tuñón de Lara, Juan Marichal, José Prats y Juan Rodríguez Doreste (estos dos últimos, antiguos colaboradores de Negrín) y en el cual el famoso historiador Javier Tusell se vio superado por la cantidad de apologistas de Negrín. Según Tusell, el conferenciante más tendencioso no fue Tuñón de Lara, sino Juan Marichal (carta dirigida a mí). Fue debido a este constante esfuerzo por renovar la figura de Negrín, cuyos principales apologistas evitan deliberadamente mencionar cualquier testimonio que entre en conflicto con su invariable postura, por lo que me decidí a leer una ponencia en Madrid en la 16.ª Conferencia Anual de la Sociedad para Estudios Históricos Españoles y Portugueses sobre el Extraño caso del doctor Juan Negrín. La ponencia se publicó en *Historia 16* en enero de 1986 con ochenta y nueve referencias bibliográficas»[1132].

Una de estas ochenta y nueve referencias, la n.º 52, reza así: «Valentín González (El Campesino) *Comunista en España y antistalinista en la URSS* (México D. E: Editorial Guarania, 1952), pág. 72». El texto relacionado con la nota es el siguiente: «En vista de las pruebas de hostilidad [hacia el Partido Comunista, que existía entre ciertos socialistas y anarcosindicalistas], no es en absoluto esencial recurrir al testimonio de eminentes excomunistas. Pero ignorarlo completamente sería como ceder ante aquellos que excluirían de la historiografía de la Guerra Civil todos los libros que no se adaptan a la línea del partido. Por lo tanto, voy a citar a Valentín González […] quien escribió lo siguiente: "El odio de las masas a los comunistas alcanzó tal nivel que, durante una reunión del Politburó, uno de los líderes tuvo que declarar: *¡No podemos echamos atrás! Debemos seguir adelante y mantenemos en el poder a toda costa. De otro modo, nos cazarán por la calle como a animales*"»[1133].

También podemos encontrar esta última cita en el libro de Bolloten de 1991 (pág. 633) indicando la misma fuente, pág. 72 de *Comunista en España y antistalinista en la URSS*. Anteriormente había sido reproducida parcialmente en el capítulo con que Bolloten contribuyó al libro *The Republic and the Civil War in Spain* (1971) editado por Raymond Carr. El párrafo anterior también aparece citado en el libro de Bolloten (pág. 632).

Lo importante es que la información de *Historia 16* se publicó en enero de 1986, en vida de Bolloten y que está recogida en su libro. Bolloten, a pesar de sacar pecho constantemente con su devoción por la verdad, incorporó en su conferencia ante la SSPHS, así como en el texto que apareció en *Historia 16* en 1986, un testimonio del Campesino que ya desde 1984 sabía que provenía del departamento personal de falsificaciones de Julián Gorkin.

He mencionado anteriormente el opúsculo publicado y escrito parcialmente por Gorkin para el Congreso por la Libertad de la Cultura, titulado *España, primer ensayo de democracia popular*, publicado en Buenos Aires en 1961. Este opúsculo contenía no sólo el artículo de Gorkin con el mismo título, sino también treinta páginas del libro de Jesús Hernández *Yo fui un ministro de Stalin*, cuyo manuscrito, como he indicado anteriormente, fue corregido de acuerdo a las instrucciones de Gorkin con el objetivo de exagerar la importancia del asesinato de Andreu Nin, convirtiéndolo en el incidente más decisivo de la Guerra Civil española. No debe sorprendemos que estas páginas de la obra de Hernández otorguen una importancia exagerada al POUM y al papel político de Julián Gorkin.

El título de este libro se convirtió, con la ayuda de Bolloten, en un eslogan político frecuentemente repetido y de dudosa veracidad, mediante el cual se atacaba a la República española, comparándola con los Estados del este de Europa a finales de los años cuarenta. Cualquier intento de comparación de la posición, real o potencial, del poder y la influencia soviéticos en España en 1938-1939 con los de los ejércitos soviéticos en el frente oriental en 1944-1945 —que en ese momento era probablemente la fuerza armada más fuerte del mundo— es absurdo.

La labor propagandística de Gorkin en Suramérica (en defensa de Washington y de la doctrina Monroe) resultó también bastante útil para ciertos elementos norteamericanos. Por ejemplo, fue reproducida en un libro de ensayos de 1963, *The strategy of deception: A study of worldwide Communist tactics*, editado por Jeane J. Kirkpatrick, que posteriormente fue embajadora del presidente Reagan en las Naciones Unidas[1134]. Bolloten repetía como un loro el eslogan inventado por Gorkin. Invitado, a finales de abril de 1978, por una de las estrellas de la televisión francesa, Jean-Marie Cavada, a participar en un programa llamado «Grand Témoin», su principal

contribución al programa fue la siguiente: «La República española durante la Guerra Civil fue el primer experimento de una democracia popular»[1135]. Bolloten también apoyó el argumento de Gorldn en las versiones de su libro de 1979 y 1991, en las que citaba al poumista con estas palabras: «Se ha dicho muchas veces que la Guerra Civil española fue un ensayo general para la Segunda Guerra Mundial; lo que no se dice es que también fue la primera zona de pruebas para la democracia popular, fórmula que nos hemos visto obligados a presenciar en una docena de países durante la etapa de la posguerra. Los hombres y los métodos utilizados para convertir estos países en satélites del Kremlin se probaron en España. Por esta razón, entre otras muchas, la experiencia española tuvo y sigue teniendo un significado histórico y universal»[1136].

La tesis de Gorkin no es válida porque los supuestos de historia ficción que utiliza son contradictorios y están fuera de contexto. Bolloten, en sus escritos tras la derrota del fascismo, reconstruye el conflicto español como si pudiera haber acabado con la presencia de un ejército soviético triunfante y amenazador en la vertiente española de los Pirineos. No consigo imaginarme una situación en la que una República española victoriosa pudiera haber constituido una amenaza para las democracias capitalistas. Pero no pretendo parecer un experto en historia ficción, una pseudociencia de la que el libro de Bolloten, en sus tres ediciones, depende para su progreso y desenlace. Creo que la Guerra Civil española tuvo una importancia histórica y universal porque fue el primer enfrentamiento armado contra el fascismo en suelo europeo. Al recalcar el siniestro concepto de la «democracia popular», Bolloten olvida que las fuerzas de las Naciones Unidas aceptaron el sacrificio de veinticinco millones de ciudadanos soviéticos como parte de la lucha antifascista (pero, para Bolloten el enemigo del pueblo español no era Franco sino los antifascistas) [1137].

La conversión de Bolloten desde el antifascismo (antifranquismo) a un anticomunismo militante (profranquismo) se produjo según el modelo clásico, pero su caso fue especial. A lo largo de su vida nunca quiso admitir que se había vuelto un partidario de la causa de Franco. Al limitar sus escritos a un discurso hostil sobre las acciones del bando republicano en la

Guerra Civil, se olvidó de mencionar lo que estaba pasando en el bando fascista. Esta postura de no discutir las atrocidades cometidas por el bando de Franco le permitió a Bolloten elevar el asesinato de Andreu Nin, un consejero poumista de la Generalitat, al grado de mayor crimen político de la Guerra Civil. En realidad, el asesinato de Nin, a pesar de ser una atrocidad, tuvo una importancia relativa si lo ponemos en el contexto de la Guerra Civil y de la matanza generalizada de diputados y funcionarios del Frente Popular llevada a cabo por los ejércitos de Franco. El hecho de que Bolloten hiciera hincapié en el asesinato de Nin y que no quisiera discutir las torturas y los estragos provocados en el pueblo español por los partidarios de Franco subraya la influencia de Gorkin en la obra de Bolloten.

La obra póstuma de Bolloten revela lo extremamente reaccionario que se había vuelto durante sus años en California. No sé de ningún otro historiador norteamericano que haya escrito sobre Eleanor Roosevelt con tanto odio mezquino y acrimonia. En una nota menciona una carta fechada el 14 de julio de 1939 que su amiga Constancia de la Mora había dirigido a la señora Roosevelt para agradecerle que la hubiera recibido en compañía de Juan Negrín en la Casa Blanca, unos días antes. Constancia de la Mora había utilizado la carta para llamar la atención de Eleanor Roosevelt sobre la grave situación de los escritores e intelectuales exiliados en México y Suramérica y subrayaba el hecho de que su prestigio cultural podría utilizarse en Latinoamérica en la lucha contra el fascismo. Bolloten, que había sido él mismo un exiliado en México y un antifascista provisional, pensó años más tarde que estos hechos relacionados con la señora Roosevelt resultaban muy sospechosos Escribió lo siguiente: «En vista de la afiliación comunista de Constancia de la Mora y de su entrega a la causa […] el fragmento citado adquiere un enorme significado». A continuación describe la visita que él y su mujer le habían hecho al matrimonio Hidalgo de Cisneros en Cuernavaca, a principios de 1940, y revela este curioso detalle: «[…] Puedo demostrar que ella [C. de la Mora] seguía manteniendo correspondencia con Eleanor Roosevelt, ya que me pidió que le enviara una carta»[1138]. Podría haber llamado a J. Edgar Hoover directamente, ya que el jefe del FBI sentía el mismo desprecio por la esposa del presidente de los

Estados Unidos que Bolloten adoptaría posteriormente. Esto ocurrió, por supuesto, años después de que Bolloten consiguiera un visado de inmigrante para los Estados Unidos en un momento en que era muy difícil, por no decir imposible, que un extranjero con su reputación consiguiera siquiera un permiso de visita de un día[1139].

Yo publiqué una crítica bastante larga del primer libro de Bolloten en 1963 en *El mito de la cruzada de Franco*[1140]. Entonces fui menos duro con Bolloten de lo que sería más tarde, ya que estaba influido por mi recuerdo de una conversación de varios años antes con Constancia de la Mora en la que le había alabado exageradamente. «¿No podríamos acaso suponer», escribí, «que Bolloten llevó a cabo sus investigaciones antes de 1952 y que las conclusiones del libro fueron redactadas por otro Bolloten, nueve años mayor, un Bolloten que quizás, entretanto, había cambiado sus conviiones?»[1141]. Trevor-Roper consideró dicha explicación «simple, ingenua incluso»[1142], pero la continua evolución de Bolloten, como demuestran sus revisiones y añadidos, tiende a confirmar mi hipótesis.

Bolloten ignoró durante muchos años lo que yo había escrito sobre él en español en 1963, pero cuando me enfrenté a él en inglés en las páginas del *TLS* en 1978, sin duda consideró que no podía ignorar tamaño ultraje y se juró que conseguiría desacreditarme. Pero los métodos de venganza de Bolloten no funcionaron. Le encargó a un joven amigo, George Esenwein, que investigase mi pasado. Descubrió que yo había trabajado durante el último año de la Guerra Civil española como «importante propagandista» para el gobierno de la República española. Yo había mencionado este hecho en mi breve biografía que incluían *Who is Who in Frunce* y *Who is who in the World*. Había explicado en detalle mi tarea en 1938 y 1939 para el gobierno republicano español en la traducción española de *Le mythe de la croisade de Franco* (1963) publicada en Barcelona en 1986[1143]. Este libro está incluido en la bibliografía del libro de Bolloten de 1991. No se puede argüir en absoluto que yo estuviera escondiendo mi profundo compromiso con la causa de la República española. A diferencia de Julián Gorkin, quien escribió que se había negado a estrechar la mano de Juan Negrín[1144], yo estaba muy orgulloso de haberlo hecho. Estaba y sigo estando orgulloso de haber luchado, con la ayuda de mis modestos conocimientos, por defender

la imagen de la República española, durante la Guerra Civil y después de la misma.

Sin duda los lectores del libro de Bolloten se hubieran interesado más por el pasado de Bolloten, que él trataba de esconder, que por el mío (que se puede consultar en cualquier buena biblioteca universitaria). He tratado de sacar a la luz algunos aspectos del pasado de Bolloten, ya que sirven para explicar las contradicciones y las incoherencias de sus sucesivas obras. Lo que es inadmisible es el intento de Bolloten de crucificarme por el hecho de defender las mismas convicciones políticas que él mantuvo durante la Guerra Civil y hasta aproximadamente un año después de la misma. Parece como si todo lo que ha publicado desde que cambió su opinión sobre la Guerra Civil no hubiera sido más que una búsqueda desesperada de una absolución, un perdón general por sus pecados de juventud.

Los comentarios de Bolloten sobre mi persona ocupan hasta 107 líneas en tres notas: en las págs. 789-790, me dedica diez líneas; en las págs. 881-882, 49 líneas y en las págs. 916-917, me dedica 47 líneas. A mí no me ofenden las palabras que Bolloten me dedica, tanto como a él parecen haberle ofendido las mías; desgraciadamente, en lo que representa un caso curioso de mala edición, tratándose de una editorial universitaria, más de la mitad de las 107 líneas dedicadas a mi persona están repetidas. La siguiente cita puede encontrarse, repetida palabra por palabra, tres veces a lo largo del libro: «"A fin de comprender el firme e incondicional apoyo de Southworth a Negrín", escribe George Esenwein, "debemos tener en cuenta que éste realizó una importante tarea propagandística del gobierno de Negrín. Entre febrero de 1938 y febrero de 1939, dirigió en Nueva York el boletín *The News of Spain* (véase *Contemporary Authors*, vols. 85-88, pág. 557), que, si no estaba financiado por u oficialmente asociado con el gobierno republicano español, constituía sin duda un difusor de su política"»[1145].

Sin duda Bolloten se entregó en cuerpo y alma —si no en inteligencia— a esta acusación hacia mi persona, sin necesidad siquiera de comentar mis tres libros sobre la Guerra Civil española y limitándose tan sólo a una parte de lo que yo había escrito sobre él en el *TLS*. Reaccionaba con ira ante cualquier discrepancia con sus declaraciones, por polémicas que fueran. Bolloten tenía su propia lista de éxitos, como podemos ver en esta carta

dirigida a Gorkin del 13 de octubre de 1982: «Si hombres como Juan Marichal (gran admirador de Negrín), Viñas (gran admirador de Juan Marichal), Southworth y Georges Soria monopolizan la verdad histórica como están tratando de hacer, con cierto éxito además, debemos pensar que no hay esperanza para la libertad». El 27 de enero de 1986 le escribió de nuevo a Gorkin: «Es necesario contrarrestar en lo posible la enorme influencia de Juan Marichal, Ángel Viñas, Tuñón de Lara, Southworth, [Pierre] Vilar y tantos otros que están tratando de restituir la figura de Negrín».

A fin de evaluar la intención expresada por Bolloten de escribir la verdad, es fundamental que seamos capaces de calcular la credibilidad de Julián Gorkin, el hombre que, directa o indirectamente, proporcionó una gran parte de los elementos clave en todos sus argumentos. Este hecho resulta particularmente relevante a la vista de la indignación demostrada por Bolloten ante la sugerencia de que las fuentes en las que había basado su trabajo pudieran haber sido financiadas en último extremo por la CIA. Gorkin parece haber sido la persona que mayor influencia ejerció en el pensamiento y los escritos de Burnett Bolloten, con la posible excepción de Ronald Hilton y unas pocas personas allegadas a él, en California. El español llamado Julián García Gómez, más conocido por su *nom de plume* Julián Gorkin, siendo dicho nombre, según sus biógrafos, un homenaje (?) al escritor ruso Maxim Gorki, nació en el seno de una familia pobre en la provincia de Valencia, en el año 1901, y se convirtió en uno de los miembros fundadores del Partido Comunista de España. Según uno de sus biógrafos, salió del país para expresar su oposición a la guerra colonial en el Rif. Militó en la Tercera Internacional hasta 1929, momento en que rompió con Moscú. Tras da caída de Primo de Rivera, regresó a España y en 1935 se afilió al Partido Obrero de Unificación Marxista, del que llegó a ser secretario general. Durante la Guerra Civil participó activamente en los disturbios de mayo de 1937 en Barcelona. Fue arrestado, como casi todos los líderes del POUM, y condenado a prisión, de donde consiguió escapar pocos días antes de la caída de Barcelona en 1939[1146].

Gorkin compartió una experiencia decisiva con dos norteamericanos, Bertram D. Wolfe y Jay Lovestone: los tres habían participado activamente

en los primeros años del movimiento comunista y los tres habían abandonado el movimiento. (Ya he mencionado anteriormente a Wolfe en relación con Castro Delgado y las actividades anticomunistas encubiertas en la Alemania de la posguerra). Durante la Guerra Civil española, Wolfe era un escritor residente en Nueva York y Lovestone era un miembro importante de la Federación Americana del Trabajo (American Federation of Labor, AFL). Existen razones para creer que Wolfe y Lovestone eran militantes poumistas en el momento en que éstos fueron arrestados y encarcelados en 1937.

David Wingeate Pike, que ha escrito mucho sobre la Guerra Civil y que conoció a Gorkin en París durante los últimos años de su vida, escribió que éste «admitió abiertamente que unos amigos suyos de la AFL-CIO le consiguieron un billete para Nueva York [desde Francia] en 1939, antes de que se trasladara a México»[1147]. El 11 de agosto de 1940, Gorkin le escribió a Wolfe desde Ciudad de México diciendo que se había puesto en contacto con Jay respecto a sus actividades en México. Gorkin, como Bolloten, pasó los años de la Segunda Guerra Mundial en México; no se vieron allí, y, por lo que he leído y descubierto, nunca llegaron a hacerlo. La Hoover Institution posee una carta en la que Gorkin, que estaba en Ciudad de México, le escribe formalmente a M. Burnett Bolloten, el 12 de junio de 1946, autorizando a éste, cuya dirección no se especifica, para citar sin restricción alguna el libro de Gorkin *Caníbales políticos (Hitler y Stalin en España)*[1148]. Dicha autorización fue concedida a petición del poumista Jordi Arquer.

Que yo sepa, ni Gorkin ni Bolloten —este último era ciudadano británico y ambos eran considerados antifascistas— participaron en la lucha contra el fascismo en la Segunda Guerra Mundial. Al acabar ésta, Gorkin trató de pasar por Nueva York, camino de París. A pesar de su amistad con algunos líderes obreros norteamericanos muy bien situados, se le denegó repetidas veces el visado de tránsito por los Estados Unidos, probablemente por su reconocida condición de revolucionario, y de hecho no consiguió un pasaje en barco a Francia hasta 1948. Mientras tanto, había conseguido la nacionalidad mexicana. La decisión de convertirse en ciudadano mexicano podría estar motivada por haberse dado cuenta de que la administración

norteamericana había adoptado una postura claramente hostil hacia los españoles «que habían participado activamente en defensa de la República», como debieron de informarle el 10 de marzo de 1948 en el Consulado General de los Estados Unidos en Ciudad de México. Por supuesto, es discutible si Gorkin o sus amigos habían defendido o socavado la República. En una carta dirigida al cónsul general de los Estados Unidos, después de su visita esa misma mañana, se describió a sí mismo como un «socialista democrático y libertario». Ésta no era precisamente la fórmula mágica para abrirse las puertas de los Estados Unidos.

Gorkin se encontraba en Tampico, esperando un Barco Liberador con bandera francesa en ruta hacia París, el 3 de abril de 1948. En una carta redactada ese día, escribió que su libro sobre Trotsky estaba siendo traducido al francés y que iba a ser publicado en la zona no soviética de Alemania. No especificaba quién sería el editor, pero, como en el caso del libro de Castro Delgado al que he hecho referencia, este trabajo lo estaban llevando a cabo sin duda agentes de la AFL o de la CIA. Gorkin ya estaba entonces involucrado en la guerra propagandística de sus amigos norteamericanos. El 14 de abril, se encontraba en el puerto de Galveston, Texas, pero no se le permitió pisar suelo norteamericano. Finalmente llegó a la capital de Francia. Le escribió a Wolfe el 2 de junio que llevaba veinte días en esta ciudad. Podemos suponer que, a su llegada a París, en mayo de 1948, Gorkin se puso en contacto inmediatamente con representantes de la AFL, de la CIA, o de ambas, o bien con alguien que representase a ambas organizaciones a la vez. Dicho contacto bien pudiera haber sido Lovestone, o más probablemente Irving Brown, que aparentemente era el hombre de la AFL sobre el terreno en esos tiempos.

Lo que no está claro es cuál era exactamente la situación en París en ese momento. La CIA actuaba en Europa desde enero de 1946. Radio Free Europe comenzó a emitir desde Alemania Occidental en 1950, mientras que Radio Liberty comenzó a emitir un año más tarde[1149]. Ambas estaban financiadas por la CIA[1150]. La primera manifestación pública del Congreso por la Libertad de la Cultura tuvo lugar en Berlín en junio de 1950. La CIA había fundado el Congreso de manera secreta en Berlín,

según afirma Peter Coleman, parlamentario y abogado australiano que escribió la historia oficial del Congreso por la Libertad de la Cultura[1151].

En cualquier caso, podemos suponer que los amigos norteamericanos de Gorkin, que financiaron su manipulación del Campesino, aunque perteneciesen a la AFL estaban pagados por la CIA. John Ranelagh, en su estudio sobre la CIA, cita a Tom Braden, que había establecido la División de Organizaciones Internacionales de la CIA, con estas palabras: «Allen [Dulles] le estaba dando dinero a Lovestone mucho antes de que yo ingresara en la agencia y creo que no hacía más que repetir algo que ya se había hecho antes. […] Siempre he creído que la financiación secreta de la AFL y la CIO por parte de la CIA precedió a la agencia». Esto es un tanto complejo, pero sin duda indica que la CIA ya estaba financiando las actividades encubiertas de la AFL en Francia cuando Gorkin llegó allí en 1948 y comenzó a colaborar con El Campesino un año después, en 1949. Aunque el contacto de Gorkin en la AFL era Irving Brown, es igual que hubiera sido éste o Lovestone. Braden declaró que «había un tipo llamado Mike Ross que se encargaba de la CIO y Jay Lovestone, que se encargaba de la AFL. Irving Brown iba por ahí organizando las cosas y Jay Lovestone enviaba el dinero»[1152].

Gorkin, según su propia confesión, estuvo financiado por sus amigos norteamericanos desde 1948-49 hasta probablemente 1953, cuando fue nombrado oficialmente secretario para Latinoamérica del Congreso por la Libertad de la Cultura. Este título no tenía nada que ver con España, que siempre estuvo fuera del alcance de Gorkin y del Congreso. Dado que los pagadores norteamericanos estaban apoyando un régimen de tipo fascista en Madrid, Gorkin y sus colegas no siempre se sintieron cómodos a la hora de promocionar la democracia en Latinoamérica, donde las relaciones entre España y los Estados Unidos interesaban mucho. Coleman nunca menciona este hecho en sus explicaciones sobre las dificultades del Congreso en Latinoamérica.

Oficialmente, Gorkin se encargaba de los asuntos latinoamericanos en el Congreso y era director de los *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, revista que comenzó a publicarse en 1953 y cuyo último número apareció en 1963. De manera encubierta, Gorkin se encargaba, quizás por

propia iniciativa, de atacar la gestión de la República española durante la Guerra Civil y especialmente a los comunistas españoles que resultaron ser los que con más celo habían luchado contra el bando fascista. El ejemplo más claro de esta actuación es su manipulación del Campesino. Su defensa de Castro Delgado y de Jesús Hernández se hallaba en la misma línea.

Las actividades latinoamericanas del Congreso y de Julián Gorkin no han sido estudiadas por los historiadores de la CIA. Las publicaciones inglesa, alemana y francesa del CCF, especialmente la revista inglesa *Encounter*, eran por razones obvias más conocidas y gozaban de un público más amplio. El único libro que puede realmente considerarse como una historia del congreso es *The Liberal conspiracy* (1989), escrito por Peter Coleman. Coleman había trabajado muy de cerca con el Congreso y tenía acceso a sus archivos en manos de la Universidad de Chicago, pero no recibió ayuda de la CIA[1153]. Desde su punto de vista, la principal labor de Gorkin consistió en presentar a los lectores latinoamericanos una interpretación favorable de la política norteamericana. Consideraba que Gorkin se había encontrado con el problema de «reducir […] la gran desconfianza» existente hacia los *Cuadernos* en Suramérica, «una desconfianza inevitable en un continente con un creciente y visceral antiamericanismo, especialmente entre los intelectuales marxistas»[1154].

En su libro, Coleman no le prestó demasiada atención a Gorkin, lo cual probablemente refleja la actitud de los directores del Congreso. Da la impresión de que Gorkin estuviera atado a una larga correa en manos de las personas a cargo del Congreso, entre los cuales se encontraba Irving Kristol, cofundador de *Encounter*. Coleman citó de la revista neoconservadora *Commentary*, «una afirmación extraordinariamente polémica de Kristol respecto al macartismo, en la que culpaba del auge del senador McCarthy a los compañeros de viaje liberales norteamericanos», así como de aplaudir «la masacre de la izquierda no comunista por la GPU durante la Guerra Civil española»[1155]. Gorkin no habría podido explicar con mayor claridad su propia posición en la Guerra Civil española. Tampoco Bolloten.

A pesar de que Gorkin estaba más que satisfecho por el resultado de sus responsabilidades editoriales en el Congreso, e incluso orgulloso de su

trabajo, su opinión no siempre era compartida por sus colegas. En 1952, enviaron a Gorkin de gira por Latinoamérica, una de las muchas que iba a disfrutar durante sus años en el Congreso; esta vez para organizar una serie de sedes nacionales y regionales. Viajó acompañado por El Campesino[1156]. Gorkin no manifestó tanto entusiasmo cuando volvió a visitar Latinoamérica en 1954. Su misión de crear una actitud positiva entre la opinión pública hacia los Estados Unidos se había visto seriamente dañada por lo que Coleman describió como «el derrocamiento del régimen de Arbenz en Guatemala con apoyo norteamericano, en junio de 1954, y la consiguiente explosión de pasiones antiyanquis». En su informe a la central parisina del Congreso, Gorkin afirmó: «Quedé sorprendido por la casi unánime y violenta reacción de los elementos liberales […] a favor de Arbenz […] cualquiera que ondee la bandera antiimperialista puede asegurarse un gran apoyo»[1157].

El 30 de enero de 1978, Santiago Carrillo, secretario general del Partido Comunista Español, declaró al diario *El País* que Gorkin estaba involucrado en numerosos asuntos en los cuales la CIA había participado a su vez[1158]. Algunos meses más tarde, Gorkin publicó, con cierta extensión y en el mismo periódico, un desmentido incondicional de lo que consideraba una «afirmación difamatoria». «Sencillamente me habría encogido de hombros», continuaba Gorkin, «si se tratase sólo de mi persona; pero siento dentro de mí, apoyándome, el recuerdo de organizaciones prestigiosas —españolas e internacionales—, de numerosas personalidades intelectuales que pusieron su confianza en mí y es obvio que no puedo permitirme este gesto de desprecio».

A partir de ahí seguía hablando de Abd-el-Krim, el asesinato de Trotski, Wenceslao Carrillo y Palmiro Togliatti, hasta que, después de muchos párrafos, comenzaba a aproximarse a la realidad: «Permítanme ahora que desbarate el cuento de hadas de Santiago Carrillo sobre “mis asuntos con la CIA”». En este punto comenzaba a divagar como antes, sobre la reunión del Congreso en Berlín en 1954, sobre *Cuadernos*, la conferencia de Munich en junio de 1962 y Salvador de Madariaga. Por fin conseguía volver al asunto en cuestión del siguiente modo: «¿Quién financió el Congreso? ¿Sus actividades? ¿Sus publicaciones? Esto no es un secreto para nadie: al

principio, las organizaciones sindicales norteamericanas; posteriormente la Fundación Ford, la Fundación Rockefeller, la Fundación Fairfield, el Comité Suizo de Zurich, el Deutscher Künstlerbund de Berlín».

En el curso de este vacuo y desatinado discurso, no se olvidaba de recordamos que él, Julián Gorkin era «un revolucionario profesional, como lo concibió Lenin», y en cierto punto llegaba a admitir que uno de los funcionarios del Congreso, en efecto, había pertenecido a la CIA, y que este hecho había sido aireado «principalmente en círculos comunistas». El final del artículo era políticamente correcto y… lacrimoso: «Hay una cosa que me inquieta a la vez que me llena de orgullo: la última carta escrita por el gran liberal español universal, don Salvador de Madariaga, afectuosa como eran todas sus cartas, iba dirigida a mí. Juntos recorrimos los caminos de este mundo; juntos defendimos, desde los años cincuenta en adelante, el federalismo europeo y la libertad para los pueblos de nuestra España. Que esta carta —y muchas otras del hombre más ilustre de nuestro tiempo— me sirva como escudo contra esta terrible calumnia»[1159].

Carrillo tenía razón y Gorkin debía de estar totalmente alejado de la realidad si pensaba que podía negar un hecho tan bien documentado en periódicos y libros, Gorkin tenía razón al decir que el Congreso por la Libertad de la Cultura estaba financiado por sindicatos norteamericanos y por varias fundaciones de América y Europa Occidental. Lo que se olvidó de añadir, aunque debía de saberlo mucho mejor que la mayoría, era que estas instituciones habían recibido anteriormente de la CIA la mayor parte del dinero que generosa y públicamente donaban al Congreso. Este dato de la vida americana fue ampliamente difundido en los Estados Unidos y Gran Bretaña, así como en Francia y Alemania, entre 1964 y 1966, y parece increíble que *El País* publicase esta «Tribuna Libre» sin ningún comentario. Lo que sorprende menos es que Gorkin tratase de esconderlo.

Algunos meses más tarde, Gorkin escribió a Bolloten incluyendo una copia del artículo de *El País*, «el principal periódico en España hoy en día, el más independiente, el más leído». Le explicaba lo siguiente: «Comprenderá usted que tras 62 años de lucha, de los cuales he pasado 52 en el exilio, en tres etapas de mi vida, no podía admitir estas acusaciones o calumnias por parte de este cínico individuo». Cuesta creer que Bolloten no

estuviera al tanto de la financiación del Congreso por parte de la CIA, así como del consiguiente escándalo en los últimos años de la década de los sesenta, ni que tampoco lo estuvieran los redactores de *El País*. Pero cuando Bolloten recibió una copia de la «Tribuna Libre» que le envió Gorkin, le contestó (5 de agosto de 1980) agradeciéndole encarecidamente su «magnífica respuesta a la difamatoria afirmación del gran calumniador Santiago Carrillo, que comenzó su aprendizaje hace medio siglo en la escuela estalinista y que no ha cambiado desde entonces»[1160].

De todos los intelectuales y «revolucionarios profesionales» que trabajaron para el Congreso, Gorkin fue el único, que yo sepa, que negó las irrefutables pruebas de esta incómoda y escandalosa situación. El Congreso por la Libertad de la Cultura había estado realmente alimentado económicamente por la Agencia Central de Inteligencia (CIA). Cuando este hecho se convirtió en algo perfectamente sabido, el Congreso de desintegró y con él la base propagandística de Gorkin.

Hay más datos sobre la ira demostrada por Gorkin ante el artículo de Carrillo en el libro de David Wingeate Pike, *In the Service of Stalin*: «él [Gorkin] estaba furioso con Carrillo por su insinuación de que estaba apoyado económicamente por los servicios de espionaje de los Estados Unidos»[1161]. En el libro de Coleman queda muy claro que Gorkin sabía quién le estaba pagando y qué debía hacer. El propio Gorkin estaba tan avergonzado de su relación con la CIA que decidió negarlo públicamente. Bolloten quitó hierro a la labor de Gorkin después de la Guerra Civil, describiéndola tan sólo en relación con el pasado; como «miembro del comité ejecutivo del POUM» y «opositor izquierdista de la política soviética en España». No mencionó los *Cuadernos* entre las publicaciones que había consultado de una larga lista de más de trescientos títulos que ocupaba seis páginas impresas; en ningún lugar mencionaba el Congreso o la conexión de Gorkin con la CIA. Lo que tenía más valor para la CIA, mucho más que los inofensivos *Cuadernos*, era el incesante esfuerzo de Bolloten por revisar la historiografía de la Guerra Civil española. Desde esta perspectiva, el libro de Bolloten, en sus tres variantes, fue la obra maestra de la labor encubierta de Gorlrin para la CIA.

¿Qué actividades censurables estaba realizando Gorkin en París? Estaba falsificando elementos de la historia de la Guerra Civil española. No había ninguna razón justificable para que el gobierno de los Estados Unidos, incluso en las gélidas condiciones de la Guerra Fría, financiase una concepción poumista del conflicto español. Durante la Guerra Civil, el gobierno norteamericano ya había traicionado sus principios democráticos y posteriormente, como si hubiera entrado en una caída libre, tras la Segunda Guerra Mundial y a pesar de los signos de hostilidad manifestados por el presidente Truman hacia el régimen de Franco en la Conferencia de Potsdam en 1945, adaptó su política hacia España a las exigencias de la Guerra Fría, sin tener en cuenta los derechos de los españoles.

No deberíamos olvidar que Gorkin no era el «delegado español» del Congreso. España estaba fuera del alcance de Gorkin, si no de la CIA. Gorkin no era el hombre ideal para la propaganda de los Estados Unidos en Latinoamérica; pero probablemente era imposible encontrar un latinoamericano auténtico que se hubiera arriesgado a promocionar la propaganda yanqui al sur del Río Grande. El nombramiento de Gorkin se produjo sin duda por tratarse del hombre apropiado en el momento apropiado. Su *curriculum vitae* era extremadamente anticomunista y él tenía una cierta experiencia periodística. Sobre todo, mantenía buenas relaciones con Jay Lovestone e Irving Brown, de la AFL, así como con representantes de la CIO. Había estado negociando con dichas personas, incluso antes de salir de México en 1948. Su descubrimiento del Campesino en Teherán y su inteligente explotación de las posibilidades que esto planteaba lo convirtieron en el hispanohablante adecuado en ese momento para la AFL, la CIO y la CIA.

¿No fue acaso debido al heroísmo y la nobleza que, asociados en la opinión pública mundial con la resistencia republicana al fascismo, se convirtieron en uno de los únicos activos intelectuales y morales que le quedaban a la izquierda europea después de la declaración de la Guerra Fría, por lo que el CFF, inspirado por la CIA, le permitió a su «delegado latinoamericano» que centrara sus esfuerzos, no en los apremiantes problemas de Centro y Suramérica, sino en la Guerra Civil española, para

dedicar su tiempo a vilipendiar uno de los capítulos más importantes de la humanidad en su batalla contra el fascismo?

Pero, como demuestra Coleman, que estaba trabajando en los archivos del Congreso, las actitudes de éste estaban generalmente cerca de las posiciones antisoviéticas de Gorkin y del POUM. Esto les permitía mostrar un semblante izquierdista y justificar frases como la siguiente: «la misión del Congreso por la Libertad de la Cultura… era obviamente antifascista así como anticomunista». Y «muchos de sus seguidores habían sido refugiados de la Alemania de Hitler […] de la Italia de Mussolini […] o de la España de Franco (Julián Gorkin, Salvador de Madariaga). A lo largo de su existencia, el congreso luchó contra los dictadores de la derecha como Francisco Franco o Antonio Salazar»[1162]. Coleman escribió a su vez sobre «la traición del Frente Popular en España»[1163], en referencia a la traición de los comunistas españoles y de la Unión Soviética, no a la traición de Franco, Mussolini y Hitler.

Los razonamientos de Gorkin eran similares. Le había enviado a Bolloten un ejemplar de su libro *Les communistes contre la révolution espagnole*, un simple refrito de sus anteriores libros, y Bolloten le contestó el 8 de octubre de 1978 que le estaba costando bastante encontrar un editor para publicarlo en los Estados Unidos. En respuesta, Gorkin filosofaba (16 de octubre) del siguiente modo: «¿Podría ser que la terrible experiencia del asesinato a sangre fría del martirizado pueblo español ya no interese a nadie?». Por el contexto de la carta, parece evidente que el martirio lo cometieron los republicanos españoles y no Franco y sus aliados.

No es mi intención discutir la guerra de propaganda entre la Unión Soviética y los Estados Unidos durante la Guerra Fría. Mi interés concreto se centra en la labor emprendida por Gorkin para deformar y mistificar la historiografía de la Guerra Civil española mientras la CIA le pagaba a través de los circuitos del Congreso por la Libertad de la Cultura. Gorkin no era un espía de capa y espada y no conocemos todos los detalles de cómo su colaboración con El Campesino y su atiento a los escritos de Castro Delgado y de Jesús Hernández encajaban en el programa del Congreso. Una posible clarificación consistiría en que, ya que la CIA y su filial, el Congreso, ejercieron juntos una gran influencia mundial en las causas de la

derecha, éste atrajera hacia sí a todas aquellas personas interesadas en desprestigiar a los republicanos españoles. Entre los principales candidatos para esta clase de trabajo se encontraban Julián Gorkin y Burnett Bolloten.

En el movimiento de la *résistance* española (la lucha contra Franco y los mercenarios de Marruecos, la Legión Condor de los nazis alemanes y la infantería y la aviación italianas) hubo hombres y mujeres tan dignos de nuestra admiración y respeto como cualquiera de los pertenecientes a los otros movimientos de la *résistance* en Europa, y su causa, la resistencia contra el fascismo, el nazismo y el falangismo, fue tan noble y heroica como cualquier otra causa antifascista. Por supuesto, Bolloten defiende que la lucha de los republicanos españoles, controlada a veces por los comunistas, no es en realidad respetable. Este principio descalifica la mayor parte de los movimientos antifascistas europeos.

El 8 de mayo de 1945 terminó la Segunda Guerra Mundial, en su fase europea. Se produjo una explosión de alegría en toda la parte de Europa que había sido ocupada por los ejércitos fascistas, por los nacionalsocialistas alemanes, por los fascistas italianos y otros engendros menores como los eslovacos del padre Tiso, y los croatas de Ante Pavelic, los rexistas belgas de Léon Degrelle y los Franceses de la LVF, etc. Estaban contentos en todas partes menos en el país europeo que es España, donde Franco el Conquistador detentaba el poder tras una sanguinaria guerra de más de treinta y tres meses de duración. Paradójicamente, fue en España donde la resistencia a gran escala contra el fascismo se produjo por primera vez.

De todos los europeos que se opusieron al fascismo, nadie, y estoy sopesando mis palabras, luchó tan valientemente contra todo pronóstico y durante tanto tiempo como los republicanos españoles. Sus vecinos, o bien estuvieron abiertamente contra ellos o neutralmente en su contra. El único país europeo que ayudó a la República española fue la Unión Soviética (ayuda que fue interpretada por otros como una razón para no ayudar a la república). Francia trató de ayudar. El único otro país que intentó ayudar fue México, aunque no tenía mucho que ofrecer. El país que más podría haber ayudado a la República española era el mío, los Estados Unidos de América. Franklin D. Roosevelt, el mejor presidente norteamericano de este siglo, cedió ante las presiones de la Iglesia Católica (por razones electorales

internas, imaginarias más que reales) y permitió que el fascismo consiguiera su victoria más larga e importante.

Cuando terminó la Guerra Civil, la opinión pública norteamericana estaba mayoritariamente a favor de la República española. Esta postura comenzó a flaquear tras el final de la Segunda Guerra Mundial, cuando la Guerra Fría engrendró una atmósfera irrespirable en los Estados Unidos (y en otros lugares). La Agencia Central de Inteligencia, fundada en 1946, protagonizó un giro definitivo hacia la derecha, que se reflejó en todos los aspectos de la vida americana. El FBI consideraba que la simple afinidad con la República española era razón suficiente para abrirle una ficha a cualquiera. La modificación en la actitud norteamericana hacia la historiografía de la Guerra Civil española puede encontrarse en un medio tan popular y de tan vasto alcance como es el cine.

Un amplio sector de la opinión norteamericana —y posteriormente internacional— se sintió influido por la casi subliminal aparición de un dato biográfico referente al protagonista masculino en varias películas. Los cinéfilos recordarán que, durante la Segunda Guerra Mundial, y durante toda una serie de años después, los protagonistas masculinos de las películas con un fondo histórico contemporáneo solían estar agraciados por un pasado romántico de colaboración con las fuerzas republicanas en la Guerra Civil española. Humphrey Bogart en *Casablanca* representaba a un hombre que había luchado con los republicanos en la Guerra Civil española. Posteriormente, se le dotó del mismo pasado en *Cayo Largo* y en otras películas. Uno de los papeles más aplaudidos de Gary Cooper fue el de Robert Jordán en *Por quién doblan las campanas*. En la película de 1946 *La dama de Shanghai*, protagonizada por Orson Welles y Rita Hayworth, hay una escena en la que el rico amigo de Hayworth declara que había formado parte de un comité pro Franco durante la Guerra Civil. Welles (un aventurero llamado O'Hara) le contesta diciendo que durante la Guerra Civil había matado a un hombre en Murcia por ser un espía de Franco. El malo estaba a favor de Franco y el bueno a favor de los republicanos. Dicha tendencia prorepublicana no duró demasiado. En 1950, el senador Joseph McCarthy comenzó su campaña contra los subversivos en el gobierno. La HUAC (Comité de Actividades Antiamericanas del Congreso) comenzó a

realizar una labor en paralelo y así comenzó la caza de «rojos». En Hollywood, el guionista de *Casablanca* fue incluido en la lista negra y Orson Welles tuvo que realizar gran parte de su trabajo fuera de Hollywood. Directores conocidos como Joseph Losey y Jules Dassin tuvieron que buscar trabajo en Europa. La situación en el mundo del cine no era más que un reflejo de la vida americana.

El libro de Bolloten, en sus tres versiones, representa un ataque a gran escala contra todos los movimientos de la resistencia en Europa. La historia de la Guerra Civil española, si la consideramos en el contexto de los anales del siglo, se transforma en la historia de la primera gran agresión armada de un poder fascista contra un gobierno democráticamente elegido, la crónica de la primera acción defensiva contra la plaga fascista. Bolloten trata de desvirtuar esta idea haciendo hincapié en el crecimiento y la influencia de los comunistas durante la contienda. Este argumento, si lo aplicamos a toda la Europa ocupada, constituye una denegación de cualquier justificación para una guerra a escala mundial contra los poderes fascistas. La victoria contra el nazismo y el fascismo no se habría conseguido jamás sin la ayuda de los comunistas en toda Europa. Fue una victoria de las fuerzas opuestas al fascismo en Alemania, Italia y en otras partes de Europa. (Desgraciadamente, España quedó excluida). *Résistance* quería decir la resistencia al fascismo. Los movimientos de resistencia en Europa, tras la caída de Francia, movimientos contra los ocupadores nazis, siguieron indefectiblemente el patrón español. La Guerra Civil española fue una guerra contra el fascismo y no puede separarse de otras luchas antifascistas que la siguieron.

Cuando se dice que la Guerra Civil española fue la primera batalla de la Segunda Guerra Mundial, ¿qué hilo conductor une a las dos? La lucha antifascista. Esta cuestión puede ilustrarse con la historia de un amigo mío, el coronel Henri Rol-Tanguy, un comunista francés que destacó primero en las Brigadas Internacionales y posteriormente en los combates de la resistencia para la liberación de París. Ha recibido dos de las más altas condecoraciones que Francia concede a sus héroes. Para Rol-Tanguy, la resistencia en España y la resistencia en Francia fueron el mismo combate. Otro ejemplo es la historia del profesor Bemard Knox, que ahora es un

conocido especialista en lenguas clásicas en los Estados Unidos. Knox luchó con los franceses en las Brigadas Internacionales en la Guerra Civil española y posteriormente con los partisanos en Italia, en la Segunda Guerra Mundial. La Guerra Civil española fue el primer enfrentamiento en la epopeya antifascista. El esfuerzo derrochado por Bolloten para negar este hecho fundamental de la historia del siglo XX resta cualquier sentido permanente a sus libros.

Artículo de Herbert Rutledge Southworth incluido en *La República asediada. Hostilidad internacional y conflictos internos durante la guerra civil*, Paul Preston, ed., Ediciones Península, S. A., Barcelona, 1999.

# Bibliografía


AARON, Daniel. *Writers on the Left: Episodes in American Literary Communism*. Nueva York. Harcourt, Brace, 1961.

*Acción Española: Antología*. N.º 89. Burgos, marzo 1937.

AGUIRRE, José Antonio. *Discurso* pronunciado por el Excmo. Sr. Presidente del Gobierno de Euzkadi… ante el micrófono de Radio Euzkadi, el día 22 de diciembre de 1936. Bilbao, Editorial Vasca, 1936 (?).

ALBORG, Juan Luis. *Hora actual de la novela española*. II. Madrid, Taurus, 1962.

*Alcázar, El*. Esta colección del periódico publicado durante el asedio del Alcázar es el n.º… de una edición limitada a doscientos ejemplares. S.L.S.E.S.A.

*Alcázar de Toledo: Pinceladas*. Recuerdos de sus gloriosas ruinas y de su gesta grandiosa durante los meses de julio, agosto y septiembre de 1936. Toledo, Editorial Católica Toledana. 1963.

ALLAN, Ted. *This Time a Better Earth*. Nueva York. Morrow, 1939.

—, and GORDON, Sydney. *The Scapel, The Sword: The Story of Dr. Norman Bethune*. Boston, Little, Brown, 1952.

—,—, *The Scapel, the Sword: The Story of Dr. Norman Bethune*. Berlín. Seven Seas, 1957.

ALVAREZ del Vayo, Julio. *Freedom's Battle*. N. Y. Knoff, 1940.

AMADOR CARRANDI, Florencio. *Ensayo bibliográfico de las obras y folletos publicados con motivo del movimiento nacional*. (Bermeo. [Vizcaya] Imprenta-Librería Gaubeca, 1940).

ANDERSON, Jane. Reprint of an article by Jane Anderson from *The Catholic Digest*. «Horror in Spain» by Jane Anderson de Cienfuegos,

condensed from *The New York American*.
ANDRES, Stefan. *Utopia*. París. Seuil, 1952.
—, *Wir sind Utopia*, Munich, Piper (1951) 1960.
*... and Spain sings*. Fifty Loyalist ballads, adapted by American poets. Edited by M. J. Benardete and Rolfe Humphries. Nueva York, The Vanguard Press, 1937.
ANSALDO, Juan Antonio. *¿Para qué...? (De Alfonso XIII a Juan III). B. A.* Editorial Vasca Ekin, 1951.
*Answer to Father Coughlin's Critics, an* by Father Coughlin's Friends. Royal Oak Mich). The Radio League of the Little Flower. March, 1940.
AREILZA, José María de. *Embajadores sobre España*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos. 1947.
—, y CASTIELLA, Fernando María. *Reivindicaciones de España*. Prólogo de Alfonso García Valdecasas, segunda edición. [Editora Nacional], Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1941.
*Armchair Esquire, The*. Edited by Arnold Gingrich and L. Rust Hills. N. Y. Putnarn 1958.
[ARQUES. Enrique]. *17 de julio: la epopeya de África: Crónica de un testigo*. Ceuta-Tetuán. Imprenta África, 1937.
ARQUES, Enrique. *17 de julio: la epopeya de África; Crónica de un testigo*. (segunda edición). Madrid, Reus, 1948.
ARRARAS, Joaquín y JORDANA DE POZAS, L. *El sitio del Alcázar*. Con una introducción histórica del P. Pérez de Urbel y el diario de operaciones del Coronel Moscardó. Zaragoza, Editorial «Heraldo de Aragón». 1937. Relación oficial de los defensores y refugiados del Alcázar p. 315-349.
ARRESE, José Luis de. *El estado totalitario en el pensamiento de José Antonio*. Prólogo de Raimundo Fernández Cuesta. Madrid, Ediciones de la vicesecretaría de Educación Popular, 1945.
AUB, Max. *Las buenas intenciones*. México, Tezontle, 1954.
—, *Campo abierto*. México, Tezontle, 1951.
—, *Campo cerrado*. México. Tezontle, 1943.
—, *Campo de sangre*. México, Tezontle, 1945.
—, *Cuentos ciertos*. México, Antigua Librería Robredo, 1955.
—, *Morir por cerrar los ojos*. México, Tezontle, 1944.

—, *No son cuentos*. México, Tezontle. 1944.
—, *El rapto de Europa o siempre se puede hacer algo*. México, Tezontle, 1946.
—, *Sala de espera*. México, Tezontle. 1951.
—, *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco*. México, Libro Mex. 1960.
AUDEN, W. H. *Another Time*. Londres, Faber, 1940.
—, *Spain*. Londres, Faber, 1937.
AZNAR, Manuel. *El Alcázar no se rinde*: Réplica a unas páginas del libro titulado *El yugo y las flechas* del escritor norteamericano Herbert L. Matthews, 2) ed., Madrid [Ograma], 1957.
—, *The Alcázar Will not Surrender*. Nueva York, A Group of Friends of Spain, 1957?
—, *Guerra y victoria de España* (1936-1939) Madrid, Editorial Magisterio Español, 4 942.
—, *Historia militar de la Guerra de España*. Madrid, Ediciones Idea 1940.
—, *Historia militar de la Guerra de España*. Tomo 1, Tercera edición. Madrid, Editora Nacional. 1958.

BAHAMONDE Y SANCHEZ DE CASTRO, Antonio. *Un año con Queipo: Memorias de un nacionalista*. Barcelona, Ediciones españolas, 1938.
BAKER, Carlos. *Hemingway, the Writer as an Artist*. Princeton. Princeton U. Press, 1952.
BARDOUX, Jacques. *Chaos in Spain*. Londres, Burns, Oates and Washbourne, 1937 (?).
—, *Staline contre l'Europe: les preuves du complot communiste*. París, Flammarion, 1937.
BAREA, Arturo. *The Clash*. Londres, Faber, 1946.
—, *The Forging of a Rebel*. Nueva York, Reynal and Hitchcock, 1946.
—, *La forja de un rebelde: III, La Llama*. B. A., Losada, (1951) 1954.
—, *Lorca, el poeta y su pueblo*. Buenos Aires, Losada, 1956.
—, *La raíz rota*. Buenos Aires, Santiago Rueda, 1955.
—, *Struggle for the Spanish Soul*. Londres, Secker and Warburg, 1941.

—, *Valor y miedo*. Barcelona. Publicaciones Antifascistas de Cataluña, 1938.
BARGELESI. Alberto. *L'Epopea dell'Alcázar*. Milán, Istituto di Propaganda ' Libraria. 1942.
BARRILLON, Raymond. *Le cas Paris-Soir*. París, Armand Colin, 1959.
BASTOS ANSART, Francisco. *El Evangelio del honor militar y otros relatos*. Valladolid, Librería Santarén, 1938.
*Bataille de l'Ebre, La*. París, A. l. E., 1938 (?).
BEAULAC, Willard L. *Career Ambassador*. Nueva York. Macmillan, 1951.
BECARUD, Jean. *La deuxieme république espagnole. 1931-1936: Essai d'interprétation*. París, Fondation nationale des Sciences politiques, 1962.
BEGUIN, Albert. *Bernanos par lui-même*. París, Editions du Seuil, 1954.
BELFORTE, Francesco. *La guerra civile in Spagna*. 4 tomos. Milán, Istituto per gli studi di politica internazionale 1938-1939.
BERNANOS, Georges. *A diary of my times*. Traducción del francés por Pamela Morris. Londres, Boriswood. 1938. Prólogo del autor, respuesta al artículo del Rev. Father du Passage, S. J., titulado «A Nightmare in Majorca». (p. 7-10).
—, *Les grands cimetières sous la lune*. París, Plon, 1938.
—, *Réflexions sur le cas de conscience frangais*. París, éditions de la revue Fontaine, 1945. (Conferencia realizada en Rio de Janeiro el 15 de octubre de 1943.)
—, *Scandale de la vérité*. París, Gallimard, 1939.
BERTRAN GUELL, Felipe. *Preparación y desarrollo del alzamiento nacional: (Ensayo histórico)* por…) *Momentos interesantes en la historia de España en este siglo: La España de 1936*. Valladolid, Librería Santarén. 1939.
BESSIE, Alvah: *Men in Battle*. Nueva York, Scribner's. 1939.
—, *Men in Battle*. Berlín, Seven Seas, 1959.
—, *The un-Americans*. Londres, John Calder, 1957.
BEUMELBERG, Werner: *Kampf um Spanien: die Geschichte der Legion Condor*. Oldenburg. Berlín, Gerhard Stalling Verlag Buchhandlung, 1939.
BOAVENTURA, Armando. *Madrid-Moscovo: Da ditadura República e à Guerra Civil de Espanha*. Parceria António María Pereira. 1937.

BODIN, L. y TOUCHARD, J. *Front populaire 1936*. París, Colin, 1936.
BOLLATI, Ambrogio y BONO, Giulio del: *La guerra di Spagna*, Turín, Einaudi, 2 tomos, 1937-1939.
BOLLOTEN, Burnett. *The Grand Camouflage: The Communist Conspiracy in the Spanish Civil War*. Londres, Hollis and Carter, 1961.
—, *El gran engaño*. Barcelona, Caralt, 1961.
—, *La revolución española: Las izquierdas y la lucha por el poder*. México, Editorial Jus, 1962.
BORKENAU, Franz. *The Spanish Cockpit*. Londres, Faber, 1937.
BORRAS, Tomás. *Checas de Madrid: Epopeya de los caídos*. Madrid, Escelicer, 1940.
BOWERS, Claude G. *Misión en España, en el umbral de la Segunda Guerra Mundial*. México, Grijalbo, 1955.
—, *My Mission to Spain; Watching the Rehearsal of World War II*. N. Y., Simon and Schuster, 1954.
BRASILLACH, Robert. *Journal d'un homme occupé*. París, Les Sept Couleurs, 1955.
—, *Lettre à un soldat de la classe 60, suivie de textes écrits en prison*. París, Les Sept Couleurs, 1960.
—, *Notre avant-guerre*. París, Plon (1941) 1950.
—, *Poèmes de Tresnes*. París, les Sept Couleurs, 1948.
—, *Les quatre jeudis: Images d'avant-guerre*. París, les Sept Couleurs, 1951.
—, *Les Sept Couleurs*. París, Plon (1939) 1958.
—, BARDECHE, Maurice. Histoire de la guerre d'Espagne. París, Plon, 1939.
—,—, Historia da guerra de Espanha. Traducción y notas de Ferreira da Costa. 2 tomos. Lisboa, Livraria Clássica Editora. 1939-1940.
BRAVO, Francisco. *José Antonio: El hombre, el jefe, el camarada*. Madrid, Ediciones Españolas. 1939.
BRENAN, Gerald. *The face of Spain*. Londres, Turnstile Press, 1950.
—, *The Spanish Labyrinth*. Cambridge, University Press 1943) 1950.
—, *El laberinto español*. París, Ruedo Ibérico, 1962.
—, *Le labyrinthe espagnol*. París, Ruedo Ibérico, 1962.

BRERETON, Geoffrey. *Inside Spain*. Londres, Quality Press, 1938.
*Brigadas internacionales, según testimonio de sus artífices, Las*. Barcelona, C.I.A.S., 1939 (?).
BROUÉ, Pierre; TEMIME, Émile. *La révolution et la guerre d'Espagne*. París, Les Editions de Minuit, 1961.
—,—, *La revolución y la guerra de España*. 2 tomos. México, Fondo de Cultura Económica, 1962.
*Buch der Spanienflieger, Das: Die Feuertaufe der neuen deutsche Luftwaffe*. Editado por Wulf Bley. Leipzig, Hale und Kahler Verlag, 1939.
BUCKLEY, Henry. *Life and Death of the Spanish Republic*. Londres, Hamish Hamilton, 1940.

CABANILLAS, Alfredo. *Hacia la España eterna (Crónica y episodios de la guerra)*. B. A. Editoriales Reunidas, 1938.
CALVO SERER, Rafael. *La literatura universal sobre la guerra de España* (Madrid, Ateneo, 1962).
—, *Los motivos de las luchas intelectuales* (Madrid, Ateneo, 1955).
CALVO-SOTELO, Luis Emilio. *Crítica y glosa de «Un millón de muertos»*. Madrid, «Los Amigos de Calvo Sotelo», 1961.
CAMPBELL, Roy. *The Collected Poems*. Londres, The Bodley Head. Vol. I (1949) 1959; Vol. II (1957) 1961.
—, *Flowering Rifle*. Londres, Longmans, Green, 1939.
—, *Light on a Dark Horse*. Londres, Hollis and Carter. 1951.
—, *Lorca: An Appreciation of his Poetry*. Cambridge, Bowes and Bowes, 1952.
CANTALUPO, Roberto. *Embajada en España*. Barcelona, Caralt, 1951.
—, *Fu la Spagna*. Milán. Mondadori, 1948.
CARDOZO, Harold C. *The March of a Nation*. Londres, Eyre and Spottiswoode, 1937.
CARRO, Venancio D. *Los criminales de guerra según los teólogos-juristas españoles*. Valladolid, Imprenta Provincial. 1946.
—, *La verdad sobre la guerra española*. Zamora, Tipografía Comercial, 1937.
*Carta colectiva de los obispos españoles, La*. París, Imp. Centrale, s. a.

CASTRO, Américo. *España en su historia*. B. A. 1948.
CASTRO ALBARRÁN, A de. *La gran víctima: La iglesia española mártir de la revolución roja*. Salamanca, Los talleres Cervantes. 1940.
—*Guerra Santa: El sentido católico de la guerra española*. Burgos. Editorial Española, 1936.
CATTELL, Cavid T. *Communism and the Spanish Civil War*. Berkeley, University of California Press, 1956.
—, *Soviet Diplomacy and the Spanish Civil War*. Berkeley, University of California Press, 1957.
CIANO, Galeazzo. *Diario. Vol. 1939-1940*. Milán. Rizzoli Editore. (1946) 1950.
CICOGNA, Adelmo. *The Spanish Revolution*. s.l., s.e., s.a.
CIRRE JIMENEZ, José. *De espejo a Madrid, con las tropas del General Miaja. (Relato de un testigo)*. 2.ª edición, Granada, Prieto, 1938.
CLAUDEL, Paul. *A los mártires españoles*. Versión española de Jorge Guillén. Sevilla, Secretaría de Ediciones de la Falange, 1937.
—, *Poèmes et paroles: durant la guerre de trente ans*. París, Gallimard, 1945.
*Clergé basque, Le: Rapports présentés par des prêtres basques aux autorités ecclésiastiques*. París, H.G. Peyre, 1938.
CLEUGH, James. *Spanish Fury: The story of a Civil War*. Londres. George H. Harap and Co.. 1962.
*Cobla Catalunya, La*. Barcelona, 1938 (Thomas).
COCKBURN. Claude. *In Time of Trouble: An Autobiography*. Londres, Rupert Hart-Davis, 1956.
CODE, Joseph B. *The Spanish War and Lying Propaganda*. Nueva York, Paulist Press, 1938.
*Collective Letter of the Spanish Bishops of the War in Spain, The*. Londres. 1937.
COLODNY, Robert. *The Struggle for Madrid. The Central Epic of the Spanish Conflict, 1936-1937*. N. Y.. Paine-Whitrnan, 1958.
COMÍN COLOMER, Eduardo. «Bibliografía de la guerra de liberación» en *Revista de Estudios Políticos*, año XX, vol. XLIII, p. 341-378 (Madrid, 1952).

*Communist Atrocities in Southern Spain, The*. Londres, 1936-1937; Burgos, 1937. (Thomas).
CONILL MATARO, A. *Codo: de mi diario de campaña*. Barcelona, 1954 (Thomas).
*Conquista del Estado. La* Antología y prólogo de Juan Aparicio. Madrid, Ediciones FE, 1939.
*Conversando con Togliatti*. Note biografiche a cura di Marcella e Maurizio Ferrara, con una lettera di Palmiro Togliatti. Roma, Edizioni di Cultura Sociale, 1954.
CÒSTA Junior. *A Espanha sob o terror verrnelho*. Lisboa, Conipanhia Nacional Editora, 1937.
COUFFON, Claude. *A Grenade, sur les pas de García Lorca*. París, Seghen, 1962.
COUGHLIN, REV. CHAS. E. *«Am I an anti-Semite?»* Nine addresses on various «Isms» answering the question. Nov. 6, 1938-Jan. 1. 1939. Detroit, 1939 (Ferrara?).
—, *Why leave our own? 13 addresses on Christianity and Americanism*. January 8-April 2. 1939. Detroit, Mich. 1939.
COWLES, Virginia. *Looking for Trouble*. Londres, Hamish Hamilton, 1941.
COWLEY, Malcolm. *Exile's Return*, N. Y. The Viking Press (1934) 1951.
COX, Geoffrey. *Oborona Madrida*. Moscow, Partizdat, 1937.
CREAC'H, Jeán. *Le cœur et l'épée: Chroniques espagnoles* (París, Plon, 1958).
—, *Defence of Madrid*. Londres, Gollancz. 1937.
CUYAS. Arturo. *Appleton's new English-Spanish and Spanish-English Dictionary*. N. Y. Appleton-Century, 1941.
*Chapaiev: Das bataillon der 21 Nationen*. Ed. por Alfred Kantorowicz, Madrid, 1937.
CHAVEZ CAMACHO, Armando. *Misión de prensa en España*. México, Editorial Jus, 1948.
*Christ or Franco? An answer to the Collective Letter which the Spanish Episcopate issued to the Bishops of the World*. Londres, The Friends of Spain, 1937.

DAHMS, Hellmuth Günther. *Der spanische Bürgerkrieg, 1936-1939*, Tübingen, Rainer Wunderlich Verlag, Hermann Leins. 1962.
DAVILA, Sancho; PEMARTIN, Julián. *Hacia la historia de la Falange: primera contribución de Sevilla*. Tomo l. Jerez. jerez Industrial, 1938.
DAVIS, Frances. *My Shadow in the Sun*. Nueva York, Carrick and Evans, 1940.
DELAPREE. Louis. *Le martyre de Madrid: Témoignages inédits de Louis Delaprée*. Madrid, 1937.
—, *Mort en Espagne*. París, Editions Pierre Tisné, 1937.
DÍAZ DE VILLEGAS, General José. *Guerra de liberación* (La fuerza de la razón). Barcelona, AHR, 1957.
*Documents on German Forcign Policy 1918-1945, from the Archives of the German Foreign Ministry*. Series D (1957-1945) Vol. III *Germany and the Spanish Civil War, 1936-1939*. Londres, HMSO, 1951.
*Documents secrets du Ministere des Affaires étrangeres d'Allemagne: Espagne*. París, Editions Paul Dupont, 1946.
DOS PASSOS, John. *Adventures of a Young Man*. Nueva York, Harcourt, Brace, 1958.
—, *Journeys between Wars*. Nueva York, Harcourt, Broce, 1938.
—, *Most Likely to succeed*. Nueva York, Prentice-Hall, 1954.
—, *Tierra de España*. Buenos Aires, Ediciones lman, 1938.
DRIEU LA ROCHELLE, Pierre. *Gilles*. París, Livre de poche, 1962.
—, *Gilles*. París, Gallimard, 1940.
DZELEPY, E. N. *Franco, Hitler et les alliés (Un précurseur de l'O.T.A.N.)* Bruxelles, les Editions politiques, 1961.

ECHEANDIA, José. *La persecución roja en el país vasco. Estampas de martirio en los barcos y cárceles de Bilbao. Memorias de un ex-cautivo*. Barcelona, Fidel Rodríguez, 1945 (?).
EHRENBOURG, Ilya. *Achto tchelovekou noujno* ... Novela, 1937. 167 p.
—,*Estampas de España*. Buenos Aires, Ediciones Perseo, 1938.
—, *Ispaniia*. Leningrad, Izogiz, 1937. 2 tomos, illus. 102 y 151 p.
—, *Ispanskii zakal*. Moscú, 1938. 176 p.

—, *No pasarán. («Zig komen er niet door»)*. Schetsen uit Spanje door… Arnsterdam-Z, Uitgeverij, «Pegasus», 1937.
—, *¡No pasarán! De la lucha por la libertad de los españoles*. Buenos Aires, Editorial Pampa, 1938.
—, *¡No pasarán! «Ils ne passeront pas». Scènes de la Guerre civile en Espagne*. París, Bureau d'Éditions, 1936. Eisenhower in Spain. Banco Exterior de España, Dic. 1959.
ENRIQUEZ DE SALAMANCA, Jesús. *La Vida en el Alcázar de Toledo*. Diario de Enriquez de Salamanca, p. (7)-58. Copia del diario de Operaciones, p. (61)-91. Valladolid, Librería Santarén. 1937.
*Epopée d'Espagne: Brigades internationales 1936-1939*. 2e édition. París. L'Amicale des anciens volontaires français en Espagne républicaine, 1957.
ERCOLI, M. (pseud. Palmiro Togliatti): *Las características de la revolución española*. Barcelona-Madrid, Ediciones Europa-América, 1936 (?).
ESPAÑA. MINISTERIO DE JUSTICIA. *Causa general*. La dominación roja en España. Avance de la información instruida por el Ministerio Público. Segunda edición revisada. Madrid, Aguado, s.a.
ESTADO ESPAÑOL. MINISTERIO DE LA GOBERNACIÓN. *Dictamen de la comisión sobre ilegitimidad de poderes actuantes en 18 de julio de 1936*. Barcelona, Editora Nacional, 1939.
ESTELRICH, Juan. *La persecución religiosa en España*. Con un poema prefacio de Paul Claudel. Buenos Aires. Editorial difusión. 1937.
—, *La persécution religieuse en Espagne*. Poeme-préface de Paul Claudel. París, Plon, 1937.
—, La persecuzione religiosa in Spagna. Milán, Mondadori, 1937.
*Exposición del plan secreto para establecer un «soviet» en España*. Bilbao, Editora Nacional, 1939.
*Exposure of the Secret Plan to Etablish a Soviet in Spain*. Londres, Friends of National Spain, 1938.

FALDELLA, Emilio. *20 mesi di guerra in Spagna*. Florencia, Felice le Monnier, 1939.

FARMBOROUGH, Florence. *Life and People in National Spain*. Londres, Sheed and Ward, 1938.
FARRERE, Claude. *Visite aux Espagnols (hiver 1937)*. París, Flarnmarion, 1937.
FEIS, Herbert. *The Spanish Story: Franco and the Nations at War*. Nueva York, Knopf, 1948.
FERNSWORTH, Lawrence. *Spain's Struggle for Freedom*. Boston, Beacon Press, 1957.
FERRARI-BILLOCH, F. *¡¡Masones!! Así es la secta: las logias de Palma e Ibiza*. Palma, Tip. Lit. Nueva Balear, 1937.
FISCHER, Louis. *Men and Politics*. Nueva York. Duell, Sloan and Pearce, 1941.
—, *La guerra en España*. Buenos Aires, La Nueva España. 1937.
—, *La guerre en Espagne*. París, Editions Im rimerie Coopérative Étoile. s.a.
—, *Der Krieg in Spanien*. París. Imp. Coop. Loile. 1937.
—, *The War in Spain*, Nueva York, The Nation, 1937.
—, *Why Spain Fights on*. Foreword by C. R. Attlee. Londres, The Union o Democratic Control, s. a.
FOLTZ, JR., Charles. *The Masquerade in Spain*. Boston, Houghton Mifflin 1948.
*Foreign Relations of the United States: Diplomatic Papers 1937*. Vol. 1, Washington, GPO, 1954.
FORELL, Fritz von. *Mölders, Mensch und Flieger*: Ein Lebensbild. Salzburg, Sirius-Verlag, 1951.
FOSS, William; GERAHTY, Cecil. *Arena spagnola*. Milán, Mondadori, 1938.
—;—, *Die spanische Arena*. Stuttgart-Berlín. Rowohlt, 1938 (?).
—;—, *The Spanish Arena*. Foreword by His grace the Duke of Alba and Berwick. Londres, John Gifford Ltd., 1938 (?).
FRAGA IRIBARNE, Manuel. *Publicaciones*. Madrid, s.e., 1962.
FRANCESCHI, Gustavo. *En el humo del incendio*. Buenos Aires. Editorial Difusión 1938.

FRANCO BAHAMONDE, Francisco. *Palabras del Caudillo*: 19 abril 1937 - 7 diciembre 1942. Tercera edición. Madrid, Editora Nacional. 1943.
*Franco ha dicho*. Segundo apéndice (comprende de 1.º abril 1949 a 1.º abril 1951). Madrid, Ediciones VOZ, 1951.
*Franco ha dicho*. Primer apéndice (Contiene de 10. enero 1947 a 1.º abril 1949). Madrid, Ediciones Voz, 1949.
*From Spanish Trenches*. Recent Letters frorn Spain. Collected and edited by Marcel Acier. Nueva York, Modern Age Books, Inc., 1937. (i-xxi-xvi) 1-23-199 p. 2 h. Colaboraciones de Jay Allen, Dr. Edward K, Barsky, Mildred Rackley, Ray Harris, Fredericka Martin, Rose Freed, Lini Fuhr, Christopher Cross, jef Last, Lambert Beekmans, Pablo de la Torriente Brau, Alfred Kantorowicz, George Felix, Wili, Hans Marchwitza, Arnold, Fritz Meunster, Bodo Uhse, David Cook, Ilya Ehrenbourg, Frank Ryan, Joe Monks, Bill Scott, Ramón de Laborda, Henry Hart, Herbert L. Matthews, Paul Burns, Charles O'Flaherty, Ed O'Flaherty, Sheldon jones, David Jones, Robert Munson Taylor, Ben Leider, Ed Erik, Hank, Pete, Leon Davis, Abe Feldman, Jack Kalleborn, Jarnes Hawthorne, Teresa Aznar.
FUEMBUENA, Eduardo. *Belchite-Quinto-Teruel: Guerra en Aragón*. Zaragoza, Heraldo de Aragón, 1938.
FUHRING, Hellrnuth H. *Wir funken für Franco*: Einer von der Legion Condor erzählt. Gütersloh, C. Bertelsmann, 1939.

GALLAND, Adolf. *Die Ersten und die Letzten: Die Jagdflieger im zweiten, Weltkrieg*. Darrnstadt, Frank Schneekluth, 1953.
—, *Memorias: «Los primeros y los últimos»* Prólogo a la edición española del General Francisco Fernández-Longoria, jefe del Estado Mayor del Aire. Barcelona, AH R, 1955.
GARCÍA LORCA, Federico. *Poeta en Nueva York*. Con cuatro dibujos originales. Poema de Antonio Machado. Prólogo de José Bergarnín. México, Editorial Séneca, 1940.
GARCÍA MERCADAL, J. *Aire, tierra y mar (Los episodios más gloriosos de la gesta española)*. 1er año Triunfal. Zaragoza, Heraldo de Aragón, 1938.

GARCÍA VENERO, Maximiano. *Historia de las Internacionales en España (III). 1936-1939. Guerra de Liberación*. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1957.
GELLHORN, Martha. *The Face of War*. New York, Simon and Schuster, 1959.
*Georges Bernanos*: Essais et térnoignagos réunis par Albert Béguin. Neuchâtel, Éditions de la Baconnière; París, Editions du Seuil, 1949.
GEORGES-ROUX. *La guerre civile d'Espagne*. París, Fayard, 1963.
GERAHTY, Cecil. *The Road to Madrid*. Londres, Hutchinson and Co., 1937.
GIRONELLA, José María. *Los cipreses creen en Dios*. Barcelona, Planeta, 1953.
—, *Un millón de muertos*. Barcelona, Planeta. 1961.
*God That Failed, The*. Editor: Richard Crossman. N. Y., Bantam Books, 1951.
GODDEN, Gertrude M. *Conflict in Spain, 1920-1937. A Documented Record*. Londres, Burns Oates and Washbourne, 1937.
GOEBBELS, Joseph. *Die Wahrheit über Spanien*. Berlín, 1937?
GOLLONET, Ángel; MORALES, José. *Rojo y azul en Granada*. Granada, Librería Prieto, 1937.
GOMÁ Y TOMAS, Isidro. *Por dios y por España*: Pastorales - Instrucciones - Pastorales y artículos - Discursos - Mensajes - Apéndice, 1936-1939. Barcelona, Rafael Casulleras, 1940.
GOMEZ OLIVEROS, Benito. Con la colaboración del teniente general José Moscardó. *General Moscardó (sin novedad en el Alcázar)*. Barcelona, Editorial AHR. 1956.
GORDON, Sydney; ALLAN, Ted. *The Scalpel, the Sword: The Story of Dr. Norman Bethune*. Londres, Robert Hale (1954) 1956.
GORKIN, Julían. *La muerte en las manos*. Prefacio de John Dos Passos. B. A., Editorial Claridad, 1956.
—, *La muerte en las manos*. Prefacio de John Dos Passos. 2.1 edición. México, Libro Mex, 1959.
GRALL, Xavier. *François Mauriac journaliste*. París, les éditions du Cerf. 1960.

GUARDIOLA, Antonio. *Barcelona en poder del Soviet*. (El infierno rojo). Relato de un testigo. Barcelona, Maucci, s. a.
GUERMAN, Yuri. *Esta es tu causa*. Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, s. a. Primer tomo.
*Guerra de liberación nacional, La*. (Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1961).
GUNTHER, John. *Inside Europe*. Nueva York, Harper, 1938.

HAMILTON, Thomas J. *Appeasement's Child. The Franco Regime in Spain*. Nueva York. Alfred A. Knopf, 1943.
—, *La España de Franco* (México, Nuevo Mundo, 1943).
—, *Appeasement's Child. The Franco Regime in Spain*. Londres, Gollancz, 1943.
HARDY, Frank J. *Power Without Glory*. Leipzig, Paul List Verlag, 1956. 2 tomos.
HART, Merwiri K. *America: Look at Spain*. Nueva York, 1939.
HARRINGTON, *Sir* Charles. *Tim Harrington Looks Back*. Londres, John Murray, 1940.
HAVARD DE LA MONTAGNE, Robert. *Histoire de l'Action franqaise*. París, Amiot-Dumont, 1950.
HAYES, Carlton J. H. *Wartime Mission in Spain*. Nueva York, Macmillan (1945) 1946.
—, *Misión de guerra en España*. Madrid, E.P.E.S.A., 1946.
*Heart of Spain, The*. Anthology of fiction, non-fiction and poetry. Edited by Alvah Bessie. N. Y., Veterans of the Abraham Lincoln Brigade, 1952.
HELLMAN, Lillian. *Four Plays by Lillian Hellman*. Nueva York The Modern Library, 1942.
HEMINGWAY, Ernest. *The Fifth Column and the First Forty-nine Stories*. N. Y., Collier. 1938.
—, *For Whom the Bell Tolls*. Nueva York, Scribner, 1940.
—, *The Spanish Earth*. Cleveland, The J. B. Savage Co., 1938.
—, *Man at War*. Nueva York, Crown, 1942.
—, *The Spanish War*. (Fact, no. 16, July, 1938). Londres.

HERICOURT, Pierre. *Arms for Red Spain*. Londres, Burns Oates and Washbourne. 1937 (?).
—, *Pourquoi Franco a vaincu*. Prólogo del general Franco. París, Editions Baudinicre, 1939.
—, *Pourquoi Franco vaincra*. Préface de Charles Maurras. París, Editions Baudiniire, 1936.
—, *Pourquoi mentir? L'aide franco-soviétique à l'Espagne roug*e. París, Editions Baudiniire. 1937.
—, *Les Soviets et la France: Fournisseurs de la Révolutione spagnole*. Les docurnents photographiés et recueillis par l'auteur. París, Editions Baudinitre. 1938.
HERNÁNDEZ, Jesús. *Yo fui un ministro de Stalin*. México, Editorial América, 1953 ( 2.ª edición).
HERNÁNDEZ. Miguel. *Obra escogida*. B. A., Aguilar, 1958.
HERNÁNDEZ PETIT, Juan. *Vidas ilustres*. (1) Burgos, Rayfe. 1938.
HEROLD-PAQUIS. Jean. *Des illusions… désillusions!* (15 août 1944 - 15 août 1945). París, Bourgoin, 1948.
HEUSSLER, André. *Avec les héros de la liberté: Espagne 1936-1937*. París, Editions du Comité international d'aide au Peuple espagnol, 1937.
G. DE LA HIGUERA Y VELASQUEZ, Alonso; MOLINS CORREA, Luis. *Historia de la revolución española: tercera guerra de independencia: escorzos* (Cádiz, Cerón, 1940).
*Historia de la Cruzada Española*. 8 tomos. Madrid, Ediciones Españolas, 1940-1944.
HOARE, Samuel. *Ambassador in Special Mission*. Londres, Collins, 1946.
HODGSON, Sir Robert: *Franco frente a Hitler*. Barcelona, Editorial AHR. 1954.
—, *Spain Resurgent*. Londres, Hutchinson, 1953.
HOGGART, Richard. *W, H. Auden*. Londres, The British Council. [1957] 1961.
*Homenaje de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación a su presidente perpetuo José Calvo Sotelo que ofrendó su vida por Dios y por España el 13 de julio de 1936*. Madrid, 1942.

HOPKINSON Tom. *George Orwell*. Londres, The British Council (1955) 1962.
*How Mussolini Provoked the Spanish Civil War*. Londres, United Editorial, 1938.
HOYOS, Max. *Pedros y Pablos: Fliegen erleben kampfen in Spanien*. Munich, Bruckrnann, 1941.
HUGHES, Emrnet John. *Report from Spain*. Nueva York, Henry Holt, 1947.

INGLÉS, Martín. *Bajo las garras del S.I.M. Las chekas de Cataluña*. Barcelona, Librería Editorial Religiosa, 1940.
*International Brigades, The*. Madrid, Office of Diplomatic Information, 1948.
IRIBARREN, José, María. *Con el general Mola: Escenas y aspectos inéditos de la guerra civil*. Zaragoza, Librería General, 1937.
—, *El general Mola*. Segunda edición. Madrid, Editora Nacional, 1945.
—, *Mola: datos para una biografía y para la historia del Alzamiento nacional*. Zaragoza, Heraldo de Aragón, 1938.
ISORNI, Jacques. *Le procès de Robert Brasillach* (19 janvier 1943). París, Flammarion, 1946.
ITURRALDE Juan De. *El catolicismo y la cruzada de Franco*. Quienes y con qué fines prepararon la guerra (Ligugé [Vienne], Editorial Egui-lndarra, 1955).
—, *El catolicismo y la cruzada de Franco*: Su carácter inicial (Ligugé [Vienne], Editorial Egui-lndarra, 1960).

JELLINEK, Frank. *The Civil War in Spain*. Londres, Gollancz, 1938.
JERROLD, Douglas. *Georgian Adventure*. Londres, Collins, 1937.
—, *The issues in Spain*: Two articles reprinted from *The American Review*. Nueva York, The American Review, 1937.
—, *Spain: Impressions and Reflections Reprint from The Nineteenth Century and After*. April 1937, p. 470-492, Londres, 1937?
JOUBERT, vice-amiral H. *La guerre dsEspagne et le Catholicisrne (Réponse a M. Jacques Maritain)*. Les Amis de l'Espagne nouvelle. París,

S.G.I.E., 1937.
JOUBERT, H. *L'Espagne de Franco: Synthèse de trois conférences données du 17 janvier au 10 février 1938*. Les Amis de l'Espagne nouvelle. París, Sorlot, 1938.
Journalist, A. *Foreign Journalists under Franco's terror*. Londres, United Editorial, 1938?
JUDERÍAS, Julián. *La leyenda negra: Estudios acerca del concepto de España en el extranjero*. 13.ª edición. Madrid, Editora Nacional. 1954.
—, La reconstrucción de la historia de España desde el punto de vista nacional: Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en el acto de su recepción pública por el Excmo. señor Don Julián Juderías y Loyot y por el Excmo. señor Don Jerónimo Bécker y González… el día 28 de abril de 191 8. Madrid, Imprenta Clásica Española, 1918.
JUNCO, Alfonso. *España en carne viva*. México, ediciones Botas, 1946.
JUNOD, Marcel. *Le troisième combattant*. París. Payot, 1947.

KAMINSKI, Hans-Erich., *Ceux de Barcelone*. París, Denoel, 1937.
—, *Quelli di Barcellona*, Verona. Mondadori, 1950.
KEMP, Peter. *Legionario en España*. Barcelona, Caralt, 1959.
—, *Mine Were of Trouble*. Londres, Cassell, 1957.
KESTEN, Herniann. *De Kinderen van Guernica*. Preface by Thomas Mann. Amsterdam, Bijenreeks, 1955.
—, *The Children of Guernica*. N. Y. Alliance-Longmans, Green, 1939.
—, *Les enfants de Guernica*. Prólogo de Thomas Mann. París, Calmann-Levy, 1954.
—, *Die Kinder von Gernika*. Prólogo de Thomas Mann. Hamburg, Rowohlt. 1955.
KNICKERBOCKER, H. R. *The Siege of Alcázar* [sic]. *A Warlog of the Spanish Revolution*. Philadelphia, David McKay Company. 1936.
KNOBLAUGH, H. Edward. *Correspondent in Spain*. Nueva York Sheed and Ward, 1937.
KOESTLER, Arthur. *Dialogue with Death*. Harmondsworth, Penguin, s.&
—, *Dialogue with Death*. Nueva York, Macmillan, 1942.
—, *Diálogo con la morte*. Milán, Bompiani. 1947.

—, *L'Espagne ensanglantée*. París, Editions du Carrefour, 1937.
—, *The Invisible Writing*. Londres, Collins-Hamish Hamilton, 1954.
—, *Menschenopfer unerhört, ein Schwarzbuch über Spanien*. París, Editions du Carrefour, 1937.
—, *Ein spanisches Testament*. Zürich, Europa-Verlag, 1938.
—, *Spanish Testament*. Londres, Gollancz. 1937.
—, *Un testament espagnol*. París, Michel. 1939.
KOLTSOV, Mijail. *Diario de la guerra de España*. París, Ruedo Ibérico, 1963.
—, *Diario della guerra di Spagna*. Milán, Schwarz Editore, 1961.
—, *Ispanskii dnevnik*. Moscow, Khudozhestvennaia literatura, 1938.
—, *Ispanskii dnevnik*. Moscow, Sovetskii pisatel. 1957.
KRIVITSKY, Walter. *La Garra de Stalin en España*. Argentina, Editado por la Agrupación Amigos C.N.T. F.A.I. (¿1939-1940?).
—, *In Stalin's Secret Service*. Nueva York. Harper. 1939.
—, *I was Stalin's Agent*. Londres, The Right Book Club, 1940.
—, *Yo, jefe del Servicio Secreto Militar Soviético*. Prólogo y notas Mauricio Carlavilla «Mauricio Karl». Traducido del ruso por M. B. Madrid, Editorial NOS, 1947.

LAMOUR, Philippe; CAYATTE, André. *Sauvons la France en Espagne*. París, Baudiniere, 1937.
LANGDON-DAVIES, John. *Behind the Spanish Barricades*. Londres, Martin Secker and Warburg Ltd. 1936.
—, *Behind the Spanish Barricades*. Nueva York, M. McBride, 1936.
—, *The Spanish Church and Politics*. Nueva York. American Friends of Spanish Democracy, 1938.
—, *Air Raid. The Technique of Silent Approach: High Explosive: Panic.* Londres, Routledge, 1938.
—, *Detrás de las barricadas españolas*. Santiago de Chile, Empresa Letras, 1937.
LARGO CABALLERO, Francisco. *Mis recuerdos: cartas a un amigo*. Prólogo y notas de Enrique de Francisco. México, D. F., Editores Reunidos, 1954.

LAST, Jef. *Blaedkoraal. Anti-Fascistische Verzen uit de Spaansche Loop graven en op «het conflict» Italie-Abessinie*. Amsterdam Uitgeverij «De Ploeg,» S.F.
—, *Brieven uit Spanja*. Amsterdam Uitgeverij contact, s. f.
—, *In de Loopgraven voor Madrid*. 2.e Serie Brieven van het spaansche Front. 2" druk. Amsterdam. Uitgeverig Contact, s.f.
—, *Lettres d'Espagne*. París, Gallimard, 1938.
—, *De spaansche Tragedie*. Amsterdam, Uitgeverij Contact, 1938.
—, *The Spanish Tragedy*. Londres, Rou-tledge, 1939.
LEHMANN, John. *New Writing in Europe* (Harmondsworth, Penguin Books, 1940.
LESORT, Paul-André. *Paul Claudel par lui-même*. París, Seuil, 1963.
LEWIS, Wyndham. *Count Your Dead - They are Alive!* Londres, Lovat Dickson, 1937.
LINDBAEK, Lise. *Bataljon Thälmann*. Oslo, Tiden Norsk Forlag, 1938.
—, *Internationella Brigaden*. Estocolmo, 1939 (Thomas).
—, *Spania og vi*. Oslo, Dreyers Forlag, 1946.
*Lista de obras ingresadas en la Biblioteca Nacional desde la liberación de Madrid hasta 1940*. Madrid, 1940.
LIZARRA, A. DE. *Los vascos y la República española: Contribucción a la historia de la guerra civil, 1936-1939*, Buenos Aires, Editorial Vasca Ekin, 1944.
LIZARZA IRIBARREN, Antonio. *Memorias de la conspiración: cómo se preparó en Navarra la Cruzada, 1931-1936*. Tercera edición. Pamplona, Editorial Gómez. 1954.
LIZÓN GADEA, Adolfo. *Brigadas internacionales en España*. Madrid, Editora Nacional, 1940.
LONGO, Luigi (Gallo). *Le brigate internazionali in Spagna* Roma, Editori Riuniti, 1956.
—, *Die internationalen Brigaden in Spanien*. Berlín. Rütten und Loening, 1958.
LÓPEZ-SANZ, Fancisco. *¿Un millón de muertos?... Pero con ¡héroes y mártires!* Pamplona, Editorial Gómez, 1963.

LOVEDAY, Arthur F. *Spain, 1923-1948: Civil War and World War*. Ashcott, The Boswell Publishing Co., 1949 (?)
—, *World War in Spain*. Foreword by *Sir* Arnold Wilson. Londres, John Murray, 1939.
LUNN, *sir* Arnold. *And yet so new*. Londres, Sheed and Ward, 1958.
—, *Memory to Memory*. Londres, Hollis and Carter, 1956.
—, *Spain and the Christian Front*. Nueva York, The Paulist Press, 1937 (?).
—, *Spain: the Unpopular Front*. Londres. Catholic Truth Society, June 1937.
—, *Spanish Rehearsal*. Londres. The National Book Association, Hutchinson and Co., 1937 (?).
—, *Spanish Rehearsal*. Nueva York, Sheed and Ward, 1937.
—, *The unpopular front*. Londres, Burns, Oates and WashbourneLtd. 1937 (?).

MABILLE. Léon. *Cinq semaines en Espagne avec le Bataillon Henri Barbusse*. París, Mouvement populaire «Paix et Liberté», 1937 ( 2).
MCCULLAGH, Francis. *In Franco's Spain*. Londres, Burns, Oates and Washbourne. 1937.
MACLENNAN, Hugh. *The Watch that Ends the Night*. Nueva York, Scribner's, 1959.
MCNEILL-MOSS, Major Geoffrey. *The Legend of Badajoz. Being an extract from «the Siege of Alcázar»*. Londres, Burns Oates and Washbourne Ltd., 1937. Second impression.
—, *The Siege of Alcázar* (sic). *A history of the siege of the Toledo Alcázar*, 1936. Nueva York, Alfred A. Knopf, 1937.
—, *The Epic of the Alcázar. A history of the Siege of the Toledo Alcázar, 1936*. Londres, Rich and Cowan, 1937.
MADARIAGA, Salvador de. *España*, B.A., 1955.
—, *General, márchese usted*. Nueva York, Ediciones Ibérica, 1959.
—, *Spain*. Londres, J. Cape, 1942.
—, *Spain: A Modern History*. Nueva York Praeger, 1958.
*Madariaga versus Madariaga*. s.l., s.e., s.a.

MAEZTU, Ramiro de. *Defensa de la Hispanidad*. 3.ª edición. Valladolid, [Aldus, Santander] 1938.
MALRAUX, André. *Days of Hope*. Londres, Routledge, 1938.
—, *La esperanza*. Santiago de Chile, Ercilla, 1938.
—, *L'Espoir*. París, Gallimard, 1937.
—, *Man's Hope*. N. Y., Random House, 1938.
MANERO, José Sebastian. *Ici! Radio nationale d'Espagne*. 2ed. Cahors? Imp. A. Couselant, 1939.
MANN, Thomas. *Achtung, Europa! Aufsätze zur Zeit*. Estocolmo. Bermann-Fischer, 1938.
—, *Advertencia a Europa*. Prólogo de André Gide. Sur, Buenos Aires 1938.
—, *Avertissement A l'Europe*. Prólogo de André Gide. París, Gallimard, 1937.
MARQUPS-RIVIERE, Jean. *Comment la Franc-Maçonnerie fait une révolution*. París, Baudiniere, 1936.
MARRERO, Vicente. *La guerra española y el trust de cerebros*. Madrid, Ediciones Punta Europa, 1961.
MARSHALL, Bruce. *The Fair Bride*. Londres, Constable, 1953.
MARTINEZ LEAL, Alfredo. *El asedio del Alcázar de Toledo: Memorias de un testigo*. Toledo, Editorial Católica Toledana, 1937.
MASSIS, Henri. *Chefs: Les dictatures et nous*. París, Plon, 1939.
—, *Maurras et notre temps*. París-Ginebra, La Palatine, 1951.
—, *Maurras et notre temps: entretiens et souvenirs*. Édition définitive augrnentee de documents inédits.
—, BRASILLACH, Robert. *Los cadetes del Alcázar*. Santiago de Chile, Ercilla. 1937.
—,—, *Los cadetes del Alcázar* (La epopeya de Toledo). Buenos Aires, Prensa Argentina s. a.
—;—, *Les cadets de l'Alcázar*. París, Plon, 1936.
—;—, *The Cadets of the Alcázar*. Nueva York, The Paulist Press, 1937 (?).
—;—, *La guerra civile in Spagna, tra le rovine dell'Alcázar*. Milán, Bietti. 1936.
—;—, Kadetterna i Alcázar. Estocolmo, Svea Rikes Forlag, 1937.

—;—, *Le siège de l'Alcázar*. Prólogo del General Moscardó. París, Plon, 1939.
MATTHEWS, Herbert L. *Two Wars and More to Come*. Nueva York, Carrick and Evans. 1938.
—, *The Education of a Correspondent*. Nueva York, Harcourt, Brace and Co.. 1946.
—, *Esperienze della guerra di Spagna*. Bari, Gius. Laterza i Figli. 1948.
—, *The Yoke and the Arrows. A Report on Spain*. Nueva York, George Braziller, Inc. 1957.
—, *The Yoke and the Arrows. A Report on Spain*. Londres, Heinemann, 1958.
MAURRAS, Charles. *Vers l'Espagne de Franco*. París, Editions du livre moderne, 1943.
—, PUJO, Maurice. *Au grand juge de France: Requête en révision d'un arrêt de Cour de justice*. París, Editions de la Seule France, 1949.
MENDIZABAL, Alfredo. *Aux origines d'une tragédie: la politique espagnole de 1923 a 1936*. Préface de Jacques Maritain. París, Desclis de Brouwer, 1937.
—, *The Martyrdorn of Spain: Origins of a Civil War*. Prólogo de Jacques Maritain. Londres, Geoffrey Bles: The Centenary Press, 1938.
—, *Spaniens Martyriurn: Kallorna till en tragedi*. Estocolmo, Bokforlaget Narur och Kultur, 1938. Prof. Alfred Mendizábal och del Spanska Problemet' av jacques Maritain, p. 231-242.
MENENDEZ-REIGADA, Ignacio G[onzález]. *Acerca de la «guerra santa»: contestación a M. J. Maritain*. (De «La Ciencia Tomista»). Salamanca, Imp. Comercial Salmantina, 1937.
—, *La guerra nacional española ante la moral y el derecho*. (De «La Ciencia Tomista»). Bilbao, Editora Nacional, 1937.
MERIN, Peter. *Spain between Death and Birth*. N. Y., Dodge, 1938.
—, *Spanien zwischen Tod und Geburt*. Zurich, Jean-Christophe Verlag, 1937.
MIGUEL, Florindo de. *Un cura en zona roja*. Barcelona, Editorial «Tip. Cat. Casals», 1936.

MITFORD, Jessica. *Daughters and Rebels*. Boston. Houghton Mifflin, 1960.
*Mölders und seine Manner*. Editado por Major Fritz von Forell. Graz, Steirische Verlaganstalt, 1941.
MONTERO MORENO, Antonio. *Historia de la persecución religiosa en España, 1936-1939*. Madrid, Biblioteca de autores cristianos, 1961.
MONTHERLANT, Henry de. *Le chaos et la nuit*. París, Gallimard, 1963.
MONTSERRAT, Víctor. *Le drame d'un peuple incompris: la guerre au pays Basque*. París, H.G. Peyre. 1937.
—, *Le drame d'un peuple incornpris: la guerre au pays Basque*. París, H.-G. Peyre, 1938.
MORESCO, Luigi, *Spagna cattedra di fedee di eroismo*. Roma, A. V. E., 1939.
MORFIN GONZALEZ, Adalberto; LLAGUNO, José A.; SCHEIFLER, Francisco Xavier. *Trilogía de Hispanidad*. México, JUS, 1948.
MORTARI. Curio. *Con gli insorti in Marocco e Spagna*. Milán, Fratelli Treves Editori, 1937.
MOSCARDÓ, general. *Diario del Alcázar*. Prólogo por Joaquín Arrarás. Diario de Operaciones, p. 27-108. Extractos de «El Alcázar» p. 113-199. Mundo católico y la carta colectiva del episcopado español, El. Burgos, Rayfe, 1938.

NELSON. Steve. *Die Freiwilligen*. Berlín, Dietz Verlag, 1955.
—, *The Volunteers*. Nueva York, Mases and Mainstream, 1953.
—, *The Volunteers*. Berlín, Seven Seas, 1958.
NENNI, Pietro. *La guerre d'Espagne*. París, Maspero, 1959.
—, *Spagna: a cura di Giœtta Dallò*. Milán-Roma, Edizioni Avanti. 1958.
*¡No pasarán! Romanzero aus dem Freiheitskampf des spanischen Volkes 1936-1939*. Herausgegeben und übertragen von Horst Lothar Teweleit. Berlín, Rütten und Loening, 1959.
NORMAN, James. *The Fall of Dark*. Philadelphia. N. Y., Lippincott, 1960.
NORTH, Joseph. *Men in the Ranks: The Story of 12 Americans in Spain*. Prólogo de Ernest Hemingway. Nueva York, Friends of the Abraham Lincoln Brigade, March, 1939.

*Nuevo Estado Español, El. Veinticinco años de Movimiento Nacional, 1936-1961*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1961.
NUNES, Leopoldo. *A Guerra em Espanha! (Dois meses de reportagem nas frentes da Andaluzia e da Estremadura)*. Lisboa, Sociedade Nacional de Tipografía, 1936.
—, *La Guerra en España. (Dos meses de reportaje en los frentes de Andalucía y Extremadura)*. Granada. Librería Prieto, 1937.
—, *Madrid trágica (dos primeiros tiros a derrocada final)* 2.º Volume de «A Guerra em Espanha». Lisboa, Sociedade Nacional de Tipografia, 1937.
—, *Madrid trágico*. Cádiz, Establecimientos Cerón, 1938.
NUÑEZ MORGADO, Aurelio. *Los sucesos de España vistos por un diplomático*. Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentinos L.J. Rosso, 1941.

ODETTI DI MARCORENGO, Francesco. *Trenta mesi nel Tercio*. Roma, Casa Editrice M. Carra, 1940.
O'DUFFY, Eion. *Crusade in Spain*. Londres. Robert Hale; Dublín, Browne and Nolan, 1938.
OLAGÜE, Ignacio. *La decadencia española*, San Sebastián, Librería Internacional, 19…?.
—, *La decadencia española*, 4 tomos. Madrid, Editorial Mayfe, 1950-1951.
OLDEMIRO, César. *«A guerra, aquelle monstro…» Dois meses nas Asturias entre soldados galegos*. Lisboa, Parceria António Maria Pereira, 1937.
OLIVEIRA, Mauricio de. *Aguas de Espanha, zona de guerra*. Lisboa, Parceria António Maria Pereira, 1938.
—, *Aguas de España, zona de guerra*. Cádiz, Establecimientos Cerón, 1939.
—, *Las dos Españas en el mar*. Cádiz, Establecimientos Cerón, 1939.
—, *As duas Espanhas no mar*. Lisboa. Parceria António Maria Pereira, 1937.
—, *Marinos de España en guerra*, Cádiz, Establecimientos Cerón, 1938.
—, *Marinheiros da Espanha em Guerra*. Lisboa, Parceria António Maria Pereira. 1937.

—, *A tragedia espanhola no mar*. Lisboa, Parceria António Maria Pereira, 1936.
—, *La tragedia española en el mar*. Cádiz, Establecimientos Cerón, 193 9
OLSSON, Sixten. *Spanska Frontminnen*. Estocolmo, Arbetarkulturs Forlag, 1938.
*Onésimo Redondo: Caudillo de Castilla*. Valladolid, Ediciones Libertad, 1937.
ORIZANA, G.; LIEBANA, José Manuel Martín. *El Movimiento nacional: Momento, espíritu, jornadas de adhesión, el 18 de julio en toda la nueva España*. Valladolid. Imp. Francisco G. Vicente, 1937?
ORTEGA Y GASSET, José. *España invertebrada*. Segunda edición, Madrid, Calpe, 1922.
ORWELL, George. *La Catalogne libre*, 1936-1937. París, Gallimard, 1955.
—, *Homage to Catalonia*. Londres, Secker and Warburg, 1938.
—, *Homage to Catalonia* Nueva York Harcourt, Brace, 1952.
—, *Omaggio alla Catalogna*. Verona, Mondadori, 1948.
—, *England Your England*. Londres, 1953.
OSBORNE, John. *Look Back in Anger*. Londres, Faber, 1960.
OSSORIO, Ángel. *Vida y sacrificio de Companys*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1943.

PACCIARDI, Randolfo. *Il battaglioni Garibaldi: Volontari italiani nella Spagna Republicana*. Lugano, Nuove edizioni di Capolongo. 1938.
—, *Il battaglione Garibaldi: Volontari italiani nella Spagna republicana*. Roma, Edizioni de La Lanterna, 1945.
PACKARD, Reynolds and Eieanor. *Balcony Empire; Fascist Italy at War*. Londres, Chatto and Windus, 1943.
PARIS, Edmond. *Le Vatican contre l'Europe*. París, Fischbacher, 1959.
PATTEE, Ricardo. *Informe sobre España*. México, Editorial Jus, 1948.
—, ROTHBAUER, A. M. *Spanien, Mythos und Wirklichkeit*. Graz, Verlag Styria, 1954?
PATTEE, Richard. *This is Spain*. Milwaukee. Bruce, 1951.
PAUL, Elliot. *The Life and Death of a Spanish Town*. Nueva York, Random House, 1937.

PAYNE, Stanley G. *Falange: A history of Spanish fascism*. Stanford. California; Stanford University Press. Londres, Oxford University Press, 1962.
PEIRO, Juan. *Problemas y cintarazos*. Rennes, Imprimeries Réunies, 1946.
PEMAN, José María. *Arengas y crónicas de guerra*. Cádiz, Establecimientos Cerón, 1937.
—, *La poema de la bestia y del ángel*. Zaragoza, Ediciones Jerarquía, abril, 1938.
PERRIN. J. M. and THIBON, G. *Simone Weil, telle que nous l'avons connue*. París. Editions du Vieux Colombier, 1962.
PERRINO, F. «Bibliografía de la cruzada española (1936-1939)», en *Boletín*, Dirección general de Archivos y Bibliotecas, año III, núm. XIX. Madrid. abril-mayo 1954.
PHILIPS, A. V. *Spain under Franco*. Londres, United Editorial, 1940.
PIAZZONI, Sandro. *Las tropas Flechas Negras en la guerra de España (1937-1939)*. Barcelona, Editorial Juventud, 1941.
PICON, Gaetan. *Malraux par lui-même*. París, Seuil. 1959.
PITCAIRN, Frank. *Als Reporter und Mitkampfer im spanischen Bürgerkrieg*. Mit einem Nachwort von Ralph Bates. Moskau, Verlagsgenossenchaft auslandischer Arbeiter in der UDSSR, 1937.
—, *Reporter in Spain*. Moscú, Co-Operative Publishing Society of Foreign Workers in the USSR, 1937.
—, *Reporter in Spain*, con Introducción de Ralph Bates. Londres, Lawrence and Wishart, 1936.
—, *Reporter og Soldat i Spanien*, prólogo de Ralph Bates. Oversat af Ove Brusendorff. Kobenhavn, Mondes Forlag, 1937.
—, *Spanskt Front Reportage*, med prólogo de Ralph Bates. Estocolmo, Arbetarkulturs Forlag, 1936.
*Play-bill* for the Alvin Theatre, The. *The Fifth Column*. Nueva York, 1940.
PLENN, Abel. *Wind in the Olive Trees: Spain from the Inside*. Nueva York, Boni and Gaer, 1946.
*Poems for Spain*. Edited by Stephen Spender and John Lehmann. Introducción de Stephen Spender. Londres, The Hogarth Press, 1939.

*Poesía inglesa de la guerra española*. Editor, traductor: William Shand, Alberto Girri. B. A., Librería y Editorial El Ateneo, 1947.
*Poetas en la España leal*. Madrid-Valencia, Ediciones Españolas, 1937.
*Politische Ordnung und menschliche Existenz*. Festgabe für Eric Voegelin zum 60. Geburtstag. Munich, Verlag C. H. Beck, 1962.
PONCINS, Léon de. *Histoire secrete de la révolution éspagnole*. París, Beauchesne, 1938.
PORTELA, Arthur. *Nas trincheiras de Espanha*. Lisboa, Parceria Antonio Maria Pereira, 1937.
—, *En las trincheras de España*. Cádiz, Establecimientos Cerón, 1937.
Portugal ante la guerra civil de España: documentos y notas. Lisboa, SPN, s.a.
POWELL, Anthony. *Casanova's Chinese Restaurant*. Londres, Heinemann, 1960.
*A preliminary Official Report on the Atrocities Committed in Southern Spain in July and August, 1936, by the Communist Forces of the Madrid Government*, junto a un breve apunte histórico de los eventos recientes en España. Londres, Eyre and Spot tiswoode, 1936.
PRIETO, Indalecio. *Cómo y por qué salí del Ministerio de la Defensa Nacional: Intrigas de los rusos en España*. México, Impresos y Papeles, 1940.
PRIMO DE RIVERA, José Antonio. *Obras Completas: Recopilación y ordenación de los textos originales hechas por los camaradas Agustín del Río Cisneros y Enrique Conde Gargollo*. Madrid, Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular, 1945.
*Procès de la radio: Ferdonnet et Jean Hérold-Paquis. Les* Compte rendu sténographique. París, Editions Albin Michel, 1947.
*Prospettive*. N.º 6. *Italiani in Spagna*. Roma, 1939 (?).
*Protocolos de los sabios de Sión, Los*. Valladolid-Palencia, ediciones Libertad Afrodisio Aguado, 1933?
*Protocolos de los sabios de Sión, Los: Los peligros judío-masónicos*. Traducción española del Duque de la Victoria. Madrid, Ediciones FAX, [Ediciones RAYFE] 1936.

PUCCINI, Darío. *Romancero della resistenza spagnola (1936-1959)*. Milán, Feltrinelli Editore, 1960.
PUJALS, Esteban. *España y la guerra de 1936 en la poesía de Roy Campbell*. Madrid, Atendo, 1959.

*Que se passe-t-il en Espagne? Le problème du socialisme espagnol*. Madrid [Cedesa] 1959.
QUINTANILLA, Luis. *All the Brave: Drawings of the Spanish War*. Preface by Ernest Hemingway; Text by Elliot Paul and Jay Allen. Nueva York, Modern Age Books, 1939.

*Ralph Fox: A writer in arms*. Edited by John Lemmann, T. A. Jackson, C. Day Lewis. Londres, Lawrence and Wichart, 1937.
RAMOS-OLIVEIRA, Antonio. *Historia de España*. 3 tomos. México, Cía. General de Ediciones, 1952.
—, *Politics, Economics and Men of Modern Spain, 1806-1946*. Londres, Gollancz, 1946.
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. *Diccionario de la lengua española*. Madrid, 1939.
REGLER, Gustav. *The Great Crusade*. Prólogo de Ernest Hemingway. Nueva York, Longmans, Oréen, 1940.
—, *The Owl of Minerva: The Autobiography of... Gustav Regler*. Londres, Rupert Hart-Davis, 1959.
—, *Das Ohr des Malchus: Eine Lebensgeschichte*. Colonia-Berlín, Kiepenheuer und Witsch, 1958.
RENN, Ludwig. *Der spanische Krieg*. Berlín, Aufbau-Verlag, 1955.
—, *Spanski rat*. Narodna Prosvjeta Izrlavacko Preduzece, 1959.
REY, Henri-François. *La fête espagnole*. París, Laffont, 1958.
RISCO, Alberto. *La epopeya del Alcázar de Toledo: Relación histórica de los sucesos desde los comienzos del asedio hasta su liberación, 21 julio a 28 septiembre de 1936*. Burgos, Imprenta Aldecoa, 1937.
RIVERO, José I. *Discurso pronunciado ante 12 mil personas por José I. Rivero, director del «Diario de la Marina», en la Fiesta del «Plato Único»*

*celebrada por Falange Española el domingo 19 de febrero de 1939, en el Campo Armada*. La Habana, 1939.
ROGERS, F. Theo. *Spain: A Tragic Journey*. Nueva York, The Macaulay Company, 1937.
ROJO, Vicente. ¡*Alerta los pueblos! Estudio político-militar del período final de la guerra española*. Buenos Aires, A. López, 1939.
ROLFE, James. *The Lincoln Battalion. The Story of the Americans who Fought in the International Brigades*. Nueva York, Random House, 1939.
*Romancero español*, Prefacio de Manuel Blasco Garzón. Buenos Aires [Establecimiento Gráfico Virtus].
*Romancero de la guerra civil española*. Selección y nota de Luis Fernández del Campo. Cooperación de la Universidad obrera, a la «Semana dedicada a la España Republicana» organizada por la confederación de Trabajadores de México. México, Confederación de Trabajadores de México, 1937.
*Romancero general de la guerra de España*. Madrid-Valencia. Ediciones Españolas, 1937.
*Romancero general de la guerra española*; selección y prólogo de Rafael Alberti. Seis dibujos de Gori Muñoz. Buenos Aires, Patronato Hispano Argentino de Cultura, 1944.
*Romancero de la guerre civile*. Editeur: Georges Pillement. París, Éditions sociales internationales, 1937.
ROMILY, Esmond. *Boadilla*. Londres, Hamish Hamilton, 1937.
ROSSELLI, Carlo. *Oggi in Spagna, domani in Italia*. París, Edizioni di Giustizia e Liberta, 1938.
ROSSIF, Frédéric. Film de: CHAPSAL, Madeleine, Texte de *Mourir à Madrid*. París, Seghers, 1963.
*Rotbuch über Spanien, Das*. Bilder, Dokumente, Zeugenausagen, gesammelt und herausgegeben von der Anti-Komintern. Berlín-Leipzig, Niebelungen-Verlag, 1937.
RONAND, Georges. *Franco et la nouvelle Espagne*. París, Les Editions Denoel et Steele, 1936.
—, *Franco Means Business*. Londres, The Paladin Pras, 1937 (?).
RUHLE, Jürgen. *Literatur und Revolution: Die Schriftsteller und der Kommunismus*. Colonia-Berlín, Kiepenheuer und Witsch, 1960.

RUIZ DE AZILU, Carlos. *El Alcázar*. Temas españoles, número 38. Madrid, Publicaciones Españoles, 1953.
RUST, William. *Britons in Spain: The History of the British Battalion of the XVth International Brigade*. Londres, Lawrence and Wishart. 1939.

SAINT-AULAIRE, Comte de: *La renaissance de l'Espagne*. París, Plon, 1938,
SAINT-EXUPERY, Antoine de. *Terre des hommes*. París, Gallimard, (1939) 1957.
SANCHEZ DEL ARCO, Manuel. *El sur de España en la reconquista de Madrid* (Diario de operaciones glosado por un testigo). Cádiz, Establecimientos Cerón, 1936.
—, *El sur de España en la reconquista de Madrid* (Diario de operaciones glosado por un testigo.) Segunda edición. Sevilla, Editorial Sevillana, 1937.
SARTRE, Jean-Paul: *L'age de raison*. París, Gallimard, 1945.
—, *Le mur*. París, Gallimard, (1939), 1954.
SCHLAYER, Felix. *Diplomat im roten Madrid*. Berlín, Herbig Verlagsbuchhandlung, 1938.
SCHONBERG. Jean-Louis. *Federico García Lorca: L'homme - L'œuvre*. París, Plon, 1956.
SCHULZ-WILMERSDORF, P. A. *Spanien: Politiker und Generale*. Berlín, Steiniger-Verlage, 1939.
*Schweizer kampfen in Spanien. Erlebnisse der schweizer Freiwilligen in Spanien*. Editado por Max Wullschleger. Zurich, Verlag der Buchhandlung Stauffacher, 1939.
SECO SERRANO, Carlos. *Historia de España: Gran historia general de los pueblos hispanos*. T. VI. Época contemporánea. Barcelona, Instituto Gallach de Librería y Ediciones, 1962.
SENCOURT, Robert. *Spain's Ordeal*. Londres, Longmans, Green, 1939.
—, *Spain's Ordeal*. Londres, Longmans, Green. 1939.
SENDER, Ramón J. *Los cinco libros de Ariadna*. Nueva York, Ibérica 1956 (?).
—, *Contraataque*. Madrid-Barcelona, Editorial Nuestro Pueblo. 1938.

—, *Contre-Attaque en Espagne*. París, Editions Sociales Internationales, 1937.
—, *Counter-Attack in Spain*. Boston, Houghton Mifflin, 1937.
—, *La luna de los perros*. Nueva York, Las Arnericas Publishing Co., 1962.
—, *Réquiem por un campesino español*. Buenos Aires. Editorial Proyeccibn, 1961.
—, *El rey y la reina*. México, Editorial Jackson, 1948.
—, *The War in Spain*. Londres, Faber, 1937.
SERANT, Paul. *Le romantisme fasciste ou l'œuvre politique de quelques écrivains français*. París, Fasquelle, 1960.
SERRANO Súñer, Ramón. *Entre Hendaya y Gibraltar (Noticia y reflexión frente a una leyenda, sobre nuestra política en dos guerras)*. Madrid, Ediciones y Publicaciones Españolas, S.A., 1947.
—, *Siete Discursos*. Bilbao, Editora Nacional, Ediciones FE, 1938.
SHEEAN, Vincent. *The Eleventh Hour*. Londres, Hamish Hamilton. 1939.
—, *Not Peace but a Sword*. Nueva York, Doubleday, Doran and Co., 1939.
SIERRA BUSTAMENTE, Ramón. *Euzkadi. De Sabino Arana a José Antonio Aguirre: Notas para la historia del nacionalismo vasco*. Madrid, Editora Nacional, 1941.
SINCLAIR, Upton. *No Pasarán. (They Shall not Pass), A Story of the Siege of Madrid*. Pasadena, Calif, Author, 1937.
—, *Dragon's Harvest*. Nueva York. Viking. 1946.
—, *Presidential Agent*. Nueva York, Viking, 1945.
—, *Wide is the Gate*, Nueva York, Viking, 1943.
SIUROT, M. *Mis Charlas en el micrófono del General*. Tomo 1. Cádiz, Cerón, 1937.
*Sixty-Four Questions on Spain: The Spanish Controversy*. (Con la colaboración de José A. Sobrino. S. J. y Aurelio Valls.) Madrid, Oficina de Información Diplomática, 1953.
SOMMERFIELD, John. *Volunteer in Spain*. Nueva York, Knopf, 1937.
SORRENTINO, Lamberti. *Puesta Spagna. Avventure di una coscienza*. Roma, Edizioni Roma, 1939.
*Spanish Government and the Axis [The]: Documents*. Washington, D.C. Departamento de Estado. March, 1946. Publication 2483, European series

SPEAIGHT, Roben. *The Life of Hilaire Belloc*. Londres, Hollis and Carter, 1957.
SPELLMAN, Francis J. *Action This Day*. Nueva York, Scribners, 1943.
SPENDER, Stephen. *World Within World*. Londres, Hamish Hamilton, 1951.
STACKELBERG, Karl-Georg von. *Legion Candor: Deutsche Freiwillige in Spanien*, Berlín, Verlag die Heimbücherei, 1939.
STEER, G.L. *El árbol de Guernica*. Buenos Aires, Ekin, 1956.
—, *The Tree of Gernika: A Field Study of Modern War*. Londres. Hodder and Stoughton Ltd. 1938.

TANGYE, Nigel. *Red, White and Spain*. Londres, Rich and Cowan, 1937.
TAYLOR, F. Jay. *The United States and the Spanish Civil War*. Introducción de Claude G. Bowen. Nueva York, Bookman Associates. 1956.
TENNANT, Eleonora. *Spanish Journey. Personal Experiences of the Civil War*. Londres, Eyre and Spottiswoode, 1936.
TERY, Simone. *Aquí el alba comienza*. Novela. México, Editorial Astra, 1944.
—, *Front de la liberté: Espagne 1937-1938*. París, Éditions Sociales Internationales, 1938.
—, *Où l'aube se lève*. Nueva York, Brentano's, 1945.
—, *La Porte du Soleil*. Roman. París, Editions Hier et Aujourd'hui, 1947.
THARAUD, Jérôme et Jean. *Cruelle Espagne*. París, Plon, 1937.
THOMAS, Hugh. *La guerra civil española*. París, Ruedo Ibérico. 1962.
—, *The Spanish Civil War* (Londres, Eyre and Spottiswoode, 1961).
THORNING, Joseph F. *Mercy and Justice!* Nueva York, Peninsular News Service, 1939.
—, *Professor de los Ríos Refutes Himself*. Nueva York, The Paulist Press, 1939?
—, *Why the press failed on Spain!* Brooklyn, International Catholic Truth Society, 1937 (?)
TOCCI, Valentino. *Dueli aerei*. Roma, Editoriale Aeronautica, 1938.

TORRE, Guillerrno de. *Menéndez Pelayo y las dos Españas*. B. A. PHAC. 1943.
TORRIENTE-BRAU, Pablo de la. *Peleando con los milicianos*. México, Editorial México Nuevo, 1938.
TOURNOUX, J. R. *L'histoire secrète*. París, Plon, 1962.
TOYNBEE, Philip. *Friends Apart: A Memoir of Esmond Romily and Jasper Ridley in the thirties*. Londres, MacGibbon and Kee, 1954.
TRAPIELLA, Francisco Javier F. *Una Gesta: la defensa del Alcázar de Toledo (Julio-Septiembre de 1936)*. Madrid, Ediciones Ejército, 1954.
TREYVAUD, O. *Les deux Espagnes*, 1937. Lausanne, Payot, 1937.
*Tscapaiew: das Bataillon der 21 Nationen*. Redactado por Alfred Kantorowciz. Madrid, Imprenta Colección Torrent, 1938.
TUCKER, Lael. *Death of a Man*. Nueva York, Random House, 1957.

VALIANI, Leo. *Dall'antifascismo alla resistenza*. Milán, Feltrinelli, (1959) 1960.
VEGA GONZALEZ, Roberto. *Cadetes mexicanos en la guerra de España* México, Compañía General de Ediciones, 1954.
VEGAS LATAPIÉ, Eugenio. *Escritos políticos*. Madrid, Cultura Española, 1940.
VENEGAS, José. *Las elecciones del Frente Popular*. Buenos Aires, PHAC, 1942.
*La vie de la France sous l'occupation, 1940-1944*. 3 t. París (Institut Hoover, Stanford University, California) Plon, 1957.
VILAR, C.J. *Montserrat: glosas a la carta colectiva de los obispos españoles* (Barcelona, Instituto Católico de Estudios Religiosos, 1938).
VILLEN, Jorge. *Antología poética del alzamiento, 1936-1939*. Cádiz, Cerón, 1939.
VOLTA, Sandro. *Spagna a ferro e fuoco*. Florencia, Vallechi editore, 1937.
VOROS, Sandor. *American Commissar*. Philadelphia-N.Y., Chilton, 1961.

WAST, Hugo. *Buenos Aires, futura Babilonia*, Buenos Aires, Editores de Hugo Wast, 1935.
WEIL, Simone. *Écrits historiques et politiques*. París, Gallimard, 1960.

WERTENBAKER, Charles. *The Death of Kings*. Londres, Gollancz 1954.
WHITAKER, John T. *We cannot escape History*. Nueva York, Macmillan, 1943.
WINTRINGHAM, Tom. *English Captain*. Londres, Faber, 1939.
—, *Armies of Free Men*. Londres, Routledge, 1940.
WOLFEL, Dominik Joseph. *So ist Spanien*. Wien-Leipzig, Verlag Karl Kühne, 1940 (?)
—, *So ist Spanien*. Mauer bei Wien-Leipzig, Verlag Karl Kühne, 1937.
WORSLEY, Thomas C. *Behind the Battle*. Londres, Robert Hale, 1939.
WRIGHT, David. *Roy Campbell*. Londres, The British Council, 1961.
*Writer in a Changing World [The]*. Edited by Henry Hart, N.Y., Equinox - Cooperative Press. 1937.
*Writers Take Sides: Letters about the War in Spain from 418 American Authors*. N.Y. League of American Writters, 1938.

XIMÉNEZ DE SANDOVAL, Felipe. *José Antonio (biografía apasionada)*. Prólogo de Ramón Serrano Súñer. Barcelona, Editorial Juventud, 1941.

YDEWALLE, Charles D'. *Geôles et bagnes de Franco*. Bruxelles-París, Les Éditions libres, 1946.

ZARDOYA, Concha. *Miguel Hernández (1910-1942) Vida y obra-bibliografía-antología*. Nueva York, Hispanic Institute in the United States, Columbia University. 1955.
ZEGRI, Muro. *La epopeya del Alcázar*. Valladolid, Santarén, 1937.
ZUGAZAGOITIA, Julián. *Historia de la Guerra en España*. Buenos Aires, Editorial La Vanguardia, 1940.
ZUMETA, Ángel de. *Un cardenal español y los católicos vascos: La conciencia cristiana ante la guerra de la península ibérica*. (Bilbao, Publicaciones Minerva, 1937.)

## PERIÓDICOS Y REVISTAS CONSULTADOS

*ABC*, Sevilla.

*Acción Española*, Madrid.
*Annals of the American Academy of Political and Social Science*, Philadelphia.
*Boletín de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas*, Madrid.
*Bulletin de la Société des Amis de Georges Bernanos*.
*Claridad*, Madrid.
*Cuadernos*, París.
*Diario de Lisboa*, Lisboa.
*El Correo Español - El Pueblo Vasco*, Bilbao.
*El Diario de Navarra*, Pamplona.
*Études*, París.
*Euzko-Deya*, París.
*Hermandad*, Boletín informativo de la Hermandad de Combatientes de la División Azul, Barcelona.
*Hoja de Campaña, División Española de Voluntarios*.
*La Estafeta literaria*.
*L'Express*, París.
*Le Figaro littéraire*, París.
*Le Monde*, París.
*Miroir de l'Histoire*, París.
*News Week*, Nueva York.
*Occident*, París.
*Oxford Magazine*, Oxford.
*Revista de la Asociación Patriótica española*, Buenos Aires.
*Revista de Estudios Políticos*, Madrid.
*Revue de Paris*, París.
*Revue des Deux Mondes*, París.
*The Listener*, Londres.
*The Nation*, Nueva York.
*The Spectator*. Londres.
*Time*, Nueva York.
*The New York Times*.
*Protestant Digest The Protestant*, Nueva York.
*Unidad*, San Sebastián.

*Voz de España*, Bilbao.

HERBERT RUTLEDGE SOUTHWORTH (Canton, Oklahoma, 6 de febrero de 1908 - 30 de octubre de 1999) fue un escritor, periodista e historiador estadounidense especializado en la Guerra Civil española y la posterior dictadura de Franco. Cursó estudios de Historia en la Universidad de Arizona, el Texas Technological College y la Universidad de Columbia. En 1946 estableció una emisora privada de radio comercial en Tánger.

Tras la independencia de Marruecos, Southworth se trasladó a vivir a Francia. Allí escribió varios libros en los que deslegitimaba la visión que el franquismo tenía de su propia historia. Southworth fue amigo y discípulo de Pierre Vilar, y uno de los maestros de Paul Preston.

Tras una larga enfermedad, pero sin dejar nunca la investigación, murió en 1999.

# Notas

[1a] Carta de Southworth a Allen, 21 de diciembre de 1965, Documentos de Jay Allen.<<

[2a] Albert Forment, *José Martínez: la epopeya de Ruedo Ibérico*, Editorial Anagrama, Barcelona, 2000, pp. 238 y 241.<<

[3a] Citado en carta de Southworth a Allen, 21 de diciembre de 1965, Documentos de Jay Allen.<<

[4a] Ricardo de la Cierva y de Hoces, *Cien libros básicos sobre la guerra de España*, Publicaciones Españolas, Madrid, 1966, p. 40.<<

[5a] Herbert R. Southworth, «A modo de prólogo», en *El mito de la cruzada de Franco*, Plaza y Janés, Barcelona, 1986, pp. 10-12.<<

[6a] Southworth, «A modo de prólogo», pp. 13-14; conversaciones con el autor.<<

[7a] Herbert R. Southworth, «Franco Draws Italians, Nazis and Portuguese», *The Washington Post* (14 de noviembre de 1937).<<

[8a] Herbert R. Southworth, «Apology for Revolt», *The Washington Post* (7 de julio de 1937); F. Theo Rogers, *Spain. A Tragic Journey*, The Macaulay Company, Nueva York, 1937, p. 9.<<

[9a] Herbert R. Southworth, «Franco's Friend», *The Washington Post* (24 de noviembre de 1937); F. Theo Rogers, *Spain: A Tragic Journey*; Harold G. Cardozo, *The March of a Nation: My Year of Spain's Civil War*, The Right Book Club, Londres, 1937, pp. 11, 59, 74 y 157.<<

[10a] *Franco's «Mein Kampf». A Fascist State in Rebel Spain*, Nueva York, 1939; José Pemartín, *Qué es «lo nuevo»: consideraciones sobre el momento español presente*, Espasa-Calpe, Madrid, 1940, 2.ª ed.<<

[11a] Carta de Jay Allen a Holman Hamilton, 16 de enero de 1964, Documentos de Jay Allen.<<

[12a] Herbert R. Southworth, «The Catholic Press», *The Nation* (16 de diciembre de 1939).<<

[13a] Cartas de Southworth a Allen, 25 de mayo de 1946 y 28-29 de diciembre de 1948, Documentos de Jay Allen.<<

[14a] Southworth, «A modo de prólogo», p. 19.<<

[15a] Carta de Southworth a Allen, 25 de mayo de 1946, Documentos de Jay Allen.<<

[16a] Carta de Southworth a Allen, 28-29 de diciembre de 1948, Documentos de Jay Allen.<<

[17a] Carta de Southworth a Allen, 28-29 de diciembre de 1948, Documentos de Jay Allen.<<

[18a] Carta de Southworth a Allen, 29 de enero de 1964, Documentos de Jay Allen.<<

[19a] Carta de Southworth a Allen, 20 de enero de 1964, Documentos de Jay Allen.<<

[20a] Carta de Southworth a Allen, 7 de mayo de 1971, Documentos de Jay Allen.<<

[21a] Herbert R. Southworth, *El mito de la cruzada de Franco*, Ediciones Ruedo Ibérico, París, 1963; Herbert R. Southworth, *Le mythe de la croisade de Franco*, Ediciones Ruedo Ibérico, París, 1964. Esta edición ampliada se publicó también en español con el título de *El mito de la cruzada de Franco*, Plaza y Janés, Barcelona, 1986.<<

[22a] Forment, *José Martínez*…, pp. 241-242.<<

[23a] Herbert R. Southworth, *Antifalange. Estudio crítico de «Falange en la guerra de España» de Maximiano García Venero*, Ediciones Ruedo Ibérico, París, 1967.<<

[24a] Forment, *José Martínez*…, pp. 257-258, 263-264, 272-273, 305-306 y 311-312.<<

[25a] Cartas de Southworth a Allen, 21 de diciembre de 1965 y 12 de diciembre de 1968, Documentos de Jay Allen.<<

[26a] Herbert R. Southworth, «Los bibliófobos: Ricardo de la Cierva y sus colaboradores», *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, 28-29 (diciembre de 1970 y marzo de 1971).<<

[27a] Carta de Southworth a Allen, 7 de mayo de 1971, Documentos de Jay Allen.<<

[28a] Herbert Rutledge Southworth, ««The Grand Camouflage»: Julián Gorkin, Burnett Bolloten and the Spanish Civil War», en Paul Preston y Ann Mackenzie, eds., *The Republic Besieged: Civil War in Spain 1936-1939*, Edinburgh University Press, Edimburgo, 1996, pp. 260-310 [hay trad. cast.: *La República asediada: hostilidad internacional y conflictos internos durante la Guerra Civil*, trad. de Raúl Quintana Muñoz, Península, Barcelona, 2001]; entrevistas del autor con Burnett Bolloten.<<

[29a] Herbert R. Southworth, *Conspiracy and the Spanish Civil War: The Brainwashing of Francisco Franco*, Routledge-Cañada Blanch Studies, Londres, 2002 [hay trad. cast.: *El lavado de cerebro de Francisco Franco. Conspiración y Guerra Civil*, Editorial Crítica, Barcelona, 2000].<<

[1] John Lehmann, *New Writing in Europe* (Harmondsworth, 1940). p. 109-110. El capítulo «Spain is the Word», p. 109-129 <<

[2] La Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y del Opus Dei, (instituto secular), fue fundada el 2 de octubre de 1928 por Monseñor José María Escriva de Balaguer, pero su situación concreta no fue definida hasta la promulgación de un decreto pontificio con fecha del 2 de febrero de 1947. Durante los últimos anos ha ejercido una gran influencia en la vida política e intelectual de España. Su posición, opuesta a la de la Democracia Cristiana, más conservadora que la de Acción Católica, antitotalitaria, se define por la formula «monarquía social». <<

[3] Rafael Calvo Serer, *Los motivos de las luchas intelectuales* (Madrid, 1955), p. 24. <<

[4] Vicente Marrero, *La guerra española y el trust de cerebros* (Madrid, 1961), p. 13 cita a Aldo Garosci: *Gli intelletuali e la guerra di Spagna* (Turín, 1959), p. 5. <<

[5] Antonio Montero, *Historia de la persecución religiosa en España*, 1936-1939 (Madrid, 1961), p. 8. Montero es el director de *Ecclesia*, órgano oficial de la Iglesia española y la única publicación que no pasa por la censura en España. <<

[6] *La guerra de liberación nacional* (Zaragoza 1961), p. 709. En lo sucesivo. *GLN*. <<

[7] J. V. C., *Montserrat: Glosas a la carta colectiva de los obispos españoles* (Barcelona, 1938). <<

[8] *Ibid*, p. 338-373. <<

[9] *Ibid*, p. 373. <<

[10] Florencio Amador Carrandi, *Ensayo bibliográfico de las obras y folletos publicados con motivo del movimiento nacional* (Bermeo, Vizcaya, 1940). <<

[11] Eduardo Comín Colomer, «Bibliografía de la guerra de Liberación», en *Revista de estudios políticos*, año XX, vol. XLIII (Madrid, 1952), p. 341-378. <<

[12] F. Perrino, «Bibliografía de la Cruzada Española (1936-1939)», en *Boletín* de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas, año III, n.º XIX (Madrid, abril-mayo de 1954), p. 14. <<

[13] Montero, p. 16-21. <<

[14] En la bibliografía y en la página 75, Montero hace referencia a dos libros que tratan de la cuestión religiosa en las Vascongadas: Juan de Iturralde, *El catolicismo y la cruzada de Franco* (Ligugé [Vienne], 1960) y Angel Zumeta. *Un cardenal español y los católicos vascos* (Bilbao, 1937). Habla de los catorce sacerdotes del País Vasco asesinados por las tropas de Franco; les dedica menos de una página de un total de más de 900. Para la crítica del libro de Montero, véase *Euzko Deia* (París) 1 de julio-10 de agosto, 1961. Iturralde ha escrito dos libros con el mismo título, pero con distinto subtítulo: *El catolicismo y la cruzada de Franco: Quiénes y con qué fines prepararon la guerra* (Ligugé [Vienne] 1955) y *El catolicismo y la cruzada de Franco: Su carácter inicial* (Ligugé [Vienne], 1960). Estos dos autores sólo representan una pequeña parte de los que han escrito sobre dicha cuestión. <<

[15] *GLN*, p. 711-737. <<

[16] Carlos Seco Serrano, *Historia de España. Gran historia general de los pueblos hispanos*. Tomo VI, Época contemporánea (Barcelona, 1962), p. 453-464. <<

[17] Florencio Amador Carrandi, *Ensayo bibliográfico de las obras y folletos publicados con motivo del movimiento nacional*. Imprenta-Librería Gaubeca, Bermeo (Vizcaya, 1940). <<

[18] Véase capítulo 12. <<

[19] La *Lista de obras ingresadas en la Biblioteca Nacional desde la liberación de Madrid hasta 1940* (Madrid, 1940) menciona pocos libros sobre la guerra. <<

[20] Rafael Calvo Serer, La literatura universal sobre la guerra de España (Madrid, 1962). En lo sucesivo *LUSGE*. <<

[21] Véase nota 4. Marrero es una autoridad en lo que respecta a la vida y obras de Maeztu; es también redactor de la revista *Punta Europa*. Casi todo su libro se publicó primeramente en esa revista. <<

[22] …como *vice-Führer del Imperio Azul*. <<

[23] *GLN*, p. 414 <<

[23bis] Thomas J. Hamilton, *La España de Franco*, México, 1943, p. 3 <<

[23b] *Sir* Robert Hodgson: *Franco frente a Hitler*, Barcelona, 1954, p. 222. <<

[23c] *Hoja de Campaña* (División Española de Voluntarios, n.º 26, 4 de mayo de 1942). <<

[23d] *Hermandad* (Barcelona, octubre-diciembre de 1961), p. 12. <<

[23e] *Hermandad* (Barcelona, diciembre de 1956-enero de 1957), pp. 1-2. <<

[24] Hugh Thomas, *The Spanish Civil War* (Londres, 1961), p. 612. <<

[24bis] Manuel Aznar, *Historia militar de la guerra de España* (Madrid, 1940 y 1958), p. 147. <<

[24b] Helmuth Günther Dahms, *Der Spanische Bürgerkrieg*, Tubinga, 1962), p. 102. <<

[25] *Los motivos de la lucha intelectual*, p. 25. <<

[25bis] *Crítica y glosa de «Un millón de muertos»* (Madrid, 1961), cap. 1. Véase aquí el capítulo 14 de *El mito*..., «La cruzada». <<

[26] De las obras sobre la guerra española escritas por los 41 autores mencionados por Calvo Serer, han sido publicadas en España las siguientes: unos poemas de Roy Campbell, el poema de Claudel, el libro de Kemp muy censurado, el libro de Bolloten. De los 13 escritores incluidos en la lista de Marrero (p. 13), el lector español sólo puede encontrar en su país obras de Campbell y Claudel. <<

[27] *LUSGE*, p. 6. <<

[28] *Politische Ordnung und menschliche Existenz* (Munich, 1962), p. 71-104. En lo sucesivo, *POME*. <<

[29] *LUSGE*, p. 9. <<

[30] *Ibid*. <<

[31] *LUSGE*, p. 60. <<

[32] *LUSGE*, p. 56. <<

[33] Marrero, p. 187. <<

[34] Marrero, p. 365-366. <<

[35] Véase la nota 4. Garosci combatió en España en Aragón, con la columna Rosselli (Leo Valiani: *Dall'antifascismo alla Resistenza*, Milán, 1959, p. 88). <<

[36] Jürgen Rühle: *Literatur und Revolution: Die Schriftsteller und der Kommunismus* (Colonia-Berlín, 1960). El libro de Garosci es antifascista, mientras que el de Rühle es anticomunista. En Alemania Occidental no es tan fácil como en Italia encontrar literatura antifascista, tal vez a causa de la separación de las dos Alemanias. <<

[37] *LUSGE*, p. 57. <<

[38] *LUSGE*, p. 14, 26, 37. En la última cita se escribe «Ruehler» en vez de Rühle y, cosa bastante extraña, en dicha cita el traductor alemán escribe «Rehlers». (*POME*, p. 89.) <<

[39] Julián Juderías, *La leyenda negra* (Madrid, 1954). Marrero también utiliza con frecuencia el material de Juderías. <<

[40] *LUSGE*, p. 13-20. <<

[41] Rühle, p. 452, 455. <<

[42] Malcolm Cowley, *Exile's Return* (Nueva York. [1934] 1951), p. 3. <<

[43] Ernest Hemingway, *For Whom the Bell Tolls* (Nueva York, 1940). Hay dos traducciones españolas, ambas publicadas en Argentina: una del Dr. Eduardo Johnson Seguí, en 1942, y otra de Olga Sanz, en 1944. Esta última pretende ser la «única edición legítima en castellano». El libro se editó en alemán en Estocolmo en 1941; la misma editorial, instalada actualmente en Alemania, publicó la 12.ª edición en 1954. Se publicó por primera vez en Italia en diciembre de 1945, y en febrero de 1958 había llegado a la 16.ª edición. <<

[44] *Le Figaro littéraire*, 5 enero 1963, p. 3. La primera edición en lengua francesa se imprimió en Londres en 1944, y el libro no fue impreso en Francia hasta después de la Liberación. <<

[45] Carlos Baker, *Hemingway, the Writer as an Artist* (Princeton, 1952), p. 237. <<

[46] *The New York Times* (Internacional Edition) 11 de mayo, 1962; p. 4. Artículo de Arthur Krock. <<

[47] *The Heart of Spain*. Editado por Alvah Bessie (Nueva York, 1952), p. 6-7. <<

[48] Ernest Hemingway, *The Spanish War* (Londres, 1938). <<

[49] Ernest Hemingway, *The Spanish Earth* (Cleveland, 1938). <<

[50] Ernest Hemingway, *The Fifth Column and the First Forty-nine Stories* (Nueva York, 1938), p. 3-101. «Esta obra de teatro fue escrita a finales de otoño y principios de invierno de 1937, mientras esperábamos una ofensiva». El texto de la representación es una adaptación debida a Bejamin Glazer. La obra, montada por el Theatre Guild. se estrenó el 8 de abril de 1940, con Franchot Tone, Katherine Locke, Lenore Ulric y Lee J. Cobb en los principales papeles. (*The Play-bill*, Alvin Theatre). <<

[51] *The Denunciation*, noviembre 1938; «The Butterfly and the Tank», diciembre 1938; «Night before Battle», febrero 1939. *The Armchair Esquire*, apéndice. p. 13. La revista *Esquire* se publicaba en Chicago. Otro artículo de Hemingway sobre la guerra, «The chauffeurs of Madrid», fue publicado en el libro *Man at War* (Nueva York, 1942). <<

[52] Gustav Regler, *The Great Crusade* (Nueva York, 1940), p. 12. Prólogo de Hemingway, pp. 7-11. <<

[52b] Joseph North, *Men in the Ranks: the Story of 12 Americans in Spain* (Nueva York, 1939), p. 4. Este librito lo publicaron los veteranos estadounidenses de la guerra de España. <<

[53] *LUSGE*, p. 16-17. <<

[54] *Ibid*., p. 17-18. <<

[55] Rühle, p. 519. «Deutlicher noch als Malraux zeichnete er [Hemingway] in den grauenvollen Bildern vom Terror auf weisser wie roter Seite den Spanischen Krieg als Zusammenstoss zweier Totalitarismen». Compárese este texto con la traducción alemana de Calvo Serer (*POME*, p. 76). «Das führt Hemingway dazu, klarer als Malraux in seinem Buch «L'Espoir», den wütenden Terror, den es im «weissen» wie im «roten» Lager gegeben hat, anzuprangern, das heisst, dass er den Kampf als das Aufeinanderprallen zweier Totalitarismen verstanden hat». <<

[56] *LUSGE*, p. 15. En la cita anterior de *POME* se observa que el traductor alemán ha restablecido la referencia de Rühle al terror blanco, aunque sin atribuírsela a éste. <<

[57] Rühle, p. 519 «Das Schicksal der Liebenden… ja das Schicksal Spaniens wird im Hotel Gaylord in Madrid entschieden… Hotel Gaylord ist das sowjetische Hauptquartier, der geheime Generalstab weniger zur Verteidigung als zur Eroberung der Republik». Compárese este texto con el de Calvo Serer en su traducción alemana: «Das Schicksal Spaniens, wie das der Heiden des Romans, spielt in Madrid, im Gaylord's, dem Hotel, in dem sich das sowjetische Hauptquartier befand, wo rnan weit rnehr daran dachte, sich der Republik zu bemachtigen als den Krieg zu gewinnen». *POME*, p. 76.<<

[58] *LUSGE*. p. 16. <<

[59] Rühle, p. 519: «Dort gehen die sowjetischen «Berater» ein und aus, die auf der Moskauer Frunse-Akademie und den Komintern-Schulen gedrillten Bürgerkriegshelden, die kommunistischen Literaten aus allen Landern, die Geheirnpolizisten und Kommissare…». Compárese el texto anterior con: «Im Gaylord's gingen sowjetische Minister, für den Burgerkrieg angeworbene kommunistische Agenten aus Moskau, kommunistische Schriftsteller aller Nationen, Angehorige der Geheimpolizei und politische Kommissare ein und aus». *POME*, p. 76. <<

[60] *LUSGE*, p. 16. La referencia a la guerra civil de Rühle es la revolución rusa y no, como indica Calvo Serer, las guerras civiles en general. <<

[61] *LUSGE*, p. 18. <<

[62] *Ibid*. <<

[63] Baker, p. 228. <<

[64] *Time*, Nueva York, 18 de agosto 1958, p. 38. <<

[64a] *The Writer in a Changing World* (Nueva York, 1937), al que Hemingway contribuyó con un artículo titulado «The Writer and War», p. 69-73. <<

[64b] *Writers Take Sides* (Nueva York, 1938), p. 30. <<

[65] *Eisenhower in Spain*. December, 1959. (Madrid, Banco Exterior de España, 1959.) <<

[66] «Introduction to Civil War», octubre 1937; «Spanish Diary: Coast Road», noviembre 1937; «The Road to Madrid», diciembre 1937; «Room and Bath at the Hotel Florida», enero 1938; «The Villages are the Heart of Spain», febrero 1938. *The Armchair esquire*, apéndice, p. 8. <<

[67] John Dos Passos, *Tierra de España* (Buenos Aires, 1938). <<

[68] *The Spanish Earth*, p. 11. <<

[69] John Dos Passos, *Journeys between Wars* (Nueva York, 1938). <<

[70] John Dos Passos, *Adventures of a Young Man* (Nueva York, 1938). <<

[71] André Malraux, *L'Espoir* (París, 1937). <<

[72] Daniel Aaron, *Writers on the Left: Adventures in American Literary Communism* (Nueva York, 1961), p. 345. <<

[72a] John Dos Passos, *Midcentury* (Nueva York, 1961). <<

[73] Pierre Drieu La Rochelle, *Gilles* (París, 1939). La censura de guerra suprimió algunos pasajes del libro. Según Serant, *Le romantisme fasciste* (París, 1959), p. 132, en 1942 se publicó una segunda edición con un prólogo y con los pasajes suprimidos. Dichos párrafos no eran muy importantes. La edición publicada en Francia es completa; podemos citar la de Editions du Livre de Poche, 1962. <<

[74] Véase el capítulo 10. <<

[75] John Dos Passos, *Most Likely to Succeed* (Nueva York, 1954). <<

[76] Julián Gorkin, *La muerte en las manos* (Buenos Aires, 1956). Prefacio de John Dos Pasos [sic] p. 7-9. La segunda edición se publicó en México en 1959. <<

[77] Henry De Montherlant, *Le chaos et la nuit* (París, 1963). <<

[78] *L'Express*, París, 28 marzo de 1963. Artículo de Madeleine Chapsal, p. 37. <<

[79] Arthur Koestler, *The Invisible Writing* (Londres, 1954) p. 327-328. Koestler considera *L'Espoir* la obra maestra de Malraux. <<

[80] *LUSGE*, p. 20. <<

[81] Gaëtan Picon, *Malraux par lui-même* (París, 1959), p. 96. <<

[82] Gaëtan Picon, p. 90. <<

[83] Véase cap. 10 <<

[84] Upton Sinclair, *¡No Pasarán!* (Pasadena. California, 1937). <<

[85] James Norman, *The Fall of Dark* (Filadelfia, Nueva York, 1960). <<

[86] Hugh MacLennan, *The Watch that Ends the Night* (Nueva York, 1959).
<<

[87] Ted Allan y Sydney Gordon, *The Scalpel, the Sword: The Story of Dr. Norman Bethune* (Boston, 1952). Esta obra se ha publicado también en Inglaterra y en Alemania del Este. <<

[88] Ted Allan, *This Time a Better Earth* (Nueva York, 1939). <<

[89] Charles Wertenbaker, *The Death of Kings* (Londres, 1954). Exito de crítica tanto en los Estados Unidos como en Inglaterra. <<

[90] *Time*, cosa bastante extraña, no hizo la crítica de la novela, pero publicó una reseña indiferente del libro *Death of a man* (Nueva York, 1957), escrito por Lael Tucker, la viuda de Wertenbaker, con posterioridad al suicidio de éste. <<

[91] Anthony Powell, *Casanova's Chinese Restaurant* (Londres, 1960). <<

[92] Frank J. Hardy, *Power without Glory* (Leipzig, 1956). 2 vols. Publicado por primera vez en 1951 en Australia. Desde entonces ha sido muy traducido. <<

[93] En la novela rusa de Yuri Guerman, traducida al español con el título de *Esta es tu causa* (Moscú, s. a.), el padre del protagonista, Vladirnir Ustimenko, un joven científico, muere en la defensa de Madrid, combatiendo en su avión él solo contra siete «Junkers» (p. 338). <<

[94] John Osborne, *Look Back in Anger* (Londres, 1960). p. 57. <<

[95] *Por quien doblan las campanas*, Paramount, 1943. Con Gary Cooper, lngrid Bergman y Katina Paxinou. <<

[96] *Casablanca*, Warners, 1943. Con Humphrey Bogart, Ingrid Bergman, Conrad Veidt, Peter Lorre, Paul Henreid, Claude Rains <<

[97] *The Desert Song*, Warners. 1953. (Tercera versión de la comedia musical de Sigmund Romberg, 1926), con Gordon MacRae, Raymond Massey y Kathryn Grayson. <<

[98] F. Jay Taylor, *The United States and the Spanish Civil War, 1936-1939* (Nueva York, 1956), p. 151-152). <<

[99] Jean-Paul Sartre, *L'Age de raison* (París, 1945), pp. 171-191. <<

[99a] *France-Observateur*, 10 septiembre de 1959, entrevista realizada por Marie Craipeau. <<

[99b] Henri-Frangois Rey, *La fête espagnole* (París, 1938). <<

[99c] Norman Mailer, *The Deer Park* (Nueva York, 1955). <<

[100] Thomas Mann, *Advertencia a Europa* (París, 1957) p. 50, 53. El ensayo dedicado a España se encuentra en las páginas 47 a 53. <<

[101] Thomas Mann, *Achtung, Europa! Aufsätze zur Seit* (Estocolmo, Bermann-Fischer, 1938, 1945). La casa Bermann-Fischer publicó en Estocolmo muchas obras de los refugiados políticos alemanes. La novela de Hemingway *For Whom the Bell Tolls* fue publicada por dicha editorial. <<

[102] Thomas Mann, *Avertissement a l'Europe* (París, 1937). Esta parece ser la primera edición. <<

[103] Herman Kesten, *The Children of Guernica* (Nueva York, 1939). Este libro fue publicado en alemán, el año 1939 en Holanda. <<

[104] El prólogo de Thomas Mann es de 1953. Se publicó en francés en 1954, en holandés en 1965. Se ha editado también en Inglaterra, Suecia, Italia y Argentina. <<

[105] Stefan Andres, *Wir sind Utopia* (Munich, 1961). El copyright alemán es de 1951. La edición francesa (Utopía, París, 1952) dice que la primera edición es de 1942. En aquella época, el autor, que había abandonado Alemania a causa de su mujer judía, vivía en Italia. Hasta 1960 se habían vendido más de 200 000 ejemplares en alemán, y se había editado la obra en trece países más, Argentina, Portugal, Brasil, pero no en España. <<

[106] Bruce Marshall, *The Fair Bride* (Londres. 1953), p. 208-224, 245. <<

[107] Tomás Borrás, *Las checas de Madrid* (Madrid, 1940). La cuarta edición apareció en 1956. Con una nueva generación de españoles dispuesta a descargar sobre los franquistas la responsabilidad de la guerra con todas sus consecuencias, las exageraciones de este tipo sobre las cifras pasarán de moda. <<

[108] Jose María Gironella, *Un millón de muertos* (Barcelona, 1961). Esta obra, dedicada «A todos los muertos de la guerra española 1936-1939», está traducida en muchos idiomas. El tercer volumen de la trilogía se publicaría en 1965. <<

[109] Jose María Gironella, *Los cipreses creen en Dios* (Barcelona, 1953). Traducida al francés, italiano, alemán, inglés y finlandés; pronto se publicará en hebreo y japonés. <<

[110] *Un millón de muertos*, p. 12. <<

[111] *El nuevo Estado español. Veinticinco años de Movimiento Nacional, 1936-1961* (Madrid, 1961). Capítulo sobre «La literatura española», por Gonzalo Torrente Ballester, <<

[112] Véase nota 25. <<

[113] Luis Emilio Calvo-Sotelo, capítulo VI. <<

[114] *Ibid*., capítulo II. <<

[115] *Ibid*., capítulo III. <<

[116] *Ibid*., capítulo v. <<

[117] *Ibid*. <<

[118] *Ibid*. capítulo III. <<

[119] *Ibid*., capítulo V, VII; *Un millón de muertos*, p. 732. <<

[120] L. E. Calvo-Sotelo, capítulo VII. <<

[121] *Ibid*. <<

[122] Véanse las notas 25 y 1013. <<

[123] L. E. Calvo-Sotelo, capítulo VI. <<

[124] Marrero, p. 191. <<

[125] L. E. Calvo-Sotelo, capítulo VI. <<

[126] Arturo Barea, *The Forging of a Rebel* (Nueva York, 1946). La edición original inglesa consta de tres partes: *The Forge* (1941); *The Track* (1943); *The Clash* (1946). Solamente *The Clash* trata de la guerra civil. La primera edición española se publicó en Buenos Aires en 1951. La primera obra que publicó Barea fue *Valor y miedo* (Barcelona, 1938). Escribió una novela L*a raíz rota* (Buenos Aires, 1955), menos afortunada, así como numerosas obras de crítica. <<

[127] En el exilio, Sender escribió varias obras sobre la guerra de España: *El rey y la reina* (México, 1948); *Requiem por un campesino español* (Buenos Aires, 1961); *La luna de los perros* (Nueva York, 1962); *Los cincos libros de Ariadna* (Nueva York, 1957). El libro de Sender sobre la guerra, *Contrataque*, publicado en España en 1937, fue luego publicado en París, Nueva York y Londres. <<

[128] Garosci, p. 23. Véase, p. 160-178 para estudio de Sender. <<

[129] *El laberinto mágico* consta de: *Campo cerrado* (México, 1943); *Campo abierto* (México, 1951); *Campo de sangre* (México, 1945). Sobre la guerra civil ha escrito también novelas cortas, poesía, teatro: *Sala de espera* (México, 1951); *Las buenas intenciones* (México, 1954); *No son cuentos* (México, 1944); *Cuentos ciertos* (México, 1955); *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco y otros cuentos* (México, 1960); *Morir por cerrar los ojos* (México, 1944); *El rapto de Europa o siempre se puede hacer algo* (México, 1946). <<

[129a] Max Aub *Hora actual de la novela española, II* (Madrid, 1962), p. 75. <<

[130] Thomas, p. 634-637. <<

[131] Thomas, p. 231. Thomas no ha podido comprobar si Campbell estuvo en servicio activo, ni siquiera preguntando a su familia (carta de Thomas). <<

[132] Palmiro Togliatti, (M. Ercoli, seud.): *Las características de la revolución española* (Barcelona-Madrid, 1936). El título original era *Sulle particolarita della rivoluzione spagnuola*. En diciembre de 1936 se publicó en Nueva York una edición inglesa, cuyo título era *The Spanish Revolution*. Hay una curiosa edición en inglés con el mismo título, publicada probablemente en Italia y atribuida a Adelmo Cicogna; la portada de este librito franquista es una imitación de la edición de Nueva York de Togliatti. <<

[133] *Conversando con Togliatti. Note biografiche* à cura di Marcella e Maurizio Ferrara (Roma, 1954), p. 261. Según esta fuente de información, Togliatti no llegó a España hasta julio de 1937 (p. 261). No obstante, Jesús Hernández (*Yo fui un ministro de Stalin*, México, 1953, p. 66) dice que llegó a España en marzo de 1937 para asistir a una importante reunión comunista. En ningún caso se ocupó por si mismo de la organización de las Brigadas. Blasco Grandi, en su folleto sobre Togliatti, no dice nada concreto y cita a Pacciardi, quien escribió en el diario romano *Il Quotidiano*, el 13 de mayo de 1953: «Yo no vi a Togliatti en España, yo estaba en el frente. Por este motivo no puedo decir cuándo llegó Togliatti a territorio republicano español». <<

[134] Nenni, Pietro. Spagna (Milano, 1958). La primera parte, «Il dramma del non-intervento» fue escrita en francés en octubre de 1942, traducida al italiano por el editor Gioetta Dallo y luego revisada por Nenni. La segunda parte se publicó en el Almanacco Socialista 1938 o en el Nuovo Avanti. La tercera parte se publicó en Nuovo Avanti entre 1936 y 1939. <<

[135] Pietro Nenni, *La guerre d'Espagne* (París. 1959). <<

[136] Luigi Longo, (Gallo), *Le Brigate Internazionali in Spagna* (Roma, Editori Riuniti, 1956). El autor dice en el prefacio que la primera versión del libro fue escrita en francés en París, entre abril y agosto de 1939. Longo fue detenido en Francia dos días antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, entregado a la policía italiana en 1942 y liberado al caer el fascismo. La primera versión se redactó para el público francés. Después de la guerra mundial Longo, que había conseguido encontrar una copia de su manuscrito, volvió a redactar el libro, esta vez para el público italiano. La narración llega hasta julio de 1937, cuando terminó la batalla de Brunete. <<

[137] Luigi Longo, *Die internationalen Brigaden in Spanien* (Berlín. 1958).
<<

[138] Randolfo Pacciardi, *Il battaglione Garibaldi* (Lugano, 1938). En la segunda edición (1945) el autor dice que el libro se escribió en Lugano en febrero de 1938. En aquella época el Batallón Garibaldi, que era una unidad italiana, había sido transformado en unidad española mandada por oficiales italianos. Las dos ediciones son idénticas, excepto las numerosas fotografías que se incluyen en la de Lugano. <<

[139] Garosci, p. 417. <<

[140] *Ibid*. p. 433. <<

[141] Garosci, p. 443. «Fusione de politica e autobiografia… cioè nel primo anno di guerra, centrato attorno a Madrid» <<

[142] *LUSGE*, p. 23. <<

[143] Garosci, p. 442. «Evidentemente lo sforzo comunista deve, per Togliatti, concentrarsi sopratutto nella lotta per il controllo del potere e delle masse con i rivali in seno alla classe operaia, e non nella distruzione delle vestigia del estato borghese». <<

[144] *LUSGE*, p. 23. <<

[145] Gustav Regler, *Das Ohr des Malchus* (Colonia-Berlín, 1958) El quinto capítulo está dedicado a España p. 363-436. La edición de Londres se publicó en 1959 y la de Nueva York en 1960. La traducción inglesa no da el texto alemán completo. <<

[146] No creo que exista ninguna otra edición de este libro. *The Great Crusade* estaba dedicado a Jay Allen. <<

[147] Garosci, p. 316. «i ricordi dei giorni di Spagna in cui faceva il commissario e percio anche il direttore di conscienza degli uomini…». <<

[148] *LUSGE*, p. 24. <<

[149] Garosci, p. 317. «II legame sentirnentale, la fraterniti che lo stringe ai personaggi… a Hemingway come a Kolzov… a Pacciardi —é la sostanza poetica della sua epoca delle Brigate… attraverso l'autobiografia». <<

[150] *LUSGE*, p. 24-25. <<

[151] Garosci, p. 317. «Come Regler, che ha abbandonato la sua confessione politica d'allora, rimane attaccato con il sentirnento alla fede di quei giorni!»<<

[152] *LUSGE*, p. 25. <<

[153] Garosci, p. 321. «Casi la guerra spagnola passa, in Regler, come un evento legato al destino individuale; non certo nel senso dell'indifferenza o della partecipazione marginale di certi momenti di Spender…». <<

[154] *LUGSE*, p. 25. <<

[155] Garosci, p. 322. <<

[156] *LUSGE*, p. 25. <<

[157] Ludwig Renn, *Der Spanische Krieg* (Berlín, 1955). En 1959 se publicó una edición yugoslava. <<

[158] Rühle, p. 241. «In nüchterner, schmuckloser Prosa, prazis gegliedert nach dem Schema der traditionellen Melde -und Berichstechnik schreibt er über den Einsatz der legendaren Internationalen Brigaden, der Helden von Madrid und Guadalajara». <<

[159] *LUSGE*, p. 25. <<

[160] Rühle, p. 241. cjede Zeile verrat in Stil und Haltung die Schule des alten deutschen Generalstabs». <<

[161] *LUSGE*, p. 25-26. <<

[162] Rühle, p. 241. «Der Berichterstatter, sicherlich der militarisch klügste und erfahrenste Kopf unter den Internationalen, tritt völlig hinter den Geschehnissen zuruck. Mit pratentionsloser Selbstverständlichkeit notiert er, wie nicht er, sondern sein aus kaderpolitischen Gründen vorgesetzter Kornmandeur das Lob für gelungene Operationen einheimst. Der Stabschef hat eben nur der unscheinbare Gehilfe des rnilitarischen Führers zu sein». <<

[163] *LUSGE*, p. 26. <<

[164] Alvah Bessie, Men in Battle (Nueva York, 1939). En el prólogo de la obra de Regler «The Great Crusade», Hemingway dice: «Alvah Bessie escribió un libro auténtico, un libro honesto y excelente sobre la Decimoquinta Brigada… la última fase de la Brigada». Vincent Sheean escribe: «Creo que [Bessie] ha escrito, sin duda, el libro del Batallón Lincoln, y uno de los mejores libros que he leído nunca sobre la guerra». Antes de venir a España, Bessie era un novelista y escritor de narraciones cortas que prometía. Después de 1943 escribió para el cine en Hollywood, y fue detenido e inscrito en la lista negra a causa de sus ideas políticas. Véase su novela *The Un-Americans* (Londres, 1957). <<

[165] Alvah Bessie, *Men in Battle* (Berlín, 1960). <<

[166] Steve Nelson, *The Volunteers* (Nueva York, 1953). <<

[167] Steve Nelson, *The Volunteers* (Berlín, 1958). <<

[168] Steve Nelson, *Die Freiwilligen* (Berlín, 1955). 2.ª edición. <<

[169] Edwin Rolfe, *The Lincoln Battalion* (Nueva York, 1939). El libro se terminó el 6 de agosto de 1939. Contiene numerosas fotografías y mapas. El libro de Sandor Voros *American Commisar* (Nueva York, 1961), cuyas páginas 279-445 tratan de España, da una visión contraria del Batallón Lincoln. <<

[170] Véase nota 85. <<

[171] Robert Garland Colodny, *The Struggle for Madrid* (Nueva York, 1958). Este libro, además de útil, es de lectura muy amena. Las notas son tan interesantes como el texto. <<

[172] John Sornmerfield, Volunteer in Spain (Londres, 1937). Este libro sólo abarca los últimos meses de 1936, las primeras semanas del sitio de Madrid. <<

[173] Edmond Romily, *Boadilla* (Londres, 1937). El autor, que entonces tenía dieciocho años de edad, había escrito anteriormente, en colaboración con su hermano Giles, un libro titulado *Out of Bounds*. (Cf. Jessica Mitford, *Daughters and Rebels*, Nueva York, 1960; Philip Toynbee, *Friends Apart*, Londres, 1954); Romily murió en un ataque aéreo contra Hamburgo, cuando servía en la R. A. F. <<

[174] William Rust, *Britons in Spain* (Londres, 1939). Rust era corresponsal, no soldado. <<

[175] Tom Wintringham, *English Captain* (Londres, 1939). Las páginas 138-165 del libro de Wintringham «Armies of Free Men» tratan de la guerra española. Este había servido en la B. E. F. en 1914-1918. <<

[176] Léon Mabille, *Cinq semaines avec le bataillon Henri Barbusse* (París, 1937?). Mabille era el secretario general del movimiento «Paix et Liberté». <<

[177] André Heussler, *Avec les héros de la liberté* (París, 1937). Véase también *Epopée d'Espagne*: Brigades Internationales 1936-1939 (París, 1956), para la historia general de las Brigadas. <<

[178] *Schweizer kampfen in Spanien*. Editado por Max Wullschleger (Zurich, 1939). <<

[179] Sixten Olsson, *Spanska Frontminnen* (Stockholm, 1938). <<

[180] Lise Lindbaek, *Bataljon Thälmann* (Oslo, 1938). Reportaje desde el frente, con muchas ilustraciones. Thomas menciona también una obra llamada *Internationella Brigaden* (Estocolmo, 1939). En 1946 Lindbaek escribió *Spania og vi* con un capítulo dedicado a las Brigadas. <<

[181] Pablo de la Torriente-Brau, *Peleando con los milicianos* (México, 1938). <<

[182] Roberto Vega González, *Cadetes mexicanos en la guerra de España* (México, 1954). <<

[183] Jef Last, *De Spaansche Tragedie* (Amsterdam, 1938). La mayor parte del contenido de este libro se publicó en Holanda con el título *Brieven uit Spanje* <<

[184] Peter Kemp, *Mine were of Trouble* (Londres, 1957). <<

[185] Peter Kemp, *Legionario en España* (Barcelona, 1959). <<

[186] *LUSGE*, p. 48. <<

[187] Para Lunn, véase el capítulo 9; para Campbell, capítulo 7. <<

[188] *Mine were of Trouble*, p. 76. Véase también: *Legionario en España*, p. 100: «¡Hola, don Pedro! —gritó al verme— ¡Con que ha venido a matar rojos! ¡Enhorabuena! ¡Procure cargarse a muchos!». <<

[189] *Legionario en España*, p. 100. <<

[190] *Ibid*. <<

[191] *Mine were of Trouble*, p. 80. No figura en la edición española. <<

[192] *LUSGE*, p. 48. <<

[193] *Legionario en España*, p. 148. <<

[194] *Mine were of Trouble*, p. 49-50. El nombre completo de Aguilera era Gonzalo de Aguilera, conde de Alba de Yeltes, Grande de España. <<

[195] *Mine were of Trouble*, p. 170-173. <<

[196] *Legionario en España*, p. 208-209. <<

[197] José María Pemán, en su *Poema de la bestia y del ángel* (Zaragoza, 1938), dice que el Arcángel Gabriel ayudó a los moros a cruzar el Estrecho (p. 100). <<

[198] *Mine were of Trouble*, p. 26. <<

[199] Colodny, p. 148. <<

[200] *Mine were of Trouble*, p. 29. <<

[201] Roy Campbell, *Light on a Dark Horse* (Londres, 1951). <<

[202] Véase nota 131. Thomas no ha podido comprobar si Campbell estuvo en servicio activo.<<

[203] Esteban Pujals: *España y la guerra de 1936 en la poesía de Roy Campbell* (Madrid, 1959) p. 22-23. <<

[204] Marrero, p. 226. <<

[205] *LUSGE*, p. 46 <<

[206] Roy Campbell, *The Collected Poems*. Vol. 2. Londres, 1957, 1961. p. 199. <<

[207] Carta de Hugh Thomas, que dice que el personal de la Embajada Británica sacó a Campbell de Toledo (3 de noviembre de 1962) <<

[208] Roy Campbell, *Flowering Rifle* (Londres, 1939). Reeditado también en sus obras escogidas, en 1957 y de nuevo en 1961 <<

[209] Eion O'Duffy, *Crusade in Spain* (Londres, Dublín, 1938). <<

[210] O’Duffy, p. 1-5. <<

[211] *Das Buch der Spanienflieger*. Editado por Wulf Bley, capitán (Leipzig, 1939). Contiene 26 textos de los antiguos miembros de la Legión Cóndor. <<

[212] Max Graf Hoyos, *Pedros y Pablos* (Munich, 1941) <<

[213] Hellmut H. Führing, *Wir funken für Franco* (Gütersloh, 1939-1941). <<

[214] Karl-Georg von Stackelberg, *Legion Condor: Deutsche Freiwillige in Spanien* (Berlín, 1939). <<

[215] Werner Beumelberg, *Kampf um Spanien* (Oldenberg-Berlín, 1939), p. 8. <<

[216] *Mölders und seine Manner*, editado por Major Fritz von Forell (Graz, 1941). Solamente los capítulos tercero y cuarto tratan de España, p. 25-80. <<

[217] Major Fritz von Forrel, *Mölders: Mensch und Flieger* (Salzburgo, 1961). Los acontecimientos de España se tratan en las páginas 23-66. <<

[218] Adolf Galland, *Die Ersten und die Letzten* (Darmstadt, 1953). <<

[219] Adolf Galland, *Memorias* (Barcelona, 1955). La única ilustración del libro es una fotografía de Hermann Goering. La experiencia española del autor, p. 49-70. <<

[220] Beumelberg, p. 7. <<

[221] Galland, p. 54. <<

[222] *Das Buch der Spanienflieger*, p. 3. <<

[223] Emilio Faldella, *Venti mesi di guerra in Spagna* (Florencia, 1939). Garosci, p. 427. <<

[224] Sandro Piazzoni, *Las tropas Flechas Negras en la guerra de España 1937-1939* (Barcelona, 1941). <<

[225] Valentino Tocci, *Duelli aerei* (Roma, 1938). Va desde febrero de 1937 hasta agosto de 1938. <<

[226] Francesco Odetti, *Trenta mesi nel Tercio* (Roma, 1940). Los treinta meses son: 1937, 1938 y seis meses de 1939 <<

[227] Véase el capítulo 5. <<

[228] Garosci, p. 282-308. <<

[229] Mikhail Kolzov: *Ispanskii dnevnik* (Moscú, 1938). <<

[230] Mikhail Kolzov: *Ispanskii dnevnik* (Moscú, 1957). <<

[231] Entre otros libros en que se menciona a Kolzov figuran *For Whom the Bell Tolls, Das Ohr des Malchus, Men and Politics*, de Louis Fischer (Nueva York, 1941) y *In Time of Trouble*, de Claude Cockburn (Londres, 1956). <<

[231a] Claude Cockburn, *In Time of Trouble*, p. 261. <<

[231b] *Die Wahrheit über Spanien* (Berlín, 1937), p. 32. <<

[232] Garosci, p. 285. «… tutte le testimonianze che abbiamo su1 suo periodo spagnolo concordano nel sottolineare l'importanza della sua funzione politica. Fischer dice di lui che «spediva i suoi articoli sulla Spagna direttamente a Stalin e a Vorocilov». «Venendo della Pravda-dice de lui Hemingway, che lo ritrae sotto il nome di Karkov- e in comunicazione diretta con Stalin, era in que1 momento uno dei tre uomini pih importanti in Spagna… N cioe se non fosse addiritura un politicomilitare». <<

[233] *LUSGE*, p. 27. <<

[234] Garosci, p. 28 3-284. «Non c'e dubbio che le corrispondenze di Kolzov… abbiano a loro tempo trovato un eco profondo nel pubblico russo. Lo ricorda in un recente libro Giuseppe Boffa: «La resistenza del lontano popolo mediterraneo sollevo tra i sovietici ondate di passione… si aspettavano ogni giorno sulla Pravda e sulle lzvestia le corrispodenze di Kolzov e di Ehrenburg sulla Spagna…! In veriti, le corrispondenze di Kolzov… si pongono su ben altro piano di quelle di Ehrenburg». <<

[235] *LUSGE*, p. 27. <<

[236] «Questa [la situazione spagnola] e dominata da1 contrasto Caballero-Prieto, e le sirnpatie di Kolzov vanno tutte, inizialmente, a Prieto, cioe alla posizione moderata; la tattica iniziale russa era di puntare, almeno per il governo, su quest'ultima, per non provocare reazioni tra gli alleati, o possibili alleati occidentali». Garosci, p. 291. <<

[237] *LUSGE*, p. 28. <<

[238] «Si dice (Kolzov) del POUM che esercita una parte cprovocatoria e demoralizzante!»… si dice che se essi spingeranno la Spagna «a situazioni terroristiche… l'intervento diventera inevitabile, e non solo della Germania e dell'ltalia». Garosci, p. 299. <<

[239] *LUSGE*, p. 28-29. <<

[240] Garosci, p. 305. «[Kolzov] Eseguiva una politica, ma senza dubbio spingeva all'intervento antifascista. Contropartita de l'intervento, prima l'isolamento del POUM dalla causa degli anarchici, poi il rafforzamento a Madrid dell'esercito popolare». <<

[241] *LUSGE*, p. 29. <<

[242] *LUSGE*, p. 28. <<

[243] *LUSGE*, p. 29. <<

[244] Ehrenburg ha escrito varios libros sobre la guerra de España. *Ispaniia*, un álbum de fotografías y reportajes en dos volúmenes, publicado en Leningrado en 1937. Una novela titulada *Achto tchelovekou novjno*, editada en 1937, y otro libro llamado *Ispanskii zakal*, de 1938. *¡No pasarán!*, escenas de la guerra civil, publicado en París en 1937(?) y en Estocolmo también en 1937. Algunas de las narraciones del libro anterior se incluyen en *Estampas de España*, publicado en Santiago de Chile, 1938. Todas esas narraciones, editadas en francés, sueco y español, y algunas otras forman *¡No pasarán!*, Buenos Aires, 1938, traducido del alemán. La bibliografía de Garosci sólo menciona los artículos incluidos en el libro de Marcel Acier *From Spanish Trenches* (Nueva York, 1937). <<

[245] Garosci, p. 287-288. <<

[246] Garcsci, p. 298-299. <<

[247] Mihhail Koltsov, *Diario della guerra di Spagna* (Milán, 1961). Esta edición es incompleta. La única traducción completa es la publicada últimamente en español por Ruedo Ibérico, París. *Diario de la guerra de España*. <<

[248] Walter Krivitsky, *In Stalin's Secret Service* (Nueva York, 1939). Páginas sobre España: 93-134. Estos textos se publicaron en *The Saturday Evening Post* (Filadelfia, 15 de abril de 1939). En Inglaterra el libro se titulaba *I was Stalin's Agent*, y fue distribuido también por el Right Book Club. Dahms (p. 342) cita una edición en alemán publicada en Arnsterdarn en 1940. En Madrid se publicó en 1947 una edición española, por Mauricio Carlavilla («Mauricio Karl»), que pretendía ser traducción del ruso (*Yo, jefe del servicio secreto militar soviético*, Madrid, 1947). El capítulo dedicado a España del libro de Krivitsky le publicó en Argentina un grupo anarquista en forma de folleto. <<

[249] Herbert Matthews escribió tres libros en los que se habla de la guerra de España. El primero, *Two Wars and More to Come* (Nueva York, 1938) trata también de la guerra de Etiopía. La guerra española va de la página 177 a la 318. El libro se acabó en octubre de 1937. *The Education of a Correspondent* (Nueva York, 1946) abarca toda la guerra, p. 67-192. El tercer libro, *The Yoke and the Arrows* (Nueva York, 1957, en lo sucesivo *TYATA*) está dedicado enteramente a la guerra y sus consecuencias. La parte española de *The Education of a Correspondent* fue publicada en Italia en 1948. <<

[250] Lawrence Fernsworth, *Spain's Struggle for Freedom* (Boston, 1957). <<

[250a] *The Catholic Press*, por H. Rutledge Southworth, en *The Nation*, Nueva York, 16 de diciembre de 1939. <<

[251] Sheean trata de la guerra en *Not Peace but a Sword* (Nueva York, 1939) p. 42-48, 140-199. 235-270. 326-341-367. La edición de Londres se titulaba *The Eleventh Hour*. <<

[251a] *Ibid.*, p. 199. <<

[252] *Chicago Tribune* (Chicago, 9 de octubre de 1936), artículo traducido en parte en Francisco Bravo, *José Antonio* (Madrid, 1940), p. 137-142) <<

[252a] John T. Whitaker, *We cannot Escape History*, Nueva York, 1943, p. 113). <<

[253] Charles Foltz, *The Masquerade in Spain* (Boston, 1948). <<

[253a] Claude Bowers, *My Mission to Spain* (Nueva York, 1954), p. 294. <<

[253b] *Foreign relations of the United States, 1937*, vol. 1, Washington, D.C., 1954, p. 225). <<

[253c] Stephen Spender, *World Within World*, (Londres, 1951), p. 261. <<

[253d] T. C. Worsely, *Behind the Battle* (Londres, 1939), p, 35-36, 71. <<

[253e] Charles Harrington, *Tim Harrington Looks Back* (Londres, 1940), p. 194. <<

[254] *We Cannot Scape History*, pp. 95-122. <<

[255] Véase la nota 23a. <<

[256] Martha Gellhorn, *The Face of War* (Nueva York, 1959). Selección de sus reportajes de guerra. Las páginas 9 a 42 tratan de la guerra de España, un articulo escrito en Madrid en noviembre de 1937 y otro en Barcelona en noviembre de 1938. La autora estuvo casada con Ernest Hemingway, y *Por quien doblan las campanas* está dedicado a ella. <<

[257] Virginia Cowles, *Looking for Trouble* (Londres, 1941). Merece destacarse su significativa historia sobre Guernica, pp. 71-75. <<

[258] Frances Davis, *My Shadow in the Sun* (Nueva York, 1940). <<

[259] Henry Buckley, *Life and Death of the Spanish Republic* (Londres, 1940). <<

[260] John Langdon-Davies, *Behind the Spanish Barricades* (Londres, 1936). Su libro *Air Raid*, (Londres, 1938) también trata de la guerra de España. <<

[261] Geoffrey Cox, *Defence of Madrid* (Londres, 1937). En Moscú se publicó en 1937 una edición rusa. <<

[262] Geoffrey Brereton, *Inside Spain* (Londres, 1938). Brereton era correponsal en España del *New Statesman and Nation*. El capítulo titulado «Dialogue with the Reader», p. 151-158 resulta especialmente instructivo, desde el punto de vista polémico, en lo que respecta a la guerra de España. <<

[263] Frank Pitcairn, *Reporter in Spain* (Londres, 1936). Otro libro sobre los primeros tiempos de la guerra, que ha gozado de amplia difusión: Estocolmo, 1936; Copenhague, 1937; Moscú, en inglés y alemán, 1937. En el libro firmado con su verdadero nombre, Claude Cockburn *(In Time of Trouble)*, habla poco de la guerra. <<

[264] G. L. Steer, *The Tree of Gernika* (Londres, 1938). Este libro, relación detallada de la campaña del País Vasco, es uno de los más interesantes que se han escrito sobre la guerra. Las páginas que tratan de la destrucción de Guernica y de la consiguiente confusión de la propaganda de Franco son especialmente interesantes. En 1956 se publicó una edición en Buenos Aires. <<

[265] Simone Tery, *Front de la liberté* (Paris, 1938). <<

[266] Louis Delaprée, *Mort en Espagne* (París, 1937). <<

[267] Edward H. Knoglaugh, *Correspondent in Spain* (Nueva York, 1937). <<

[267a] Autor de *The Siege of Alcazar: A Warlog of the Spanish Revolution* (Filadelfia, 1936), publicado igualmente en Londres <<

[267b] *Foreign Relations of the United States, 1937*, Vol. 1, p. 279-280. <<

[267c] Garosci, p. 271 <<

[268] Theo F. Rogers, *Spain: A Tragic Journey* (Nueva York, 1937). Una muestra de la erudición de Roger es su referencia a Malraux como «corresponsal comunista francés» (p. 152.) <<

[269] Harold C. Cardozo, *The March of a Nation* (Londres. 1937). <<

[270] Cecil Gerahty, *The Road to Madrid* (Londres, 1937). <<

[271] Nigel Tangye, *Red, White and Spain* (Londres, 1937). <<

[272] El corresponsal militar de *Action française* escribió cuatro libros en favor de Franco. Cronológicamente, son: *Pourquoi Franco vaincra* (París, 1937); *Pourquoi mentir? L'aide franco-soviétique a l'Espagne rouge* (París, 1937); *Les Soviets et la France: Fournisseurs de la Révolution espagnole* (París, 1938); *Pourquoi Franco a vaincu* (Paris, 1939). El último libro contiene, a veces en forma resumida, las mismas cosas que los dos primeros. Una traducción inglesa de *Pourquoi mentir?* se publicó en Londres en 1937(?) bajo el título de *Arms for Red Spain*. Estos libros no son importantes en tanto que crítica de los acontecimientos militares, sino para el estudio de la propaganda de la *Action française*. <<

[273] Charles Maurras, *Vers l'Espagne de Franco* (París, 1943). Este libro se comenta ampliamente en el capítulo 10. <<

[274] Georges Rotvand, *Franco et la Nouvelle Espagne* (París, 1936). En 1937 (?) se publicó en Londres una edición en inglés. <<

[275] Lamberti Sorrentino, *Questa Spagna* (Roma, 1939). El autor pasó en España casi todo el año 1937. <<

[276] Sandro Volta, *Spagna a ferro e fuoco* (Florencia, 1937). El autor fue corresponsal de la *Gazetta di Popolo* desde octubre de 1936 hasta enero de 1938. <<

[277] Curio Mortari, *Con gli insorti in Marocco e Spagna* (Milán, 1937). El autor se encontraba en Marruecos en julio de 1936, y fue siguiendo la guerra, pasando por la toma de Badajoz y Mérida. <<

[278] Véase la nota 214. <<

[279] Leopoldo Nunes, *A Guerra em Espanha!* (Lisboa, 1936). <<

[280] Mauricio de Oliveira escribió cuatro libros sobre la guerra en el mar: *A tragedia espanhola no mar* (Lisboa, 1937); *As duas Espanhas no mar* (Lisboa, 1937); *Marinheiros da Espanha em Guerra* (Lisboa, 1937); *Aguas de Espanha zona de guerra* (Lisboa, 1938). Los cuatro se publicaron en español en Cádiz. <<

[281] *TYATA*, Nueva York, p. 187. <<

[282] Manuel Aznar, *El Alcázar no se rinde* (Madrid, 1957), 2.ª ed. En lo sucesivo *EANSR*. <<

[283] *LUSGE*, p. 54. <<

[284] *TYATA*, Londres, p. 176. <<

[285] Thomas, p. 203. Citado por Seco Serrano, p. 186. <<

[286] *EANSR*, p. 16-23. <<

[287] *EANSR*, p. 39-40: *TYATA*, London, p. 174. <<

[288] *ABC*, Sevilla, 30 de septiembre de 1936, p. 9. <<

[289] *ABC*, Sevilla, 1.º de octubre de 1936, p. 5. Ambos relatos del *ABC* están firmados por M. Sánchez del Arco. En su libro *El sur de España en la reconquista de Madrid* (Cádiz, 1936) el autor menciona la fecha del 23 de agosto como la de la conversación telefónica, y la del 25 de agosto como la de la ejecución (p. 209). En cambio, en la segunda edición, de 1937, da las fechas del 23 de julio y del 25 de agosto respectivamente para la conversación telefónica y la ejecución (p. 203-204). <<

[290] *ABC*, Sevilla. 1.º de octubre de 1936, p. 10. Aznar afirma que el *ABC* del 6 de octubre de 1936 publicaba otro artículo sobre Moscardó *EANSR*, p. 24. Probablemente se refiere al artículo publicado el 7 de octubre y firmado por M. Siurot, reproducido también en las páginas 85-87 de su libro *Mis charlas en el micrófono del General* (Cádiz, 1937). <<

[291] Henri Massis, y Robert Brasillach, *Les cadets de l'Alcazar* (París, 1936). p. 2-3. <<

[292] Henri Massis, y Robert Brasillach, *Le siège de l'Alcazar* (París, 1939), p. 8. La fecha de la llamada telefónica esta vez es, al parecer, la del 24 de julio. <<

[293] Jérôme y Jean Tharaud, *Cruelle Espagne* (París, 1937) p. 207. <<

[294] Alberto Risco S. J., *La epopeya del Alcázar de Toledo*, (Burgos, 1937) p. 52-53. Sin embargo, en *Aire, tierra y mar*, [Zaragoza, 1938 (?)], J. García Mercadal dice: «El 14 de agosto fue fusilado, cumpliéndose la amenaza del jefe de milicias». (p. 145.) <<

[295] Major Geoffrey McNeill-Moss, *The Epic of the Alcazar* (Londres, 1937) p. 57. Robert Sencourt, en *Spain's Ordeal* (Londres, 1938) p. 159, cita a McNeill-Moss y dice que el hijo fue ejecutado diez minutos después de terminada la conversación por teléfono. En ambos casos la fecha de la conversación y de la ejecución es la del 23 de julio. <<

[296] William Foss y Cecil Gerathy, *The Spanish Arena* (Londres, 1938?) p. 295. <<

[297] Cardozo, p. 133. Según Eleonora Tennant, *Spanish Journey* (Londres, 1936), la ejecución vino inmediatamente después de la comunicación telefónica (p. 50). <<

[298] Knoblaugh, p. 51. <<

[299] Arthur F. Loveday, *World War in Spain* (Londres, 1939), p. 63-64. Del mismo autor *Spain, 1923-1948: Civil War and World War* (Londres, 1949) p. 54. Antes de la guerra, Loveday era presidente de la Cámara de Comercio Británica en España. Roy Campbell dice que Loveday, lo mismo que él, se había convertido al catolicismo poco antes de empezar la guerra civil (*Light on a Dark Horse*, p. 317). <<

[300] Muro Zegri, *La epopeya del Alcázar* (Valladolid, p. 227). <<

[301] Alfredo Martínez Leal, *El asedio del Alcázar de Toledo* (Toledo, 1937), p. 44-45. <<

[302] Volta, p. 138. <<

[303] En Toledo había dos hijos de Moscardó: Luis, de 24 años, que fue fusilado, y Carmelo, de 16 años, que no fue ejecutado. Los autores de la mitología franquista, atribuyendo constantemente a Luis (ejecutado) la edad de Carmelo (no ejecutado), han unido a los dos hermanos en uno solo. Esto obedece tal vez a motivos de tipo romántico y artístico, como esa otra falsedad tan repetida de la ejecución inmediata del hijo de Moscardó, o tal vez a otro tipo de motivos, quizás inconscientes. <<

[303a] *El evangelio del honor militar* (Valladolid, 1938) <<

[303b] *Life and People in National Spain* (Londres, 1938) <<

[303c] *Ici! Radio nationale d'Espagne!* 2.ª edición, (Paris, 1939) <<

[303d] *Vidas Ilustres I* (Madrid, 1939) <<

[304] Ruiz de Azilu, p. 12. <<

[305] General José Díaz de Villegas, *Guerra de liberación* (Barcelona, 1957) p. 125. El libro de Gómez Oliveros se publicó en 1956 (véase nota 310), pero al parecer Díaz de Villegas no lo había leído. <<

[306] Manuel Aznar, *Historia militar de la guerra de España*, t. 1 (Madrid, 1958) p. 314. En lo sucesivo *HMGE*. En esta obra, Aznar no menciona la fecha exacta de la ejecución. <<

[307] Los mitos siguen siendo más fuertes que los hechos, dentro como fuera de España. En 1961, André Maury relataba la historia de la conversacíon telefónica y, de mala gana, concluía: «La menace avait échoué. On voudrait qu'il n'y ait eu qu'un chantage, une manoeuvre, peu élégante sans doute, mais limitée a la pression morale, sans intention de lui donner la suite annoncée L'Histoire est obligée d'enregistrer que Luis Moscardó fut passé par les armes quelques jours plus tard (p. 684). Cuando el alemán Dahms escribe su libro en 1961, basa su versión de la historia del Alcázar en Aznar, Ruiz de Azilu y Maury. Pero ni siquiera estas fuentes dudosas las ha leído bien, puesto que dice que había en el Alcázar 500 cadetes (p. 308), que Luis Moscardó tenía 19 años (p. 89) y que 282 personas murieron durante el asedio (p. 308). Incluso la película *Mourir à Madrid*, favorable a la República, presta fe a la leyenda del Alcázar (*Mourir à Madrid*, París, 1963, p. 37). Georges-Roux (*La guerre civile d'Espagne*, París, 1963) da crédito a los mitos del asesinato de Luis porque su padre no rindió la fortaleza, y a su edad de 17 años, p. 157. <<

[308] Joaquín Arrarás y L. Jordana de Pozas, *El sitio del Alcázar* (Zaragoza, 1937). p. 25. <<

[309] General José Moscardó, *Diario del Alcázar* (Madrid, 1943) p. 13-14. El padre Alberto Risco, S.J., que en la página 52-53 nos dice y en la 109 nos repite que Luis fue ejecutado durante la conversación telefónica con su padre, nos cuenta más adelante (p. 153-155) que Luis fue fusilado como represalias de un bombardeo de Toledo, debido a un error de la aviación republicana. <<

[310] Comandante Benito Gómez Oliveros, con la colaboración del general Moscardó. *General Moscardó*, Barcelona, 1956, p. 221. A pesar de este testimonio, el director de *El pensamiento navarro* de Pamplona. Francisco López-Sanz, en su respuesta a Gironella, *¿Un millón de muertos?... ¡Pero con héroes y mártires!*, (Pamplona, 1963) confirma el mito del Alcázar escribiendo: «… y cumplieron su amenaza, asesinándole a Luis, porque el Alcázar no se rindió…» (p. 108). <<

[311] *TYATA*, Nueva York, p. 201. <<

[312] Gónez Oliveros, p. 168. Esta versión está confirmada, en mayor o menor grado, por Martínez Leal (p. 44), McNeill-Moss (p. 57), Trapiella (p. 54) y Risco (p. 48). Sin embargo, no se encuentra en las crónicas periodísticas originales, ni en el librito de Massis-Brasillach, ni en el de Arrarás-Jordana, ni en el de Zegri. Cuanto más pienso en las palabras que se atribuyen a Moscardó más estúpidas me parecen como respuesta. <<

[313] Cecil Gerahty, p. 91. <<

[314] Estas palabras no son exactamente una orden de ejecución. (*EANSR*, p. 34.) <<

[315] El número exacto parece ser el de siete cadetes. Martínez Leal habla de ocho cadetes (p. 210), pero a uno de ellos, Angel Valero González, no le consideran como cadete Arrarás y Jordana (p. 319) ni los autores de *Cruzada*, tomo 29, p. 191. <<

[316] *El Alcázar*. Número 42, suplemento 6 de septiembre 1936, p. 6-7. <<

[317] *ABC*, Sevilla, 30 de septiembre de 1936, p. 9. <<

[318] José María Pemán, *Arengas y crónicas de guerra*, Cádiz, 1937, p. 45. <<

[319] *TYATA*, Londres, p. 175. Ese corte de la corriente eléctrica fue, según dice Matthews, accidental <<

[320] Moscardó, *Diario del Alcázar*, p. 33. Es éste el diario de operaciones «oficial» del Alcázar, y va desde el 18 de julio al 28 de septiembre de 1936. <<

[321] *TYATA*. Londres, p. 175. <<

[322] *EANSR*, p. 21. <<

[323] Gómez Oliveros, p. 140. McNeill-Moss dice que el teléfono fue «útil» el 11 de septiembre (p. 210) y que, durante la noche del 11 al 12 de septiembre, las bombas de mano de los milicianos cortaron los cables e interrumpieron la comunicación (p. 212). <<

[324] *TYATA*, Nueva York, p. 199. Este pasaje se ha suprimido en la edición de Londres, a pesar de que el argumento es perfectamente válido. <<

[325] *EANSR*, p. 23. <<

[326] Moscardó. *Diario del Alcázar*, p. 77. <<

[327] *La causa general* (Madrid, s. a.) 2.ª edición. Anexo X, p. 327. (He utilizado esta edición porque la primera no tenía las páginas numeradas; el texto de Moscardó es idéntico en ambas ediciones.) <<

[328] Moscardó. *Diario del Alcázar*, p. 79. <<

[329] Núñez Morgado, p. 214-222. <<

[330] *La causa general*, anexo X, p. 332. <<

[331] *La causa general*, anexo X, p. 326-327. <<

[332] Gómez Oliveros, p. 217. <<

[333] *La causa general*, anexo X, p. 318. <<

[334] Moscardó, *Diario del Alcázar*, p. 34. El «Diario de operaciones» publicado en el libro de Enríquez de Salamanca dice de esta fecha: «… y se traen de rehenes a tres mujeres y dos niños de significados elementos socialistas de esta capital», p. 67. <<

[335] Martinez Leal, p. 45. <<

[336] Zegri, p. 69. En la página 33 dice Zegri: «Había también algunos presos —once hombres y cinco mujeres, una de éstas con dos niños— que fueron detenidos a raíz de los sucesos.» <<

[337] Zegri. p. 73. <<

[338] *La causa general*, anexo X, p. 333-334. Ruiz de Azilu dice que Alba llevaba «documentación comunista de un prisionero» (p. 13). <<

[339] Martínez Leal, p. 241. Arrarás y Jordana, p. 326. *Cruzada*, vol. VII, p. 193. <<

[340] Risco, p. 27. <<

[341] Risco, p. 25. <<

[342] Arrarás y Jordana, p. 195. Ellos citan a *La Libertad* (Victoria, 9 de octubre de 1936). <<

[343] Aznar, vol. I, p. 357; Martínez Leal, p. 193-205; Arrarás y Jordana, p. 314-349; *Cruzada*, p. 191-197. <<

[344] Los nombres de las sirvientes los dan Martínez Leal (p. 229-240) y Arrarás y Jordana (p. 340-349). Arthur Koestler habla de la fuga de una de las chicas, el 9 de agosto, a causa de los malos tratos. *Spanish Testament*, (Londres, 1937) p. 159. Hay muchas contradicciones en las estadísticas oficiales del Alcázar. El libro *Alcázar de Toledo, su defensa y liberación*, vendido hoy en el Alcázar, dice que había 328 mujeres y 210 niños refugiados en aquel, sin embargo, la declaración hecha a la prensa después del sitio afirma: 520 mujeres y 50 niños. <<

[345] *HMGE*, tomo 1, p. 315. <<

[346] Gómez Oliveros, p. 118. <<

[347] Gómez Oliveros, p. 172. <<

[348] André Maury (p. 686-688). <<

[349] *HMGE*, t. 1, p. 344. <<

[350] *Ibid*. <<

[351] Núñez Morgado, p. 212-222 <<

[352] Núñez Morgado. p. 216. El Diario de operaciones del Alcázar confirma que los atacantes reclamaban «que salgan las mujeres, niños y rehenes que están en el Alcázar». p. 83. Pero no hay nada en el periódico que indique que los asediados interesados, mujeres, niños y rehenes, supieran el esfuerzo realizado por ellos. <<

[353] Arrarás y Jordana, p. 253. Todos los corresponsales del *Daily Mail* estaban en favor de Franco. Véase los libros de Cardozo y de Gerahty. <<

[354] Thomas, p. 282; Martínez Leal, p. 202. <<

[355] *HMGE*, tomo 1, p. 142: <<

[356] Antonio Bahamonde y Sánchez de Castro, *Un año con Queipo* (Barcelona, 1938, p. 298; Pierre Broué y Emile Tèmime, *La révolution et la guerre d'Espagne* (París, 1961) p. 89-90; Thomas, p. 168-169. <<

[357] Douglas Jerrold, *Spain: Impressions and Reflections*, Londres, 1937, p. 6) <<

[358] *Cruzada*, XIV, p. 1-7-112. <<

[359] *Cruzada*, XV, p. 141-143. <<

[360] Gómez Oliveros, p. 134. <<

[361] *EANSR*, p. 25. <<

[362] *Ibid*. <<

[363] *MHGE*, tomo 1, p. 307. <<

[364] Gómez Oliveros. p. 134. <<

[365] Gómez Oliveros. p. 134. <<

[366] Jellinek, *The Civil War in Spain*, Londres, 1938 (p. 429-430). Jellinek describe asimismo la desorganización que reinaba en Toledo durante el asedio (p. 425-432) <<

[367] El momento de mayor peligro fue después de la explosión de las minas bajo la fortaleza, el día 18 de septiembre por la mañana, pero sin duda Moscardó sentía que los refuerzos del ejército de África no estaban lejos. <<

[368] *Poeta en la España Leal*, Madrid-Valencia, 1937. <<

[369] Antonio Iribarren, *Mola* (Zaragoza, 1938), p. 131. <<

[370] Antonio Iribarren, *Con el general Mola* (Zaragoza, 1937), p. 169; John Gunther, *Inside Europe* (Nueva York, 1938), p. 178). <<

[371] Ramón Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar* (Madrid, 1947) p. 202-203. <<

[372] *Entre Hendaya y Gibraltar*, p. 121. <<

[373] *Entre Hendaya y Gibraltar*, p. 134. <<

[374] *Ibid*. <<

[375] *Ibid*. <<

[376] *Entre Hendaya y Gibraltar*, p. 204. <<

[377] *Entre Hendaya y Gibraltar*, p. 205. <<

[378] *Entre Hendaya y Gibraltar*, p. 89, 144. <<

[379] *LUSGE*, p. 9, 30-32. <<

[380] *LUSGE*. p. 9, 32-35. <<

[381] *LUSGE*, p. 31. <<

[382] *LUSGE*, p. 34. <<

[383] Carlo Rosselli, *Oggi in Spagna, domani in Italia*. París, 1938. <<

[384] J. R. Tournoux, *L'Histoire secrète*, París, 1962. <<

[385] Garosci, p. 272. <<

[386] H. E. Kaminski, *Quelli di Barcellona* (Verona, 1950), p. 9. <<

[387] *Ibid*. <<

[388] H. E. Kaminski, *Ceux de Barcelone* (París, 1937). <<

[389] *Quelli di Barcellona*, p. 9. <<

[390] Garosci, p. 272. «… ma la speranza di una societa egalitaria… II mito di Barcellona… Tra questi diffusori della storia, ma anche della rivoluzione catalana, troviamo… Hans Erich Kaminski…». <<

[391] Garosci, p. 272. «… Kaminski e una strana mescolanza di ingenuita… accanto a pagine che sembrano tratte dai tanti viaggi al «paradiso sovietico» con il quale quello degli anarchici catalani ha piú un punto di rassomiglianza, pur nelle diversiti, ve ne sono di dure e realistiche come i resconti sedute del tribunale popolare». <<

[392] *LUSGE*, p. 31. <<

[393] Garosci, p. 435. «Rosselli, sul fondamento della lotta antifascista spagnola, vedeva il conflitto come un episodio della gigantesca lotta di coalizione antifacista, del quale l'Italia era un aspetto, l'aspetto originario, e la lotta degli antifascisti italiani un episodio». <<

[394] LUSGE. p. 30. <<

[395] Garosci, p. 435. «… il resultato della disperata tensione dell'esilio, dell'esperienza del conflitto di Abissinia e dell'inanita degli sforzi di transformare sentimenti diffusi in realta diplomatiche: un estremismo di disperazione». <<

[396] *LUSGE*, p. 30. <<

[397] Garosci. p. 436. «Non erano le suggestioni dei succesi anarchici, che in verità Rosselli celebro in un suo articolo con foga forse maggiore di un Kaminski e di un Orwell, a far mutare la sua posizione fondamentale; era la coriscienza che la rivoluzione proletaria poteva rivestire molte forme e sarebbe stata antifascista e liberale, se l'antifascismo le restava fedele». <<

[398] *LUSGE*, p. 30. <<

[399] Garosci, p. 437. «Rosselli di sottraeva all'antitesi guerra o rivoluzione…». <<

[400] *LUSGE*, p. 30. <<

[401] George Orwell, *Homage to Catalonia* (Londres, 1938). Su verdadero nombre era Eric Hugh Blair. <<

[402] *Ibid.* p. 80. <<

[403] George Orwell, *Homage to Catalonia*, p. 304. <<

[404] George Orwell, *Omaggio a la Catalogna* (Verona, 1948). <<

[405] George Orwell, *Homage to Catalonia* (Nueva York, 1952). Prólogo de Lionel Trilling. La edición original inglesa, se imprimió a 1500 ejemplares; de ellos no se habían vendido más de 900 cuando murió Orwell. (Tom Hopkinson, p. 24.) <<

[406] George Orwell, *La Catalogne libre* (París, 1955). Este título es tan falso como el original de Orwell. La primera traducción en castellano apareció en Buenos Aires solamente en 1961, titulada *Cataluña 1937*. <<

[407] *Time*, Nueva York. 19 de mayo 1952. <<

[408] Simone Weil, *Ecrits historiques et politiques* (París, 1960), p. 209-224. <<

[409] Georges Bernanos, *Les grands cimetières sous la lune* (París, 1938). La carta de Simone Weil a Georges Bernanos se publicó por la primera vez en el *Bulletin de la Société des amis de Georges Bernanos*, n.º 4, 1950. <<

[410] *LUSGE*, p. 34. La crítica hecha por Calvo Serer viene del libro de Garosci (p. 411) <<

[411] Weil, p. 223. <<

[412] Weil, p. 224. <<

[413] *LUSGE*, p. 52-53. <<

[414] *LUSGE*, p. 35-38. <<

[415] *The God That Failed*, Nueva York (1950). 1951. Prólogo de Richard Crossman. Rühle cita en su bibliografía: (R. Crossman), *Der Gott, der keiner war, Europa*, Konstanz-Zurich-Viena, 1950. Véase p. 529-531 de Rühle. <<

[416] El más conocido de los poemas de Spender sobre la guerra de España es «Regum Ultima Ratio», publicado en *Poems for Spain* (véase la nota 417). <<

[417] *Poems for Spain*. Editado por Stephen Spender y John Lehmann (Londres, 1939). El prólogo es de Spender. <<

[418] Véase la nota 253. <<

[419] *The God that Failed*, p. 232-277. <<

[420] Rühle, p. 520. «Es gelang ihm, den jungen Freund zu retten, aber die englischen Komrnunisten der lnternationalen Brigaden warfen ihm vor, sich mit dern «Klassenfeind» eingelassen zu haben». Compárese con: «Als Spender seinen enttauschten Landsleuten helfen wollte, beschuldigten die englischen Kornmunisten der Brigaden Spender, zum Feind übergelaufen zu seinn. (*POME*, p. 89). <<

[421] *LUSGE*, p. 36. <<

[422] Louis Fischer, *The War in Spain* (Nueva York, 1937). <<

[423] Louis Fischer, *Why Spain Fights on* (Londres, n. d.). <<

[424] Louis Fischer, *La Guerre en Espagne* (París, n. d.). <<

[425] Louis Fischer, *Der Krieg in Spanien* (París, ¿1937?). <<

[426] Louis Fischer, *La Guerre en Espagne* (Buenos Aires, s. a.). <<

[427] Véase la nota 231. <<

[428] Louis Fischer, *Men and Politics* (Londres, 1941). No es la misma impresión que la edición de Nueva York. <<

[429] *The God that Failed*, p. 198-231. <<

[430] Arthur Koestler, *Menschenopfer Unerhört: Ein Schwarzbuch über Spanien* (Paris, 1937). <<

[431] Arthur Koestler, *L'Espagne ensanglantée* (París, 1937). <<

[432] Marcel Junod, *Warrior without Weapons* (Londres, 1951), p. 123-125. Según este funcionario de la Cruz Roja, el gobierno británico tuvo poco que hacer con la liberación de Koestler. Véase también: Arthur Koestler, *The Invisible Writing* (Londres, 1954), p. 364. <<

[433] Véase la nota 344. La Duquesa preguntó a Koestler si era comunista y éste, faltando a la verdad, respondió que no (*The Invisible Writing*, p. 367-368). Parece que lo importante, en ese momento histórico, era el contenido del libro, y no la afiliación pasajera de Koestler. El libro está dedicado a su viejo amigo de Málaga, *Sir* Peter Chalmers Mitchell, en cuyo domicilio fue detenido por los franquistas. Más tarde *Sir* Peter rompió con Koestler, a raíz de la publicación de *Darkness at Noon* (*The Invisible Writing*, p. 391). <<

[434] Arthur Koestler, *Spanish Testament* (Londres, 1937). Edición Left Book Club (en la portada). <<

[435] «*Spanish Testament*, constituido por *Dialogue with Death* y algunos capítulos de *L'Espagne ensanglantée*, se publicó a primeros de 1938» *The Invisible Writing*, p. 368. <<

[436] Arthur Koestler, *Ein spanisches Testament* (Zurich, 1938). <<

[437] Arthur Koestler, *Un testament espagnol* (París, [1939] 1947). <<

[438] Arthur Koestler, *Dialogue with Death* (Londres, 1942). <<

[439] Arthur Koestler, *Dialogue with Death* (Nueva York, 1942). <<

[440] Arthur Koestler, *Dialogo con la morte* (Milano, 1947). <<

[441] Véase la nota 264. <<

[442] Franz Borkenau, *The Spanish Cockpit* (Londres, 1957). <<

[443] La historia española empieza en la página 313 de *The Invisible Writing* y continúa más o menos, hasta el final del libro. <<

[444] *The God that Failed*, p. 13-75. <<

[445] Rühle, p. 523, 529. <<

[446] *The God that Failed*, p. 251; Rühle, p. 521; *LUSGE*, p. 36-37. <<

[447] *The God that Failed*, p. 250. <<

[448] *World within World*, p. 202. <<

[449] *Ibid*. <<

[450] *Ibid*. <<

[451] *LUSGE*, p. 37-38. <<

[452] *Men and Politics*, p. 351. <<

[453] *Men and Politics*, p. 386. <<

[454] *LUSGE*, p. 37. <<

[455] *The Invisible Writing*, p. 334. <<

[456] *The Invisible Writing*, p. 334. <<

[457] *The Invisible Writing*, p. 326. <<

[458] *The Invisible Writing*, p. 334. <<

[459] Actualmente Pujals está traduciendo su tesis al español para su publicación en España. <<

[460] Esteban Pujals, *España y la guerra de 1936 en la poesía de Roy Campbell* (Madrid, 1959). <<

[461] *New Writing in Europe*, p. 109. <<

[462] *New Writing in Europe*, p. 121. <<

[463] *LUSGE*, p. 43. <<

[464] *Ralph Fox, a Writer in arms* (Londres, 1937). Ralph Fox le mataron en España en noviembre de 1936 (p. 5). <<

[465] Thomas, p. 222. <<

[466] Garosci, p. 5. <<

[467] Garosci, p. 6. <<

[468] ... *and Spain Sings*. Editado por M. J. Benardete y Rolfe Humphries (Nueva York, 1937). <<

[469] Véase la nota 417. <<

[470] *Romancero de la guerre civile*. Editor: Georges Pillernent. (París, 1937). <<

[471] *Romancero general de la guerra de España* (Madrid-Valencia, 1537).
<<

[472] *Romancero general de la guerra española*. Selección y prólogo de Rafael Alberti. Buenos Aires. 1941. <<

[473] *¡No pasarán!* (Berlín, 1959). Veintiséis poemas en español, con su traducción en alemán. <<

[474] Dario Puccini, *Romancero della Resistenza spagnola* [1936-1959] (Milán, 1960). <<

[475] Dario Puccini, *Le romancero de la résistance espagnole* (París, 1962).
<<

[476] Marrero, p. 221. <<

[477] Marrero, p. 222-225. <<

[478] Marrero, p. 235. <<

[479] Marrero, p. 226. <<

[480] *La persécution religieuse en Espagne*, Poeme-Préface de Paul Claudel (París, 1937). El poema lleva la fecha del 10 de mayo de 1937. <<

[481] *Occident*, París, 25 de octubre de 1937 - 30 de mayo de 1939, 39 números. <<

[482] *La persecución religiosa en España*. Con un poema prefacio de Paul Claudel, 2.ª edición. Buenos Aires, 1937. <<

[483] Juan Estelrich, *La persecuzione religiosa in Spagna* (Milán, 1937) Esta edición, con el nombre de Estelrich, se publicó antes que la edición argentina, en la que no se menciona el nombre del autor. Sin embargo, en la portada no figura el nombre de Claudel, que figura en las ediciones francesa y argentina. <<

[484] Paul Claudel, *A los mártires españoles* (Sevilla, 1937). Posteriormente Guillén se exiló y ahora vive en Italia. <<

[485] Paul Claudel, *Poèmes et paroles: durant la guerre de trente ans* (Paris, 1945). Paul-André Lesort, en *Paul Claudel par lui-même* (París, 1963), no menciona el libro de Estelrich y no considera el poema de Claudel *Aux martyrs espagnols* como publicado antes de 1945. Tampoco hace ninguna referencia al poema sobre la guerra de España, aparte su inclusión en la breve lista bibliográfica. <<

[486] Charles Maurras y Maurice Pujo, *Au grand juge de France: Requête en révision d'un arrêt de Cour de Justice*, París, 1949, p. 25-58 <<

[486bis] *Op. cit.*, p. 35. <<

[487] José María Pemán, *El poema de la bestia y del ángel* (Zaragoza, 1958).
<<

[488] José María Pemán fue presidente de la Comisión de Cultura e Instrucción de la Junta Técnica que ejerció el poder en la zona rebelde desde el 5 de octubre de 1936 hasta el 30 de enero de 1938. La redacción de este largo poema le llevó un año entero durante ese periodo, según dice él mismo (p. 6). <<

[489] Roy Campbell, *Flowering Rifle: A Poem from the Battlefield of Spain* (Londres, 1959). En lo sucesivo *FR*. «Fusil floreciente» sería una exacta traducción del título de esta obra. <<

[490] Pujals, p. 55. <<

[491] Marrero, p. 226. <<

[492] *LUSGE*, p. 47. <<

[493] Roy Campbell, *Light on a Dark Horse: An autobiography* (Londres, 1951); Pujals, p. 8-23. Para un comentario sobre la crónica de guerra de Campbell, véase la nota 131. <<

[494] Publicado en 1936, se incluye igualmente en el volumen 1 de *Collected Poems* (Londres, [1949] 1959). En lo sucesivo, *CP*. <<

[495] Roy Campbell, *The Coliected Poems of*... Vol. 2, Londres, (1957) 1961. «Flowering Rifle» p. 135-256. <<

[496] *LUSGE*, p. 47. Es verdad que la «realidad» que encontramos en *Flowering Rifle* no aparece en otro sitio, porque nació en la imaginación de Campbell. <<

[497] *FR*, p. 8; *CP*, vol. 2, p. 138. <<

[498] «And Hitler was to this degrading sham as to a rabid skunk a snow-white lamb». *FR*, p. 55; *CP*, vol. 2, p. 165. <<

[499] «A tyranny far worse than blamed on Hitler Whose chief oppression is of the belittler, The intellectual pervert, and the Jew Whose tyranny's the harder of the two». *FR*, p. 109; *CP*, vol. 2, p. 213. <<

[500] *FR*, p. 51; *CP*, vol. 2, p. 161. <<

[501] *FR*, p. 55. <<

[502] «a sheeny club of communists and masons». *FR*, p. 116; *CP*, vol. 2. p. 220. <<

[503] *FR*, p. 125; *CP*. vol. 2, p. 226. Campbell se exaltaba pensando que el estado fascista había de vencer. «La Democracia ha llegado a su fin». (*FR*. p. 49, *CP*, vol. 2, p. 159). La Democracia ha empezado «a cavar su tumba» (*FR*, p. 20, *CP*, vol. 2, p. 45). <<

[504] *FR*, p. 124-125; *CP*, p. 225. <<

[505] Pujals, p. 66. <<

[506] *FR*, p. 25. <<

[507] *LUSGE*, p. 47. La idea de Calvo Serer la había tomado sencillamente de Pujals, (p. 55). <<

[508] En realidad, había cuatro o cinco veces más italianos con Franco que franceses con la República (Thomas, p. 634-637). Incluso un poeta podría tratar de ser sincero, de vez en cuando. <<

[509] *FR*, p. 64; *CP*, p. 174. <<

[510] *FR*, p. 41; *CP*, vol. II, p. 200. <<

[511] *FR*, p. 41; *CP*, vol. 2, p. 199. <<

[512] *FR*, p. 58; *CP*, vol. 2, p. 167. <<

[513] *CP*, nota p. 203. <<

[514] «Though in this cud of victory that I chew / There's balsam for the spittle of the Jew». *FR*, p. 19; *CP*, p. 44. <<

[515] «In all the arts of degradation versed, / The coolies and the agents of the Jews». *FR*, p. 62; *CP*, p. 171. <<

[516] «And coolie-ing for Jews, by such an action / To drive out mere decay with putrefaction». *FR*, p. 43; *CP*, p. 151. <<

[517] «But nature's elements, except for gold, / Will shun the Yiddisher's convulsive hold». *FR*, p. 15; *CP*, p. 40. Ahora en un poema separado «Letter from the San Mateo Front». <<

[518] «The least fastidious element we knew / That loves the chill webbed hand-clasp of the Jew». *FR*, p. 35; *CP*, vol. 2, p. 142. <<

[519] «In the fat sty of pederast and jew». *FR*, p. 35; *CP*, p. 143. <<

[520] *FR*, p. 96; *CP*, p. 203. <<

[521] *FR*. p. 53; *CP*, vol. 2, p. 163. Véase nota 722 <<

[522] *CP*, p. 129, del poema «Orpheus». <<

[523] Mientras que los apologistas habituales de Franco admiten hoy la realidad del bombardeo, ya debido a un error, ya justificado como un ataque militar, Campbell se niega a admitir que haya existido ningún bombardeo. Véase p. 125. <<

[524] Véase la nota 522. <<

[525] *FR*, p. 52; *CP*, p. 162. <<

[526] *CP*, vol. 2, p. 161, nota. Véase p. 124. <<

[527] García Arias habla de ciertas conversaciones entre los marroquíes y el gobierno catalán, que no siguieron adelante a causa de la oposición de los franceses (*GLN*, p. 524-527). <<

[528] *Poetas en la España leal*, p. 58. <<

[529] *FR*, p. 51. Esta línea no se encuentra en la edición revisada, pero hay otra referencia a los senegaleses: «five hundred tailless apes from Senegal». (*CP*, vol. 2, p. 160). <<

[530] *FR*, p. 32; *CP*, vol. 2, p. 140. <<

[531] *FR*. p. 41; *CP*, p. 148. Seis líneas más adelante se lee: «Experience better serves the most unread / Who carry no boloney home to bed». <<

[532] Roy Campbell, *Lorca, an appreciation of his poetry* (Londres, 1952), p. 10-12. <<

[533] *Light on a Dark Horse*, p. 317. <<

[534] *Spanish Rehearsal*, p. 35. <<

[535] Pujals, p. 22, cita a H. Sutherland, quien debía estar al corriente de la historia por Campbell. <<

[536] Marrero, p. 229-230. <<

[537] *Collected Poems*, vol. 2, nota p. 143. <<

[538] *FR*. p. 35; *CP*, p. 143. <<

[539] Wyndham Lewis, autor de *Count your Dead; They are Alive!*, (Londres, 1937) es el único escritor inglés contemporáneo de quien Campbell habla bien en sus poemas. En cambio, ataca a Auden, Spender, Ralph Bates, Vernon Bartlett, los Huxley, los Woolf, J. B. S. Haldane, Maynard Keynes, Joad, Herbert Read, Day Lewis, Marie Stopes. <<

[540] *Collected Poems*, vol. 1, nota p. 292. <<

[541] Claude Couffon, *A Grenade, sur les pas de García Lorca* (París, 1962) p. 106. <<

[542] Gerald Brenan, *The Face of Spain* (Londres, 1950) p. 137. <<

[543] Federico García Lorca, *Poeta en Nueva York* (México, 1940). Prólogo de José Bergamín, p. 8. <<

[544] *ABC*, Madrid, 5 de diciembre de 1948; *The Face of Spain*, p. 136-137; Jean-Louis Schonberg, *Federico García Lorca: L'homme et l'œuvre* (París. 1956), p. 108. Schonberg cita a Pemán: «La simple vérité est que la mort du poète fut un épisode vil et malpropre totalement étranger à toute responsabilité et initiative officielles». Schonberg considera importantes los dos adjetivos subrayados para establecer su tesis. En español esos adjetivos son vil y desgraciado. La traducción francesa del último no es *malpropre*, sino *malheureux*, y la insistencia de Schonberg en su traducción permite dudar de su competencia. <<

[545] *The Face of Spain*, p. 122-148. En parte, publicado anteriormente en The New Yorker. <<

[546] *Le Figaro littéraire*, 18 de agosto 1951. <<

[547] *CP*, vol. 2, p. 199, nota. <<

[548] Jean-Louis Schonberg, *Federico García Lorca: L'homme et l'œuvre*, prólogo de Jean Cassou (París, 1956) <<

[549] Prólogo a Schonberg, p. 6. «Parece probable, si no cierto, que Lorca era invertido». <<

[550] *FR*, p. 93; *CP*. vol. 2, p. 199. <<

[551] *Ibid*. <<

[552] *Ibid*. <<

[553] *Lorca, An appreciation of his poetry*, p. 78. <<

[554] Couffon, p. 68-74. <<

[555] *Lorca, An appreciation of his poetry*, p. 37. <<

[556] *CP*, vol 2, p. 199. <<

[557] *The Face of Spain*, p. 126. <<

[558] Schonberg, p. 109. <<

[559] Couffon, p. 109. <<

[560] *Cruzada*, tomo XI, p. 270-289. <<

[561] Couffon, p. 84; Schonberg, p. 102; *Cruzada*, tomo XI, p. 287, dice sencillamente que fue juzgado en Sevilla ante un tribunal militar. <<

[562] *FR*, p. 53; *CP*, p. 163. <<

[563] *Cruzada*, tomo 11, p. 280-281. <<

[564] Véanse las notas 557, 558, 559. <<

[565] Couffon, p. 107-112; Schonberg, p. 104-113. <<

[566] (p. 341), *Lorca: An Appreciation of his Poetry*, p. 64. <<

[567] Véase la nota 207. <<

[568] Schonberg, p. 104-105, y también 120-121. <<

[569] Couffon, p. 63-67. <<

[570] Escritor teatral asesinado en Madrid durante la guerra. <<

[571] Fraile carmelita, amigo de Campbell, muerto durante la ocupación republicana de Toledo. (*Light on a Dark Horse*, p. 346-347). <<

[572] «And by Brunete you may see in stacks / Dead Charlies climbing on each other's backs / To make a hugh paella of the plains, / A dish of rice, with corpses for the grains». *FR*. p. 52; *CP*, vol. 2, p. 162; Y también: «While from his single fang a stump there sinokes of horsedung wrapped in newspaper unclean». *FR*, p. 128; *CP*, p. 229. <<

[573] *FR*, p. 140; *CP*. p. 237. Sin embargo, las últimas dos líneas no figuran en la última edición. La crudeza del lenguaje va acompañada por una ausencia total de caridad cristiana. <<

[574] *FR*, p. 105; *CP*, vol. 2, p. 209. <<

[575] Pujals, p. 101. <<

[576] Pujals, p. 66. <<

[577] *LUSGE*, p. 43-46. <<

[578] *LUSGE*, p. 49-51. <<

[579] Alfred Mendizábal, *Aux origines d'une tragédie: La politique espagnole de 1923 à 1936*. Prólogo de Jacques Maritain (París. ¿1937?) p. 55. En lo sucesivo *Maritain*. La declaración de Maritain se refiere a la carta colectiva de los obispos españoles. El libro de Mendizábal se publicó en Inglaterra en 1938, y las mismas formas se utilizaron para la edición de Nueva York. También en 1938 se publico una edición sueca. Es sorprendente que, por ahora, no parece haberse editado en español. El prefacio de Maritain ha sido considerablemente abreviado en la edición sueca. <<

[580] *GLN*, «La Guerra como cruzada religiosa», por Fray Justo Pérez de Urbel p. 71. <<

[581] Marrero, p. 170-181. <<

[582] Marrero, p. 176. <<

[583] Marrero, p. 43. <<

[584] Georges Bernanos, *Les grands cimetières sous la lune* (París, 1938) p. 99. <<

[585] *Le Figaro*, 25 de julio de 1936. <<

[586] *Front Populaire 1936* (París, 1961), p. 15. <<

[586bis] Maritain, p. 26. Véase también Castro Albarrán, *La gran víctima* (Salamanca, 1940), p. 78. Lizarra, *Los vascos y la República Española* (Buenos Aires, 1944), p. 199; Sierra Bustamante, *Euzkadi. De Sabino Arana a José Antonio Aguirre* (Madrid, 1941), p. 258. <<

[587] Maritain, p. 29. <<

[588] Bolloten, *El gran engaño* (Barcelona, 1961), p. 49. <<

[588bis] Lizarra, *op. cit.*, p. 202. (Lizarra es el seudónimo de José María de Irujo). <<

[589] José Antonio Aguirre: *Discurso* del 22 de diciembre de 1936 (Bilbao, s. a.), p. 18. <<

[590] Aguirre, p. 18. Uno de los aspectos más chocantes del libro de Calvo Serer es la insistencia repetida en el carácter «nacional» del ejército rebelde. Ya en la toma de Irún, el 5 de septiembre de 1936, se emplearon tropas traídas de África. «La presencia de esos 500 combatientes de primer orden cambió el aspecto de las cosas…» *HMGE*, t. 1, p. 222. La Legión Extranjera también combatió en Mallorca durante las primeras semanas de la guerra (Thomas, p. 253). <<

[591] Aguirre, p. 19. <<

[592] Cardenal Isidro Gomá y Tomás, *Por Dios y por España* (Barcelona, 1940) p. 59. Este volumen también reproduce en parte el discurso del presidente Aguirre. <<

[593] Gomá y Tomás, *Ibid.* <<

[594] Gomá y Tomás, p. 60. <<

[595] Alfonso Junco, *España en carne viva* (México, 1946), p. 93. <<

[596] *GLN*, p. 69-71. <<

[597] *Euzko-Deya*, París, 7 de febrero, 1937, p. 1. <<

[598] *Ibid.* <<

[599] *Ibid.* <<

[600] *Ibid.* <<

[601] Bodin-Touchard, p. 176. <<

[602] Euzko-Deya, 7 de febrero de 1957, p. 1. <<

[603] *Euzko-Deya*, 9 de mayo de 1937, p. 1. <<

[604] *Ibid.* <<

[605] *Ibid.* <<

[606] *Ibid.* <<

[607] *Euzko-Deya*, 4 de julio de 1937, p. 1. Reproducción de un artículo de la revista *Sept*. <<

[608] *Euzko-Deya*, París, 29 de agosto de 1937, p. 1. Texto español en *La carta colectiva de los obispos españoles* (París, 1937?) p. 5-6. <<

[609] *Ibid*. <<

[610] *Ibid.* También *Euzko-Deya*, 5 de diciembre de 1937, p. 1. <<

[611] Gomá y Tomás, p. 589-590. <<

[612] Gomá y Tomás, p. 561. <<

[613] *Ibid.* <<

[614] *Ibid.* <<

[615] Gomá y Tomás, p. 567-568. <<

[616] Gomá y Tomás, p. 568. Esta declaración se basa en los «documentos» ahora probados como falsos (nota 722). No es posible que muchos que firmaron la carta colectiva no supieran que esta declaración era falsa. <<

[617] Gomá y Tomás, p. 575. Esta referencia probablemente viene del libro *¡¡Masones!! Así es la secta* (Palma, 1937, p. 74-75), de Ferrari Billoch, otro especialista en complots; pero si el grupo existía era relativamente de poca importancia, podía haber ordenado cualquier cosa, pero muy pocos hubieran cumplido sus órdenes. Ferrari-Billoch habla de «comité» y no de «comisión». <<

[618] Gomá y Tomás, p. 569. Los prelados españoles protestaron contra la entrega de armamento del Estado a los obreros españoles (p. 571), pero estos mismos prelados españoles no protestaron cuando fue entregado a los moros para que mataran a españoles. <<

[619] Véase nota 722. <<

[620] Gomá y Tomás, p. 579-580. Admitir lo contrario sería embarazoso para el cardenal, porque supondría admitir que su propia obra es deficiente. <<

[621] Gomá y Tomás, p. 580. <<

[622] Gomá y Tomás, *op. cit.*, p. 572. <<

[623] Véase nota 579. <<

[624] Maritain, p. 43. <<

[625] Maritain, p. 43-47. <<

[626] Maritain, p. 41. <<

[627] R. P. Ignacio González Menéndez-Reigada, O. P., *La guerra nacional española ante la moral y el derecho* (Salamanca, s.a.). Tomado de *Ciencia Tomista* p. 15 (también edición de Bilbao). <<

[628] Maritain, p. 35. <<

[629] Robert Havard de la Montagne: *Histoire de l'Action Française* (París, 1950), p. 134. <<

[630] *Euzko-Deya*, París, 5 de diciembre de 1937, p. 3. Tomado de *Sept*. <<

[631] Véase nota 486. <<

[632] Víctor Montserrat: *Le drame d'un peuple incompris* (París, 1937). El verdadero nombre de Montserrat es Tarrago; fue atacado por Serrano Súñer en el discurso del 19 de junio de 1938. <<

[633] *Euzko-Deya*, París, 11 de febrero de 1937. Angel de Zumeta: *Un Cardenal español y los católicos vascos* (Bilbao, 1937), p. 51-52. <<

[634] Montserrat, 1938, p. (4). <<

[635] *Euzko-Deya*, París, 27 de marzo de 1938. *Temps présent* era el heredero espiritual de *Sept*. Xavier Grall dice: «François Mauriac hizo sus primeras armas en el periodismo en el semanario *Temps présent*». (*Mauriac journaliste*, París, 1960, p. 15). Y: «La guerra de España le ofreció su primer campo de salvación» (p. 17). Véase la nota 666. <<

[636] *Euzko-Deya*, el 27 de marzo de 1938, p. 3. <<

[637] *Euzko-Deya*, el 27 de marzo de 1938, p. 3. <<

[638] *Euzko-Deya*, 27 de marzo de 1938, p. 3. <<

[639] *ABC*, Sevilla, 21 de junio de 1938, p. 16. <<

[640] *Ibid.* <<

[641] *Ibid.* <<

[642] *Onésimo Redondo* (Valladolid, 1937) p. 9. <<

[643] Para un estudio del movimiento franquista y del antisemitismo, véase «Franco's Counter-Reformation and the Jews», en *The Protestant Digest*, Nueva York, junio-julio de 1940, de Herbert R. Southworth. <<

[644] Ramón Serrano Súñer, *Siete discursos* (Bilbao, 1938), p. 56. Para un español, un «converso» puede ser un judío o un moro convertido al catolicismo. Serrano Súñer no menciona este rasgo importante de su carrera en su autobiografía política *Entre Hendaya y Gibraltar*. Tampoco lo menciona Calvo Serer en su crítica de Maritain. La actual censura que existe en España no es obstáculo para que sea el país de Europa Occidental donde más fácil es comprar un ejemplar de los *Protocolos de los sabios de Sión*, cuya falsedad tantas veces se ha demostrado. La editorial especializada en la publicación de las obras del ex-policía Julián Carlavilla del Barrio («Mauricio Karl»), Editorial Nos, ha publicado últimamente una nueva edición. <<

[645] *La voz de España*, Bilbao, 21 de junio de 1938 <<

[646] *ABC*, Sevilla, 25 de junio de 1938. <<

[647] *Unidad*, periódico falangista de San Sebastián, citado en *Euzko-Deya*, 21 de agosto de 1938, p. 4. <<

[648] *ABC*, Sevilla, 20 de julio de 1938, p. 15. <<

[649] Citado por *Euzko-Deya*, París, 21 de agosto de 1938. El padre Merklen era el director de *La Croix* <<

[650] *El Correo Español*; *El pueblo vasco*, Bilbao, artículo firmado por P. de Oliver. 30 de julio de 1938. <<

[651] Eduardo Aunós, ministro del general Primo de Rivera y ministro de Justicia de Franco, que supervisó la publicación de la primera edición de *La causa general*, rinde homenaje a Goebbels en un articulo publicado en *ABC*, de Sevilla, el 21 de julio de 1938, titulado «El Nuevo Talmud», designando las obras de Marx. <<

[652] *Euzko-Deya*, París, 3 de julio de 1938, p. 3. <<

[653] *Ibid.* Véase nota 585. <<

[654] *Ibid.* <<

[655] *Ibid.* <<

[656] *Ibid.* <<

[657] *Ibid.* <<

[658] *Le Figaro littéraire*, Paris, 4 de mayo de 1963. <<

[659] *Ibid.* <<

[660] *Ibid.* <<

[661] *Ibid.* <<

[662] Los rusos, lo mismo que los americanos, han comprendido que el único imperio estable es el que está construido sobre una masa continental. La desagregación de los imperios inglés y francés confirma esta opinión. Al terminar la segunda guerra mundial, Rusia ocupó los países vecinos y no trató de conseguir posesiones lejanas. Albania, país con el que no tenía fronteras comunes, ha sido abandonado sin lucha. Desde un punto de vista psicológico, el pueblo americano considera difícil que los lejanos Alaska y Hawaii formen parte de la Unión. <<

[663] Esto habría podido acarrear algún derramamiento de sangre. Resulta interesante analizar el proceso mental por el que los franquistas consideran que es una atrocidad sin nombre matar a un hombre para derribar a Franco, mientras que es perfectamente respetable matar a medio millón para ponerlo en el poder. <<

[664] *Le Figaro littéraire*, París, 4 de mayo de 1963, p. 22. <<

[665] Salió de Palma el 27 de marzo de 1937. Albert Béguin, *Bernanos par lui-même* (París, 1961), p. 92 <<

[666] Xavier Grall, *Mauriac journaliste* (París, 1960) p. 21-22. <<

[667] Georges Bernanos, *A Diary of My Times*. En las dos ediciones, de Nueva York y Londres, se utilizó la misma composición. La traducción de Pamela Morris acorta considerablemente el original francés. <<

[668] Georges Bernanos, *Scandale de la vérité* (París, 1939). <<

[669] *LUSGE*, pp. 43-44. <<

[670] *Scandale de la vérité*, p. 65. <<

[671] *Les grands cimetières sous la lune*, p. 132. <<

[672] *Scandale de la vérité*, p. 65. <<

[673] Montero, p. 764. Esto no quiere decir que perecieran a manos de los republicanos. Bernanos habla de un capellán español, «reclutado sobre la marcha, un completo caradura, completamente chiflado, con la cruz blanca en el pecho, las pistolas al cinto», que ayudaba al infame Conde Rossi en sus crímenes y que, según cuenta, fue fusilado más tarde por los militares rebeldes (*Les grands cimetières sous la lune*, p. 131). <<

[674] *LUSGE*, p. 44. <<

[675] *LUSGE*, p. 44; *Les grands cimetières sous la lune*, p. 99. <<

[676] *LUSGE*, p. 44. <<

[677] Una relación parcial de los últimos días de Companys se encuentra en la obra de Ángel Ossorio, *Vida y sacrificio de Companys* (Buenos Aires, 1943), p. 261-271. Véase p. 44-49, *Appeasement's Child*, para detalles del período. <<

[678] Poco se sabe acerca de la muerte de Peiró. En el prefacio de su libro, *Problemas y cintarazos*, reimpreso en Rennes, Francia, en 1946, se dice tan sólo que fue detenido por la Gestapo en Francia y ejecutado en Valencia el 24 de julio de 1942 (p. 8-9). <<

[679] Francisco Largo Caballero, *Mis Recuerdos* (México, 1954) p. 282-317.
<<

[680] Largo Caballero, p. 298. También dice que muchos antiguos miembros de las Brigadas Internacionales estuvieron en Oranienburg, p. 292. <<

[681] Georges Bernanos, *Réflexions sur le cas de conscience français* (París, 1945), p. 18. Este folleto era en principio el texto de una conferencia pronunciada en Río de Janeiro el 15 de octubre de 1943, y demuestra hasta que punto la cuestión española seguía ocupando el pensamiento de Bernanos. <<

[682] El artículo del R. P. Du Passage, S. J., se publicó en *Études* el 20 de mayo de 1938. <<

[683] *A Diary of My Times*, prólogo del autor. Desconozco donde se publicó por primera vez en francés. El prefacio fue escrito en el mes de julio en Toulon, y se publicó en Londres en septiembre de 1938. <<

[684] *Scandale de la vérité*, p. 66. <<

[685] *Scandale de la verité*, p. 67. «Habría podido dudar en manifestar mi pensamiento con tanta claridad hace seis meses, pero, mientras escribo, Barcelona está cayendo». <<

[686] *Euzko-Deya*, París 16 de julio de 1939, p. 3. <<

[687] *Ibid.* <<

[688] *Ibid.* <<

[689] *Les grands cimetières sous la lune*, pp. 114 y 109. <<

[690] *LUSGE*, p. 49-51. <<

[691] Los autores favorables a Franco mencionan frecuentemente a Aileen O'Brien. Calvo Serer toma su referencia de Lunn (*And Yet so New*, Londres, 1958, p. 114-115), quien a su vez la toma de Kemp (p. 195-196). No está claro si era de nacionalidad irlandesa o norteamericana. <<

[692] Cuando terminó la guerra, la marquesa, como podía suponerse, continuó su cruzada personal e incluso, según la prensa, se reveló como locutora en la emisora berlinesa de Goebbels. <<

[693] Robert Speaight, *Hilaire Belloc* (Londres, 1957), p. 464. <<

[694] *Spain*, Londres, 2 de agosto de 1938. <<

[695] Rev. Charles E. Coughlin, *Am I an anti-Semite?* (Detroit, Michigan, 1939); del mismo autor: *Why leave our own?* (Detroit, Michigan, 1939); Father Coughlin's Friends, *An Answer to Father Coughlin's Critics* (Royal Oak, Michigan, 1940). Véase «Father Coughlin is a Cathotic», por S. R. Herbert. *Protestant Digest*, Nueva York, agosto-septiembre, 1940. <<

[696] *The New York Times* (edición internacional), 2 de noviembre de 1962, p. 2. <<

[697] Arnold Lunn, *Memory to Memory* (Londres, 1956). Según la lista que se incluye en este libro, *sir* Arnold ha escrito 47 libros, la mayor parte sobre esquí y catolicismo. <<

[698] Arnold Lunn, *Spanish Rehearsal* [Ensayo español] (Nueva York, 1937). Además de la edición comercial inglesa hubo también una edición del Right Book Club. <<

[699] Arnold Lunn, *Spain and the Christian Front* (Nueva York, s.a.). La mayor parte del contenido de ese libro se encuentra también en *Spanish Rehearsal*. <<

[700] Arnold Lunn, *The Unpopular Front* (Londres, s.a.). «Reimpresión, con autorización del editor, de una serie de artículos de «The Tablet», incluidos más tarde en *Spanish Rehearsal*. En junio de 1937, la Catholic Truth Society, de Londres, publicó este mismo folleto, «con añadidos del autor», pero con el título *Spain: The Unpopular Front*. <<

[701] *Memory to Memory*, p. 142. <<

[702] *Memory to Memory*, p. 141. *And Yet so New*, p. 107. <<

[703] Arnold Lunn, *And Yet so New* (Londres, 1958). <<

[704] Douglas Jerrold, *The Issues in Spain*. Dos artículos tomados de *The American Review* (Nueva York, 1937); del mismo autor: *Impressions and Reflections*. Tomado de *The Nineteenth Century and After* (Londres, 1937). <<

[705] Joseph F. Thorning, *Why the Press failed on Spain* (Brooklyn, 1938); del mismo autor: *Professor de los Ríos refutes hirnself* (Nueva York, 1939). (Nueva York, 1939) (?). <<

[706] Joseph B. Code, *The Spanish War and Lying Propaganda* (Nueva York, 1938). <<

[707] Bertran Güell, *op. cit.* p. 81-111. <<

[708] *Spain and the Christian Front*, p. 6. <<

[709] *The Unpopular Front*, p. 13; *Spanish Rehearsal*, p. 88. <<

[710] *Spain and the Christian Front*, p. 9. <<

[711] *Spanish Rehearsal*, p. 141. <<

[712] José Venegas, *Las elecciones del Frente Popular* (Buenos Aires, 1942), p. 33. Este estudio de las elecciones durante la República Española es, con mucho, el mejor que se conoce. Sin embargo, no lo menciona ninguno de los autores que han tratado últimamente de esa cuestión, ni siquiera Jean Bécarud en su interpretación de las elecciones republicanas (*La Deuxième République Espagnole, 1931-1936*, París, 1962). Venegas analiza cada elección del periodo republicano, incluida la del 12 de abril de 1931. <<

[713] Cattell, *Communism and the Spanish Civil War*, p. 37. <<

[714] Dahms no está de acuerdo, pero su disconformidad se basa en el artículo de Alcalá Zamora (*Journal de Genève*, 17 de enero de 1937) y en el *Dictamen* (véase la nota 71 2). Llama a Alcalá Zamora testigo fidedigno «unverdachtiger»; alguien tan poco al corriente de la Historia de España no debería escribir sobre la guerra civil. Recomienda además la lectura de la obra de Cattell, *Communism and the Spanish Civil War* (p. 37), pero éste no sólo no apoya a Dahms, sino que rebate el testimonio de Alcalá Zamora. Communism and the Spanish Civil War, p. 15-16, 35-38; Thomas, p. 89-94; Broué y Témime, p. 61-62. *El gran engaño*, p. 20. Luego pasa Bolloten a la relación de los pecados de las derechas españolas y saca la conclusión de que «Debido, en gran parte, a las razones mencionadas, se produjo la victoria del Frente Popular en febrero de 1936…» p. 22. <<

[715] Seco Serrano, p. 127-128. «Frente al haz apretado de proletarios e izquierdistas, las derechas no lograron unificarse ni —lo que es peor— despertar el entusiasmo de los votantes… Pero la forma en que se llevó a cabo la campaña electoral desorientó a la opinión de derechas… La opinión de derechas se encontró desorientada… La labor seguida desde el Ministerio de la Gobernación por Portela, para asegurar un triunfo centrista, fue desastrosa… Por otra parte, el cálculo sobre las fuerzas de las derechas, resultó también fallido. Ni las izquierdas eran tan débiles como las creyó Portela, ni las derechas tan fuertes». <<

[716] *El gran engaño*, p. 20. Todo este capítulo es un ataque contra las derechas españolas. <<

[717] Esto es especialmente cierto en el caso de los carlistas. Véase Lizarza Iribarren, *Memorias de la conspiración, 1931-1936*, Pamplona. 1954. *Acción Española* fue creada para derribar violentamente a la República (Bertran Güell, *op. cit.* p. 81-83). También los falangistas pretenden que el 16 de julio de 1935 estaban preparados para la sublevación (Francisco Bravo, p. 159). Calvo Sotelo fue a Roma en 1933 para ver a Mussolini y ponerse de acuerdo sobre la posible ayuda diplomática y militar en caso de alzamiento (José Maria Yanguas Messia, *La vida y la obra de José Calvo Sotelo*, Madrid, 1942, p. 11 5.) <<

[718] *Spanish Rehearsal*, p. 137-138. <<

[719] Thomas, p. 607 <<

[720] El aeroplano que había de llevar a Franco de Canarias a Marruecos salió de Inglaterra para llevar a cabo su misión el 11 de julio, y Calvo Sotelo fue asesinado el 13 de julio. (Thomas, p. 119, 124). Douglas Jerrold tomó las disposiciones finales relacionadas con el vuelo cuatro días antes de la muerte de Calvo Sotelo (Douglas Jerrold, *Georgian Adventure*, Londres, 1937, p. 373). <<

[721] *Communism and the Spanish Civil War*, p. 38-43. <<

[722] *El gran engaño*, p. 97. <<

[723] *Spain and the Christian Front*, p. 19. <<

[724] *The Unpopular Front*, p. 26; *Spanish Rehearsal*, p. 63, 228-229. <<

[725] *Spanish Rehearsal*, p. 237, cita al marqués de Merry del Val, Nineteenth Century, marzo de 1937. Si el marqués pasara a la historia sería por su notable afirmación de que Garcia Lorca, «cuyos méritos literarios eran superados por su celo político, formaba parte de un grupo de agitadores peligrosos que prostituyeron su talento y su educación superior para engañar a las masas ignorantes…». <<

[726] *The Unpopular Front*, p. 32. <<

[727] *Spain and the Christian Front*, p. 21. <<

[728] Si la realidad de las matanzas de Badajoz siempre ha sido evidente, los gritos estruendosos de los propagandistas franquistas la han encubierto a veces. <<

[729] James Cleugh, *Spain Fury*, p. 72. (Londres, 1961.) <<

[730] Véase nota 252. <<

[731] Whitaker, p. 113. <<

[732] El detalle del tiempo, aunque no siempre se respete, era importante para Lunn y otros católicos. El condenado tenía tiempo para salvar su alma, aunque perdiera la vida. Gracias a este detalle los apologistas católicos como Lunn podían dormir tranquilos. Bastaba para ello que una ejecución se transformara en un crimen ritual. <<

[733] *Spanish Rehearsal* p. 42. Véase la nota 534 para Aguilera. <<

[734] Whitaker, p. 113-114. <<

[735] *The New York Times*, International edition, París <<

[736] *Spanish Rehearsal*, p. 230. Véase nota 257. <<

[737] Thomas, p. 419-422. <<

[738] G. L. Steer, p. 246-250. Steer cuenta cómo los rebeldes empezaron negando el bombardeo de Guernica; luego reconocieron que había habido un pequeño bombardeo, pero atribuyendo la responsabilidad de la destrucción a las tropas republicanas. Tanto Lunn como Jerrold defienden esta última versión. Claro está que ahora se dispone del testimonio de Goering y Galland. Este atribuye el bombardeo de Guernica a la mala visibilidad y a la inexperiencia de los pilotos alemanes (p. 42). <<

[739] *Why the Press Failed on Spain!*, p. 9-10. Véase nota 728 <<

[740] *The Spanish War and Lying Propaganda*. Según Code la crónica de Steer publicada en el *Times* de Londres sobre el bombardeo de Guernica es «una historia inventada». (p. 9). Véase la nota 728 <<

[741] Joseph F. Thorning, *Mercy and Justice!* (Nueva York, 1939?) p. 7. Véase nota 250. <<

[742] Véase nota 728. <<

[743] Véase nota 738. <<

[744] *Spanish Rehearsal*, p. 63. <<

[745] *Spanish Rehearsal*, p. 147. Hoy día se sabe que la mayor parte de esos observadores alemanes volaban más allá de la línea del frente y no más acá. <<

[746] *GLN*, general Asensio, p. 161; general Kindelán, p. 356, 362, 364, 367; general García-Valiño, p. 299-300, general Aranda, p. 340-342, 345-346, 351. <<

[747] *And Yet so New*, p. 115 y p. 116. <<

[748] *Spanish Rehearsal*, p. 14. <<

[749] Stanley G. Payne, autor de un estudio serio de la Falange, tituló su libro *Falange* (Stanford, California, 1962) «A history of Spanish fascism». <<

[750] *And Yet so New*, p. 109. <<

[751] *And Yet so New*, p. 117. <<

[752] *Mine were of trouble*, p. 84-85. Esos párrafos han sido censurados en la versión española. Este es otro ejemplo del fracaso de Kemp cuando trata de comprobar hechos de los que no ha sido testigo presencial. Véase nota 198. <<

[753] *Germany and the Spanish Civil War*, p. 269 <<

[754] Véase nota 749. Una buena historia de la Falange, especialmente durante la guerra civil. <<

[755] *And Yet so New*, p. 108-109. Lunn, como todos los católicos que durante la guerra hacían de periodistas aficionados, gustaba de conocer lo que él llamaba «the inside story». Thorning titula un capítulo de *Why the Press Failed on Spain!* (p. 10-11 «A hitherto unpublished telegram». <<

[756] *Entre Hendaya y Gibraltar*, p. 19. <<

[757] Julio Álvarez del Vayo, *Freedom's Battle* (Nueva York, 1940), p. 240-241. <<

[758] *Communism and the Spanish Civil War*, p. 207. <<

[759] *Euzko-Deya*, París, 9 de julio de 1939. <<

[760] Zardoya, p. 40. El autor cita un escrito del poeta y diplomático chileno Pablo Neruda, publicado en la revista chilena *Ercilla* (29 de diciembre de 1953). Neruda hace referencia a un documento titulado «Informes al gobierno de Chile sobre el asilo», que al parecer no está a la disposición del público. <<

[761] *Entre Hendaya y Gibraltar*, p. 19. <<

[762] Zardoya, p. 37-38. <<

[763] Ciano *Diario*, volume primo, 1939-1940, Milán (1946). 1950, p. 112. <<

[764] *Entre Hendaya y Gibraltar*, p. 17. <<

[765] *Entre Hendaya y Gibraltar*, p. 23-45. <<

[766] *Memory to Memory*, p. 135-136. <<

[767] *Memory to Memory*, p. 136. <<

[768] Felipe Ximénez de Sandoval, *José Antonio* (Madrid, 1941), p. 130. <<

[769] Sancho Dávila y Julián Pemartín, *Hacia la historia de la Falange*, tomo 1, Sevilla, 1938, p. 43. <<

[770] *Memory to Memory*, p. 136. «The Cambridge debate remains in my memory as a unique experience. Never before or since has it been evident that I had changed the views of a fair proportion of those present at a debate, but at the end of my speech some of those who were on the Opposition benches crossed over to our side of the House. It was my blind friend, not I who won the debate». No fue su amiga ciega quien venció en el debate, sino el constante desprecio de Lunn por la verdad histórica. <<

[771] *Memory to Memory*, p. 105. <<

[772] *LUSGE*, p. 49, *Memory to Memory*, p. 141. <<

[773] Marrero, p. 188. <<

[774] *Entre Hendaya y Gibraltar*, p. 79-80. <<

[775] *Occident*, París, 10 de diciembre de 1937, p. 4. <<

[776] *LUSGE*, p. 39. <<

[777] *Antología. La Conquista del Estado*, Barcelona, 1939, p. 77, 134) <<

[778] José Antonio Primo de Rivera, *Obras Completas*, (Madrid, 1945) p. 989. Esta declaración figura en un lugar de honor, inmediatamente antes del testamento de José Antonio, el último documento de que consta el libro, y, a pesar de su brevedad, media página, forma una de las diez partes de una obra de mil páginas. La declaración no se encuentra en la edición de 1942 de las obras completas de José Antonio, porque entonces Hitler y Mussolini todavía no habían perdido la guerra. Payne dice que José Antonio asistió como observador privado a una segunda conferencia de ese tipo (p. 78). <<

[779] José Luis de Arrese, *El Estado totalitario en el pensamiento de José Antonio* (Madrid, 1945). <<

[780] *Spanish Government and the Axis*, The (Washington. D.C., U.S. Government, Department of State, marzo, 1946). Véase especialmente la carta n.º 12, de Hitler a Franco, con fecha del 6 de febrero de 1941. p. 28-33. <<

[781] Véase el discurso del ministro español de asuntos exteriores, Castiella, pronunciado en la Universidad jesuita, de Georgetown (Washington, D.C.) el 24 de marzo de 1960. Las principales pruebas que presenta son el libro de *sir* Ivor Kirkpatrick, diplomático inglés, «The Inner Circle», y las palabras de Churchill ante la Cámara de los Comunes el 3 de junio de 1944, así como la carta de Roosevelt a Franco del 8 de noviembre de 1942. <<

[782] *Entre Hendaya y Gibraltar*, p. 88-89, 144, 170. <<

[783] Véase: E. N. Dzelepy: *Franco, Hitler et les Alliés (Un précurseur de l'O.T.A.N.)* [Bruselas, 1961], para un estudio de esa política. <<

[784] *Les procès de la radio: Ferdonnet et Jean Hérold-Paquis* (París, 1947) p. 136. <<

[785] *Ibid*. También *Mémoires de Jean Hérold-Paquis* (París, 1948). <<

[786] Marrero, p. 188. Véase también *Entre Hendaya y Gibraltar*, p. 79-80. <<

[787] Jacques Isorni, *Le procès de Robert Brasillach* (París, 1946). <<

[788] Después de la ejecución de Julián Grimau se ha preparado un proyecto de ley que permitirá a ciertos prisioneros políticos recibir asistencia de abogados civiles, pero cuando escribimos esta nota todavía no ha llegado a ser ley. <<

[789] Isorni. p. 117. <<

[790] Isorni. p. 16, p. 175-176. En la edición de 1951 del libro de Brasillach *Les quatre jeudis* se suprimió, a petición del autor, el articulo sobre Mauriac, en agradecimiento a los esfuerzos de este por salvarle la vida (p. 311). <<

[791] *Poème de Fresnes* (Paris, 1948). <<

[792] El poema «Nanas de Cebolla» lo escribió para su hijo al recibir una carta de su mujer en la que ésta le decía que el niño y ella sólo tenían para comer pan y cebollas. *Obra escogida* (Buenos Aires, 1958), p. 243-245. <<

[793] Concha Zardoya, *Miguel Hernández* (Nueva York, 1955). p. 40. <<

[794] Zardoya, p. 41-42. <<

[795] Zardoya, p. 42. <<

[796] Zardoya, p. 47-49. <<

[797] Isorni menciona además de Mauriac, Thierry Maulnier, Marcel Aymé, Paul Valéry, Paul Claudel. <<

[798] Robert Brasillach, *Notre avant-guerre* (París, 1941), p. 246. <<

[799] Henri Massis, *Maurras et notre temps* (París-Ginebra, 1951), vol. II. p. 118. Esto no figura en la edición de 1961. «En absoluto una doctrina política, sino una forma de educación sentimental, un *romanticismo de la juventud*, de la camaradería, una poesía buena o mala, pero exaltante». <<

[800] *Maurras et notre temps*, vol. 2 (1951), p. 117-118. 1961, p. 301. Hubo un tiempo en que Degrelle reclamaba la Bourgogne para Bélgica, pero Brasillach ignoraba ese detalle. *Notre avant-guerre*, p. 234-283; Luisa Narváez, Duquesa de Valencia, *Degrelle m'a dit*... (París, 1961), p. 171-178. El héroe de Drieu la Rochelle, Gilles, tuvo también ideas románticas sobre el fascismo como movimiento internacional.<<

[801] *Notre avant-guerre*, p. 265. <<

[802] *Maurras et notre temps*, 1951, vol. 2, p. 118-119; 1961, p. 301-302 <<

[803] Robert Brasillach, *Journal d'un homme occupé* (París, 1955), p. 183. <<

[804] *Maurras et notre temps*, 1951, vol. 2, p. 118; 1961, p. 301. <<

[805] *Malraux par lui-même,* p. 90. Véase p. 21. <<

[806] Robert Brasillach, *Les sept couleurs* (París, 1939, 1958). En la sexta parte de esta novela, llamada «Documents», los artículos atribuidos a Pierre Reynaud, la *Revue Grise*, proceden de *Notre avant-guerre*. <<

[807] Robert Brasillach y Maurice Bardèche, *Histoire de la guerre d'Espagne* (París, 1939) <<

[808] Robert Brasillach y Maurice Bardèche, *Historia da guerra de Espanha* (Lisboa, 1939). El traductor portugués ofrece algunas notas interesantes, especialmente (vol. 2, p. 73) acerca de la intervención portuguesa, así como sobre la actividad de Unamuno en la zona rebelde (p. 14-21), la cautividad de José Antonio (p. 33-45), y numerosas notas sobre los preparativos rebeldes con vistas a la sublevación. No obstante, no dice nada nuevo sobre Badajoz, asunto del que el portugués debla estar bien enterado. <<

[809] *LUSGE*, p. 52. <<

[810] Oficialmente, esos ascensos y esas condecoraciones se ganaron derrotando al «comunismo internacional». Esa expresión queda mejor que la poco reluciente verdad. <<

[811] *Histoire de la guerre d'Espagne*, p. 436. <<

[812] Robert Brasillach, *Lettre à un soldat de la classe 60*, p. 33-34. <<

[813] Véase cap. 4. <<

[814] *Le siège de l'Alcazar*, p. 1. <<

[815] *Les cadets de l'Alcazar*, pp. 4, 5, 8-9, 10. <<

[816] Véase cap. 4. <<

[817] *Les cadets de l'Alcázar*, p. 85; *Le siège de l'Alcázar*, p. 79. <<

[818] *Le siége de l'Alcazar*, p. 5. <<

[819] Henri Massis, *Chefs* (París, 1939). <<

[820] *Chefs*, p. 139. <<

[821] *Chefs*, p. 141. <<

[822] Creac’h, p. 204. <<

[823] *Chefs*, p. 154-155. <<

[824] *Chefs*, p. 157-158. <<

[825] *Chefs*, p. 158. <<

[826] *Chefs*, p. 159. <<

[827] *Spain and the Christian Front*, p. 28. <<

[828] *Spanish Rehearsal*, p. 153. *Spain and the Christian Front*, p. 27 <<

[829] *Notre avant-guerre*, p. 248. *Maurras et son temps*, 1961, p. 289. <<

[830] Véase cap. 4. <<

[831] *Vers l'Espagne de Franco*, p. 156. <<

[832] *Vers l'Espagne de Franco*, p. 158, 220. <<

[833] *Vers l'Espagne de Franco*, p. 167. <<

[834] Vice-Amiral H. Joubert, *La guerre d'Espagne et le catholicisme* (París, 1937). <<

[835] H. Joubert, *L'Espagne de Franco* (París, 1938). <<

[836] *L'Espagne de Franco*, p. 43. <<

[837] *L'Espagne de Franco*, p. 56. <<

[838] *L'Espagne de Franco*, p. 54. <<

[839] *La guerre d'Espagne et le catholicisme*, p. 58. <<

[840] Thomas, p. 169, nombra a seis generales: Campins (Granada), Molero (Valladolid), Salcedo y Caridad Pita (Coruña), Batet (Burgos), Romerales (Melilla) y al almirante Azarola (El Ferrol). También nombra al general Nuñez de Prado (Zaragoza), p. 140. y al general Mena (Burgos), p. 167. <<

[841] Maurras, p. 206. <<

[842] *L'Espagne de Franco*, p. 65. <<

[843] Véase nota 272. <<

[844] *Pourquoi Franco a vaincu*, p. 9. <<

[845] Claude Farrère, *Visite aux Espagnols* (París, 1937) p. 50. <<

[846] Véase, cap. 4. <<

[847] Franz Borkenau, *The Spanish Cockpit* (Londres, 1937). Orwell dijo que *The Spanish Cockpit* «is by a long way the ablest book that has yet appeared on the Spanish war.» (Hornage to Catalonia, p. 74.) Es una lástima que ningún escritor político preparado haya llevado a cabo una labor semejante acerca de la retaguardia rebelde. También es significativo que ningún miembro de la jerarquía intelectual franquista haya intentado escribir una historia social de la retaguardia de Franco desde que acabó la guerra. Por alguna razón extraña, la retaguardia republicana resulta ser más interesante e importante que la rebelde, incluso para los propios franquistas. <<

[848] Gerald Brenan, *The Spanish Labyrinth* (Londres, 1943, 1950). Publicado en francés y en español en París, en 1962. <<

[849] *The Spanish Labyrinth*, 1950; p. 8. <<

[850] *The Spanish Labyrinth*, 1950; p. 8. <<

[851] Hugh Thomas, *La guerra civil española* (París, 1962), notas del editor, p. 571-576. El libro de Thomas ha sido objeto de mucho comentario en la prensa española, pero la censura nunca ha admitido su publicación. Salazar Chapela se equivoca cuando escribe en *Cuadernos* (Sept. 1961, p. 84) que el libro de Thomas ha sido publicado en España. <<

[852] Pierre Broué y Emile Témime, *La revolución y la guerra de España*, 2 tomos, México, 1962. Ambos autores son profesores del Lycée Condorcet de París. La obra consta de dos secciones: Broué trata la «revolución» y Témime la guerra. Su libro, lo mismo que el de Thomas nunca se ha publicado en España. <<

[853] Thomas, p. 173; ed. española, p. 140. La diferencia entre la cifra que da Claudel de 16 000 y la cifra verdadera de menos de 6000 es tal que López-Sanz, cita a Claudel pero cambia la cifra y da la de 6000 (p. 251). Véase nota 310. Georges-Roux, sin embargo escribe en 1963: «Il y a eu 15 000 prêtres ou religieux égorgés, dont 14 évêques. Quinze mille martyrs, s'exclamen Georges Bernanos, et par une apostasie!» (p. 297). El Sr. Georges-Roux pretende beneficiar de «informaciones inéditas», lo que le permite multiplicar por casi tres la verdadera cifra de curas y religiosos matados, como de atribuir a Bernanos lo que escribió Claudel. <<

[854] Montero, p. 762; Thomas (Ed. española, p. 140); Estelrich-Claudel, p. 5. <<

[855] Garosci hubiera podido incluir capítulos sobre Dos Passos y Ludwig Renn. <<

[856] No traicionaron porque fueran intelectuales, sino porque eran viejos intelectuales. <<

[857] Una edición en Nueva York en 1958, otra en Buenos Aires en 1955. Madariaga dice que durante la guerra escribió un artículo en el periódico *The Observer* de Londres del 11 de octubre de 1936; una carta publicada en el *Times* de Londres y de Nueva York, en *Le Temps* de París y en La Nación de Buenos Aires, del 19 de julio de 1937; y una carta en el Times de Londres del 13 de febrero de 1939 (*Spain*, 1942, p. 486-490). <<

[858] *Que se passe-t-il en Espagne? Le problème du socialisme espagnol* (Madrid, 1959). <<

[859] Extractos procedentes de: *Anarquía o Jerarquía* (Madrid, 1935); *Democracy versus Liberty?* (Londres, s. a.); *Spain: A Modern History* (Londres, s.a.). Todo ello con una cubierta que lleva el título de «Madariaga versus Madariaga». <<

[860] *LUSGE*, p. 63. <<

[861] Loveday, *Spain: 1923-1948*, p. 160. Lunn, *Memory to Memory*, pp. 103, 133; Robert Hodgson, p. 35; Diego Sevilla Andrés, *Historia política de la zona roja* (Madrid, 1954), p. 222. Véanse las notas 722 y 728 como ejemplos de posiciones pro-Franco tomadas por Madariaga. <<

[862] Salvador De Madariaga, *General, márchese usted* (Nueva York, 1959). Los artículos que se incluyen en este libro fueron escritos para la radio francesa entre 1954 y 1957. <<

[863] *Cuadernos*, París, septiembre 1961, p. 6. El embajador americano en Italia, William Philips, comunicaba a su gobierno el 23 de abril de 1937: «While Garcia Conde [Franco's Ambassador in Italy] hoped that Madariaga might be willing to go [to Washington], he said that neither Madariaga nor his particular group are willing to serve Franco at present, preferring to keep apart from the situation until victory for one side or the other seems more certain» (Foreign Relations of the United States, 1937, Vol. 1, Washington, D.C., 1954, p. 289.) <<

[864] Burnett Bolloten, *El gran engaño* (Barcelona, junio 1961). Edición de cinco mil ejemplares, es decir, menos de los que constaba la edición en español del libro de Thomas, hecha en París. <<

[865] **Engaño**: Falta de verdad en lo que se dice, hace, cree, piensa o discurre, *Diccionario de la lengua española* (16.ª edición, Madrid, 1939). **Camuflage**: disfraz; (mil.) disfraz de protección. Arturo Cuyas: *Nuevo diccionario* (Nueva York, 1941). Después de escrito este capítulo he recibido un ejemplar del libro de Bolloten en español, editado en México. El título es: *La revolución española: las izquierdas y la lucha por el poder* (México, 1962). Ese título resulta más adecuado que el de las ediciones de Nueva York, Londres y Barcelona. Federica Montseny también opina que el título es más exacto así, pero se equivoca cuando dice que «la tesis de Bolloten… es el camuflaje comunista para conseguir apoderarse de la dirección de los acontecimientos de España». (*Espoir*, Toulouse, 20 de enero de 1963). Esta es tal vez la tesis de la conclusión del libro, pero no corresponde a lo que declara Bolloten en el primer capítulo. <<

[866] *El gran engaño*, p. 19. <<

[867] El gran engaño, p. 8. (Fraga Iribarne, Publicaciones, Madrid, 1962.) <<

[868] *LUSGE*, p. 56. <<

[869] Bolloten, Nueva York, p. 41; Barcelona, p. 50; México, p. 41. <<

[870] *Cuadernos*, septiembre de 1961. p. 84. <<

[871] *The Grand Camouflage*, p. 18-28; *El gran engaño*, p. 20-33; *La revolución española*, p. 18-28. <<

[872] *The Grand Camouflage*, p. 35-37; *El gran engaño*, p. 43-45; *La revolución española*, p. 35-37. <<

[873] *The Grand Camouflage*, p. 35-76; *El gran engaño*, p. 42-92; *La revolución española*, p. 35-75. <<

[874] *The Grand Camouflage*, p. 95-103; *El gran engaño*, p. 116-126; *La revolución española*, p. 96-103. <<

[875] *The Grand Camouflage*, p. 79-87. 180-201; *El gran engaño*, p. 95-106, 223-248; *La revolución española*, p. 79-88, 182-204. <<

[876] *The Grand Camouflage*, p. 301-316; *El gran engaño*, p. 367-387; *La revolución española*, p. 301-317. <<

[877] *The Grand Camouflage*, p. 315-316; *El gran engaño*, p. 385-387; *La revolución española*, p. 316-317. <<

[878] *Men and Politics*, p. 417; *Foreign Relations of the United States*, 1937, vol. 1. p. 298. <<

[879] Cattell, pp. 163, 169. Cattell cita a Zugazagoitia (p. 479-480) y a Vicente Rojo, *Alerta los pueblos*, pp. 221-222 (Buenos Aires, 1939). <<

[880] *El gran engaño*, p. 10. <<

[881] *Entre Hendaya y Gibraltar*, p. 202. <<

[882] *Memory to Memory*, p. 135. <<

[883] *Communism and the Spanish Civil War*, p. 161-162. <<

[884] *LUSGE*, p. 56. <<

[885] *The Grand Camouflage*, p. 19-20: *El gran engaño*, p. 22; *La revolución española*, p. 19-20. Véase nota 708. <<

[886] *The Grand Camouflage*, p. 18-24; *El gran engaño*, p. 20-28; *La revolución española*, p. 18-25. <<

[887] *The Grand Camouflage*, p. 24; *El gran engaño*, p. 28; *La revolución española*, p. 24. <<

[888] *LUSGE*, p. 57. <<

[889] *The Grand Camouflage*, p. 26-28, *El gran engaño*, p. 31-34; *La revolución española*, p. 26-28. <<

[890] *The Grand Camouflage*, p. 98-99; *La revolución española*, p. 99-100. <<

[891] *GLN*, p. 419. <<

[892] *The Grand Camouflage*, p. 97, nota 6; *La revolución española*, p. 98, nota 6. <<

[893] Roberto Cantalupo, *Embajada en España* (Barcelona, 1951), pp, 130-145. <<

[894] Robert Hodgson, *Spain Resurgent*, pp. 42, 84, 35, 163. Véase nota 253. Este libro, cuyo autor fue durante casi toda la guerra representante de Inglaterra ante los rebeldes, constituye un ejemplo perfecto de la mentalidad inglesa conservadora y favorable a Franco. <<

[895] Robert Hodgson, *Franco frente a Hitler* (Barcelona, 1954). Véase la nota 894. <<

[896] Carlton J. H. Hayes: *Wartime Mission in Spain* (Nueva York, 1945). <<

[897] Carlton J. H. Hayes, *Misión de guerra en España* (Madrid, 1946). «Versión española sobre el texto íntegro original, expresamente revisada y autorizada por el autor». <<

[898] Véase nota 253. Bowers fue casi el único diplomático occidental partidario de la República, y no era diplomático en el fondo. Sus mensajes a Washington son deliciosos de leer (*Foreign Relations of the United States. Diplomatic Papers*, 1936, vol. 2; 1937, vol. 1; 1938, vol. 1; 1939, vol. 2, Washington, D.C.). La publicación del libro hubo de aplazarse hasta que Bowers dejó de estar al servicio del gobierno. Traducido al francés, italiano y español (México). <<

[899] Samuel Hoare, *Viscount Templewood: Ambassador on Special Mission* (Londres, 1946). Para una interpretación franquista de los libros de Hayes y Hoare, véase *Embajadores sobre España*, por José María de Areilza (Madrid, 1947). Hoare era partidario de la restauración de la monarquía, no de la República; Hayes deseaba la salvación de la Iglesia en España, no la de la democracia. <<

[900] Carta de Hollis y Carter Ltd. Londres, 7 de febrero de 1963. <<

[901] *El gran engaño*, p. 4. <<

[902] Carta de Frederick A. Praeger, Inc, Nueva York, 23 de enero 1963. <<

[903] La carta de Bolloten a su editor de Barcelona dice, en parte, lo siguiente: «La verdad es que usted había traducido y publicado mi libro sin mi conocimiento y sin poseer un contrato firmado por mí». Una nota adjunta sugiere que el trato se hizo mediante un agente literario. Eso podría explicar la rapidez de la publicación en España, aunque también confirmaría que se decidió publicar el libro cuando aún estaba en forma manuscrita, con el fin de servir la propaganda franquista. <<

[904] La edición de Barcelona, lo mismo que la de Londres, constaba de cinco mil ejemplares (Burnett Bolloten: *La revolución española, las izquierdas y la lucha por el poder*, México, 1962, p. 4). La edición mexicana sólo constaba de dos mil ejemplares. <<

[905] *The Spectator*, Londres, 5 de mayo de 1961. <<

[906] *The Oxford Magazine* (Oxford, Inglaterra, 25 de octubre 1962). <<

[907] Véase nota 905. <<

[908] *The Listener*, Londres, 27 de abril de 1961. <<

[909] *El gran engaño*, p. 7. <<

[910] Véase nota 902. <<

[911] José Peirats, autor de la obra en tres volúmenes *La CNT en la revolución española* (Buenos Aires, 1955; Toulouse, 1952; Toulouse, 1953). <<

[912] *The Grand Camouflage*, p. 13, 317; *El gran engaño*, p. 15, 389; *La revolución española*, p. 7, 319. Bolloten obtuvo la nacionalidad americana hace algunos años, y ahora forma parte del Institute of Hispanic American and Luso-Brazilian Studies, Stanford University, California. <<

[913] *La vie de la France sous l'occupation 1940-1944*. 3 tomos. Institut Hoover, Stanford University, California (París, 1957). <<

[914] No critico este intento de una hija por defender la memoria de su padre; en cambio, el título carece de justificación y se puede uno preguntar cómo el Hoover Institute ha prestado su nombre para dicho subterfugio. Los escritos de Pietri, el embajador de Petain en Madrid, son interesantes en relación con los asuntos españoles, p. 702 y ss. El prólogo es de C. Easton Rothwell, Director General del Hoover Institute. <<

[915] David T. Cattell, *Soviet Diplomacy and Spanish Civil War* (Berkeley-Los Angeles, 1957). <<

[916] En una nota (p. 116) Bolloten refuta el contenido de una nota del libro de Cattell, *Communism and the Spanish Civil War*; es la única vez que menciona a Cattell. Ni siquiera incluye otro libro de Cattell, *Soviet Diplomacy and the Spanish Civil War*, en su bibliografía. <<

[917] A. Ramos Oliveira, *Politics, Economics and Men of Modern Spain: 1808-1946* (Londres, 1946). De la guerra civil tratan las páginas comprendidas entre la 567 y la 685. <<

[918] A. Ramos Oliveira, *Historia de España* (México, 1952, 3 tomos). La parte dedicada a la guerra civil se halla en las páginas 241-405, tomo III. <<

[919] Es cierto que Calvo Serer (p. 32) se refiere a la descripción que hace Ramos Oliveira de los anarcosindicalistas españoles, pero no menciona dónde ha encontrado dicha crítica ni la obra del autor. <<

[920] William Foss y Cecil Gerahty, *The Spanish Arena* (Londres, ¿1938?). Véase notas 270, 722. <<

[921] William Foss y Cecil Gerahty, *The Spanish Arena* (Londres s.a. The Right Book Club). Es la misma edición que la que se vendió en el comercio. <<

[922] La lista de personas eminentes que patrocinaron este libro, lleno de ficciones antisemitas y antimasónicas, permite comprender el éxito que tuvo el Pacto de Munich en los círculos de la alta sociedad inglesa. <<

[923] William Foss y Cecil Gerahty, *Die spanische Arena* (Berlín, ¿1938?, ¿1939?). Este panfleto antisemita correspondía bien al gusto de los nazis. <<

[924] William Foss y Cecil Gerahty, *Arena spagnola* (Milán, 1938). <<

[925] *The Spanish Arena*, p. 429. El antisemitismo de Foss y Gerahty recuerda el del cura americano, Padre Coughlin. Véase la nota 694. <<

[926] *Die Wahrheit über Spanien* (Berlín, ¿1937?). <<

[927] Robert Sencourt, *Spain's Ordeal* (Londres, 1938). La misma falsa evidencia se encuentra en las declaraciones del gobierno portugués (*Portugal ante la guerra civil de España: Documentos y notas*, Lisboa, S. A., p. 58-59). Sencourt cita al gobierno portugués (Times, Londres, 29 octubre 1936). Sencourt, como muchas obras de la época, anuncia la llegada de Bela Kun en España (bien calculada para asustar a la burguesía española) para dirigir las actividades revolucionarias en España. Ahora se sabe que Bela Kun, enfermo, no estaba en España y que fue fusilado en 1937 en Rusia. (Thomas, p. 104). La información en las notas portuguesas nunca ha sido confirmada por una agencia independiente. El mismo día la Legación portuguesa escribía al Departamento de Estado «que sepamos, no hay más de una docena de voluntarios portugueses en España…». (p. 245). <<

[928] Robert Sencourt, *Spain's Ordeal* (Londres, 1940). <<

[929] Sencourt (1938), p. 215-216. <<

[930] General Francesco Belforte, *La guerra civile in Spagna*, 4 tomos (Varese-Milán, 1938-1939). <<

[931] Ambrogio Bollati y Giulio del Bono, *La guerra di Spagna*, 2 tomos (Turín, 1937-1939). <<

[932] Dominik Josef Wolfel, *So ist Spanien* (1937, Mauer bei Viene-Leipzig). (2.ª edición, 1940). La segunda edición es igual que la primera, excepto una carta de una página del autor. Otro libro que repite la historia del complot judeomasónico. <<

[933] Richard Pattee, *This is Spain* (Milwaukee, 1951). <<

[934] R. Pattee y A. M. Rothbauer, *Spanien: Mythos und Wirklichkeit* (Graz, 1954). Pattes publicó un libro, *Informe sobre España*, en México en 1948. Su contenido se puede juzgar por la siguiente muestra: «Cuando, en noviembre de 1936, las huestes nacionales avanzaron contra Madrid, no había un sólo extranjero en sus filas». (p. 104). Según Pattes, los moros y los miembros de la legión extranjera son súbditos españoles. <<

[935] *This is Spain*, p. 407-408. <<

[936] *Ibid*. Véase Chávez Camacho, p. 249. <<

[937] *This is Spain*, p. 407. «Spanish history of the first decade of the present regime has been rich in the production of new evaluations and appraisals of the Hispanic past and the historical destiny of the country» <<

[938] *This is Spain*, p. 409. Los otros ocho eran Juan Ramón Jiménez, Alberti, Pedro Salinas, Luis Cernuda y Manuel Altolaguirre, todos exilados; Gerardo Diego y Vicente Aleixandre vivían en Madrid. Jorge Guillén está hoy en exilio. <<

[939] Véase nota 358. <<

[940] La edición del Left Book Club es idéntica a la comercial. <<

[941] Véase nota 358. <<

[942] Marrero, p. 258. <<

[943] José María De Areilza, Fernando María Castiella, *Reivindicaciones de España* (Madrid, 1941, 2.ª edición). <<

[944] Véanse las notas 973, 728, 727. <<

[945] *GLN*, p. 748, 4 de enero de 1960, también p. 414. Para los franquistas sería locura reconocer que su guerra formaba parte de la segunda guerra mundial, puesto que sus amigos la perdieron. (Véase también la nota 23.) <<

[946] *GLN*, p. 749. García Arias volvió r exponer la misma idea en la sesión de clausura (p. 759). <<

[947] *GLN*, p. 41 5-599. <<

[948] García Arias trata de los asuntos exteriores de los rebeldes durante los 12 primeros meses de la guerra. Es curioso que, en tales circunstancias, discuta la ayuda alemana e italiana a Franco sin citar ningún documento oficial español. <<

[949] *GLN*, p. 709-737. <<

[950] *GLN*, p. 721. <<

[951] *GLN*, p. 731. Véase las notas 23, 255. El folleto favorable a la República de Philippe Lamour y André Cayatte, *Sauvons la France en Espagne* (París, 1937) lo presenta García Arias como profranquista. <<

[952] *GLN*. p. 731-733. <<

[953] Las obras de todos estos autores se han mencionado ya sea en el texto, ya en las notas. <<

[954] *GLN*, p. 725. <<

[955] Peter Merin, *Spanien zwischen Tod und Geburt* (Zurich, 1937). En este libro se unen la historia del pasado con la descripción del presente. Contiene algunas fotografías excelentes, especialmente una de Juan March con el arzobispo de Palma. <<

[956] Peter Merin, *Spain between Death and Birth* (Nueva York, 1938.) <<

[957] *Las brigadas internacionales según testimonio de sus artífices* (Barcelona, 1939) (?). <<

[958] Adolfo Lizón Gadea, *Brigadas internacionales en España* (Madrid, 1940). <<

[959] Lizón Gadea, p. 91-92. <<

[960] Revista de estudios políticos, n.º 63 (Madrid, 1952). «Bibliografía de la Guerra de Liberación» p. 341-378. Eduardo Comín Colomer. Véase p. 8-9. El error de impresión del nombre de Esmond Romily en Comond Romily, empieza con Lizón Gadea, sigue con Comín Colomer, y puede encontrarse aún en el libro de Maximiano García Venero *Historia de las Internacionales en España* (III), Madrid, 1957, p. 169, en una erudita nota 1029. <<

[961] *GLN*, p. 724-725. Por alguna extraña razón, García Arias cambia la ciudad en que se publicó el libro de Van den Bossche, de Bruselas a Barcelona. <<

[962] Véase nota 16. <<

[963] Seco Serrano, p. 455-464. <<

[964] Thomas, p. 650. Evidentemente se trata de un error de impresión, dado que el libro se menciona en G. Seco Serrano, p. 458. <<

[965] Thomas, p. 652; Seco Serrano, p. 460. Monleón de la Lluvia murió a principios de 1963, exilado en Tánger. <<

[966] Thomas, p. 663; Seco Serrano, p. 458. <<

[967] Thomas, p. 659; Seco Serrano, p. 463. Véase también Eduardo Fuembuena, *Belchite-Quinto-Teruel: Guerra en Aragón* (Zaragoza, 1938), cuyo nombre escribe Thomas «Fuembuerra» (p. 650), así como Seco Serrano (p. 458). Y Alfredo Cabanillas, autor de *Hacia la España eterna*, (Buenos Aires, 1938), escrito «Cabinillas» en el libro de Thomas y en la bibliografía de Seco Serrano. En el caso de Thomas se trata de errores de imprenta excusables, pero en el de Seco Serrano son simplemente errores debidos a que ha copiado los nombres sin hacer el trabajo debido de un investigador serio. <<

[968] Thomas, p. 664; Seco Serrano, p. 459. <<

[969] Thomas, p. 651; Seco Serrano, p. 459. <<

[970] Thomas, p. 6 16; Seco Serrano, p. 462. <<

[971] Thomas, p, 667; Seco Serrano, p. 463. <<

[972] Thomas, p. 651; Seco Serrano, p. 463. <<

[973] Hellmuth Günther Dahms, *Der spanische Bürgerkrieg, 1936-1939*, (Tübingen, Rainer Wunderlich Verlag, Hermann Leins, 1962). <<

[974] Tomás Salvador, legionario, novelista y editor de *Hermandad*, publicación de la División Azul, hace la crítica del libro de Bolloten en *La Vanguardia española* del 2 de septiembre de 1961. A Salvador le impresiona la bibliografía de Bolloten: «¡Cuánta literatura a costa de nuestra guerra!», dice, y en un alarde de erudición empieza citando a Hemingway, Koestler, Bernanos, Malraux y veintidós más. Entre ellos cita el nombre de Tschapaiev. Al intelectual franquista le sorprenderá saber que Tschapaiev, el veterano de la Revolución rusa, nunca escribió nada sobre la guerra de España, y que si su nombre forma parte de la literatura de ese periodo se debe únicamente a que era el de un batallón de la 13.ª Brigada Internacional y a que Alfred Kantorowicz redactó un libro titulado *«Tschapaiev» Das Bataillon der 21 Nationen*. <<

[975] Julián Juderías, *La leyenda negra* (Madrid, 1954. 13.ª edición). <<

[976] Juderías, p. 9. <<

[977] Juderías, p. 26. <<

[978] Juderías, p. 212, 214. Areilza, en el prólogo a la 13.ª edición del libro de Juderías, escribe: «Los países que iban a formar la conciencia europea y la opinión pública del Continente en los siglos siguientes, Holanda, Gran Bretaña, Alemania y Francia, estaban por diversas razones, unas políticas, otras geográficas, otras religiosas, en lucha abierta con nuestra Monarquía». (p. 18.) <<

[979] Juderías, p. 212 <<

[980] Juderías, p. 355-356. <<

[981] Juderías. p. 7. <<

[982] Juderías: p. 377. <<

[983] José Ortega y Gasset, *España invertebrada* (Madrid, 1922). <<

[984] Ramiro De Maeztu, *Defensa de la Hispanidad* (Valladolid, 1938, 3.ª edición.) En lo sucesivo, *Defensa*. La mayoría de los textos que componen la obra habían sido publicados anteriormente en la revista mensual *Acción española*. El primer número de dicha revista salió en diciembre de 1931, y se siguió publicando hasta junio de 1936, excepto durante los meses de agosto a noviembre de 1932. El último número fue el 89, número antológico publicado en Burgos en marzo de 1937. El prefacio de este volumen constituye uno de los textos ideológicos más importantes de la guerra. No llevaba firma, pero Vegas Latapie lo reprodujo en sus Escritos políticos (Madrid, 1940). Esa profesión de fe de un monárquico español dará que pensar a los que son partidarios de dar una solución monárquica al problema de la sucesión en España. Hablando de los años difíciles de la República, Vegas Latapie dice: «Teníamos que combatir, por lo tanto, la errónea idea, propagada a veces por gentes significadas en determinados medios católicos, de la ilicitud de la insurrección y del empleo de la fuerza». (p. 6, p. 230.) Según Vegas Latapie, «la monarquía liberal y democrática» es «de esencia anticatólica y antimonárquica». (p. 14, p. 238.) La primera edición se publicó en 1935. En ésta y en las sucesivas ediciones se incluía un apéndice «Apología de la Hispanidad», por el Cardenal Gomá, discurso pronunciado en Buenos Aires el 12 de octubre con motivo del Congreso Eucarístico Internacional. <<

[985] *Defensa*, p. 196. <<

[986] *Ibid*. <<

[987] *Defensa*, p. 54. <<

[988] *España invertebrada*, p. 50. <<

[989] Joaquín Costa. “Hombre del 98”, que intentó llevar el pensamiento de la juventud española hacia una mayor preocupación por los problemas interiores. «Cerrar con siete llaves el sepulcro del Cid». <<

[990] Ignacio Olagüe, *La decadencia española* (Madrid, 1950, 4 tomos). Una primera edición del primer volumen se publicó en San Sebastián durante la guerra civil, dedicada a Ramiro Ledesma. <<

[991] Marrero, p. 18. <<

[992] Marrero, p. 17. «… el poderoso trust de cerebros, de tan hondas raíces internacionales, combatiendo unas veces, y camuflando otras, el sentido de nuestra guerra…». (P. 18). <<

[993] Marrero, p. 19. «No es ningún secreto adivinar cual es todavía la disposición interna de ese trust de cerebros que desde hace tiempo influye en el aparato de la prensa internacional y en los otros medios poderosos de la difusión. Tiene una innegable predisposición «progresista»; mientras todo aquello que posea un sabor abiertamente cristiano, tradicional y si se quiere conservador, aunque en el fondo lleve una significación más hondamente progresista para la humanidad, empieza por no tener lo que se llama «intelligentsia». (p. 17). <<

[994] Marrero, p. 267. <<

[995] *LUSGE*, p. 8. <<

[996] Juderías. p. 299. <<

[997] El autor francés de derechas, Alfred Fabre-Luce, escribió en *Le Monde* (París, 30 de marzo de 1960), con motivo de la muerte de Marañón, un articulo titulado «L'exil Intérieur d'un libéral». <<

[998] Guillermo De Torre, *Menéndez Pelayo y las dos Españas* (Buenos Aires, 1943), p. 86. Véase nota 129. <<

[999] Marrero, p. 384-385. <<

[1000] Juderías, p. 299-300. <<

[1001] Marrero, p. 182; p. 14. <<

[1002] Areilza, en Juderías, p. 21. Los extranjeros se asombrarán de lo que un franquista español, representante de su país en el extranjero, piensa acerca de esa cuestión. Puesto que sus compatriotas no están preparados para gobernarse a si mismos, es decir, que son inferiores a los demás pueblos occidentales, ¡Se considera él mismo inferior! Probablemente no. Es la «chusma» española la que es inferior, no la «élite». <<

[1003] *«La reconstrucción de la historia de España desde el punto de vista nacional»*. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia… por D. Julián Juderías y Loyot y D. Jerónimo Becker y González, (Madrid, 1938). <<

[1004] Juderías, p. 12. <<

[1005] Juderías, p. 402. Hace referencia a la «libertad de pensamiento que era un sarcasmo». <<

[1006] Marrero, p. 147. <<

[1007] Marrero, p. 173. l. G. Menéndez-Reigada, *Acerca de la «Guerra Santa»: Contestación a M. J. Maritain*. (Salamanca, 1937). p. 10. <<

[1008] Marrero, p. 346: «… con la teoría de las dos Españas se da de hecho un golpe de muerte a la doctrina de nuestra unidad católica…». También Marrero: p. 339-474. <<

[1009] Véase nota 999-1012. <<

[1010] Marrero, p. 573; p. 345; p. 571; p. 572; p. 288. <<

[1011] Marrero, p. 567. Véase también p. 330, 345-355, 363. <<

[1012] *GLN*, p. 46. <<

[1013] Marrero, p. 385. Véase nota 25 sobre las ideas de Calvo Serer, que son las mismas. <<

[1014] G. Menéndez-Reigada, p. 21. <<

[1015] *Defensa*, p. 33. Para la definición que da Vizcarra de la Hispanidad, véase *Revista de la asociación patriótica española*, Buenos Aires, enero de 1936, p. 6. <<

[1016] El artículo de Mons. Zacarías de Vizcarra se publicó en *Ecclesia*, órgano de la jerarquía española, 20 de febrero de 1954 (Marrero. p. 274.) <<

[1017] Carro, Venancio. *La verdad sobre la guerra española* (Zamora, 1937). Este mismo volumen contiene la Respuesta al manifiesto de un grupo de escritores franceses, firmada por el Dr. Carro y V. Beltrán de Heredia, «profesor vasco», y una carta del Dr. Carro llena de desprecio y dirigida al «Comité Français pour la Paix civile et religieuse en Espagne». <<

[1018] D. Carro. O. P. P. Venancio. *Los criminales de guerra, según los teólogos-juristas españoles* (Valladolid, 1946). <<

[1019] *Los criminales de guerra*, p. 32. <<

[1020] *Los criminales de guerra*, p. 25. <<

[1021] *Los criminales de guerra*, p. 24. <<

[1022] *Los criminales de guerra*, p. 22-23. <<

[1023] *Spanish Fury*, p. 71-74. <<

[1024] Thomas, p. 607, cita *Galeazzo Ciano, Diplomatic Papers* (Londres, 1948, p. 203-204). Véase la nota 839. <<

[1025] Foltz, p. 97; A. V. Philips, *Spain under Franco* (Londres, 1940), p. 22-25) <<

[1026] Charles D'Ydewalle, *Geôles et bagnes de Franco* (Bruselas-París, 1946), p. 54. <<

[1027] D’Ydewalle, p. 39. <<

[1028] D’Ydewalle, p. 54. <<

[1029] D'Ydewalle, *Ibid*. George Orwell, en su libro *England your England* (Londres, 1953), escribe: «Tengo algunas evidencias directas acerca de las atrocidades cometidas en la Guerra Civil Española. Algunas fueron cometidas por los republicanos, y muchas más (que continúan todavía) por los fascistas». (p. 155.) <<

[1030] Edmond Paris, *Le Vatican contre l'Europe* (París, 1959), p. 299-312. <<

[1031] Paris, p. 171-163. <<

[1032] Paris, p. 221-255. <<

[1033] Carta: Manuel Tuñón de Lara. <<

[1034] *TYATA*, Nueva York, pp. 148 y 165.) <<

[1035] *LUSGE*. p. 62. <<

[1036] Ricardo de La Cierva, en *Arriba* del 31 de enero de 1970, habla de 25 000 títulos. ¿Cuáles son estos títulos? ¿Y qué es una obra sobre la guerra civil española? ¿Aquéllas dedicadas totalmente a la guerra civil? ¿O también las dedicadas parcialmente a ella? Ha sugerido igualmente que el número de obras dedicadas a la guerra civil española sobrepasa el de obras dedicadas a la Segunda Guerra Mundial. Es ridículo sugerir tal cosa. La guerra de España fue una guerra civil, luego limitada geográficamente. Aun siendo de importancia militar limitada, atrajo la atención de todo el mundo y provocó una literatura enorme. Probablemente, no existe otro acontecimiento en nuestro siglo tan limitado geográficamente que haya dado lugar a tantos escritos. Pero no era una guerra mundial, aunque como ha sido escrito muchas veces, y como lo ha afirmado hace algún tiempo André Malraux en la Televisión francesa, fuese una *répétition générale* de una guerra mundial. <<

[1037] R. de La Cierva y colaboradores: *Bibliografía sobre la guerra de España (1936-1939) y sus antecedentes*. Madrid-Barcelona, Secretaría General Técnica del Ministerio de Información y Turismo, Ediciones Ariel, 1968. <<

[1038] La autoridad dada para Flores Magón es de Prat, José: *La burguesía y el proletariado*. Esta referencia se encuentra en «Antecedentes», con ediciones de 1909 y 1923. <<

[1039] Se atribuye el origen de esta referencia al libro de Raymond Carr *Spain 1808-1939*, en el que encontramos en la p. 439 una nota que dice que se hallan «descripciones excelentes del mundo dickensiano de los pobres madrileños en las novelas de Galdós y en *Aurora roja* de Pio Baroja». Existen novelas de Baroja, publicadas antes de la guerra civil, pero reimpresas durante el conflicto, que pueden ser consideradas como pertenecientes a la bibliografía de la guerra: *La lucha por la vida*, Madrid, 1938; *El escuadrón del Brigante*, Madrid, 1937; *La feria de los discretos*, Madrid, 1937; *Locuras de carnaval*, Madrid, 1937. La publicación de estas novelas en Madrid durante la guerra, en el momento en que Baroja escribía más o menos favorablemente sobre Franco, revela ciertas verdades sobre la política cultural de la República. <<

[1040] *Spanish Government Publication after July 17, 1936*. A survey prepared by James B. Childs. The Library of Congress, Washington, DC. Los ejemplares distribuidos hasta ahora son provisionales y los tomos que yo he visto (IV y V), tratan del gobierno nacionalista. <<

[1041] *La Causa general* fue publicada en 1944, en Madrid, por el Ministerio de Justicia. Desde entonces ha habido muchas otras ediciones. Hoy día, está reconocido que el libro tiene más valor propagandístico que histórico, pero es un documento que no puede ser ignorado por el historiador del periodo. <<

[1042] Eran ocho en total, todos publicados en Sevilla, entre 1936 y 1939. Es inexplicable que los compiladores incluyan solamente uno de los ocho tomos. <<

[1043] Señalo este libro porque se trata de una omisión voluntaria de parte del profesor de La Cierva y sus ayudantes. En la introducción, afirma de La Cierva que ha utilizado mi libro *Antifalange* como fuente. Este libro aparece en la bibliografía de mi *Antifalange*. Por lo tanto, los libros sobre la Falange mencionados en la bibliografía de mi libro y no en la de La Cierva han sido expresamente excluidos. No aparecen en ese catálogo *Memoria correspondiente al año 1938*, de la Delegación nacional de Información e Investigación de FET y de las JONS, ni los cuatro *Anteproyectos* de leyes preparados por la Delegación Nacional de Justicia y Derecho de FET y de las JONS, y muchos otros documentos y publicaciones de la Falange, sin los cuales seria imposible estudiar el desarrollo político de la zona nacionalista. Pero sí aparece el librito publicado en 1961, titulado *José Antonio en el nuevo horizonte*, sobre el porvenir de la Falange en la España de 1961; está incluido en la sección 'Antecedentes', lo que significa que no fue leído, o que fue leído y su inserción en 'Antecedentes' era resultado de un juicio político. <<

[1044] Víctor Berch, bibliotecario de las Colecciones Especiales, de la Universidad de Brandéis, en Waltham, Massachusetts, me señala otro nombre de autor, divertido y curioso, en la página 170 de la bibliografía: «Corriere, Emiliano». Evidentemente, «Corriere Emiliano» es el título de un periódico y Emiliano Corriere no es una persona. <<

[1045] Los derechos de autor de este libro: *Onésimo Redondo, Caudillo de Castilla*, son generalmente reconocidos a Javier Martínez de Bedoya, pero su nombre no aparece como autor en el libro. <<

[1046] En realidad, el nombre del autor era «Domingo Benavides, Manuel» y debe dar lugar a una entrada en la letra D. <<

[1047] Seco Serrano publicó en la primera edición de su *Época contemporánea*, vol. VI, de la *Historia de España* de Galach, una bibliografía sacada en gran parte de la *Historia de la guerra civil española* de Hugh Thomas, con muchos errores, debidos a malas interpretaciones del sistema de Thomas. Véase Southworth, *El mito de la cruzada de Franco*, p. 163-165. Ricardo de La Cierva escribió, en defensa del profesor Seco Serrano, en *Cien libros básicos sobre la guerra de España*, p. 110, que estos errores eran debidos a la manera en que «suelen hacerse estas grandes obras seriadas en bastantes editoriales. Los apéndices e índices suelen correr a cargo de personas diferentes del autor del texto». Pero, en la obra misma de Seco Serrano leemos (p. 401): «… Salvo la bibliografía, prolija labor llevada a cabo por el propio doctor Seco…» <<

[1048] Véase Juan García Duran, *Por la libertad*, México, Ediciones CNT, 1956. <<

[1049] Estos fueron publicados en 1948 en Inglaterra bajo el título *Ciano's Diplomatic Papers*, y en Francia con el de *Les archives secrètes, 1936-1943*. <<

[1050] Palacio Atard es profesor de la Universidad de Madrid. Él y sus colaboradores han publicado ya seis *Cuadernos bibliográficos* sobre los escritos de la guerra civil. La parte bibliográfica está bien realizada. <<

[1051] Véase la entrevista con Ricardo de La Cierva, publicada en *Arriba*, el 31 de enero de 1970. De La Cierva atribuye la creación de su servicio a la publicación del libro de Gabriel Jackson *The Spanish Republic and the Civil War*, y la impresión producida por el libro sobre los ministros Castiella y Fraga. La traducción española de este libro, aunque no publicado por Ruedo ibérico, fue distribuido en Europa por aquella casa. <<

[1052] *Cuadernos bibliográficos de la guerra de España (1936-1939)*. Serie 1, fascículo 1, Folletos. Madrid, 1966, p. IX-X. <<

[1053] *Bibliografía sobre la guerra de España (1936-1939) y sus antecedentes*, p. X <<

[1054] R. de La Cierva, *Historia de la guerra civil española*, t. 1, p. 708-709: «No fatigaremos al lector con más detalles acerca de un tema que siempre hemos estimado absolutamente trivial». <<

[1055] Es posible que ahora admitan la verdad (en parte) sobre Guernica porque ha muerto el autor de la primera mentira nacionalista sobre el pueblo vasco, el entonces jefe de los servicios de prensa del Cuartel general nacionalista, Luis Bolín. <<

[1056] *Life*, Nueva York, 24 de enero de 1969. Carta al editor. <<

[1057] *El Pensamiento Navarro*, 15 de febrero de 1970. <<

[1058] *Indice*, Madrid, 1 de abril de 1969, p. 18. Artículo de R. De La Cierva. <<

[1059] Brian Crozier, *Franco*, Londres, 1967. <<

[1060] Estoy profundamente agradecido a Linda Wheeler, bibliotecaria, y a Ronald M. Bulatoff, archivero de la Hoover Institution on War, Revolution and Peace, que me han facilitado copias de la correspondencia del señor Bolloten, así como de la del señor Julián Gorkin y otros. Estoy también en deuda con la señora Susan Mason, que ha invertido muchas horas en reunir este material para mí. <<

[1061] Existen dos ediciones de este texto. La primera, en español (Madrid: Alianza Editorial, 1989), contiene la única traducción española existente del prólogo escrito por H. R. Trevor-Roper a la segunda edición de *The grand camouflage* (1967). La segunda edición es la que publicó en Chapel Hill la University of North Carolina Press en 1991. A lo largo de este ensayo, me referiré a esta última. El mejor estudio sucinto en inglés es el de Adrián Shubert, de la Universidad de York, en *American Historical Review* (abril de 1992). <<

[1062] En su obra de 1979, en la que Bolloten cita al Campesino como testigo, se refiere a él como un «conocido comunista y una figura bastante carismática durante la guerra» (pág. 174). Más tarde, evidentemente no dispuesto a expresar su justificada irritación contra Gorkin, se dedicó a atacar al Campesino y la política soviética. <<

[1063] Burnett Bolloten, *La révolution espagnole et la lutte pour le pouvoir* (París, Ruedo Ibérico, 1977). Esta edición contiene material que no se encuentra en *The grand camouflage*, pero tiene menos material nuevo que la edición norteamericana de 1979. <<

[1064] Brandt era uno de los «hombres de la izquierda anticomunista» apoyados económicamente por la CIA (Kai Bird, *The chairman* [Nueva York, Simon & Schuster, 1992], pág. 358). <<

[1065] Valentín González, «El Campesino», en *Comunista en España y antistalinista en la URSS* (Gijón, Ediciones Júcar, 1981), pág. 11. <<

[1066] Valentín González, «El Campesino», en *Comunista en España y antistalinista en la URSS* (México, D. F., Editorial Guarania, 1952), pág. 13. <<

[1067] *Ibid.*, pág. 14. Gorkin le escribió lo siguiente a Bertram D. Wolfe, el 24 de mayo de 1952: «Opera Mundi me dice que "The Voice of America" está pensando en producir una versión dramática de *La vida y la muerte en la URSS*, del Campesino, que, como usted sabe tuvo un gran éxito en la prensa de los Estados Unidos (y en Latinoamérica, donde la edición española impresa en Buenos Aires vendió más de 50 000 ejemplares». Y añadía: «Creo que Opera Mundi está negociando a través de los servicios de la embajada». Parece que, según la manera de hablar de Gorkin, estas últimas palabras designan a la CIA. Veintiséis años más tarde, Gorkin escribió, en su nuevo prólogo al segundo libro del Campesino, que *La vida y la muerte en la URSS* había sido publicado y reeditado en catorce países diferentes y que, mediante una gran agencia de noticias, amplios extractos del libro habían sido reproducidos por más de setenta periódicos de todo el mundo. Las cifras de Gorkin sobre la distribución de su propaganda no deben confundirse con las cifras de ventas de un editor que depende del mercado. <<

[1068] *Ibid.*, pág. 26. <<

[1069] Julián Gorkin, *El proceso de Moscú en Barcelona* (Barcelona, Ayma, 1973), pág. 14; *Les communistes contre la révolution espagnole* (París, Belfond, 1978), pág. 17. <<

[1070] Éste debe de ser el libro de Gorkin sobre el asesinato de Trotsky. <<

[1071] Burnett Bolloten, *The Spanish Civil War: Revolution and Counter-Revolution* (Chapel Hill, Univ. of North Carolina Press, 1991), pág. 632. <<

[1072] *TLS*, 17 de noviembre de 1978, pág. 1340 <<

[1073] *Ibid*. <<

[1074] *TLS*, 25 de agosto de 1978, pág. 953. <<

[1075] *TLS*, 25 de agosto de 1978, pág 953. <<

[1076] *Espoir*, Toulouse, 7 de septiembre de 1961; H. R. Southworth, *El mito de la cruzada de Franco* (París: Ruedo Ibérico, 1963), págs. 276-277. <<

[1077] H. R. Trevor-Roper, «Introduction», Burnett Bolloten, *The grand camouflage* (Londres, Pall Mall Press, 1968), pág. 4. <<

[1078] Bolloten (1991), pág. 896, n.º 18. <<

[1079] Jay Allen es el autor de la primera entrevista con Franco tras su llegada a Marruecos procedente de Canarias, la frecuentemente reproducida narración de la matanza de Badajoz y la última entrevista con José Antonio Primo de Rivera antes de su ejecución. <<

[1080] Véase mi artículo en *ACIS Journal*, IV (otoño de 1991), n.º 2, pág. 59. <<

[1081] Southworth, *El mito de la cruzada de Franco*, pág. 151. <<

[1082] Indalecio Prieto, *Convulsiones de España*, 3 vols. (México D. F., Ediciones Oasis, 1968), II, pág. 111. «La pérdida de Teruel» (págs. 107-113) es una copia del artículo de Prieto que apareció en *El Socialista* el 2 de noviembre de 1950. La prensa del PSOE en el exilio, como la de los anarcosindicalistas, estaba al servicio de Gorkin. Prieto había apadrinado la entrada de Gorkin en México en 1940 y posteriormente, en Francia, Gorkin se afilió junto a la mayoría de los poumistas al PSOE en el exilio. <<

[1083] Bolloten (1991), pág. 573. Bolloten no cita esta frase, a la que aludo más adelante. Reza así: «una noche, sin la menor advertencia, recibí la noticia de que Teruel había pasado a manos del enemigo» (*Convulsiones de España*, II, pág. 111). <<

[1084] Julián Gorkin, «La verdad de España y las mentiras del Kremlin», *España Libre* (Nueva York) (julio-agosto de 1972). <<

[1085] Indalecio Prieto, *Entresijos de la guerra de España* (México D. F., 1953), págs. 63-70. <<

[1086] *Convulsiones de España*, II, págs. 101-106. <<

[1087] *Ibid.*, II, págs. 103-104, citando *Comunista en España*, págs. 68-71. <<

[1088] Juan Manuel Martínez Bande, *La batalla de Teruel* (nueva edición, Madrid, Editorial San Martín, 1990). Una primera edición de esta monografía se publicó en 1974. <<

[1089] *Convulsiones de España*, II, pág. 103. <<

[1090] *La grande trahison* (París, Fasquelle, 1953), pág. 136; Jesús Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin* (Madrid: G. del Toro, 1974), pág. 232. <<

[1091] Martínez Bande, *La batalla de Teruel*, pág. 205, n.º 264. <<

[1092] Barba y Rey d'Harcout estaban al mando de la guarnición franquista en Teruel. <<

[1093] Martínez Bande, *La batalla de Teruel*, pág. 205, n.º 6-1. <<

[1094] *Comunista en España*, pág. 70. <<

[1095] Juan Modesto, *Soy del Quinto Regimiento* (París, Editions du Globe, 1969), págs. 149-151. <<

[1096] Enrique Líster, *Nuestra guerra* (París, Editions du Globe, 1966), pág. 182. <<

[1097] Martínez Bande, *La batalla de Teruel*, pág. 203. <<

[1098] *Ibid.*, pág. 204. <<

[1099] Martínez Bande, *La batalla de Teruel*, pág. 204. <<

[1100] *Ibid*. <<

[1101] *Ibid*. <<

[1102] Véase Alberto Reig Tapia, *Ideología e historia* (Madrid, Akal, 1984), págs. 69-74, para una opinión más informada sobre el Servicio Histórico Militar. <<

[1103] (México D. F., Ediciones Oasis, 1974). <<

[1104] *Ibid.*, pág. 167 <<

[1105] Tagueña Lacorte, *Testimonio de dos guerras*, pág. 385. <<

[1106] *Ibid.*, pág. 398. <<

[1107] *Ibid.*, pág. 453. <<

[1108] Tagueña Lacorte, *Testimonio de dos guerras*, pág. 399 <<

[1109] Antonio Cordón, *Trayectoria (recuerdos de un artillero)*, Prólogo de Santiago Carrillo (París, Librairie du Globe, 1971), pág. 382. <<

[1110] *Ibid.*, pág. 385. <<

[1111] *Ibid.*, pág. 384. <<

[1112] Antonio Cordón, *Trayectoria (recuerdos de un artillero)*, pág. 384. <<

[1113] *Ibid*. <<

[1114] *Ibid.*, págs. 382. <<

[1115] *Ibid.*, págs. 384-85. <<

[1116] Enrique Castro Delgado, *Hombres made in Moscú* (México D. F, Publicaciones Mañana, 1960), pág. 609. <<

[1117] *Ibid.*, pág. 660. <<

[1118] *Ibid.*, pág. 701. <<

[1119] Santiago Carrillo, *Memorias* (Barcelona, Planeta, 1994), pág. 271. <<

[1120] *Ibid*. <<

[1121] Julián Gorkin, *España, primer ensayo de democracia popular* (Buenos Aires, Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura, 1961), pág. 73. <<

[1122] Bolloten (1991), pág. 573. <<

[1123] Resulta inaceptable comparar la posición de Stalin respecto a España en 1938-39 con su posición respecto al frente oriental en 1945. Además, los libros de Bolloten están todos escritos fuera de contexto, ya que ignora el 99 por 100 de lo que estaba ocurriendo en el bando de Franco. <<

[1124] Trevor-Roper, en Bolloten, *The grand camouflage*, (1968), pág. 7 <<

[1125] Julio Aróstegui, «Burnett Bolloten y la Guerra Civil Española: La persistencia del gran engaño», *Historia Contemporánea*, Bilbao, 1990), n.º 3. <<

[1126] Aróstegui, *op. cit.*, pág. 155. <<

[1127] Bolloten (1991), pág. 587. <<

[1128] Aróstegui, *op. cit.*, pág. 175. <<

[1129] *Ibid*. <<

[1130] Aróstegui, *op. cit.*, pág. 176. Después de citar a Juan Marichal y a Ángel Viñas elogiando a Negrín, Bolloten escribió en tono sarcástico: «Estos elogios fueron superados posteriormente por el historiador norteamericano Edward Malefakis, quien afirmaba que Negrín "no tiene paragón en España desde Olivares en el siglo XVII" y que su calibre político fue similar al de otros mandatarios en tiempo de guerra, como Winston Churchill» (Bolloten [1991], pág. 905, n.º 17). <<

[1131] 72. Bolloten (1991), pág. 591. <<

[1132] Bolloten (1991), pág. 882, n.º 13. <<

[1133] *Historia 16* (Madrid, enero de 1988), pág. 18. <<

[1134] Jeane J. Kirkpatrick, *The strategy of deception: A study of worldwide Communist tactics* (Nueva York, Farrar Strauss, 1963). Gorkin es descrito por la editora como un «representante de una generación de líderes obreros y democráticos españoles que no han olvidado ni perdonado la traición sufrida por la República española a manos de su supuesto aliado». La señora Kirkpatrick no menciona para nada la afiliación de Gorkin al Congreso por la Libertad de la Cultura (CIA). <<

[1135] Cito de memoria, ya que no he podido obtener del señor Cavada las palabras exactas. <<

[1136] Bolloten, (1979), pág. 295; (1991), pág. 214. La visión reduccionista de la Guerra Civil española que tenía Bolloten le impidió escribir que Hitler también utilizó contra los ejércitos soviéticos tácticas y hombres que habían servido a la causa fascista en España. La División Azul, compuesta por falangistas españoles, también utilizó su experiencia en la guerra española al llegar al frente oriental. <<

[1137] Trevor-Roper escribió: «Al final de la guerra, el general Franco no luchaba ya realmente contra el Frente Popular, sino contra una dictadura comunista» (Bolloten [1968], pág. 7). El prólogo de Trevor-Roper a los argumentos de Bolloten apareció por primera vez en la segunda edición del primer libro de Bolloten, bajo el sello de una editorial londinense relativamente desconocida, Pall Mall Press. Los derechos sobre los comentarios de Trevor-Roper fueron adquiridos por Frederick A. Praeger, quien, ya en 1961, había publicado el primer libro de Bolloten en los Estados Unidos e iba camino de publicar ese libro en una nueva edición en Nueva York en 1968, añadiendo la nueva contribución de Trevor-Roper. Bolloten y sus amigos han escrito sobre sus diversos editores (por ejemplo, la firma católica Hollis and Carter, su primer editor en Inglaterra, así como su editor falangista Luis de Caralt). Sin embargo, nadie, ni siquiera el propio Bolloten, ha comentado nada de Praeger, que es quizás el editor más interesante de todos. Bolloten, en sus cartas al *TLS*, se mostraba reacio a cualquier mención sobre la CIA. Peter Coleman, autor de la historia oficial del CCF, *The Liberal conspiracy*, en una lista de catorce libros publicados en los Estados Unidos «por el Congreso por la Libertad de la Cultura o sus grupos afiliados», incluía siete libros publicados por Frederick A. Praeger (págs. 272-273). Según William Blum, en *The CIA: A forgotten history* (Londres/Nueva Jersey: Zed Books, 1991), pág. 351, n.º 13, Frederick A Praeger Inc., «como se descubrió posteriormente, publicó una serie de libros en los años sesenta bajo el patrocinio de la CIA». A pesar de los sorprendidos desmentidos de Bolloten y Conquest en el *TLS* en 1978, la pista que une a Bolloten con la CIA, Praeger y con el Congreso por la Libertad de la Cultura es cada vez más clara. <<

[1138] Bolloten (1991), pág. 852, n.º 18. <<

[1139] Sin duda el FBI tuvo que abrir una ficha de Bolloten desde el momento en que entró como refugiado en México, con datos sobre su interés en la Guerra Civil española, su entrada en los Estados Unidos y la adquisición de la ciudadanía. El FBI se niega a admitir siquiera haber oído hablar de él, por no hablar de la ficha. Por otro lado, durante el último año el FBI ha desclasificado información sobre Gorkin que anteriormente estaba clasificada como reservada. Ahora sabemos que, finalmente, se le permitió visitar los Estados Unidos mientras trabajaba para el CCF. Llegó a Nueva York procedente de la Habana. (Ficha del FBI 64-29717-23, 10 de octubre de 1956). <<

[1140] Southworth, *El mito de la cruzada de Franco* (1963), págs. 148-156. <<

[1141] Southworth, pág. 277. <<

[1142] Trevor-Roper, en «Introducción» a Bolloten (1968), pág. 10. <<

[1143] H. R. Southworth, *El mito de la cruzada de Franco* (Barcelona, Plaza y Janés, 1986). <<

[1144] Julián Gorkin, *El proceso de Moscú en Barcelona* (Barcelona: Ayma, 1973), pág. 12. <<

[1145] Yo no fui el director de *News of Spain*. Durante gran parte de la vida de este semanario, su director fue William P. Mangold, un hombre que había estado ligado a *New Republic* antes de la Guerra Civil y que posteriormente trabajó para *The New Yorker*. Yo era su ayudante y redacté los dos o tres últimos números. Que yo sepa, esta publicación estaba financiada por la embajada de la República española. Yo era consciente de estar trabajando para la República española. En la nota 13 de la página 881, Bolloten habla de «limpiar» a Negrín de cualquier «estigma de procomunismo». Yo pensaba entonces y sigo pensando ahora que los comunistas tenían intención de ganar la Guerra Civil, lo mismo que Negrín. ¿En qué consiste este «estigma»? ¿Se puede estigmatizar a Roosevelt o a Churchill por haber animado a un Stalin que sabían fuertemente armado? Respecto a la tendencia demostrada por Bolloten a acusar a varias personas, sin ninguna razón aparente, de ser miembros del Partido Comunista, Aróstegui escribió lo siguiente: «Además, el texto de Bolloten, texto historiográfico se supone, no suele presentar las pertenencias como realidades simples sino como delitos» (pág. 174). <<

[1146] Gorkin ha escrito abundantemente sobre sí mismo en sus libros y existen muchos resúmenes de su vida breves pero elogiosos, escritos por sus admiradores. No he leído hasta ahora ninguna referencia (favorable o contraria) respecto a su conexión con la CIA. En la nota necrológica de Gorkin aparecida en *Le Monde* (París, 28 de agosto de 1987), hay una referencia al CCF, descrito como un «movimiento anticomunista creado por iniciativa de varias personalidades norteamericanas de ideología conservadora». En la tesis doctoral de Geneviéve Dreyfus-Armand, « L'Émigration politique espagnole en France au travers de sa presse, 1939-1975», Gorkin es identificado incorrectamente, en los años 1953-1966 , como «secrétaire espagnol du Congrés pour la liberté de la culture». No hay ni una palabra sobre la CIA, lo que llama la atención en un estudio de la vida y obra de Gorkin. <<

[1147] David W. Pike, *In the Service of Stalin* (Oxford, Clarendon Press, 1993), pág. 305. Gorkin admitió demasiadas cosas con demasiada rapidez. CIO son las siglas del Congreso de Organizaciones Industriales (Congress of Industrial Organizations). No se unificó con la AFL hasta 1955. Pero Gorkin mantenía buenas relaciones con ambos grupos. <<

[1148] J. Gorkin, *Caníbales políticos (Hitler y Stalin en España)* (Ciudad de México, Quetzal, 1941). <<

[1149] John Ranelagh, *The Agency: The rise and decline of the CIA* (Nueva York, Simón & Schuster, 1987), pág. 216. <<

[1150] 91. *Ibid*. <<

[1151] Coleman, pág. 46. <<

[1152] Ranelagh, pág. 248. <<

[1153] «Pero cuando me puse en contacto con la CIA, amparado en la Freedom of Information Act para pedirles los archivos de los años 1950 a 1969, lo único que recibí fue un recorte del *New York Times* publicado tras la disolución del Congreso y la siguiente afirmación: "No se han encontrado más informes relativos a su petición". Teniendo en cuenta esta falta de cooperación, no he podido contar con demasiada información, por parte de fuentes oficiales, sobre el grado de involucración de la CIA» (Coleman, XII). Esto parece indicar, aparentemente, que el material de la CIA relacionado con el Congreso es «oficial» y que los archivos del Congreso en poder de la Universidad de Chicago son completamente independientes. <<

[1154] *Op. cit.*, pág. 85. <<

[1155] *Ibid.*, págs. 62-63. <<

[1156] El Campesino no acompañó a Gorkin en el viaje de este último a México, debido a los sentimientos prorepublicanos en dicho país. Gorkin escribió: «Los estalinistas, representados principalmente por los pintores Álvaro Siqueiros y Diego Rivera, se han prestado al más rastrero de los sobornos» (*ibid.*, pág. 153). <<

[1157] Coleman, pág. 154. <<

[1158] *El País*, Madrid, 30 de enero de 1978, pág. 11. <<

[1159] *El País*, 17 de junio de 1979, pág. 15. <<

[1160] Cuesta creer que Bolloten no estuviera al corriente del escándalo del Congreso, que se había estado gestando en la prensa norteamericana desde 1964, cuando el congresista Wright Patinan comenzó a examinar las fundaciones privadas norteamericanas que recibían fondos de la CIA. En 1966, *The New York Times* comenzó una serie de artículos sobre la CIA y el Congreso. En marzo de 1967, la publicación de la costa oeste *Ramparts* comenzó una campaña contra la CIA y la «libertad de la cultura». El 20 de mayo de 1967, en el popular semanario *The Saturday Evening Post*, el exfuncionario de la CIA Thomas Braden escribió un artículo titulado «I'm glad the CIA is immoral». <<

[1161] Pike, pág. 305. <<

[1162] Coleman, págs. 10-11. <<

[1163] *Ibid.*, pág. 3. <<